



SIR ARTHUR CONAN DOYLE

*Sherlock Holmes*

*Novelas*

Traducciones de ESTHER TUSQUETS Y JUAN C.

**Lectulandia**

El presente volumen recoge las cuatro novelas protagonizadas por Sherlock Holmes, el emblemático y perspicaz detective del 221 B de Baker Street: *Estudio en escarlata* (1887), *El signo de los cuatro* (1890), *El perro de los Baskerville* (1902) y *El valle del miedo* (1915). A lo largo de estas páginas, y con la ayuda inestimable del doctor Watson, Holmes recorrerá las calles de un Londres victoriano convertido en un laberinto de pistas falsas, resolverá una intriga originada en la India colonial, desentrañará el misterio oculto tras una antigua maldición familiar en los páramos de Dartmoor y se enfrentará a la organización de Moriarty en uno de sus casos más complejos. Una mezcla explosiva de crimen, suspense y venganza.

Esta edición, que se abre con un estudio introductorio de Andreu Jaume, pretende homenajear el empeño editorial de Esther Tusquets, cuyo proyecto de publicar el canon holmesiano quedó interrumpido. Juan Camargo, experto en novela de masas europea y americana, ha completado la labor traductora.

**Lectulandia**

Arthur Conan Doyle

# **Sherlock Holmes**

**Novelas**

**Penguin Clásicos**

ePub r1.0

libra 04.02.16

Título original: *Study in Scarlet*, 1887  
*The Sign of Four*, 1890  
*The Hound of the Baskervilles*, 1902  
*The Valley of Fear*, 1915

Arthur Conan Doyle, 1887  
Traducción: Esther Tusquets & Juan Camargo

Editor digital: libra  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## INTRODUCCIÓN

La era victoriana fue uno de los períodos históricos europeos más fértiles en el alumbramiento de mitos artísticos y literarios, evidente en la universalidad alcanzada por algunos personajes de Dickens, por la Alicia de Lewis Carroll o en la incansable fascinación que siguen ejerciendo los Jekyll y Hyde de Stevenson, el Drácula de Bram Stoker o el joven Dorian Gray, ese Fausto doméstico con el que Oscar Wilde supo dramatizar la enfermedad esteticista de su época. Ninguno de ellos, de todos modos —con la excepción del vagabundo de Chaplin, tal vez el último icono victoriano, surgido de la bruma del siglo XIX para proyectarse en el mundo entero merced a la misma eclosión técnica que terminaría por matarle, imponiéndole la maldición de la voz—, acertó a levantar el fervor popular de Sherlock Holmes, un personaje cuyo principal misterio, como dijo T. S. Eliot, asiduo lector de las aventuras del detective, reside en que cada vez que hablamos de él caemos en la fantasía de su existencia. Hace ya mucho tiempo que Holmes y Watson dejaron de habitar el mundo imaginativo de la literatura y, casi desde su mismo nacimiento, empezaron a operar en un proteico imaginario común que aún les permite presentarse en cualquier momento histórico y a instancias incluso del más ridículo de los profesionales del espectáculo, a pesar de lo cual nadie consigue nunca destruir o banalizar su intempestivo encanto.

Sir Arthur Conan Doyle (1859-1930) pertenece a esa familia de escritores —la que va de Daniel Defoe a Ian Fleming— que tuvieron que resignarse a la fortuita emancipación de sus personajes, condenados a servirles y a ser eclipsados por su sombra, reducidos casi al anonimato. Durante toda su vida se esforzó por reivindicar otras obras suyas, como las novelas históricas, sin que nadie le hiciera el menor caso. Ni siquiera le fue aceptada —tampoco tuvo el coraje de permitírsele— su última potestad como autor, la de matar a su detective, y se vio obligado en cambio a librarle de la muerte, ya para siempre y por orden de los lectores, preparando así su ingreso en el limbo que todavía habita.

Conan Doyle nació en Edimburgo, aunque descendía de irlandeses católicos. El severo alcoholismo de su padre propició que fuera educado por unos tíos acaudalados que le costearon una buena formación, primero en la escuela de Stonyhurst y luego en la facultad de medicina de su ciudad natal, donde conoció al doctor Joseph Bell, un cirujano experto en psicología criminal que de vez en cuando impartía seminarios a los estudiantes y cuyo método deductivo fue motivo de inspiración para dibujar los principales rasgos intelectuales de Sherlock Holmes. Durante sus años universitarios sufrió una crisis espiritual que culminó en la ruptura con el catolicismo familiar, cambiado de pronto por el espiritismo y las ciencias ocultas, también por la masonería, algo muy habitual en Inglaterra. Parece increíble que el creador de la mente más lógica y empírica del mundo victoriano tuviera esa debilidad por la

parapsicología y las *séance*, por mucho que fueran muy habituales en su época, pero lo cierto es que el esoterismo se convirtió, desde la muerte de su padre, en el único consuelo que supo encontrar para soportar las pérdidas que sufrió a lo largo de su vida. En sus últimos años llegó incluso a dar crédito a la farsa inventada por una niñas que se fotografiaron con unas hadas de papel.

En 1874 tuvo la suerte de ver a Henry Irving en el papel de Hamlet, en Londres, una interpretación que le impactó tanto como el descubrimiento de la capital británica, cuya atmósfera, ya arquetípica, de calles adoquinadas con retumbar de cascos de caballo y luz de farola atenuada por niebla húmeda es prácticamente un invento suyo, consecuencia de ese primer y contagioso deslumbramiento. Entre 1880 y 1881 tuvo la oportunidad de viajar por mar, en calidad ya de médico, primero a bordo de un ballenero que faenaba en Groenlandia y luego en un carguero con el que conoció la Costa de Oro africana. Tras hacer prácticas en Plymouth, decidió cursar la especialidad de oftalmología en Viena, para instalarse luego como oculista en Londres. Pero como nadie acudía a la consulta, se vio obligado a cultivar su vocación literaria e inventar a Holmes para mantener a su familia, que era numerosa puesto que se casó dos veces. Con su primera esposa, Mary Louise, tuvo dos hijos. Y cuando enviudó consiguió contraer matrimonio con un antiguo amor, Jean Elizabeth Leckie, con quien tuvo tres hijos más. Kingsley, el mayor de los varones, murió en 1918, malherido en la batalla del Somme. Como tantos padres victorianos —Kipling, por ejemplo, o el ilustrador Cecil Aldin—, Conan Doyle vio cómo el mundo de ensueño y policromía que su generación había inventado para sus hijos se convertía en un campo de horror durante la guerra que inauguró el siglo xx. Sherlock Holmes es, de alguna manera, uno de los frutos de esa ingenuidad, al que ahora volvemos para hacernos la ilusión de que no ocurrió lo que vino después.

Sherlock Holmes es fruto de unas influencias literarias muy concretas. Para empezar, es hijo, inevitablemente, de Edgar Allan Poe, en particular del Auguste Dupin de *Los crímenes de la calle Morgue*, por mucho que el propio Holmes se muestre displicente con su colega en *Estudio en escarlata*. Conan Doyle también leyó muy provechosamente a Wilkie Collins, fijándose sobre todo en su sargento Cuff —modelado a su vez a partir de Jack Whicher, el detective de Scotland Yard que investigó uno de los casos más truculentos de la época, el asesinato de un niño de tres años, el pequeño de la familia Kent, siendo la principal sospechosa su hermana Constance— y por supuesto a Robert Louis Stevenson —buen amigo tanto de Doyle como del doctor Bell—, de quien admiró sus *New Arabian Nights*, en especial «The Adventure of the Hansom Cab», que le sirvió como patrón para los relatos de Holmes así como para la caracterización de algunos rasgos de Watson. Asimismo, Conan Doyle importó, de una manera muy deliberada, a pesar de su disimulo, muchas de las innovaciones que en el campo de la literatura policíaca había llevado a cabo el escritor francés Émile Gaboriau, principalmente en *Monsieur Lecoq*. Y además de Dickens, a quien veneraba, leyó con reverencia a Henry James, tratando de emular su

contención estilística y su hondura psicológica. A este respecto, tuvo la honestidad de admitir que la admiración no bastaba para transmitir el talento.

En un principio, el detective tenía que llamarse Sherringford Hope, pero, afortunadamente (¿cuál hubiera sido su fortuna con semejante nombre?), Conan Doyle lo fue transformando poco a poco, primero robándole el apellido a Oliver Wendell Holmes, un médico y criminólogo experto en tabacos al que admiraba mucho, y luego dando con el nombre gracias, quizá, al violinista Alfred Sherlock, entonces de cierta fama. Su primera aparición tuvo lugar en la novela *Estudio en escarlata*, publicada en 1887, pocos meses antes de que los periódicos informaran de los primeros asesinatos de Jack el destripador en Whitechapel, una sincronización casi inverosímil. Ahí se fundaron las bases del mito: el encuentro entre Watson y Holmes y la común decisión de compartir piso en el 221 B de Baker Street, el papel de Watson como particular Boswell de Holmes, las excentricidades del detective, como su extraña y caprichosa cultura —aunque su pretendida ignorancia es muchas veces una pose calculada para desconcertar a su amigo y biógrafo—, rica en conocimientos de química, de cenizas de tabaco, de literatura sensacionalista, notable en cuestiones de anatomía y bastante profunda en música, donde destaca como intérprete aficionado del violín. A partir de entonces, Holmes y Watson van a formar una pareja ideal de amigos y colaboradores, una relación sólo interrumpida durante unos años por el matrimonio de Watson. Con el tiempo, nos vamos enterando de algunos aspectos oscuros de la personalidad de Holmes, como su tendencia a la depresión —sobre todo cuando no hay casos intrigantes que resolver— y su adicción, duramente reprobada por Watson, a la cocaína, que se inyecta con la célebre solución del siete por ciento.

Tras el considerable éxito de *Estudio en escarlata*, Conan Doyle publicó en febrero de 1890 *El signo de los cuatro*, una segunda novela con el mismo protagonista, en la revista *Lippincott's* —la misma donde aparecería *El retrato de Dorian Gray* de Oscar Wilde—, pero el verdadero salto a la fama de Sherlock Holmes tuvo lugar con «Escándalo en Bohemia», el primer relato que la revista *Strand* lanzó en julio de 1891 y que convirtió al detective en inmensamente popular de la noche a la mañana. El *Strand*, una revista mensual, sería pionera en muchos aspectos. Fue, por ejemplo, la primera en llevar ilustraciones, algo decisivo a la hora de consolidar el mito de Holmes. La imagen estereotipada del detective —con su pipa de yeso, su gorra de doble visera y su abrigo Ulster— es obra tanto de Doyle como de Sidney Paget, el ilustrador de la revista, que además se basó en su hermano Walter, también dibujante, para dar rostro a Holmes, otorgándole una prestancia y un atractivo que no están tan claros en el texto. Pero da igual, lo excepcional de las historias de Sherlock Holmes es que trascendieron inmediatamente el campo de la literatura para ingresar en un imaginario popular que le ha seguido dando vida en el cine, la animación y las series televisivas. Aunque quizá el género que más se le ajusta sea el relato, lo cierto es que cuando uno lee el canon de Holmes se olvida, si

es un lector exigente, de las habituales demandas formales, deponiendo la atención crítica por obra del encanto instantáneo que ejerce el personaje, que diluye de inmediato las limitaciones de su autor. A diferencia de los relatos y las novelas de Henry James, que pocas veces han resistido la adaptación al cine —hasta tal punto dependen del estilo, de las astucias del punto de vista, de la morosidad de su *tempo*, así como de la conciencia de sus personajes—, las historias de Conan Doyle utilizan la ficción literaria como espacio dramático constitutivamente arbitrario.

La irreversible emancipación del personaje se puso de manifiesto cuando Conan Doyle quiso darle muerte en «El problema final», donde acaba por precipitarse en las cataratas de Reichenbach, abrazado al profesor Moriarty. Era diciembre de 1893 y la publicación del relato creó una conmoción sin precedentes. Cientos de jóvenes se pusieron crespones negros en el sombrero y más de veinte mil lectores cancelaron su suscripción al *Strand*. El príncipe de Gales —el incorregible Bertie, futuro Eduardo VII—, que en toda su vida sólo leyó las historias de Holmes, estaba desolado, lo mismo que su madre, la reina Victoria, ya de suyo mortecina. La desaparición de Holmes duró diez años, hasta que regresó, por presiones populares y económicas, en «La aventura de la casa deshabitada», donde se explica su ausencia, el período que entre los devotos de Holmes se conoce como «el gran hiato». Poco antes, en 1901, año de la muerte de Victoria, ya había publicado una nueva novela con el detective, *El perro de los Baskerville*, la más célebre, aunque estaba todavía ambientada en fechas anteriores a su presunta muerte. La resurrección de Holmes constituyó, de hecho, el necesario rito de paso para su definitiva mitificación, una naturaleza que le ha permitido vivir en la imaginación occidental sin tener que rendir cuentas a ninguna convención biográfica. Conan Doyle ya nunca se atrevió a concretar el deceso de su criatura y se permitió tan sólo retirarlo en una pequeña granja de Sussex, dedicado a la filosofía y la apicultura, pero siempre disponible para una nueva variación de su propia leyenda. En su segunda vida, Sherlock Holmes ya habita un mundo tópicamente holmesiano, entregado sin matices a su leyenda, un poco como don Quijote en la segunda parte de su novela.

Una de las características definitorias del canon protagonizado por Sherlock Holmes es que constituye un universo cerrado y siempre vivo, habitado por una comparsa que uno reencuentra siempre con una felicidad pueril, sin esfuerzo y de un modo inmediato. El apartamento que comparten los dos amigos, con los dormitorios contiguos y la sala de estar que les sirve también de estudio y comedor, siempre llena de humo de tabaco y rumor de chimenea, es uno de los espacios más cálidos, acogedores y seguros que un lector puede encontrarse a lo largo de su vida. Desde allí, Holmes y Watson observan el mundo del crimen y del delito que se oculta bajo el puritanismo de la sociedad victoriana. En casa les acompaña siempre el calor maternal de Mrs. Hudson, la casera y eventual ama de llaves. Y afuera, además de todos los delincuentes que alimentan los enigmas por resolver, hay algunos personajes indisociables del mito, como el profesor Moriarty, la verdadera hipóstasis



del mal y contrafigura del propio Holmes, cuya fallida muerte intentó ser una metáfora de esa lucha esquemática y fácil entre lo luminoso y lo oscuro que encarnan las dos inteligencias privilegiadas.

De la vida de Holmes sabemos muy poco, tan sólo que tal vez nació un 6 de enero de 1854, que descendía de *country squires*, de terratenientes con pruritos aristocráticos, que estudió química y que tiene dos hermanos, de los que sólo conocemos a Mycroft, que según el propio Holmes tiene aún mayores capacidades intelectuales y deductivas, sólo que las ha invertido en tareas oficiales, sirviendo al gobierno como asesor. Mycroft es además fundador del club Diógenes, que reúne a los más severos misántropos de Londres, incapaces de tolerar a sus semejantes pero aficionados a la lectura de periódicos, por eso en el club no se puede hablar, so pena de expulsión fulminante. A Moriarty y a Mycroft habría que añadirles el inspector Lestrade de Scotland Yard, el representante de la ley, siempre incapaz de resolver por sus medios los casos que Holmes dilucida. Y también a los maravillosos Baker Street Irregulars, el grupo de chicos pobres que el detective tiene a su servicio como informantes.

Todo es extraordinariamente amable en el mundo de Holmes, incluso la idea de peligro, concebida precisamente para conjurar y olvidar el verdadero espanto, lo mismo que la noción de bien, que casi nunca es problemática. Aunque pertenecen a la misma época, no podemos imaginarnos a Holmes y Watson enfrentándose a los asesinatos de prostitutas a manos de Jack el destripador, que son demasiado terribles. La pareja tampoco hubiera podido soportar el ambiente de *Otra vuelta de tuerca*, de Henry James, cuyo espeluznante final revela, sin que ella misma llegue a percatarse, el perturbado estado mental de la institutriz y narradora. Pero aun así, a pesar de esa cualidad típicamente victoriana de cierto estado inocuo de la imaginación — perceptible también en las historias de Kipling y Stevenson, en la poesía de Robert Browning, en el ingenio de Oscar Wilde, en los diseños y el socialismo de William Morris o en el esteticismo virginal de John Ruskin—, Sherlock Holmes posee una radicalidad que a veces le confiere una humanidad compleja capaz de sacudir la rigidez del mito.

Sherlock Holmes se construye como arquetipo gracias a una serie de dobles que afilan su singularidad. Para empezar está el doctor Watson, su biógrafo, médico de profesión, herido de guerra y en definitiva un tipo normal que llega a casarse. Ya hemos dicho que Moriarty es su contrafigura maligna, del mismo modo que Mycroft es su imagen invertida, incluso desde un punto de vista físico —es como Sherlock pero en gordo— como lo es Lestrade en el campo de la criminología. Frente a todos ellos, Holmes opone su soledad y su independencia, su voluntaria exclusión de la vida burguesa y política que encarnan sus compañeros, hasta el punto de renunciar a cualquier asomo de vida sentimental —sobre todo después del desengaño con Irene Adler en «Escándalo en Bohemia», uno de los mejores relatos del canon—, a cualquier recompensa o reconocimiento, a cualquier concesión que comprometa su

libertad mental. Su afición a la cocaína es el síntoma más hondo de esa dualidad que le constituye y que denuncia su incapacidad para soportar su propia lucidez cuando no la distrae con misterios aparentemente irresolubles, lo mismo que su gusto por la música alemana —algo en realidad muy poco inglés—, un arte racionalmente irreductible que le sirve como alivio a su esclavitud empírica. Es precisamente en lo menos aparente y virtuoso de su personalidad, en el vaivén entre el ascetismo y las drogas, entre la matemática del crimen y la fuga de la música, en esa renuncia al mundo que sólo se permite diseccionar para no tener que vivirlo, donde late un dolor nunca explicado que da vida a su máscara.

La cultura inglesa ha producido, en la modernidad, la más sólida alternativa a la mitología cristiana entre todas las que conforman la tradición europea. Desde que en el Renacimiento quedaron desplazados, lentamente y por causas políticas, los asuntos sacros, la literatura anglosajona empezó a generar una imaginería —tensada por un pacto lógico que a su vez desata monstruos en el sótano— que pronto aspiró a la universalidad hasta alcanzar, sobre todo en el siglo xx, una indisputable hegemonía. Fue el resultado de una fuerza que empezó con los tapices verbales de Edmund Spenser, siguió con la revolución de Marlowe y Shakespeare, con la concreción emocional de los poetas metafísicos, la épica de Milton, los viajes de Defoe y Swift, la eclosión de la novela a manos, sobre todo, de Richardson, Fielding y Sterne, se complicó luego con la insurgencia religiosa y estética de Blake, con la incomodidad ante su propio éxito de un lord Byron, hasta llegar así, sin solución de continuidad, a la plenitud del siglo xix, con los Browning y los prerrafaelitas, Dickens y Thackeray, George Eliot y las Brontë, Henry James y Conrad. A diferencia del resto de países europeos, Inglaterra ha conseguido además mantenerse en un constante equilibrio político, sobre todo después de la restauración carolina, con la revolución gloriosa, cuando se sentaron las bases de su moderna monarquía parlamentaria, evitando todas las convulsiones sufridas en el continente desde la Revolución francesa. Quizá por ello, el incansable *revival* de la estética victoriana, llevado a veces hasta extremos embarazosos, no sea más que una manera de intentar llenar el vacío que, en tantos ámbitos, se abrió en el siglo xx, cuya expresión literaria y artística es ya intraducible al gusto popular, porque es insoportable. Los casos de Holmes están para nosotros en las parábolas de Kafka. Por la misma razón, el vagabundo de Chaplin, como último icono victoriano, no pudo, después de ser confundido con Hitler en *El gran dictador*, soportar el siglo y tuvo que ser ejecutado por su autor en *Monsieur Verdoux*, donde al final de la película camina resignado hacia la guillotina por haber tenido que ganarse la vida matando viudas.

El regreso al canon de Sherlock Holmes tiene muchas implicaciones de diverso orden, muy elocuentes con respecto al estado del imaginario colectivo. La más aceptable y bella es que procura el mismo consuelo que la música religiosa, crea una ilusión de comunión y totalidad —el crepitar del fuego en la sala llena de humo, el frío afuera lamiendo los cristales, Watson emborronando cuartillas y Holmes tocando

el violín—, restaura una idea del mundo, aquieta nuestro universo moral y nos devuelve el paraíso de la inocencia.

ANDREU JAUME

## SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta edición en tres volúmenes de toda la obra protagonizada por Sherlock Holmes incluye sólo lo que se conoce como el canon, es decir, las cuatro novelas y los cincuenta y seis relatos cuya autoría se puede atribuir sin duda a Sir Arthur Conan Doyle. Para la fijación y la traducción de los textos nos hemos basado en *The Penguin Complete Sherlock Holmes*, Londres, Penguin, 2009.

A lo largo de los años han ido saliendo posibles textos adicionales —el último en 2015— sin que hayan podido ser autorizados con seguridad, por lo que hemos decidido excluirlos. Al fin y al cabo, como decía Marianne Moore, «las omisiones no son olvidos».

El presente volumen reúne todas las novelas protagonizadas por Sherlock Holmes, ordenadas cronológicamente. *Estudio en escarlata*, donde por primera vez apareció el detective, se publicó en 1887; *El signo de los cuatro*, en 1890. Tras haber matado, aparentemente, a Holmes en el relato «El problema final», publicado en 1893, Conan Doyle publicó en 1902 *El perro de los Baskerville*, su novela más popular, donde se cuenta una historia inédita pero aún previa a su desaparición. La novela se había serializado primero en el *Strand* entre 1901 y 1902, coincidiendo con la muerte y los funerales de la reina Victoria. *El valle del miedo* es la última y más tardía de las novelas, serializada en el *Strand* entre 1914 y 1915 y publicada en Nueva York en 1915, con ilustraciones de Arthur I. Keller.

Esther Tusquets (1936-2012), inolvidable escritora y editora, empezó a traducir todo el canon en 2004 para la desaparecida editorial RqueR, donde primero se publicaron sus versiones de las tres primeras novelas incluidas en este volumen (la primera en colaboración con su hijo Néstor Busquets). Su espléndido trabajo fue una de las últimas manifestaciones de su rigor y de su buen gusto, tan afín a la atmósfera que se respira en estos relatos. Quede también esta edición como homenaje a su memoria. Tusquets no pudo traducir, cual hubiera sido su deseo, todo el canon, trabajo que ha concluido brillantemente Juan Camargo (1978), que, además de traductor, es también profesor y editor. Suya es, pues, la traducción de *El valle del miedo*.

A. J.

# SHERLOCK HOLMES

NOVELAS

# Estudio en escarlata

## **PRIMERA PARTE**

REIMPRESIÓN DE LAS MEMORIAS  
DE JOHN H. WATSON,  
DOCTOR EN MEDICINA,  
Y EX MÉDICO DEL EJÉRCITO

## EL SEÑOR SHERLOCK HOLMES

El año 1878 me doctoré en medicina en la Universidad de Londres y me trasladé a Netley con el fin de asistir al curso obligatorio para cirujanos del ejército. Al terminar mis estudios allí, fui destinado al 5.º de Fusileros de Northumberland como cirujano auxiliar. Por aquel entonces el regimiento estaba destacado en la India, y, antes de que yo pudiera incorporarme, estalló la segunda guerra de Afganistán. Al desembarcar en Bombay, me enteré de que mi unidad había cruzado la frontera y se había adentrado ya en territorio enemigo. Sin embargo, seguí viaje, con otros muchos oficiales que se encontraban en la misma situación, y conseguí llegar sano y salvo a Candar, donde encontré a mi regimiento y me incorporé en el acto a mi nuevo puesto.

La campaña proporcionó honores y ascensos a muchos, pero a mí solo me trajo desdichas y calamidades. Me separaron de mi brigada y me destinaron al regimiento Berkshire, con el que participé en la desastrosa batalla de Maiwand. Allí fui herido en el hombro por una bala jezail, que me destrozó el hueso y me rozó la arteria subclavia. Habría caído en manos de los asesinos gazis a no ser por la lealtad y el valor de que dio muestras Murray, mi ordenanza, que me tendió sobre un caballo de carga y logró llevarme a salvo hasta las líneas británicas.

Consumido por el dolor y debilitado por las prolongadas penalidades, me trasladaron, en un gran convoy de heridos, al hospital de la base Peshawur. Allí me restablecí, y, cuando ya podía pasear por las salas e incluso tomar un poco el sol en la veranda, caí enfermo de tifus, ese flagelo de nuestras posesiones de la India. Durante meses me debatí entre la vida y la muerte, y, cuando por fin reaccioné e inicié la convalecencia, estaba tan débil y extenuado que un consejo médico dictaminó que se me enviara de regreso a Inglaterra sin perder un solo día. Por consiguiente, me embarcaron en el transporte militar *Orontes*, y un mes más tarde tomaba tierra en el muelle de Portsmouth, con la salud irremediabilmente dañada, pero con un permiso del paternal gobierno para intentar recuperarla en los siguientes nueve meses.

Yo no tenía parientes ni amigos en Inglaterra, y era por lo tanto libre como el aire, o todo lo libre que se puede ser con una asignación diaria de once chelines y seis peniques. En tales circunstancias me dirigí, como es lógico, a Londres, gran sumidero al que son arrastrados inevitablemente todos los haraganes y desocupados del Imperio. Durante un tiempo me alojé en un buen hotel del Strand, y llevé una existencia incómoda y sin sentido, gastando el dinero de que disponía con mucha mayor liberalidad de lo que podía permitirme. El estado de mis finanzas llegó a ser tan alarmante que pronto comprendí que, o abandonaba la metrópoli y me iba a languidecer al campo, o tenía que cambiar por completo mi estilo de vida. Elegida la



segunda alternativa, mi primera decisión fue abandonar el hotel e instalar mis cuarteles en un alojamiento menos pretencioso y menos caro.

El mismo día que llegué a esta conclusión, estaba en el Criterion Bar, cuando alguien me dio un golpecito en el hombro y, al volverme, reconocí al joven Stamford, otrora mi ayudante en el hospital. Ver un rostro amigo en el inmenso páramo de Londres es un verdadero placer para un hombre solitario. En el pasado no habíamos sido especialmente amigos, pero ahora lo acogí con entusiasmo, y él, por su parte, pareció encantado de verme. Llevado de mi arrebatado de alegría, le invité a almorzar en el Holborn, y hacia allí nos dirigimos en un coche.

—¿Qué ha sido de su vida, Watson? —me preguntó, sin ocultar su asombro, mientras traqueteábamos por las concurridas calles de Londres—. Está tan delgado como un fideo y tan moreno como una nuez.

Le hice un breve resumen de mis aventuras, y apenas había terminado cuando llegamos a nuestro destino.

—¡Pobre amigo! —me dijo él en tono compasivo, tras escuchar mis desdichas—. ¿Y qué hace ahora?

—Busco alojamiento —respondí—. Intento resolver el problema de conseguir habitaciones confortables a un precio razonable.

—Qué curioso —observó mi acompañante—. Es usted la segunda persona que me habla hoy en estos términos.

—¿Y quién ha sido la primera? —pregunté.

—Un colega que trabaja en el laboratorio químico del hospital. Se lamentaba esta mañana de no encontrar a nadie con quien compartir unas bonitas habitaciones que había encontrado, y que eran demasiado caras para su bolsillo.

—¡Por Júpiter! —grité—. ¡Si está buscando de verdad a alguien con quien compartir las habitaciones y los gastos, yo soy su hombre! Prefiero tener un compañero a vivir solo.

El joven Stamford me miró de un modo raro por encima de su vaso de vino.

—Usted no conoce todavía a Sherlock Holmes —dijo—. Tal vez no le guste tenerlo constantemente de compañero.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

—¡Oh, yo no he dicho que tenga nada malo! Alimenta ideas un poco raras, le entusiasman determinadas ramas de la ciencia. Pero, que yo sepa, es un tipo decente.

—Estudia medicina, supongo.

—No. No tengo la menor idea de lo que pretende hacer. Creo que domina la anatomía, y es un químico de primera, pero, que yo sepa, nunca ha seguido cursos sistemáticos de medicina. Sus estudios son poco metódicos y muy excéntricos, pero ha acumulado gran cantidad de conocimientos insólitos que asombrarían a sus profesores.

—¿No le ha preguntado usted nunca a qué piensa dedicarse?

—No, no es hombre que se deje llevar fácilmente a confidencias, aunque puede

mostrarse comunicativo cuando le da por ahí.

—Me gustaría conocerlo —dije—. Si he de compartir alojamiento, prefiero a un hombre estudioso y de costumbres tranquilas. No estoy lo bastante fuerte todavía para soportar mucho ruido y barullo. Tuve bastante de ambas cosas en Afganistán para lo que me resta de vida. ¿Cómo podría conocer a ese amigo suyo?

—Seguro que está en el laboratorio —respondió mi compañero—. A veces pasa semanas sin asomarse por allí, y otras veces trabaja allí desde la mañana hasta la noche. Si usted quiere, podemos ir en coche después del almuerzo.

—Claro que sí —contesté.

Y la conversación tomó otros derroteros.

Mientras nos dirigíamos al hospital tras abandonar el Holborn, Stamford me informó de otras peculiaridades del caballero con quien me proponía yo compartir alojamiento.

—No me eche a mí la culpa si no se llevan bien —me dijo—. Solo sé de él lo que he averiguado en nuestros esporádicos encuentros en el laboratorio. Ha sido usted quien ha propuesto este arreglo, de modo que no me haga responsable.

—Si no nos llevamos bien, será fácil separarnos —respondí—. Pero me parece, Stamford —añadí, mirándole fijamente—, que debe tener usted alguna razón concreta para lavarse las manos en este asunto. ¿Tan insoportable es ese individuo? Hable sin rodeos.

—No es fácil explicar lo inexplicable —respondió, riendo—. Holmes es un poco demasiado científico para mi gusto... Raya en la falta de humanidad. Puedo imaginarlo ofreciéndole a un amigo una pizca del más reciente alcaloide vegetal, no por malevolencia, entiéndame, sino simplemente porque su espíritu curioso quiere formarse un idea clara de sus efectos. Para hacerle justicia, creo que ingeriría él mismo la droga con idéntica tranquilidad. Parece sentir pasión por los conocimientos concretos y exactos.

—Lo cual está muy bien.

—Sí, pero puede alcanzar extremos excesivos. Si llega hasta el punto de golpear con un palo los cadáveres de la sala de disección, toma una forma ciertamente chocante.

—¡Golpear los cadáveres!

—Sí, para verificar qué magulladuras se pueden producir en un cuerpo después de la muerte. Se lo vi hacer con mis propios ojos.

—¿Y dice usted que no estudia medicina?

—No. Sabe Dios cuál será el objetivo de sus estudios. Pero ya hemos llegado, y usted podrá formarse su propia opinión.

Mientras él hablaba, doblarnos por un estrecho callejón y traspusimos una puertecilla lateral, que daba a un ala del gran hospital. El terreno me era familiar, y no necesité guía para subir la lúgubre escalera de piedra y recorrer el largo pasillo de paredes encaladas y puertas color pardusco. Casi al final se abría un bajo pasadizo

abovedado que llevaba al laboratorio de química.

Era una sala muy alta de techo, con hileras de frascos por todas partes. Sobre varias mesas, bajas y anchas, se agolpaban retortas, tubos de ensayo y pequeños mecheros Bunsen de vacilantes llamas azules. En la habitación solo había un estudiante, que se inclinaba sobre una mesa apartada, absorto en su trabajo. Al oír el sonido de nuestros pasos, dio media vuelta y se levantó de un salto con una exclamación de alegría.

—¡Lo he encontrado! ¡Lo he encontrado! —le gritó a mi compañero, corriendo hacia nosotros con un tubo de ensayo en la mano—. He encontrado un reactivo que se precipita con la hemoglobina y solo con la hemoglobina.

Si hubiese descubierto una mina de oro, su rostro no hubiera reflejado mayor satisfacción.

—El doctor Watson, el señor Sherlock Holmes —nos presentó Stamford.

—¿Cómo está usted? —me dijo Holmes cordialmente, estrechándome la mano con una fuerza que yo habría estado lejos de atribuirle—. Veo que ha estado en Afganistán.

—¿Cómo diablos lo sabe? —pregunté atónito.

—Carece de importancia —dijo, sonriendo para sí mismo—. Ahora se trata de la hemoglobina. Sin duda usted percibe la importancia de mi descubrimiento, ¿verdad?

—Es interesante desde el punto de vista de la química, claro está —respondí—, pero desde el punto de vista práctico...

—Pero, hombre, ¡es el descubrimiento más práctico de la medicina forense de los últimos años! ¿No ve que nos proporciona una prueba infalible para las manchas de sangre? ¡Venga conmigo!

En su impaciencia, me agarró por la manga de la chaqueta y me arrastró hasta la mesa donde había estado trabajando.

—Tomemos un poco de sangre fresca —dijo, clavándose en el dedo una gruesa aguja y dejando caer en una probeta la gota de sangre—. Y ahora añado esta pequeña cantidad de sangre a un litro de agua. La proporción de sangre es como mucho de una millonésima parte. Y estoy seguro, no obstante, de que podremos obtener la reacción característica.

Mientras hablaba, echó unos cristales blancos en el recipiente, y después agregó unas gotas de un líquido transparente. Al instante, el contenido adquirió un apagado color caoba y un polvillo pardusco se precipitó en el fondo del recipiente de cristal.

—¡Ajá! —exclamó, batiendo palmas, tan contento como un niño con zapatos nuevos—. ¿Qué me dice de esto?

—Parece una prueba muy delicada —observé.

—¡Magnífico! ¡Es magnífico! La vieja prueba del guayaco resultaba muy burda e insegura. Lo mismo ocurre con el examen microscópico de los corpúsculos de sangre. Ese último carece de valor si las manchas tienen unas horas. Pues bien, mi prueba funciona por igual con sangre nueva y con sangre vieja. De haberse inventado antes,

cientos de personas que ahora andan sueltas por ahí habrían pagado hace tiempo sus crímenes.

—Ah, ¿sí? —murmuré.

—Las causas criminales giran constantemente alrededor de este punto. Meses después de haberse cometido un crimen, las sospechas recaen en un individuo. Se examinan sus trajes y su ropa interior, y se descubren unas manchas pardas. ¿Son manchas de sangre, o manchas de barro, o manchas de óxido, o manchas de fruta, o qué son? Es una cuestión que ha desconcertado a muchos expertos, y ¿por qué? Porque no existía un análisis fiable. Ahora tenemos la prueba de Sherlock Holmes y ya no habrá problemas.

Al hablar le brillaban los ojos; se llevó una mano al corazón y se inclinó, como si correspondiera a los aplausos de un público imaginario.

—Sin duda hay que felicitarlo por ello —observé, bastante sorprendido ante su entusiasmo.

—El año pasado tuvo lugar en Frankfurt la causa contra Von Bischoff. No cabe duda de que le hubieran ahorcado si hubiera existido esta prueba. Y los casos de Mason en Bradford, y el famoso de Muller y Lefevre en Montpellier, y de Samson en Nueva Orleans. Podría citar una veintena de casos en los que mi prueba habría sido decisiva.

—Parece usted un almanaque viviente de delitos —dijo Stamford con una sonrisa—. Podría iniciar una publicación en esta línea y llamarla «Noticias policiales de antaño».

—Pues su lectura sería muy interesante —comentó Sherlock Holmes, aplicándose un pequeño parche en el pinchazo del dedo—. Debo andar con cuidado —añadió, volviéndose hacia mí con una sonrisa—, porque manejo venenos con mucha frecuencia.

Extendió la mano mientras hablaba, y vi que estaba salpicada de pedacitos de parche similares, y descolorida por los ácidos corrosivos.

—Hemos venido para tratar un asunto —dijo Stamford, sentándose en un alto taburete de tres patas y empujando otro con el pie hacia mí—. Mi amigo anda buscando alojamiento, y, como usted se lamentó de no encontrar a nadie con quien compartir un alquiler, pensé que lo mejor sería ponerlos en contacto.

A Sherlock Holmes pareció encantarle la idea de compartir su alojamiento conmigo.

—Tengo echado el ojo a unas habitaciones de Baker Street que nos vendrían que ni pintadas. Espero que no le moleste el olor del tabaco fuerte.

—Yo mismo fumo siempre tabaco de la marina —respondí.

—Vamos bien. Suelo llevar conmigo sustancias químicas y a veces hago experimentos. ¿Le molestará esto?

—En absoluto.

—Veamos qué otros defectos tengo. A veces me deprimó y no abro la boca

durante días. Cuando esto ocurra, no debe pensar que estoy enfadado. Déjeme solo y pronto se me pasará. Y ahora, ¿qué tiene que confesarme usted a mí? Es conveniente que dos individuos conozcan lo peor del otro antes de vivir juntos.

Este interrogatorio de segundo grado me arrancó una sonrisa.

—Tengo un cachorrillo —dije—, y me molesta el barullo porque tengo los nervios deshechos, además me levanto a las horas más intempestivas y soy extremadamente perezoso. Tengo un surtido de vicios distintos cuando me encuentro bien de salud, pero en el presente estos son los principales.

—¿Incluye usted el violín en la categoría de barullo? —me preguntó con ansiedad.

—Depende de quién lo toque —respondí—. Cuando el violín se toca bien, es un placer de dioses; cuando se toca mal...

—De acuerdo, pues —exclamó, con una alegre sonrisa—. Creo que podemos considerar zanjado el asunto. Si las habitaciones le gustan, claro.

—¿Cuándo las veremos?

—Venga a recogerme mañana a las doce del mediodía. Iremos juntos y cerraremos el trato —me respondió.

—De acuerdo, a las doce en punto —le dije, estrechándole la mano.

Le dejamos trabajando con sus productos químicos y regresamos caminando a mi hotel.

—Por cierto —pregunté de repente, parándome y dirigiéndome a Stamford—, ¿cómo demonios supo que vengo de Afganistán?

Mi compañero sonrió con una enigmática sonrisa.

—Esta es precisamente su pequeña peculiaridad —dijo—. Mucha gente se ha preguntado cómo descubre ese tipo de cosas.

—Vaya, ¿se trata de un misterio? —exclamé, frotándome las manos—. Es muy emocionante. Le estoy reconocido por habernos puesto en contacto. «El más apropiado tema de estudio para la humanidad es el hombre», usted ya sabe.

—Entonces estudie a Holmes —dijo Stamford, al despedirse de mí—. Me parece que le va a resultar un problema peliagudo. Apuesto a que él averiguará más cosas de usted que usted de él. Adiós.

—Adiós —le respondí.

Y seguí caminando hacia mi hotel, muy intrigado por el individuo al que acababa de conocer.

## LA CIENCIA DE LA DEDUCCIÓN

Nos encontramos al día siguiente, como habíamos acordado, e inspeccionamos las habitaciones del número 221 B de Baker Street, a las que se había referido en nuestra entrevista. Consistían en dos cómodos dormitorios y una única sala de estar, espaciosa, ventilada, amueblada con gusto e iluminada por dos amplias ventanas. Tan satisfactorias eran las habitaciones en todos los aspectos, y tan moderado nos pareció el precio cuando lo dividimos entre dos, que cerramos el trato allí mismo y tomamos inmediatamente posesión de ellas. Aquella misma tarde trasladé mis cosas desde el hotel, y a la mañana siguiente llegó Sherlock Holmes con varias cajas y maletas. Durante un día o dos estuvimos muy ocupados deshaciendo el equipaje y colocando nuestras cosas del mejor modo posible. Hecho esto, empezamos gradualmente a aposentarnos y a adaptarnos a nuestro nuevo entorno.

Ciertamente, Holmes no era una persona con la que resultara difícil vivir. Sus modales eran tranquilos y sus costumbres, regulares. Era raro que estuviera fuera de casa después de las diez de la noche, e invariablemente había desayunado y había salido antes que yo me levantara por la mañana. A veces pasaba el día en el laboratorio, a veces en las salas de disección, y en ocasiones dando largos paseos, que al parecer le llevaban a los barrios más bajos de la ciudad. Nada excedía su energía cuando le daba la fiebre del trabajo, pero de tanto en tanto se producía una reacción violenta, y permanecía días enteros tumbado en el sofá de la sala, sin apenas pronunciar palabra ni mover un músculo desde la mañana hasta la noche. En tales ocasiones, advertía yo en sus ojos una mirada tan absorta y ausente que, si la templanza y la integridad de su vida no me lo hubieran impedido, habría sospechado que era adicto a algún estupefaciente.

Con el transcurrir de las semanas, mi interés por Holmes y mi curiosidad por saber cuáles eran los objetivos de su vida se fueron acrecentando y profundizando. Ya su mero aspecto bastaba para atraer la atención del observador menos atento. Medía más de seis pies y era tan extremadamente delgado que parecía todavía más alto. Sus ojos eran agudos y penetrantes, salvo en los intervalos de sopor a los que he aludido; y su fina nariz aguileña confería a todo su semblante un aire vivaz y decidido. También su barbilla, prominente y cuadrada, revelaba a un hombre resuelto. Aunque sus manos estaban invariablemente manchadas de tinta y cubiertas de marcas causadas por productos químicos, Holmes poseía una extraordinaria delicadeza de tacto, como tuve ocasión de observar con frecuencia al verle manipular sus frágiles instrumentos de trabajo.

El lector tal vez me tome por un entrometido impertinente si le confieso lo mucho

que aquel hombre excitaba mi curiosidad y en cuántas ocasiones intenté romper la reserva que mostraba en cuanto le concernía. Sin embargo, antes de emitir un juicio, debe recordar hasta qué punto estaba mi vida vacía de objetivos y cuán pocas cosas atraían mi atención. Mi salud me impedía aventurarme al exterior, a menos que el tiempo fuera excepcionalmente benigno, y no disponía de amigos que vinieran a visitarme y rompieran la monotonía de mi vida diaria. En tales circunstancias, acogí con avidez el pequeño misterio que envolvía a mi compañero y pasé gran parte de mi tiempo tratando de desvelarlo.

No estudiaba medicina. Él mismo, respondiendo a una pregunta mía, había confirmado lo que Stamford ya me dijera sobre esta cuestión. Tampoco parecía haber seguido el tipo de lecturas que pudiera llevarle a licenciarse en ciencias ni en ninguna otra formación académica. Pero era notable el celo que mostraba en determinados estudios, y sus conocimientos, dentro de excéntricos límites, eran tan extraordinariamente amplios y detallados que sus observaciones me asombraban. Sin duda nadie trabajaría con tanto ahínco ni se procuraría una información tan precisa a menos de perseguir un objetivo concreto. Los lectores poco metódicos se distinguen rara vez por la exactitud de sus conocimientos. Nadie carga su mente de minucias sin tener una buena razón para hacerlo.

Su ignorancia era tan notable como sus conocimientos. De literatura contemporánea, de filosofía y de política no parecía saber apenas nada. En cierta ocasión cité a Thomas Carlyle, y Holmes me preguntó con toda ingenuidad quién era el tal Carlyle y qué había hecho. Pero mi sorpresa alcanzó su punto culminante cuando descubrí casualmente que ignoraba la teoría copernicana y la composición del sistema solar. Que a principios del siglo XIX, un hombre civilizado pudiera no saber que la tierra gira alrededor del sol me parecía un hecho tan insólito que apenas podía darle crédito.

—Parece usted estupefacto —me dijo, sonriendo ante mi expresión de asombro—. Pues bien, ahora que lo sé, haré lo posible por olvidarlo.

—¡Olvidarlo!

—Mire —me explicó—, considero que el cerebro del hombre es originalmente un pequeño desván vacío, que uno debe ir llenando con los enseres que prefiera. El necio mete en él todos los trastos que encuentra, de modo que los conocimientos que podrían serle útiles no disponen de lugar, o, en el mejor de los casos, están mezclados con tantas otras cosas que es difícil dar con ellos. Ahora bien, el artesano habilidoso pone mucho cuidado con lo que introduce en su cerebro-desván. Solo tendrá las herramientas que puedan ayudarle en su trabajo, pero de estas tendrá un buen surtido, y todas dispuestas en un orden perfecto. Es un error creer que el cuartito tiene paredes elásticas y puede dilatarse sin límite. Créame, llega un momento en que todo conocimiento añadido supone el olvido de algo que antes sabías. Es, por tanto, de máxima importancia no permitir que datos inútiles desalojen a los útiles.

—Pero el sistema solar... —protesté.

—¿Qué diablos me importa a mí? —me interrumpió impaciente—. Usted dice que giramos alrededor del Sol. Si girásemos alrededor de la Luna, ello no supondría la más insignificante diferencia para mí o para mi trabajo.

Estuve a punto de preguntarle en qué consistía el tal trabajo, pero algo en su actitud me indicó que la pregunta no sería bien recibida. Sin embargo, reflexioné sobre nuestra breve conversación, y me esforcé en sacar mis propias deducciones. Él había dicho que no adquiriría ningún conocimiento que no sirviera a su objetivo. Por lo tanto, todo el saber que poseía le era útil. Enumeré mentalmente las variadas cuestiones sobre las que me había demostrado estar excepcionalmente bien informado. Incluso cogí un lápiz y las puse por escrito. Cuando concluí el documento, no pude evitar una sonrisa. Decía lo siguiente:

#### SHERLOCK HOLMES. SUS CONOCIMIENTOS.

1. De literatura: ninguno.
2. De filosofía: ninguno.
3. De astronomía: ninguno.
4. De política: escasos.
5. De botánica: desiguales. Conoce bien la belladona, el opio y los venenos en general. No sabe nada de jardinería...
6. De geología: prácticos pero limitados. Distingue de un vistazo los diferentes tipos de suelos. Después de sus paseos, me ha mostrado las salpicaduras de sus pantalones y, a partir de su color y consistencia, me ha explicado de qué parte de Londres procedían.
7. De química: profundos.
8. De anatomía: precisos, pero poco sistemáticos.
9. De literatura sensacionalista: inmensos. Parece conocer todos los detalles de todos los horrores perpetrados en este siglo.
10. Toca bien el violín.
11. Es experto en el críquet, el boxeo y la esgrima.
12. Posee buenos conocimientos prácticos de la ley inglesa.

Al llegar a ese punto de mi lista, la tiré, desesperado, al fuego. Si conciliar todos estos conocimientos y discurrir una profesión en la que se precisen es el único modo de averiguar los objetivos de ese individuo, me dije, ya puedo darme por vencido.

Veo que antes he aludido a sus facultades para el violín. Eran realmente notables, pero tan excéntricas como el resto. Yo sabía bien que era capaz de ejecutar piezas musicales, y piezas difíciles, porque, a petición mía, había tocado algunos *Lieder* de Mendelssohn y otras de mis obras favoritas. Pero, si se le dejaba a su aire, rara vez ejecutaba verdadera música o intentaba tocar piezas reconocibles. Recostado toda una velada en su sillón, solía cerrar los ojos y pasaba descuidadamente el arco por las cuerdas de su violín, cruzado sobre las rodillas. A veces los acordes eran sonoros y melancólicos. Otras, fantásticos y alegres. Evidentemente reflejaban los pensamientos que le ocupaban, pero no me atrevería a determinar si la música le ayudaba a pensar, o si lo que tocaba era solo el resultado de un capricho o fantasía. Aquellos solos exasperantes hubieran podido sublevarme, a no ser porque solía rematarlos tocando,



en rápida sucesión, toda una serie de mis piezas preferidas, como leve compensación por haber puesto a prueba mi paciencia.

Durante la primera semana no recibimos ninguna visita, y empecé a pensar que mi compañero andaba tan falto de amigos como yo mismo. Pero pronto descubrí que tenía muchas relaciones, y en las más distintas capas de la sociedad. Una de ellas era un tipo cetrino, de cara de rata y ojos oscuros, que me fue presentado como el señor Lestrade y que vino a casa tres o cuatro veces la misma semana. Cierta mañana llegó una jovencita, elegantemente vestida, y se quedó media hora o más. Aquella misma tarde vino un visitante raído, de pelo canoso, con apariencia de buhonero judío, que me pareció muy nervioso. Y fue seguido por una anciana de aspecto descuidado. En otra ocasión se entrevistó con mi compañero un caballero de cabello blanco, entrado en años; y, en otra, un mozo de estación con su uniforme de pana. Cuando uno de esos personajes inclasificables hacía acto de presencia, Holmes solía pedirme permiso para utilizar la sala, y yo me retiraba a mi dormitorio. Siempre se disculpaba por ocasionarme molestias. «Tengo que utilizar esta habitación como despacho», me decía, «y estas personas son clientes míos». De nuevo se me presentaba la ocasión de hacerle una pregunta a quemarropa, y de nuevo mi delicadeza me impedía forzar las confianzas de otra persona. En aquel tiempo yo imaginaba que Holmes tenía una razón de peso para no aludir al tema, pero pronto disiparía él mismo esta impresión trayéndolo a colación por propia iniciativa.

Un 4 de marzo, y tengo un buen motivo para recordar la fecha, me encontré, al levantarme un poco antes de lo habitual, con que Sherlock Holmes no había terminado todavía de desayunar. La casera estaba tan acostumbrada a que me levantara tarde que ni había puesto mis cubiertos ni me había hecho el café. Con la irrazonable petulancia de los seres humanos, toqué el timbre y le notifiqué con sequedad que ya estaba listo. Después cogí una revista de encima de la mesa e intenté entretenerme con ella, mientras mi compañero masticaba en silencio su tostada. Uno de los artículos tenía una marca a lápiz junto al encabezamiento y, naturalmente, le eché un vistazo.

Su título, algo ambicioso, era «El libro de la vida», y pretendía demostrar lo mucho que un hombre observador podía aprender mediante un preciso y sistemático examen de cuanto encontraba a su paso. Me pareció una curiosa mezcla de ingenio y disparate. El razonamiento era estricto y profundo, pero las conclusiones resultaban rebuscadas y exageradas. El autor pretendía deducir los pensamientos más ocultos de un hombre a partir de un gesto fugaz, la contracción de un músculo o una mirada. Según él, era imposible engañar a un hombre adiestrado en la observación y en el análisis. Sus conclusiones eran tan infalibles como las proposiciones de Euclides. Y tan sorprendentes serían sus resultados para los no iniciados que, hasta conocer los procesos mediante los cuales había llegado a estas conclusiones, bien podrían considerarlo un nigromante.

«A partir de una gota de agua», decía el autor, «el hombre que razona con lógica

puede inferir la posibilidad de un Atlántico o un Niágara sin haber visto ni haber oído hablar de uno ni de otro. Toda la vida es una gran cadena, cuya naturaleza se nos muestra en cada uno de los eslabones. Como todas las otras artes, la ciencia de la deducción y el análisis solo puede adquirirse mediante un estudio paciente y prolongado, y no hay vida lo bastante larga para permitir a un mortal alcanzar su grado máximo de perfección. Antes de ocuparse de los aspectos morales y mentales de la materia, que presentan las mayores dificultades, el investigador debe empezar por dominar los problemas más elementales. Debe aprender, al encontrarse con otro mortal, a distinguir de una mirada cuál es su pasado, y a qué oficio o profesión se dedica. Por muy pueril que parezca, este ejercicio aguza la facultad de observación y le enseña a uno dónde debe mirar y qué debe buscar. Las uñas de las manos, las mangas de la chaqueta, las botas, las rodilleras de los pantalones, las callosidades de los dedos índice y pulgar, la expresión del rostro, los puños de la camisa, cada una de estas cosas revela claramente la profesión de un hombre. Que todas ellas juntas no consigan dar la clave a un investigador competente resulta inconcebible».

—¡Qué inefable estupidez! —grité, lanzando la revista encima de la mesa—. Jamás en la vida había leído tantas bobadas.

—¿De qué se trata? —preguntó Sherlock Holmes.

—De este artículo —dije, señalándolo con la cucharilla mientras me sentaba a desayunar—. Veo que usted lo ha leído, puesto que lo ha marcado. No niego que está escrito con ingenio. Y, sin embargo, me exaspera. Se trata, evidentemente, de la teoría de un desocupado que elucubra esas pequeñas y bonitas paradojas en la reclusión de su propio estudio. No tiene aplicación práctica. Me gustaría encontrarme a este tipo metido en un vagón de tercera del metro y preguntarle el oficio de sus compañeros de viaje. Apostaría mil a uno contra él.

—Perdería usted su dinero —comentó Holmes con calma—. En cuanto al artículo, lo escribí yo mismo.

—¡Usted!

—Sí, tengo dotes para la observación y la deducción. Las teorías que he expresado aquí, y que a usted le parecen tan quiméricas, son de hecho extremadamente prácticas, tan prácticas que me dan de comer.

—¿De qué modo? —pregunté sin poder contenerme.

—Bien, tengo una profesión muy personal. Supongo que soy el único que la practica en el mundo. Soy un detective-consultor, si usted entiende lo que es esto. Aquí en Londres hay un montón de detectives del gobierno y un montón de detectives privados. Cuando esos señores andan desorientados, acuden a mí, y me las ingenio para ponerlos en la pista acertada. Me suministran todas las pruebas, y generalmente soy capaz, con ayuda de mis conocimientos de la historia del crimen, de indicarles el camino a seguir. Existe un estrecho parecido familiar entre los delitos, y, si conoces al dedillo todos los detalles de mil de ellos, es raro que no puedas desentrañar el mil uno. Lestrade es un detective muy conocido. Hace poco andaba

desorientado en un caso de falsificación, y esto fue lo que le trajo hasta aquí.

—¿Y los demás?

—En su mayor parte los envían agencias privadas de investigación. Son personas, todas ellas, que tienen problemas y necesitan una pequeña orientación. Yo escucho su historia, ellos escuchan mis comentarios, y a continuación me embolso mis honorarios.

—¿Pretende decirme que, sin abandonar su habitación, usted puede resolver enigmas que otros hombres no han sido capaces de resolver, a pesar de haber visto todos los detalles por sí mismos?

—Así es. Tengo una especie de intuición para ello. De vez en cuando se presenta un caso un poco más complejo. Entonces tengo que moverme y ver las cosas con mis propios ojos. Como sabe, poseo gran cantidad de conocimientos especiales, que aplico al problema y que facilitan maravillosamente su solución. Las reglas deductivas que expongo en el artículo que ha suscitado su desprecio tienen un valor inconmensurable en mi trabajo práctico. La observación es en mí una segunda naturaleza. Usted pareció sorprendido cuando le dije, en nuestro primer encuentro, que venía de Afganistán.

—Alguien se lo habría dicho, sin duda.

—Nada de eso. Yo sabía que usted venía de Afganistán. A fuerza de hábito, los pensamientos fluyen tan aprisa por mi mente que llegué a la conclusión sin tener conciencia de los pasos intermedios. Los hay, sin embargo. El curso de mi razonamiento sería: He aquí un caballero con aspecto de médico, pero con aire castrense. Se trata, pues, de un médico militar. Acaba de llegar del trópico, porque tiene el rostro moreno y ese no es el tono natural de su piel, ya que sus muñecas son blancas. Ha padecido infortunios y enfermedades, como muestra claramente su rostro macilento. Le han herido en el brazo izquierdo. Lo mantiene rígido y en una postura poco natural. ¿En qué lugar del trópico ha podido pasar muchas calamidades y ser herido en el brazo un médico del ejército inglés? Obviamente en Afganistán. Toda esta secuencia de pensamientos no me llevó un segundo. Y entonces comenté que usted venía de Afganistán, y le dejé asombrado.

—Tal como lo cuenta parece muy sencillo —dije, sonriendo—. Me recuerda al Dupin de Edgar Allan Poe. No imaginaba que tales individuos pudieran existir fuera de las novelas.

Sherlock Holmes se levantó y encendió su pipa.

—Sin duda usted cree hacerme un cumplido al compararme con Dupin —arguyó—. Pero, en mi opinión, Dupin no valía gran cosa. Ese truco suyo de irrumpir en los pensamientos de sus amigos con una observación pertinente, tras un cuarto de hora de silencio, es realmente muy artificioso y superficial. No carece, sin duda, de cierto talento analítico, pero no era, en modo alguno, el prodigio que Poe parecía imaginar.

—¿Ha leído usted a Gaboriau? —le pregunté—. ¿Se ajusta Lecoq a su idea de un detective?

Sherlock Holmes resopló con sarcasmo.

—Lecoq era un chapucero lamentable —dijo con enojo—. Solo tenía una cualidad recomendable, y era su energía. Ese libro me puso literalmente enfermo. El problema era cómo identificar a un preso desconocido. Yo habría podido hacerlo en veinticuatro horas. A Lecoq le llevó unos seis meses. Podría servir de texto para enseñar a los detectives lo que no deben hacer.

A mí me pareció bastante indignante que tratara con tanto desdén a dos personajes que habían suscitado mi admiración. Me acerqué a la ventana y estuve contemplando el ajetreo de la calle. Ese tipo puede ser muy listo, me dije, pero no hay duda de que es un engreído.

—En nuestros días ya no hay crímenes ni hay criminales —se lamentó—. ¿De qué sirve en nuestra profesión la inteligencia? Sé bien que dispongo de la suficiente para hacer famoso mi nombre. No existe ni ha existido hombre alguno que aportara al descubrimiento del crimen tantos estudios y tanto talento natural como yo. Y ¿para qué? No hay crimen que descubrir; a lo sumo alguna torpe fechoría con un móvil tan transparente que hasta un funcionario de Scotland Yard puede reparar en él.

Yo seguía molesto por el engreimiento con que Holmes hablaba. Me pareció preferible cambiar de conversación.

—¿Qué buscará ese tipo? —pregunté, señalando a un individuo robusto, modestamente vestido, que bajaba despacio por el otro lado de la calle, mirando ansioso los números de las casas.

Llevaba en la mano un gran sobre azul y era evidentemente portador de un mensaje.

—¿Se refiere a ese sargento retirado de la Marina? —preguntó Sherlock Holmes.

¡Cuánta jactancia y fanfarronería!, me dije. Él sabe que no puedo verificar su conjetura.

Apenas me había cruzado por la mente este pensamiento, cuando el hombre que observábamos distinguió el número de nuestra puerta y cruzó corriendo la calzada. Oímos un fuerte aldabonazo, una voz grave procedente del vestíbulo y pesados pasos que ascendían por la escalera.

—Para el señor Sherlock Holmes —dijo, entrando en la habitación y entregándole la carta a mi amigo.

Se me brindaba la oportunidad de domeñar la arrogancia de Holmes. ¡Poco podía él imaginarlo cuando lanzó su conjetura!

—¿Puedo preguntarle, amigo —dije con suavidad—, cuál es su profesión?

—Conserje, caballero —rezongó—. Tengo el uniforme arreglando.

—¿Y antes? —pregunté, lanzando una mirada maliciosa a mi compañero.

—Sargento de infantería ligera de la Marina Real. ¿No hay respuesta? Perfectamente, caballero.

Entrechocó los talones, levantó la mano en un saludo y se largó.

## EL MISTERIO DE LAURISTON GARDENS

Confieso que quedé atónito ante aquella nueva prueba de la eficacia práctica de las teorías de mi compañero. Mi respeto por su capacidad analítica aumentó extraordinariamente. Con todo, todavía anidaba en mi mente cierta vaga sospecha de que pudiera tratarse de un montaje con el propósito de deslumbrarme, aunque escapaba a mi comprensión qué podía pretender con ello. Cuando le miré, había acabado de leer la nota, y sus ojos habían adquirido la expresión ausente y apagada del ensimismamiento.

—¿Cómo demonios lo dedujo usted? —le pregunté.

—¿Qué deduje? —dijo malhumorado.

—Pues que era sargento retirado de la Marina.

—No tengo tiempo para fruslerías —respondió con brusquedad, y añadió con una sonrisa—: Disculpe mi descortesía. Ha roto el curso de mis pensamientos, pero tal vez dé lo mismo. Así pues, ¿de verdad no ha sido capaz de ver que ese individuo era un sargento de Marina?

—Claro que no.

—Era más fácil darse cuenta de ello que explicar cómo me di cuenta yo. Si a usted le pidieran que probara que dos más dos son cuatro, tal vez se viera en apuros, y, sin embargo, está seguro del hecho. Incluso desde el otro lado de la calle, pude distinguir una gran ancla azul tatuada en el dorso de la mano del individuo. Eso olía a mar. Pero su porte era militar y llevaba las patillas reglamentarias. Ya tenemos, pues, al marino. Era un hombre con ciertas ínfulas y ciertos aires de mando. Habrá usted observado lo erguida que mantenía la cabeza y cómo balanceaba el bastón. Un hombre sólido, respetable, de mediana edad... Todo indicaba que había sido sargento.

—¡Asombroso! —grité.

—Trivial —dijo Holmes, pero me pareció, por la expresión de su rostro, que le complacían mi evidente sorpresa y admiración—. Acababa de decir que ya no había criminales. Al parecer estaba equivocado... ¡Vea esto!

Y me tendió la nota que había traído el mensajero.

—¡Dios mío! —exclamé tras echarle una ojeada—. ¡Es terrible!

—Parece salirse un poco de lo común —observó Holmes sin perder la calma—. ¿Le importaría leérmela en voz alta?

La carta que leí decía:

Mi querido señor Sherlock Holmes:

Esta noche ha tenido lugar un feo asunto en el número 3 de Lauriston Gardens, junto a Brixton Road. Al hacer la ronda, nuestro policía vio allí una luz hacia las dos de la madrugada, y, como la casa

está deshabitada, sospechó que pasaba algo. Encontró la puerta abierta, y en el salón de la parte delantera sin amueblar, descubrió el cadáver de un caballero bien vestido, que llevaba en el bolsillo unas tarjetas con el nombre «Enoch J. Drebbler, Cleveland, Ohio, EE. UU.». No han robado nada, ni hay indicios de cómo ese hombre pudo encontrar la muerte. Hay manchas de sangre en la habitación, pero el cuerpo no presenta ninguna herida. No entendemos qué hacía la víctima en la casa vacía. De hecho, todo el asunto es un galimatías. Si puede pasar usted por aquí en cualquier momento, antes de las doce, le estaré esperando. He dejado las cosas in statu quo hasta tener noticias tuyas. Si le fuera imposible venir, le proporcionaré datos más precisos y consideraría una gran gentileza por su parte que me favoreciera con su opinión.

Su atentísimo

TOBIAS GREGSON

—Gregson es el tipo más listo de Scotland Yard —comentó mi amigo—. Él y Lestrade constituyen lo mejorcito de una panda de ineptos. Ambos son rápidos y enérgicos, pero espantosamente convencionales. Además no se pueden ver ni en pintura. Sienten tantos celos uno del otro como un par de bellezas profesionales. Será divertido este caso si los dos se ponen a seguir la pista.

Yo estaba atónito al ver la calma con que Holmes desgranaba sus comentarios.

—¡Creo que no hay momento que perder! —exclamé—. ¿Desea que vaya a pedir un coche?

—No estoy seguro de querer ir. Soy el tipo más irremediabilmente perezoso del mundo... Bueno, cuando me da por ahí, porque en ocasiones puedo ser bastante activo.

—Pero ¡si es precisamente la oportunidad que tanto esperaba!

—¿Qué supondrá eso para mí, querido amigo? Aun admitiendo que resuelva el caso, puede tener la certeza de que Gregson, Lestrade y compañía se atribuirán todo el mérito. Son las consecuencias de actuar en privado.

—Pero suplica su ayuda.

—Sí. Sabe que soy mejor que él, y lo reconoce ante mí. Pero se cortarían la lengua antes que confesarlo ante otros. De todos modos, podemos ir a echar un vistazo. Trabajaré por mi cuenta. Así, al menos, podré reírme un poco de ellos si no saco otro provecho. ¡Vamos!

Se puso aprisa el gabán y empezó a moverse de un lado a otro con una energía que daba muestras de que había dejado atrás su anterior crisis de apatía.

—Coja su sombrero —me dijo.

—¿Quiere que vaya con usted?

—Si no tiene algo mejor que hacer, sí.

Un minuto más tarde estábamos ambos en el interior de un cabriolé que el cochero conducía a toda prisa hacia Brixton Road.

Era una mañana nublada y con niebla, y un velo de color apagado pendía sobre los tejados de las casas, cual un reflejo del barro que debajo cubría las calles. Mi compañero estaba del mejor humor del mundo, y parloteaba acerca de los violines de Cremona y las diferencias entre un Stradivarius y un Amati. Yo me mantuve callado,

porque aquel tiempo gris y lo melancólico del asunto que nos ocupaba me deprimían el ánimo.

—No parece prestar usted mucha atención al caso que tiene entre manos —le dije por fin, interrumpiendo sus disquisiciones musicales.

—Faltan datos —me respondió—. Es un error garrafal teorizar sin disponer todavía de todas las pruebas. Altera el juicio.

—Pronto tendrá usted sus datos —observé, señalando con el dedo—. Estamos en Brixton Road y, si no me equivoco mucho, esta es la casa.

—Sí lo es. ¡Pare, cochero, pare!

Estábamos todavía a unas cien yardas, pero insistió en que bajáramos, y terminamos el camino a pie.

El número 3 de Lauriston Gardens tenía un aspecto sórdido y maléfico. Formaba parte de un grupo de cuatro casas un poco alejadas de la calle, dos ocupadas y dos vacías. Estas últimas tenían tres hileras de ventanas desnudas y sin adornos, salvo, aquí y allá, unos letreros de «Se alquila», extendidos como una catarata sobre los mugrientos cristales. Un jardincillo salpicado por una erupción de plantas enfermizas separaba cada casa de la calle, y lo cruzaba un sendero amarillento, que parecía una mezcla de arcilla y grava. La lluvia caída durante la noche había convertido todo el lugar en un barrizal. Rodeaba el jardín un muro de ladrillo de tres pies, rematado por una cerca de madera. Contra el muro se recostaba un fornido agente de policía, rodeado de un grupito de desocupados que estiraban el cuello y esforzaban la vista, con la vana esperanza de alcanzar a ver algo de lo que ocurría en el interior.

Yo había supuesto que Sherlock Holmes entraría a toda prisa en la casa y se sumergiría de cabeza en el estudio del misterio. Nada parecía más lejos de su intención. Con un aire displicente que, dadas las circunstancias, consideré rayano en la afectación, anduvo arriba y abajo por la acera, mirando distraídamente el suelo, el cielo, las casas de enfrente y la hilera de verjas. Terminado ese escrutinio, avanzó despacio por el sendero, o mejor dicho por la franja de césped que lo bordeaba, sin levantar los ojos del suelo. Se detuvo dos veces, y en una ocasión le vi sonreír y le oí lanzar un grito de satisfacción. Había muchas huellas de pisadas en el húmedo suelo de arcilla, pero, como los policías habían ido y venido por el sendero, yo no entendía que mi amigo esperara sacar algo de allí. Había tenido, no obstante, pruebas tan extraordinarias de la agudeza de sus facultades perceptivas, que no dudaba fuera él capaz de ver muchas cosas que para mí estaban ocultas.

En la puerta de la casa nos encontramos con un hombre alto, pálido, de pelo rubio, con un cuaderno en la mano, que se abalanzó hacia nosotros y estrechó efusivamente la mano de mi compañero.

—¡Cuánto le agradezco que haya venido! —dijo—. Lo he dejado todo tal como estaba.

—¡Excepto esto! —replicó Holmes, indicando el sendero—. Ni el paso de una manada de búfalos hubiera ocasionado mayores destrozos. Claro que usted habría

sacado ya sus conclusiones, Gregson, antes de permitir que esto ocurriera.

—He estado muy ocupado en el interior de la casa —dijo evasivamente el detective—. Está también aquí mi colega, el señor Lestrade. Pensé que él cuidaría de ese detalle.

Holmes me miró y enarcó las cejas con sarcasmo.

—Con dos hombres como usted y Lestrade en la brecha, no restará gran cosa que descubrir a una tercera persona —dijo.

Gregson se frotó las manos, satisfecho de sí mismo.

—Creo que hemos hecho cuanto era posible hacer —respondió—. Sin embargo, es un caso extraño, y sé que a usted le gustan estas cosas.

—¿Usted no ha venido hasta aquí en coche de alquiler? —preguntó Sherlock Holmes.

—No, señor.

—¿Tampoco Lestrade?

—No, señor.

—En tal caso, vayamos a examinar la habitación.

Tras este comentario incongruente, Holmes entró en la casa a zancadas, seguido por Gregson, en cuyo rostro se reflejaba el asombro.

Un corto pasillo, polvoriento y con el entarimado gastado, llevaba a la cocina y a la despensa. Dos puertas se abrían a uno y otro lado. Era obvio que una de ellas llevaba cerrada semanas. La otra correspondía al comedor, y allí había tenido lugar el misterioso crimen. Holmes entró, y yo le seguí con esa opresión en el pecho que provoca la presencia de la muerte.

Era una habitación grande y cuadrada, que parecía todavía más espaciosa debido a la ausencia total de muebles. Un papel vulgar y chillón ornaba las paredes, pero estaba cubierto de manchas de humedad, y en algunos puntos se había desprendido y colgaba a tiras, dejando al descubierto el revoco amarillo. Frente a la puerta había una aparatosa chimenea, coronada por una repisa de mármol blanco de imitación. En una esquina de la repisa sobresalía el cabo de una vela roja. La única ventana estaba tan sucia que la luz era tenue e imprecisa, y lo teñía todo de un gris apagado, intensificado por la espesa capa de polvo que recubría la habitación entera.

En todos estos detalles reparé más tarde. En aquellos momentos mi atención se centró en la solitaria, macabra e inmóvil figura que yacía sobre el entarimado, con los ojos ciegos y vacíos fijos en el techo descolorido. Era la figura de un hombre de cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años, de mediana estatura, ancho de hombros, con encrespado y rizado cabello negro y una barba corta. Vestía levita, un chaleco de paño grueso, pantalones de color claro y camisa de cuello y puños immaculados. A su lado, en el suelo, había un sombrero de copa, bien cepillado y en buen estado. El cadáver tenía los puños apretados y los brazos extendidos, mientras que las extremidades inferiores estaban trabadas una con otra, como si hubiera padecido una agonía muy dolorosa. En su rígido rostro había una expresión de horror y, me parecía



a mí, de odio, como jamás la había visto en un ser humano. Esa maligna y terrible contorsión, unida a la estrecha frente, la nariz aplastada y el prognatismo de la mandíbula, daba al cadáver un curioso aspecto simiesco, acentuado por su postura retorcida y forzada. He visto la muerte bajo muchas formas, pero nunca con una apariencia tan terrible como en aquella habitación sucia y oscura, que daba a una de las principales arterias del Londres suburbano.

Lestrade, tan flaco y parecido a un hurón como siempre, estaba de pie en el umbral y nos saludó a mi compañero y a mí.

—Este caso armará mucho ruido —comentó—. Supera todo lo que he visto, y no he nacido ayer.

—¿No hay ninguna pista? —inquirió Gregson.

—Ninguna en absoluto —respondió Lestrade.

Sherlock Holmes se aproximó al cuerpo y, arrodillándose a su lado, lo examinó con atención.

—¿Están seguros de que no tiene ninguna herida? —preguntó, mientras señalaba las numerosas gotas y manchas de sangre que rodeaban el cadáver.

—¡Absolutamente seguros! —exclamaron ambos detectives.

—En tal caso, es obvio que la sangre pertenece a un segundo individuo, presumiblemente al asesino, si es que ha habido un asesinato. Esto me trae a la memoria las circunstancias de la muerte de Van Jansen, en Utrecht, el año treinta y cuatro. ¿Recuerda usted el caso, Gregson?

—No, señor.

—Pues léalo, debería usted leerlo. No hay nada nuevo bajo el sol. Todo se ha hecho ya antes.

Mientras hablaba, sus ágiles dedos volaban aquí y allá y a todas partes, palpando, oprimiendo, desabrochando, examinando, aunque sus ojos tenían la misma expresión ausente que ya he comentado. El examen fue tan veloz que se hacía difícil adivinar la minuciosidad con que se había llevado a cabo. Por último, olisqueó los labios del muerto y echó un vistazo a las suelas de sus botas de charol.

—¿No lo han movido en absoluto? —preguntó.

—Solo lo imprescindible para nuestro examen.

—Pueden llevarlo ya al depósito —dijo Holmes—. No queda nada que averiguar.

Gregson tenía a punto una camilla y cuatro hombres. A su llamada, entraron en la habitación, levantaron al desconocido y se lo llevaron. Mientras lo movían, un anillo cayó tintineando y rodó por el suelo. Lestrade lo cogió y lo miró desconcertado.

—Aquí ha habido una mujer —exclamó—. Es el anillo de boda de una mujer.

Nos lo mostró, mientras hablaba, en la palma abierta de su mano. Nos agolpamos todos a su alrededor y lo observamos. No cabía duda de que aquel aro de oro puro había lucido alguna vez en el dedo de una novia.

—Esto complica más las cosas —dijo Gregson—. Y sabe Dios que ya eran lo bastante complicadas antes.

—¿Está seguro de que no las simplifica? —inquirió Holmes—. No averiguaremos nada más mirando el anillo. ¿Qué han encontrado en sus bolsillos?

—Todo está aquí —dijo Gregson, y señaló los objetos colocados en uno de los peldaños más bajos de la escalera—. Un reloj de oro, número 97 163, de Barraud, de Londres. Una cadena de oro Príncipe Alberto, muy pesada y sólida. Un anillo de oro macizo, con emblema masónico. Un alfiler de oro en forma de cabeza de bulldog, con rubíes por ojos. Un tarjetero de piel de Rusia con tarjetas de Enoch J. Drebber de Cleveland, que coinciden con las E. J. D. de la ropa interior. Ningún monedero, pero sí dinero suelto por valor de siete libras y trece chelines. Una edición de bolsillo del *Decamerón* de Boccaccio, con el nombre de Joseph Stangerson en la guarda. Dos cartas, una dirigida a E. J. Drebber y la otra a Joseph Stangerson.

—¿A qué dirección?

—Al American Exchange del Strand, para quien pasase a buscarlas. Ambas son de la Guion Steamship Company y hacen referencia a la salida de sus barcos desde Liverpool. Es obvio que este desdichado estaba a punto de regresar a Nueva York.

—¿Han hecho alguna averiguación acerca del tal Stangerson?

—Inmediatamente —dijo Gregson—. He enviado anuncios a todos los periódicos, y uno de mis hombres ha ido a la American Exchange, pero todavía no ha regresado.

—¿Han preguntado en Cleveland?

—Esta mañana hemos enviado un telegrama.

—¿Cómo se plantearon las preguntas?

—Simplemente expliqué detalladamente lo sucedido, y dije que agradeceríamos cualquier información que pudiera sernos útil.

—¿No pidió detalles acerca de algún punto que le pareciera crucial?

—Pedí informes sobre Stangerson.

—¿Nada más? ¿No hay algún detalle sobre el que parece girar todo el caso? ¿No quiere telegrafiar de nuevo?

—He dicho todo lo que tenía que decir —replicó Gregson con enojo.

Sherlock Holmes rió entre dientes, y parecía a punto de hacer una observación, cuando Lestrade, que había permanecido en la sala mientras nosotros manteníamos esta conversación en el vestíbulo, apareció de nuevo en escena, frotándose las manos con pomposa autosatisfacción.

—Señor Gregson —dijo—, acabo de hacer un descubrimiento de máxima importancia y que se nos hubiera pasado por alto si yo no hubiera examinado cuidadosamente las paredes.

Al hombrecillo le centelleaban los ojos mientras hablaba, y era evidente que experimentaba un oculto júbilo por haberse apuntado un tanto sobre su colega.

—Vengan conmigo —dijo, mientras volvía a meterse apresuradamente en la sala, donde parecía respirarse un aire más limpio desde que se habían llevado a su lúgubre ocupante—. ¡Ahora pónganse aquí!

Prendió una cerilla en la suela de su zapato y la acercó a la pared.

—¡Miren esto! —dijo en tono triunfal.

Ya he comentado que el papel se había desprendido en algunos puntos. En aquel rincón de la sala colgaba una larga tira, que dejaba al descubierto un recuadro amarillo de tosco revoco. En el espacio vacío habían garrapateado en letras rojo sangre una sola palabra:

#### RACHE

—¿Qué les parece esto? —exclamó el detective, con los aires de un presentador que exhibe su espectáculo—. Había pasado inadvertido porque está en el rincón más oscuro de la habitación y a nadie se le había ocurrido mirar aquí. El asesino o la asesina lo ha escrito con su propia sangre. ¡Vean el goterón que se ha escurrido pared abajo! En cualquier caso, esto descarta la idea del suicidio. ¿Por qué escribieron precisamente en este rincón? Se lo diré. Fíjense en la vela de la repisa de la chimenea. En aquel momento estaba encendida, y, al estar encendida, este rincón que ahora es el más oscuro era el mejor iluminado de la pared.

—¿Y qué significa esto, ahora que usted lo ha encontrado? —preguntó Gregson con desdén.

—¿Qué significa? Significa que alguien iba a escribir el nombre femenino Rachel. Pero algo le interrumpió o la interrumpió antes de que le diera tiempo a terminar. Recuerden esto: cuando el caso se resuelva, comprobarán que una mujer llamada Rachel está involucrada. Ríase cuanto le venga en gana, señor Holmes. Usted será muy hábil y muy inteligente, pero no olvide que más sabe el diablo por viejo que por diablo.

—¡Le ruego de veras que me disculpe! —dijo mi compañero, que al estallar en una carcajada había enojado al hombrecillo—. Usted tiene el mérito indiscutible de haber sido el primero en descubrir esta inscripción, que, como dice, tiene todas las trazas de haber sido escrita por el otro participante del misterio de la última noche. Yo no he tenido aún tiempo de examinar la habitación, pero, con su permiso, voy a hacerlo ahora.

Mientras hablaba, se sacó del bolsillo una cinta métrica y una gruesa y redonda lente de aumento. Con esos dos instrumentos, recorrió silenciosamente de un lado a otro la estancia, deteniéndose unas veces, arrodillándose otras y tumbándose incluso en una ocasión de bruces en el suelo. Tan embebido lo tenía su tarea que parecía haber olvidado nuestra presencia, porque estuvo todo el tiempo mascullando para sí mismo, en un fuego graneado de exclamaciones, gruñidos, silbidos y breves gritos de ánimo y de esperanza. Mientras lo observaba, no pude evitar pensar en un perro de caza, de pura raza y bien adiestrado, que avanza y retrocede entre los matorrales, gañendo con impaciencia, hasta encontrar de nuevo el rastro perdido. Continuó su exploración durante al menos veinte minutos, midiendo con todo cuidado la distancia

entre huellas que eran completamente invisibles para mí, y aplicando a veces la cinta métrica a las paredes de forma igualmente incomprensible. En cierto lugar recogió con gran cuidado del suelo un montoncito de polvo gris y lo guardó en un sobre. Por último, examinó con su lupa la palabra escrita en la pared, revisando cada una de las letras con minuciosa exactitud. Hecho esto, pareció darse por satisfecho, pues volvió a meterse la cinta métrica y la lupa en el bolsillo.

—Dicen que la genialidad consiste en una infinita capacidad de esfuerzo —observó con una sonrisa—. Es una pésima definición, pero se aplica bien al trabajo del detective.

Gregson y Lestrade habían observado las maniobras de su colega amateur con notable curiosidad y cierto desdén. Era evidente que no habían llegado a comprender, como yo empezaba a hacerlo, que incluso los actos más insignificantes de Sherlock Holmes tenían una finalidad determinada y práctica.

—¿Qué opina usted de todo esto? —le preguntaron los dos.

—Si me permitiera ayudarles a resolver el caso, les robaría el mérito que les corresponde —observó mi amigo—. Lo están haciendo tan bien que sería una pena que alguien se entrometiera. —Al decir esto su voz rezumaba sarcasmo—. Pero si me tienen al corriente del curso de la investigación —siguió—, será un placer para mí ayudarles en lo que pueda. Entretanto me gustaría hablar con el agente que encontró el cadáver. ¿Pueden darme su nombre y dirección?

Lestrade consultó su cuaderno.

—John Rance —dijo—. Ahora no está de servicio. Lo encontrará en el 46 de Audley Court, Kennington Park Gate.

Holmes anotó la dirección.

—Venga conmigo, doctor —me dijo—. Iremos a verle. Les diré algo que puede ayudarles en este caso —prosiguió, dirigiéndose a los dos detectives—. Ha habido un asesinato, y el asesino ha sido un hombre. Mide más de seis pies, está en la flor de la edad, tiene pies pequeños para su estatura, calzaba recias botas de puntera cuadrada y fumaba un cigarro Trichinopoly. Llegó aquí con su víctima en un coche de cuatro ruedas, tirado por un caballo con tres herraduras viejas y una nueva en la pata delantera derecha. Es muy probable que el asesino tuviera un rostro rubicundo, y llevaba las uñas de la mano derecha extraordinariamente largas. No son más que unos pocos datos, pero tal vez les sean útiles.

Lestrade y Gregson se miraron el uno al otro con una incrédula sonrisa.

—Si este hombre fue asesinado, ¿cómo lo hicieron? —preguntó el primero.

—Veneno —dijo Holmes lacónicamente, mientras echaba a andar—. Una cosa más, Lestrade —añadió, volviéndose desde la puerta—: «Rache» es la palabra alemana que significa «venganza»; de modo que no pierda el tiempo buscando a una tal señorita Rachel.

Y tras este dardo imprevisto, lanzado a la manera de los jinetes partos en su huida, se marchó, dejando boquiabiertos a sus espaldas a los dos rivales.

## LO QUE JOHN RANCE TENÍA QUE CONTAR

Era la una cuando abandonamos el número 3 de Lauriston Gardens. Sherlock Holmes me llevó a la oficina de telégrafos más cercana, desde donde envió un largo telegrama. Después tomó un coche y ordenó al cochero que nos llevara a la dirección que nos había dado Lestrade.

—No hay nada como los datos de primera mano —comentó—. Lo cierto es que ya me he formado una idea completa del caso, pero no estará de más que averigüemos todo lo que se pueda averiguar.

—Me sorprende usted, Holmes —le dije—. Sin duda no puede estar tan seguro como pretende de los datos que les dio.

—No cabe el menor error —respondió—. Lo primero que observé al llegar fueron las dos huellas que las ruedas de un carruaje habían dejado. Ahora bien, hasta la noche pasada no había llovido en toda la semana, de modo que las ruedas que dejaron esas marcas tan profundas tuvieron que hacerlo la última noche. También había huellas de cascos de caballo, y el perfil de una de ellas estaba más nítidamente marcado que el de las otras tres, lo cual indica que la herradura era nueva. Puesto que el coche estuvo allí después de que empezara a llover y no estuvo allí en ningún momento de la mañana, según asegura Gregson, tuvo que estar allí en el curso de la noche, y, por consiguiente, llevó a los dos individuos a la casa.

—Parece bastante claro —dije—. Pero ¿y la estatura del otro hombre?

—Bien, en nueve de cada diez casos la estatura de un hombre puede deducirse de la longitud de sus pasos. Es un cálculo bastante sencillo, pero no voy a aburrirle con números. Yo disponía de las huellas que los pies de ese individuo habían dejado en la arcilla del exterior y en el polvo del interior de la casa. Además había un medio de verificar mi cálculo. Cuando un hombre escribe en la pared, suele hacerlo instintivamente a la altura de los ojos. Las letras se hallaban a poco más de seis pies del suelo. Era un juego de niños.

—¿Y la edad?

—Mire, si un hombre es capaz de dar sin el menor esfuerzo zancadas de cuatro pies y medio, no puede haber alcanzado la edad de las arrugas y las canas. Esa era la anchura de un charco del sendero del jardín por el que tuvo evidentemente que pasar. Las botas de charol lo rodearon, pero las de puntera cuadrada lo traspusieron de un salto. Todo esto no encierra ningún misterio. Me limito a aplicar a la vida cotidiana algunos de los preceptos de observación y deducción que propugnaba en aquel artículo. ¿Hay algo más que todavía le tenga intrigado?

—Las uñas de los dedos y el cigarro Trichinopoly.

—La inscripción de la pared se hizo con un dedo índice bañado en sangre. Gracias a mi lupa observé que al hacerlo habían rayado el enlucido, lo cual no habría ocurrido si el hombre hubiera llevado las uñas cortas. Recogí un poco de ceniza esparcida por el suelo. Era de color oscuro y formaba escamas... Solo un cigarro Trichinopoly produce ese tipo de ceniza. He hecho un estudio sobre las cenizas de tabaco. De hecho, he escrito una monografía sobre el tema. Me vanaglorio de poder identificar de una ojeada las cenizas de las distintas marcas de cigarro y tabacos. Es precisamente en detalles como este donde se diferencia un detective experto de tipos como Gregson y Lestrade.

—¿Y el rostro rubicundo?

—Ah, eso fue una conjetura más osada, aunque estoy seguro de llevar razón. No debe preguntarme esto en el punto en que se halla ahora el caso.

Me pasé la mano por la frente.

—La cabeza me da vueltas —comenté—. Cuanto más piensa uno en él, más misterioso se vuelve. ¿Cómo entraron aquellos dos hombres, si fueron dos hombres, en una casa deshabitada? ¿Qué se hizo del cochero que los llevó hasta allí? ¿Cómo puede un hombre obligar a otro a ingerir veneno? ¿De dónde salió la sangre? ¿Cuál fue el móvil del asesinato, ya que no se trata de un robo? ¿Cómo fue a parar allí el anillo de la mujer? Y, sobre todo, ¿por qué escribió el segundo hombre la palabra alemana «Rache» antes de largarse? Confieso que me siento incapaz de conciliar todos estos datos.

Mi compañero sonrió con aprobación.

—Ha resumido usted los puntos difíciles de la cuestión de forma concisa y acertada —dijo—. Quedan todavía muchos aspectos oscuros, aunque tengo ya formada una opinión acerca de los hechos principales. En cuanto al descubrimiento del pobre Lestrade, se trata solo de una añagaza para lanzar a la policía por una pista equivocada, sugiriendo que el crimen es obra de socialistas y sociedades secretas. La inscripción no fue hecha por un alemán. Habrá observado que la A estaba escrita al modo alemán, pero cuando un alemán auténtico escribe en letras de imprenta, utiliza caracteres latinos. Podemos afirmar, pues, con certeza que no fue escrito por un alemán, sino por un torpe imitador que se excedió en la imitación. Fue simplemente una artimaña para desviar la investigación hacia pistas erróneas. No voy a contarle mucho más de este caso, doctor. Usted sabe que un prestidigitador pierde crédito en cuanto explica el truco, y, si le muestro demasiados elementos de mi método de trabajo, llegará a la conclusión de que, a fin de cuentas, soy un individuo bastante corriente.

—Nunca haré tal cosa —le respondí—. Usted ha aproximado tanto la investigación detectivesca a una ciencia exacta como nadie podrá hacerlo en el futuro.

Mi compañero se sonrojó de placer ante mis palabras y ante la seriedad con que las pronuncié. Yo ya había observado que, en lo concerniente a su arte, era tan

sensible a los halagos como cualquier muchachita en lo concerniente a su belleza.

—Le confiaré algo más —dijo—. Botas-de-charol y punteras-cuadradas llegaron en el mismo carruaje, y recorrieron juntos el sendero como buenos amigos, probablemente cogidos del brazo. Una vez dentro, recorrieron arriba y abajo la habitación, o mejor dicho, botas-de-charol permaneció inmóvil, mientras punteras-cuadradas recorría arriba y abajo la habitación. Pude leer todo esto en la capa de polvo, y pude leer que mientras andaba se excitaba más y más. Lo prueba que diera zancadas cada vez más largas. No paró de hablar ni un instante y se fue enardeciendo hasta ponerse, sin duda, hecho una furia. Entonces tuvo lugar la tragedia. Le he contado todo lo que sé en este momento, el resto son suposiciones y conjeturas. Disponemos, no obstante, de una buena base de trabajo como punto de partida. Y ahora debemos apresurarnos, porque quiero ir esta tarde al concierto de Halle para oír a Norman Neruda.

Esta conversación había tenido lugar mientras nuestro coche discurría a través de una larga sucesión de sucias calles y sombríos callejones. El cochero se detuvo de pronto en el más sucio y sombrío de ellos.

—Ahí dentro está Audley Court —dijo, señalando una estrecha hendidura que se abría en la línea apagada de ladrillos—. Aquí me encontrarán ustedes cuando vuelvan.

Audley Court no era un lugar agradable. El estrecho callejón nos condujo a un cuadrángulo enlosado rodeado por sórdidas viviendas. Nos abrimos paso entre grupos de niños sucios y cuerdas con sábanas descoloridas tendidas a secar, antes de llegar al número 46, cuya puerta ostentaba una chapita de bronce donde estaba grabado el apellido «Rance». Al preguntar, nos dijeron que el agente estaba en la cama, y nos hicieron pasar a una salita que había en la entrada, para que le esperásemos allí.

Apareció poco después y parecía un poco molesto porque hubiéramos perturbado su sueño.

—Presenté mi informe en comisaría —dijo.

Holmes se sacó medio soberano del bolsillo y jugueteó con él meditabundo.

—Pensamos que nos gustaría oírlo todo de sus propios labios —dijo.

—Tendré mucho gusto en contarles todo —contestó el agente, sin apartar los ojos del pequeño disco de oro.

—Cuéntelo todo a su modo y tal como sucedió.

Rance se sentó en el sofá de crin y frunció el entrecejo, como si estuviera decidido a no omitir nada en su narración.

—Se lo contaré desde el principio —dijo—. Mi turno es desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana. A las once hubo una pelea en El Ciervo Blanco, pero aparte de esto todo estuvo bastante tranquilo durante mi ronda. A la una empezó a llover, y me encontré con Harry Murcher, el que tiene la ronda de Holland Grove, y estuvimos juntos en la esquina de Henrietta Street de palique. Después, quizá a las dos o un poco más tarde, pensé que iría a echar un vistazo y a ver si todo iba bien en

Brixton Road. Aquello estaba muy sucio y solitario. No me tropecé con alma viviente en todo el camino, aunque me pasaron uno o dos carruajes por el lado. Iba yo andando sin prisa, pensando, dicho sea entre nosotros, lo bien que me vendría un buen latigazo de ginebra caliente, cuando de repente el brillo de una luz me atrajo los ojos desde la ventana de esa casa. Bueno, yo sabía que esas dos casas de Lauriston Gardens estaban vacías, porque resulta que el propietario de ellas no quería cambiar los desagües aunque el último tipo que vivió allí la palmó de tifus. De modo que quedé turulato al ver la luz y sospeché que algo iba mal. Cuando llegué a la puerta...

—Se detuvo usted, y regresó a la entrada del jardín —le interrumpió mi compañero—. ¿Por qué lo hizo?

Rance se sobresaltó y miró fijamente a Sherlock Holmes, con el asombro reflejado en el semblante.

—Bueno, eso es verdad, señor —dijo—, aunque Dios sabe cómo ha hecho usted para saberlo. Mire, cuando llegué a la puerta de la casa estaba todo tan silencioso y tan solo que me dije que no me vendría mal que alguien estuviera conmigo. A este lado de la tumba nada me asusta, pero pensé que quizá el tipo que la palmó de tifus andaba por allí vigilando los desagües que lo mataron. Eso me dio una especie de mareo y me fui a la verja para ver si veía la linterna de Murcher, pero no había rastro ni de Murcher ni de otro.

—¿No había nadie en la calle?

—Ni un alma viviente, caballero, ni un perro pulgoso. Bueno, después reuní ánimos y volví atrás y empujé la puerta. Todo estaba en silencio, así que entré en el cuarto donde ardía una lucecita. Había una vela en el mármol de la chimenea, una vela de cera roja que parpadeaba, y a su luz vi...

—Sí, ya sé lo que vio. Dio unas vueltas por la habitación, y se arrodilló junto al cadáver, y después cruzó la habitación y trató de abrir la puerta de la cocina. Y después...

John Rance se levantó de un salto, con cara asustada y ojos suspicaces.

—¿Dónde estaba usted escondido para ver todo esto? —gritó—. Me parece que sabe un montón más de lo que tendría que saber.

Holmes se echó a reír y le tiró su tarjeta al agente a través de la mesa.

—¿No irá usted a arrestarme por el asesinato? —dijo—. Soy uno de los perros de la jauría y no el lobo. El señor Gregson y el señor Lestrade pueden atestiguarlo. Sigamos, pues. ¿Qué hizo usted a continuación?

Rance volvió a sentarse, sin perder, no obstante, su expresión de desconcierto.

—Volví a la verja y toqué mi silbato. Eso hizo venir a Murcher y a dos más.

—¿Seguía la calle desierta?

—Bueno, sí seguía, por lo menos de alguien que pudiera hacer algo útil.

—¿Qué quiere decir?

Las facciones del agente se distendieron en una sonrisa burlona.

—He visto tipos trompas a manta en mi vida —dijo—, pero ninguno tan



escandalosamente trompa como ese. Estaba apoyado en la verja cuando yo salí y cantaba a grito pelado algo de una Nueva Bandera Columbina de Barras o algo por el estilo. No se aguantaba de pie, y de poder ayudarme, nada.

—¿Qué tipo de hombre era? —preguntó Sherlock Holmes.

Esta digresión pareció irritar un poco a John Rance.

—Era un borracho fuera de serie —dijo—. De no estar nosotros metidos en tanto jaleo, se habría encontrado él metido en chirona.

—¿No se fijó usted en su rostro, en su ropa? —le interrumpió Holmes, impaciente.

—Claro que tuve que fijarme. Si tuve que aguantarlo, yo y Murcher entre los dos, para que no se cayera. Era un tío larguirucho, con la cara roja, con la parte de abajo cubierta...

—Esto me basta —exclamó Holmes—. ¿Y qué fue de él?

—Ya teníamos bastante trabajo sin ocuparnos de él —dijo el policía, en tono ofendido—. Seguro que se las arregló para llegar a su casa sin problemas.

—¿Cómo iba vestido?

—Con un gabán marrón.

—¿Llevaba un látigo en la mano?

—¿Un látigo? No.

—Debió dejarlo dentro —rezongó Holmes—. ¿Y después de esto no oyeron ni vieron pasar un carruaje?

—No.

—Aquí tiene su medio soberano —dijo mi compañero, levantándose y cogiendo el sombrero—. Mucho me temo, Rance, que usted no ascenderá en el cuerpo. Debería utilizar para algo más que como adorno esta cabeza que sostiene sobre los hombros. La última noche pudo ganarse los galones de sargento. El individuo que sostuvo entre sus brazos es el hombre que tiene la clave de este misterio y al que andamos buscando. De nada sirve discutirlo ahora, pero le aseguro que es así. Vámonos, doctor.

Anduvimos juntos hacia el coche, dejando a nuestro informador incrédulo, pero obviamente inquieto.

—¡Pobre idiota! —rezongó Holmes con acritud, mientras regresábamos a casa—. ¡Pensar que tuvo un golpe de suerte tan extraordinario y que no supo sacarle provecho!

—Sigo sin acabar de entender nada. Cierto que la descripción del hombre encaja con la idea que usted tenía del segundo participante en el misterio. Pero ¿por qué tuvo que regresar a la casa? No parece la conducta propia de un criminal.

—El anillo, amigo mío, el anillo. Por eso volvió. Si no tenemos otra forma de pillarlo, siempre podremos utilizar el anillo como cebo. Lo atraparé, doctor; le apuesto doble contra sencillo a que lo atraparé. Y a usted le estoy muy agradecido por todo. De no ser por usted, no habría salido de casa y me hubiera perdido el estudio

del caso más interesante con que me he encontrado. Estudio en escarlata, ¿no? ¿Por qué no utilizar un poco la jerga artística? En la madeja incolora de la vida encontramos la hebra escarlata del asesinato, y nuestro deber consiste en desenredarla, separarla de las restantes y sacar a la luz hasta el menor de sus detalles. Y ahora a comer, y luego a Norman Neruda. Su ejecución y su forma de pulsar las cuerdas son maravillosas. ¿Cuál es la piececita de Chopin que toca tan estupendamente? Tra-la-la-lira-lira-la.

Y aquel sabueso aficionado siguió gorjeando cual una alondra, reclinado en el asiento del coche, mientras yo meditaba acerca de las múltiples facetas del alma humana.

## NUESTRO ANUNCIO ATRAE A UN VISITANTE

Nuestras actividades matinales habían sido excesivas para mi delicada salud, y por la tarde estaba exhausto. Después de que Holmes se fuera al concierto, me tumbé en el sofá e intenté dormir un par de horas. Fue inútil. Mi mente estaba demasiado excitada por todo lo ocurrido, y en ella se agolpaban las más extrañas fantasías y conjeturas. Cada vez que cerraba los ojos, veía ante mí los crispados rasgos del hombre asesinado. La impresión que me había producido aquel rostro era tan siniestra que se me hacía difícil no sentir cierta gratitud por quien lo había borrado de la faz de la tierra. De haber facciones que reflejaran los vicios más detestables, estas eran, sin duda, las de Enoch J. Drebber, de Cleveland. Sin embargo, yo reconocía que debía hacerse justicia, y que la depravación de la víctima no implicaba que la ley dejara impune al asesino.

Cuantas más vueltas le daba, más sorprendente me parecía la hipótesis de mi compañero de que aquel hombre había sido envenenado. Recordaba que le había olisqueado los labios, y no me cabía duda de que había detectado algo que le hizo concebir esta idea. Además, si no había sido un veneno, ¿qué había causado la muerte de aquel hombre que no tenía heridas ni marcas de estrangulamiento? Pero, por otra parte, ¿de quién era la sangre que cubría el suelo? No había señales de lucha, ni la víctima tenía un arma con la que hubiera podido herir a su antagonista. Mientras no se resolvieran todas estas cuestiones me parecía que dormir no iba a ser cosa fácil, ni para Holmes ni para mí. La calma y la seguridad es sí mismo que él mostraba me convencieron de que ya había forjado una teoría que explicaba todos los hechos, pero no tenía la más remota idea de cuál podía ser.

Holmes regresó muy tarde, tan tarde que comprendí que el concierto no le podía haber ocupado todo ese tiempo. La cena ya estaba servida antes de que él apareciera.

—Ha sido magnífico —dijo mientras tomaba asiento—. ¿Recuerda usted lo que dice Darwin sobre la música? Afirma que la capacidad de producirla y de apreciarla existió en la raza humana mucho antes que la capacidad de hablar. Tal vez por eso influye en nosotros de un modo tan sutil. Persisten en nuestras almas vagos recuerdos de aquellos siglos nebulosos en que el mundo estaba todavía en su niñez.

—Es una idea bastante amplia —observé.

—Nuestras ideas tienen que ser tan amplias como la naturaleza si deben interpretar la naturaleza. ¿Qué le ocurre? No tiene usted buen aspecto. Ese asunto de Brixton Road lo ha trastornado.

—Sí lo ha hecho, la verdad. Mis experiencias en Afganistán deberían haberme endurecido más. Vi a mis propios compañeros hechos pedazos en Maiwand sin perder

por ello los nervios.

—Lo entiendo perfectamente. Estamos ante un misterio que estimula la imaginación, y donde no hay imaginación no hay horror. ¿Ha visto el periódico de la tarde?

—No.

—Da una versión bastante correcta del asunto. No menciona el hecho de que, al levantar el cuerpo, cayó al suelo un anillo de compromiso de mujer. Mejor así.

—¿Por qué?

—Mire este anuncio —me respondió—. Lo envié esta mañana a todos los periódicos, inmediatamente después de salir de la casa del crimen.

Me tendió el periódico y miré el punto que me señalaba. Era el primer anuncio de la columna de «Objetos Perdidos». Decía:

Encontrado esta mañana en Brixton Road un anillo de oro puro de pedida, en plena calle, entre la taberna El Ciervo Blanco y Holland Grove. Dirigirse al doctor Watson, 221 B, Baker Street, entre las ocho y las nueve de esta noche.

—Discúlpeme por usar su nombre —me dijo Holmes—. Si hubiera utilizado el mío, alguno de esos zoquetes hubiera podido reconocerlo y pretender entrometerse en el asunto.

—De acuerdo. Pero, suponiendo que alguien acuda, yo no tengo el anillo.

—¡Oh, claro que lo tiene! —dijo, tendiéndome uno—. Este puede servir. Es casi una copia exacta.

—¿Y quién espera usted que acuda?

—Pues el hombre del gabán marrón y el rostro rubicundo, nuestro querido amigo de las punteras cuadradas. Y, si no viene él, enviaré a un cómplice.

—¿No le parecerá demasiado peligroso?

—En absoluto. Si mi visión del caso es correcta, y tengo buenas razones para creer que lo es, ese hombre correrá cualquier riesgo antes que renunciar al anillo. En mi opinión, se le cayó al inclinarse sobre el cadáver de Drebber, y no lo advirtió en aquel momento. Tras abandonar la casa, descubrió que lo había perdido y regresó a toda prisa, pero la policía, alertada por la vela que él insensatamente había olvidado encendida, se había adueñado del lugar. Tuvo que fingirse borracho para disipar las sospechas que podría haber suscitado su presencia junto a la verja. Póngase en el lugar de ese hombre. Al examinar detenidamente lo sucedido, se le tuvo que ocurrir que también era posible que hubiera perdido el anillo en la calle después de salir de la casa. ¿Qué hacer entonces? Esperar ansioso los periódicos de la tarde con la esperanza de encontrarlo entre los objetos perdidos. Desde luego, habrá reparado en mi anuncio. Y no cabrá en sí de gozo. ¿Por qué habría de temer que se tratara de una trampa? A sus ojos no hay razón alguna para que el hallazgo del anillo se relacione con el asesinato. Verá como sí viene. Vendrá. Lo tendrá usted aquí antes de una hora.

—¿Y entonces?

—Oh, puede dejar que sea yo quien me ocupe de él. ¿Dispone usted de un arma?

—Mi viejo revólver reglamentario y algunos cartuchos.

—Será mejor que lo limpie y lo cargue. Nos enfrentaremos a un hombre desesperado, y, aunque lo pille desprevenido, más vale estar preparados para cualquier cosa.

Fui a mi dormitorio e hice lo que me pedía. Cuando regresé con el revólver, habían quitado la mesa, y Holmes se entregaba a su ocupación favorita: rascar las cuerdas de su violín.

—La cosa se complica —dijo, al verme entrar—. Acabo de recibir respuesta al telegrama que envié a Estados Unidos. Mi visión del caso era correcta.

—¿Y consiste en...? —pregunté con impaciencia.

—Mi violín mejoraría con cuerdas nuevas —observó Holmes—. Métase el revólver en el bolsillo, Watson. Cuando llegue este individuo, háblele en tono normal. El resto déjeme a mí. No lo alarme mirándole con demasiada insistencia.

—Ahora son las ocho —dije, consultando mi reloj.

—Sí. Probablemente estará aquí antes de unos minutos. Abra un poco la puerta. Así está bien. Ahora ponga la llave por dentro. ¡Gracias! Mire este curioso libro viejo que encontré ayer en un tenderete, *De jure inter gentes*, editado en latín en Lieja el año 1642. La cabeza del rey Carlos todavía seguía sobre sus hombros cuando se imprimió este librito de lomo marrón.

—¿Quién lo imprimió?

—Philippe de Croy, quienquiera que fuese. En la guarda, escrito en tinta borrosa, se lee: «Ex libris Guliolmi Whyte». Me pregunto quién sería el tal Guliolmi Whyte. Un pragmático jurista del siglo xvii, supongo. Su escritura tiene rasgos legalistas. Pero parece que ahí viene nuestro hombre.

Mientras hablaba, sonó con insistencia la campanilla. Holmes se levantó sin hacer ruido y aproximó su silla a la puerta. Percibimos los pasos de la criada a través del vestíbulo y el seco chasquido del pestillo al abrirlo.

—¿Vive aquí el doctor Watson? —inquirió una voz clara pero un poco áspera.

No pudimos oír la respuesta de la criada, pero la puerta se cerró y alguien empezó a subir la escalera. Los pasos eran inseguros y nuestro visitante arrastraba los pies. Al oírlos, cruzó por el rostro de mi compañero una expresión de sorpresa. Avanzaron despacio por el pasillo, y sonó un golpecito en la puerta.

—Adelante —exclamé.

A mi requerimiento, en lugar del individuo violento que esperábamos, entró renqueando en la habitación una mujer muy vieja y arrugada. Parecía deslumbrada por el súbito resplandor de la luz y, tras doblar la rodilla en una reverencia, se nos quedó mirando con ojos legañosos y parpadeantes, mientras sus dedos temblorosos hurgaban en su bolsillo. Eché una mirada a mi compañero, cuyo rostro había adquirido una expresión tan desolada que me costó un esfuerzo contener la risa.

La vieja sacó un periódico de la tarde y señaló nuestro anuncio.

—Es esto lo que me ha traído aquí, buenos caballeros —dijo, haciendo otra reverencia—. Un anillo de oro de pedida en Brixton Road. Pertenece a mi hija Sally, casada desde hace solo el tiempo de doce meses y con un marido que es camarero en uno de los barcos de la Union Line, y no quiero ni pensar lo que dirá si va y vuelve y la encuentra a ella sin anillo, porque ya es bastante bruto cuando está bien, pero cuando está trompa es brutísimo. Para que ustedes sepan, Sally fue al circo anoche con...

—¿Es este el anillo? —pregunté.

—¡Gracias a Dios! —gritó la vieja—. Sally será esta noche una mujer feliz. Sí, este es el anillo.

—¿Y cuál es su dirección? —pregunté, cogiendo un lápiz.

—El 13 de Duncan Street, en Houndsditch. Muy lejos de aquí.

—Brixton Road no cae entre ningún circo y Houndsditch —dijo Sherlock Holmes con acritud.

La vieja dio media vuelta y lo miró fijamente con sus ojillos enrojecidos.

—El caballero me preguntó mi dirección —dijo—. Sally vive en el 3 de Mayfield Place, Peckham.

—¿Y el apellido es...?

—El mío es Sawyer, el de Sally es Dennis, porque se casó con Tom Dennis, que es un tipo listo y honrado cuando está en el mar, todo hay que decirlo, no hay camarero que aprecien más en la compañía, pero en tierra, con las mujeres y las tabernas...

—Aquí tiene su anillo, señora Sawyer —la interrumpí, obedeciendo una señal de mi compañero—. Es evidente que pertenece a su hija, y me alegra poder devolverlo a su legítimo dueño.

Farfullando bendiciones y protestas de agradecimiento, la vieja se lo metió en el bolsillo y se fue, arrastrando los pies, escalera abajo. En el preciso instante en que ella salió de la habitación, Holmes se levantó de un salto y corrió a su dormitorio. Regresó enseguida, arropado en un amplio abrigo y una bufanda.

—Voy a seguirla —me dijo apresuradamente—. Tiene que ser su cómplice y me llevará hasta él. Espéreme levantado.

La puerta del vestíbulo acababa de cerrarse de golpe cuando Holmes bajaba ya la escalera. Mirando por la ventana, pude ver que la vieja caminaba penosamente por la acera de enfrente y que su perseguidor la seguía a poca distancia. O toda su teoría es equivocada, me dije, o está a punto de introducirse en el corazón del misterio. No hacía falta que me pidiera que le esperara levantado, porque sentía que no iba a poder conciliar el sueño hasta conocer el resultado de su aventura.

Eran casi las nueve cuando Holmes se marchó. Yo no tenía ni idea del tiempo que podía tardar, pero me senté impasible, dando chupadas a mi pipa y hojeando *Vie de Bohème*, de Henri Murger. Dieron las diez, y oí los ligeros pasos de la criada yendo a

acostarse. Las once, y cruzaron ante mi puerta los pasos más solemnes de la casera, que se dirigía también a la cama. Eran casi las doce cuando oí el seco sonido de la llave de mi compañero. Supe al instante, al ver su expresión, que no había tenido suerte. La contrariedad y el regocijo parecían luchar en su interior, hasta que de pronto se impuso el sentido del humor y prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

—¡Por nada del mundo quisiera que los de Scotland Yard se enteraran de esto! —exclamó, mientras se desplomaba en su sillón—. Me he burlado de ellos tantas veces que no dejarían de echármelo en cara el resto de mis días. Yo puedo permitirme reír, porque sé que a la larga me saldré con la mía.

—¿Qué ha pasado, pues? —pregunté.

—Oh, no me importa narrar un episodio que me deja en mal lugar. Aquella criatura había andado un trecho, cuando empezó a cojear y dio claras muestras de que le dolían los pies. Entonces se paró y detuvo un coche que pasaba por allí. Me las arreglé para estar lo bastante cerca para oír la dirección que le diera al cochero, pero mi esfuerzo fue innecesario, porque la gritó en voz tan alta que hubiera podido oírla desde el otro extremo de la calle. «Lléveme al 13 de Duncan Street. Houndsditch», gritó. Esto empieza a parecer verdad, pensé, y, tras verla instalada en el interior, me encaramé a la parte trasera del coche. Es un arte que todo detective debería dominar. Pues bien, hacia allí traqueteó el carruaje, sin que el cochero tirara una sola vez de las riendas hasta que llegamos a la calle en cuestión. Yo bajé de un salto antes de que estuviéramos ante la puerta, y recorrí con aire despreocupado y sin apresurarme lo que restaba de camino. Vi que el coche se detenía. El cochero bajó del pescante, y le vi abrir la portezuela y quedarse esperando. Pero no salió nadie. Cuando llegué donde él estaba, buscaba frenéticamente a tientas en el interior vacío, mientras se desahogaba con el repertorio mejor surtido de palabrotas que he oído en mi vida. No había el menor rastro ni señal de la pasajera, y me temo que pasará bastante tiempo antes de que cobre el importe del viaje. Al preguntar en el número 13, resultó que la casa pertenecía a un respetable fabricante de papeles pintados, llamado Weswick, y que nunca habían oído los nombres de Sawyer o Dennis.

—¿No pretenderá usted decirme —exclamé asombrado— que aquella débil vieja tambaleante fue capaz de saltar del coche en plena marcha y sin que ni usted ni el cochero se dieran cuenta?

—¡Al diablo lo de vieja! —dijo Sherlock Holmes con brusquedad—. Nosotros sí nos comportamos como viejas bobas dejándonos engañar de ese modo. Se trata con seguridad de un hombre joven y enérgico, además de ser un actor fuera de serie. La caracterización era inimitable. Advirtió sin duda que le seguían, y utilizó ese truco para darme esquinazo. Eso demuestra que el hombre que perseguimos no está tan solo como imaginaba, sino que tiene amigos dispuestos a arriesgarse por él. Bueno, doctor, parece usted agotado. Hágame caso y acuéstese.

Verdaderamente me sentía exhausto, de modo que seguí su indicación. Dejé a Holmes sentado ante los rescoldos de la chimenea, y a altas horas de la noche pude

escuchar los melancólicos y apagados sonos de su violín, indicio seguro de que seguía reflexionando sobre el extraño problema que se había propuesto resolver.



## TOBIAS GREGSON MUESTRA DE LO QUE ES CAPAZ

Al día siguiente los periódicos informaban ampliamente de lo que llamaban «el misterio de Brixton». Todos traían un largo relato de lo ocurrido, y algunos le dedicaban además sus editoriales. Había datos que yo desconocía. Todavía conservo en mi álbum de recortes abundantes fragmentos y extractos referentes al caso. He aquí un resumen de alguno de ellos.

El *Daily Telegraph* señalaba que pocas veces se había dado en la historia del crimen una tragedia de características tan extrañas. El nombre alemán de la víctima, la ausencia de cualquier otro móvil y la siniestra inscripción en la pared, todo apuntaba a que era cosa de refugiados políticos y de revolucionarios. Los socialistas tenían muchas ramificaciones en Estados Unidos, y sin duda el difunto había infringido alguna de sus leyes no escritas y habían terminado con él. Tras aludir al Vehmgericht, al agua tofana, a los carbonarios, a la marquesa de Brinvilliers, a la teoría de Darwin, a los principios de Malthus y a los asesinatos de Ratcliff Highway, el artículo concluía poniendo en guardia al gobierno y solicitando una vigilancia más estrecha de los extranjeros residentes en Inglaterra.

El *Standard* comentaba que estas atrocidades criminales son frecuentes bajo los gobiernos liberales. Surgían como consecuencia de la irritación de las masas y el consiguiente debilitamiento de toda autoridad. El difunto era un caballero americano que había residido unas semanas en la metrópoli. Se había alojado en la pensión de madame Charpentier, en Torquay Terrace, Camberwell. Le acompañaba en sus viajes el señor Joseph Stangerson, su secretario particular. Los dos se despidieron de su patrona el martes, 4 de este mes, y se marcharon a Euston Station con el manifiesto propósito de tomar el expreso de Liverpool. Más tarde fueron vistos juntos en el andén. Nada más se supo de ellos hasta que se descubrió el cadáver del señor Drebber, como hemos contado, en una casa deshabitada de Brixton Road, a muchas millas de Euston. Cómo llegó hasta allí y cómo encontró la muerte son cuestiones envueltas todavía en el misterio. Nada se sabe del paradero del señor Stangerson. Nos alegra saber que el señor Lestrade y el señor Gregson, de Scotland Yard, se ocupan conjuntamente del caso, y podemos esperar confiadamente que estos famosos agentes resuelvan pronto el misterio.

El *Daily News* señalaba que no cabía la menor duda de que se trataba de un crimen político. El despotismo y el odio al liberalismo que animaban a los gobiernos del Continente habían arrojado a nuestras costas a un montón de hombres que podrían haberse convertido en excelentes ciudadanos, de no haber estado amargados por el recuerdo de todo lo que habían sufrido. Entre esa gente regía un estricto código del

honor, y cualquier infracción del mismo era castigada con la muerte. No debían escatimarse esfuerzos para encontrar al secretario, Stangerson, y para averiguar algunos detalles de los hábitos del difunto. Se había dado ya un gran paso al descubrir la dirección de la casa donde se había alojado, éxito que se debía sin duda exclusivamente a la perspicacia y la energía del señor Gregson de Scotland Yard.

Sherlock Holmes y yo leímos juntos estas noticias durante el desayuno, y a él parecieron divertirle mucho.

—Ya le dije que, pasara lo que pasara, Lestrade y Gregson saldrían bien librados.

—Dependerá de cómo vayan las cosas.

—Oh, ¡eso carece de importancia! Si atrapamos al hombre, será gracias a sus esfuerzos; si se nos escapa, será a pesar de sus esfuerzos. Si sale cara gano yo y si sale cruz pierdes tú. Hagan lo que hagan, tendrán partidarios. *Un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire.*

—¿Qué demonios es esto? —exclamé, pues en ese instante nos llegó desde el vestíbulo y desde la escalera el rumor de muchos pasos apresurados, acompañados de audibles muestras de disgusto por parte de nuestra patrona.

—Es la división del Cuerpo de Detectives de Baker Street —dijo mi compañero, muy serio.

Y, mientras hablaba, irrumpió en la habitación media docena de los golfillos más sucios y desarrapados que he visto en mi vida.

—¡Firmes! —gritó Holmes con brusquedad.

Y los seis inmundos pilletes se alinearon como otras tantas estatuillas indecorosas.

—En adelante, enviadme solo a Wiggins para que me informe, y el resto de vosotros que espere en la calle. ¿Lo habéis encontrado, Wiggins?

—No, señor, qué va —dijo uno de los muchachos.

—Tampoco lo esperaba. Debéis insistir hasta conseguirlo. Aquí tenéis vuestra paga. —Le dio a cada uno un chelín—. Bien, ahora largo de aquí, y volved la próxima vez con mejores noticias.

Los despidió agitando la mano y los chicos corrieron como ratas escalera abajo, e instantes después oímos sus agudas voces en la calle.

—Se puede sacar más de uno de esos pequeños mendigos que de una docena de policías —comentó Holmes—. La mera presencia de una persona con aspecto de funcionario sella los labios de cualquiera. Estos chicos, en cambio, se meten por todas partes y se enteran de todo. Y son más listos que el hambre; lo único que les falta es organizarse.

—¿Los está utilizando en el caso Brixton?

—Sí. Hay un punto que me gustaría comprobar. Y solo es cuestión de tiempo. ¡Vaya, ahora sí que vamos a enterarnos de algunas novedades! Ahí viene Gregson calle abajo, con la satisfacción reflejada en cada rasgo de su rostro. Seguro que viene a vernos a nosotros. Sí, se ha detenido. ¡Ahí está!

Sonó con violencia la campanilla de la calle, y unos segundos después el detective de cabello rubio subía de tres en tres los escalones e irrumpía en nuestra sala.

—¡Mi querido colega —gritó, estrechando la mano inerte de Holmes—, felicíteme! He dejado todo el asunto tan claro como la luz del día.

Un asomo de ansiedad pareció cruzar por el expresivo rostro de mi compañero.

—¿Quiere usted decir que ya está en la pista correcta? —preguntó.

—¡La pista correcta! Señor mío, ¡tenemos a nuestro hombre bajo siete llaves!

—¿Y cómo se llama?

—Arthur Charpentier, alférez de la armada de Su Majestad —exclamó pomposamente Gregson, frotándose las manos regordetas y sacando pecho.

Sherlock Holmes suspiró aliviado y se relajó con una sonrisa.

—Tome asiento y pruebe uno de estos cigarros —dijo—. Estamos ansiosos por saber cómo lo ha logrado. ¿Quiere un poco de whisky con agua?

—No diré que no —respondió el detective—. Los tremendos esfuerzos que he realizado los dos últimos días me han dejado exhausto. No tanto el esfuerzo físico, ya me entiende, como la tensión mental. Usted se hará perfectamente cargo de ello, señor Sherlock Holmes, pues ambos trabajamos con la mente.

—Me honra usted demasiado —dijo Holmes, muy serio—. Escuchemos cómo ha llegado a un resultado tan satisfactorio.

El detective se sentó en el sillón y empezó a dar chupadas complacido a su cigarro. De repente, prorrumpió en una carcajada y se dio una palmada en el muslo.

—Lo divertido del caso —exclamó— es que el tonto de Lestrade, que se cree tan listo, ha seguido desde el principio una pista equivocada. Anda tras el secretario Stangerson, que no tiene más relación con el crimen que un niño de pecho. Seguro que a estas alturas ya le ha echado el guante.

La idea divirtió tanto a Gregson que rió hasta quedar sin aliento.

—¿Y cómo dio usted con la clave?

—Ah, se lo contaré todo. Por supuesto, doctor Watson, esto debe quedar entre nosotros. La primera dificultad con que nos enfrentamos fue averiguar los antecedentes del americano. Algunas personas habrían esperado a obtener respuesta a los anuncios o a que individuos interesados se presentaran a suministrar voluntariamente información. Pero este no es el estilo de Tobias Gregson. ¿Recuerda el sombrero que había al lado del cadáver?

—Sí —dijo Holmes—, de John Underwood e Hijos, 129 de Camberwell Road.

Gregson pareció un tanto alicaído.

—No creí que hubiera reparado usted en ello —dijo—. ¿Ha estado allí?

—No.

—¡Ajá! —gritó Gregson con alivio—. Nunca se debe desperdiciar una oportunidad, por pequeña que parezca.

—Para una gran mente no hay nada pequeño —observó Holmes en tono

sentencioso.

—Pues bien, fui a la tienda de Underwood y le pregunté si había vendido un sombrero de esa talla y características. Consultó sus libros y lo encontró enseguida. Había enviado el sombrero a un tal señor Drebber, que se alojaba en la pensión Charpentier, en Torquay Terrace. Así conseguí su dirección.

—¡Ingenioso, muy ingenioso! —murmuró Sherlock Holmes.

—A continuación visité a madame Charpentier —siguió el detective—. La encontré muy pálida y afligida. Su hija estaba también en la habitación, una muchacha de belleza extraordinaria. Tenía los ojos enrojecidos y le temblaban los labios mientras yo hablaba. No se me pasó por alto. Empecé a pensar que había gato encerrado. Ya conoce usted la sensación que le invade a uno, señor Sherlock Holmes, cuando husmea el rastro correcto, una especie de estremecimiento nervioso.

»—¿Se ha enterado, usted de la misteriosa muerte del señor Enoch. J. Drebber, de Cleveland, que fue últimamente su huésped? —pregunté.

»La madre asintió con la cabeza. Parecía incapaz de articular palabra. La hija se echó a llorar. Tuve más que nunca la sensación de que aquella gente sabía algo.

»—¿A qué hora salió el señor Drebber de su casa para tomar el tren? —pregunté.

»—A las ocho —dijo ella, tragando saliva para dominar su nerviosismo—. Su secretario, el señor Stangerson, dijo que había dos trenes, uno a las nueve quince y otro a las once. Pensaba tomar el primero.

»—¿Y fue esta la última vez que le vio?

»Al hacerle esta pregunta, se produjo en el rostro de la mujer un cambio terrible. Una lividez mortal invadió sus facciones. Pasaron varios segundos antes de que pudiera pronunciar un simple «sí», y, cuando lo hizo, su voz era ronca y forzada.

»Hubo un momento de silencio, y después habló la hija con voz clara y tranquila.

»—Nada bueno puede venir de la falsedad, madre —dijo—. Seamos francas con este caballero. Sí volvimos a ver al señor Drebber.

»—¡Que Dios te perdone! —gritó madame Charpentier, alzando las manos y derrumbándose en el sillón—. Has asesinado a tu hermano.

»—Arthur preferiría que dijéramos la verdad —replicó con firmeza la muchacha.

»—Será mejor que ahora me lo cuenten todo —dijo—. No hay nada peor que las medias palabras. Además, ustedes ignoran lo que nosotros sabemos del caso.

»—¡Que las culpas recaigan sobre ti, Alice! —exclamó su madre, y después, dirigiéndose a mí—: Se lo contaré todo, señor. No vaya usted a creer que la inquietud que siento por mi hijo se debe a que tema haya participado en este terrible asunto. Es completamente inocente. Lo que me asusta es que a sus ojos y a los de los demás pueda parecer implicado. Lo cual es, sin embargo, imposible si tenemos en cuenta su carácter, su profesión y sus antecedentes.

»—Lo mejor que puede usted hacer es confesar los hechos —observé—. Tenga la seguridad de que, si su hijo es inocente, no saldrá perjudicado.

»—Alice, quizá sea mejor que nos dejes solos —dijo, y su hija se retiró—. Bien,

señor —siguió diciendo la madre—, yo no tenía intención de contarle todo esto, pero dado que mi pobre hija ha confesado, no me queda otra alternativa. Una vez decidida a hablar, se lo contaré todo sin omitir detalle.

»—Es lo más sensato que puede hacer.

»—El señor Drebber estuvo con nosotros casi tres semanas. Él y su secretario, el señor Stangerson, habían viajado por el Continente. Observé en todos sus baúles una etiqueta de Copenhague, lo cual indicaba que era la última ciudad donde se habían detenido. Stangerson era un hombre discreto, reservado, pero siento decir que su jefe era muy distinto. De hábitos groseros y maneras brutales. Ya la primera noche de su llegada agarró una borrachera descomunal, y era muy raro verlo sobrio después de las doce del mediodía. Trataba a las criadas con una libertad y una familiaridad muy desagradables. Y lo peor fue que pronto adoptó la misma actitud con mi hija, Alice, y más de una vez le habló de un modo que ella, afortunadamente, es demasiado inocente para entender. En cierta ocasión la estrechó por la fuerza entre sus brazos, insolencia que obligó a su propio secretario a reprocharle su conducta, impropia de un hombre.

»—Pero ¿por qué toleraron todo esto? —inquirí—. Supongo que usted puede deshacerse de sus huéspedes cuando quiera.

»La señora Charpentier se ruborizó ante mi pertinente pregunta.

»—¡Ojalá le hubiera despedido el mismo día que llegó! —dijo—. Pero la tentación era muy grande. Me pagaban una libra diaria cada uno, catorce libras a la semana, y estamos en temporada baja. Soy viuda, y situar a un hijo en la armada sale caro. Me dolía perder este dinero. Obré como creí más conveniente. Pero lo último que hizo pasaba de la raya y le comuniqué que tenía que irse. Ese fue el motivo de su marcha.

»—¿Qué más?

»—Sentí un gran alivio cuando le vi irse. Mi hijo está ahora de permiso, pero yo no le había contado nada, porque tiene un carácter violento y adora a su hermana. Así pues, me quité un peso de encima al cerrar la puerta tras ellos. Pero, ay, antes de que transcurriera una hora sonó la campanilla de la calle y me enteré de que el señor Drebber había regresado. Estaba muy nervioso y evidentemente borracho como una cuba. Entró por la fuerza en la habitación donde yo estaba sentada con mi hija e hizo algunos comentarios incoherentes asegurando que había perdido el tren. Después se volvió hacia Alice y, delante de mí, le propuso que se fugase con él. “Eres mayor de edad”, le dijo, “y no hay ninguna ley que te lo impida. Yo tengo dinero de sobra. No te preocupes por la vieja y vente ahora mismo conmigo. Vivirás como una reina”. La pobre Alice estaba aterrada y trató de alejarse de él, pero la aferró por la muñeca y quiso arrastrarla hacia la puerta. Yo grité, y en el acto entró en la habitación mi hijo Arthur. Ignoro lo que sucedió después. Oí juramentos y el confuso rumor de una pelea. Estaba demasiado aterrada para levantar la cabeza. Cuando alcé los ojos, vi a Arthur en el umbral, riendo, con un garrote en la mano. “No creo que este caballere

vuelva a molestarnos”, dijo. “Iré tras él para ver lo que hace”. Con estas palabras, cogió su sombrero y se lanzó calle abajo. A la mañana siguiente nos enteramos de la misteriosa muerte del señor Drebber.

»Esta declaración salió de los labios de la señora Charpentier entre muchas pausas y vacilaciones. A veces hablaba tan bajo que yo casi no podía captar sus palabras. Sin embargo, tomé nota taquigráfica de cuanto dijo, para que no hubiera posibilidad de error.

—Es realmente emocionante —dijo Sherlock Holmes con un bostezo—. ¿Qué sucedió después?

—Cuando madame Charpentier dejó de hablar —prosiguió el detective—, comprendí que todo el caso dependía de un solo punto. Mirándola fijamente, de un modo que siempre me ha dado resultado con las mujeres, le pregunté a qué hora había regresado su hijo.

»—No lo sé —me dijo.

»—¿No lo sabe?

»—No. Tiene su propia llave y entra sin llamar.

»—¿Fue después de que usted se acostara?

»—Sí.

»—¿Cuándo se acostó usted?

»—Alrededor de las once.

»—De modo que su hijo estuvo fuera al menos dos horas, ¿verdad?

»—Sí.

»—¿Y no pudieron ser cuatro o cinco?

»—Sí.

»—¿Y qué hizo durante todo este tiempo?

»—No lo sé —respondió, blanca como el papel.

»Después de esto, claro, no faltaba nada más. Averigüé el paradero del teniente Charpentier, me llevé dos agentes conmigo y le arresté. Cuando le di un golpecito en el hombro y le pedí que me acompañara sin armar jaleo, nos contestó con tranquilidad: “Supongo que me arrestan por estar implicado en la muerte del canalla de Drebber”. Nosotros no le habíamos dicho nada del caso, y su modo de aludir a él era de lo más sospechoso.

—Mucho —dijo Holmes.

—Llevaba todavía el pesado garrote con que su madre le describe al verlo salir tras Drebber. Una gruesa tranca de roble.

—¿Cuál es, pues, su teoría?

—Mi teoría es que siguió a Drebber hasta Brixton Road. Una vez allí, se enzarzaron en una trifulca, en el curso de la cual Drebber recibió un golpe del garrote, quizá en la boca del estómago, que le mató sin dejar señal. La noche era tan lluviosa que no había nadie por allí, de modo que Charpentier arrastró el cuerpo de la víctima hasta el interior de la casa deshabitada. La vela, y la sangre, y la inscripción en la

pared, y el anillo, pueden ser otras tantas tretas para lanzar a la policía tras una pista falsa.

—¡Buen trabajo! —dijo Holmes, con voz alentadora—. Hay que ver, Gregson, cómo progresa. Todavía haremos de usted un hombre de provecho.

—Me jacto de haber llevado el caso limpiamente —contestó el detective con orgullo—. El joven declaró por voluntad propia que, tras haber seguido un rato a Drebber, este le vio y tomó un coche para escapar. Cuando él regresaba a casa, se encontró con un viejo camarada de tripulación, y dieron un largo paseo juntos. Al preguntarle dónde vivía ese viejo compañero, fue incapaz de dar una respuesta satisfactoria. Creo que todas las piezas del caso encajan ahora extraordinariamente bien. Lo que más me divierte es pensar que Lestrade partió de una pista equivocada. Me temo que no llegará muy lejos. ¡Pero, caramba, aquí tenemos a nuestro hombre!

Era, en efecto, Lestrade, que había subido la escalera mientras nosotros hablábamos, y entraba ahora en la habitación. Sin embargo, el aplomo y la desenvoltura que caracterizaban, por lo general, su porte y su vestimenta habían desaparecido. Su rostro alterado reflejaba preocupación, y traía la ropa desaseada y en desorden. Era evidente que había venido con la intención de consultar a Sherlock Holmes, pues al ver a su colega pareció incómodo y desconcertado. Permaneció de pie en el centro de la habitación, manoseando nervioso su sombrero y sin saber qué hacer.

—Es un caso extraordinario de veras —dijo al fin—, un asunto de veras incomprensible.

—¡Ah! ¿Eso cree usted, señor Lestrade? —exclamó Gregson en tono triunfal—. Ya me parecía que llegaría a esta conclusión. ¿Ha conseguido dar con el secretario, el señor Joseph Stangerson?

—El secretario, señor Joseph Stangerson —dijo Lestrade con gravedad— ha sido asesinado esta mañana, hacia las seis, en el hotel Halliday.

## LUZ EN LA OSCURIDAD

La noticia que nos daba Lestrade era tan decisiva y tan inesperada que los tres quedamos atónitos. Gregson se levantó de un salto, derramando lo que quedaba de su whisky con agua. Yo miraba en silencio a Sherlock Holmes, que tenía los labios apretados y el entrecejo fruncido.

—¡También Stangerson! —murmuró—. La trama se complica.

—Ya era lo bastante complicada antes —masculló Lestrade, cogiendo una silla—. Parece que he caído sin querer en una especie de gabinete de crisis.

—¿Está usted seguro... —tartamudeó Gregson—, está usted seguro de la veracidad de esta noticia?

—Vengo ahora mismo de su habitación —dijo Lestrade—. Fui el primero en descubrir lo que había ocurrido.

—Gregson nos ha expuesto su punto de vista en la materia —observó Holmes—. ¿Le importaría explicarnos lo que usted ha visto y ha hecho?

—No tengo inconveniente —respondió Lestrade, tomando asiento—. Confieso sin reparos que sustentaba la opinión de que Stangerson estaba implicado en la muerte de Drebber. Este nuevo acontecimiento me muestra que estaba equivocado. Obsesionado con mi primera idea, me propuse averiguar qué había sido del secretario. Los habían visto juntos en Euston Station hacia las ocho y media de la noche del día 3. A las dos de la madrugada habían encontrado a Drebber en Brixton Road. La cuestión que me planteé era descubrir qué había hecho Stangerson entre las ocho y media y la hora del crimen, y qué había sido de él después. Telegrafíe a Liverpool, dando una descripción del individuo, y advirtiéndoles que vigilaran los barcos americanos. Entonces empecé a visitar todos los hoteles y pensiones de las inmediaciones de Euston. Verá usted, pensé que si Drebber y su acompañante se habían separado, lo más probable era que este último buscara un lugar cercano donde pasar la noche y a la mañana siguiente lo esperaba de nuevo en la estación.

—Lo más probable es que hubieran establecido de antemano un lugar de encuentro —observó Holmes.

—Así ha resultado ser. Pasé toda la tarde de ayer haciendo averiguaciones completamente inútiles. Esta mañana comencé muy temprano, y a las ocho llegué al hotel Halliday, en Little George Street. Al preguntar si se alojaba allí el señor Stangerson, me contestaron inmediatamente que sí.

»—Sin duda usted es el caballero a quien está esperando —me dijeron—. Lleva dos días esperando a un caballero.

»—¿Dónde está ahora? —pregunté.



»—Arriba, en la cama. Pidió que le despertaran a las nueve.

»—Voy a subir ahora mismo —dije.

»Esperaba que tal vez mi súbita aparición le alterara los nervios y le hiciera decir algo imprudente. El botones se ofreció a mostrarme la habitación: estaba en el segundo piso, y conducía hasta ella un estrecho pasillo. El botones me indicó la puerta, y se disponía a bajar la escalera, cuando vi algo que, a pesar de mis veinte años de experiencia, hizo que me sintiese mal. Por debajo de la puerta salía un reguero de sangre roja, que había serpenteado a través del pasillo y había formado un charquito junto al zócalo de la pared opuesta. Di un grito, que hizo regresar al botones. Casi se desmayó al ver aquello. La puerta estaba cerrada por dentro, pero empujamos con el hombro y la derribamos. La ventana de la habitación estaba abierta, y junto a ella, acurrucado, yacía el cuerpo de un hombre en camisón. Estaba muerto, y llevaba muerto un tiempo, porque tenía los miembros rígidos y fríos. Al ponerlo boca arriba, el botones reconoció en el acto al caballero que había ocupado la habitación con el nombre de Joseph Stangerson. La causa de la muerte era una profunda puñalada en el costado izquierdo, que tenía que haber penetrado en el corazón. Y ahora viene lo más curioso del caso. ¿Qué suponen ustedes que había encima del cadáver?

Sentí un hormigueo en el cuerpo y tuve el presentimiento de que algo horrible se avecinaba, antes incluso de oír la respuesta de Holmes.

—La palabra «Rache» escrita en letras de sangre —dijo.

—Exactamente —admitió Lestrade con voz atemorizada.

Y quedamos unos momentos en silencio.

Había algo metódico e incomprensible en el modo de actuar de aquel asesino desconocido que hacía sus crímenes aún más espantosos. Mis nervios, bastante templados en el campo de batalla, se estremecían al pensar en ello.

—Alguien vio al asesino —prosiguió Lestrade—. Un repartidor de leche, que iba de camino a la lechería, pasó casualmente por el callejón que lleva a las caballerizas de la parte trasera del hotel. Advirtió que una escalera, habitualmente tirada por allí, estaba apoyada contra una de las ventanas del segundo piso, abierta de par en par. Después de pasar por delante, miró hacia atrás y vio que un hombre descendía por la escalera. Bajaba con tanta calma y aplomo que el muchacho supuso que se trataba de un carpintero o fontanero que trabajaba en el hotel. No le prestó demasiada atención, y solo pensó que era temprano para que hubiera iniciado ya la jornada. Le parece que el hombre era alto, tenía el rostro colorado y llevaba un largo gabán de color marrón. Tuvo que quedarse algún tiempo en la habitación después del asesinato, porque encontramos agua sucia en la jofaina, donde se había lavado las manos, y manchas de sangre en las sábanas, donde había limpiado cuidadosamente el cuchillo.

Eché una mirada a Holmes, al oír la descripción del asesino, que coincidía tan exactamente con la suya, pero no advertí en su rostro señales de júbilo o satisfacción.

—¿No encontró nada en la habitación que pudiera suministraros una pista del

asesino? —preguntó.

—Nada. Stangerson llevaba la cartera de Drebber en el bolsillo, pero al parecer esto era lo normal, puesto que hacía él todos los pagos. Contenía ochenta y tantas libras, pero no habían tocado nada. Sean cuales sean los móviles de estos extraordinarios crímenes, desde luego el robo no figura entre ellos. En los bolsillos del muerto no había papeles ni documentos, excepto un telegrama, fechado en Cleveland hará aproximadamente un mes, con las palabras: «J. H. está en Europa». El mensaje no llevaba firma.

—¿Y no había nada más? —inquirió Holmes.

—Nada realmente importante. La novela que el hombre leyera antes de dormir yacía sobre la cama, y la pipa estaba en una silla al lado. Había un vaso de agua encima de la mesa, y en el alféizar de la ventana una cajita de madera para unguento con dos píldoras.

Sherlock Holmes se levantó de un salto con una exclamación de júbilo.

—El último eslabón —gritó exultante—. Para mí el caso está cerrado.

Los dos detectives lo miraron atónitos.

—Tengo ahora en mis manos —dijo con convicción— todos los hilos de este enredo. Faltan, desde luego, algunos detalles, pero estoy tan seguro de cómo se desarrollaron los acontecimientos principales, desde que Drebber se separó de Stangerson en la estación hasta que se descubrió el cadáver de este último, como si los hubiera presenciado con mis propios ojos. Les daré una prueba. ¿Podría disponer de esas píldoras?

—Aquí están —dijo Lestrade, sacando una cajita blanca—. Las cogí, junto con la cartera y el telegrama, para guardarlas en lugar seguro en comisaría. Fue pura casualidad que las trajera conmigo, pues debo confesar que no les atribuyo la menor importancia.

—Démelas —dijo Holmes—. Díganos, doctor —prosiguió, dirigiéndose a mí—, ¿se trata de píldoras corrientes?

Evidentemente no lo eran. Eran pequeñas, redondas, color gris perla y casi transparentes a contraluz.

—Por su poco peso y su transparencia, imagino que son solubles en agua —observé.

—Exactamente —respondió Holmes—. Y ahora, ¿le importaría bajar y traernos a ese pobrecito terrier que lleva tanto tiempo enfermo y a cuyos sufrimientos le pidió la patrona que pusiera usted fin ayer?

Bajé al piso inferior y subí la escalera con el perro en brazos. Su penosa respiración y su mirada vidriosa indicaban que estaba próximo a su fin. Su hocico blanco como la nieve proclamaba, en efecto, que había rebasado el límite habitual de la existencia canina. Lo puse sobre un almohadón, encima de la alfombra.

—Ahora partiré en dos una de estas píldoras —dijo Holmes, y, sacando su navaja, hizo lo que había anunciado—. Una mitad la vuelvo a meter en la caja para ulteriores

propósitos. La otra la echaré en este vaso, que tiene una cucharadita de agua. Ya ven que nuestro amigo, el doctor, llevaba razón y que se disuelve rápidamente.

—Puede que esto sea muy interesante —dijo Lestrade, en el tono ofendido de quien teme que le estén tomando el pelo—, pero no veo qué relación puede tener con la muerte del señor Joseph Stangerson.

—¡Paciencia, amigo mío, paciencia! Comprobará usted a su debido tiempo que sí tiene relación. Ahora añadiré un poco de leche para que la mezcla tenga buen sabor, y veremos que el perro la lame de buena gana.

Mientras hablaba, vertió el contenido del vaso en un platito y lo colocó delante del terrier, que lo apuró en un instante. La seriedad con que actuaba Holmes era tan convincente que permanecimos sentados en silencio, observando atentamente al animal y esperando algún efecto sorprendente. Pero no ocurrió nada. El perro seguía tumbado en el almohadón, respirando penosamente, pero su estado no era mejor ni peor que antes de ingerir el brebaje.

Holmes había sacado su reloj, y, a medida que transcurrían los minutos sin resultado, una expresión de pesar y contrariedad se apoderaba de su semblante. Se mordía los labios, tamborileaba con los dedos en la mesa y mostraba otros síntomas de profunda impaciencia. Tan afectado estaba Holmes, que yo le compadecí sinceramente, mientras los dos detectives sonreían socarrones, nada entristecidos por su fracaso.

—No puede tratarse de una coincidencia —exclamó por fin mi compañero, levantándose de un salto y recorriendo la habitación de un lado a otro—. Es imposible que se trate de una mera coincidencia. Las mismas píldoras que yo sospechaba que se habían utilizado en el caso de Drebber se han encontrado después de la muerte de Stangerson. Y, sin embargo, son inocuas. ¿Qué significa esto? Sin duda toda mi cadena de razonamientos no puede estar equivocada. ¡Imposible! Y, no obstante, ese pobre bicho no ha empeorado. ¡Ah, ya lo tengo! ¡Ya lo tengo!

Con un grito de júbilo, se abalanzó sobre la cajita, partió en dos la otra píldora, la disolvió, le agregó leche y se la ofreció al terrier. Apenas había humedecido la desdichada criatura la lengua en el brebaje, cuando un temblor convulsivo recorrió todos sus miembros, y quedó tan rígido e inerte como si lo hubiera fulminado un rayo.

Sherlock Holmes dio un profundo suspiro y se enjugó el sudor de la frente.

—Debería tener más fe —dijo—. A estas alturas debería saber que, cuando un hecho parece oponerse a una larga serie de deducciones, es siempre susceptible de ser interpretado de otra manera. De las dos píldoras, una contenía el más mortal de los venenos y la otra era completamente inocua. Debería haberlo sabido antes incluso de ver la caja.

Esta última afirmación me pareció tan sorprendente que me costaba creer que mi amigo estuviera en su sano juicio. Allí yacía, sin embargo, el cadáver del perro, para demostrar que su conjetura había sido correcta. Tuve la sensación de que

gradualmente se iban disipando las brumas que enturbiaban mi cerebro y empezaba a tener una vaga e incierta percepción de la verdad.

—Todo esto les parece extraño —dijo Holmes—, porque al comienzo de la investigación no supieron percibir la importancia de la única pista real que se les ofrecía. Yo tuve la suerte de asirme a ella, y todo cuanto ha acontecido a continuación ha venido a confirmar mi suposición original, pues era, de hecho, su lógica consecuencia. De ahí que cosas que a ustedes les dejaban perplejos y les complicaban todavía más el caso, fueran para mí esclarecedoras y reforzaran mis conclusiones. Es un error confundir lo extraño con lo misterioso. El más vulgar de los crímenes es a menudo el más misterioso, porque no presenta características nuevas o especiales que permitan extraer deducciones. Este asesinato hubiera sido infinitamente más difícil de resolver si el cuerpo de la víctima hubiera aparecido simplemente en la calle, sin todos estos aditamentos *outré* y sensacionalistas que lo han hecho extraordinario. Estos detalles extraños, lejos de hacer el caso más difícil, han producido el efecto de facilitarlos.

El señor Gregson, que había escuchado esta disertación con notoria impaciencia, no pudo contenerse por más tiempo.

—Mire, señor Sherlock Holmes —dijo—. Todos estamos dispuestos a reconocer que es usted un hombre inteligente y que tiene sus propios métodos de trabajo. Pero ahora necesitamos algo más que meras teorías y discursos. Tenemos que apresar al asesino. Yo expuse ya mis conclusiones, y parece que me equivocaba. El joven Charpentier no puede estar involucrado en el segundo crimen. Lestrade iba tras Stangerson, y parece que se equivocó también. Usted ha dejado caer insinuaciones aquí y allá, y parece estar más enterado, pero ha llegado el momento en que tenemos derecho a preguntarle sin rodeos todo lo que sabe del caso. ¿Conoce el nombre del asesino?

—No puedo menos de creer que Gregson tiene razón, señor —observó Lestrade—. Los dos lo hemos intentado y los dos hemos fracasado. Desde que estoy en esta habitación, usted ha afirmado en más de una ocasión que dispone de todos los datos precisos. Supongo que no nos los ocultará por más tiempo.

—Todo retraso en detener al asesino —observé yo— puede darle tiempo para cometer una nueva atrocidad.

Ante nuestra insistencia, Holmes dio muestras de irresolución. Siguió paseando arriba y abajo de la habitación, con la cabeza hundida en el pecho y el entrecejo fruncido, actitud que suele adoptar cuando reflexiona.

—No habrá más asesinatos —dijo por fin, deteniéndose de pronto y mirándonos—. Pueden descartar tal posibilidad. Me han preguntado si sé el nombre del asesino. Lo sé. Pero conocer su nombre es poca cosa en comparación con la posibilidad de atraparlo. Lo cual espero lograr muy pronto. Tengo grandes esperanzas de conseguirlo por mis propios medios, pero es un asunto que necesita ser manejado con delicadeza, pues nos enfrentamos a un hombre astuto y desesperado, que, como he

tenido ocasión de comprobar, dispone de la ayuda de otro tan inteligente como él. Mientras este hombre no sospeche que alguien le sigue la pista, habrá alguna posibilidad de detenerlo, pero, si alberga la más mínima sospecha, cambiará de nombre y desaparecerá en un instante entre los cuatro millones de habitantes de esta gran ciudad. Sin ánimo de herir susceptibilidades, me veo obligado a decir que estos hombres no son contrincantes con los que pueda competir la policía, y por esa razón no les pedí a ustedes ayuda. Si fracaso, asumiré, por supuesto, toda la responsabilidad derivada de esta omisión, y estoy preparado para ello. Por el momento les prometo que, en el preciso instante en que pueda comunicarme con ustedes sin poner en peligro mis propios planes, lo haré.

Gregson y Lestrade no parecían en absoluto satisfechos ni con esta promesa ni con la despectiva alusión a la policía. El primero se sonrojó hasta la raíz de su cabello rubio, mientras los ojillos redondos del otro brillaban de curiosidad y resentimiento. Sin embargo, ninguno de los dos tuvo ocasión de formular palabra, pues sonó un golpecito en la puerta, y el portavoz de los golfillos callejeros, el joven Wiggins, introdujo su insignificante y desagradable presencia.

—Con permiso, caballero —dijo con una reverencia—. Tengo el coche abajo.

—Buen chico —dijo Holmes con afabilidad—. ¿Por qué no adoptan este modelo en Scotland Yard? —continuó mientras sacaba de un cajón unas esposas de acero—. Observen lo bien que funcionan los resortes. Se cierran de golpe.

—El modelo antiguo también funciona —comentó Lestrade—, si encontramos el hombre a quien ponérselas.

—Muy bien, muy bien —dijo Holmes con una sonrisa—. El cochero podría ayudarme a bajar el equipaje. Pídele que suba, Wiggins.

Me sorprendió que mi compañero hablara como si estuviera a punto de emprender un viaje, ya que no me había dicho nada al respecto. Había en la habitación una maleta pequeña, que cogió y empezó a atar con una correa. Estaba afanosamente ocupado en ello, cuando entró el cochero en la habitación.

—Écheme una mano con esta hebilla, cochero —pidió, apoyando una rodilla en la maleta y sin volver en ningún momento la cabeza.

El individuo avanzó con gesto hosco y desafiante, y bajó las manos para ayudar. En aquel preciso instante se oyó un chasquido seco, un tintineo metálico, y Sherlock Holmes se puso en pie de un salto.

—Caballeros —exclamó, con ojos centelleantes—, permitan que les presente al señor Jefferson Hope, el asesino de Enoch Drebber y de Joseph Stangerson.

Todo fue cosa de un instante... Ocurrió tan deprisa que ni tiempo tuve de darme cuenta. Conservo dos recuerdos: la expresión triunfal de Holmes y el timbre de su voz, y el rostro aturdido y furioso del cochero, que miraba iracundo las relucientes esposas que habían aparecido como por arte de magia en torno a sus muñecas. Durante un par de segundos permanecimos inmóviles como un grupo de estatuas. Luego, con un bramido de rabia, el preso se liberó de un tirón de las garras de

Holmes y se precipitó contra la ventana. Madera y cristal cedieron ante él, pero, antes de que su cuerpo se proyectara fuera, Gregson, Lestrade y Holmes cayeron sobre él como perros de presa. Lo arrastraron al interior de la habitación y empezó una pelea terrible. Era tan fuerte y tan feroz que una y otra vez se liberó de nosotros cuatro. Parecía tener la energía convulsiva de un hombre en pleno ataque de epilepsia. Sus manos y su cara estaban terriblemente laceradas tras haber atravesado el cristal, pero la pérdida de sangre no había disminuido su resistencia. Solo cuando Lestrade consiguió cogerlo por la corbata y casi estrangularlo, comprendió que sus esfuerzos eran inútiles. Y, aun así, no nos sentimos seguros hasta que lo tuvimos atado de pies y manos. Hecho esto, nos levantamos sin aliento y jadeantes.

—Disponemos de su coche —dijo Sherlock Holmes—. Nos servirá para llevarlo a Scotland Yard. Y ahora, caballeros —prosiguió con una amable sonrisa—, hemos llegado al final de nuestro pequeño misterio. Pueden hacerme cuantas preguntas quieran, y no hay el menor peligro de que me niegue a contestarlas.

## **SEGUNDA PARTE**

### **EL PAÍS DE LOS SANTOS**

## LA GRAN LLANURA DE ÁLCALI

En la parte central del gran continente norteamericano se extiende un desierto árido y repulsivo, que durante muchos años sirvió de barrera contra el avance de la civilización. Desde Sierra Nevada hasta Nebraska, y desde el río Yellowstone al norte hasta el Colorado al sur, se extiende una zona de desolación y silencio. Pero la naturaleza no muestra el mismo talante en toda ella. Consta de altas montañas cubiertas de nieve, y de valles lúgubres y escondidos. Hay ríos de rápida corriente que se precipitan por dentados cañones, y hay enormes llanuras, blancas en invierno por la nieve y grises en verano por el polvo del álcali salino. Pero todo presenta, no obstante, las características comunes de aridez, inhospitalidad y aflicción.

No hay habitantes en esta tierra de desesperanza. Una que otra partida de pawnees o de pies negros la atraviesa alguna vez en busca de nuevos terrenos de caza, pero hasta los más audaces se alegran de perder de vista esas espantosas llanuras y de encontrarse de nuevo en sus praderas. El coyote acecha entre la maleza, el busardo aletea con torpeza en el aire, y el desmañado oso pardo se mueve pesado por los sombríos barrancos buscando el sustento que puede encontrar entre las rocas. Son los únicos habitantes de aquel desierto.

No existe en el mundo panorama más monótono que el que se divisa desde la ladera norte de Sierra Blanca. Hasta donde alcanza la mirada se extiende la vasta llanura, salpicada de manchones alcalinos y surcada de matas de arbustos enanos. En el último límite del horizonte se alza una larga cordillera, con los escarpados picos moteados de nieve. En este extenso territorio no hay signo alguno de vida, no hay nada que se relacione con la vida. No hay pájaros en el cielo azul acero, no hay movimiento en la tierra de un gris mortecino, y reina el silencio más absoluto. Por mucho que escuches, no hay ni sombra de sonido en el enorme desierto: solo silencio, silencio total y sobrecogedor.

Hemos dicho que no hay en la extensa llanura nada que se relacione con la vida. Pero no es enteramente cierto. Desde lo alto de Sierra Blanca se distingue un sendero que cruza serpenteando el desierto hasta perderse en la lejanía. Ostenta surcos de ruedas y lo han pisado muchos aventureros. Aquí y allá yacen desperdigados unos objetos blancos que brillan al sol y destacan sobre el monótono depósito alcalino. ¡Acercaos y examínadlos! Son osamentas: unas, grandes y toscas; otras, más pequeñas y más delicadas. Las primeras pertenecieron a bueyes, y las segundas a hombres. A lo largo de mil quinientas millas se puede rastrear esa espantosa ruta de caravanas por los restos dispersos de aquellos que cayeron al borde del camino.

El 4 de mayo de 1847, un viajero solitario contemplaba desde lo alto este mismo



panorama. Por su aspecto habría podido tomárselo por el genio o el demonio de la región. A un observador le hubiera sido difícil afirmar si estaba más cerca de los cuarenta o de los sesenta. Su rostro era enjuto y macilento, y la oscura y apergaminada piel recubría tirante los salientes huesos; sus cabellos, largos y castaños, y su barba estaban veteados y salpicados de blanco; sus ojos hundidos ardían con un brillo poco natural, y la mano que empuñaba el rifle era apenas más carnosa que la de un esqueleto. Mientras estaba allí de pie se apoyaba en su arma para sostenerse, pero su elevada estatura y su potente estructura ósea denotaban una constitución fuerte y vigorosa. Sin embargo, su rostro demacrado, y sus ropas, que colgaban holgadísimas sobre los consumidos miembros, proclamaban la razón de aquel aspecto senil y decrepito. Aquel hombre se estaba muriendo..., se estaba muriendo de hambre y de sed.

Había avanzado penosamente por la quebrada hasta subir a este pequeño promontorio, con la vana esperanza de encontrar indicios de agua. Ahora se extendía ante sus ojos la gran llanura salada, y la distante cadena de agrestes montañas, sin el menor rastro de plantas o árboles que indicaran la presencia de humedad. En todo aquel extenso paisaje no había un resquicio de esperanza. El hombre observó con ojos extraviados e inquisitivos el norte, y el este, y el oeste, y comprendió que su vagabundeo había llegado a su fin y que iba a morir allí, en aquel árido peñasco. ¿Qué más da aquí o en un lecho de plumas dentro de veinte años?, se dijo, mientras se sentaba al abrigo de un peñasco.

Antes de sentarse, había depositado en el suelo el inútil rifle y también un fardo voluminoso envuelto en un chal gris, que llevaba colgado del hombro derecho. Pareció ser demasiado pesado para él, porque al descargarlo chocó contra el suelo con excesiva violencia. Surgió al instante del fardo gris un leve gemido y apareció una carita asustada de ojos marrones muy brillantes, y dos puñitos pecosos y con hoyuelos.

—¡Me has hecho daño! —dijo una voz infantil, en tono de reproche.

—¿Sí? —musitó el hombre con pesar—. Ha sido sin querer.

Mientras decía estas palabras, desenvolvió el chal gris y sacó a una hermosa niñita de unos cinco años, cuyos elegantes zapatitos, su vestidito rosa y su delantalito de hilo denotaban los cuidados de una madre. La niña estaba pálida y macilenta, pero sus saludables brazos y piernas reflejaban que había sufrido menos privaciones que su acompañante.

—¿Todavía te duele? —le preguntó el hombre con ansiedad, viendo que la niña se seguía frotando los apretados rizos dorados que le cubrían el dorso de la cabeza.

—Dame un besito y se me pasará —dijo con toda seriedad, señalándole la parte donde había recibido el golpe—. Es lo que hacía mamá. ¿Dónde está mamá?

—Mamá se ha ido. Me parece que volverás a verla dentro de muy poco.

—Se ha ido, ¿eh? Es raro que no me dijera adiós. Siempre me decía adiós, aunque solo se marchara al lado a tomar el té a casa de la tía, y ahora se ha ido tres días. Qué

seco está todo, ¿verdad? ¿No hay agua ni nada para comer?

—No, no hay nada, cariño. Solo debes tener un poquito de paciencia más y después estarás bien. Apoya la cabeza contra mí y te sentirás mejor. No es fácil hablar cuando se tiene los labios como si fueran de cuero, pero creo que es mejor que te esponga cuál es la situación. ¿Qué es esto que has cogido?

—¡Cosas muy bonitas, cosas preciosas! —exclamó la niña con entusiasmo, mostrando dos resplandecientes fragmentos de mica—. Cuando volvamos a casa, se las daré a mi hermano Bob.

—Pronto verás cosas más preciosas que estas —dijo el hombre con convicción—. Solo tienes que esperar un poco. Iba a decirte... ¿Recuerdas cuando abandonamos el río?

—Claro.

—Bien, nosotros creíamos que íbamos a encontrar otro río enseguida, comprendes. Pero algo funcionó mal: la brújula, o el mapa o lo que fuera, porque no lo encontramos. Nos quedamos sin agua. Salvo unas gotas para alguien como tú, y..., y...

—Y no te pudiste lavar —le interrumpió su acompañante con gravedad, alzando la mirada hacia su rostro mugriento.

—No, ni beber. Y el señor Bender fue el primero en marcharse, y después el indio Pete, y después la señora McGregor, y después Johnny Hones, y después, cariño, tu mamá.

—¡Entonces mamá también está muerta! —gritó la niña, ocultando el rostro en el delantal y sollozando amargamente.

—Sí, todos se fueron, menos tú y yo. Pensé que había alguna posibilidad de encontrar agua en esta dirección, de modo que te me cargué al hombro y nos pusimos en camino. No parece haber servido de mucho. ¡Solo nos queda una minúscula posibilidad!

—¿Quieres decir que también nos vamos a morir? —preguntó la niña, dejando de llorar y levantando el rostro cubierto de lágrimas.

—Me temo que se trata, más o menos, de esto.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —exclamó la niña, riendo alegremente—. Me habías dado un susto. Porque nosotros, claro, no volveremos a estar con mamá hasta que hayamos muerto.

—Sí, entonces tú volverás a estar con mamá, tesoro.

—Y tú también. Le contaré lo buenísimo que has sido. Seguro que sale a recibirnos a la puerta del cielo con un gran jarro de agua y unos pasteles de trigo, calientes y tostados por los dos lados, como nos gustan a Bob y a mí. ¿Cuánto falta?

—No lo sé. No mucho.

Los ojos del hombre miraban fijamente el horizonte del norte. En la bóveda azul del cielo habían aparecido tres puntitos, que se acercaban con tanta rapidez que aumentaban de tamaño por momentos. Las manchas se convirtieron enseguida en tres

grandes pájaros marrones, que, tras trazar varios círculos sobre las cabezas de los dos caminantes, se posaron al acecho sobre unas rocas. Eran busardos, los buitres del Oeste, cuya llegada presagia la muerte.

—Gallos y gallinas —exclamó divertida la chiquilla, señalando aquellas figuras de mal agüero y batiendo palmas para hacerles levantar el vuelo—. Dime, ¿este país lo hizo Dios?

—Pues claro que lo hizo —respondió su acompañante, algo sorprendido ante una pregunta tan inesperada.

—Hizo, allí abajo, el país del Illinois, y el Missouri —siguió la niña—. Pero tuvo que ser otro el que hizo esta tierra. No está ni mucho menos tan bien hecha. Se olvidó el agua y los árboles.

—¿Y si rezaras una oración? —propuso el hombre con timidez.

—Todavía no es de noche.

—No importa. Quizá no sea lo normal, pero a Él no le importará. Reza las oraciones que solías rezar en la carreta cada noche cuando cruzábamos los llanos.

—¿Por qué no las rezas tú mismo? —preguntó la niña, con ojos de asombro.

—Las he olvidado. No he rezado ninguna desde que medía la mitad que este fusil. Pero supongo que nunca es demasiado tarde. Tú rézalas en voz alta, y yo escucharé y haré de coro.

—Entonces tienes que arrodillarte, y yo también —dijo la niña, tendiendo el chal en el suelo con este propósito—. Tienes que levantar las manos así. Hace que te sientas bueno.

Era un extraño espectáculo, de haber habido alguien más que los busardos para contemplarlo. Codo con codo, los dos viajeros, la niña parlanchina y el aventurero audaz y empedernido, se arrodillaron sobre el estrecho chal. La cara regordeta de la primera y el rostro macilento y anguloso del segundo se volvieron hacia el cielo sin nubes en una ferviente plegaria al Ser Terrible al que se enfrentaban, mientras las dos voces —una, fina y clara, la otra, profunda y áspera— se unían en un ruego de misericordia y perdón. Terminada la plegaria, volvieron a sentarse a la sombra del peñasco, hasta que la niña quedó dormida, acurrucada contra el ancho pecho de su protector. Este veló el sueño de la pequeña durante un rato, pero la naturaleza pudo más que él. Llevaba tres días y tres noches sin permitirse un momento de tregua ni de reposo. Lentamente se le empezaron a cerrar los párpados sobre los ojos fatigados, y la cabeza cayó más y más sobre el pecho, hasta que la barba entrecana del hombre se mezcló con las trenzas doradas de su compañera, y ambos durmieron el mismo sueño profundo y sin ensueños.

Si el caminante hubiera permanecido despierto media hora más, sus ojos habrían contemplado un extraordinario espectáculo. A lo lejos, en el borde extremo de la llanura alcalina, se alzó una nubecilla de polvo, al principio muy delgada y apenas distinguible entre las nieblas, pero poco a poco más alta y más ancha, hasta formar una nube sólida, compacta y nítida. La nube siguió creciendo y se hizo evidente que

solo podía provocarla una multitud de criaturas en movimiento. En tierras más fértiles, el observador hubiera llegado a la conclusión de que se aproximaba una de esas grandes manadas de bisontes que pastan en las praderas. Lo cual era, obviamente, imposible en aquellos áridos desiertos. Cuando el remolino de polvo se acercó más al solitario peñasco donde reposaban los dos desdichados, empezaron a distinguirse entre la bruma los toldos de lona de las carretas y las figuras de hombres armados, a caballo, y la aparición resultó ser una gran caravana que se dirigía hacia el oeste. Pero ¡qué caravana! Cuando su cabeza hubo alcanzado la base de las montañas, todavía no se distinguía su final en el horizonte. La extensa formación cubría la enorme planicie: galeras y carros, hombres a caballo y hombres a pie, innumerables mujeres que se tambaleaban bajo la carga, y chiquillos que caminaban con paso inseguro junto a las carretas o asomaban bajo sus toldos blancos. Evidentemente no se trataba de un grupo habitual de inmigrantes, sino más bien de un pueblo nómada forzado por las circunstancias a buscarse un nuevo país. Por el aire claro se elevaba desde aquella gran masa de seres humanos un confuso estruendo y un sordo rumor, junto al chirrido de las ruedas y los relinchos de los caballos. Pero ni siquiera ese estruendo bastó para despertar a los dos fatigados caminantes.

Encabezaba la columna una veintena o más de hombres graves, de rostro impasible, vestidos con ropas oscuras hechas en casa y armados de rifles. Al alcanzar el pie del risco, se detuvieron y sostuvieron entre ellos una breve discusión.

—Los pozos están a la derecha, hermanos —dijo uno de ellos, de boca enérgica, rostro afeitado y cabello canoso.

—A la derecha de Sierra Blanca... y así llegaremos al Río Grande —dijo otro.

—No temáis por el agua —exclamó un tercero—. Aquel que pudo hacerla manar de las rocas no abandonará ahora a su pueblo elegido.

—¡Amén! ¡Amén! —respondieron todos.

Estaban a punto de reanudar el viaje, cuando uno de los más jóvenes y perspicaces del grupo lanzó una exclamación y señaló el escarpado risco que había sobre ellos. En la cima se agitaba un trocito de tela rosa, que destacaba nítidamente sobre el fondo de rocas grises. Al verlo, frenaron los caballos y los hombres se descolgaron los rifles del hombro, mientras acudían al galope otros jinetes de repuesto para reforzar la vanguardia. La palabra «pielroja» estaba en todos los labios.

—No es posible que haya muchos indios aquí —dijo el hombre de más edad, que parecía estar al mando—. Hemos dejado atrás a los pawnees, y no hay otras tribus hasta que crucemos las grandes montañas.

—¿Me adelanto y veo de qué se trata, hermano Stangerson? —preguntó uno del grupo.

«Y yo, y yo», gritaron una docena de voces.

—Dejad vuestros caballos abajo y nosotros os esperamos aquí —respondió el mayor de ellos.

En un instante los jóvenes desmontaron, ataron los caballos y empezaron a subir

la empinada pendiente, camino del objeto que había despertado su curiosidad. Avanzaban deprisa y sin ruido, con la seguridad y destreza propias de exploradores consumados. Quienes los observaban desde el llano los vieron saltar de roca en roca hasta que sus figuras se dibujaron contra el horizonte. Los guiaba el joven que había sido el primero en dar la alarma. Los que le seguían le vieron alzar de pronto las manos, como desbordado por el asombro, y, cuando se unieron a él, descubrieron algo que les causó idéntica impresión.

En la pequeña meseta que coronaba la árida planicie se erguía un gran peñasco solitario, y apoyado contra él yacía un hombre alto, de larga barba y facciones duras, pero extremadamente delgado. Su plácido rostro y su respiración regular indicaban que estaba profundamente dormido. A su lado yacía una chiquilla, que rodeaba con sus bracitos blancos y gordezuelos el moreno y nervudo cuello del hombre, y apoyaba la cabeza de cabello dorado sobre su levita de pana. La niña tenía entreabiertos los labios sonrosados, mostrando una hilera regular de dientes blancos como la nieve, y una sonrisa divertida retozaba en sus facciones infantiles. Sus piernecitas regordetas y blancas, que terminaban en unos calcetines blancos y unos bonitos zapatitos de hebillas relucientes, ofrecían un extraño contraste con los miembros largos y resecos de su compañero. En el saliente del peñasco que protegía a la insólita pareja acechaban tres solemnes busardos, que, al ver a los recién llegados, lanzaron estridentes gritos de disgusto y se alejaron con malhumorados aletazos.

Los gritos de los pajarracos despertaron a los durmientes, que miraron con asombro a su alrededor. El hombre se puso en pie y observó la llanura, que había estado tan desierta cuando cayó dormido y por la que ahora pululaba aquella enorme masa de hombres y animales. Su rostro adquirió una expresión de incredulidad y se pasó la huesuda mano por los ojos...

—Eso debe ser lo que llaman delirio —murmuró.

La niña permanecía a su lado, agarrada a los faldones de su chaqueta, y no decía palabra, pero miraba a su alrededor con esos ojos asombrados y llenos de preguntas de la infancia.

El equipo de rescate convenció rápidamente a los dos vagabundos de que cuanto veían no se trataba de una alucinación. Uno de ellos cogió a la niña y se la subió a los hombros, mientras otros dos sostenían a su depauperado acompañante y lo llevaban a las carretas.

—Me llamo John Ferrier —explicó el caminante—. Yo y esta pequeña somos lo que queda de un grupo de veintiuna personas. Los demás murieron todos de hambre o de sed allá abajo en el sur.

—¿Es hija tuya? —preguntó alguien.

—Creo que ahora sí —exclamó el otro, desafiante—. Es mía porque la he salvado yo. Nadie me la quitará. Desde hoy es Lucy Ferrier. Pero ¿quién sois vosotros? —prosiguió, lanzando una mirada de curiosidad a sus fornidos y morenos salvadores—. Parecéis un montón.

—Casi diez mil —dijo uno de los jóvenes—. Somos los hijos perseguidos de Dios..., los elegidos del ángel Moroni.

—Nunca he oído hablar de él —dijo el caminante—. Parece que ha elegido un buen puñado de gente.

—No bromees con lo que es sagrado —replicó el otro con sequedad—. Somos los que creemos en los textos sagrados, escritos en caracteres egipcios sobre planchas de oro batido, que fueros dadas a san Joseph Smith en Palmira. Venimos de Nauvoo, en el estado de Illinois, donde habíamos fundado nuestro templo. Buscamos un refugio donde escapar de los hombres violentos e impíos, aunque sea en el corazón del desierto.

Obviamente, el nombre de Nauvoo trajo recuerdos a John Ferrier.

—Ya veo —dijo—, sois los mormones.

—Somos los mormones —respondieron sus acompañantes a la vez.

—¿Y adónde vais?

—No lo sabemos. La mano de Dios nos guía bajo la persona de nuestro Profeta. Tienes que comparecer ante su presencia. Él dirá lo que hay que hacer contigo.

Habían llegado ya al pie del cerro y se vieron rodeados por multitud de peregrinos: mujeres pálidas de aspecto sumiso, niños robustos y sonrientes, y hombres preocupados, de ojos graves. Cuando vieron la corta edad de uno de los desconocidos y el desvalimiento del otro, dejaron escapar numerosas exclamaciones de asombro y compasión. Su escolta no se detuvo, sin embargo, sino que siguió adelante, acompañada por una muchedumbre de mormones, hasta llegar a una carreta, que destacaba por su tamaño y por su aspecto ostentoso y elegante. Llevaba uncidos seis caballos, mientras que las demás disponían solo de dos o, a lo sumo, de cuatro. Junto al conductor se sentaba un hombre que no podía tener más de treinta años, pero cuya imponente cabeza y expresión resuelta lo señalaban como jefe. Estaba leyendo un libro de lomo marrón, pero lo dejó a un lado al ver aproximarse a la multitud y escuchó atentamente el relato de lo sucedido. Después se volvió hacia los dos viajeros.

—Solo podemos llevaros con nosotros —dijo en tono solemne— si compartís nuestro propio credo. No queremos lobos en nuestro redil. Mejor que vuestros huesos se blanqueen en este desierto a que resultéis ser la pizca de podredumbre que acaba por corromper todo el fruto. ¿Vendréis con nosotros en estas condiciones?

—Iré con vosotros en cualquier condición —dijo Ferrier, con tanta convicción que los solemnes ancianos no pudieron evitar una sonrisa.

Únicamente el jefe mantuvo su expresión severa e impresionante.

—Llévatelo, hermano Stangerson —dijo—, dale comida y bebida, y también a la niña. Ocupate también tú de enseñarle nuestras sagradas creencias. Nos hemos entretenido demasiado. ¡En marcha! ¡Adelante hacia Sión!

«¡Adelante hacia Sión!», gritó la muchedumbre de mormones, y las palabras se propagaron como una ola por toda la caravana, pasando de boca en boca, hasta morir

en la lejanía como un leve murmullo.

Entre chasquidos de látigos y chirriar de ruedas, las grandes carretas se pusieron en movimiento, y pronto toda la caravana serpenteaba de nuevo por la llanura. El anciano a cuyo cuidado habían sido confiados los dos viajeros los condujo a su carreta, donde les aguardaba ya comida.

—Os quedaréis aquí —les dijo—. Dentro de unos días os habréis recuperado de vuestras fatigas. Entretanto, recordad que desde ahora y para siempre pertenecéis a nuestra religión. Lo ha dicho Brigham Young, y ha hablado con la voz de Joseph Smith, que es la voz de Dios.

## LA FLOR DE UTAH

No es este el lugar adecuado para rememorar las desdichas y privaciones que tuvieron que sobrellevar los emigrantes mormones antes de llegar a su refugio definitivo. Desde las orillas del Mississippi hasta las vertientes occidentales de las Montañas Rocosas, se habían abierto camino con una perseverancia sin parangón en la historia. Con tenacidad anglosajona habían superado cuantos obstáculos interpuso la naturaleza a su paso: hombres, fieras, hambre, sed, fatiga y enfermedad. Sin embargo, el largo viaje y los horrores acumulados habían estremecido los corazones de los hombres más templados. No hubo ni uno que no cayera de rodillas y entonara una plegaria, cuando vieron a sus pies el extenso valle de Utah, bañado por la luz del sol, y oyeron de labios de su jefe que aquella era la tierra prometida y que aquellos acres de terrenos vírgenes iban a ser suyos para siempre.

Young demostró enseguida ser tan hábil administrador como jefe resuelto. Se dibujaron mapas y se trazaron planos donde se proyectaba la futura ciudad. A su alrededor se distribuyeron y asignaron granjas, según las condiciones de cada cual. Al comerciante se le colocó en su comercio, y al artesano en su taller. En la ciudad surgieron calles y plazas como por arte de magia. En el campo se abrieron zanjas y se levantaron setos, se plantó y se limpió, y al siguiente verano la cosecha de trigo cubría de oro la región. Todo prosperaba en aquel extraño asentamiento. En primer lugar, el gran templo que habían erigido en el centro de la ciudad se hizo cada vez más alto y espacioso. Desde las primeras luces del amanecer hasta la caída del crepúsculo, no dejaron de oírse nunca los golpes de martillo y el chirrido de la sierra en el monumento que los emigrantes levantaron en honor de Aquel que los había guiado sanos y salvos entre tantos peligros.

Los dos viajeros, John Ferrier y la niña que había compartido su suerte y a la que había adoptado como hija, acompañaron a los mormones hasta el final de su largo peregrinaje. La pequeña Lucy Ferrier tuvo un viaje agradable en la carreta del viejo Stangerson, que compartía con las tres mujeres del mormón y con su hijo, un terco y atrevido muchacho de doce años. Una vez superada, con la flexibilidad propia de la infancia, la conmoción causada por la muerte de su madre, se convirtió muy pronto en el objeto de los mimos de las mujeres, y se adaptó a su nueva vida en aquel hogar ambulante con techo de lona. Entretanto, Ferrier se recuperó de las penalidades sufridas y demostró ser un buen guía y un cazador incansable. Se ganó el aprecio de sus nuevos compañeros con tanta rapidez que, cuando alcanzaron el término de su peregrinaje, se acordó por unanimidad que se le asignara un terreno tan extenso y fértil como a todos los colonos, con excepción del propio Young y de Stangerson,



Kemball, Johnston y Drebber, que eran los cuatro principales Ancianos.

En el terreno así conseguido, John Ferrier se construyó una sólida cabaña de madera, que en años siguientes fue ampliada tantas veces que se convirtió en una espaciosa villa. Ferrier era un hombre con sentido práctico, hábil en los negocios y dotado para las actividades manuales. Su constitución de acero le permitía trabajar de la mañana a la noche mejorando y cultivando sus tierras. De ahí que su granja y todas sus pertenencias prosperaran de forma extraordinaria. En tres años estaba en mejor situación que sus vecinos, en seis era una persona acomodada, en nueve era rico, y en doce no había media docena de hombres en toda Salt Lake City que pudieran comparársele. Desde el gran mar interior hasta los distantes Montes Wasatch no había nombre más popular que el de John Ferrier.

Había una cosa, y solo una, en la que hería la susceptibilidad de sus correligionarios. Ningún razonamiento ni intento de persuasión le indujeron a tomar varias mujeres como hacían los mormones. Nunca explicó los motivos de su persistente negativa; se limitó a mantener su decisión con firmeza e inflexibilidad. Hubo quienes le acusaron de tibieza en su nueva religión, y quienes lo atribuían a su codicia de riquezas y su renuencia a incurrir en gastos. Otros, por su parte, hablaban de cierto primer amor y de una muchacha de cabellos de oro que se había consumido a orillas del Atlántico. Sea cual fuere la razón, Ferrier se mantuvo estrictamente célibe. En todos los aspectos restantes se ajustó a la religión del nuevo asentamiento y se granjeó fama de ser un hombre ortodoxo y de recta conducta.

Lucy Ferrier creció aislada en la cabaña, y ayudaba a su padre en todas sus tareas. El leve aire de las montañas y el balsámico aroma de los pinos hicieron las veces de niñera y de madre para la muchachita. Con el paso de los años creció y se hizo más fuerte, sus mejillas se colorearon y sus andares se tornaron más vivaces. Muchos viandantes que pasaban por la carretera contigua a la granja de Ferrier sentían revivir en su mente pensamientos olvidados hacía mucho tiempo, al vislumbrar su esbelta figura juvenil en los trigales, o al encontrarse con la joven montada en el mustang de su padre, al que cabalgaba con la gracia y soltura de una genuina hija del Oeste. Así pues, el capullo se hizo flor, y el mismo año que su padre pasó a ser el más rico de todos los granjeros ella se había transformado en el mejor ejemplar de muchachita americana de toda la costa del Pacífico.

No fue el padre, sin embargo, el primero en descubrir que la niña se había hecho mujer. Ocurre raras veces. El misterioso cambio es demasiado sutil y demasiado gradual para medirse por fechas. Y menos que nadie lo advierte la propia muchacha, hasta que el tono de una voz o el contacto de una mano estremecen su corazón, y descubre, con una mezcla de orgullo y de temor, que una naturaleza nueva y más amplia ha despertado dentro de ella. Son pocas las que no recuerdan ese día y el pequeño incidente que les indicó el comienzo de una nueva vida. En el caso de Lucy Ferrier, el incidente fue lo bastante grave en sí mismo al margen de su futura influencia en su propio destino y en el de otras muchas personas.

Era una cálida mañana de junio, y los Santos del Último Día andaban atareados como las abejas cuya colmena habían elegido por emblema. De los campos y de las calles brotaba el mismo zumbido de humana actividad. Por las polvorientas carreteras desfilaban largas reatas de mulas con pesadas cargas, todas hacia el Oeste, porque había estallado la fiebre del oro en California y la ruta cruzaba por la ciudad de los Elegidos. También había rebaños de ovejas y novillos, procedentes de tierras de pastos más lejanas, y caravanas de inmigrantes, hombres y caballos exhaustos por igual tras los rigores del viaje interminable. En medio de tan abigarrada multitud, abriéndose paso con la pericia de un consumado jinete, galopaba Lucy Ferrier, el bello rostro sonrojado por el ejercicio y el largo cabello castaño ondeando al viento. Iba a la ciudad para hacer un encargo de su padre, y, como en muchas ocasiones anteriores, se apresuraba a cumplirlo con la intrepidez de la juventud, pensando únicamente en su cometido y en el mejor modo de llevarlo a cabo. Sucios tras el viaje, los aventureros la miraban atónitos, y hasta los impasibles indios, que andaban de aquí para allá con sus pieles, moderaban su habitual estoicismo y se maravillaban ante la belleza de aquella muchacha de rostro pálido.

Ya había llegado a las afueras de la ciudad cuando encontró la carretera bloqueada por una gran manada de ganado, conducida por media docena de vaqueros de las llanuras de aspecto salvaje. Llevada por la impaciencia, intentó superar el obstáculo lanzando su caballo por lo que le pareció una brecha. Sin embargo, en cuanto se introdujo entre el ganado, las reses la rodearon y se encontró completamente aprisionada en aquella corriente movediza de novillos de feroz mirada y largos cuernos. Como estaba habituada a tratar con ganado, la muchacha no se arredró ante la situación, y aprovechó cuantas oportunidades se le presentaron para espolear a su montura, con la esperanza de abrirse paso a través de la manada. Por desgracia, los cuernos de uno de los animales, ya fuera por casualidad o aposta, chocaron violentamente contra el flanco del mustang, que enloqueció. Inmediatamente se alzó sobre las patas traseras, con un furioso relincho, y saltó y corcoveó de un modo que hubiera derribado a un jinete menos diestro. La situación estaba llena de peligros. Cada salto del caballo lo precipitaba de nuevo contra los cuernos, y lo enfurecía todavía más. Lo único que podía hacer la muchacha era tratar de mantenerse en la silla, porque caer de la misma significaba una muerte espantosa bajo las pezuñas de aquellos animales indómitos y asustados. Como no estaba habituada a situaciones inesperadas de este tipo, la cabeza empezó a darle vueltas y aflojó la presión de sus manos en la brida. Sofocada por la nube de polvo y por el vaho que desprendían los animales, estaba a punto de abandonar, desesperada, sus esfuerzos, cuando una amable voz, a su lado, le prometió ayuda. En aquel preciso instante, una mano fuerte y morena agarró al asustado caballo por el freno, y, abriéndose paso entre la manada, no tardó en sacarla de allí.

—Espero que no esté usted herida, señorita —dijo respetuosamente su salvador.

La muchacha levantó la mirada hacia aquel rostro moreno y decidido, y se echó a

reír.

—No estoy herida —dijo con franqueza—; estoy terriblemente asustada. ¿Quién iba a pensar que Poncho se aterrorizaría de ese modo por un puñado de vacas?

—Gracias a Dios, usted se mantuvo en su montura —dijo él con gravedad.

Era un muchacho alto, de aspecto audaz, que montaba un poderoso caballo ruano, vestía ropas de cazador y llevaba un largo rifle al hombro.

—Creo que es usted la hija de John Ferrier —observó—. La he visto salir a caballo de su casa. Pregúntele si se acuerda de Jefferson Hope de Saint Louis. Si se trata del mismo Ferrier, mi padre y él eran grandes amigos.

—¿Por qué no va usted a nuestra casa y se lo pregunta personalmente? —propuso ella con cierta picardía.

Al joven pareció gustarle la proposición, y sus oscuros ojos brillaron de alegría.

—Eso haré —dijo—. Hemos pasado dos meses en las montañas, y no estamos demasiado presentables para hacer visitas. Tendrá que aceptarnos así.

—Mi padre tiene un motivo importante para estarle agradecido, y yo también —dijo la muchacha—. Me adora y, si esas vacas me hubieran pisoteado, no se hubiera consolado nunca.

—Ni yo tampoco.

—¡Usted! Bueno, no veo por qué razón habría de importarle a usted. Ni siquiera somos amigos.

El rostro moreno del joven cazador se ensombreció de tal modo que Lucy Ferrier no pudo contener la risa.

—No he querido decir esto —se excusó—. Claro que ya somos amigos. Tiene que ir a visitarnos. Ahora debo seguir adelante, o mi padre no volverá a encargarme nada nunca más. ¡Adiós!

—Adiós —respondió el muchacho, quitándose el sombrero de ala ancha e inclinándose sobre la manita de la joven.

Lucy hizo dar media vuelta a su mustang, le dio un golpe con la fusta y salió disparada carretera adelante entre una temblorosa nube de polvo.

El joven Jefferson Hope siguió cabalgando con sus compañeros, pensativo y taciturno. Juntos habían recorrido las montañas de Nevada en busca de plata, y ahora regresaban a Salt Lake City esperando reunir capital suficiente para explotar algunos filones que habían descubierto. Al joven le entusiasmaba el proyecto tanto como a los demás, pero ahora aquel repentino incidente había desviado sus pensamientos hacia otros objetivos. La imagen de la hermosa muchacha, tan fresca y saludable como las brisas de Sierra Nevada, había conmovido hasta lo más profundo su corazón volcánico e indómito. Cuando ella ya había desaparecido de su vista, se dio cuenta de que su vida pasaba por una crisis, y de que ni las especulaciones sobre la plata ni ninguna otra cuestión podían tener ya para él tanta importancia como esta realidad recién descubierta que absorbía todas las demás. El amor que había brotado en su corazón no era el repentino y cambiante capricho de un muchacho, sino la intensa y

ardiente pasión de un hombre de fuerte voluntad y temperamento autoritario. Se había habituado a tener éxito en cuanto emprendía. Se prometió a sí mismo que, si el esfuerzo humano y la humana perseverancia podían servirle de ayuda, tampoco fracasaría en esta ocasión.

Aquella misma noche visitó a John Ferrier, y volvió otras muchas veces, hasta que su rostro fue familiar en la granja. John, encerrado en el valle y absorbido por su trabajo, había tenido pocas oportunidades de recibir noticias del mundo exterior durante los últimos doce años. Jefferson Hope podía contarle muchas, y lo hacía de tal modo que a Lucy le interesaban tanto como a su padre. Había sido pionero en California, y podía contar raras historias de fortunas amasadas y rápidamente dilapidadas en aquellos días felices e insensatos. También había sido explorador, cazador, buscador de plata y estanciero. Dondequiera que hubiera aventuras emocionantes, allí había ido Jefferson Hope a buscarlas. Pronto se ganó las simpatías del viejo granjero, que hablaba elocuentemente de sus cualidades. En tales ocasiones, Lucy permanecía callada, pero sus mejillas sonrojadas y sus ojos brillantes y felices decían a las claras que ya no era dueña de su joven corazón. Era posible que su honrado padre no hubiera reparado en estos síntomas, pero seguro que al hombre que había conquistado el cariño de la joven no le pasaron por alto.

Cierta tarde de verano, el joven llegó galopando por la carretera y se detuvo delante de la puerta. Lucy estaba en el umbral y salió a su encuentro. Jefferson pasó las bridas por la valla y avanzó a pie por el sendero.

—Me voy, Lucy —dijo, cogiéndole ambas manos y mirando su rostro con ternura—. No voy a pedirte que vengas conmigo ahora, pero ¿estarás dispuesta a acompañarme cuando yo vuelva?

—Y eso ¿cuándo ocurrirá? —preguntó ella, sonrojándose y riendo.

—Dentro de un par de meses como mucho. Entonces vendré a buscarte, cariño mío. Nadie podrá interponerse entre nosotros.

—¿Y mi padre?

—Ha dado su consentimiento, siempre que logremos poner estas minas en funcionamiento, lo cual no me preocupa en absoluto.

—Bien. Si mi padre y tú lo tenéis todo resuelto, no hay nada más que decir —susurró Lucy, apoyando la mejilla en el amplio pecho del joven.

—¡Gracias sean dadas a Dios! —exclamó Jefferson, con voz ronca, inclinándose para besarla—. De acuerdo, pues. Cuanto más tarde en irme, más duro me será hacerlo. Me esperan en el cañón. Adiós, tesoro mío, adiós. Dentro dos meses nos veremos de nuevo.

Mientras decía estas palabras, se apartó de ella a toda prisa, saltó sobre su caballo y se alejó al galope, sin volver la cabeza, como si temiera ver flaquear su decisión caso de echar una mirada a lo que dejaba atrás.

Lucy permaneció en el umbral, siguiéndole con la mirada hasta que lo perdió de vista. Entonces volvió a entrar en la casa. Se sentía la muchacha más feliz de todo

Utah.

## JOHN FERRIER HABLA CON EL PROFETA

Habían transcurrido tres semanas desde que Jefferson Hope se marchara con sus compañeros de Salt Lake City. A John Ferrier se le encogía el corazón al pensar en el regreso del joven y en la inminente pérdida de su hija adoptiva. Pero contemplar el rostro radiante y feliz de la muchacha lo reconciliaba con aquel acuerdo más de lo que hubiera podido hacerlo cualquier argumento. Había decidido desde siempre, en lo hondo de su resuelto corazón, que nada lo induciría a casar a su hija con un mormón. Semejante casamiento no le parecía en absoluto un casamiento, sino una vergüenza y una desgracia. Pensara lo que pensara de las doctrinas de los mormones, en este punto era inflexible. Sin embargo, debía mantener los labios sellados, porque exponer una opinión heterodoxa era en aquellos tiempos un asunto peligroso en el País de los Santos.

Sí, un asunto peligroso..., tan peligroso que ni siquiera los más santos se atrevían a cuchichear, conteniendo el aliento, acerca de sus opiniones religiosas, por miedo a que algún comentario pudiera ser mal interpretado y pudiera acarrearles un rápido castigo. Los que habían padecido persecución se habían convertido ahora en perseguidores a su vez, y en perseguidores de la peor especie. Ni la Inquisición de Sevilla, ni la Vehmgericht alemana, ni las sociedades secretas de Italia fueron capaces de poner en marcha una maquinaria tan formidable como la que ensombrecía el estado de Utah.

Su invisibilidad, y el misterio que la envolvía, hacían esta organización doblemente terrible. Parecía ser omnisciente y omnipotente, y, sin embargo, nadie podía verla ni oírla. Todo aquel que se resistía a la Iglesia desaparecía, sin que se supiera adónde había ido o qué le había sucedido. Su esposa y sus hijos lo esperaban en casa, pero ningún padre regresó jamás para contarles qué habían hecho con él sus secretos jueces. Una palabra imprudente o un acto precipitado suponían el aniquilamiento, y nadie sabía cuál era la índole de ese terrible poder que pendía amenazante sobre sus cabezas. No era extraño que los hombres vivieran encogidos y temerosos, y que ni siquiera en el corazón del desierto se atrevieran a cuchichear las dudas que los oprimían.

Al principio ese poder vago y terrible se ejercía solo contra los recalcitrantes, que, tras abrazar la fe de los mormones, pretendían luego pervertirla o abandonarla. Pronto, sin embargo, se extendió su ámbito. Escaseaban las mujeres adultas, y, sin una población femenina lo bastante extensa, la poligamia es una doctrina estéril. Entonces empezaron a circular extraños rumores sobre inmigrantes asesinados y campamentos saqueados, en zonas donde jamás se había visto indios... Aparecieron

mujeres nuevas en los harenes de los Ancianos, mujeres que languidecían y lloraban y llevaban impresas en el rostro las huellas de un horror inextinguible. Algunos viajeros de las montañas hablaban de bandas de hombres armados, enmascarados, sigilosos, que pasaban cerca de ellos en la oscuridad. Esas historias y rumores fueron tomando forma y consistencia, y fueron corroborados una y otra vez, hasta concretarse en nombres precisos. Hasta el día de hoy, el nombre de la Banda de los Danitas o los Ángeles Vengadores conserva, en los ranchos aislados del Oeste, resonancias siniestras y nefastas.

El poco conocimiento de la organización que producía resultados tan terribles, lejos de disminuir el horror que inspiraba a la gente, no hacía sino acrecentarlo. Nadie sabía quién pertenecía a esa implacable sociedad. Los nombres de quienes tomaban parte en acciones de sangre y de violencia en nombre de la religión se mantenían en profundo secreto. El mismo amigo a quien comunicabas tus dudas acerca del Profeta y de su misión podía ser uno de los que aparecieran por la noche para exigir a sangre y fuego un terrible castigo. De ahí que todo hombre temiera a su vecino y no confiara a nadie los secretos de su corazón.

Una hermosa mañana, cuando estaba a punto de salir hacia sus trigales, John Ferrier oyó el chasquido del pestillo de la cerca, y, al mirar por la ventana, vio que un hombre corpulento, de cabello rubio y mediana edad, ascendía por el sendero. El corazón le dio un vuelco, porque se trataba del mismísimo Brigham Young en persona. Lleno de inquietud —pues sabía que nada bueno podía resultar de tal visita—, Ferrier corrió a la puerta para recibir al jefe de los mormones. Este, sin embargo, acogió su saludo con frialdad, y le siguió hasta la sala con expresión adusta.

—Hermano Ferrier —le dijo, tomando asiento y mirando fijamente al granjero por entre sus pálidas pestañas—, los verdaderos creyentes hemos sido buenos amigos para ti. Te recogimos cuando te estabas muriendo de hambre en el desierto, compartimos nuestra comida contigo, te condujimos sano y salvo al Valle de los Elegidos, te dimos una buena parcela de tierra y permitimos que te enriquecieras bajo nuestra protección. ¿No es así?

—Así es —respondió John Ferrier.

—A cambio de todo esto solo te pusimos una condición: que abrazaras la fe verdadera y ajustaras tu vida a nuestras costumbres. Prometiste hacerlo, y, si los rumores son ciertos, no lo has cumplido.

—¿En qué no he cumplido? —preguntó Ferrier, extendiendo las manos en ademán de protesta—. ¿No he contribuido al fondo común? ¿No he asistido al templo? ¿No he...?

—¿Dónde están tus esposas? —inquirió Young, mirando a su alrededor—. Llámalas para que pueda saludarlas.

—Es verdad que no me he casado —admitió Ferrier—. Pero había pocas mujeres, y eran muchos los que tenían más derecho a ellas. Yo no vivía solo: tenía a mi hija para atenderme.

—De tu hija precisamente quiero hablarte —dijo el jefe de los mormones—. Al crecer se ha convertido en la flor de Utah, y se ha ganado el favor de muchos hombres importantes de este país.

John Ferrier gimió para sus adentros.

—Corren rumores sobre ella que no estoy dispuesto a creer —prosiguió el Profeta—, rumores de que se ha comprometido con un gentil. Se trata sin duda de habladurías sin fundamento. ¿Cuál es la regla decimotercera del código de san Joseph Smith? «Que toda doncella adicta a la verdadera fe se case con un elegido; pues, si se casa con un gentil, cometerá un grave pecado». Siendo esto así, no es posible que tú, que profesas el santo credo, permitas que tu hija lo viole.

John Ferrier no contestó, y se puso a jugar nervioso con su fusta.

—Este será el único punto en que pondremos a prueba tu fe. Así lo ha acordado el Sagrado Consejo de los Cuatro. La chica es joven, y no la queremos casar con un viejo, ni privarla de toda elección. Nosotros los Ancianos tenemos muchas esposas, pero también tenemos que proporcionárselas a nuestros hijos. Stangerson tiene un hijo, y Drebber tiene un hijo, y cualquiera de los dos acogería con agrado a tu hija en su casa. Deja que ella elija entre ambos. Son jóvenes y ricos, y profesan la fe verdadera. ¿Qué dices a esto?

Ferrier permaneció en silencio unos instantes, con el ceño fruncido.

—Concédenos un poco de tiempo —dijo al fin—. Mi hija es muy joven, casi no tiene edad para casarse.

—Dispondrá de un mes para decidir —dijo Young, levantándose de su asiento—. Concluido este plazo, tendrá que dar una respuesta.

Estaba ya cruzando el umbral, cuando se volvió con rostro encendido de ira y ojos llameantes.

—¡Y hubiera sido mejor para vosotros, John Ferrier —rugió—, yacer como esqueletos blanqueados en Sierra Blanca que oponer vuestras débiles voluntades a las órdenes de los Cuatro Santos!

Con un gesto amenazador, Young traspuso la puerta, y Ferrier oyó sus pesados pasos en la grava del sendero.

Ferrier estaba todavía sentado, con los codos en las rodillas, considerando cómo le mencionaría el asunto a su hija, cuando una mano suave se posó en la suya, y, al levantar la mirada, la vio de pie a su lado. Le bastó contemplar su rostro pálido y asustado para saber que había escuchado la conversación.

—No lo he podido evitar —dijo la muchacha, en respuesta a su mirada—. Su voz atronaba toda la casa. Oh, padre, padre, ¿qué vamos a hacer?

—No te asustes —dijo él, atrayéndola hacia sí, y pasando su mano ancha y áspera por el rubio cabello de la muchacha—. De una forma u otra, lo resolveremos. A ti no se te va de la cabeza ese muchacho, ¿verdad?

Un sollozo y un apretón de manos fue la única respuesta de Lucy.

—No, claro que no. Y no lamento oírtelo decir. Es un joven prometedor y es



cristiano, mucho más desde luego que esa gente de aquí, con todos sus rezos y sermones. Mañana sale una expedición para Nevada y me las arreglaré para enviarle un mensaje explicándole en qué aprieto nos vemos. O no conozco en absoluto a ese muchacho, o regresará a mayor velocidad que la del telégrafo eléctrico.

Esta descripción de su padre hizo sonreír a Lucy a través de las lágrimas.

—Cuando él llegue, nos aconsejará lo mejor —dijo—. Pero quien me preocupa es usted, padre. Se oyen..., se oyen historias tan espantosas sobre aquellos que se oponen al Profeta. Siempre les sucede algo terrible.

—Pero nosotros no nos hemos opuesto todavía a él. Ya nos preocuparemos cuando lo hagamos. Disponemos de todo un mes. Cuando este mes termine, lo mejor será largarse a toda prisa de Utah.

—¡Irnos de Utah!

—En eso pienso.

—Pero ¿y la granja?

—Conseguiremos todo el dinero que podamos, y renunciaremos al resto. A decir verdad, Lucy, no es la primera vez que me planteo hacerlo. No me gusta someterme a ningún hombre, como se somete esa gente a su maldito Profeta. He nacido americano libre, y todo esto es nuevo para mí. Supongo que soy demasiado viejo para aprender. Si ese tipo viene a merodear por los alrededores de la granja, se arriesga a encontrarse con una carga de perdigones que viaje en dirección opuesta.

—Pero no permitirán que nos vayamos —objetó la hija.

—Espera a que llegue Jefferson, y enseguida lo arreglaremos. Entretanto, no te preocupes, cariño, y que no se te hinchen los ojos de llorar, no sea que cuando él te vea me eche las culpas a mí. No hay motivo para sentirse asustado, no hay peligro alguno.

John Ferrier hizo esos consoladores comentarios en tono confiado, pero Lucy no pudo dejar de advertir que aquella noche ponía una atención especial al cerrar las puertas, y que limpiaba y cargaba cuidadosamente la vieja escopeta oxidada que colgaba de la pared de su dormitorio.

## HUYENDO PARA SALVAR LA VIDA

La mañana que siguió a su entrevista con el Profeta, John Ferrier fue a Salt Lake City y, tras encontrar a un conocido que se dirigía a las montañas de Nevada, le entregó un mensaje para Jefferson Hope. En él comunicaba al joven el inminente peligro que les amenazaba y lo indispensable que era su regreso. Hecho lo cual, se sintió menos inquieto y volvió a casa en mejor estado de ánimo.

Al acercarse a su granja, le sorprendió ver sendos caballos atados a los dos postes de la entrada. Todavía se sorprendió más cuando se encontró, al entrar en la casa, con que dos jóvenes habían tomado posesión de su sala. Uno de ellos, de cara larga y pálida, estaba recostado en la mecedora, con los pies encima de la estufa. El otro, un tipo de cuello de toro y facciones toscas y abotargabas, permanecía en pie delante de la ventana, con las manos hundidas en los bolsillos y silbando un himno muy popular. Ambos saludaron a Ferrier con una inclinación de cabeza, y el de la mecedora inició la conversación.

—Quizá usted no nos conozca —dijo—. Él es hijo del Anciano Drebber, y yo soy Joseph Stangerson, que viajó con ustedes por el desierto cuando el Señor alargó su mano y los acogió en el auténtico redil.

—Como lo hará a su debido tiempo con todas las naciones —añadió el otro con voz nasal—. El Señor muele despacio, pero muy fino.

John Ferrier se inclinó con frialdad. Había adivinado quiénes eran sus visitantes.

—Hemos venido —prosiguió Stangerson—, por consejo de nuestros padres, para solicitar la mano de su hija para aquel de nosotros dos que a usted y a ella les parezca mejor. Como yo solo poseo cuatro esposas y el hermano Drebber siete, creo que mi solicitud tiene prioridad.

—¡Nanay, hermano Stangerson! —gritó el otro—. La cuestión no es cuántas mujeres tenemos, sino cuántas mujeres podemos mantener. Mi padre me acaba de ceder sus molinos, y soy el más rico de los dos.

—Pero mi futuro es mejor —dijo el otro acaloradamente—. Cuando el Señor se lleve a mi padre, serán mías su curtiduría y su factoría de artículos de cuero. Además soy mayor que tú, y ocupo un puesto más elevado en la Iglesia.

—Es la chica quien tiene que decidir —replicó el joven Drebber, sonriendo a su propia imagen reflejada en el cristal—. Dejaremos en sus manos la elección.

Durante todo este diálogo, John Ferrier había permanecido furioso en el umbral, conteniéndose a duras penas para no descargar su fusta sobre las espaldas de sus dos visitantes.

—Oídme bien —dijo por fin, avanzando hacia ellos—. Cuando mi hija os invite,

podéis venir a esta casa, pero hasta entonces no quiero volver a ver vuestras caras.

Los dos jóvenes mormones le miraron atónitos. A sus ojos, esa competición entre ellos por la mano de la muchacha representaba el máximo honor, tanto para ella como para su padre.

—La habitación tiene dos salidas —gritó Ferrier—: la puerta y la ventana. ¿Cuál preferís?

Su oscuro rostro tenía un aspecto tan furioso y sus enjutas manos un gesto tan amenazador, que los dos visitantes se levantaron de un salto y se batieron a toda prisa en retirada. El viejo granjero los siguió hasta la puerta.

—Cuando hayáis decidido cuál de los dos va a ser, me lo comunicáis —dijo con sarcasmo.

—¡Pagaré usted esto muy caro! —gritó Stangerson, lívido de ira—. Ha desafiado al Profeta y al Consejo de los Cuatro. Lo lamentará hasta el fin de sus días.

—¡La mano del Señor caerá pesadamente sobre usted! —gritó el joven Drebber—. ¡Él se alzarará y le golpeará!

—Pues entonces yo mismo empezaré con los golpes —exclamó Ferrier furioso.

Y se habría precipitado escalera arriba en busca de su rifle, si Lucy no lo hubiera retenido cogiéndolo por el brazo. Antes de que pudiera liberarse de ella, el ruido de los cascos de los caballos le indicó que los visitantes estaban ya fuera de su alcance.

—¡Jovenzuelos hipócritas y granujas! —exclamó, secándose el sudor de la frente—. Preferiría verte en la tumba, hija mía, que casada con uno de ellos.

—Y yo también, padre —dijo la muchacha con vehemencia—. Pero Jefferson estará pronto aquí.

—Sí. No tardará en llegar. Y cuanto antes mejor, pues no sabemos cuál será la siguiente jugada de estos granujas.

Ya era hora, en efecto, de que alguien capaz de aconsejar y de prestar ayuda acudiera en auxilio del anciano y valeroso granjero y de su hija adoptiva. En toda la historia del asentamiento no se había dado un caso tan flagrante de desobediencia a la autoridad de los Ancianos. Si el menor error era castigado tan severamente, ¿qué suerte le esperaba a este máximo rebelde? Ferrier sabía que su riqueza y su posición no le servirían de nada. Otras personas tan conocidas y tan ricas como él habían desaparecido con anterioridad y sus bienes habían pasado a la Iglesia. Era un hombre valiente, pero temblaba ante los vagos e imprecisos horrores que se cernían sobre él. Podía enfrentarse con ánimo sereno a un peligro conocido, pero aquella incertidumbre le destrozaba los nervios. Sin embargo, ocultó sus temores a su hija, fingiendo no conceder excesiva importancia a la cuestión, aunque la joven, con la clarividencia del amor, se daba perfecta cuenta de su ansiedad.

Ferrier esperaba recibir algún mensaje o reconvención de Young a propósito de su conducta, y no se equivocaba, aunque llegó de modo imprevisto. Al levantarse a la mañana siguiente encontró, para su sorpresa, un pedacito de papel prendido en la colcha de su cama, justo encima de su pecho. En él se leía, en letras grandes y

desmañadas: «Se te conceden veintinueve días para que te enmiendes, y después...».

Los puntos suspensivos inspiraban más miedo que cualquier amenaza. A Ferrier le dejó perplejo que esta advertencia hubiera podido llegar hasta su habitación, pues sus criados dormían en una dependencia fuera de la casa, y las puertas y ventanas estaban bien cerradas. Estrujó el papel y no le dijo nada a su hija, pero el incidente le heló el corazón. Los veintinueve días eran obviamente lo que restaba del mes que Young le había concedido. ¿De qué servían la fortaleza y el valor ante un enemigo armado de tan misteriosos poderes? La mano que había prendido el papel hubiera podido atravesarle el corazón, sin que él llegara a saber nunca quién lo había asesinado.

Mayor fue su sobresalto a la mañana siguiente. Se habían sentado a desayunar, cuando Lucy lanzó un grito de asombro y señaló hacia arriba. En medio del techo alguien había garrapateado, quizá con el extremo de un tizón, el número veintiocho. Para su hija aquello resultaba ininteligible, y él no se lo aclaró. Durante la noche permaneció levantado y montó guardia con su escopeta. No vio ni oyó nada, y, no obstante, por la mañana habían pintado un gran número veintisiete sobre la puerta de la casa.

Así fueron pasando los días, y con la misma certeza con que amanece todas las mañanas comprobó que sus invisibles enemigos llevaban la cuenta e iban anotando en algún sitio bien visible cuántos días le quedaban del mes de gracia. A veces los fatídicos números aparecían en las paredes, a veces en el suelo, en ocasiones en pequeños carteles fijados en la puerta del jardín o en la valla. Pese a su vigilancia, Ferrier no logró descubrir el origen de estos avisos diarios. Al verlos se adueñaba de él un horror casi supersticioso. Estaba cada vez más ojeroso e inquieto, y sus ojos adquirieron la ansiosa mirada de un animal acorralado. Solo le quedaba una esperanza, y era la llegada del joven cazador desde Nevada.

El veinte se transformó en quince, y el quince en diez, pero no había noticias del ausente. Uno tras otro fueron descendiendo los números, y seguía sin dar señales de vida. Cada vez que se oía el paso de un jinete o que un cochero azuzaba a sus caballos, el viejo granjero corría a la puerta, creyendo que por fin le llegaba ayuda. Por último, cuando vio que el cinco daba lugar al cuatro y este daba lugar al tres, se descorazonó y abandonó toda esperanza de escapar. Sin ayuda de nadie y con sus limitados conocimientos de las montañas que rodeaban el asentamiento, sabía que no cabía hacer nada. Los caminos más transitados estaban estrictamente vigilados y controlados, y nadie podía transitar por ellos sin una orden del Consejo. Por muchas vueltas que le diera, no veía modo de escapar al golpe que se cernía sobre su cabeza. Sin embargo, no vaciló un solo instante en su resolución de perder la vida antes que aceptar lo que consideraba la deshonra para su hija.

Un atardecer estaba sentado solo, reflexionando profundamente en sus problemas y buscando en vano una salida. Aquella mañana había aparecido el número dos en la pared de su casa, y el día siguiente sería el último del plazo asignado. ¿Qué sucedería

entonces? Una serie de vagas y terribles fantasías desfilaron por su imaginación. Y su hija..., ¿qué sería de su hija cuando él faltara? ¿No había modo de escapar a la invisible red que iba estrechando el cerco a su alrededor? Dejó caer la cabeza sobre la mesa y sollozó al pensar en su propia impotencia.

¿Qué era aquello? Había oído en medio del silencio de la noche, muy débil pero con toda claridad, un ruido como si alguien arañara suavemente. El sonido procedía de la puerta de la casa. Ferrier salió sigiloso al vestíbulo y escuchó con atención. Hubo una breve pausa, y después se repitió aquel ruido quedo e insidioso. Obviamente alguien daba suaves golpecitos en uno de los paneles de la puerta. ¿Sería un asesino de medianoche que venía a cumplir las criminales órdenes del tribunal secreto? ¿O acaso un agente que estaba notificando la llegada del último día de gracia? John Ferrier sintió que una muerte instantánea sería preferible a esa incertidumbre que le destrozaba los nervios y le paralizaba el corazón. Dio un salto hacia adelante, descorrió el cerrojo y abrió la puerta de par en par.

Fuera reinaban la calma y el silencio. La noche era agradable, y en lo alto centelleaban intensamente las estrellas. Ante los ojos del granjero se extendía el jardincito delantero, cerrado por la valla y la verja de entrada, pero ni allí ni en el camino se veía a nadie. Con un suspiro de alivio, Ferrier miró a derecha e izquierda, hasta que, echando por casualidad una mirada hacia sus propios pies, descubrió con asombro que en el suelo yacía un hombre de bruces, con los brazos y las piernas completamente extendidos.

Aquella visión lo turbó de tal modo que tuvo que apoyarse en la pared, y cubrirse la boca con una mano para contener un grito. Lo primero que pensó fue que se trataba de un hombre herido o moribundo, pero, mientras lo contemplaba, vio que reptaba por el suelo y se deslizaba dentro del vestíbulo con la rapidez y el sigilo de una serpiente. Una vez dentro de la casa, el hombre se levantó de un salto, cerró la puerta, y el asombrado granjero reconoció el rostro audaz y el gesto decidido de Jefferson Hope.

—¡Dios mío! —dijo John Ferrier con voz entrecortada—. ¡Qué susto me has dado! ¿Por qué has entrado así?

—Deme algo de comer —dijo el otro con voz ahogada—. En las últimas ochenta y cuatro horas no he tenido tiempo de echar un bocado ni beber nada.

Se precipitó sobre la carne fría y el pan que habían quedado encima de la mesa después de la cena, y los devoró con avidez.

—¿Resiste bien Lucy esta situación? —preguntó, una vez saciado su apetito.

—Sí. Ignora el peligro que corremos —respondió su padre.

—Mejor así. La casa está vigilada por todas partes. He tenido que reptar hasta aquí. Puede que sean condenadamente listos, pero no lo bastante para atrapar a un indio washoe.

Ahora que contaba con un fiel aliado, John Ferrier se sintió otro hombre. Cogió la curtida mano del joven y la estrechó efusivamente.

—Eres un hombre de quien se puede estar orgulloso —le dijo—. Pocos habrían venido a compartir nuestros peligros y nuestros problemas.

—Verá usted, amigo —respondió el joven cazador—. Yo le tengo a usted un respeto, pero, si estuviera usted solo en ese lío, me lo pensaría muy mucho antes de meterme en este avispero. Es Lucy la que me trae aquí y, antes de que a ella le pase algo malo, habrá en Utah un Hope menos.

—¿Qué vamos a hacer?

—Mañana es su último día, y si no hacen algo esta noche, están perdidos. Hay una mula y dos caballos esperándonos en el barranco del Águila. ¿De cuánto dinero dispone usted?

—Dos mil dólares en oro y cinco mil en billetes.

—Bastará. Yo tengo otro tanto. Debemos ir a toda prisa a Carson City, pasando a través de las montañas. Mejor que despierte a Lucy. Y menos mal que los criados no duermen dentro de la casa.

Mientras Ferrier estuvo ausente, preparando a su hija para el inminente viaje, Jefferson Hope metió todos los víveres que pudo encontrar en un paquete, y llenó de agua un cántaro, pues sabía por experiencia que en las montañas los manantiales son escasos y están distantes entre sí. Apenas había concluido estos preparativos, cuando regresó el granjero con su hija, vestida y a punto para la marcha. El saludo entre los enamorados fue cariñoso, pero breve, pues cada minuto era precioso y restaba mucho por hacer.

—Tenemos que irnos enseguida —dijo Jefferson Hope, en el tono bajo pero resuelto de alguien que ha calibrado la gravedad del peligro y ha decidido afrontarlo—. Las entradas de delante y de detrás están vigiladas, pero, si nos movemos con cautela, podemos escapar por la ventana lateral y correr a campo traviesa. Una vez en la carretera, estaremos solo a dos millas de la cañada donde nos esperan los caballos. Al amanecer nos encontraremos a medio camino, en plena montaña.

—¿Y si nos cortan el paso? —preguntó Ferrier.

Hope dio una palmadita en la culata del revólver que sobresalía de la parte delantera de su camisa.

—Si son demasiados para nosotros, nos llevaremos a dos o tres por compañía —dijo con una sonrisa siniestra.

Habían apagado todas las luces del interior de la casa, y desde la ventana en sombras Ferrier vislumbraba los campos que habían sido suyos y que iba a abandonar para siempre. Sin embargo, llevaba mucho tiempo preparándose para el sacrificio, y la honra y la felicidad de su hija le importaban mucho más que las riquezas perdidas. Parecía todo tan tranquilo y tan feliz, los susurrantes árboles y los vastos y silenciosos trigales, que era difícil cobrar conciencia de que por doquier acechaba la muerte. Pero la palidez y la grave expresión del joven cazador atestiguaban que, al acercarse a la casa, había visto lo suficiente para estar convencido de ello.

Ferrier llevaba la bolsa con el oro y el dinero, Jefferson Hope cargaba con las

escasas provisiones y con el agua, en tanto que Lucy había reunido en un hatillo sus pertenencias más preciadas. Abrieron la ventana despacio y con mucho cuidado, esperaron a que una nube oscura ensombreciera la noche, y uno a uno se deslizaron por la ventana al pequeño jardín. Conteniendo el aliento y agachados, lo recorrieron a trompicones y se refugiaron al amparo del seto, que fueron rodeando hasta encontrar una apertura que daba al trigal. Justo al llegar a este punto, el joven agarró a sus dos acompañantes y los arrastró a la sombra, donde permanecieron silenciosos y temblando.

Era una suerte que el adiestramiento en sus praderas le hubiera proporcionado a Jefferson Hope el oído de un lince. Acababan de agazaparse él y sus amigos, cuando se oyó a pocas yardas el melancólico aullido de un búho, que fue inmediatamente contestado por otro muy próximo. En ese momento emergió del claro hacia el que se dirigían una figura vaga y difusa, y repitió el lastimero grito que les servía de señal. Y un segundo hombre surgió de las sombras.

—Mañana a medianoche —dijo el primero, que parecía estar al mando—. Cuando el chotacabras grite tres veces.

—De acuerdo —asintió el otro—. ¿Tengo que decírselo al hermano Drebber?

—Comunicáselo a él y que él lo comunique a los demás. ¡Nueve a siete!

—¡Siete a cinco! —respondió el otro.

Y las dos figuras se separaron en distintas direcciones. Sus últimas palabras habían sido, obviamente, una especie de seña y contraseña. En cuanto sus pasos se desvanecieron en la lejanía, Jefferson Hope se levantó de un salto y, tras ayudar a sus compañeros a pasar por el hueco que había en el seto, los guió a toda prisa a través de los campos, sosteniendo y casi cargando con la muchacha cuando parecían fallarle las fuerzas.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! —decía de vez en cuando con voz sofocada—. Estamos cruzando la línea de centinelas. Todo depende de nuestra rapidez. ¡Deprisa!

Una vez en la carretera, avanzaron con facilidad. Solo en una ocasión se encontraron con alguien, y consiguieron refugiarse en un trigal y evitar que los reconocieran. Antes de llegar a la ciudad, el cazador se desvió por una senda estrecha y escarpada que conducía a las montañas. Dos negras cumbres dentadas surgieron ante ellos en medio de la oscuridad, y el desfiladero que cruzaba entre las dos era el barranco del Águila, donde les esperaban los caballos. Guiado por su certero instinto, Jefferson Hope se abrió camino entre los grandes peñascos y a lo largo de los cauces secos de los ríos, hasta llegar al rincón apartado, protegido por rocas, donde estaban atados los fieles animales. La chica montó en la mula, y el viejo Ferrier, con la bolsa de dinero, en uno de los caballos, mientras Jefferson Hope conducía al otro por un sendero escarpado y peligroso.

Era un camino desconcertante para quien no estuviera habituado a enfrentarse a la naturaleza en sus aspectos más agrestes. A un lado se erguía un enorme risco de más de mil pies de altura, negro, severo y amenazador, cuya rugosa superficie estaba

cubierta de largas columnas basálticas, como costillas de un monstruo petrificado. Al otro lado, un delirante caos de enormes pedruscos y detritus impedía el paso. Entre ambos discurría el irregular sendero, tan estrecho en algunos puntos que había que avanzar en fila india, y tan accidentado que solo un jinete muy experto podría pasar por él. No obstante, a pesar de todos los peligros y dificultades, los fugitivos sentían el corazón ligero, pues cada paso aumentaba la distancia entre ellos y el terrible despotismo del que venían huyendo.

Pronto, sin embargo, tuvieron una prueba de que no habían abandonado todavía la jurisdicción de los Santos. Cuando ya habían alcanzado la zona más agreste y desolada del paso, la muchacha dio un grito de sobresalto y señaló hacia arriba. Sobre una roca que dominaba todo el paraje destacaba claramente contra el cielo la figura de un centinela solitario. Los vio en el mismo instante en que ellos lo descubrían a él, y su enérgico y marcial «¿quién vive?» resonó en el silencioso barranco.

—Viajeros a Nevada —dijo Jefferson Hope, con una mano en el rifle que colgaba de la montura.

Pudieron ver que el solitario vigilante mantenía el dedo puesto en el gatillo de la pistola, y los escudriñaba desde las alturas, como si la respuesta no le satisficiera.

—¿Con permiso de quién? —preguntó.

—De los Cuatro Santos —respondió Ferrier.

Su experiencia con los mormones le había enseñado que era esta la máxima autoridad a la que podía remitirse.

—Nueve a siete —gritó el centinela.

—Siete a cinco —respondió Jefferson Hope de inmediato, recordando la contraseña que había oído en el jardín.

—Adelante y que el Señor os acompañe —dijo la voz desde arriba.

A partir de este puesto de guardia el sendero se ensanchaba, y los caballos pudieron empezar a trotar. Al mirar hacia atrás vislumbraron al solitario vigía apoyado en su fusil, y comprendieron que habían dejado atrás el último puesto del pueblo elegido y que ante ellos les esperaba la libertad.



## LOS ÁNGELES VENGADORES

A lo largo de toda la noche recorrieron intrincados desfiladeros y senderos desiguales sembrados de rocas. Más de una vez se extraviaron, pero el profundo conocimiento que Hope tenía de las montañas les permitió volver a encontrar el camino. Al amanecer se extendía ante ellos un paisaje de belleza maravillosa aunque salvaje. Estaban rodeados en todas direcciones por altas cumbres cubiertas de nieve, que parecían empinarse una por encima de otra hacia el lejano horizonte. Las pendientes eran tan escarpadas a ambos lados que los alerces y los pinos parecían suspendidos sobre sus cabezas, como si bastara una ráfaga de viento para derribarlos estrepitosamente encima de ellos. Y no se trataba de un temor totalmente ilusorio, pues el árido valle estaba densamente salpicado de árboles y peñascos que habían caído de modo similar. Cuando ellos pasaban, una roca rodó pendiente abajo con gran estrépito, y despertó ecos en los silenciosos cañones y asustó a los fatigados caballos, que se lanzaron al galope.

A medida que el sol se alzaba despacio por encima del horizonte del este, los casquetes de las grandes montañas se iluminaron uno tras otro, como los faroles de una fiesta, hasta estar todos arrebolados y resplandecientes. La magnificencia del espectáculo alegró los corazones de los tres fugitivos y les dio nuevas energías. Al llegar a un impetuoso torrente que se deslizaba por un barranco, hicieron un alto y dieron de beber a los caballos, mientras ellos compartían un apresurado desayuno. Lucy y su padre hubieran querido quedarse un poco más, pero Jefferson Hope fue inexorable.

—A estas horas ya estarán tras nuestras huellas —dijo—. Todo depende de nuestra rapidez. Una vez a salvo en Carson, podremos descansar durante el resto de nuestras vidas.

A lo largo de todo el día se abrieron paso penosamente a través de desfiladeros, y al anochecer calcularon que estaban a más de treinta millas de sus enemigos. Para pasar la noche eligieron la base de un risco cuyas rocas les ofrecían cierta protección contra el gélido viento, y allí, apiñados para darse calor, disfrutaron unas pocas horas de sueño. Antes del amanecer, sin embargo, ya estaban en pie y se ponían de nuevo en camino. No habían visto signo alguno de sus perseguidores, y Jefferson Hope empezó a pensar que estaban fuera del alcance de la terrible organización en cuyas iras habían incurrido. No imaginaba lo lejos que podían llegar sus garras de hierro ni lo pronto que iban a cerrarse sobre ellos y aplastarlos.

Hacia la mitad del segundo día de su huida empezaron a acabarse las escasas provisiones. Sin embargo, eso no inquietó demasiado al cazador, ya que en aquellas

montañas abundaba la caza y en el pasado había tenido que depender a menudo de su rifle para procurarse alimento. Eligió un rincón protegido, amontonó unas ramas secas y encendió un buen fuego para que sus compañeros pudieran calentarse, pues se hallaban a casi cinco mil pies sobre el nivel del mar y el aire era cortante y glacial. Después de atar los caballos y despedirse de Lucy, se echó el rifle al hombro y salió en busca de lo que se cruzara en su camino. Al mirar hacia atrás, vio al anciano y a la muchacha inclinados sobre la brillante hoguera, y a los tres animales inmóviles al fondo. Después se interpusieron unas rocas y los ocultaron a su vista.

Anduvo un par de millas, pasando sin éxito de un barranco a otro, aunque, por las marcas que había en la corteza de los árboles y por otros indicios, dedujo que abundaban los osos por los alrededores. Por último, tras dos o tres horas de búsqueda infructuosa, pensaba ya, desesperanzado, en volver atrás, cuando, al mirar hacia arriba, vio algo que le llenó de alegría. A trescientos o cuatrocientos pies por encima de él, en el borde de un saliente, había un animal que tenía la apariencia de una oveja, pero que iba armado con un par de enormes cuernos. El cuernos-grandes, o carnero de las Rocosas, pues así se llama, montaba seguramente guardia para una manada invisible al cazador, pero por fortuna estaba apostado en dirección contraria y no había advertido la presencia de Hope. Este se tumbó de bruces, apoyó el rifle en una roca y apuntó con firmeza un buen rato antes de oprimir el gatillo. El animal dio un salto, se tambaleó un instante al borde del precipicio y cayó con estrépito a la hondonada.

Era demasiado pesado para cargar con él, de modo que el cazador se contentó con cortar una pata y parte del lomo. Con este trofeo al hombro, se apresuró a volver sobre sus pasos, porque empezaba a anochecer. Sin embargo, en cuanto se puso en camino advirtió la dificultad a que se enfrentaba. Llevado de su afán por encontrar una presa, se había alejado bastante de los parajes que conocía, y no resultaba fácil identificar el sendero por el que había venido. El valle donde se encontraba se dividía y subdividía en varias cañadas, tan parecidas unas a otras que era imposible distinguirlas. Siguió una de ellas a lo largo de una milla o más hasta llegar a un torrente de montaña que estaba seguro de no haber visto nunca. Convencido de haber tomado el camino equivocado, intentó otro, pero con el mismo resultado. La noche se echaba rápidamente encima, y casi reinaba la oscuridad cuando se encontró por fin en un desfiladero que le era familiar. Ni siquiera entonces le resultó fácil seguir la ruta correcta, porque todavía no había salido la luna y los altos riscos que había a ambos lados hacían más profundas las sombras. Abrumado por su carga y exhausto por el esfuerzo, avanzó a trompicones, infundiéndose ánimos al pensar que cada paso le acercaba más a Lucy y que llevaba comida suficiente para el resto del viaje.

Había llegado a la boca del desfiladero donde había dejado a sus compañeros. Incluso en la oscuridad podía reconocer el perfil de los peñascos que lo rodeaban. Pensó que debían de esperarle ansiosos, porque había permanecido ausente casi cinco horas. Estaba tan alegre que se colocó las manos alrededor de la boca e hizo resonar

en toda la cañada el grito clamoroso con que anunciaba su regreso. Se detuvo y esperó una respuesta. No llegó ninguna, solo su propio grito, que ascendió por los sombríos y silenciosos barrancos, y tornó a sus oídos en ecos innumerables. Gritó de nuevo, con más fuerza incluso que antes, y de nuevo no le llegó ni un leve murmullo de los amigos a los que había dejado hacía tan poco tiempo. Un pavor vago y sin nombre se apoderó de él, y echó a correr frenéticamente hacia delante, dejando caer, en su agitación, el precioso alimento.

Al doblar un recodo, apareció ante sus ojos el lugar donde había encendido el fuego. Todavía quedaba un brillante montón de ascuas, que evidentemente no había avivado nadie desde su partida. A su alrededor reinaba el mismo silencio mortal. Con sus temores trocados en certezas, aceleró el paso. Cerca de los restos de la hoguera no se veía ningún ser viviente: los animales, el hombre, la muchacha, todo había desaparecido. Era evidente que un repentino y terrible desastre había tenido lugar durante su ausencia, un desastre que los había alcanzado a todos ellos, pero que, sin embargo, no había dejado rastro.

Atónito y anonadado por el golpe, Jefferson Hope sintió que le daba vueltas la cabeza y tuvo que apoyarse en su rifle para no caer. Era, no obstante, esencialmente un hombre de acción, y se recuperó enseguida de su transitoria impotencia. Cogió un leño medio consumido de la humeante hoguera, sopló hasta hacer brotar la llama y procedió a examinar con su ayuda el pequeño campamento. El suelo estaba pisoteado por cascos de caballos, prueba de que un nutrido grupo de jinetes había alcanzado a los fugitivos, y la dirección de las huellas demostraba que después habían regresado a Salt Lake City. ¿Se habrían llevado a sus dos compañeros consigo? Jefferson Hope estaba casi convencido de que eso era lo que había ocurrido, cuando su mirada cayó en un objeto que le trastornó hasta lo más profundo de su ser. No muy lejos, a un lado del campamento, había un montículo de tierra rojiza, que indudablemente no estaba allí antes. Solo podía tratarse de una tumba recién excavada. El joven cazador advirtió, al aproximarse, que habían clavado en ella una estaca, con un pedazo de papel sujeto en la horquilla del extremo. La inscripción del papel era breve, pero elocuente.

John Ferrier, otrora ciudadano de Salt Lake City, murió el 4 de agosto de 1860.

Así pues, el animoso anciano, del que hacía tan poco se había separado, estaba ahora muerto, y ese era todo su epitafio. Jefferson Hope miró frenético a su alrededor, para ver si había una segunda tumba, pero no había rastro de ella. A Lucy se la habían llevado sus terribles perseguidores en su camino de regreso, para que cumpliera su destino inicial: convertirse en una de las mujeres del harén del hijo de un Anciano. Cuando el joven tuvo la certeza del destino de la muchacha y de su propia impotencia para impedirlo, deseó yacer junto al anciano granjero en su última silenciosa morada.

De nuevo, no obstante, su espíritu activo se sacudió el letargo producto de la

desesperación. Si ya no le quedaba nada, al menos podía dedicar su vida a la venganza. Además de una paciencia y una perseverancia indomeñables, Jefferson Hope poseía una capacidad para persistir en el furor reivindicativo que tal vez había aprendido de los indios entre los que vivió. En pie junto a la hoguera desolada, comprendió que lo único que podía mitigar su dolor era una plena y total represalia, llevada a cabo por sus propias manos contra sus enemigos. Decidió que su férrea voluntad y su infatigable energía se destinarían a este único fin. Con rostro adusto y pálido, volvió sobre sus pasos hasta el punto donde había dejado caer la carne, y, tras avivar el humeante fuego, asó la suficiente para alimentarse varios días. La envolvió luego en un hato y, a pesar de su cansancio, emprendió el camino de regreso por las montañas, siguiendo las huellas de los Ángeles Vengadores.

Caminó penosamente durante cinco días, con los pies hinchados y muerto de fatiga, por los desfiladeros que antes había atravesado a caballo. De noche se tumbaba entre las rocas y dormía unas pocas horas, pero antes de que amaneciera ya estaba de nuevo en camino. Al sexto día llegó al barranco del Águila, de donde partió su malograda fuga. Desde allí podía contemplar el hogar de los Santos. Agotado y exhausto, se apoyó en su rifle y amenazó con un gesto de su enjuta mano a la silenciosa ciudad que se extendía a sus pies. Mientras la miraba, observó que había banderas y otras señales festivas en algunas de las calles principales. Estaba haciendo conjeturas sobre lo que aquello podía significar, cuando oyó sonar cascos de caballo y vio que un jinete cabalgaba hacia él. Mientras se acercaba, reconoció en él a un mormón llamado Cowper, al que había hecho favores en varias ocasiones. Lo abordó, pues, a fin de averiguar cuál había sido la suerte de Lucy Ferrier.

—Soy Jefferson Hope —le dijo—. Seguro que me recuerda.

El mormón le miró sin ocultar su asombro. Realmente era difícil reconocer en aquel caminante andrajoso y desgredado, de rostro mortalmente pálido y ojos feroces y desorbitados, al pulcro y joven cazador de otros tiempos. Sin embargo, cuando se convenció de su identidad, la sorpresa del hombre se trocó en consternación.

—¡Está usted loco viniendo aquí! —gritó—. Y mi vida no vale más que la suya si nos ven juntos. Los Cuatro Santos han dictado una orden de arresto contra usted por ayudar a huir a los Ferrier.

—No les tengo miedo, ni a ellos ni a su orden de arresto —dijo Hope con convicción—. Usted debe saber algo de este asunto, Cowper. Le conmino por lo que más quiera en este mundo a que conteste a unas preguntas. Nosotros dos fuimos siempre amigos. Por el amor de Dios, no se niegue a responderme.

—¿Qué quiere saber? —preguntó el mormón, incómodo—. Dese prisa. Las rocas tienen oídos, y los árboles, ojos.

—¿Qué ha sido de Lucy Ferrier?

—Se casó ayer con el joven Drebber. Ánimo, hombre, ánimo. Parece haberse quedado usted sin sangre en las venas.

—No se preocupe por mí —dijo Hope con voz tenue. Estaba mortalmente pálido,

y se había dejado caer al pie del peñasco en que se apoyaba—. ¿Dice que se ha casado?

—Se casó ayer. Por eso ondean banderas en la Casa Fundacional. Hubo palabras entre el joven Drebbler y el joven Stangerson sobre cuál de los dos se quedaría con ella. Ambos habían participado en el grupo que les dio caza, y Stangerson le había pegado un tiro al padre, lo cual parecía darle más derecho, pero, cuando hubo una reunión en el Consejo, los partidarios de Drebbler fueron más fuertes, de modo que el Profeta se la entregó a él. Aunque dentro de poco no será de nadie, porque ayer vi la muerte en su rostro. Parece ya más un fantasma que una mujer. ¿Se marcha usted?

—Sí, me voy —dijo Jefferson Hope.

Se había puesto en pie. Su rostro tenía una expresión tan dura y firme, que se hubiera dicho cincelado en mármol, mientras brillaba en sus ojos un ardor salvaje.

—¿Adónde va?

—No se preocupe.

Se colgó el arma al hombro, descendió por el desfiladero y se adentró en el corazón de las montañas, donde tienen su guarida las fieras. Y ninguna de ellas era tan feroz y peligrosa como el propio Jefferson Hope.

La predicción del mormón se cumplió muy pronto. Ya fuera por la terrible muerte de su padre o por efecto del odioso matrimonio a que se había visto forzada, la pobre Lucy no volvió a levantar cabeza, se consumió de pena y murió antes de un mes. Su embrutecido marido, que se había casado ante todo con ella para apoderarse de los bienes de John Ferrier, no demostró demasiado pesar por la pérdida, pero sus otras esposas la lloraron y la velaron la noche anterior al entierro, como es costumbre entre los mormones. Estaban agrupadas en torno al ataúd a primeras horas de la madrugada, cuando, ante su indecible temor y asombro, se abrió de golpe la puerta, y un hombre de aspecto salvaje, curtido por la intemperie y con la ropa hecha jirones, se precipitó en la habitación. Sin dirigir una mirada ni una palabra a las atemorizadas mujeres, se acercó a la blanca y silenciosa figura que había contenido el puro espíritu de Lucy Ferrier. Se inclinó sobre ella, posó sus labios con veneración en su fría frente y, cogiéndole la mano, le quitó del dedo el anillo de boda.

—No la enterrarán con esto —gruñó ferozmente.

Y, antes de que nadie pudiera dar la alarma, bajó a saltos la escalera y desapareció. Tan extraño y breve había sido el episodio que a las mujeres que lo presenciaron les hubiera sido difícil creerlo o persuadir a otros de su realidad, a no ser por el hecho incuestionable de que el aro de oro que atestiguaba la condición de casada de Lucy había desaparecido.

Durante unos meses Jefferson Hope permaneció en las montañas, llevando una vida extraña y salvaje, y alimentando en su corazón el ardiente deseo de venganza que lo poseía. Corrieron rumores por la ciudad acerca de una misteriosa figura que merodeaba por los suburbios y rondaba por los solitarios desfiladeros de las montañas. En cierta ocasión, una bala entró silbando por la ventana de Stangerson y

fue a incrustarse en la pared, a menos de un pie de donde él estaba. En otra, cuando Drebber pasaba por debajo de un risco, le cayó encima un peñasco, y solo escapó a una terrible muerte echándose de bruces en el suelo. Los dos jóvenes mormones no tardaron en adivinar la razón de estos atentados contra sus vidas, y encabezaron reiteradas expediciones a las montañas con la esperanza de capturar o dar muerte a su enemigo, pero siempre sin éxito. Entonces adoptaron la precaución de no salir nunca solos ni después de anochecer, y de proteger sus casas. Transcurrido un tiempo, pudieron disminuir estas precauciones, porque nadie volvió a ver a su adversario ni a oír hablar de él, y confiaron en que el tiempo habría aplacado sus ansias de venganza.

Lejos de esto, el tiempo no hizo otra cosa que acrecentarlas. El cazador tenía un carácter duro e inflexible, y la predominante idea de venganza se había adueñado tan por entero de su mente que no restaba lugar para ninguna otra emoción. Era, no obstante, por encima de todo, un hombre práctico. Pronto constató que ni siquiera su constitución de hierro podía soportar la incesante tensión a la que estaba sometido. La vida a la intemperie y la falta de comida sana le estaban consumiendo. Si moría como un perro en las montañas, ¿en qué quedaría su venganza? Y sin duda esta era la muerte que le aguardaba si persistía en su empeño. Comprendió que sería hacerles el juego a sus enemigos, de modo que regresó de mala gana a las viejas minas de Nevada, para recuperar allí la salud y reunir dinero suficiente para perseguir su objetivo sin pasar privaciones.

Su intención había sido permanecer ausente a lo sumo un año, pero un cúmulo de circunstancias imprevistas le retuvo en las minas casi cinco. No obstante, transcurrido este tiempo, el recuerdo del daño sufrido y su ardiente deseo de venganza eran tan intensos como la noche memorable en que estuvo junto a la tumba de John Ferrier. Disfrazado, y bajo un nombre supuesto, regresó a Salt Lake City, sin preocuparle qué sería de su propia vida, con tal de conseguir lo que consideraba hacer justicia. Allí le aguardaban malas noticias. Unos meses antes se había producido un cisma en el Pueblo Elegido. Algunos de los miembros más jóvenes de la Iglesia se habían rebelado contra la autoridad de los Ancianos, y el resultado había sido la secesión de cierto número de descontentos, que habían abandonado Utah y se habían convertido en gentiles. Entre ellos figuraban Drebber y Stangerson, y nadie sabía adónde habían ido. Corrían rumores de que Drebber se las había ingeniado para convertir en dinero gran parte de sus bienes y que al marcharse era un hombre rico, mientras que su compañero, Stangerson, era pobre en comparación. No existía, sin embargo, ninguna pista sobre su paradero.

Muchos hombres, aun siendo vengativos, hubieran abandonado sus propósitos justicieros ante tamaña dificultad, pero Jefferson Hope no desfalleció un solo instante. Con el poco dinero que había reunido, complementado con los empleos que pudo encontrar, viajó de ciudad en ciudad por Estados Unidos, en busca de sus enemigos. Pasó un año tras otro, su cabello negro encaneció, pero él siguió adelante, cual un sabueso humano, con toda el alma puesta en el único objetivo al que había

consagrado su vida entera. Finalmente su perseverancia se vio recompensada. Fue tan solo la fugaz visión de un rostro en una ventana, pero bastó para que supiera que en Cleveland, Ohio, estaban los hombres a los que perseguía. Regresó a su mísero alojamiento con su plan de venganza perfectamente trazado. Ocurrió, sin embargo, que Drebbler, al mirar por la ventana, había reconocido al vagabundo que vio en la calle, y había leído la palabra muerte en sus ojos. Se apresuró a acudir ante un juez de paz, acompañado por Stangerson, que se había convertido en su secretario, y le aseguró que sus vidas corrían peligro a causa de los celos y el odio de un antiguo rival. Aquella misma noche fue detenido Jefferson Hope y, como no pudo depositar fianza, estuvo en la cárcel varias semanas. Cuando finalmente fue puesto en libertad, se encontró con que la casa de Drebbler estaba deshabitada, y con que este y su secretario se habían marchado a Europa.

Una vez más el vengador había fracasado, y una vez más su odio concentrado le impulsó a proseguir la persecución. Sin embargo, sus fondos se habían agotado, y durante algún tiempo tuvo que volver a trabajar, ahorrando hasta el último dólar para el próximo viaje. Finalmente, cuando tuvo lo suficiente para subsistir, partió hacia Europa, y siguió el rastro de sus enemigos de ciudad en ciudad, trabajando en cualquier cosa, pero sin alcanzar nunca a los fugitivos. Cuando llegó a San Petersburgo, habían partido hacia París, y cuando los siguió hasta allí, se enteró de que acababan de emprender viaje a Copenhague. Llegó una vez más a la capital danesa con unos días de retraso, porque se habían ido a Londres, donde por fin logró dar con ellos. En cuanto a lo que allí sucedió, lo mejor será reproducir el relato del viejo cazador, tal como consta en el diario del doctor Watson, al que expresamos nuestra profunda gratitud.

CONTINUACIÓN DE LAS MEMORIAS  
DE JOHN H. WATSON, DOCTOR EN MEDICINA

La furiosa resistencia de nuestro prisionero no parecía indicar ninguna animadversión personal hacia nosotros, pues, al verse ya impotente, sonrió con afabilidad y expresó su esperanza de no habernos lesionado en el curso de la pelea.

—Supongo que van a llevarme a la comisaría —le comentó a Sherlock Holmes—. Mi coche está en la puerta. Si me desatan las piernas, bajaré hasta él por mi propio pie. Ya no soy tan ligero como antes para que carguen conmigo.

Gregson y Lestrade intercambiaron una mirada, como si pensaran que la propuesta era una temeridad, pero Holmes aceptó de inmediato la palabra del prisionero y soltó la toalla que le había atado alrededor de los tobillos. Hope se levantó y estiró las piernas, como para asegurarse de que las tenía de nuevo libres. Recuerdo que pensé, mientras le miraba, que en pocas ocasiones había visto a un hombre de constitución tan poderosa, y que su bronceado rostro tenía una expresión resuelta y enérgica tan formidable como su fortaleza física.

—Si queda vacante una plaza de jefe de policía, creo que es usted el hombre adecuado para ocuparla —dijo, mirando con franca admiración a mi compañero de alojamiento—. El modo en que me ha seguido la pista es asombroso.

—Será mejor que me acompañen —les dijo Holmes a los dos detectives.

—Yo puedo conducir —dijo Lestrade.

—Muy bien. Y Gregson puede ir conmigo en el interior. Usted también, doctor. Se ha interesado en el caso, y puede unirse a nosotros.

Asentí encantado, y bajamos todos juntos. Nuestro prisionero no hizo ningún intento de fuga. Subió con toda calma al coche que había sido suyo, y nosotros le seguimos. Lestrade se encaramó al pescante, fustigó al caballo y nos llevó en muy poco rato a nuestro destino. Nos hicieron pasar a una salita, donde un inspector de policía anotó el nombre del preso y los nombres de los hombres de cuyo asesinato se le acusaba. El funcionario era un tipo pálido e impassible, que desempeñaba sus funciones de modo mecánico y rutinario.

—El preso comparecerá ante los magistrados en el curso de esta semana —dijo—. Entretanto, señor Jefferson, ¿desea hacer usted alguna declaración? Debo advertirle que se tomará nota de sus palabras y que podrán ser utilizadas en su contra.

—Tengo muchísimo que decir —afirmó nuestro prisionero pausadamente—. Quiero, caballeros, contarles todo lo relativo al caso.

—¿No sería mejor que lo reservara para el proceso? —preguntó el inspector.

—Quizá no haya ningún proceso —respondió—. No ponga esa cara de estupor.



No estoy pensando en el suicidio. ¿Es usted médico?

Mientras formulaba esta última pregunta volvió hacia mí sus feroces ojos negros.

—Sí lo soy —respondí.

—En tal caso, ponga su mano aquí —dijo con una sonrisa, señalando su pecho con las muñecas esposadas.

Así lo hice, y advertí al instante la palpitación y la conmoción extraordinarias que reinaban en su pecho. Las paredes parecían temblar y estremecerse como lo harían las de un frágil edificio en cuyo interior funcionaba una potente máquina. En el silencio de la habitación, pude percibir un bordoneo y un zumbido sordo que procedían del mismo punto.

—¡Pero si sufre usted un aneurisma aórtico! —exclamé.

—Así lo llaman —dijo con placidez—. La semana pasada fui a ver a un médico, y me dijo que no tardaría muchos días en estallar. Ha ido empeorando con el paso de los años. Lo contraí debido a las muchas noches que pasé a la intemperie y mal alimentado en las montañas de Salt Lake. Ahora he concluido mi tarea, y no me importa el tiempo que me reste, pero no quisiera irme sin dejar testimonio de lo ocurrido. No me gustaría ser recordado como un vulgar asesino.

El inspector y los dos detectives mantuvieron una atropellada discusión sobre la conveniencia de permitirle relatar su historia.

—¿Considera, doctor, que el peligro es inminente? —preguntó el primero.

—Desde luego que lo es —respondí.

—En tal caso es evidentemente nuestro deber, en interés de la justicia, tomarle declaración —dijo el inspector—. Está usted autorizado, señor, a contarnos los hechos, de los que le advierto de nuevo se tomará nota.

—Con su permiso, me sentaré —dijo el preso, uniendo la acción a la palabra—. Mi aneurisma hace que me canse con facilidad, y la pelea que sostuvimos hace media hora no ha mejorado mi estado. Estoy a un paso de la tumba y no pienso mentirles. Todas las palabras que diga serán la pura verdad, y no me importa el uso que hagan de ellas.

Tras estas palabras, Jefferson Hope se recostó en su silla y empezó la sorprendente declaración que sigue. Hablaba de un modo tranquilo y metódico, como si los hechos que narraba no se salieran de lo corriente. Puedo garantizar la exactitud del relato, porque he tenido acceso al cuaderno de notas de Lestrade, donde las palabras del preso fueron anotadas con precisión a medida que las pronunciaba.

—A ustedes no les importa demasiado por qué odiaba yo a estos hombres —dijo—. Les bastará saber que eran culpables de la muerte de dos seres humanos, un padre y su hija, y que, por consiguiente, habían perdido el derecho a sus propias vidas. Dado el tiempo transcurrido desde el crimen, me era imposible conseguir pruebas para que se los condenara ante un tribunal. Pero yo sabía que eran culpables, y decidí que debía ser a un tiempo juez, jurado y verdugo. De haber estado en mi lugar, ustedes hubieran hecho lo mismo, caso de tener una mínima hombría.

»La muchacha de la que hablo iba a casarse conmigo hace veinte años. Se vio forzada a casarse con el tal Drebber, y esto le rompió el corazón. Yo quité el anillo de boda del dedo de la difunta y juré que ese hombre, al morir, lo tendría delante de los ojos y que su último pensamiento sería para el crimen por el que era castigado. Lo he llevado siempre conmigo, y les he seguido, a él y a su cómplice, por dos continentes, hasta que los atrapé. Imaginaban que acabarían con mi paciencia, pero no lo consiguieron. Si muero mañana, lo cual es bastante probable, moriré sabiendo que he hecho lo que tenía que hacer en este mundo, y que lo he hecho bien. Han muerto, y por mi propia mano. No me queda nada que esperar ni nada que desear.

»Ellos eran ricos y yo era pobre, de modo que no me fue fácil seguirlos. Cuando llegué a Londres, mis bolsillos estaban vacíos, y tuve que buscar trabajo para sobrevivir. Conducir un carruaje o cabalgar es para mí tan natural como caminar. Me dirigí a una oficina de coches de alquiler y conseguí enseguida un empleo. Tenía que entregar una cantidad semanal al dueño y el resto de lo que recaudaba quedaba para mí. Casi nunca era mucho, pero me las arreglaba para vivir. Lo más difícil fue aprender a orientarme, porque de todos los laberintos ideados por la mente humana Londres es el más desconcertante. Pero siempre llevaba un mapa, y, una vez localizados los principales hoteles y estaciones, me desenvolví bastante bien.

»Pasó algún tiempo hasta que descubrí dónde vivían mis dos caballeros, pero pregunté y pregunté hasta que finalmente di con ellos. Estaban en una pensión de Camberwell, al otro lado del río. En cuanto los encontré, supe que los tenía a mi merced. Me había dejado crecer la barba y no había posibilidad de que me reconocieran. Me pegué a ellos y los seguí hasta que surgió la ocasión. Estaba decidido a que no escaparan de nuevo.

»A pesar de todo, estuvieron a punto de lograrlo. Dondequiera que fueran en Londres, yo les pisaba los talones. A veces los seguía en mi coche y a veces a pie, pero era mejor el coche, porque entonces no podían despegarse de mí. Solo podía ganar algún dinero a primeras horas de la mañana o a últimas horas de la noche, y empecé a retrasarme en los pagos a mi patrono. Pero eso no me importaba, con tal de poder echar mano a los hombres que perseguía.

»Sin embargo, eran muy astutos. Debían pensar que cabía la posibilidad de que alguien los siguiera, pues nunca salían solos ni después de anochecer. A lo largo de dos semanas fui todos los días tras ellos en mi coche, y no se separaron ni una sola vez. Drebber estaba borracho la mitad del tiempo, pero a Stangerson no era posible pillarle desprevenido. Yo los vigilaba incansable, sin ver nunca la más remota posibilidad, pero no desesperaba, porque algo me decía que mi hora estaba a punto de llegar. Mi único temor era que esta cosa que tengo en el pecho estallara demasiado pronto y no me dejara concluir mi tarea.

»Finalmente, un atardecer que yo recorría en mi coche Torquay Terrace, que así se llamaba la calle donde se alojaban, vi que un coche de punto se detenía ante su puerta. Sacaron el equipaje y poco después salieron Drebber y Stangerson y se

marcharon en el coche. Arreé a mi caballo y les seguí sin perderlos de vista, porque temía que levantaran el vuelo. Se apearon en Euston Station, y yo, tras encargar a un muchacho que cuidara de mi caballo, los seguí hasta el andén. Oí que preguntaban por el tren de Liverpool, y el empleado les respondió que acababa de salir uno y que no habría otro hasta dentro de unas horas. Stangerson pareció muy contrariado, pero Drebber se mostró más complacido que otra cosa. En medio del bullicio, me acerqué tanto a ellos que podía oír todas las palabras que intercambiaban. Drebber dijo que tenía un asunto personal que resolver y que, si el otro le esperaba, se reuniría enseguida con él. Su compañero le regañaba y le recordaba que habían acordado no separarse nunca. Drebber replicó que el asunto era delicado y que tenía que ir solo. No pude captar lo que Stangerson respondió a esto, pero el otro le lanzó una serie de improperios y le recordó que solo era un empleado a sueldo y que no era nadie para darle órdenes. Ante esto, el secretario dio por perdida la cuestión y se limitó a convenir con él que, si no alcanzaba el último tren, se reunirían en el hotel Halliday, a lo que Drebber respondió que estaría de regreso en el andén antes de las once. Y se largó de la estación.

»Por fin había llegado el momento que yo llevaba esperando tanto tiempo. Tenía a mis enemigos en mi poder. Juntos, podían protegerse el uno al otro, pero separados estaban a mi merced. Sin embargo, no actué con indebida precipitación. Ya tenía trazado mi plan. La venganza no es satisfactoria si el ofensor no tiene tiempo de darse cuenta de quién le hiere y de por qué se le castiga. Yo había dispuesto mis planes de modo que tuviera oportunidad de hacer comprender al tipo que me había agraviado que su viejo pecado terminaba finalmente con él. Casualmente, un caballero, encargado de inspeccionar unas casas de Brixton Road, había perdido en mi coche la llave de una de ellas. Fue reclamada y devuelta aquella misma tarde, pero en el intervalo saqué un molde de la misma y conseguí un duplicado. Así tenía yo acceso a un lugar de esta gran ciudad donde podía confiar en que no me interrumpieran. Ahora debía resolver el difícil problema de cómo llevar a Drebber a aquella casa.

»Él anduvo calle abajo y se metió en dos o tres tabernas, en la última de las cuales permaneció casi media hora. Cuando salió, se tambaleaba y estaba sin duda muy bebido. Cogió un cabriolé que había justo delante de mí. Le seguí tan de cerca que el hocico de mi caballo estuvo durante todo el viaje a menos de una yarda de su cochero. Cruzamos traqueteando el puente de Waterloo y recorrimos un montón de calles, hasta que, para mi sorpresa, nos encontramos de nuevo ante la casa donde se alojara. No podía imaginar cuál era su intención al regresar allí, pero proseguí adelante y me detuve a unas cien yardas. Drebber entró, y su coche se fue. Denme un vaso de agua, por favor. Tengo la boca seca de hablar.

Le di el vaso y se lo bebió entero.

—Eso está mejor —dijo—. Bien, había esperado un cuarto de hora, o más, cuando de repente llegó desde el interior de la casa el ruido de una pelea. Al instante siguiente se abrió de golpe la puerta y aparecieron dos hombres, uno de los cuales era

Drebber, y el otro un joven al que yo nunca había visto. El individuo tenía a Drebber agarrado por el cuello del gabán y, al llegar a lo alto de la escalera, le propinó un empujón y una patada que lo mandaron al centro de la calzada. «¡Canalla!», le gritó, amenazándole con su bastón. «¡Yo te enseñaré a no ofender a una chica decente!». Estaba tan furioso que creí iba a golpear a Drebber, pero este corrió dando tumbos calle abajo, a toda la velocidad que le permitían sus piernas. Llegó hasta la esquina, y allí, al ver mi coche, me llamó y subió de un salto. «Lléveme al hotel Halliday», dijo.

»Cuando lo tuve dentro del coche, mi corazón dio tales saltos de alegría que temí que en aquel último momento estallara mi aneurisma. Conduje despacio, dando vueltas en mi mente a lo que sería mejor hacer. Podía llevarlo sin más al campo, y allí, en un camino apartado, mantener mi última conversación con él. Casi había decidido hacerlo de este modo, cuando el propio Drebber resolvió el problema por mí. La obsesión de beber se había apoderado de nuevo de él y me ordenó que me detuviera ante una taberna. Entró en ella, diciéndome que le esperara. Permaneció dentro hasta que cerraron y para entonces estaba tan borracho que supe que yo había ganado la partida.

»No imaginen que pretendía matarlo a sangre fría. De hacerlo así, hubiera sido un acto de estricta justicia, pero no podía decidirme a ello. Había resuelto hacía tiempo que él debía tener una oportunidad de salvar su vida, si quería intentarlo. Entre los muchos empleos que desempeñé en Estados Unidos durante mi vida errante, figuraba el de conserje y barrendero del laboratorio del York College. Un día el profesor estaba dando una clase sobre venenos y mostró a los estudiantes cierto alcaloide, así lo llamó, que había extraído de un veneno de flechas envenenadas de Sudamérica, tan potente que un mísero grano suponía la muerte inmediata. Observé dónde guardaban la botella que contenía el preparado y, cuando todos se fueron, cogí una pequeña cantidad. Yo era bastante buen boticario, de modo que introduje el alcaloide en pequeñas píldoras solubles, y metí cada píldora en una caja, junto a otra similar que no contenía veneno. Decidí entonces que, cuando llegara mi oportunidad, mis caballeros tendrían que coger cada uno una píldora de la caja, mientras yo me tomaría la restante. Sería tan letal y bastante menos ruidoso que disparar a través de un pañuelo. Desde aquel día siempre llevé conmigo las cajitas con las píldoras, y entonces había llegado el momento de utilizarlas.

»Estábamos ya más cerca de la una que de las doce, y la noche era borrasca y desapacible. Soplaba un viento fuerte y llovía a cántaros. La tristeza del exterior igualaba a la alegría que yo sentía por dentro, una alegría tan intensa que hubiera podido gritar de pura exultación. Si uno de ustedes, caballeros, hubiera anhelado algo por espacio de veinte largos años y luego, de pronto, lo tuviera al alcance de la mano, entendería mis sentimientos. Encendí un cigarro y di una chupada para calmarme los nervios, pero me temblaban las manos, y las sienes me latían de excitación. Mientras conducía el coche, pude ver, con tanta claridad como los veo a ustedes en esta habitación, que el viejo John Ferrier y la dulce Lucy me miraban desde la oscuridad y

me sonreían. Fueron delante de mí a lo largo de todo el trayecto, uno a cada lado del caballo, hasta que me detuve ante la casa de Brixton Road.

»No se veía un alma, ni se oía el menor ruido, salvo el gotear de la lluvia. Cuando le miré a través de la ventanilla, vi que Drebber se había acurrucado a dormir su borrachera. Le sacudí por el brazo.

»—Es hora de bajar —le dije.

»—Está bien, cochero —dijo.

»Supongo que pensó que habíamos llegado al hotel, pues bajó del coche sin decir palabra y me siguió a través del jardín. Tuve que caminar a su lado para sostenerlo, porque todavía tenía un poco pesada la cabeza. Cuando llegamos a la puerta, la abrí y le hice entrar en la habitación delantera. Les doy mi palabra de que durante todo el trayecto el padre y la hija caminaron delante de nosotros.

»—Esto está condenadamente oscuro —dijo Drebber, avanzando dentro de la habitación.

»—Pronto tendremos luz —dije, encendiendo una cerilla y aplicándola a una vela que había llevado conmigo—. Y ahora, Enoch Drebber —proseguí, volviéndome hacia él y acercando la luz a mi rostro—, ¿quién soy yo?

»Me miró con turbios ojos de borracho, y de pronto surgió en ellos una expresión de horror, y sus facciones se crisparon, lo cual me indicó que me había reconocido. Retrocedió tambaleándose, con el rostro lívido, y vi que el sudor brotaba de su frente y que le castañeteaban los dientes. Apoyé la espalda contra la puerta y lancé una estremecedora carcajada. Siempre había sabido que la venganza sería dulce, pero nunca había esperado una satisfacción como la que entonces me embargaba.

»—¡Maldito canalla! —le dije—. Te he seguido el rastro desde Salt Lake City hasta San Petersburgo, y siempre escapaste de mí. Pero ahora por fin tus correrías han terminado, porque uno de los dos no verá amanecer mañana.

»Él siguió retrocediendo mientras yo hablaba, y pude ver en su rostro que me creía loco. Y en aquellos momentos lo estaba. Las sienes me latían como si las golpearan con un martillo, y creo que habría sufrido un colapso si no me hubiera salido la sangre por la nariz disminuyendo la presión.

»—¿Qué piensas ahora de Lucy Ferrier? —grité, cerrando la puerta y agitando la llave ante su rostro—. El castigo ha tardado en llegar, pero te ha atrapado por fin.

»Vi cómo le temblaban los cobardes labios mientras yo hablaba. Habría suplicado por su vida, pero sabía perfectamente que era inútil.

»—¿Vas a asesinarme? —tartamudeó.

»—No es un asesinato —respondí—. ¿Quién llamaría asesinato a matar a un perro rabioso? ¿Qué compasión tuviste tú de mi pobre y querida Lucy, cuando la arrancaste del lado de su padre asesinado y la metiste en tu maldito y vergonzoso harén?

»—¡No fui yo quien mató a su padre! —gritó.

»—Pero sí fuiste tú quien rompió su inocente corazón —exclamé, mostrándole la

cajita—. Sometámonos al juicio del Altísimo. Elige y trágatela. Una contiene la muerte y la otra la vida. Yo me tomaré la que tú dejes. Veamos si hay justicia en el mundo, o si nos gobierna el azar.

»Drebber se encogió y retrocedió, profiriendo espantosos gritos y pidiendo clemencia, pero yo saqué mi cuchillo y se lo puse en la garganta hasta que me obedeció. Entonces me tragué la otra píldora, y permanecimos unos instantes mirándonos en silencio cara a cara, esperando ver cuál iba a vivir y cuál iba a morir. ¿Olvidaré jamás la expresión de su rostro cuando los primeros espasmos le revelaron que el veneno estaba en su organismo? Me eché a reír y le puse el anillo de boda de Lucy delante de los ojos. Duró solo un momento, porque la acción del alcaloide es rápida. Un espasmo de dolor contrajo sus facciones, extendió los brazos hacia delante, se tambaleó y, con un ronco grito, cayó pesadamente al suelo. Le di la vuelta con el pie y le puse una mano en el corazón. No latía. Estaba muerto.

»La sangre había seguido brotando de mi nariz, sin que yo me diera cuenta. No sé qué fue lo que me indujo a escribir con ella en la pared. Tal vez la maliciosa idea de poner a la policía tras una pista falsa, porque me sentía alegre y eufórico. Recordé que en Nueva York habían encontrado a un alemán con la palabra «Rache» escrita junto a él, y que los periódicos de entonces habían atribuido el crimen a las sociedades secretas. Supuse que lo que había desconcertado a los neoyorquinos desconcertaría también a los londinenses, de modo que mojé un dedo en mi propia sangre y escribí la palabra en un punto adecuado de la pared. Entonces volví a mi coche, y comprobé que no había nadie por la calle, y que la noche seguía tormentosa. Había avanzado ya un trecho, cuando metí la mano en el bolsillo donde solía guardar el anillo de Lucy y descubrí que no estaba. Me dejó trastornado, porque era el único recuerdo que me quedaba de ella. Pensé que se me podía haber caído al inclinarme sobre el cadáver de Drebber, volví atrás y, tras dejar mi coche en una calle lateral, me encaminé decidido hacia la casa, pues estaba dispuesto a arrostrar cualquier riesgo antes que perder el anillo. Cuando llegué, me di de bruces con el policía que salía, y solo conseguí disipar sus sospechas fingiendo estar perdidamente borracho.

»Así acabó Enoch Drebber. Solo me restaba hacer lo mismo con Stangerson, y la deuda de John Ferrier quedaría saldada. Sabía que se alojaba en el hotel Halliday, y merodeé por allí todo el día, pero él no salió. Supongo que sospechó algo cuando Drebber no compareció. Era astuto el tal Stangerson, y siempre estaba alerta. Pero, si creyó que podía escapar de mí permaneciendo dentro del hotel, estaba muy equivocado. Averigüé enseguida cuál era la ventana de su dormitorio, y a la mañana siguiente, muy temprano, utilicé una escalera que estaba tirada en la callejuela de detrás del hotel y me introduje en su habitación con las primeras luces del alba. Lo desperté y le dije que había llegado la hora de que rindiera cuentas por la vida que había destruido tanto tiempo atrás. Le describí la muerte de Drebber, y le di la misma oportunidad de elegir entre las píldoras. En lugar de aprovechar la posibilidad de salvarse que yo le ofrecía, saltó de la cama y se precipitó hacia mi garganta. En

legítima defensa, le clavé el cuchillo en el corazón. De todos modos, el resultado habría sido el mismo, pues la Providencia no hubiera permitido que su mano culpable eligiera otra píldora que la envenenada.

»Poco me queda por decir, y es mejor que sea así, porque estoy exhausto. Seguí con mi coche durante un par de días, con la intención de trabajar hasta ahorrar lo suficiente para volver a América. Estaba un día en las caballerizas cuando un golfillo andrajoso me preguntó si había un cochero llamado Jefferson Hope, porque un caballero solicitaba su coche en el número 221 B de Baker Street. Acudí sin la menor sospecha, y cuando quise darme cuenta este joven aquí presente me había puesto las esposas en las muñecas, con una habilidad que no había visto en mi vida. Esta es toda mi historia, caballeros. Tal vez me consideren un asesino, pero yo sostengo que soy un mero funcionario de la justicia, lo mismo que ustedes.

El relato de aquel hombre había sido tan conmovedor y su actitud tan solemne que le habíamos escuchado callados y absortos. Hasta los detectives profesionales, hastiados de cuanto se relaciona con el crimen, parecieron interesarse vivamente por la historia. Cuando concluyó, permanecimos unos minutos en silencio, solo roto por el chirriar del lápiz de Lestrade, que daba los últimos toques a su informe taquigráfico.

—Únicamente resta un punto sobre el que me gustaría recibir información —dijo por último Sherlock Holmes—. ¿Quién fue el cómplice que fue a buscar el anillo, en respuesta a mi anuncio?

El preso guiñó jocosamente un ojo a mi amigo.

—Puedo contar mis propios secretos —dijo—, pero no creo problemas a los demás. Leí su anuncio y pensé que podía tratarse de una trampa, o podía tratarse del anillo que yo buscaba. Mi amigo se ofreció a comprobarlo. Creo que usted reconocerá que lo hizo con ingenio.

—Sobre esto no cabe duda —dijo Holmes, cordialmente.

—Ahora, caballeros —observó el inspector con gravedad—, hay que cumplir con las formalidades de la ley. El preso comparecerá el jueves ante los magistrados, y se requerirá la presencia de ustedes. Hasta entonces yo seré responsable de él.

Tocó el timbre mientras hablaba, y una pareja de guardias se llevó a Jefferson Hope, al tiempo que mi amigo y yo salíamos de la comisaría y tomábamos un coche hacia Baker Street.

## CONCLUSIÓN

Se nos había advertido a todos que debíamos comparecer ante los magistrados el jueves, pero, cuando llegó el jueves, no hubo ocasión para testimoniar. Un juez más alto se había hecho cargo del caso, y Jefferson Hope había sido llamado a declarar ante un tribunal que le aplicaría la más estricta justicia. La misma noche de su captura reventó el aneurisma, y por la mañana lo encontraron tendido en el suelo de su celda, con una plácida sonrisa en el rostro, como si en los momentos anteriores a la muerte hubiera mirado hacia atrás y hubiera visto una vida provechosa y una tarea bien realizada.

—Esta muerte enfurecerá a Gregson y a Lestrade —observó Holmes, cuando hablamos del caso la tarde siguiente—. ¿En qué quedará ahora la fama que les iba a procurar?

—No veo que ellos hayan desempeñado un gran papel en la captura —respondí.

—En este mundo no importa demasiado lo que uno haga —replicó mi compañero con amargura—. Lo importante es de lo que uno es capaz de convencer a la gente que ha hecho. Lo mismo da —prosiguió, después de una pausa, en tono más animoso—. No me habría perdido esta investigación por nada del mundo. No hay un caso mejor entre todos los que recuerdo. Aunque era sencillo, presentaba algunos puntos muy instructivos.

—¡Sencillo!

—Bien, la verdad es que no puede calificarse de otro modo —dijo Sherlock Holmes, con una sonrisa ante mi sorpresa—. La prueba de su intrínseca sencillez es que, sin otra ayuda que unas deducciones de lo más corrientes, he podido echarle mano al criminal en menos de tres días.

—Es verdad —reconocí.

—Ya le había explicado a usted que todo lo que escapa a lo corriente es antes un indicio que un estorbo. Para resolver un problema de esta índole es de capital importancia razonar hacia atrás. Se trata de una práctica muy útil, y muy sencilla además, pero la gente no la ejercita demasiado. En los asuntos cotidianos es más útil razonar hacia delante y por ello se desdeña la otra posibilidad. Por cada cincuenta individuos capaces de razonar sintéticamente hay uno capaz de razonar analíticamente.

—Confieso —dije— que no acabo de comprenderlo.

—No esperaba que lo hiciese. Veamos si puedo exponerlo con más claridad. La mayoría de la gente, si usted les describe una serie de hechos, le dirá cuál va a ser el resultado. Son capaces de unir estos hechos en su mente y deducir de ellos lo que va a



ocurrir. Hay, no obstante, pocas personas que, si usted les expone un resultado, son capaces de extraer de su propia conciencia los pasos que han conducido a él. A esa facultad me refiero cuando hablo de razonar hacia atrás, o analíticamente.

—Ya entiendo.

—Pues bien, este era un caso en que se nos daba el resultado y teníamos que descubrir todo lo demás. Deje que le exponga los diferentes pasos de mi razonamiento. Empecemos por el principio. Como sabe, me dirigí a la casa a pie y con la mente completamente libre de toda sensación. Empecé, claro está, por examinar la calzada de la calle, y, como ya le expliqué, vi distintamente las huellas de un coche, que, según deduje de mis investigaciones, tenía que haber estado allí en el curso de la noche. Por la escasa distancia entre las ruedas tuve el convencimiento de que no se trataba de un carruaje privado sino de un coche de alquiler. El habitual coche de punto londinense es considerablemente menos ancho que la berlina particular de un caballero.

»Ese fue el primer paso. Después avancé despacio por el sendero del jardín, que resultó estar compuesto de arcilla, especialmente apropiada para que se graben en ella las huellas. Sin duda a usted le pareció una simple franja de barro pisoteado, pero para mis expertos ojos cada marca de la superficie tenía un significado. No hay en la ciencia detectivesca rama tan importante y tan desdeñada como el arte de distinguir pisadas. Por suerte, yo siempre me he interesado en él, y la mucha práctica lo ha convertido en mí en una segunda naturaleza. Vi las profundas pisadas de los policías, pero también las huellas de los dos hombres que habían cruzado primero por el jardín. Era fácil deducir que habían estado allí antes, porque en algunos puntos sus huellas se habían borrado por completo al pasar los otros individuos por encima. Así construí el segundo eslabón de la cadena, y supe que los visitantes nocturnos habían sido dos, uno de ellos de considerable estatura, según calculé a partir de la longitud de la zancada, y el otro vestido a la moda, a juzgar por la pequeña y elegante impresión dejada por sus botas.

»Al entrar en la casa se confirmó esta última deducción. El hombre de elegante calzado yacía ante mí. El alto, por tanto, había cometido el asesinato, si de asesinato se trataba. El cadáver no presentaba herida alguna, pero la crispada expresión de su rostro me daba la certeza de que había visto llegar su fin. Nadie que muera de un ataque cardíaco o de cualquier muerte repentina por causas naturales muestra este gesto desencajado. Olfateé los labios del muerto, percibí un ligero olor acre y concluí que le habían obligado a ingerir un veneno. También deduje que le habían obligado por el odio y el miedo que se leía en su rostro. Había llegado a este resultado valiéndome del método de exclusión: ninguna otra hipótesis se ajustaba a los hechos. No vaya usted a imaginar que era una suposición inaudita. La ingestión forzada de veneno no es una novedad en los anales del crimen. Los casos de Dolsky en Odesa, o de Leturier en Montpellier acudirían de inmediato a la memoria de cualquier toxicólogo.

»Y ahora llegamos a la gran pregunta acerca del motivo. El objetivo del crimen no había sido el robo, pues no se habían llevado nada. ¿Sería, pues, la política, o habría por medio una mujer? Esta era la cuestión a la que me enfrentaba. Desde un principio me incliné por la última suposición. Los asesinos políticos solo quieren hacer su trabajo y largarse cuanto antes. Por el contrario, este asesino había actuado con mucha parsimonia y había dejado sus huellas por toda la habitación, lo cual indicaba que había estado allí largo rato. Tenía que haber sido un agravio personal y no político el que había provocado una venganza tan metódica. Cuando se descubrió la inscripción en la pared, me ratifiqué todavía más en mi opinión. Aquello era evidentemente una añagaza. Y el hallazgo del anillo zanjó la cuestión. Era obvio que el asesino lo había utilizado para que la víctima recordara a alguna mujer muerta o ausente. Al llegar a este punto, le pregunté a Gregson si, en su telegrama a Cleveland, había solicitado información acerca de algún aspecto concreto del pasado del señor Drebber. Usted recordará que respondió que no.

»Entonces procedí a escudriñar con cuidado la habitación, y el resultado confirmó mi opinión acerca de la estatura del asesino, y me proporcionó los detalles adicionales del cigarro Trichinopoly y la longitud de las uñas. Como no vi señales de lucha, había llegado ya a la conclusión de que la sangre que cubría el suelo había brotado de la nariz del asesino, a consecuencia de la excitación. El rastro de sangre coincidía con las huellas de sus pisadas. Es raro que un individuo, a menos que sea muy vigoroso, pueda sufrir este efecto a causa de la emoción, y aventuré la opinión de que el asesino era un hombre robusto de rostro rubicundo. Los hechos han demostrado que mi deducción era correcta.

»Tras abandonar la casa, hice lo que Gregson había omitido. Telegrafí al jefe de policía de Cleveland, limitándome a pedir información sobre las circunstancias relacionadas con el matrimonio de Enoch Drebber. La respuesta fue concluyente. Me notificó que en cierta ocasión Drebber había solicitado la protección de la ley contra un antiguo rival en amores, llamado Jefferson Hope, y que el tal Hope estaba actualmente en Europa. Ahora yo sabía que tenía la clave del misterio en mis manos y que lo único que faltaba era detener al asesino.

»Había llegado a la conclusión de que el hombre que entró en la casa con Drebber no era otro que el conductor del coche. Las huellas de la calle mostraban que el caballo se había movido de un lado a otro, cosa que no habría hecho de haber estado alguien a su cuidado. Y ¿dónde podía encontrarse el cochero, si no estaba junto a su caballo? Además, es absurdo suponer que un hombre en su sano juicio cometa un crimen premeditado ante los ojos, por así decirlo, de una tercera persona, que con seguridad lo denunciará. Por último, suponiendo que un hombre quiera perseguir a otro a través de Londres, ¿qué mejor recurso puede adoptar que conducir un coche público? Todas estas consideraciones me llevaron a la ineludible conclusión de que encontraría a Jefferson Hope entre los cocheros de la metrópoli.

»Si lo había sido, no había razón para suponer que había dejado de serlo. Por el

contrario, desde su punto de vista cualquier cambio repentino podía atraer la atención sobre él. Era probable que, al menos por un tiempo, siguiese desempeñando su trabajo. No vi motivos para suponer que lo hiciera bajo un nombre supuesto. ¿Por qué iba a cambiar su nombre en un país donde este no era conocido por nadie? Así pues, organicé mi cuerpo detectivesco de golfos y los envié sistemáticamente a todos los propietarios de coches de alquiler de Londres, hasta que localizaran al hombre que buscaba. Usted guarda todavía el recuerdo reciente de lo bien que desempeñaron su cometido y de la rapidez con que yo saqué provecho de ello. El asesinato de Stangerson fue un incidente completamente inesperado, pero, en cualquier caso, nos hubiera sido difícil impedirlo. A través de él, como usted sabe, conseguí las píldoras, cuya existencia ya había conjeturado. Como ve, todo consiste en una cadena de secuencias lógicas, sin rupturas ni grietas.

—¡Es asombroso! —exclamé—. Sus méritos, Holmes, deberían ser públicamente reconocidos. Debería publicar una relación del caso. Si no lo hace, lo haré yo por usted.

—Haga usted lo que quiera, doctor —respondió—. ¡Mire! —prosiguió, tendiéndome un periódico—. ¡Fíjese en esto!

Era el *Echo* del día, y el párrafo que me señalaba estaba dedicado al caso en cuestión.

«El público», decía, «se ha perdido un caso sensacional con la repentina muerte de un tal Hope, sospechoso de haber asesinado al señor Enoch Drebber y al señor Joseph Stangerson. Probablemente ya no se conocerán nunca los detalles del caso, aunque sabemos de buena fuente que el crimen ha sido consecuencia de una antigua y romántica enemistad, en la que el amor y el mormonismo desempeñaron un papel principal. Al parecer, las dos víctimas pertenecieron, de jóvenes, a los Santos del Último Día, y Hope, el preso fallecido, también procedía de Salt Lake City. Aunque el caso no hubiera tenido otros efectos, pone al menos de manifiesto de modo destacado la impresionante eficacia de nuestro cuerpo de policía, y servirá de lección a todos los extranjeros, para que tengan la precaución de dirimir sus conflictos en sus propios países en lugar de traerlos a suelo británico. No es un secreto para nadie que el mérito de esta rápida captura corresponde por entero a los famosos funcionarios de Scotland Yard, señores Lestrade y Gregson. El individuo fue detenido, al parecer, en las habitaciones de un tal señor Sherlock Holmes, que ha demostrado, como aficionado, cierto talento detectivesco, y que, junto a estos maestros, podría adquirir con el tiempo hasta cierto punto su misma destreza. Es de esperar que se ofrezca algún tipo de homenaje a estos dos detectives de Scotland Yard, como justo reconocimiento a sus servicios».

—¿No se lo dije desde el principio? —exclamó Sherlock Holmes, echándose a reír—. Este es el resultado de nuestro «estudio en escarlata»: ¡que les hagan un homenaje!

—No importa —respondí—. Tengo todos los hechos anotados en mi diario, y el

público los conocerá. Entretanto, confórmese con el propio convencimiento de su éxito, como el avaro romano al que no le importa el desprecio de la gente, mientras contempla en casa sus monedas:

*Populos me sibilat, at mihi plaudo  
Ipse domi simul ac nummos contemplar in arca.*

## **El signo de los cuatro**

## LA CIENCIA DE LA DEDUCCIÓN

Sherlock Holmes cogió su botella del rincón de la repisa de la chimenea y sacó la jeringuilla hipodérmica del repujado estuche de tafilete. Insertó con sus dedos largos, blancos y nerviosos la fina aguja y se subió la manga izquierda de la camisa. Durante breves instantes sus ojos se posaron meditabundos en el musculoso antebrazo y en la muñeca, salpicados ambos por cicatrices de innumerables pinchazos. Por último, hundió a fondo la afilada aguja, presionó el minúsculo émbolo y se dejó caer hacia atrás en el sillón tapizado de terciopelo, con un largo suspiro de satisfacción.

Durante muchos meses yo había presenciado esta operación tres veces al día, pero la costumbre no había conseguido que mi mente la aceptara. Muy al contrario, cada día me irritaba más contemplarla, y mi conciencia me recriminaba todas las noches que me faltara valor para protestar. Una y otra vez me había prometido manifestarle lo que opinaba de la cuestión, pero había algo en el talante frío e imperturbable de mi compañero que le hacía el último hombre del mundo con quien uno quisiera tomarse algo parecido a una libertad. Su gran energía, sus maneras dominantes y las pruebas que yo había tenido de sus muchas y extraordinarias dotes me restaban seguridad y me hacían reacio a llevarle la contraria.

Sin embargo, aquella tarde, ya fuera por el beaune que había ingerido en el almuerzo o por la irritación adicional que me produjo la extrema deliberación con que él actuaba, tuve la súbita sensación de que ya no podía soportarlo más.

—¿Qué ha sido hoy? —le pregunté—. ¿Morfina o cocaína?

Levantó los ojos con languidez del viejo volumen de caracteres góticos que había abierto.

—Es cocaína —dijo—, una solución al siete por ciento. ¿Quiere probarla?

—Desde luego que no —contesté con brusquedad—. Mi salud todavía no se ha recuperado de la campaña de Afganistán. No puedo someterla a una tensión suplementaria.

Mi vehemencia le arrancó una sonrisa.

—Tal vez tenga usted razón, Watson —me dijo—. Supongo que en el aspecto físico las consecuencias de esto son nocivas. Creo, sin embargo, que estimula y aclara la mente de un modo tan notable que los efectos secundarios resultan irrelevantes.

—¡Piénselo bien! —le dije con energía—. ¡Considere el precio a pagar! Quizá estimule y excite su mente, como usted asegura, pero es un proceso mórbido y patológico que acelera cambios en los tejidos y que podría degenerar en una disminución permanente. Usted sabe además la atroz reacción que provoca. Le aseguro que no merece la pena. ¿Por qué arriesgarse, a cambio de un simple placer

pasajero, a perder las grandes facultades de que está dotado? Tenga presente que no le hablo solo como amigo, sino como médico responsable hasta cierto punto de su estado físico.

No pareció ofenderse. Al contrario, unió las yemas de los dedos y apoyó los codos en los brazos del sillón, como quien disfruta de una buena conversación.

—Mi mente se revela contra el estancamiento —dijo—. Proporcióneme problemas, proporcióneme trabajo, enfrénteme al más abstruso de los criptogramas o al análisis más intrincado, y me sentiré en mi propio medio. Podré prescindir de estímulos artificiales. Pero aborrezco la monótona rutina de la existencia. Estoy ávido de exaltación mental. Por eso he elegido la profesión que ejerzo, o, mejor dicho, por eso la he creado, puesto que soy el único en el mundo que la practica.

—¿El único detective que no pertenece al cuerpo de policía? —le pregunté arqueando las cejas.

—El único detective que no pertenece al cuerpo y hace de asesor —me respondió—. En el campo de la investigación criminal, soy el más alto y supremo tribunal de apelación. Cuando Gregson, Lestrade o Athelney Jones se encuentran desorientados (lo cual, dicho sea de paso, es en ellos habitual), me traen a mí el caso. Yo examino los datos en calidad de experto, y doy mi opinión de especialista. No reclamo fama ninguna. Mi nombre no aparece en los periódicos. Mi mayor recompensa radica en el trabajo en sí mismo, en el placer de encontrar un campo donde ejercitar mis especiales facultades. Pero usted ya ha tenido cierta experiencia de mis métodos de trabajo en el caso de Jefferson Hope.

—Claro que sí —dije efusivamente—. Nada me había impresionado tanto en el curso de toda mi vida. Incluso lo plasmé en un folleto que lleva el título, un tanto fantasioso, de *Estudio en escarlata*.

Holmes movió la cabeza apesadumbrado.

—Le he echado un vistazo —dijo—. Para ser sincero, no puedo felicitarle por su escrito. La investigación detectivesca es, o debería ser, una ciencia exacta, y tendría que tratarse de la misma manera fría y desapasionada. Usted ha intentado darle un tinte romántico, lo cual produce el mismo efecto que si hubiera introducido una historia de amor o un rapto en la quinta proposición de Euclides.

—Pero lo novelesco estaba ya allí —le reproché—. Yo no podía falsear los hechos.

—Hay hechos que deben suprimirse, o, por lo menos, tratarse con el justo sentido de la proporción. El único punto del caso que merecía ser mencionado era el curioso razonamiento analítico de efectos a causas que me permitió desentrañarlo.

Me molestó esa crítica de una obra que había sido concebida especialmente para agradarle. Confieso, además, que me irritó el egotismo que parecía exigir que todas las líneas de mi folleto estuvieran consagradas a su especial modo de proceder. En más de una ocasión, a lo largo de los años que llevaba conviviendo con Holmes en Baker Street, había observado un leve rastro de vanidad bajo las maneras discretas y

didácticas de mi compañero. No hice, sin embargo, ningún comentario, y seguí sentado allí, descansando mi pierna herida. La había atravesado una bala de jezail, un tiempo atrás, y, aunque no me impedía andar, me dolía cada vez que cambiaba el tiempo.

—Mi actividad se ha extendido últimamente al continente —dijo Holmes, al poco rato, mientras llenaba su vieja pipa de raíz de brezo—. La semana pasada recibí una consulta de François le Villard, que, como usted probablemente sabe, ha empezado a destacar en el servicio francés. Posee al máximo la capacidad celta para la rápida intuición, pero no da la talla en la amplísima gama de conocimientos exactos que es esencial para un óptimo desarrollo de su profesión. El caso estaba relacionado con un testamento y presentaba algunos aspectos interesantes. Pude remitirle a dos casos paralelos, uno en Riga el año 1857, y otro en Saint Louis el año 1871, que le sugirieron la solución exacta. Aquí está la carta que he recibido esta mañana, en la que me agradece la ayuda prestada.

Mientras hablaba, me lanzó una hoja arrugada de papel de cartas extranjero. Le eché un vistazo y observé una abundante profusión de signos admirativos, y una serie de *magnifiques, coups-de-mâitre* y *tours-de-force*, testimonio de la encendida admiración del francés.

—Se dirige a usted como se dirigiría un discípulo a su maestro —dije.

—¡Oh, valora demasiado mi ayuda! —dijo Sherlock Holmes, quitándose importancia—. Es un hombre muy capaz. Posee dos de las tres cualidades necesarias para el detective ideal. Tiene capacidad de observación y de deducción. Solo le fallan los conocimientos, y tal vez los adquiera con el tiempo. Ahora está traduciendo mis obrillas al francés.

—¿Sus obrillas?

—Ah, ¿usted no lo sabía? —exclamó, echándose a reír—. Sí, soy culpable de algunas monografías. Todas sobre temas técnicos. Aquí tiene, por ejemplo, una «Sobre las diferencias entre las cenizas de los distintos tabacos». En ella enumero ciento cuarenta formas de tabaco de puro, cigarrillo y pipa, con láminas de color que ilustran las diferencias de cada ceniza. Es una cuestión que aparece constantemente en los procesos criminales, y hay ocasiones en que resulta de suma importancia como prueba. Si no puede afirmar, por ejemplo, categóricamente que determinado asesinato ha sido cometido por un hombre que fumaba un lunka indio, es evidente que se reduce de forma notable el campo de la investigación. Para un ojo experimentado, existe tanta diferencia entre la ceniza negra de un Trichinopoly y la pelusa blanca del ojo de perdiz como entre un repollo y una patata.

—Posee usted un talento extraordinario para las minucias —comenté.

—Sé calibrar su importancia. Aquí tiene mi monografía sobre el rastreo de pasos, con algunas observaciones acerca del yeso para conservar las huellas. Aquí tiene también una curiosa obrilla sobre la influencia del oficio en la forma de las manos, con litografías de manos de pizarreros, marineros, talladores de caucho, cajistas,



tejedores y talladores de diamantes. Es un punto de gran interés práctico para el detective científico, sobre todo en casos de cadáveres no reclamados, o en la averiguación de antecedentes de criminales. Pero le estoy aburriendo con mis manías.

—En absoluto —le respondí con viveza—. Todo esto me interesa muchísimo, sobre todo desde que he tenido oportunidad de observar cómo lo pone en práctica. Pero acaba usted de hablar de observación y deducción. Sin duda una de ellas implica la otra.

—No del todo —respondió Holmes, arrellanándose cómodamente en el sillón y lanzando a lo alto desde su pipa densas volutas de humo azul—. Por ejemplo, la observación me indica que usted ha estado esta mañana en la oficina de correos de Wingmore Street, pero es la deducción lo que me permite saber que desde allí ha enviado un telegrama.

—¡Exacto! —exclamé—. ¡Exacto en ambos casos! Pero confieso que no me explico cómo ha logrado adivinarlo. Fue un impulso repentino por mi parte, y no se lo he mencionado a nadie.

—Es muy sencillo —comentó Holmes, riéndose ante mi asombro—, tan ridículamente sencillo que cualquier explicación resulta superflua, y, no obstante, puede servirnos para definir los límites de la observación y de la deducción. La observación me indica que lleva usted adherido al zapato un terrón rojizo. Justo ante la oficina de correos de Wingmore Street han levantado el pavimento y han sacado algo de tierra, esparcida de tal modo que es difícil no pisarla al entrar. La tierra tiene un peculiar tono rojizo, que no se encuentra, que yo sepa, en ningún otro punto de los alrededores. Hasta aquí es observación. El resto es deducción.

—Bien, ¿cómo ha deducido lo del telegrama?

—Yo sabía, por supuesto, que usted no había escrito ninguna carta, ya que ha estado sentado delante de mí toda la mañana. Veo también en su escritorio abierto un pliego de sellos y un abultado fajo de postales. ¿A qué podía entrar usted, pues, en la oficina de correos, salvo a enviar un telegrama? Eliminados todos los otros factores, el único que queda tiene que ser el verdadero.

—En este caso no hay duda de que es así —repliqué, tras reflexionar unos instantes—. El asunto es, como usted dice, de lo más sencillo. ¿Le parecería una impertinencia que sometiera sus teorías a una prueba más ardua?

—Al contrario —respondió—. Me evitaría una segunda dosis de cocaína. Me encantará analizar cualquier problema que usted someta a mi consideración.

—Le he oído decir que es difícil que un hombre utilice todos los días un objeto sin dejar impresa en él su personalidad de un modo tal que un observador experto pueda descubrirla. Pues bien, aquí tengo un reloj que ha pasado a ser de mi propiedad recientemente. ¿Tendría la gentileza de darme su opinión sobre el carácter y las costumbres de su último dueño?

Le entregué el reloj con cierta sensación de regocijo, porque la prueba era, en mi opinión, imposible de superar, y yo pretendía darle a mi amigo un escarmiento por el

tono algo dogmático que en ocasiones solía adoptar. Él sopesó el reloj en la mano, observó fijamente la esfera, abrió la tapa posterior y examinó la maquinaria, primero a simple vista y después con una potente lupa. Apenas pude reprimir una sonrisa al ver lo abatido que estaba al cerrar de golpe la tapa y devolverme el reloj.

—Casi no contiene información —señaló—. Lo han limpiado recientemente, y esto me priva de los datos más sugerentes.

—Tiene usted razón —admití—. Lo limpiaron antes de enviármelo.

En mi fuero interno acusé a mi compañero de recurrir a una excusa poco convincente para encubrir su fracaso. ¿Qué datos esperaba sacar del reloj si estuviera sucio?

—Pero mi examen del reloj, aunque para mí poco satisfactorio, no ha sido del todo infructuoso —comentó, mirando fijamente el techo con ojos distraídos y apagados—. Salvo que usted me corrija, yo diría que pertenecía a su hermano mayor, que lo había heredado de su padre.

—Lo ha deducido, claro está, de las iniciales H. W. grabadas en el dorso.

—En efecto. La W. sugiere su propio apellido. El reloj tiene unos cincuenta años de antigüedad, y las iniciales son tan viejas como el reloj. De modo que fue fabricado para la generación anterior a la suya. Normalmente las joyas pasan al hijo mayor, y es muy probable que este lleve el nombre del padre. Creo recordar que su padre murió hace años. Por consiguiente, el reloj ha estado en manos de su hermano mayor.

—Hasta aquí lleva usted razón —dije—. ¿Algo más?

—Era un hombre muy desordenado, muy desordenado y descuidado. Tenía ante sí brillantes perspectivas, pero echó a perder sus oportunidades, vivió durante un tiempo en la pobreza, con breves y esporádicos intervalos de prosperidad, y por último se dio a la bebida y murió. Eso es todo lo que he podido deducir.

Me levanté de un salto y renqueé impaciente por la habitación, con el corazón lleno de amargura.

—Holmes, esto es indigno de usted —le dije—. Nunca le hubiera creído capaz de rebajarse hasta tal punto. Ha llevado a cabo investigaciones sobre la vida de mi desdichado hermano, y ahora pretende deducir estos datos mediante un procedimiento descabellado. ¡No esperará que crea que ha averiguado todo esto a partir de un viejo reloj! Ha sido muy poco amable por su parte, y, para hablar sin rodeos, veo en todo esto un punto de charlatanería.

—Querido doctor —me dijo amablemente—, le ruego que acepte mis disculpas. Al considerar el asunto como un problema abstracto, he olvidado lo personal y doloroso que podía resultar para usted. Puedo asegurarle, sin embargo, que no he sabido que tenía un hermano hasta que me ha entregado el reloj.

—Entonces ¿cómo diablos ha averiguado estos datos? Porque son exactos hasta el mínimo detalle.

—Ah, he tenido suerte. Solo podía decir en qué sentido se inclinaba la balanza de probabilidades. No esperaba acertar tanto.

—Pero ¿no han sido meras conjeturas?

—No, no. Yo nunca hago conjeturas. Es un hábito vergonzoso, que destruye la facultad de discurrir con lógica. Todo esto solo le parece a usted sorprendente porque no sigue el curso de mi pensamiento, ni observa los hechos insignificantes de los que pueden extraerse importantes deducciones. Por ejemplo, yo he empezado afirmando que su hermano era descuidado. Si se fija en la parte inferior de la caja del reloj, observará que, no solo está abollada en dos puntos, sino que muestra marcas y rasguños por todas partes, debido a la costumbre de guardar en el mismo bolsillo otros objetos duros, como llaves o monedas. Sin duda no es una hazaña presumir que un hombre que da semejante trato a un reloj de cincuenta guineas tiene que ser un hombre descuidado. Ni es tampoco descabellado deducir que un hombre que ha heredado un objeto de tanto valor ha quedado también bastante bien provisto a otros respectos.

Asentí con la cabeza, para indicar que seguía su razonamiento.

—Es costumbre entre los prestamistas ingleses —siguió diciendo—, cuando reciben un reloj, grabar en el interior de la caja, con la punta de un alfiler, el número de la papeleta. Es más práctico que una etiqueta, porque no se corre el riesgo de que el número se pierda o se cambie. Mi lupa ha descubierto al menos cuatro de estos números en el interior de la caja. Deducción: su hermano se veía con frecuencia en apuros. Deducción secundaria: gozaba de ocasionales brotes de prosperidad, o no habría podido desempeñar la prenda. Por último, le ruego que examine la chapa interior, que contiene el agujero para dar cuerda al reloj. Observe la cantidad de rasguños que hay alrededor del agujero, allí donde ha resbalado la llave. ¿Podría la llave de un hombre sobrio haber ocasionado tales rasguños? Pero jamás verá usted el reloj de un borracho que no los tenga. Le da cuerda por la noche, y deja estos rasgos de su mano insegura. ¿Dónde radica el misterio de todo esto?

—Está más claro que el agua —reconocí—. Lamento haber sido injusto con usted. Debería haber tenido más fe en sus maravillosas facultades. ¿Puedo preguntarle si en estos momentos está ocupado en alguna investigación profesional?

—En ninguna. De ahí la cocaína. No puedo vivir sin trabajo mental. ¿Para qué otra cosa merece la pena vivir? Asómese a esa ventana. ¿Ha visto jamás un mundo tan aburrido, lúgubre, deprimente? Mire cómo se arremolina la niebla amarilla calle abajo y se desliza ante las casas parduscas. ¿Puede haber algo más irremediabilmente prosaico y material? ¿De qué le sirve a uno tener facultades, doctor, si carece de campo donde ejercitarlas? El crimen es vulgar, la existencia es vulgar, y ninguna cualidad salvo las vulgares tiene cabida en este mundo.

Ya había abierto yo la boca para responder a esa perorata, cuando, tras un resuelto golpe en la puerta, entró nuestra casera con una tarjeta en una bandeja de latón.

—Una joven dama pregunta por usted, señor —dijo, dirigiéndose a mi compañero.

—Señorita Mary Morstan —leyó Holmes—. ¡Vaya! No recuerdo el nombre.

Dígale a la dama que suba, señora Hudson. No se vaya, doctor, preferiría que se quedara.

## LA EXPOSICIÓN DEL CASO

La señorita Morstan entró en la habitación con paso firme y gestos comedidos. Era una joven rubia, menuda, delicada, bien calzada y vestida con el mejor gusto. Había, no obstante, en sus ropas una simplicidad y una sencillez que sugerían escasos recursos económicos. El vestido era de un beige grisáceo, sin adornos, y llevaba un pequeño turbante de la misma tonalidad apagada, sin otro realce que una plumita blanca a un lado. Su rostro no poseía rasgos regulares ni bella complexión, pero su expresión era dulce y bondadosa, y sus grandes ojos azules resultaban especialmente amables y espirituales. A pesar de que mi conocimiento de las mujeres abarca muchas naciones y tres continentes distintos, no había visto nunca un rostro que ofreciese tan claras promesas de un carácter sensible y refinado. No pude menos de observar que, cuando se sentó donde Holmes le indicaba, le temblaban los labios y las manos, y mostraba todos los síntomas de una extrema agitación interior.

—He venido a verle, señor Holmes —dijo la joven—, porque en cierta ocasión hizo que mi patrona, la señora de Cecil Forrester, pudiera resolver un pequeño conflicto doméstico. Quedó muy impresionada por su gentileza y por su amabilidad.

—La señora de Cecil Forrester —repitió Holmes, pensativo—. En efecto, creo que le presté un pequeño servicio. Pero, si mal no recuerdo, fue un caso muy sencillo.

—A ella no se lo pareció. Pero, de todos modos, usted no podrá decir lo mismo del mío. Difícilmente puedo imaginar algo más extraño, más inexplicable, que la situación en que me encuentro.

Holmes se frotó las manos, y le brillaron los ojos. Se inclinó hacia delante en su sillón, con una expresión de extrema concentración en sus facciones marcadas y aguileñas.

—Exponga su caso —dijo en tono enérgico y profesional.

Tuve la sensación de encontrarme en una situación embarazosa.

—Ustedes, sin duda, me disculparán —dije, incorporándome.

Ante mi sorpresa, la joven levantó la mano enguantada y me detuvo.

—Si su amigo —dijo, dirigiéndose a Holmes— tuviera la amabilidad de quedarse, me prestaría un inestimable servicio.

Volví a dejarme caer en mi asiento.

—En resumen —prosiguió ella—, los hechos son estos. Mi padre era oficial en un regimiento de la India, y me envió a Inglaterra de muy niña. Mi madre había muerto y yo no tenía parientes aquí. Me metieron, sin embargo, en un confortable internado de Edimburgo, y allí permanecí hasta los diecisiete años. El año 1878, mi padre, que era capitán de su regimiento, obtuvo doce meses de permiso y volvió a Inglaterra. Me

telegrafió desde Londres que había llegado bien, y me indicaba que fuera inmediatamente a la ciudad, donde él se hospedaba en el hotel Langham. Recuerdo que su mensaje rebosaba amabilidad y cariño. Al llegar a Londres, fui en coche al Langham, donde me informaron de que el capitán Morstan residía allí, pero había salido la noche anterior y no había regresado. Esperé todo el día, sin tener noticias tuyas. Aquella noche, por consejo del gerente del hotel, me puse en contacto con la policía, y a la mañana siguiente pusimos anuncios en todos los periódicos. Nuestras averiguaciones no dieron resultado, y desde aquel día hasta hoy no se ha tenido la menor noticia de mi infortunado padre. Había regresado a Inglaterra con el corazón rebosando esperanza de encontrar un poco de paz, un poco de bienestar, y en lugar de eso...

La joven se llevó una mano a la garganta, y un sollozo ahogado interrumpió sus palabras.

—¿La fecha? —preguntó Holmes, abriendo su libreta de notas.

—Desapareció el 3 de diciembre de 1878, hace casi diez años.

—¿Su equipaje?

—Permaneció en el hotel. No había nada en él que sugiriera una pista: alguna ropa, algunos libros y una considerable cantidad de curiosidades de las islas Andamán. Había sido uno de los oficiales al cargo de la colonia penitenciaria que hay allí.

—¿Tenía amigos en Londres?

—Que yo sepa, solo uno. El comandante Sholto, de su mismo regimiento, el 34.º de Infantería de Bombay. El comandante se había retirado poco antes y residía en Upper Norwood. Nos pusimos en contacto, pero ni siquiera sabía que su compañero estaba en Inglaterra.

—Un caso extraño —observó Holmes.

—Todavía no le he contado lo más extraño. Hará unos seis años (para ser exactos, el 4 de mayo de 1882) apareció un anuncio en el *Times* donde se solicitaban las señas de la señorita Mary Morstan, y se aseguraba que sería ventajoso para ella darse a conocer. No figuraban nombre ni dirección algunas. Yo acababa de entrar al servicio de la señora de Cecil Forrester como institutriz. Por su consejo, publiqué mi dirección en la columna de anuncios. El mismo día me llegó por correo una cajita de cartón, y descubrí que contenía una perla muy grande y de bellos reflejos. Ni una palabra escrita acompañaba el envío. Desde entonces cada año, y en la misma fecha, ha aparecido una caja parecida, conteniendo una perla similar, sin el menor indicio del remitente. Un experto dictaminó que eran de una variedad rara y que tenían un valor considerable. Puede ver por sí mismo que son hermosísimas.

Mientras hablaba, abrió una caja plana y me mostró seis de las perlas más finas que he visto en mi vida.

—Su exposición es muy interesante —dijo Sherlock Holmes—. ¿Le ha ocurrido algo más?

—Sí, y precisamente hoy. Por eso he venido a verle. Esta mañana he recibido esta carta, que tal vez quiera leer por sí mismo.

—Gracias —dijo Holmes—. El sobre también, por favor. Matasellos, Londres, S. W. Fecha, 7 de julio. ¡Hum! Huella de un dedo pulgar en una esquina, probablemente del cartero. Papel de la mejor calidad. Sobre de los de seis peniques el paquete. Hombre exigente con sus objetos de escritorio. Sin dirección. «Esté esta noche a las siete junto a la tercera columna desde la izquierda del exterior del teatro Lyceum. Si desconfía, que la acompañen dos amigos. Usted ha sido perjudicada y se le hará justicia. No traiga policía. Si lo hace, todo será en vano. Un amigo desconocido». ¡Vaya, qué bonito misterio! ¿Qué piensa usted hacer, señorita Morstan?

—Es precisamente lo que he venido a preguntarle.

—En tal caso, puede tener la certeza de que sí iremos. Usted y yo y... Sí, el doctor Watson es el hombre adecuado. Su corresponsal habla de dos amigos. Watson y yo hemos trabajado juntos con anterioridad.

—Pero ¿querrá acompañarnos? —preguntó ella, con voz y expresión conmovedoras.

—Será para mí una dicha y un honor —dijo fervientemente—, si en algo puedo ser útil.

—Son los dos muy amables —respondió la joven—. He llevado una vida retirada y no dispongo de amigos a los que recurrir. Bastará que esté aquí a las seis, ¿verdad?

—No más tarde —dijo Holmes—. Pero hay otra cosa más. ¿La letra de la carta es la misma que la de las direcciones de las cajas de las perlas?

—Aquí las tengo —respondió ella, sacando media docena de pedazos de papel.

—Es usted una clienta ejemplar. Tiene la intuición adecuada. Veamos.

Holmes extendió los papeles encima de la mesa y les echó un rápido vistazo a uno tras otro.

—Salvo la de la carta, las letras son simuladas —dijo a continuación—, pero no cabe duda respecto al autor. Observen cómo sobresale incontrolable la «y» griega, o fíjense en el rabillo de la «s» final. Proceden sin duda de la misma mano. No quisiera despertar en usted falsas esperanzas, señorita Morstan, pero ¿existe algún parecido entre esta letra y la de su padre?

—No pueden ser más distintas.

—Era lo que esperaba oír. Bien, la aguardaremos a las seis. Permita que me quede estos papeles. Así podré examinarlos hasta esta hora. Solo son las tres y media. *Au revoir*, pues.

—*Au revoir* —dijo nuestra visitante.

Nos dirigió a uno y a otro una mirada vivaz y bondadosa, volvió a guardar la caja de las perlas y se fue a toda prisa.

De pie junto a la ventana, la observé mientras se alejaba a paso vivo calle abajo, hasta que el turbante gris y la pluma blanca no fueron más que un puntito entre la sombría multitud.

—¡Qué mujer tan atractiva! —exclamé, volviéndome hacia mi compañero.

Holmes había encendido de nuevo la pipa, y estaba recostado en su sillón con los ojos entornados.

—¿Ah, sí? —dijo con languidez—. No me he fijado.

—¡Realmente es usted un autómeta, una máquina de calcular! —exclamé—. ¡A veces hay algo en usted positivamente inhumano!

Sonrió con amabilidad.

—Es de la mayor importancia —protestó— no permitir que nuestro juicio se vea influido por cualidades personales. Para mí un cliente es solo una unidad, un factor del problema. Los impulsos afectivos son antagónicos a la claridad del razonamiento. Le aseguro que la mujer más atractiva que he conocido fue ahorcada por envenenar a tres niñitos para cobrar el dinero del seguro, y el hombre más repelente que conozco es un filántropo que se ha gastado casi un cuarto de millón de libras socorriendo a los pobres de Londres.

—Pero en el presente caso...

—Yo no hago nunca excepciones. Una sola excepción invalida la regla. ¿Ha tenido usted alguna vez ocasión de estudiar los caracteres de la escritura? ¿Qué le parece el garrapateo de ese individuo?

—Es una escritura legible y regular —respondí—. Se trata de un hombre de hábitos empresariales y cierta firmeza de carácter.

Holmes negó con la cabeza.

—Fíjese en las letras largas. Apenas si rebasan a las pequeñas. Esta «d» podría ser una «a» y esta «l» una «e». Los hombres de carácter siempre diferencian las letras largas, por muy ilegible que sea su escritura. Aquí hay vacilación en la «k» y vanidad en las mayúsculas. Ahora tengo que salir. Debo hacer unas consultas. Permita que le recomiende este libro, uno de los más notables que se han escrito. Se trata de *Martirio del hombre*, de Winwood Reade. Habré vuelto antes de una hora.

Me senté junto a la ventana con el volumen en la mano, pero mis pensamientos estaban lejos de las audaces especulaciones del escritor. Mi mente volaba en pos de nuestra reciente visitante: sus sonrisas, las profundas y ricas tonalidades de su voz, el extraño misterio que amenazaba su vida. Si tenía diecisiete años en el momento de la desaparición de su padre, ahora tendría veintisiete... Edad muy agradable, en que la juventud ha perdido su inseguridad y ya la ha templado un poco la experiencia.

De modo que seguí sentado allí, fantaseando, hasta que se me pasaron por la cabeza unas ideas tan peligrosas que corrí a mi escritorio y me sumergí furioso en el último tratado de patología. ¿Quién era yo, un cirujano militar con una pierna en mal estado y una cuenta bancaria en peor estado todavía, para atreverme a pensar en tales cosas? Ella era una unidad, un factor... nada más. Si mi futuro era sombrío, sería sin duda mejor afrontarlo como un hombre que intentar alegrarlo con simples quimeras de la imaginación.



## EN BUSCA DE UNA SOLUCIÓN

Habían pasado las cinco y media cuando regresó Holmes. Se mostraba despejado, entusiasta y de muy buen humor, estado de ánimo que en él se alternaba con accesos de la más negra depresión.

—Este asunto no encierra un gran misterio —dijo, cogiendo la taza de té que yo le había servido—. Los hechos solo parecen admitir una explicación.

—¡Vaya! ¿Ya lo ha resuelto?

—Bueno, eso sería mucho decir. He descubierto un hecho muy sugerente, eso es todo. Pero es muy significativo. Faltan todavía los detalles. He descubierto, consultando números atrasados del *Times*, que el comandante Sholto, de Upper Norwood, antiguo integrante del 34.º de Infantería de Bombay, falleció el 28 de abril de 1882.

—Debo de ser muy obtuso, Holmes, pero no veo lo que esto puede significar.

—¿No? Me sorprende usted. Mírelo, pues, de este modo. El capitán Morstan desaparece. La única persona de Londres a la que podría haber visitado era el comandante Sholto. El comandante Sholto niega saber que su amigo estaba en Londres. Cuatro años más tarde, muere Sholto. No ha transcurrido todavía una semana de su muerte cuando la hija del capitán Morstan recibe un valioso regalo, que se repite año tras año y culmina en una carta que la califica de mujer perjudicada. ¿A qué perjuicio puede referirse salvo a la privación de su padre? ¿Y por qué empiezan los regalos inmediatamente después de la muerte de Sholto, si no es porque el heredero de Sholto sabe algo acerca del misterio y desea brindar una compensación? ¿Dispone usted de una teoría alternativa capaz de explicar los hechos?

—¡Pues qué compensación tan extraña! ¡Y qué forma tan extraña de llevarla a cabo! Además, ¿por qué escribir una carta ahora, en lugar de hace seis años? Por otra parte, la carta habla de hacer justicia. ¿Qué justicia se le puede hacer a la joven? Sería excesivo suponer que el padre sigue con vida. Y, que nosotros sepamos, es la única cosa injusta que le ha acontecido.

—Hay dificultades, ciertamente hay algunas dificultades —reconoció Holmes, pensativo—, pero nuestra expedición de esta noche las resolverá todas. ¡Ah! Aquí tenemos el carruaje, y la señorita Morstan en él. ¿Está usted listo? Pues será mejor que bajemos, porque ya pasa un poco de la hora.

Cogí mi sombrero y mi bastón más pesado, y observé que Holmes sacaba su revólver del cajón y se lo deslizaba en el bolsillo. Creía, obviamente, que nuestro trabajo de aquella noche podría entrañar complicaciones.

La señorita Morstan iba embozada en una capa oscura, y su delicado rostro estaba

sereno pero pálido. No habría sido mujer si no hubiera experimentado cierta ansiedad ante la extraña empresa en la que nos embarcábamos, y, sin embargo, su autocontrol era perfecto y respondió con presteza a las pocas preguntas adicionales que le hizo Sherlock Holmes.

—El comandante Sholto era íntimo amigo de mi padre —dijo—. Las cartas de papá estaban llenas de alusiones al comandante. Ambos ejercían el mando sobre las tropas de las islas Andamán, y tuvieron que convivir mucho el uno con el otro. Por cierto, en el escritorio de papá se encontró un curioso documento que nadie logró entender. No creo que tenga la menor importancia, pero pensé que tal vez le gustaría verlo y lo he traído conmigo. Aquí está.

Holmes desdobló con cuidado el papel y lo alisó encima de las rodillas. Después lo examinó metódicamente de cabo a rabo con su lupa de doble aumento.

—El papel ha sido fabricado en la India —comentó—. Estuvo en alguna ocasión clavado a un tablero. El diagrama que lo ocupa parece el plano de parte de un gran edificio con numerosas salas, corredores y pasadizos. En cierto punto del plano hay una crucecita hecha con tinta roja, y encima se lee «3,37 ala izquierda», escrito desvaídamente a lápiz. En la esquina izquierda hay un curioso jeroglífico, formado por cuatro cruces alineadas cuyos brazos se tocan. Al lado hay escrito, en caracteres muy torpes y burdos, «El signo de los cuatro: Jonathan Small, Mahomet Singh, Abdullah Khan, Dost Akbar». No, confieso que no veo qué relación pueda tener con el caso. Y, sin embargo, es evidentemente un documento importante. Debieron de guardarlo cuidadosamente dentro de una cartera, porque está tan limpio por un lado como por el otro.

—Lo encontramos dentro de su cartera.

—En tal caso, consérvelo con cuidado, señorita Morstan, por si pudiera resultarnos útil. Empiezo a sospechar que tal vez este asunto resulte a la postre más profundo y sutil de lo que supuse en un principio. Tengo que reconsiderar mis ideas.

Holmes se recostó en el carruaje, y pude ver por su ceño fruncido y su mirada absorta que estaba reflexionando intensamente. La señorita Morstan y yo cuchicheamos acerca de nuestra expedición y su posible desenlace, pero nuestro compañero mantuvo su impenetrable reserva hasta el final del viaje.

Era un atardecer de septiembre y todavía no habían dado las siete, pero el día había sido sombrío y una bruma densa y húmeda se abatía a poca altura sobre la gran ciudad. Nubes cenagosas se cernían tristemente sobre las calles embarradas. A lo largo del Strand las farolas solo eran vaporosas manchas de luz difusa que proyectaban un tenue resplandor circular sobre las viscosas aceras. El fulgor amarillo que brotaba de los escaparates se extendía por la atmósfera húmeda, y arrojaba una luz lúgubre, furtiva, sobre la concurrida calle. Había, a mi modo de ver, algo misterioso y fantasmal en el interminable cortejo de rostros que cruzaban fugaces a través de aquellas angostas franjas de luz: rostros tristes y alegres, demacrados y jubilosos. Al igual que todas las criaturas humanas, pasaban de las sombras a la luz y

regresaban de nuevo a las sombras. Yo no soy impresionable, pero aquel anochecer lúgubre y opresivo se unía al extraño asunto que nos ocupaba para irritarme y deprimirme. Por la manera de comportarse de la señorita Morstan advertí que a ella la invadían las mismas sensaciones. Solo Holmes era capaz de sobreponerse a ese tipo de influencias baladíes. Mantenía su cuaderno de notas apoyado abierto en las rodillas, y de vez en cuando apuntaba cifras y palabras a la luz de su linterna de bolsillo.

En el teatro Lyceum, el gentío se agolpaba ya junto a las puertas laterales. Ante la fachada principal traqueteaba una corriente ininterrumpida de cabriolés y coches de punto, de los que se apeaban hombres de impecables pecheras y mujeres enjoyadas y envueltas en estolas. Apenas habíamos alcanzado la tercera columna, punto de nuestra cita, cuando nos abordó un hombre bajo, moreno, decidido, en traje de cochero.

—¿Son ustedes las personas que vienen con la señorita Morstan? —nos preguntó.

—Yo soy la señorita Morstan, y estos dos caballeros son mis amigos —dijo la joven.

El hombre clavó en nosotros unos ojos extraordinariamente penetrantes e inquisitivos.

—Tendrá usted que disculparme, señorita —dijo en tono algo obstinado—, pero debe darme su palabra de que ninguno de sus acompañantes es agente de policía.

—Le doy mi palabra respecto a esto —respondió la joven.

El hombre emitió un potente silbido, y, al oírlo, un pillete condujo hasta nosotros un coche de punto y abrió la portezuela. El hombre que nos había abordado se subió al pescante, mientras nosotros nos acomodábamos en el interior. Apenas habíamos tenido tiempo de sentarnos, cuando el cochero fustigó al caballo, y nos precipitamos a toda velocidad por las calles llenas de niebla.

Era una situación extraña. Nos dirigíamos a un lugar desconocido, para una misión desconocida. Pero, o bien la invitación era enteramente un engaño —hipótesis inconcebible—, o bien teníamos buenas razones para creer que de aquella expedición podían derivar importantes consecuencias. El comportamiento de la señorita Morstan era tan resuelto y sosegado como siempre. Intenté animarla y distraerla con recuerdos de mis aventuras en Afganistán, pero, a decir verdad, estaba yo mismo tan excitado por nuestra situación y tan intrigado por el destino de nuestro viaje, que mis relatos resultaban un poco inconexos. Hasta el día de hoy ella asegura que le conté una emocionante anécdota acerca de un mosquete que se asomó a mi tienda en plena noche y al que yo disparé con un tigre de cañones. Al principio yo tenía cierta idea de la dirección que seguíamos, pero pronto, debido a la velocidad del carruaje, la niebla y mis limitados conocimientos de Londres, me desorienté, y solo supe que parecía tratarse de un trayecto muy largo. Sherlock Holmes, sin embargo, no fallaba una, e iba farfullando los nombres a medida que el coche cruzaba traqueteante las plazas y entraba y salía de tortuosos callejones.

—Rochester Row —decía—. Ahora Vincent Square. Ahora salimos a Vauxhall Bridge Road. Parece que nos dirigimos a Surrey. Sí, lo que yo pensaba. Ahora estamos en el puente. Se puede vislumbrar el río.

Tuvimos, en efecto, una visión fugaz de un trecho del Támesis, con las farolas brillando sobre las extensas y silenciosas aguas, pero nuestro carruaje seguía su rauda marcha y pronto nos sumergimos en un laberinto de calles de la otra orilla.

—Wordsworth Road —dijo mi compañero—. Priory Road. Lark Hall Lane. Stockwell Place. Robert Street. Cold Harbour Lane. Nuestro guía no parece llevarnos a zonas muy elegantes.

En efecto, habíamos llegado a un barrio sospechoso e inhóspito. Largas hileras de casas de ladrillo veían solo rota su monotonía por la deslumbrante luz y el chillón resplandor de las tabernas de las esquinas. Siguió una sucesión de casitas de dos plantas, todas con un minúsculo jardín en la parte delantera, y de nuevo interminables hileras de recientes y llamativos edificios de ladrillo: los monstruosos tentáculos con que la gigantesca urbe invadía el campo.

El coche se detuvo, por fin, ante la tercera puerta de una nueva hilera de casas. Ninguna de las otras estaba habitada, y aquella ante la cual paramos estaba tan oscura como sus vecinas, salvo un apagado resplandor en la ventana de la cocina.

Sin embargo, cuando llamamos, abrió al instante la puerta un criado hindú, ataviado con un turbante amarillo, una túnica blanca holgada y un fajín amarillo. Había algo extrañamente incongruente en aquella figura oriental enmarcada en el vulgar portal de una vivienda suburbial de ínfima categoría.

—El sahib les espera —dijo.

Y, mientras él hablaba, llegó hasta nosotros, procedente de una habitación interior, una voz aguda y cantarina.

—Hazlos pasar aquí, *khitmutgar* —decía—. Hazlos pasar directamente aquí.

## RELATO DEL HOMBRE CALVO

Seguimos al indio a lo largo de un sórdido pasillo, mal alumbrado y peor amueblado, hasta llegar a una puerta a la derecha, que él abrió de golpe. Nos envolvió un resplandor de luz amarilla, y en el centro del fulgor se erguía un hombrecillo de cráneo puntiagudo, rodeado todo él por una corona de cabellos rojos, de la que sobresalía, como emerge el pico de una montaña entre un bosque de abetos, una calva reluciente. El hombrecillo se estrujaba una con otra las manos, y las facciones de su rostro se movían convulsivamente, ora sonrientes, ora ceñudas, pero ni por un solo instante en reposo. La naturaleza lo había dotado de un labio colgante y de una hilera demasiado visible de dientes amarillos e irregulares, que intentaba ocultar en parte pasándose constantemente la mano por la parte inferior del rostro. A pesar de la llamativa calva, daba la impresión de ser joven. De hecho, acababa de cumplir treinta años.

—Servidor de usted, señorita Morstan —repetía una y otra vez con vocecita débil y chillona—. Servidor de ustedes, caballeros. Pasen, por favor, a mi pequeño sanctasanctórum. Pequeño, señorita, pero decorado a mi gusto. Un oasis de arte en el ululante desierto del sur de Londres.

Quedamos los tres estupefactos ante el aspecto de la habitación a la que nos había invitado a entrar. Parecía tan fuera de lugar en aquella casa lastimosa como un diamante de máxima pureza en una montura de latón. Las paredes estaban cubiertas por lujosos y resplandecientes tapices y cortinajes, recogidos en algunos puntos para exhibir una pintura espléndidamente enmarcada o un jarrón oriental. La alfombra era de tonalidades ámbar y negro, tan blanda y tan tupida que los pies se hundían con placer en ella, como en un lecho de musgo. Dos grandes pieles de tigre tendidas en el suelo acrecentaban la impresión de lujo oriental, igual que el enorme narguile que descansaba sobre una esterilla en un rincón. En el centro de la habitación, una lámpara en forma de paloma de plata pendía de un alambre dorado casi invisible. Al arder, impregnaba el aire de un aroma delicado y sutil.

—Señor Thaddeus Sholto —dijo el hombrecillo, entre respingos y sonrisas—. Este es mi nombre. Usted es la señorita Morstan, claro está. Y estos caballeros...

—El señor Sherlock Holmes y el doctor Watson.

—¡Vaya, un doctor! —exclamó muy excitado—. ¿Lleva usted el estetoscopio? ¿Podría pedirle...? ¿Tendría usted la amabilidad...? Abrigo serias dudas sobre mi válvula mitral. Estoy seguro de la aórtica, pero, si fuera usted tan amable, me gustaría conocer su opinión sobre la mitral.

Le ausculté el corazón, como me pedía, pero no encontré ninguna anomalía, salvo

que era víctima de un ataque de terror, pues temblaba de la cabeza a los pies.

—Parece estar normal —le dije—. No tiene usted motivos para inquietarse.

—Disculpe mi ansiedad, señorita Morstan —dijo él en tono displicente—. Sufro por todo, y abrigo desde hace tiempo recelos acerca del estado de esta válvula. Me encanta oír que son infundados. Si su padre, señorita Morstan, no hubiera exigido demasiado a su corazón, tal vez estaría todavía vivo.

Sentí deseos de cruzarle la cara, tal era la indignación que me produjo su brusca y desconsiderada referencia a un asunto tan delicado. La señorita Morstan se sentó, y su rostro adquirió una palidez mortal.

—El corazón me decía que mi padre había muerto —musitó.

—Puedo darles toda la información que deseen —dijo el hombrecillo—. Y, lo que es más, puedo hacerle justicia a la señorita, y lo voy a hacer, diga lo que diga mi hermano Bartholomew. Me alegro mucho de que estén aquí sus amigos, no solo como escolta, sino como testigos de lo que me dispongo a hacer y a decir. Entre los tres podemos plantar cara a mi hermano Bartholomew. Pero que no intervenga gente de fuera: ni policía ni funcionarios. Podemos resolverlo todo satisfactoriamente por nosotros mismos, sin que nadie se entrometa. Nada molestaría más a mi hermano Bartholomew que cualquier tipo de publicidad.

Se sentó en un pequeño sofá y nos miró interrogativamente con sus débiles ojos de un azul acuoso.

—Por mi parte —dijo Holmes—, nada de lo que usted vaya a decirnos saldrá de aquí.

Yo asentí con la cabeza para manifestar mi conformidad.

—¡Eso está bien! ¡Eso está bien! —dijo él—. ¿Me permite ofrecerle un vasito de chianti, señorita Morstan? ¿O de tokai? Son los únicos vinos que tengo. ¿Abro una botella? ¿No? Bien, espero que no tengan nada que oponer al aroma balsámico del tabaco oriental. Estoy un poco nervioso, y encuentro en mi narguile un inapreciable sedante.

Arrimó una vela a la gran cazoleta y el humo burbujeó alegremente a través del agua de rosas. Nosotros tres nos sentamos en semicírculo, con las cabezas hacia delante y los mentones apoyados en las manos, mientras aquel hombrecillo gesticulante y extraño, con su cráneo puntiagudo y reluciente, exhalaba inquietas bocanadas en el centro.

—Cuando me decidí a hacerle esta revelación —le dijo a la joven—, habría podido darle mis señas, pero temí que hiciera caso omiso de mis recomendaciones y que compareciera acompañada de personas desagradables. Por eso me tomé la libertad de planear la cita de modo tal que mi criado Williams tuviera ocasión de verla antes. Tengo absoluta confianza en su discreción, y tenía órdenes de no seguir adelante si algo no le satisfacía. Disculpen estas precauciones, pero soy un hombre de gustos algo retraídos, incluso podría decir que refinados, y no hay nada más antiestético que un policía. Siento un rechazo natural por todas las formas de grosero

materialismo. Casi nunca me pongo en contacto con las burdas multitudes. Vivo, como ven, rodeado de cierta atmósfera de elegancia. Podría calificarme a mí mismo de mecenas de las artes. Son mi debilidad. Este paisaje es un Corot auténtico, y, aunque tal vez un experto podría tener dudas respecto a este Salvator Rosa, el Bouguerea está fuera de discusión. Soy partidario de la escuela moderna francesa.

—Discúlpeme, señor Sholto —dijo la señorita Morstan—, pero estoy aquí a requerimiento suyo para enterarme de algo que desea contarme. Es muy tarde, y le agradecería que la entrevista fuera lo más breve posible.

—En el mejor de los casos, nos llevará algún tiempo —respondió él—, pues tendremos que ir sin duda a Norwood para ver a mi hermano Bartholomew. Está muy enfadado conmigo, porque he tomado la determinación que me ha parecido más correcta. Tuvimos palabras muy fuertes la noche pasada. No pueden imaginarse lo horrible que se pone cuando se enfada.

—Si tenemos que ir a Norwood —me aventuré a sugerir—, quizá sería mejor que nos pusiéramos en camino inmediatamente.

El hombrecillo se echó a reír hasta que se le enrojecieron las orejas.

—Esto sería difícil de llevar a cabo —exclamó—. No sé lo que diría mi hermano si los llevara ante él de forma tan repentina. No, antes debo prepararles a ustedes. Mostrándoles cuáles son nuestras respectivas posiciones. En primer lugar, debo advertirles que hay varios puntos de la historia que yo mismo ignoro. Solo puedo exponer los hechos hasta donde yo los conozco.

»Mi padre era, como deben de haber adivinado, el comandante John Sholto, que sirvió en el ejército de la India. Se retiró hace unos once años y se vino a vivir a Pondicherry Lodge, en Upper Norwood. Había prosperado en la India y se trajo una considerable suma de dinero, una extensa colección de valiosas curiosidades y una plantilla de criados indígenas. Con sus recursos se compró una casa, y vivió lujosamente. Mi hermano gemelo, Bartholomew, y yo éramos hijos únicos.

»Recuerdo muy bien la sensación que produjo la desaparición del capitán Morstan. Nosotros leímos los detalles en los periódicos, y, sabiendo que había sido amigo de nuestro padre, discutimos sin tapujos el caso en su presencia. Él solía participar en nuestras especulaciones sobre lo que podía haber sucedido. No sospechamos ni por un instante que mantuviera escondido en su corazón aquel secreto, que fuera la única persona en el mundo que conociera lo ocurrido a Arthur Morstan.

»Sí sabíamos, no obstante, que algún misterio, algún peligro real, amenazaba a nuestro padre. Le daba mucho miedo salir solo de casa, y siempre tenía empleados a dos boxeadores como porteros de Pondicherry Lodge. Williams, que les ha traído aquí esta noche, era uno de ellos. Había sido campeón de Inglaterra de peso ligero. Nuestro padre no nos confesó nunca cuál era el motivo de su miedo, pero sentía una notoria aversión por los hombres con pata de palo. En cierta ocasión llegó a disparar su revólver contra uno de ellos, que resultó ser un inofensivo comerciante en busca de

pedidos. Tuvimos que pagar una gran suma para echar tierra al asunto. Mi hermano y yo creímos al principio que se trataba de una mera manía, pero los acontecimientos que tuvieron lugar más tarde nos hicieron cambiar de opinión.

»A comienzos de 1882, mi padre recibió una carta de la India que le causó una gran conmoción. Casi se desmayó cuando la abrió durante el desayuno, y desde aquel día cayó enfermo, hasta acabar muriendo. Jamás descubrimos lo que contenía aquella carta, pero pude vislumbrar, mientras la sostenía en su mano, que era breve y estaba escrita con mala letra. Nuestro padre padecía desde hacía años de una inflamación del bazo, pero a partir de entonces empeoró rápidamente, y a finales de abril nos comunicaron que estaba desahuciado y que quería hacernos una última revelación.

»Cuando entramos en su habitación, se hallaba incorporado en la cama, con ayuda de varias almohadas, y respiraba con dificultad. Nos rogó que cerráramos la puerta y nos colocáramos uno a cada lado de su lecho. Entonces, cogiéndonos con fuerza las manos, nos hizo con la voz quebrada, tanto por la emoción como por el sufrimiento, una extraordinaria revelación. Intentaré repetírsela con sus propias palabras.

»—En este instante supremo —dijo—, solo hay una cosa que pesa sobre mi conciencia. El modo en que me he comportado con la huérfana del pobre Morstan. La condenada avaricia que ha sido a lo largo de toda mi vida mi mayor pecado me ha llevado a retener un tesoro del que por lo menos la mitad es suya. Y ni siquiera lo he utilizado, tan ciega y loca es la avaricia. La mera sensación de poseer el tesoro significaba tanto para mí que no podía soportar la idea de compartirlo con nadie. ¿Veis la diadema de perlas que hay junto al frasco de quinina? Ni siquiera de ella fui capaz de desprenderme, aunque la saqué con la intención de mandársela a la muchacha. Vosotros, hijos míos, le entregaréis una parte equitativa del tesoro de Agra. Pero no le enviéis nada, ni siquiera la diadema, hasta que yo no esté. A fin de cuentas, ha habido enfermos tan graves como yo que se han recuperado.

»—Os contaré cómo murió Morstan —prosiguió—. Hacía varios años que padecía del corazón, pero se lo ocultaba a todo el mundo. Solo yo lo sabía. En la India, debido a una increíble cadena de circunstancias, llegó a nuestras manos un importante tesoro. Yo me lo traje a Inglaterra, y, la noche en que Morstan llegó, se presentó aquí a reclamar su parte. Vino andando desde la estación, y lo recibió mi viejo y fiel Lal Chowdar, que ya ha muerto. Morstan y yo tuvimos diferencias de opinión acerca de la división del tesoro, y llegamos a discutir acaloradamente. En un ataque de furia, se levantó de un salto de la silla, y de pronto se llevó una mano al costado, su rostro se oscureció y cayó de espaldas, haciéndose un corte en la cabeza al golpearse contra una esquina del cofre que contenía el tesoro. Cuando me incliné sobre él, descubrí con horror que estaba muerto. Durante mucho rato permanecí allí sentado, aturdido, preguntándome qué debía hacer. Mi primer impulso fue, claro está, pedir ayuda, pero no podía dejar de reconocer que había muchas posibilidades de que me acusaran de asesinato. Su muerte en el curso de una pelea y la herida que tenía en



la cabeza serían fatales para mí. Además, no era posible una investigación oficial sin que salieran a la luz ciertos hechos relacionados con el tesoro, que yo estaba ansioso por mantener ocultos. Morstan me había asegurado que nadie en el mundo sabía adónde había ido. No parecía, pues, necesario que nadie en el mundo lo supiese jamás.

»—Aún seguía reflexionando sobre el asunto —prosiguió mi padre—, cuando, al levantar la mirada, vi a mi criado, Lal Chowdar, de pie en el umbral. Se deslizó en la habitación y cerró la puerta con pestillo. “No tema nada, sahib”, me dijo. “Nadie tiene por qué saber que usted lo ha matado. Ocultemos el cadáver, y ¿quién se va a enterar?”. “Yo no lo he matado”, le dije. Lal Chowdar movió la cabeza y sonrió. “Lo he oído todo, sahib”, dijo. “He oído la pelea, y he oído el golpe. Pero mis labios están sellados. Todos duermen en la casa. Deshagámonos entre los dos del cuerpo”. Aquello bastó para decidirme. Si mi propio criado no podía creer en mi inocencia, ¿qué esperanza tenía yo de probarla ante los doce insensatos mercachifles de un jurado? Lal Chowdar y yo nos deshicimos del cadáver aquella misma noche, y a los pocos días los periódicos de Londres hablaron extensamente de la misteriosa desaparición del capitán Morstan. Ya veis por qué afirmo que casi no tengo nada que censurarme. Mi culpa radica en que no ocultamos únicamente el cadáver, sino también el tesoro, y en que me he quedado, además de mi parte, la que le correspondía a Morstan. Por consiguiente, quiero que se la restituyáis. Aproximad vuestros oídos a mi boca. El tesoro está escondido en...

»En aquel mismo instante su expresión sufrió un cambio terrible. Sus ojos se abrieron desorbitados, dejó caer la mandíbula y chilló con una voz que no olvidaré mientras viva: “¡No le dejéis entrar! ¡Por los clavos de Cristo, no le dejéis entrar!”. Mi hermano y yo nos volvimos hacia la ventana que teníamos a nuestra espalda, donde nuestro padre tenía clavada la mirada. Surgiendo de la oscuridad, un rostro tenía los ojos fijos en nosotros. Pudimos distinguir la blancura de la nariz en el punto en que la oprimía contra el cristal. Era un rostro barbudo, hirsuto, de ojos salvajes y crueles, y tenía una expresión de concentrada malevolencia. Mi hermano y yo nos precipitamos hacia la ventana, pero el hombre había desaparecido. Cuando regresamos al lado de nuestro padre, la cabeza le había caído sobre el pecho y su corazón había dejado de latir.

»Aquella noche registramos el jardín, pero no encontramos rastro del intruso, salvo que, justo debajo de la ventana, era visible en un arriate de flores la huella de un solo pie. De no ser por esta huella, tal vez habríamos creído que aquel rostro salvaje y feroz era producto de nuestra imaginación. Muy pronto, sin embargo, tuvimos otra prueba más concluyente de que fuerzas secretas se movían a nuestro alrededor. A la mañana siguiente, apareció abierta su ventana; sus armarios y baúles habían sido revueltos, y sobre su pecho habían prendido un pedazo de papel con estas palabras garabateadas: “El signo de los cuatro”. Nunca supimos lo que significaba esta frase o quién pudo haber sido nuestro secreto visitante. Al parecer, no habían robado nada,

aunque lo habían revuelto todo. Obviamente, mi hermano y yo asociamos el curioso incidente al miedo que había obsesionado a mi padre durante toda su vida, pero sigue siendo para nosotros un completo misterio.

El hombrecillo interrumpió su relato para volver a encender el narguile, dio varias chupadas y permaneció pensativo unos instantes. Nosotros habíamos escuchado absortos su extraordinario relato. Al oír el escueto informe de la muerte de su padre, la señorita Morstan se había puesto intensamente pálida, y por un momento temí que fuera a desmayarse. Se recuperó, no obstante, al beber un vaso de agua que yo le serví en silencio de una garrafa veneciana que había en una mesita auxiliar. Sherlock Holmes se reclinó en su sillón con expresión abstraída, los párpados entrecerrados sobre sus ojos centelleantes. Mientras le observaba, no pude dejar de recordar que aquel mismo día se había lamentado amargamente de la vulgaridad de la vida. Aquí por lo menos se le presentaba un problema que pondría a prueba al máximo su sagacidad. El señor Thaddeus Sholto nos miraba a uno tras otro con evidente orgullo por el efecto que su relato había provocado, y luego lo reanudó, entre chupadas a su repleta pipa.

—Mi hermano y yo —dijo— estábamos, como pueden imaginar, muy ansiosos por encontrar el tesoro del que nos había hablado nuestro padre. A lo largo de semanas y de meses excavamos y removimos la tierra de todos los rincones del jardín, sin descubrir su paradero. Era desesperante pensar que el lugar del escondite estaba a punto de salir de los labios de mi padre en el momento en que murió. Podíamos deducir la magnificencia de las riquezas desaparecidas a partir de la diadema de perlas que nos había mostrado. A propósito de aquella diadema, mi hermano y yo sostuvimos una pequeña discusión. Evidentemente las perlas tenían gran valor, y él era reacio a desprenderse de ellas, porque, dicho sea entre amigos, también mi hermano padece una pequeña tendencia al vicio de nuestro padre. Pensaba, además, que si nos desprendíamos de la diadema, ello podría dar lugar a habladurías y acarrear finalmente complicaciones. Lo único que conseguí fue persuadirle de que me permitiera averiguar la dirección de la señorita Morstan y enviarle a intervalos determinados una perla suelta, para que al menos no pasara apuros.

—Fue una idea muy generosa por su parte —dijo nuestra acompañante con gravedad—. Ha sido usted extremadamente bondadoso.

El hombrecillo agitó la mano en un gesto de negación.

—Nosotros éramos sus fiduciarios —dijo—. Así es como yo veía la cuestión, aunque mi hermano Bartholomew no acabara de compartir este punto de vista. Teníamos muchísimo dinero. Yo no deseaba más. Por otra parte, habría sido de muy mal gusto brindar a una jovencita un trato tan mezquino. *Le mauvais goût mène au crime*. Los franceses tienen un modo muy preciso para expresar estas cosas. Nuestras diferencias de opinión respecto a este asunto llegaron a tal extremo que consideré preferible instalarme en un alojamiento propio; de modo que abandoné Pondicherry

Lodge, llevándome al viejo *khitmutgar* y a Williams. Ayer, sin embargo, me enteré de que había tenido lugar un acontecimiento de extraordinaria importancia. Ha aparecido el tesoro. Inmediatamente me puse en contacto con la señorita Morstan, y ahora solo resta trasladarnos a Norwood y reclamar nuestra parte. Anoche expuse mi decisión a mi hermano Bartholomew, de modo que, si no somos visitantes bienvenidos, al menos somos visitantes esperados.

El señor Thaddeus Sholto dejó de hablar y siguió agitándose en su lujoso sofá. Nosotros tres guardamos silencio, reflexionando en el nuevo giro que había dado aquel misterioso asunto. Holmes fue el primero en levantarse.

—Ha actuado usted bien, señor —dijo—, desde el principio hasta el fin. Es posible que, en contrapartida, nosotros podamos proyectar alguna luz sobre lo que para usted sigue oscuro. Pero, como ha observado la señorita Morstan, es tarde, y será mejor resolver la cuestión sin más demora.

Nuestro nuevo amigo enrolló muy pausadamente el tubo de su narguile y sacó de detrás de una cortina un largo gabán con el cuello y los puños de astracán. Se lo abrochó hasta arriba, a pesar de que la noche era bochornosa, y completó su atuendo encasquetándose un gorro de piel de conejo con orejeras, que solo dejaba al descubierto su rostro nervioso y enfermizo.

—Estoy un poco delicado de salud —señaló, mientras nos guiaba a lo largo del pasillo—. Me veo obligado a cuidarme mucho.

Nuestro coche nos esperaba delante de la casa, y era obvio que todo estaba programado de antemano, pues el cochero arrancó de inmediato y a buena marcha. Thaddeus Sholto no dejó de hablar un solo instante, elevando la voz por encima del traqueteo de las ruedas.

—Bartholomew es un tipo inteligente —dijo—. ¿Cómo creen que ha descubierto dónde estaba el tesoro? Había llegado a la conclusión de que estaba en algún punto del interior de la casa. Así pues, calculó el volumen cúbico de la misma y realizó mediciones por todas partes, de modo que no quedara fuera del cómputo ni una pulgada. Entre otras cosas, descubrió que el edificio medía setenta y cuatro pies, pero que si sumabas las alturas separadas de los pisos, teniendo en cuenta los espacios entre uno y otro, que estableció por sondeo, el total no rebasaba los setenta pies. Faltaban, por lo tanto, cuatro pies, que solo podían estar en la cima del edificio. Hizo un agujero en el techo de listones y yeso del piso más alto, y allí descubrió, en efecto, otra pequeña buhardilla, que había sido tapiada y que nadie conocía. En el centro descansaba sobre dos vigas el cofre del tesoro. Lo bajó a través del agujero y allí está. Él calcula el valor de las joyas en no menos de medio millón de libras esterlinas.

Al oír aquella cifra astronómica nos miramos los tres, boquiabiertos. Si lográbamos hacer reconocer sus derechos, la señorita Morstan pasaría de ser una pobre institutriz a ser la heredera más rica de Inglaterra. Sin duda cualquier buen amigo se habría alegrado al oír tales noticias, pero me avergüenza confesar que el egoísmo se adueñó de mi alma y que mi corazón se volvió tan pesado como el plomo.

Mascullé unas torpes palabras de felicitación, y quedé apesadumbrado, con la cabeza caída, sordo al parloteo de nuestro nuevo amigo. Este era, sin duda, un hipocondríaco de tomo y lomo, y yo era vagamente consciente de que me recitaba una interminable lista de síntomas y me suplicaba información acerca de la composición y los efectos de innumerables potingues de curanderos, algunos de los cuales llevaba consigo en el bolsillo dentro de un estuche de cuero. Espero que no recuerde ninguna de las respuestas que le di aquella noche. Holmes asegura que le previene contra el gran peligro de ingerir más de dos gotas de aceite de ricino, mientras le recomendaba grandes dosis de estriknina como sedante. En cualquier caso, me sentí aliviado cuando nuestro coche se detuvo bruscamente y el cochero bajó de un salto para abrirnos la portezuela.

—Señorita Morstan, hemos llegado a Pondicherry Lodge —dijo el señor Thaddeus Sholto, tendiéndole una mano para ayudarla a bajar.

## LA TRAGEDIA DE PONDICHERRY LODGE

Eran casi las once cuando llegamos a la etapa final de nuestra noche de aventuras. Habíamos dejado atrás la húmeda niebla de la gran ciudad, y la temperatura era bastante agradable. Soplaban un cálido viento del oeste, y pesados nubarrones surcaban lentamente el cielo, dejando que la media luna asomara de vez en cuando entre los claros. Había luz suficiente para ver a distancia, pero Thaddeus Sholto descolgó uno de los faroles laterales del carruaje para alumbrar mejor nuestro camino.

Pondicherry Lodge se alzaba en sus propios terrenos y estaba rodeada por un alto muro de piedra, coronado por cristales rotos. La única vía de acceso era una estrecha puerta de una sola hoja, revestida de hierro. A ella llamó nuestro guía con el típico rat tat de los carteros.

—¿Quién es? —gritó una ruda voz desde el interior.

—Soy yo, McMurdo. ¿No reconoces mi modo de llamar?

Se oyeron a continuación los rezongos de aquella voz y un sonido metálico y un rechinar de llaves. La puerta giró pesadamente hacia atrás, y un hombre de baja estatura y anchos hombros apareció en el umbral. La amarilla luz de la linterna iluminaba su rostro protuberante, y sus ojos recelosos y vivaces.

—¿Es usted, señor Thaddeus? Pero ¿quiénes son los otros? No tengo órdenes de mi señor para ellos.

—¿No, McMurdo? Me sorprende. Anoche le dije a mi hermano que vendría con unos amigos.

—No ha salido hoy de su habitación, señor Thaddeus, y no ha dado órdenes. Usted sabe que tengo que seguir las reglas. Puedo dejarlo entrar a usted, pero sus amigos tendrán que seguir donde están.

Era un obstáculo inesperado. Thaddeus Sholto miró a su alrededor, perplejo y con aire desvalido.

—¡Esto está muy mal por su parte, McMurdo! —dijo—. Yo respondo por ellos, y debería bastarle. Además hay una jovencita. No puede quedarse esperando a estas horas en la carretera.

—Lo siento mucho, señor Thaddeus —dijo el portero, inexorable—. Hay quien puede ser amigo de usted y no ser amigo de mi señor. Me paga bien para hacer mi deber, y yo hago mi deber. No conozco a ninguno de sus amigos.

—¡Oh, sí que conoce a uno, McMurdo! —exclamó Sherlock Holmes afablemente—. No creo que se haya olvidado de mí. ¿No recuerda al aficionado que peleó contra usted tres asaltos en los salones Alison la noche de su homenaje, hace cuatro años?

—¡No! ¡Sherlock Holmes! —bramó el boxeador—. ¡Santo Dios! ¿Cómo no lo he reconocido? Si en vez de quedarse allí tan calladito, se hubiera acercado y me hubiera dado uno de sus golpes cruzados en la mandíbula, seguro que lo habría reconocido. Ah, usted es alguien que ha estropeado sus talentos. ¡Lo ha hecho! Podría haber trepado alto, si le hubiera dado por la lucha libre.

—Ya ve usted, Watson —dijo Holmes, riendo—, que, si todo lo demás me falla, tengo abierta una de las profesiones científicas. Estoy seguro de que ahora nuestro amigo no nos obligará a pasar frío a la intemperie.

—Entre usted, señor, entre usted... usted y sus amigos —respondió—. Pido perdón, señor Thaddeus, pero órdenes son órdenes. Tenía que estar seguro de sus amigos, antes de dejar entrar.

Una vez dentro, un sendero de grava serpenteaba por un terreno desolado hasta la mole de una casa, cuadrada y vulgar, sumida en las sombras, salvo en una esquina donde un rayo de luna centelleaba en una ventana de la buhardilla. El enorme tamaño del edificio, con su aire lúgubre y su silencio mortal, helaba el corazón. Incluso Thaddeus Sholto se sentía inquieto, y el farol temblaba y se agitaba en su mano.

—No puedo entenderlo —dijo—. Tiene que haber algún error. Le expuse claramente a Bartholomew que vendríamos, y, sin embargo, no hay luz en su ventana. No sé qué pensar.

—¿Siempre tiene tan protegida la casa? —preguntó Holmes.

—Sí, ha seguido la costumbre de mi padre. Era su hijo preferido, ¿sabe?, y a veces pienso que pudo contarle algo que a mí nunca me contó. La ventana de Bartholomew es aquella donde se refleja el rayo de luna. Brilla mucho, pero me parece que no hay luz en el interior.

—No —dijo Holmes—. Pero veo un destello de luz en la ventanita contigua a la puerta.

—Ah, es la habitación del ama de llaves. Allí suele estar la anciana señora Bernstone. Ella podrá explicárnoslo todo. Pero ¿les importaría esperar aquí un par de minutos? Si entramos todos juntos, y no la han informado de nuestra llegada, puede alarmarse. Pero ¡silencio! ¿Qué es esto?

Levantó el farol, y su mano empezó a temblar de tal modo que los círculos de luz parpadearon y vacilaron a nuestro alrededor. La señorita Morstan me agarró por la muñeca, y todos quedamos inmóviles, con el corazón latiéndonos con fuerza y aguzando los oídos. Desde el interior del negro caserón llegaba, rasgando el silencio de la noche, el más triste y lastimero de los sonidos... el gemido agudo y entrecortado de una mujer aterrorizada.

—Es la señora Bernstone —dijo Sholto—. No hay otra mujer en la casa. Esperen aquí. Vuelvo dentro de un momento.

Corrió hasta la puerta y llamó a su modo característico. Vimos que le abría una mujer alta y anciana, que se tambaleó de emoción al verle.

—¡Oh, señor Thaddeus, cuánto me alegro de que haya venido! ¡Me alegro tanto

de que haya venido, señor Thaddeus...!

Oímos sus reiteradas exclamaciones de júbilo hasta que se cerró la puerta y su voz se desvaneció en un monótono murmullo.

Nuestro guía nos había dejado el farol. Holmes lo hizo girar despacio a nuestro alrededor y escudriñó con vivo interés la casa y los grandes montones de tierra removida que estorbaban el paso. La señorita Morstan y yo permanecemos juntos, y su mano estaba en la mía. El amor es algo maravilloso y sutil, porque nosotros dos, que no nos habíamos visto nunca hasta aquel día, que no habíamos cruzado una sola palabra ni siquiera una sola mirada de afecto, al llegar un momento de peligro nos habíamos cogido instintivamente de la mano. Más adelante me maravillé al recordarlo, pero en aquel instante me pareció lo más natural del mundo acercarme a ella, y, como me ha confesado a menudo, también en ella fue instintivo dirigirse a mí en busca de alivio y protección. De modo que seguimos allí, cogidos de la mano como dos chiquillos, y, a pesar de los siniestros elementos que nos rodeaban, la paz reinó en nuestros corazones.

—¡Qué lugar más extraño! —dijo ella, mirando a su alrededor—. Parece que hayan soltado aquí a todos los topos de Inglaterra. Vi algo semejante en la ladera de una colina, cerca de Vallarta, después de que pasaran por allí los buscadores de oro.

—Y por la misma causa —dijo Holmes—. Son los rastros que dejan los buscadores de tesoros. Tengan presente que lo han buscado durante seis años. No es de extrañar que el terreno parezca una gravera.

En aquel preciso instante se abrió bruscamente la puerta de la casa, y salió corriendo Thaddeus Sholto, con las manos extendidas hacia delante y el terror reflejado en los ojos.

—¡Algo le ha ocurrido a Bartholomew! —gritó—. ¡Estoy asustado! Mis nervios no aguantan más.

En efecto, gimoteaba de miedo, y el rostro crispado y sin energía que asomaba por el gran cuello de astracán tenía la expresión desamparada y suplicante de un niño aterrorizado.

—Entremos en la casa —dijo Holmes, en su tono seco y decidido.

—¡Sí, por favor! —imploró Thaddeus Sholto—. La verdad es que no me siento con fuerzas para dar instrucciones.

Todos le seguimos hasta la habitación del ama de llaves, que quedaba en el pasillo a mano izquierda. La anciana iba de un lado a otro, con ojos asustados y retorciéndose nerviosa las manos, pero la presencia de la señorita Morstan pareció ejercer un efecto tranquilizante sobre ella.

—¡Dios bendiga su rostro dulce y sereno! —exclamó con un sollozo histérico—. Verla a usted me hace bien. ¡Oh, hoy he sido puesta duramente a prueba!

Nuestra acompañante le dio unas palmaditas en la mano delgada, desgastada por el trabajo, y murmuró unas palabras de consuelo, amables y femeninas, que devolvieron el color a las exangües mejillas de la anciana.

—El señor se ha encerrado en su habitación y no me contesta —explicó—. He esperado todo el día a que llamara, porque a menudo le gusta estar solo, pero hace una hora he tenido miedo de que le hubiera ocurrido algo, de modo que he subido y he mirado por el ojo de la cerradura. Tiene que subir usted, señor Thaddeus, tiene que subir usted y mirar por sí mismo. He visto al señor Bartholomew en momentos alegres y en momentos desdichados, a lo largo de diez largos años, pero nunca le he visto con una cara así.

Sherlock Holmes cogió el farol y abrió la comitiva, ya que a Thaddeus Sholto le castañeteaban los dientes. Temblaba tanto que tuve que cogerle por el brazo al subir la escalera, porque se le doblaban las rodillas. Mientras ascendíamos, Holmes se sacó de pronto la lupa del bolsillo y examinó cuidadosamente unas huellas que a mí me parecían simples e informes manchas de polvo sobre la esterilla de fibra de coco que cubría la escalera. Él subía despacio, peldaño a peldaño, manteniendo el farol a poca altura, y lanzaba inquisitivas miradas a derecha e izquierda. La señorita Morstan se había quedado abajo con la asustada ama de llaves.

El tercer tramo de escalera terminaba en un pasillo estrecho y bastante largo, que tenía a la derecha un gran tapiz indio y a la izquierda tres puertas. Holmes avanzó por él con el mismo paso lento y metódico, mientras nosotros le seguíamos pegados a sus talones, y nuestras sombras se extendían, largas y negras, a nuestras espaldas. La tercera puerta era la que buscábamos. Holmes llamó sin obtener respuesta, y entonces intentó girar el picaporte y abrirlo a la fuerza. Sin embargo, la puerta estaba cerrada con llave por dentro, y habían corrido un cerrojo ancho y resistente, como vimos al aproximar la luz. Aunque habían dado vuelta a la llave, el ojo de la cerradura no estaba del todo tapado. Sherlock Holmes se inclinó hacia él y se volvió a incorporar en el acto con un respingo.

—Hay algo diabólico en esto, Watson —dijo, más alterado de lo que yo le había visto jamás—. ¿Qué opina usted?

Me agaché para mirar por el agujero y retrocedí horrorizado. La luz de la luna entraba a raudales en la habitación, iluminándola con un resplandor impreciso y cambiante. Justo delante de mis ojos y suspendido, por así decirlo, en el aire, ya que el resto del cuerpo permanecía en la sombra, había un rostro... el mismísimo rostro de nuestro compañero Thaddeus. Idéntico cráneo puntiagudo y reluciente, idéntica franja circular de cabello rojo, idéntico semblante exangüe, pero las facciones estaban torcidas en una horrible sonrisa, una sonrisa rígida y forzada que, en aquella habitación silenciosa e iluminada por la luna, crispaba más los nervios que un ceño fruncido o una mueca. El rostro se parecía tanto al de nuestro amigo que me volví a mirarle, para asegurarme de que realmente seguía con nosotros. Entonces recordé que había mencionado que su hermano y él eran gemelos.

—¡Es terrible! —le dije a Holmes—. ¿Qué debemos hacer?

—Hay que derribar la puerta —me contestó.

Y, precipitándose contra ella, cargó todo el peso de su cuerpo contra la cerradura,



que chirrió y crujió, pero sin ceder. De nuevo nos lanzamos contra la puerta, esta vez al unísono, y en esta ocasión el cerrojo saltó con un súbito chasquido, y nos encontramos dentro de la habitación de Bartholomew Sholto.

Parecía haber sido acondicionada como laboratorio químico. En la pared opuesta a la puerta había una doble hilera de frascos con tapones de cristal, y la mesa estaba abarrotada de quemadores Bunsen, tubos de ensayo y retortas. En los rincones había garrafas de ácido dentro de canastos de mimbre. Una parecía agrietada o rota, pues de ella escapaba un reguero de líquido oscuro, y el aire estaba impregnado de un olor peculiarmente acre, como de alquitrán. A un lado de la habitación había una escalera de mano entre un montón de listones y yeso, y encima de ella una abertura en el techo lo bastante ancha para que pudiera pasar un hombre. Al pie de la escalera, tirado de cualquier modo, se veía un largo rollo de cuerda.

Junto a la mesa, en un sillón de madera, yacía desplomado el señor de la casa, con la cabeza caída sobre el hombro izquierdo y aquella sonrisa horrenda e inescrutable en el rostro. Estaba rígido y frío, y era evidente que llevaba varias horas muerto. Me pareció que no solo sus facciones sino también todos sus miembros estaban retorcidos y contorsionados de la manera más fantástica. Junto a su mano yacía sobre la mesa un curioso instrumento: un recio palo marrón, con una empuñadura de piedra en forma de martillo, rudimentariamente sujeta con un burdo cordel. Al lado del bastón había una hoja arrancada de un bloc, con algunas palabras garabateadas. Holmes le echó una ojeada y me la pasó.

—Vea —me dijo, alzando significativamente las cejas.

A la luz del farol, leí con un estremecimiento de horror: «El signo de los cuatro».

—En nombre de Dios, ¿qué significa esto? —pregunté.

—Significa asesinato —dijo Holmes, inclinándose sobre el cadáver—. ¡Ah, ya lo imaginaba! ¡Mire esto!

Señaló una especie de larga espina negra clavada en la piel, justo encima de la oreja.

—Parece una espina —dije yo.

—Es una espina. Puede sacarla. Pero tenga cuidado, está envenenada.

La cogí con el dedo pulgar y el índice. Salió de la piel con tal facilidad que apenas dejó marca alguna. Solo una minúscula manchita de sangre señalaba el lugar del pinchazo.

—Todo esto es para mí un misterio insoluble —dije—. Cada vez se oscurece más en lugar de aclararse.

—Al contrario —replicó Holmes—, se aclara a cada instante. Solo me faltan unos pocos eslabones para que se ensamblen todos los elementos del caso.

Desde que entramos en la habitación, casi habíamos olvidado la presencia de nuestro acompañante. Permanecía de pie en el umbral de la puerta, la viva estampa del terror, retorciéndose las manos y gimoteando en voz baja. De pronto, sin embargo, dejó escapar un chillido agudo y quejumbroso.

—¡Ha desaparecido el tesoro! —dijo—. ¡Le han robado el tesoro! Lo bajamos por este agujero del techo. ¡Yo le ayudé! ¡Yo fui la última persona que le vio con vida! Le dejé aquí anoche, y, mientras bajaba la escalera, oí que cerraba la puerta con llave.

—¿A qué hora ocurrió eso?

—A las diez. Y ahora ha muerto, y llamarán a la policía, y sospecharán que yo he participado en el crimen. ¡Oh, sí, seguro que sospecharán de mí! Pero ustedes no lo creen, ¿verdad, caballeros? Ustedes no pueden pensar que he sido yo. ¿Cómo iba a traerlos aquí si hubiera sido yo? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Voy a volverme loco!

Agitó los brazos y dio una patada en el suelo, presa de un convulsivo frenesí.

—No tiene motivo para asustarse, señor Sholto —le dijo amablemente Sherlock Holmes, dándole unos golpecitos en el hombro—. Hágame caso. Vaya en el coche a la comisaría y denuncie el caso a la policía. Ofrézcase a ayudarles en todo. Nosotros esperaremos aquí su regreso.

El hombrecillo obedeció como avelado, y le oímos bajar a trompicones la escalera en la oscuridad.

## SHERLOCK HOLMES HACE UNA DEMOSTRACIÓN

—Ahora, Watson —dijo Holmes, frotándose las manos—, disponemos de media hora para nosotros. Aprovechémosla bien. Tengo el caso, como le he dicho, casi completo, pero no debemos pecar de exceso de confianza. Por muy sencillo que nos parezca en este momento, podría encerrar un secreto más profundo.

—¡Sencillo! —mascullé.

—Por supuesto —replicó, con cierto aire de profesor clínico dando una lección magistral a sus alumnos—. Usted siéntese en este rincón, para que sus pisadas no compliquen el panorama. ¡Y manos a la obra! En primer lugar, ¿cómo entraron esos individuos y cómo salieron? La puerta no se ha abierto desde anoche. Veamos la ventana. —Acercó el farol a ella, y siguió murmurando en voz alta sus observaciones, pero dirigiéndose más a sí mismo que a mí—: La ventana está cerrada por dentro. El marco es sólido. No hay bisagras laterales. Abrámosla. Ninguna tubería cercana. Tejado fuera de alcance. Sin embargo, alguien ha subido a esta ventana. Anoche llovió un poco. Aquí hay la huella de un pie en el alféizar. Y aquí hay una mancha circular de barro, y otra aquí en el suelo, y otra aquí al lado de la mesa. ¡Mire esto, Watson! ¡He aquí una verificación realmente interesante!

Observé las marcas de barro, redondas y precisas.

—Esto no son huellas de un pie —dije.

—Son algo mucho más valioso para nosotros. Es la impresión de una pata de palo. Vea aquí, en el alféizar, la huella de una bota, una bota pesada con ancho tacón de metal, y al lado la marca circular.

—Es el hombre de la pata de palo.

—Exacto. Pero hubo alguien más, un cómplice muy eficiente y capaz. ¿Podría usted escalar esta pared, doctor?

Me asomé a la ventana abierta. La luna proyectaba todavía su intensa luz sobre aquella esquina de la casa. Estábamos a más de sesenta pies del suelo, y, por mucho que miré, no vi un solo punto de apoyo, ni siquiera una grieta en la pared de ladrillo.

—Es completamente imposible —respondí.

—Sin ayuda, sí. Pero suponga que tuviera aquí arriba un amigo que le echara esa cuerda gruesa y resistente que veo en el rincón, y que atara el otro extremo a ese gran gancho de la pared. Creo que, en tal caso, si fuera usted un hombre animoso, podría trepar hasta aquí, incluso con una pata de palo. Saldría, claro está, del mismo modo, y su cómplice recogería la cuerda, la desataría del gancho, cerraría la ventana, la aseguraría por dentro, y se largaría por donde había venido. Como detalle de poca monta, cabe señalar —prosiguió, manoseando la cuerda— que nuestro amigo lisiado,

aunque sea un buen escalador, no es marinero profesional. No tiene ni con mucho las manos lo bastante callosas. Mi lupa revela más de una mancha de sangre, sobre todo hacia el final de la cuerda, de lo cual deduzco que se deslizó con tanta prisa que se desolló las manos.

—Todo esto está muy bien —dije—, pero el asunto se ha vuelto más incomprensible que nunca. ¿Qué me dice de ese misterioso cómplice? ¿Cómo entró él en la habitación?

—Sí, ¡el cómplice! —repitió meditabundo Holmes—. Este cómplice presenta rasgos interesantes. Gracias a él el caso se eleva por encima de lo vulgar. Me parece que este cómplice abre nuevos campos en los anales del crimen en nuestro país, aunque casos paralelos han surgido en la India y, si no me falla la memoria, en Senegambia.

—¿Cómo entró él aquí? —insistí—. La puerta está cerrada por dentro, la ventana es inaccesible. ¿Se introdujo por la chimenea?

—La boca es demasiado estrecha —me contestó—. Ya se me había ocurrido esa posibilidad.

—Entonces ¿cómo?

—No está aplicando mis reglas —dijo Holmes, sacudiendo la cabeza—. ¿Cuántas veces le he dicho que, cuando se ha eliminado lo imposible, aquello que resta, aunque improbable, tiene que ser cierto? Sabemos que no entró por la puerta, ni por la ventana, ni por la chimenea. También sabemos que no pudo haberse escondido en la habitación, porque no hay aquí escondite posible. ¿Por dónde entró, pues?

—¡Entró por el agujero del techo! —exclamé.

—Claro. Tuvo que hacerlo así. Ahora, si tiene la amabilidad de sostenerme el farol, ampliaremos nuestras pesquisas al cuarto de arriba, el cuarto secreto donde fue encontrado el tesoro.

Se subió a la escalera y, agarrándose con ambas manos a una de las vigas, se izó a pulso hasta la buhardilla. Entonces, tumbado de bruces, recuperó el farol y lo sostuvo mientras yo le seguía.

El cuarto donde nos encontrábamos mediría unos tres metros en un sentido y casi dos en el otro. El suelo lo formaban las vigas, entre las que había una delgada capa de listones y yeso, de modo que para andar uno tenía que asentar el pie de viga en viga. El techo terminaba en punta y era obviamente el armazón interior del verdadero tejado de la casa. No había ningún mueble, y el polvo de años se acumulaba sobre el suelo.

—Aquí está, ¿la ve? —me preguntó Holmes, apoyando una mano en el muro inclinado—. Es una trampilla que conduce al tejado. La empujo, y aquí tenemos el tejado, de suave pendiente. Por aquí entró, pues, el Número Uno. Veamos si podemos descubrir otras huellas de este personaje.

Depositó el farol en el suelo, y entonces vi, por segunda vez aquella noche, una expresión de alarma y de sorpresa en su rostro. Al seguir la dirección de su mirada,

sentí que se me helaba la sangre en las venas. El suelo estaba enteramente cubierto de huellas de un pie descalzo: huellas claras, definidas, perfectamente dibujadas, pero de apenas la mitad del tamaño del pie de un hombre normal.

—Holmes —cuchicheé—. ¡Ha sido un niño quien ha llevado a cabo ese crimen horrible!

Mi amigo había recuperado en un instante el dominio de sí mismo.

—En un primer momento he quedado estupefacto —reconoció—, pero el asunto no tiene nada de particular. Si no me hubiera fallado la memoria, habría podido predecirlo. Aquí no encontraremos nada más. Bajemos.

—¿Cuál es, pues, su teoría sobre esta huella? —le pregunté ansioso, cuando estuvimos de nuevo en la habitación inferior.

—Intente llevar a cabo un pequeño análisis por sí mismo, querido Watson —me dijo con un toque de impaciencia—. Usted conoce mis métodos. Aplíquelos, y será instructivo comparar nuestros resultados.

—No se me ocurre nada que explique todos los hechos.

—Pronto le resultarán suficientemente claros —dijo con brusquedad—. Creo que aquí no queda nada importante, pero echaré una ojeada.

Sacó su lupa y una cinta métrica, y recorrió apresurado la habitación de rodillas, midiendo, comparando, escudriñando, con su nariz larga y delgada a unas pulgadas del entarimado, y sus ojillos brillantes y hundidos como los de un pájaro. Sus movimientos eran tan veloces, silenciosos y furtivos, tan parecidos a los de un sabueso venteando el rastro de su presa, que no pude dejar de pensar qué terrible criminal habría sido de haber empleado su energía y su sagacidad en burlar la ley, en lugar de emplearlas en defensa de la misma. Mientras buscaba de aquí para allá, seguía refunfuñando para sí, hasta que dejó escapar por fin un estrepitoso alarido de júbilo.

—Estamos realmente de suerte —gritó—. No deberíamos tener ya muchos problemas. El Número Uno ha tenido la mala fortuna de pisar la creosota. Vea la silueta de su piececito aquí, junto a ese engrudo maloliente. La garrafa se ha agrietado, como puede observar, y la sustancia se ha expandido por el suelo.

—¿Y qué?

—Pues que ya le tenemos. Eso es todo. Conozco a un perro que seguiría ese rastro hasta el fin del mundo. Si una jauría es capaz de seguir a través de todo un condado el rastro de un arenque arrastrado por el suelo, ¿hasta dónde podrá seguir un sabueso adiestrado un olor tan penetrante como este? Es como un elemento de una regla de tres. El resultado nos proporcionará al... ¡Vaya! Aquí tenemos a los representantes autorizados de la ley.

Llegaba desde la planta baja un rumor de fuertes pisadas y recias voces, y la puerta del vestíbulo se cerró con estrépito.

—Antes de que lleguen —dijo Holmes—, ponga la mano aquí, en el brazo de este desdichado, y aquí en la pierna. ¿Qué nota?

—Los músculos están duros como la piedra —respondí.

—Efectivamente. Están extremadamente contraídos, excediendo en mucho el usual rígor mortis. Si a esto añadimos la distorsión del rostro, esa sonrisa hipocrática, o *risus sardonicus*, como la llamaban los autores de la Antigüedad, ¿qué conclusión le sugiere todo esto?

—Muerte por algún potente alcaloide vegetal —respondí—, alguna sustancia similar a la estriknina, que le habría provocado el tétanos.

—Fue la idea que se me ocurrió en cuanto vi los contraídos músculos del rostro. Por eso, al entrar en la habitación, indagué de qué modo habían introducido la sustancia en el organismo. Como usted vio, descubrí una espina, que le habían clavado o disparado con no mucha fuerza en el cuero cabelludo. Observe que el lugar donde se la clavaron era la parte de la cabeza que debía de tener girada hacia el agujero del techo, si estaba erguido en el sillón. Ahora examine la espina.

La cogí con cuidado y la acerqué a la luz del farol. Era larga, afilada y negra, y cerca del extremo presentaba un aspecto vidrioso, como si una sustancia viscosa se hubiera secado allí. El otro extremo había sido cortado y redondeado con un cuchillo.

—¿Es una espina inglesa? —preguntó.

—No, desde luego que no.

—Con todos estos datos, debería poder sacar usted alguna conclusión. Pero aquí están las fuerzas regulares, de modo que las auxiliares deben batirse en retirada.

Mientras Holmes decía estas palabras, los pasos, que se habían ido aproximando, resonaron ya en el pasillo, y un hombre muy fornido y corpulento, con traje gris, entró a pesadas zancadas en la habitación. Era rubicundo, fuerte y pletórico, con un par de ojillos centelleantes, que escudriñaban suspicaces entre párpados hinchados que formaban bajo ellos grandes bolsas. Le seguían de cerca un inspector de uniforme y el tembloroso Thaddeus Sholto.

—¡Vaya asunto! —exclamó con voz apagada y ronca—. ¡Vaya endemoniado asunto! Pero ¿quiénes son todos esos? ¡Vaya, la casa parece tan abarrotada como una conejera!

—Creo que tiene que acordarse usted de mí, señor Athelney Jones —dijo Holmes con suavidad.

—¡Pues claro que sí! —resolló—. El señor Sherlock Holmes, el teorizador. ¡Acordarme de usted! Jamás olvidaré la conferencia que nos dio sobre causas y deducciones y efectos en el caso de la joya de Bishopgate. Es verdad que usted nos puso en el camino correcto, pero debe reconocer que se debió más a la suerte que a una buena orientación.

—Fue un ejemplo de razonamiento muy sencillo.

—¡Bueno, bueno! No debe avergonzarse de reconocerlo. Pero ¿qué es todo esto? ¡Feo lío! Aquí puros hechos y nada de teorías. ¡Vaya suerte que resultara estar yo en Norwood para otro caso! Me encontraba en la comisaría cuando llegó el aviso. ¿De qué cree que ha muerto el tipo?

—Oh, se trata de un caso sobre el que difícilmente puedo teorizar —dijo Holmes con sequedad.

—No, no, claro. Pero no puedo negar que usted da algunas veces en el clavo. ¡Diantres! Puerta cerrada, he entendido. Joyas de medio millón de libras desaparecidas. ¿Cómo estaba la ventana?

—Cerrada, pero hay huellas en el alféizar.

—Bueno, bueno, si estaba cerrada, las huellas no pueden tener nada que ver. Es de sentido común. El hombre pudo haber muerto de un síncope, pero han desaparecido las joyas. ¡Ah! Tengo una teoría. A veces tengo esas súbitas revelaciones. Salga, sargento, y usted también, señor Sholto. Su amigo puede quedarse. ¿Qué opina usted de esto, Holmes? Sholto estuvo, según su propia confesión, con su hermano ayer noche. El hermano la palmó de repente, y Sholto se largó con el tesoro. ¿Qué le parece?

—Y el muerto tuvo la amabilidad de levantarse y cerrar la puerta por dentro.

—¡Hum! Algo no cuadra. Apliquemos sentido común al asunto. Thaddeus Sholto estuvo con su hermano; hubo una pelea. Eso lo sabemos. El hermano está muerto y las joyas han desaparecido. Eso también lo sabemos. Nadie vio al hermano desde que Thaddeus le dejó. Nadie ha dormido en su cama. Thaddeus está evidentemente trastornadísimo. Su aspecto es... bueno, nada tranquilizador. Ya ve que estoy estrechando mis redes alrededor de Thaddeus. La trampa empieza a cerrarse sobre él.

—Todavía no posee usted todos los datos —dijo Holmes—. Esta astilla de madera, que tengo motivos para creer que está envenenada, apareció en el cuero cabelludo del difunto, donde aún se distingue la señal; esta tarjeta de presentación, con la inscripción que ve, estaba encima de la mesa, y a su lado yacía ese curioso instrumento con cabeza de piedra. ¿Cómo encaja todo en su teoría?

—La confirma a todos los respectos —dijo pomposamente el gordo detective—. La casa está llena de curiosidades de la India. Thaddeus subió el arma aquí arriba, y, si la espina está envenenada, él ha podido hacer tanto uso asesino de ella como cualquier otro hombre. La tarjeta es un camelo, una trampa. La única cuestión es: ¿cómo se largó él de aquí? Ah, claro, hay un agujero en el techo.

Con considerable energía, si tenemos en cuenta su volumen, subió por la escalera y se escurrió dentro de la buhardilla, e inmediatamente después le oímos proclamar exultante que había encontrado la trampilla.

—A veces es capaz de descubrir algo —comentó Holmes, encogiéndose de hombros—. Tiene ocasionales destellos de cordura. *Il n'y a pas de sots si incommodes que ceux qui ont de l'esprit.*

—¿Lo ve? —gritó Athelney Jones, reapareciendo en lo alto de la escalera—. A fin de cuentas, hechos valen más que teorías. Mi opinión sobre el caso queda confirmada. Hay una trampilla que comunica con el tejado y está en parte abierta.

—Fui yo quien la abrió.

—¡Vaya! ¿La había descubierto, pues? —La noticia pareció provocar en él cierta

decepción—. Bueno, fuera quien fuese el que la descubrió, demuestra cómo se largó nuestro hombre. ¡Inspector!

—Sí, señor —se oyó una voz desde el pasillo.

—Dígale al señor Sholto que entre. Señor Sholto, es mi deber informarle de que cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra. Le arresto en nombre de la Reina por estar involucrado en la muerte de su hermano.

—¡Vean! ¿No se lo dije? —exclamó el pobre hombrecillo, extendiendo las manos y mirándonos a uno y a otro.

—No se preocupe por esto, señor Sholto —dijo Holmes—. Creo poder comprometerme a demostrar su inocencia.

—No prometa demasiado, señor teorizador, no prometa demasiado —exclamó con brusquedad el detective—. Tal vez le resulte una tarea más ardua de lo que imagina.

—No solo demostraré la inocencia del señor Sholto, sino que le obsequiaré a usted, desinteresadamente, con el nombre y la descripción de uno de los dos hombres que estuvieron en esta habitación la pasada noche. Tengo buenas razones para creer que se llama Jonathan Small. Es un tipo poco instruido, enjuto, activo, le falta la pierna derecha y lleva una pata de madera algo desgastada por la parte interior. Su bota izquierda tiene una tosca suela de punta cuadrada, con una tira de hierro alrededor del talón. Es un hombre de mediana edad, muy bronceado, y ha estado en prisión. Estos pocos detalles, junto al dato de que le falta bastante piel en la palma de las manos, tal vez puedan serle de alguna ayuda. En cuanto al otro hombre...

—¡Ah! ¿Tenemos otro hombre? —inquirió Athelney con sorna, pero impresionado a su pesar, según pude adivinar, por la precisión con que actuaba Holmes.

—El otro hombre es un tipo bastante curioso —prosiguió Holmes, dando media vuelta—. Espero tener ocasión de presentárselos muy pronto a los dos. Watson, quiero hablar un momento con usted.

Me condujo a lo largo del pasillo, hasta llegar a la escalera, y me dijo:

—Este hecho inesperado nos ha desviado bastante del propósito inicial de nuestro viaje.

—Lo mismo estaba pensando —respondí—. No es conveniente que la señorita Morstan permanezca en este caserón siniestro.

—No. Debe acompañarla usted a casa. Vive con la señora de Cecil Forrester en Lower Camberwell, no muy lejos. Yo le esperaré aquí, si piensa regresar. ¿O está demasiado cansado?

—Ni soñarlo. No creo poder descansar hasta que sepa más datos de esta increíble historia. He visto algunas cosas del lado más duro de la vida, pero le aseguro que la vertiginosa sucesión de extrañas sorpresas que hemos vivido esta noche me ha alterado por completo los nervios. Sin embargo, ya que he llegado tan lejos, me gustaría seguir con usted el asunto hasta el final.



—Su presencia me será de gran ayuda —me dijo—. Resolveremos el caso independientemente, por nuestra cuenta, y dejaremos que el tipejo de Jones exulte con cualquier patochada que se le ocurra inventar. Cuando haya dejado usted a la señorita Morstan, me gustaría que fuera al número 3 de Pinchin Lane, cerca del río, en Lambeth. En la tercera casa de la derecha hay un disecador de pájaros. Se llama Sherman. Verá en el escaparate una comadreja con un gazapo en la boca. Despierte al viejo Sherman, preséntele mis saludos y dígame que necesito enseguida a Toby. Traiga a Toby consigo en el coche.

—Un perro, supongo.

—Sí, un singular perro callejero con un asombroso poder olfativo. Prefiero la ayuda de Toby a la de toda la policía de Londres.

—En tal caso se lo traeré —dije—. Ahora es la una. Si consigo un caballo de repuesto, puedo estar de regreso antes de las tres.

—Y yo —dijo Holmes— veré lo que puedo sonsacar a la señorita Bernstone y al criado indio, que, según me ha dicho el señor Thaddeus, duerme en la buhardilla contigua. Después estudiaré los métodos del gran Jones y escucharé sus poco delicados sarcasmos. *Wir sind gewohnt, dass die Menschen verhöhnen, was sie nicht verstehen*. «Estamos acostumbrados a ver que los hombres desprecian lo que no comprenden». Goethe no tiene desperdicio.

## EL EPISODIO DEL TONEL

Los policías habían llegado en coche de punto, y lo utilicé para acompañar a la señorita Morstan a su casa. De acuerdo con el estilo angelical de las mujeres, había soportado los momentos difíciles con semblante sereno mientras hubo alguien más débil a quien apoyar, y la encontré animosa y tranquila al lado de la asustada ama de llaves. Ya en el coche, sin embargo, primero se derrumbó y luego rompió en apasionado llanto, tanto la habían afectado las aventuras de la noche. Más adelante me diría que le parecí frío y distante durante el viaje. Poco sospechaba la lucha que se libraba dentro de mi pecho, o los esfuerzos que tuve que hacer para contener mis impulsos. Mis simpatías y mi amor iban hacia ella, como lo había hecho mi mano en el jardín. Sentía que ni años de cómoda cotidianidad podrían hacerme conocer tan bien su dulzura y su valor como aquel único día de extrañas experiencias. Pero había dos pensamientos que sellaban mis labios a las palabras de afecto. La joven estaba débil y desvalida, tenía la mente y los nervios trastornados. Imponerle mi amor en aquellos momentos era aprovecharme de la situación. Había algo peor, ella era rica. Si las pesquisas de Holmes tenían éxito, se convertiría en una rica heredera. ¿Era justo, era honorable, que un cirujano con media paga se aprovechara de una intimidad que solo el azar le había proporcionado? ¿No me tomaría ella por un vulgar cazadotes? Yo no podía correr el riesgo de que un pensamiento de esta índole cruzara por su mente. El tesoro de Agra se interponía como una infranqueable barrera entre nosotros.

Eran casi las dos cuando llegamos a casa de la señora de Cecil Forrester. Los criados se habían retirado hacía horas, pero la señora Forrester estaba tan intrigada por el extraño mensaje que había recibido la señorita Morstan, que se había quedado despierta esperando su regreso. Nos abrió la puerta ella misma. Era una mujer agradable, de mediana edad, y me alegró ver con cuánta ternura rodeaba con un brazo la cintura de la joven y lo maternal que era la voz con que le dio la bienvenida. Evidentemente la señorita Morstan no era solo una empleada, sino una estimada amiga. Cuando me la presentaron, la señora Forrester me suplicó encarecidamente que entrara y le contara nuestras aventuras. Le expliqué, no obstante, cuán importante era el encargo que me habían encomendado, y le prometí lealmente ir a informarla de cualquier progreso que pudiéramos realizar. Mientras me alejaba eché una mirada atrás, y me pareció ver todavía el pequeño grupo en el umbral: las dos encantadoras figuras entrelazadas, la puerta entreabierta, la luz del vestíbulo brillando a través del vidrio de colores, el barómetro y las brillantes varillas de la alfombra de escalera. Era reconfortante echar una ojeada, aunque pasajera, a un hogar inglés, en medio de un

asunto brutal y sombrío como aquel en que estábamos comprometidos.

Y cuanto más pensaba en lo ocurrido, más brutal y más sombrío me parecía. Repasé la increíble sucesión de acontecimientos, mientras el coche traqueteaba por las calles silenciosas y alumbradas con farolas de gas. El problema inicial estaba ahora resuelto. Habíamos aclarado la muerte del capitán Morstan, el envío de las perlas, el anuncio, la carta. Pero aquello nos había conducido a otro misterio más profundo y mucho más trágico. El tesoro indio, el curioso plano encontrado en el equipaje de Morstan, la extraña escena de la muerte del comandante Sholto, el redescubrimiento del tesoro, seguido del inmediato asesinato del descubridor, los singularísimos detalles del crimen, las huellas de pisadas, las sorprendentes armas, las palabras del papel, que coincidían con las del plano del capitán Morstan... Todo constituía un laberinto del que un hombre menos excepcionalmente dotado que mi compañero de alojamiento podía desesperarse en vano por encontrar la salida.

Pinchin Lane era una hilera de destartaladas casas de ladrillo, de dos plantas, en el barrio más mísero de Lambeth. Tuve que llamar varias veces a la puerta del número 3 sin obtener respuesta. Por fin, no obstante, brilló el destello de una vela detrás de la persiana, y se asomó una cara a la ventana superior.

—Lárgate ya, vagabundo borracho —dijo la cara—. Si armas más follón, abro la perrera y te suelto cuarenta y tres perros.

—Si suelta solo uno, es exactamente a lo que vengo —dije.

—¡Lárgate! —aulló la voz—. Vive Dios que tengo un palo en este saco y te parto con él la crisma si no te las piras.

—Quiero un perro —grité.

—Basta de chirigotas —bramó el señor Sherman—. Está claro. Cuando yo diga «tres», ahí va el palo.

—El señor Sherlock Holmes... —empecé a decir.

Estas palabras surtieron un efecto mágico, porque la ventana se cerró al instante, y un minuto después habían desatracado y abierto la puerta. El señor Sherman era un viejo larguirucho y flaco, cargado de espaldas, con el cuello nervudo y unas gafas azules.

—Un amigo del señor Sherlock es siempre bienvenido —dijo—. Entre, caballero. No se acerque al tejón, porque muerde. Ah, picarón, picarón, ¿quieres echarle un bocado al caballero? —añadió, dirigiéndose a un armiño, que asomaba su perversa cabeza y sus rojos ojillos entre los barrotes de la jaula—. No se preocupe, caballero; solo es un lución. No tiene colmillos, y lo suelto a dar vueltas por el cuarto porque se zampa los escarabajos. No tiene que enfadarse porque al principio yo lo haya tratado un poco mal. Los niños me toman el pelo, y muchos vienen a golpear mi puerta para despertarme. ¿Qué quiere el señor Sherlock Holmes, caballero?

—Uno de sus perros.

—¡Ah! Será Toby.

—Sí, se llama Toby.

—Toby vive en el número 7, aquí a la izquierda.

Avanzó despacio con la vela por entre la singular familia de animales que había reunido a su alrededor. A la luz tenue y vacilante, pude distinguir confusamente que nos acechaban ojos brillantes y relucientes desde todos los recovecos y rincones. Hasta en las vigas que cruzaban por encima de nuestras cabezas se alineaban unas aves solemnes, que descargaban perezosamente su peso de una a otra pata cuando nuestras voces perturbaban su sueño.

Toby resultó ser un bicho feo, pelilargo, orejicaído, mitad spaniel y mitad perro callejero, de color marrón y blanco, y con un caminar muy torpe y desmañado. Tras algunas vacilaciones, aceptó el terrón de azúcar que el viejo naturalista me había pasado para que yo se lo diera y, sellada así nuestra alianza, me siguió hasta el coche y no puso dificultad alguna en acompañarme. Acababan de dar las tres en el reloj de Palacio cuando me encontré de regreso en Pondicherry Lodge. Supe que el ex campeón de boxeo McMurdo había sido arrestado como cómplice, y que a él y al señor Sholto se los habían llevado a la comisaría. Dos agentes montaban guardia en la estrecha puerta, pero me dejaron entrar con el perro en cuanto mencioné el nombre del detective.

Holmes estaba de pie en el umbral, con las manos en los bolsillos y fumando su pipa.

—Vaya, ¡aquí lo trae! —dijo—. ¡Gran perro este! Athelney Jones se ha ido. Hemos tenido un inmenso despliegue de energía desde que usted se ha ido. No solo han detenido al amigo Thaddeus, sino también al portero, al ama de llaves y al criado indio. Tenemos la casa a nuestra disposición, salvo un sargento que está arriba. Deje el perro aquí y suba conmigo.

Atamos a Toby a la mesa del vestíbulo y volvimos al piso superior. La habitación seguía tal como la habíamos dejado, pero habían cubierto la figura central con una sábana. Un sargento con rostro cansado estaba recostado en un rincón.

—Présteme su linterna, sargento —dijo mi compañero—. Ahora áteme este pedazo de cuerda alrededor del cuello, de modo que cuelgue por delante. Gracias. Ahora me quitaré las botas y los calcetines. Usted los llevará abajo, Watson. Voy a hacer una pequeña escalada. Moje mi pañuelo en la creosota. Así bastará. Ahora suba un momento conmigo a la buhardilla.

Subimos gateando por el agujero. Holmes proyectó una vez más su luz sobre las huellas que había en el polvo.

—Quiero que se fije especialmente en estas pisadas —dijo—. ¿No observa nada peculiar en ellas?

—Pertenecen —dije— a un niño o a una mujer menuda.

—Y, aparte del tamaño, ¿no ve nada más?

—Las encuentro muy parecidas a cualquier otra huella.

—En absoluto. ¡Mire aquí! En el polvo hay una huella de un pie derecho. Ahora haré otra al lado con mi pie desnudo. ¿Cuál es la principal diferencia?

—Sus dedos están muy juntos. En la huella del otro pie los dedos están visiblemente separados.

—Exacto. Ese es el dato. Téngalo presente. Y ahora, ¿quiere acercarse a la trampa y oler el borde del marco? Yo me quedaré aquí, con ese pañuelo en la mano.

Hice lo que me había indicado y percibí inmediatamente un fuerte olor a alquitrán.

—Aquí es donde puso el pie al salir. Si usted ha sido capaz de seguir su rastro, no creo que Toby tenga dificultades. Ahora corra abajo, suelte al perro, y observe bien, porque verá una actuación digna del gran equilibrista Blondin.

Cuando salí al parque, Holmes ya estaba en el tejado, y me pareció una enorme luciérnaga que reptara muy despacio a lo largo del borde. Le perdí de vista detrás de un grupo de chimeneas, pero reapareció enseguida, y luego desapareció de nuevo por el lado opuesto. Di la vuelta a la casa y me lo encontré sentado en una de las esquinas del alero.

—¿Es usted, Watson? —me gritó.

—Sí.

—Este es el lugar. ¿Qué es ese objeto negro de ahí abajo?

—Un tonel de agua.

—¿Con tapa?

—Sí.

—¿Ni rastro de escalera?

—No.

—¡Condenado individuo! Es el lugar más adecuado para romperse la crisma. Pero tengo que ser capaz de bajar por donde él fue capaz de subir. La tubería parece bastante sólida. Allá voy, y que sea lo que Dios quiera.

Se oyó el ruido de unos pies al deslizarse y la linterna empezó a bajar a un ritmo constante por la superficie de la pared. Después Holmes alcanzó con un saltito el tonel, y otro lo llevó de este al suelo.

—Ha sido fácil seguir su rastro —dijo, poniéndose los calcetines y las botas—. Había tejas sueltas a lo largo de todo el recorrido, y con las prisas se le cayó esto, que, como dicen ustedes los médicos, confirma mi diagnóstico.

El objeto que me tendió era una bolsita o un zurrón, tejido con fibras vegetales de colores y con unas llamativas cuentas prendidas alrededor. Por su forma y color se parecía a una pitillera. Dentro había media docena de espinas de madera oscura, afiladas por un extremo y redondeadas por el otro, como la que había herido a Bartholomew Sholto.

—Son unos artefactos infernales —dijo Holmes—. Tenga cuidado de no pincharse. Estoy encantado de tenerlas en mi poder, porque es posible que él no disponga de más. Y disminuye el peligro de que usted o yo nos encontremos una de estas espinas clavada en la piel. Por mi parte, preferiría enfrentarme a un cartucho Martini. ¿Se anima a emprender una caminata de seis millas, Watson?

—Por supuesto.

—¿Lo soportará su pierna?

—¡Oh, sí!

—¡Aquí estás, perrito! ¡Viejo y buen Toby! ¡Huele esto, Toby, huélelo!

Holmes puso el pañuelo empapado en creosota bajo el hocico del perro, mientras el animal mantenía las peludas patas separadas y la cabeza ladeada en un gesto cómico, como un *connaisseur* olfateando el *bouquet* de una añada famosa. Entonces Holmes tiró el pañuelo muy lejos, ató una fuerte cuerda al collar del animal y lo llevó hasta el pie del tonel. Al instante, el chucho prorrumpió en una sucesión de agudos y trémulos aullidos, y, con el hocico pegado al suelo y el rabo enhiesto en el aire, echó a correr siguiendo el rastro, a una velocidad que mantenía tirante la trailla y nos forzaba a apresurarnos hasta perder el resuello.

Gradualmente había empezado a clarear por el este, y a la fría luz del amanecer podíamos ver a cierta distancia. El caserón cuadrado y macizo, con sus ventanas negras y vacías, y sus altos muros desnudos, se alzaba, triste y desolado, a nuestras espaldas. Nuestra carrera nos llevó a través de todo el parque, entre los socavones y las zanjas que lo surcaban y estropeaban. Todo aquel lugar, con sus dispersos montones de tierra y sus raquítricos matorrales, presentaba un aspecto ruinoso y nefasto, que armonizaba con la negra tragedia que se cernía sobre él.

Al llegar a la tapia que limitaba el parque, Toby corrió a lo largo de la misma, aullando impaciente bajo la sombra que aquella proyectaba, y se detuvo finalmente en una esquina cubierta por una joven haya. En el punto donde se unían los dos muros se habían desprendido varios ladrillos, y las grietas que habían dejado estaban gastadas y redondeadas en la parte inferior, como si hubieran sido utilizadas a menudo a modo de peldaños. Holmes trepó por ellas y, cogiendo al perro de mis brazos, lo dejó caer por el otro lado del muro.

—Aquí hay una huella de la mano del pata de palo —comentó, mientras yo subía a su lado—. Fíjese en la manchita de sangre sobre el yeso blanco. ¡Qué suerte hemos tenido de que no lloviera mucho desde ayer! El olor permanece en la carretera, a pesar de las veintiocho horas de ventaja que nos llevan.

Confieso que tuve mis dudas, al pensar en el denso tráfico que habría pasado por la carretera de Londres en aquel intervalo. Sin embargo, mis temores se disiparon pronto. Toby no titubeaba ni se desviaba: seguía adelante con su peculiar balanceo. Obviamente el acre olor de la creosota se elevaba por encima de todos los otros aromas en litigio.

—No vaya usted a suponer —dijo Holmes— que mi éxito en este caso depende de la mera casualidad de que uno de esos tipos pusiera el pie en una sustancia química. Ahora sé cosas que me permitirían seguirlos por muchas pistas distintas. Esta, no obstante, es la más rápida, y, ya que la buena fortuna la ha puesto en nuestras manos, me sentiría culpable si la desperdiciara. Pero ha impedido que el caso se convirtiera en el precioso problemilla intelectual que en algún momento prometió ser.

Habríamos ganado con él cierto crédito, de no surgir esta pista demasiado evidente.

—Ganará usted todo el crédito del mundo y le sobraré —le dije—. Le aseguro, Holmes, que los medios por los que está obteniendo resultados en este caso me maravillan más que los que utilizó en el asesinato de Jefferson Hope. Todo parece aquí más complicado e inexplicable. Por ejemplo, ¿cómo pudo usted describir con tal seguridad al hombre de la pata de palo?

—¡Pero, querido amigo, no pudo ser más sencillo! No quisiera ser teatral. Todo es patente, y está a la vista. Dos oficiales al mando de la guardia de un presidio descubren un importante secreto acerca de un tesoro enterrado. Un inglés llamado Jonathan Small dibuja para ellos un mapa. Recordará usted que vimos ese nombre en el plano que se encontró en posesión del capitán Morstan. Lo había firmado en su propio nombre y en el de sus socios. «El signo de los cuatro», lo llama de modo un tanto teatral. Con ayuda de este plano, los oficiales, o uno de ellos, consigue el tesoro y lo trae a Inglaterra, dejando sin cumplir, cabe suponer, alguna condición bajo la cual lo recibieron. Pero ¿por qué no desenterró el tesoro el propio Jonathan Small? La respuesta es obvia. El plano está fechado en una época en que Morstan mantenía estrecha relación con presidiarios. Jonathan Small no fue en busca del tesoro porque él y sus socios eran convictos y no podían salir del presidio.

—Pero es una mera especulación —dije.

—Es más que esto. Es la única hipótesis que contempla todos los hechos. Veamos cómo encaja en lo que siguió. El capitán Sholto vive tranquilo unos años, feliz con la posesión de su tesoro. Entonces recibe una carta de la India que lo deja aterrado. ¿Qué revelaba esa carta?

—Que los hombres a los que hizo daño habían sido puestos en libertad.

—O se habían fugado. Lo cual es mucho más probable, puesto que Sholto debía de conocer la duración de las condenas. No habría sido una sorpresa. ¿Qué hace entonces? Protegerse de un hombre con la pata de palo: un hombre blanco, ponga atención, porque le confunde con un comerciante blanco, contra el que llega incluso a disparar su pistola. Pero en el plano solo figura el nombre de un hombre blanco. Los otros son hindúes o mahometanos. No hay otro hombre blanco. Por ello podemos afirmar con seguridad que el hombre de la pata de palo es Jonathan Small. ¿Ve algún fallo en este razonamiento?

—No, es claro y preciso.

—Bien, pongámonos ahora en el lugar de Jonathan Small. Miremos la cuestión desde su punto de vista. Viene a Inglaterra con el doble propósito de recuperar aquello a lo que se considera con derecho, y de vengarse del hombre que le ha traicionado. Descubre el paradero de Sholto, y muy probablemente establece contacto con alguien de dentro de la casa. Tenemos a ese mayordomo, Lal Rao, a quien todavía no hemos visto. La señora Bernstone no lo considera en absoluto buena persona. Small no pudo averiguar, no obstante, dónde estaba oculto el tesoro, porque nadie lo ha sabido nunca, excepto el comandante y un fiel sirviente que ya ha

fallecido. De pronto Small se entera de que el comandante está en su lecho de muerte. Aterrado ante la posibilidad de que el secreto del tesoro desaparezca con él, desafía a la guardia, se abre camino hasta la ventana del moribundo y solo la presencia de sus dos hijos le impide entrar. Pero, loco de odio hacia el difunto, entra aquella noche en su habitación, revuelve sus papeles personales con la esperanza de encontrar alguna nota relacionada con el tesoro, y, por último, deja constancia de su visita en la breve inscripción de la tarjeta. Sin duda había planeado de antemano que, si mataba al comandante, dejaría una nota así sobre el cadáver, como señal de que no se trataba de un vulgar asesinato, sino, desde el punto de vista de los cuatro socios, de algo muy parecido a un acto de justicia. Disparatadas y extrañas presunciones de ese tipo son habituales en los anales del crimen y suelen aportar valiosas indicaciones acerca del criminal. ¿Me sigue?

—Está muy claro.

—Pues bien, ¿qué podía hacer ahora Jonathan Small? Solo podía vigilar en secreto los esfuerzos que se hicieran para encontrar el tesoro. Posiblemente dejó Inglaterra, a la que solo volvió de forma esporádica. Entonces tuvo lugar el descubrimiento de la buhardilla, y él lo supo de inmediato. De nuevo rastreamos la presencia de un cómplice dentro de la casa. Jonathan, con su pata de palo, es incapaz de subir hasta la elevada habitación de Bartholomew Sholto; lleva consigo, sin embargo, a un cómplice bastante peculiar, que resuelve esa dificultad, pero mete un pie desnudo en la creosota, y entonces entra Toby en escena, y un oficial retirado con el tendón de Aquiles dañado tiene que renquear seis millas.

—Pero fue el cómplice y no Jonathan quien cometió el crimen.

—En efecto. Y para gran disgusto de Jonathan, a juzgar por la forma en que pateó el suelo de un lado a otro cuando entró en la habitación. No sentía rencor contra Bartholomew Sholto, y habría preferido que se limitaran a atarlo y amordazarlo. No quería que le pusieran a él una soga alrededor del cuello. Pero la cosa no tenía remedio: los salvajes instintos de su compañero se habían desbordado, y el veneno había surtido efecto. Jonathan Small dejó su nota, descolgó el cofre del tesoro hasta el jardín y a continuación bajó él. Ese fue el curso de los acontecimientos, hasta donde puedo descifrarlos. Desde luego, en cuanto a su apariencia personal, Jonathan Small debe de ser un hombre de mediana edad, y tiene que estar quemado por el sol, tras haber cumplido condena en un horno como las islas Andamán. A partir de la longitud de su zancada puede calcularse fácilmente su estatura, y sabemos que llevaba barba. Su abundante pelo fue lo que más impresionó a Thaddeus Sholto cuando lo vio en la ventana. No sé si hay algo más.

—¿Y el cómplice?

—Ah, no encierra ningún gran misterio. Pero lo sabrá usted todo muy pronto. ¡Qué suave es la brisa de la mañana! Mire cómo flota aquella nubecilla cual la pluma rosada de un gigantesco flamenco. El borde rojo del sol asoma sobre el banco de nubes que cubre Londres. Alumbra a muchísima gente, pero juraría que a nadie que



esté llevando a cabo una misión tan extraña como la nuestra. ¡Cuán pequeños nos sentimos, con nuestros insignificantes afanes y ambiciones, en presencia de las grandes fuerzas elementales de la naturaleza! ¿Conoce usted bien la obra literaria de Jean Paul?

—Bastante. Volví a él a través del Carlyle.

—Es como remontar el arroyo hasta el lago que le da vida. Este autor hace una observación curiosa pero profunda. Afirma que la mayor prueba de la auténtica grandeza del hombre radica en la percepción de su propia pequeñez. Porque demuestra una capacidad de comparación y de valoración que es en sí misma prueba de nobleza. Hay mucha materia de reflexión en Jean Paul. Usted no lleva pistola, ¿verdad?

—Llevo mi bastón.

—Es posible que necesitemos algo así si llegamos a su guarida. Dejaré que usted se encargue de Jonathan, pero, si el otro se pone difícil, lo mataré a tiros.

Sacó el revólver, y, tras cargarlo con dos cartuchos, lo volvió a guardar en el bolsillo derecho de su chaqueta.

Durante todo ese tiempo habíamos seguido a Toby por los caminos rurales, bordeados de villas, que llevaban a la metrópoli. Ahora, sin embargo, empezábamos a recorrer una serie de calles, donde obreros y estibadores portuarios estaban ya en movimiento, y mujeres desaseadas abrían los postigos y fregaban las escaleras. En las tabernas de las esquinas había empezado la actividad, y hombres de aspecto rudo salían de ellas, limpiándose la barba con la manga, después de la primera copa de la mañana. Extraños perros deambulaban por allí y nos observaban perplejos, pero nuestro inimitable Toby no miraba a derecha ni a izquierda, sino que trotaba hacia delante con el hocico pegado al suelo, y lanzando un aullido ansioso cuando husmeaba un rastro más intenso.

Habíamos dejado atrás Streatham, Brixton, Camberwell, y nos encontrábamos en Kennington Lane, pues nos habíamos desviado por las calles secundarias hacia el lado este del Óvalo. Los hombres que perseguíamos parecían seguir un curioso camino en zigzag, probablemente con la idea de pasar inadvertidos. No habrían utilizado nunca la ruta principal, si podían tomar otra secundaria que avanzara en paralelo. Al final de Kennington Lane se habían desviado hacia la izquierda por Bond Street y Milles Street. Cuando esta última calle desembocó en Knight's Place, Toby dejó de avanzar, y empezó a correr hacia delante y hacia atrás, con una oreja levantada y la otra gacha, el vivo retrato de la indecisión canina. Después echó a correr en círculo, alzando de vez en cuando la mirada hacia nosotros, como pidiendo nuestra comprensión ante su desconcierto.

—¿Qué diablos le pasa a este perro? —refunfuñó Holmes—. Seguro que no alquilaron un coche ni se esfumaron en un globo.

—Tal vez se detuvieron aquí un rato —sugerí yo.

—¡Ah! Todo va bien. Vuelve a arrancar —dijo mi compañero en tono de alivio.

Y, en efecto, había arrancado: tras volver a husmear a su alrededor, de pronto se decidió y se precipitó hacia delante con mayor energía y determinación de las que había mostrado hasta entonces. El olor parecía mucho más fuerte que antes, pues ni siquiera necesitaba pegar su hocico al suelo, y tiraba de la traílla, tratando de echar a correr. En el brillo de los ojos de Holmes capté su convicción de que nos acercábamos al final de nuestro recorrido.

Seguimos ahora por Nine Elms, hasta llegar al gran almacén de madera de Broderick y Nelson, inmediatamente después de rebasar la taberna El Águila Blanca. Aquí el perro, frenético de entusiasmo, se metió por una puerta lateral en el recinto, donde los aserradores estaban ya trabajando. Echó a correr por un callejón entre el aserrín y las virutas, dobló por un pasillo flanqueado por dos pilas de madera y por último, con un aullido triunfal, se precipitó sobre un gran tonel que descansaba todavía en la carretilla donde lo habían transportado. Con la lengua fuera y los ojos parpadeantes, Toby se quedó encima del tonel, mirándonos a uno y a otro a la espera de un gesto de aprobación. La madera del tonel y las ruedas de la carretilla estaban embadurnadas de un líquido oscuro, y el aire apestaba a creosota.

Sherlock Holmes y yo nos miramos estupefactos el uno al otro, y estallamos al unísono en un incontrolable ataque de risa.

## LOS IRREGULARES DE BAKER STREET

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté—. Toby ha perdido su don de la infalibilidad.

—Ha actuado de acuerdo con sus luces —dijo Holmes, bajándolo del tonel y sacándolo del almacén de madera—. Si usted tiene en cuenta la cantidad de creosota que se transporta en Londres a lo largo de un día, no es de extrañar que nuestro rastro haya sido cruzado por otro. Se emplea mucho actualmente, en especial para tratar la madera. El pobre Toby no tiene la culpa.

—Supongo que habrá que volver al rastro principal.

—Sí. Y no tenemos que ir muy lejos. Evidentemente lo que ha desorientado al perro en la esquina de Knight's Place ha sido que había dos rastros distintos que seguían direcciones opuestas. Hemos elegido el equivocado. Solo nos resta seguir el otro.

No tuvimos la menor dificultad. En cuanto llevamos a Toby al lugar donde había cometido su error, dio primero un amplio círculo y se lanzó luego en una nueva dirección.

—Tenemos que vigilar que no nos conduzca ahora al lugar del que procede el tonel de creosota —observé yo.

—Ya lo había pensado. Pero observe que el perro no sale de la acera, mientras que el tonel llegó por la calzada. No, esta vez seguimos la pista correcta.

El rastro se dirigía hacia el río, pasando por Belmont Place y Prince's Street. Al final de Broad Street corría en línea recta hasta la orilla, donde había un pequeño embarcadero de madera. Toby nos condujo hasta la misma orilla, y allí se puso a gañir, mirando la oscura corriente.

—La suerte no nos acompaña —dijo Holmes—. Aquí se subieron a un bote.

En el agua o pegados al muelle había varias bateas y esquifes. Acercamos a Toby a todos ellos, de uno en uno, pero, aunque los olfateó concienzudamente, no dio ninguna señal.

Cerca del tosco embarcadero, había una casita de ladrillo, con un cartel de madera colgado en la segunda ventana. «Mordecai Smith», habían escrito en grandes letras, y debajo: «Se alquilan botes por hora o por día». Una segunda inscripción encima de la puerta nos informó de que disponían de una lancha de vapor, extremo confirmado por el gran montón de carbón de coque que yacía en el malecón. Sherlock Holmes miró lentamente a su alrededor, y su rostro asumió una expresión siniestra.

—Esto no pinta nada bien —dijo—. Esta gente es más lista de lo que esperaba. Parece que han borrado su rastro. Me temo que aquí lo tenían todo concertado de

antemano.

Se aproximaba a la puerta de la casa, cuando esta se abrió, y salió corriendo un chaval de seis años, con el cabello rizado, seguido por una mujer corpulenta y coloradota que llevaba una gran esponja en la mano.

—Vuelve aquí y te lavo, Jack —gritó—. Vuelve aquí, diablillo, porque si viene tu padre y te ve así nos las vamos a cargar los dos.

—¡Qué delicioso diablillo! —dijo Holmes, usando su estrategia—. ¡Valiente picarón de mejillas sonrosadas! Dime, Jack, ¿qué quieres que te dé?

El chaval reflexionó un instante.

—Quiero un chelín —dijo.

—¿No prefieres otra cosa?

—Prefiero dos chelines —respondió el niño prodigio tras reflexionar un momento.

—¡Pues aquí están! ¡Cógelos! Tiene usted un niño encantador, señora Smith.

—Dios le bendiga, señor. Es eso, y otras cosas además. Yo no puedo con él, sobre todo cuando mi hombre está fuera días seguidos.

—¿Está fuera? —dijo Holmes en tono decepcionado—. Lo lamento muchísimo, porque quería hablar con el señor Smith.

—Está fuera desde ayer mañana, señor, y la verdad, empiezo a tener miedo de que le haya pasado algo malo. En cuanto al bote, señor, quizá yo le pueda atender.

—Quería alquilar su lancha de vapor.

—Maldita sea, señor, es en la lancha de vapor que él se ha ido. Es lo que no entiendo, porque sé que solo lleva carbón como para ir y volver de Woolwich. Si hubiera cogido la gabarra, yo no pensaría nada raro. Más de una vez un trabajo lo ha llevado tan lejos como hasta Gravesend, y después, si había mucha faena, se ha quedado a dormir fuera de casa. Pero ¿para qué sirve una lancha de vapor sin carbón?

—Tal vez haya comprado carbón en un embarcadero río abajo.

—Tal vez, señor, pero no es lo suyo. Varias veces le he oído despotricar por el precio que cargan por cada maldito saco. Además, no me gusta ese pata de palo, con su cara horrible y su hablar extranjero. ¿Qué diantre hace por aquí tan a menudo?

—¿Un hombre con una pata de palo? —dijo Holmes, con fingida sorpresa.

—Sí, señor, un tipo moreno, con cara de mono, que ha venido muchas veces a ver a mi hombre. Fue él quien lo despertó anoche, y es más, mi hombre sabía que él venía, porque tenía la lancha a punto. Se lo digo de veras, señor, no estoy nada tranquila.

—Pero, mi querida señora Smith —dijo Holmes, encogiéndose de hombros—, está usted alarmada sin motivo. ¿Cómo sabe que fue el hombre de la pata de palo quien vino anoche? No entiendo que pueda estar tan segura.

—Su voz, señor. Reconocí su voz, que es un poco como pastosa y ronca. Golpeó la ventana, hacia las tres debía de ser. «Asume la jeta, compañero», dijo. «Hora de ponerse en marcha». Mi hombre despertó a Jim, mi hijo mayor, y los dos se largaron

sin decir palabra. Oí golpear la pata de palo en las piedras.

—Y ese hombre de la pata de palo ¿iba solo?

—No puedo decir que esté segura, señor. Yo no oí a nadie más.

—Lo lamento, señora Smith, porque yo buscaba una lancha de vapor, y me habían hablado muy bien de la... A ver, ¿cómo se llama?

—La *Aurora*, señor.

—¡Ah! ¿No es una vieja lancha verde, con una raya amarilla, muy ancha?

—De eso nada. Es una barquita delgada, de las más aseaditas del río. La acaban de pintar, negra con dos rayas rojas.

—Gracias. Espero que tenga pronto noticias del señor Smith. Voy a seguir río abajo, y, si veo a la *Aurora*, le haré saber a su esposo que está usted preocupada. ¿Ha dicho que tiene una chimenea negra?

—No, señor. Negra con una franja blanca.

—Ah, claro. Lo negro son los lados. Buenos días, señora Smith. Watson, ahí veo a un barquero con una chalana. La alquilaremos y cruzaremos el río.

»Lo esencial con gente como esta —me dijo Holmes, cuando estuvimos sentados en la embarcación— es no dejarles entrever jamás que su información puede ser de máxima importancia para nosotros. De lo contrario, se cierran como una ostra. Pero, si les escuchas, por así decirlo, con indiferencia, tienes muchas probabilidades de conseguir lo que buscas.

—Ahora parece bastante claro lo que vamos a hacer —dije.

—¿Qué haría usted, pues?

—Alquilar una lancha y perseguir a la *Aurora* río abajo.

—Querido amigo, sería una empresa colosal. La *Aurora* ha podido hacer escala en cualquiera de los embarcaderos que hay, a una y otra orilla del Támesis, desde aquí hasta Greenwich. Pasado el puente, y a lo largo de millas, los embarcaderos forman un verdadero laberinto. Llevaría días y días visitarlos todos por uno mismo.

—Pues recurra a la policía.

—No. Probablemente llamaré a Athelney Jones en el último momento. No es mal tipo, y no querría hacer nada que le perjudicara profesionalmente. Pero, ahora que hemos llegado tan lejos, tengo el capricho de resolver el caso yo mismo.

—¿Y no podríamos poner un anuncio, pidiendo información a los empleados de los muelles?

—Sería peor. Nuestros hombres sabrían que estamos pisándoles los talones, y se largarían del país. Tal como están las cosas, es bastante probable que se vayan de todos modos, pero, mientras se crean completamente a salvo, no tendrán prisa. La energía de Jones nos será útil, porque seguro que su opinión acerca del caso aparecerá en la prensa, y los fugitivos creerán que todos andamos tras una pista equivocada.

—¿Qué vamos a hacer, pues? —le pregunté cuando desembarcamos cerca de la penitenciaría de Millbank.

—Tomar ese cabriolé, irnos a casa, desayunar algo y dormir una hora. Es

probable que tengamos que pasar otra noche en blanco. ¡Pare en una oficina de telégrafos, cochero! Nos quedamos con Toby, porque tal vez nos pueda ser todavía útil.

Nos detuvimos ante la oficina de correos de Great Peter Street, y Holmes puso su telegrama.

—¿A quién cree que lo he enviado? —me preguntó cuando reanudamos la marcha.

—No tengo la menor idea.

—¿Se acuerda de la división del cuerpo de policía de Baker Street a la que recurrí en el caso de Jefferson Hope?

—Claro —dije, riendo.

—Precisamente en este caso su ayuda puede tener un valor incalculable. Si fracasan, dispongo de otros recursos, pero primero quiero probar con ellos. El telegrama iba dirigido a mi sucio y pequeño lugarteniente Wiggins, y espero que él y su pandilla estén con nosotros antes de que acabemos de desayunar.

Serían entre las ocho y las nueve, y yo experimentaba una fuerte reacción tras las sucesivas emociones de la noche. Estaba abatido y cansado, con la mente confusa y el cuerpo desmadejado. No disponía del entusiasmo profesional que sostenía a mi compañero, y no podía considerar la cuestión como un mero y abstracto problema intelectual. En el asesinato de Bartholomew Sholto había oído tan pocas cosas buenas respecto a la víctima que sus asesinos no me inspiraban excesiva antipatía. El tesoro, sin embargo, era otra cuestión. El tesoro, o parte de él, pertenecía en justicia a la señorita Morstan. Mientras hubiera posibilidad de recuperarlo, yo consagraría mi vida entera a ese objetivo. Era cierto que, si lo encontraba, eso la pondría probablemente fuera de mi alcance para siempre. Pero sería un amor mezquino y egoísta el que se dejara influir por semejante consideración. Si Holmes se esforzaba por encontrar a los criminales, yo tenía una razón diez veces más fuerte que me impelía a encontrar el tesoro.

Un baño en Baker Street y un cambio total de ropa me dejaron como nuevo. Cuando bajé a nuestra sala, encontré el desayuno preparado y a Holmes sirviendo el café.

—Aquí está —me dijo, riendo y señalando con el dedo un ejemplar del *Standard* abierto—. El enérgico Jones y el ubicuo reportero lo han resuelto todo entre los dos. Pero ya ha tenido usted más que suficiente del caso. Será mejor que empiece por los huevos con jamón.

Cogí de su manos el periódico y leí la breve gacetilla, que llevaba por título «Misterio en Upper Norwood».

La noche pasada, aproximadamente a las doce, el señor Bartholomew Sholto, de Pondicherry Lodge, Upper Norwood, fue encontrado muerto en su habitación, en extrañas circunstancias. Por lo que sabemos, el cuerpo del señor Sholto no presentaba señales de violencia, pero faltaba una valiosa colección de joyas de la India que el difunto caballero había heredado de su padre. Los primeros en

descubrir el cadáver fueron el señor Sherlock Holmes y el doctor Watson, que habían llegado a la casa acompañados por el señor Thaddeus Sholto, hermano del difunto. Por un extraordinario golpe de suerte, el señor Athelney Jones, destacado miembro del cuerpo de detectives de la policía, se encontraba en la comisaría de Norwood y se personó en el lugar de los hechos apenas media hora después del primer aviso. Su capacidad y experiencia le pusieron inmediatamente en la pista de los criminales, con el satisfactorio resultado de que el hermano, Thaddeus Sholto, ya ha sido arrestado, junto con el ama de llaves, señora Bernstone, un criado indio llamado Lal Rao, y un portero o un guardia de seguridad, llamado McMurdo. Es evidente que el ladrón o los ladrones conocían bien la casa, pues los notorios conocimientos del señor Jones y sus dotes de minuciosa observación le han permitido probar de forma concluyente que los canallas no pudieron entrar por la puerta ni por la ventana, sino que tuvieron que introducirse por el tejado del edificio, a través de una trampilla que da a una buhardilla comunicada con aquella donde se encontró el cadáver. Este hecho, que ha quedado claramente establecido, prueba de manera concluyente que no se trata de un robo vulgar. La rápida y enérgica actuación de los servidores de la ley muestra la gran ventaja que supone la presencia, en tales ocasiones, de una sola mente enérgica e inteligente. No podemos dejar de pensar que esto suministra un argumento a los partidarios de un cuerpo de policía más descentralizado, que les permita un contacto más estrecho y eficaz con los casos que les corresponda investigar.

—¿No es fantástico? —dijo Holmes, sonriendo socarrón por encima de su taza de café—. ¿A usted qué le parece?

—Me parece que nos hemos librado por un pelo de ser detenidos también nosotros por el crimen.

—Lo mismo creo. Y no respondería de nuestra propia seguridad si Jones sufriera otro de sus ataques de energía.

En aquel momento, sonó con fuerza la campanilla de la puerta y oí a la señora Hudson, nuestra casera, levantar la voz en un gemido de protesta y desaliento.

—¡Cielo santo, Holmes! —dije, incorporándome—. Creo que realmente vienen a por nosotros.

—No, no es nada tan grave. Son las fuerzas no oficiales. Los irregulares de Baker Street.

Mientras él hablaba, se oyó en la escalera un correteo de pies descalzos, una algarabía de voces agudas, y una docena de sucios y harapientos golfillos irrumpieron en la habitación. Pese a su tumultuosa entrada, se impuso cierta disciplina, pues se alinearon inmediatamente y, vueltos hacia nosotros, permanecieron en pie con el rostro expectante. Uno de ellos, el más alto y de mayor edad, dio un paso al frente, con un aire de displicente superioridad, que resultaba cómico en semejante crápula insignificante.

—Recibido su mensaje, señor —dijo—, y los traigo volando. Tres perras gordas y un ochavo por los billetes.

—Aquí los tienes —dijo Holmes, sacando unas monedas de plata—. En adelante, Wiggins, que ellos te pasen la información a ti y tú me la traes a mí. No podéis invadir mi casa de ese modo. Sin embargo, hoy es mejor que oigáis todos mis instrucciones. Quiero averiguar el paradero de una lancha de vapor llamada *Aurora*, propiedad de un tal Mordecai Smith, negra con dos rayas rojas, y la chimenea también negra con una franja blanca. Está en algún punto de la parte baja del río. Quiero que un chico esté en el embarcadero de Mordecai Smith, frente a Millbank,

para avisarme si regresa la lancha. Os tenéis que separar para revisar a conciencia ambas orillas. Avisadme en cuanto tengáis alguna noticia. ¿Queda todo claro?

—Sí, jefe —dijo Wiggins.

—La misma tarifa de siempre, y una guinea para el chico que encuentre la lancha. Aquí tenéis un día de anticipo. ¡Y ahora largo!

Les dio un chelín a cada uno. Ellos bajaron zumbando la escalera, y un instante después los vi correr a lo largo de la calle.

—Si la lancha no está hundida, la encontrarán —dijo Holmes, levantándose de la mesa y encendiendo la pipa—. Pueden ir a todas partes, verlo todo, oírlo todo. Espero tener antes de la noche noticia de que la han localizado. Entretanto no podemos hacer otra cosa que esperar. No recuperaremos el eslabón perdido hasta encontrar a la *Aurora* o al señor Mordecai Smith.

—Creo que Toby puede comerse estos restos del desayuno. ¿Va usted a acostarse, Holmes?

—No, no estoy cansado. Tengo una constitución extraña. No recuerdo que el trabajo me haya cansado jamás, mientras que la inactividad me deja exhausto. Voy a fumar y reflexionar sobre el curioso asunto en que mi bonita cliente nos ha metido. De existir un caso fácil, tendría que ser este. Los hombres con pata de palo no son demasiado frecuentes, pero creo que el otro hombre tiene que ser absolutamente único.

—¡De nuevo el otro hombre!

—No es mi intención convertirlo para usted en un misterio. Pero tiene que haberse formado ya su propia opinión. Considere los datos. Huellas diminutas, dedos nunca oprimidos por botas, pies descalzos, maza de madera con extremo de piedra, gran agilidad, pequeños dardos envenenados. ¿A qué conclusión le lleva todo esto?

—¡Un salvaje! —exclamé—. Tal vez uno de los indios asociados con Jonathan Small.

—Es poco probable. Cuando al principio vi señales de armas extrañas, yo también me incliné por esta interpretación, pero lo peculiar de las huellas de los pies me hizo reconsiderarla. Algunos habitantes de la península de la India son de corta estatura, pero ninguno habría podido dejar huellas como estas. El genuino hindú tiene pies largos y delgados. El mahometano calza sandalias y tiene el dedo gordo del pie muy separado de los demás, a causa de la tira de cuero que suele dividirlos. Además, esos pequeños dardos solo pueden ser disparados de un modo. Mediante una cerbatana. Así pues, ¿dónde encontraremos a nuestro salvaje?

—En Sudamérica —me animé a sugerir.

Holmes alargó la mano y cogió un grueso volumen de la estantería.

—Es el primer volumen de unos fascículos que ahora se publican. Puede considerarse la más reciente autoridad en la materia. Veamos qué nos dice: «Las islas Andamán, situadas trescientas cuarenta millas al norte de Sumatra, en el golfo de Bengala». ¡Hum! ¡Hum! Veamos. Clima húmedo, arrecifes de coral, tiburones, Port



Blaid, barracones de presos, islas Rutland, álamos... ¡Ah, aquí lo tenemos! «Los aborígenes de las islas Andamán reivindican el honor de ser la raza más pequeña del mundo, aunque algunos antropólogos dan preferencia a los bosquimanos de África, los maidu de América y los habitantes de la Tierra del Fuego. Su estatura media no suele alcanzar los cuatro pies, y podemos encontrar a muchos adultos bastante más bajos. Es gente feroz, hosca y de difícil trato, aunque capaz de entablar las amistades más leales una vez ganada su confianza». Fíjese en esto, Watson. Y ahora escuche lo que viene a continuación. «Son feísimos por naturaleza, con cabezas grandes y deformes, ojillos feroces y facciones torcidas. Sin embargo, sus pies y sus manos son sorprendentemente pequeños. Es un pueblo tan intratable y feroz que han fracasado por completo todos los esfuerzos de los funcionarios británicos por ganárselo. Han sido siempre el terror de las tripulaciones de los barcos que naufragaban allí, pues machacaban las cabezas de los supervivientes con garrotes de extremo de piedra, o les lanzaban dardos envenenados. Estas matanzas concluían invariablemente con un festín caníbal». Gente encantadora, ¿eh, Watson? Si a ese tipo le hubieran dejado actuar por su cuenta, el caso podría haber tomado un cariz todavía más siniestro. Sospecho que, incluso tal como se han desarrollado los acontecimientos, Jonathan Small daría cualquier cosa por no haber utilizado su ayuda.

—Pero ¿cómo llegó a tener semejante compañero?

—Ah, eso no podría decírselo. No obstante, si hemos establecido que Small procedía de las Andamán, no resulta sorprendente que este isleño estuviera con él. No dude que lo sabremos todo a su debido tiempo. Mire, Watson, tiene usted aspecto de estar agotado. Túmbese ahí en el sofá y veamos si puedo dormirlo.

Holmes cogió su violín del rincón, y, mientras yo me acomodaba en el sofá, empezó a tocar una melodía queda y soñadora, sin duda de su invención, pues estaba extraordinariamente dotado para improvisar. Conservo un vago recuerdo de su cuerpo enjuto, su rostro serio, y de cómo subía y bajaba el arco del violín. Después me pareció flotar plácidamente en aquel blando mar de sonidos, hasta encontrarme en el mundo de los sueños, con el dulce rostro de Mary Morstan inclinado sobre mí, mirándome.

## LA CADENA SE ROMPE

No desperté hasta última hora de la tarde, animoso y descansado. Sherlock Holmes seguía sentado exactamente como le dejé, salvo que había apartado su violín y estaba embebido en un libro. Cuando me moví, me dirigió una mirada de soslayo, y advertí que su rostro parecía sombrío y preocupado.

—Ha dormido usted profundamente —me dijo—. Temí que nuestra conversación le despertara.

—No he oído nada —respondí—. ¿Ha recibido usted, pues, alguna noticia?

—Desgraciadamente, no. Y me confieso sorprendido y decepcionado. Esperaba tener ya, a estas horas, resultados definitivos. Wiggins acaba de subir a informarme. Dice que no encuentran ni rastro de la lancha. Es un contratiempo fastidioso, porque cada hora cuenta.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? Ahora estoy completamente descansado, y bastante en condiciones para otra excursión nocturna.

—No, no podemos hacer nada. Solo esperar. Si saliéramos, el mensaje podría llegar en nuestra ausencia, y eso originaría un retraso. Usted puede hacer lo que quiera, pero yo debo quedarme de guardia.

—En tal caso, haré una escapada a Camberwell para visitar a la señora de Cecil Forrester. Ayer me invitó.

—¿A la señora de Cecil Forrester? —preguntó Holmes, con una sonrisa maliciosa brillándole en los ojos.

—Bueno, y también a la señorita Morstan, claro. Están ansiosas por saber lo que ocurre.

—Yo no les contaría demasiado —dijo Holmes—. Nunca hay que confiar enteramente en las mujeres, ni siquiera en la mejor de ellas.

No me paré a discutir una opinión tan atroz.

—Volveré dentro de una o dos horas —le dije.

—De acuerdo. ¡Buena suerte! Pero se me ocurre que, si va usted a cruzar el río, podría devolver a Toby, pues no me parece probable que pueda sernos ya de utilidad.

Cogí, pues, a nuestro chuchito y lo entregué, junto con medio soberano, al viejo naturalista de Pinchin Lane. En Camberwell encontré a la señorita Morstan un poco fatigada tras sus aventuras de la noche anterior, pero ansiosa de oír novedades. También la señora Forrester estaba muerta de curiosidad. Les conté cuanto habíamos hecho, omitiendo, no obstante, los detalles más horribles de la tragedia. Así, aunque hablé de la muerte del señor Sholto, nada dije del modo preciso en que murió ni del método utilizado. Sin embargo, a pesar de todas mis omisiones, había elementos

suficientes para sorprenderlas y asustarlas.

—¡Es como una novela! —exclamó la señora Forrester—. Una damisela en apuros, un tesoro de medio millón, un caníbal negro y un rufián con una pata de palo, que sustituyen al clásico dragón o al malvado conde.

—Y dos caballeros andantes que acuden en su auxilio —añadió la señorita Morstan, dirigiéndome una mirada cómplice.

—Veamos, Mary —dijo la señora Forrester—, su fortuna depende del resultado de esta investigación. Y me parece que el asunto no la emociona como debería. ¡Imagine lo que sería disponer de semejante riqueza y tener el mundo a sus pies!

Sentí un ligero estremecimiento de júbilo en el corazón al constatar que la muchacha no manifestaba ningún signo de entusiasmo ante la perspectiva. Por el contrario, echó hacia atrás la orgullosa cabeza como si la cuestión no revistiera para ella excesivo interés.

—Es el señor Thaddeus Sholto el que me preocupa —dijo—. Todo lo demás carece de importancia. Pero creo que él ha actuado de principio a fin con la mayor amabilidad y honradez. A nosotros nos incumbe librarlo de esta terrible e infundada acusación.

Ya anochece cuando dejé Camberwell, y al llegar a casa la oscuridad era total. El libro y la pipa de mi compañero estaban junto a su sillón, pero él había desaparecido. Eché una mirada a mi alrededor en busca de una nota, pero no había ninguna.

—Supongo que el señor Sherlock Holmes ha salido —le dije a la señora Hudson, cuando subió a bajar las persianas.

—No, señor. Se ha ido a su dormitorio, señor. ¿Sabe usted, señor —añadió, bajando la voz hasta reducirla a un susurro dramático—, que estoy preocupada por su salud?

—¿Y eso por qué, señora Hudson?

—Bueno, se comporta de un modo muy extraño, señor. Después de que usted se fue, empezó a andar y a andar para arriba y para abajo, y para arriba y para abajo, hasta hartarme del ruido de sus pasos. Entonces oí que refunfuñaba y, cada vez que sonaba la campanilla de la calle, salía a la escalera con un «¿qué hay, señora Hudson?». Y ahora ha cerrado el pestillo de su cuarto, pero sigue camina que camina. Espero que no se ponga enfermo, señor. Me atreví a decirle algo sobre una medicina contra la fiebre, pero se enfadó, señor, y me echó tal mirada que no sé cómo salí de la habitación.

—No creo que tenga usted motivos para preocuparse, señora Hudson —le respondí—. Le he visto así en otras ocasiones. Tiene en mente un asuntillo que le inquieta.

Procuré hablar a la buena señora quitándole importancia a la cuestión, pero yo mismo empecé a inquietarme un poco cuando, a lo largo de una noche interminable, seguí oyendo de vez en cuando el monótono ruido de sus pasos, y supuse la irritación que debía de sentir aquel espíritu inquieto al verse constreñido a una involuntaria

inactividad.

Durante el desayuno, Holmes mostraba un rostro consumido y ojeroso, con leves manchas de color febril en ambas mejillas.

—Usted se está destruyendo, amigo mío —le reconvine—. Le he oído caminar arriba y abajo toda la noche.

—No podía dormir —me respondió—. Este problema infernal me consume. Es insoportable quedar atascado ante un obstáculo tan insignificante, cuando todos los demás se han superado. Conozco a los tipos, conozco la lancha, lo sé todo, y sin embargo no recibo noticia alguna... He puesto en marcha otras agencias y he usado todos los medios a mi alcance. Se han registrado las dos orillas del río, pero no hay noticias, y la señora Smith sigue sin saber nada de su marido. Pronto tendré que llegar a la conclusión de que han echado a pique la lancha. Pero existen varias objeciones en contra.

—O tal vez la señora Smith nos haya puesto sobre una pista falsa.

—No. Creo que debemos descartar tal posibilidad. He hecho averiguaciones, y hay una lancha que responde a su descripción.

—¿No han podido navegar río arriba?

—También he considerado esa posibilidad, y he enviado un grupo de búsqueda que subirá hasta Richmond. Si no recibo noticias hoy, mañana me pondré yo mismo en acción, y buscaré a los hombres antes que la lancha. Pero sin duda, sin duda, tendremos noticias antes.

Pero no fue así. Ni Wiggins ni los otros agentes dieron señales de vida. En la mayor parte de los periódicos aparecieron artículos sobre la tragedia de Norwood. Todos se mostraban bastante hostiles al desdichado Thaddeus Sholto. Sin embargo, ninguno aportaba detalles nuevos, salvo que al día siguiente se iniciaría una investigación judicial. Al atardecer, anduve hasta Camberwell para comunicar a las damas nuestra falta de éxito, y a mi regreso encontré a Holmes abatido y un poco malhumorado. Apenas respondió a mis preguntas, y estuvo ocupado toda la velada en un abstruso análisis químico que requirió mucho calentar retortas y destilar vapores, produciendo finalmente un olor que me obligó a salir de la habitación. Hasta primeras horas de la madrugada oí el tintineo de sus tubos de ensayo, clara demostración de que seguía trabajando en el apestoso experimento.

Despuntaba el día cuando desperté sobresaltado, y me sorprendió ver a Holmes de pie al lado de la cama, vestido como un tosco marinero, con un chaquetón de lana y una basta bufanda roja alrededor del cuello.

—Me voy río abajo, Watson —me dijo—. He estado dando vueltas al problema, y solo veo un modo de resolverlo. Ocurra lo que ocurra, merece la pena intentarlo.

—Puedo ir con usted, ¿verdad?

—No. Será mucho más útil si permanece aquí en mi lugar. Me resisto a marcharme, porque puede llegar algún mensaje a lo largo del día, aunque Wiggins se mostrara anoche pesimista al respecto. Quiero que abra usted todas las notas y

telegramas, y que actúe de acuerdo con su propio criterio si hay alguna novedad. ¿Puedo contar con usted?

—Desde luego.

—Temo que no podrá telegrafiarne, porque ni yo mismo sé en estos momentos dónde voy a estar. Pero, si tengo suerte, tal vez no esté fuera mucho tiempo y habré descubierto algo en un sentido o en otro antes de regresar.

A la hora del desayuno, todavía no tenía noticias de Holmes. Sin embargo, al abrir el *Standard*, encontré una nueva referencia al caso.

Respecto a la tragedia de Upper Norwood, tenemos motivos para creer que el caso promete ser todavía más complejo y misterioso de lo que se sospechó en un principio. Nuevas pruebas demuestran que es completamente imposible que el señor Thaddeus Sholto esté involucrado en el crimen. Él y el ama de llaves, señora Bernstone, fueron puestos en libertad ayer por la tarde. Se cree, no obstante, que la policía dispone de una pista que lleva a los verdaderos culpables, y que la sigue el señor Athelney Jones, de Scotland Yard, cuya energía y sagacidad es por todos conocida. En cualquier momento pueden producirse nuevas detenciones.

Hasta aquí todo marcha a la perfección, pensé. De todos modos, nuestro amigo Sholto está a salvo. Me pregunto cuál será la nueva pista, aunque parece la fórmula estereotipada a la que recurre la policía cuando mete la pata.

Dejé el periódico sobre la mesa, pero en ese momento mi mirada cayó sobre un anuncio de la sección de personas desaparecidas. Decía lo siguiente:

Mordecai Smith, barquero, y su hijo Jim dejaron el embarcadero Smith hacia las tres de la madrugada del martes pasado en la lancha de vapor *Aurora*, negra con dos rayas rojas, chimenea negra con franja blanca. Se pagará la cantidad de cinco libras a cualquiera que pueda dar información a la señora Smith, en el embarcadero Smith, o en el 221 B de Baker Street, acerca del señor Mordecai Smith y su lancha *Aurora*.

Aquello era, sin duda, obra de Holmes. La dirección de Baker Street bastaba para probarlo. Me pareció un recurso ingenioso, pues el anuncio podía ser leído por los fugitivos sin que vieran en él otra cosa que la ansiedad natural de una mujer ante la desaparición de su marido. Fue un día muy largo. Cada vez que llamaban a la puerta o se oían pasos apresurados en la calle, imaginaba que regresaba Holmes o que alguien traía una respuesta a su anuncio. Traté de leer, pero mis pensamientos se desviaban una y otra vez hacia nuestra extraña investigación y hacia la esperpéntica e infame pareja que perseguíamos. ¿Podía haber, me preguntaba yo, algún fallo radical en el razonamiento de mi compañero? ¿No estaría engañándose a sí mismo? ¿No podía ser que su mente ágil y especulativa hubiera urdido aquella descabellada teoría basándose en falsas premisas? Yo no le había visto equivocarse nunca, y, no obstante, el investigador más lógico puede errar en alguna ocasión. Era probable, pensé, que Holmes hubiera incurrido en un error a causa del excesivo refinamiento de su lógica, su preferencia por una explicación sutil y extravagante cuando tenía a mano otra más sencilla y vulgar. Pero, por otra parte, yo había visto con mis propios ojos las pruebas,

y le había oído exponer la razón de sus deducciones. Al repasar la larga cadena de curiosas circunstancias, muchas de ellas triviales en sí mismas pero todas señalando hacia una misma dirección, no pude negar que, aun en el caso de que la explicación de Holmes fuera incorrecta, la teoría correcta tenía que ser igualmente chocante y sorprendente.

A las tres de la tarde se oyó repicar estruendosamente la campanilla de la puerta, una autoritaria voz en el vestíbulo, y, ante mi asombro, fue nada menos que el señor Athelney Jones quien compareció en la habitación. ¡Qué distinto era al expeditivo y elocuente gran maestro del sentido común, que tan confianzudamente se había hecho cargo del caso de Upper Norwood! Tenía una expresión abatida, y su actitud era dócil e incluso compungida.

—Buenos días, señor, buenos días —dijo—. Tengo entendido que el señor Holmes ha salido.

—Sí, y no sé con certeza cuándo va a regresar. Pero tal vez quiera usted esperarle. Tome asiento y coja uno de estos cigarros.

—Gracias, no diré que no —respondió, enjugándose el rostro con un gran pañuelo rojo.

—¿Y un whisky con soda?

—Bueno, medio vaso. Hace mucho calor para esta época del año, y he tenido un montón de preocupaciones y dificultades. ¿Conoce usted mi teoría sobre el caso Norwood?

—Recuerdo que expuso usted una.

—Bien, me he visto obligado a reconsiderarla. Tenía bien atrapado en mis redes al señor Sholto, y, plas, se escabulló por un agujero justo en el centro. Pudo aducir una coartada que no hubo modo de desmontar. Desde el momento en que abandonó la habitación de su hermano, no hubo un instante en que estuviera solo. De modo que no pudo ser él quien trepara al tejado y se introdujera por la trampilla. Es un caso muy oscuro, y está en juego mi prestigio profesional. Me encantaría que me prestaran una pequeña ayuda.

—Todos necesitamos ayuda algunas veces —dije.

—Su amigo, el señor Sherlock Holmes, es un hombre maravilloso —me dijo con voz ronca y confidencial—. No hay quien pueda con él. He visto a ese joven intervenir en gran número de casos, y no ha habido uno solo que no pudiera esclarecer. Es irregular en sus métodos, y tal vez algo precipitado improvisando teorías, pero en general creo que habría podido ser un policía de lo más prometedor, y me trae sin cuidado que se sepa que opino así. He recibido un telegrama suyo esta mañana, del que deduzco que tiene alguna pista en el caso de Sholto. Aquí está el mensaje.

Se sacó el telegrama del bolsillo y me lo entregó. Estaba fechado en Poplar, a las doce del mediodía.

Vaya inmediatamente a Baker Street. Si todavía no he regresado, espéreme. Le estoy pisando los talones a la banda de Sholto. Puede acompañarnos esta noche, si quiere estar presente en la escena final.

—Esto suena bien. Es evidente que ha vuelto a encontrar el rastro —dije.

—¡Vaya, eso significa que también él anduvo equivocado! —exclamó Jones con notoria satisfacción—. Incluso los mejores fallamos en alguna ocasión. Desde luego puede resultar una falsa alarma, pero mi deber como funcionario de la ley me obliga a no pasar por alto ninguna posibilidad. Pero hay alguien en la puerta. Tal vez sea él.

Se oyeron en la escalera unos pasos pesados, acompañados de grandes jadeos y ahogos, cual si se tratase de un hombre que respirase con dificultad. Se detuvo una o dos veces, como si aquella ascensión le resultara excesiva, pero por fin se abrió paso hasta la puerta de nuestra habitación y entró. Su aspecto se ajustaba a los ruidos que habíamos oído. Era un hombre de edad, vestido de marinero, con una vieja chaqueta abrochada hasta el cuello. Tenía la espalda encorvada, le temblaban las rodillas y su respiración era penosamente asmática. Se apoyaba en un grueso garrote de roble y levantaba los hombros en un esfuerzo por introducir aire en sus pulmones. Llevaba una bufanda de color alrededor del cuello, que me ocultaba casi todo su rostro, salvo un par de ojos oscuros y penetrantes, sombreados por tupidas cejas blancas, y unas largas patillas canosas. En conjunto me produjo la impresión de un respetable patrón de barco, hundido por los años y la pobreza.

—¿Qué desea usted, buen hombre? —le pregunté.

Miró a su alrededor del modo lento y metódico que es propio de la vejez.

—¿Está aquí el señor Sherlock Holmes? —dijo.

—No, pero yo le represento. Puede darme cualquier mensaje que traiga para él.

—Es a él en persona a quien tengo que dárselo.

—Ya le he dicho que yo le represento. ¿Se trata de algo relacionado con la barca de Mordecai Smith?

—Sí. Sé muy bien dónde está. Y sé dónde están los hombres que él busca. Y sé dónde está el tesoro. Yo lo sé todo.

—En tal caso, dígamelo a mí, y yo se lo transmitiré.

—Es a él en persona a quien tengo que decírselo —repitió con la petulante obstinación de un hombre muy anciano.

—Bien, tendrá que esperarle.

—No, no. No voy a perder todo el santo día por darle gusto a nadie. Si el señor Holmes no está aquí, el señor Holmes tendrá que espabilarse solo. Me importan un comino ustedes dos, y no diré ni una palabra.

Se encaminó arrastrando los pies hacia la puerta, pero Athelney Jones le cortó el paso.

—Esperé un poco, amigo mío —le dijo—. Usted posee una importante información, y no puede marcharse. Le retendremos aquí, le guste o no, hasta que nuestro amigo regrese.

El anciano dio una carrerita hacia la puerta, pero, cuando Athelney Jones apoyó contra ella su ancha espalda, comprendió que era inútil resistirse.

—¡Bonita manera de tratar a la gente! —gritó, golpeando el suelo con el bastón—. ¡Vengo aquí para ver a un caballero, y ustedes dos, a quienes no he visto en mi vida, me agarran y me tratan de ese modo!

—Usted no saldrá perjudicado —dijo—. Le compensaremos por el tiempo que pierda. Siéntese en este sofá, y no tendrá que esperar mucho.

El anciano anduvo con aire malhumorado hasta el sofá, y se sentó, ocultando el rostro entre las manos. Jones y yo volvimos a nuestros cigarros y a nuestra conversación. De repente, sin embargo, nos interrumpió la voz de Holmes.

—A mí también me podrían ofrecer un cigarro —dijo.

Los dos nos levantamos de un salto. Holmes estaba sentado junto a nosotros, con expresión socarrona.

—¡Holmes! —exclamé—. ¡Usted aquí! Pero ¿dónde está el viejo?

—Aquí está el viejo —dijo, mostrándonos un grueso puñado de cabellos blancos—. Aquí está: peluca, patillas, cejas y demás. Me pareció que mi disfraz era bastante bueno, pero no tenía muchas esperanzas de que superara la prueba.

—¡Ah, bribón! —gritó Jones, entusiasmado—. Usted habría podido ser actor, y uno de los grandes. Ha imitado con precisión la tos de los asilos, y esas temblorosas piernas bien valen diez libras a la semana. No obstante, creí reconocer el brillo de sus ojos. Ya ve que no se nos escapó tan fácilmente.

—He estado trabajando todo el día en este disfraz —dijo Holmes, encendiendo su cigarro—. Son muchos ya los criminales que empiezan a conocerme... sobre todo desde que a nuestro amigo aquí presente le dio por publicar alguno de mis casos. De modo que solo entro en acción bajo un disfraz pobretón como este. ¿Recibió mi telegrama?

—Sí. Por eso estoy aquí.

—¿Cómo ha avanzado usted en el caso?

—Todo ha quedado en nada. He tenido que poner en libertad a dos de mis detenidos, y no hay pruebas contra los otros dos.

—No importa. Nosotros le proporcionaremos a otros dos en su lugar. Pero tendrá que ponerse a mis órdenes. Le cedo encantado todo el mérito oficial, mas tendrá que seguir las directrices que yo señale. ¿Está de acuerdo?

—Totalmente, si usted me ayuda a atrapar a esos hombres.

—Bien, en tal caso, quiero en primer lugar una embarcación rápida de la policía, una lancha de vapor, que esté en Westminster Stairs a las siete.

—Esto no presenta problemas. Siempre hay alguna embarcación por allí, pero, para estar más seguros, voy a cruzar la calle y a telefonar.

—También necesitaré dos hombres incondicionales, por si encontramos resistencia.

—Habrán dos o tres en la lancha. ¿Qué más?



—Cuando atrapemos a esos hombres, conseguiremos el tesoro. Creo que sería un placer para mi amigo aquí presente llevarle el cofre a la joven dama a quien, en justicia, le corresponde la mitad. Dejar que sea ella la primera en abrirlo. ¿Verdad, Watson?

—Sería una gran satisfacción para mí.

—Procedimiento un tanto irregular —dijo Jones, moviendo la cabeza—. Sin embargo, todo este asunto es irregular, y supongo que tendremos que hacer la vista gorda. El tesoro deberá ser entregado después a las autoridades hasta que termine la investigación oficial.

—Desde luego. No hay problema. Una cosa más. Me gustaría conocer algunos detalles de este asunto de labios del propio Jonathan Small. Usted sabe que me gusta resolver los pormenores de mis casos. ¿Habría inconveniente en que yo mantuviera una entrevista extraoficial con él, aquí en mis aposentos o en cualquier otro lugar, siempre que él estuviera eficazmente vigilado?

—Bueno, usted es dueño de la situación. Yo ni siquiera tengo todavía pruebas de la existencia del tal Jonathan Small. Sin embargo, si logra atraparlo, no veo cómo negarle una entrevista con él.

—¿Entendido, pues?

—Perfectamente. ¿Hay algo más?

—Solo que insisto en que cene con nosotros. La cena estará lista dentro de media hora. Tengo ostras y un par de perdices, y una pequeña selección de vinos blancos donde elegir. Watson, hasta ahora usted no ha reconocido mis dotes de anfitrión.

## FINAL DEL ISLEÑO

Tuvimos una cena alegre. Holmes, cuando quería, era un gran conversador, y aquella noche habló por los codos. Parecía en un estado de nerviosa exaltación. Nunca lo había visto tan brillante. Habló en rápida sucesión de multitud de temas: autos sacramentales, cerámica medieval, violines Stradivarius, budismo en Ceilán y barcos de guerra del futuro, tratándolos como si hubiera hecho un estudio sobre ellos. Su radiante humor fue la primera señal de que había dejado atrás su negra depresión de los días anteriores. Athelney Jones resultó ser una persona sociable en su tiempo libre, y se enfrentó a la cena con aires de *bon vivant*. En cuanto a mí, me sentía eufórico al pensar que estábamos cerca del final de nuestro cometido, y me contagié un poco de la alegría de Holmes. Ninguno de los tres aludió durante la cena al motivo que nos había reunido.

Una vez quitada la mesa, Holmes miró su reloj y llenó tres vasos de oporto.

—Brindemos —dijo— por el éxito de nuestra pequeña expedición. Y ya es hora de que nos vayamos. ¿Tiene usted pistola, Watson?

—Tengo mi viejo revólver militar en el escritorio.

—Pues será mejor que lo coja. Conviene estar preparados. Veo que el coche está en la puerta. Lo encargué para las seis y media.

Eran poco más de las siete cuando llegamos al embarcadero de Westminster y encontramos la lancha que nos esperaba. Holmes la examinó con ojo crítico.

—¿Lleva alguna indicación de que es de la policía?

—Sí, esa lámpara verde al lado.

—Pues quítenla.

Efectuado el pequeño cambio, subimos a bordo y soltaron las amarras. Jones, Holmes y yo íbamos sentados en la popa. Había un hombre al timón, otro que se ocupaba del motor, y dos fornidos inspectores de policía a proa.

—¿Hacia dónde? —preguntó Jones.

—Hacia la Torre de Londres. Dícales que se detengan frente al astillero de Jacobson.

Nuestra embarcación era, evidentemente, muy rápida. Pasamos como un rayo junto a las largas hileras de gabarras cargadas, tan lentas que parecían detenidas. Holmes sonrió con satisfacción cuando alcanzamos a un vapor y lo dejamos atrás.

—Debemos ser capaces de alcanzar a cualquier otra embarcación —dijo.

—Bueno, tanto quizá no. Pero no hay muchas lanchas que puedan ganarnos.

—Tendremos que alcanzar a la *Aurora*, y tiene fama de ser muy veloz. Watson, voy a exponerle cuál es la situación. ¿Recuerda que me irritó mucho verme detenido

por un obstáculo tan insignificante?

—Sí.

—Pues bien, concedí un descanso total a mi mente zambulléndome en un análisis químico. Uno de nuestros mayores estadistas dijo que un cambio de trabajo es el mejor descanso. Y así es. Cuando conseguí disolver el hidrocarburo, que era la tarea que me ocupaba, regresé a nuestro problema de los Sholto, y lo reconsideré en su totalidad. Mis chicos habían recorrido el río hacia arriba y hacia abajo, sin ningún resultado. La lancha no estaba en ningún embarcadero ni en ningún muelle, y no había regresado. Sin embargo, era imposible que la hubieran hundido para ocultar su rastro; aunque siempre quedaba como una posible hipótesis si todas las demás fallaban. Yo sabía que el tal Small poseía cierto grado de tosca astucia, pero no le consideré capaz de nada que reflejara una delicada sutileza. Esta suele ser producto de una cultura superior. Entonces pensé que, si era indudable que había permanecido algún tiempo en Londres, dado que había pruebas de que había mantenido una constante vigilancia sobre Poncherry Lodge, era difícil que pudiera marcharse de repente, pues necesitaría algún tiempo, aunque solo fuera un día, para arreglar sus asuntos. En cualquier caso, era lo más probable.

—Esta suposición me parece poco convincente —le dije—. Es más probable que arreglara sus asuntos antes de emprender la expedición.

—No. Se me hace difícil de creer. Su guarida era un refugio demasiado valioso para él, en caso de apuro, para abandonarla antes de estar seguro de que podía prescindir de ella. Jonathan Small tuvo que caer en la cuenta de que el extraño aspecto de su compañero, por mucho que lo camuflara bajo la ropa, daría lugar a habladurías y de que posiblemente se le relacionaría con la tragedia de Norwood. Es lo bastante listo para reparar en ello. Partieron de su cuartel general al amparo de la oscuridad, y quería regresar antes de que clarease del todo. Pero, según la señora Smith, eran más de las tres cuando cogieron la barca. Tardaría poco en amanecer, y en una hora o poco más habría gente por todas partes. Deduje, pues, que no fueron muy lejos. Pagaron bien a Smith para que mantuviese la boca cerrada, alquilaron su lancha para la huida final y se apresuraron a regresar a su guarida con el cofre del tesoro. Un par de noches después, cuando hubieran tenido tiempo de ver qué opinaban los periódicos y hacia dónde se encaminaban las sospechas, se dirigirían, al amparo de la oscuridad, hasta algún barco anclado en Gravesend o en los Downs, donde sin duda tendría ya reservados pasajes para América o las colonias.

—Pero ¿y la lancha? No pudieron llevársela a su alojamiento.

—Desde luego. Deduje que la lancha no debía de estar muy lejos, pese a su invisibilidad. Me puse, por tanto, en el lugar de Small y enfoqué la cuestión como lo haría un hombre astuto como él. Probablemente consideraría que devolver la lancha o dejarla en un embarcadero facilitaría a la policía su persecución, caso de que fueran tras él. ¿Cómo esconder la lancha y, sin embargo, tenerla a mano cuando la necesitase? Me pregunté qué haría yo si estuviese en su lugar. Solo se me ocurrió un

medio. Llevaría la lancha a un astillero o taller, con instrucciones de que hicieran algún cambio sin importancia. La trasladarían a un cobertizo y estaría convenientemente oculta, pero al mismo tiempo yo podría disponer de ella solo avisando con unas horas de antelación.

—Parece bastante sencillo.

—Precisamente esas cosas muy sencillas son las que con mayor facilidad se nos pasan por alto. Pero decidí actuar siguiendo esta hipótesis. Puse inmediatamente manos a la obra, con ese inofensivo atuendo de marinero, y pregunté en todos los astilleros del río. Recorrí quince sin éxito, pero en el dieciséis, de un tal Jacobson, me enteré de que dos días antes un hombre con pata de palo había llevado a la *Aurora* para que efectuaran unos pequeños arreglos en el timón.

»“No le pasa nada malo al timón”, me dijo el capataz. “La lancha es aquella de las rayas rojas”. ¿Y quién dirían ustedes que llegó en aquel preciso instante, sino Mordecai Smith, propietario de la embarcación desaparecida? La bebida lo había puesto en un estado lamentable. Como es lógico, yo no lo habría reconocido, pero voceó su nombre y el de su lancha. “La quiero esta noche a las ocho”, dijo. “A las ocho en punto, acuérdesse bien, porque he de llevar a dos caballeros a los que no les gusta nada esperar”. Era evidente que le habían pagado bien, pues andaba holgado de dinero y les lanzó unos chelines a los operarios. Le seguí un buen trecho, pero se metió en una cervecería. De modo que volví al astillero, y, como en el camino me encontré con uno de mis muchachos, lo aposté de centinela para vigilar la lancha. Tiene que permanecer en la orilla y hacernos una señal con el pañuelo cuando ellos se pongan en marcha. Nosotros nos mantendremos medio ocultos en el río, y raro será que no nos hagamos con los hombres, con el tesoro y con todo.

—Sean o no los hombres que buscamos, usted lo ha planeado con esmero —dijo Jones—, pero, si el caso estuviera en mis manos, yo habría colocado un destacamento de policía en el astillero Jacobson, y habría detenido a los asesinos en cuanto llegaran.

—Lo cual no habría ocurrido nunca. Ese Small es un tipo bastante astuto. Enviará a alguien por delante para que reconozca el terreno, y, si algo le inspira la menor sospecha, permanecerá escondido una semana más.

—Pero usted pudo haber seguido a Mordecai Smith, que lo habría llevado a su escondrijo —dije.

—De hacerlo así, habría desperdiciado un día. Creo que hay cien posibilidades contra una de que Smith ignore dónde viven. ¿Por qué va a hacer preguntas mientras disponga de bebida y de una buena paga? Le envían mensajes indicándole lo que debe hacer. No, he examinado todos los posibles caminos a seguir, y este es el mejor.

Durante el curso de esta conversación, habíamos navegado velozmente por debajo de los numerosos puentes que cruzan el Támesis. Cuando pasamos por delante de la City, los últimos rayos del sol hacían brillar la cruz que corona la cúpula de la catedral de Saint Paul. Anocheció antes de que llegáramos a la Torre.

—Ese es el astillero Jacobson —dijo Holmes, señalando un bosque de mástiles y jarcias en la orilla de Surrey—. Naveguemos despacio arriba y abajo, al abrigo de esta hilera de gabarras. —Se sacó unos gemelos del bolsillo y observó un rato la orilla—. Mi centinela sigue en su puesto —comentó—, pero ni rastro del pañuelo.

—¿Y si navegáramos un trecho río abajo y los esperáramos allí? —propuso Jones con impaciencia.

Para entonces ya todos estábamos impacientes. Incluso los policías y los fogoneros, que solo tenían una vaga idea de lo que estaba sucediendo.

—No podemos permitirnos dar nada por supuesto —respondió Holmes—. Es cierto que hay diez probabilidades contra una de que se dirijan río abajo, pero no tenemos la absoluta certeza. Desde aquí podemos ver la entrada del astillero, mientras que ellos difícilmente pueden vernos a nosotros. Va a ser una noche clara y dispondremos de luz abundante. Debemos quedarnos donde estamos. Miren cómo se agolpa la gente allá lejos bajo las luces de gas.

—Salen de trabajar en el astillero.

—Sucios truhanes, y, sin embargo, supongo que cada uno de ellos oculta en su interior una pequeña chispa inmortal. Nadie lo diría, viéndolos. No existe a priori ninguna probabilidad de ello. ¡Qué extraño enigma es el hombre!

—Alguien lo ha definido como un alma oculta en un animal —sugerí.

—Winwood Reade trata muy bien este tema —dijo Holmes—. Señala que, si bien el hombre a nivel individual es un rompecabezas insoluble, tomado en conjunto se convierte en una certeza matemática. Nunca puedes, por ejemplo, predecir lo que hará un hombre determinado, pero puedes decir con precisión lo que hará el promedio de un grupo. Lo individual varía, pero los porcentajes se mantienen constantes. Lo afirma la estadística. Pero ¿no es un pañuelo lo que veo? Sin duda allí se mueve algo blanco.

—¡Sí, es su muchacho! —grité—. Lo distingo perfectamente.

—Y allí está la *Aurora* —exclamó Holmes—. ¡Y corre como alma que lleva el diablo! Adelante a toda marcha, maquinista. Siga a esta lancha de la luz amarilla. Dios santo, ¡nunca me perdonaría que pudiera burlarnos!

La lancha se había escabullido, sin que lo advirtiéramos, por la puerta del astillero y había pasado entre dos o tres pequeñas embarcaciones, de modo que, cuando la descubrimos, ya había alcanzado su máxima velocidad. Ahora volaba río abajo, pegada a la orilla, a un ritmo vertiginoso. Jones la miró preocupado y sacudió la cabeza.

—Es muy rápida —dijo—. Dudo que logremos alcanzarla.

—¡Tenemos que alcanzarla! —bramó Holmes entre dientes—. ¡Fogoneros, más combustible! ¡Forzad la máquina al límite! ¡Tenemos que cogerlos aunque quememos la lancha!

Ahora la seguíamos con facilidad. Las calderas rugían, y los potentes motores zumbaban y traqueteaban como un enorme corazón metálico. La afilada proa cortaba,

casi perpendicular, las tranquilas aguas del río, despidiendo a derecha e izquierda dos olas ondulantes. A cada zumbido de las máquinas, la lancha saltaba y se estremecía como un ser vivo. Un gran faro amarillo situado en la proa proyectaba ante nosotros un largo y parpadeante cono de luz. Justo delante, una mancha oscura en el agua nos indicaba dónde estaba la *Aurora*, y la estela de blanca espuma que dejaba tras de sí revelaba la velocidad de su marcha. Nosotros cruzamos como una flecha entre barcazas, vapores y buques mercantes, esquivando unos y rodeando otros. Múltiples voces nos increpaban desde la oscuridad, pero la *Aurora* seguía zumbando, y nosotros seguíamos pegados a sus talones.

—¡Combustible, muchachos, más combustible! —gritó Holmes, asomándose al cuarto de máquinas, mientras el fiero resplandor que de allí ascendía iluminaba su rostro impaciente y aguileno—. Subid la presión al límite.

—Creo que vamos ganando algo de terreno —dijo Jones, sin apartar los ojos de la *Aurora*.

—Estoy seguro —dije yo—. En pocos minutos le habremos dado alcance.

Pero en aquel preciso instante, por una aciaga fatalidad, un remolcador que arrastraba tres barcazas nos cortó el paso. Solo mediante un rápido golpe de timón evitamos la colisión, pero, cuando pudimos rodear el obstáculo y recuperar nuestro rumbo, la *Aurora* nos había sacado al menos doscientas yardas. Sin embargo, seguía al alcance de nuestra vista, y la incierta y lúgubre luz del crepúsculo había cedido paso a una noche clara y estrellada. Habíamos forzado al máximo las calderas, y el frágil casco vibraba y crujía bajo la fiera energía que nos impulsaba hacia delante. Habíamos cruzado como una flecha las aguas más tranquilas, dejado atrás los muelles de las Indias Occidentales, descendido a lo largo de Deptford Reach y remontado de nuevo el río tras rodear la isla de los Perros. Ahora la mancha oscura que veíamos delante de nosotros se disolvió y se convirtió en la elegante *Aurora*. Jones la enfocó con nuestro faro, y vimos claramente las figuras que iban en cubierta. Había un hombre sentado en popa, con un objeto negro entre las rodillas, sobre el que se inclinaba. A su lado yacía una masa oscura que parecía un perro labrador. El muchacho empuñaba la caña del timón, mientras, al rojizo resplandor de la caldera, distinguí al viejo Smith, desnudo hasta la cintura, echando paletadas de carbón como si le fuera en ello la vida. Tal vez al principio tuvieran alguna duda sobre si realmente los perseguíamos a ellos, pero ahora, al ver que seguíamos todos sus zigzagueos y virajes, ya no podía haberles ninguna. A la altura de Greenwich estábamos a unos trescientos pasos. En Blackwall no podíamos estar a más de doscientos cincuenta. A lo largo de mi accidentada carrera he perseguido a muy diversas criaturas en muy diversos países, pero jamás cacería alguna me había proporcionado una emoción tan arrebatadora como aquella enloquecida y vertiginosa caza del hombre en el Támesis. Poco a poco, yarda a yarda, íbamos acortando la distancia que nos separaba. Podíamos oír, en el silencio de la noche, el jadeo y el rechinar de su maquinaria. El hombre que iba en popa seguía agazapado en cubierta, y sus brazos se movían como

si estuviera ocupado en algo; de vez en cuando, levantaba la cabeza y medía con la mirada la distancia que todavía nos separaba. Cada vez estábamos más cerca. Jones les gritó que se detuvieran. No nos separaban ya más de cuatro largos de barca, y ambas embarcaciones volaban a tremenda velocidad. Estábamos en un tramo despejado del río, con Barking Level en una orilla y las melancólicas marismas Plumstead en la otra. Al oír que dábamos el alto, el hombre de popa se levantó de un salto y nos amenazó con los puños cerrados, al tiempo que nos cubría de maldiciones con voz chillona y cascada. Era un hombre alto y fuerte, y, cuando se quedó quieto de pie con las piernas separadas, vi que su muslo derecho terminaba en una pata de palo. Al sonar estos gritos agudos e irritados, se produjo movimiento en el bulto acurrucado en cubierta, y al levantarse se convirtió en un hombrecillo negro, el más pequeño que he visto jamás, con una cabezota deforme y una mata de cabello enmarañado. Holmes había sacado ya su revólver, y yo saqué apresuradamente el mío al ver a esa criatura salvaje y deforme. Iba envuelto en una especie de capote o manta negra, que solo dejaba al descubierto su rostro, pero ese rostro bastaba para quitarle el sueño a cualquiera. Yo no había visto nunca unas facciones tan profundamente marcadas por la bestialidad y la crueldad. Los ojillos ardían y brillaban con una luz sombría, y los gruesos labios se fruncían hacia atrás mostrando los dientes, que rechinaba con una furia casi animal.

—Abrid fuego si levanta la mano —nos dijo Holmes en voz baja.

Ahora estábamos ya a menos de un largo de distancia, y casi podíamos tocar a nuestra presa. Me parece estar viendo todavía a aquellos dos hombres, el blanco con las piernas abiertas, cubriéndonos de improperios a gritos, y el maldito enano con su espantoso rostro, y sus dientes fuertes y amarillos, que rechinaba a la luz de nuestra linterna.

Fue una suerte que le viéramos con tanta claridad. Mientras le mirábamos, se sacó de debajo de la ropa un pedazo corto y redondo de madera, parecido a la regla de un escolar, y se lo llevó a los labios. Nuestras pistolas sonaron a la vez. El enano giró sobre sí mismo, levantó los brazos y, con una especie de estertor ahogado, cayó de lado en la corriente. Aún pude vislumbrar, en el blanco remolino de las aguas, sus ojillos venenosos y amenazadores. En ese preciso instante, el hombre de la pata de palo se abalanzó sobre el timón y empujó hacia abajo la caña con todas sus fuerzas, de modo que la embarcación enfiló directamente hacia la ribera sur, mientras nosotros rebasábamos raudos su popa, apenas a unos pies de distancia. Viramos de inmediato tras ella, pero ya casi había alcanzado la orilla. Era un lugar desolador y salvaje, donde la luna brillaba sobre una vasta extensión de marismas, con charcas de agua estancada y lechos de vegetación putrefacta. Con un golpe sordo, la *Aurora* embarrancó en la orilla fangosa, y quedó con la proa en alto y la popa al nivel del agua. El fugitivo saltó a tierra, pero su pata de palo se hundió al instante en el suelo cenagoso. En vano forcejeó y se debatió. No podía dar ni un solo paso hacia delante ni hacia atrás. Aulló furioso ante su impotencia y pateó frenético con el otro pie, pero

solo consiguió que su cuña de madera perforara más la pegajosa orilla. Cuando colocamos nuestra lancha junto a la *Aurora*, estaba tan atrapado en la ciénaga que solo pasándole un cabo de cuerda alrededor de los hombros pudimos arrancarlo de allí e izarlo por la borda de nuestra embarcación, como si se tratara de un pez maléfico. Los dos Smith, padre e hijo, permanecían sentados taciturnos en su lancha, pero subieron inmediatamente a la nuestra cuando se lo ordenamos. Desembarrancamos la *Aurora* y la amarramos a nuestra popa. En cubierta encontramos un recio cofre de hierro, repujado al estilo de la India. Era, sin lugar a dudas, el que contenía el aciago tesoro de los Sholto. No había llave, pero pesaba mucho, y lo trasladamos con cuidado a nuestro pequeño camarote. Remontamos de nuevo lentamente el río, enfocando el reflector en todas direcciones, pero no vimos ni rastro del isleño. En alguna parte del negro fango del lecho del Támesis yacen los restos de ese extraño visitante de nuestras costas.

—Miren esto —dijo Holmes, señalando la escotilla de madera—. No hemos sido lo bastante rápidos con las pistolas.

En efecto, justo detrás de donde habíamos estado, se había clavado uno de aquellos mortíferos dardos que tan bien conocíamos. Debió de cruzar silbando entre nosotros en el momento en que disparábamos. Holmes sonrió y se encogió de hombros con su flema habitual, pero confieso que yo me sentí morir solo al pensar en lo cerca que habíamos estado aquella noche de un espantoso final.



## EL FABULOSO TESORO DE AGRA

Nuestro prisionero estaba sentado en el camarote, ante el cofre de hierro por el que tanto había tenido que esforzarse y que esperar. Era un individuo moreno, de ojos audaces, con una red de arrugas sobre el rostro caoba, que sugería una dura vida al aire libre. La singular prominencia de su barbudo mentón indicaba que era un hombre al que no resultaba fácil apartar de sus propósitos. Tendría unos cincuenta años, pues el cabello negro y rizado estaba salpicado de gris. Cuando estaba en reposo, su rostro no era desagradable, pero sus pobladas cejas y su agresivo mentón le daban, como yo había tenido ocasión de comprobar, una expresión terrible cuando se enfurecía. Ahora permanecía sentado con las manos esposadas sobre el regazo y la cabeza caída sobre el pecho, y miraba con ojos penetrantes y encendidos el cofre que había sido causa de sus fechorías. Me pareció ver más dolor que ira en su expresión rígida y contenida. En un momento dado me miró con un destello de algo muy parecido al humor en sus ojos.

—Bien, Jonathan Small —dijo Holmes, encendiendo un cigarro—, siento que hayamos llegado a esta situación.

—Y yo también, señor —contestó con franqueza—. No creo que me cuelguen por esto. Le juro por la Biblia que yo no levanté la mano contra el señor Sholto. Fue ese pequeño perro del infierno, Tonga, quien le disparó uno de sus malditos dardos. Yo no participé, señor. Lo lamenté tanto como si hubiera sido un pariente. Azoté a aquel diablillo con el extremo de la cuerda, pero el daño estaba hecho, y no tenía remedio.

—Coja un cigarro —dijo Holmes—, y será mejor que beba un trago de mi frasco, porque está usted empapado. ¿Cómo pudo imaginar que un hombre tan pequeño y tan débil como su compañero negro sería capaz de vencer al señor Sholto y mantenerlo inmovilizado mientras usted subía por la cuerda?

—Parece saber usted tanto de lo sucedido, señor, como si hubiera estado allí. La verdad es que yo esperaba encontrar la habitación vacía. Conocía bastante bien las costumbres de la casa, y era a esa hora cuando el señor Sholto solía bajar a cenar. Mi mejor defensa es decir simplemente la verdad. Si se hubiera tratado del viejo comandante, habría ido a por él encantado. Me habría importado tan poco acuchillarlo como fumarme este cigarro. Pero es condenadamente duro ir a prisión por el joven Sholto, contra el cual no tenía nada.

—Está usted a cargo del señor Athelney Jones, de Scotland Yard. Él le llevará a mi domicilio, y yo le pediré a usted que me cuente la verdad de la historia. Es preciso que lo confiese todo, y espero, si lo hace, poder serle útil. Creo poder demostrar que el veneno actúa con tanta rapidez que el hombre estaba muerto antes de que usted

llegara a la habitación.

—Sí lo estaba, señor. Nunca lo he pasado tan mal como cuando, al encaramarme a la ventana, le vi hacerme muecas con la cabeza caída sobre el hombro. Fue una impresión terrible. Habría matado a Tonga por ello si no se hubiera escabullido a toda prisa. Por eso se dejó la maza, y algunos de sus dardos, según me dijo, lo cual, supongo, le ayudó a usted a dar con nuestra pista, aunque no sabría decir cómo pudo seguirla. No le guardo rencor por ello. Pero resulta extraño —añadió con una amarga sonrisa— que, teniendo derecho a reclamar la mitad de un millón de libras, me haya pasado la primera mitad de mi vida construyendo un dique en las Andamán y tenga que pasarme la otra mitad cavando zanjas en Dartmoor. Fue un día fatídico para mí aquel en que vi por primera vez al mercader Achmet y entré en contacto con el tesoro de Agra, que hasta ahora solo ha acarreado desgracias a cuantos lo han poseído. Al mercader le ocasionó la muerte, al comandante Sholto, miedo y culpa, y a mí, esclavitud para toda la vida.

En aquel instante, Athelney Jones asomó su ancho rostro y sus fuertes hombros en el pequeño camarote.

—¡Vaya, esto parece una reunión familiar! —comentó—. Creo que echaré un trago de esta botella, Holmes. Bien, pienso que podemos felicitarnos recíprocamente. Lástima que no atrapáramos al otro con vida, pero no hemos tenido elección. Mire, Holmes, debe admitir que nos ha salido bien de milagro. Trabajo nos ha costado alcanzarlos.

—Bien está lo que bien acaba —dijo Holmes—. Pero ciertamente yo no sabía que la *Aurora* fuera tan rápida.

—Smith dice que es una de las lanchas más rápidas del río, y que, si hubiera dispuesto de otro hombre que le ayudara con las máquinas, jamás le habríamos dado alcance. Y jura que no sabía nada del asunto de Norwood.

—¡Nunca lo supo! —gritó nuestro prisionero—. Ni una palabra. Elegí su lancha porque había oído que volaba. No le dijimos nada, pero le pagamos bien, y habría recibido una generosa propina si hubiéramos alcanzado en Gravesend el *Esmeralda*, que zarpaba hacia Brasil.

—Bien, si no ha hecho nada malo, nos ocuparemos de que nada malo le ocurra. Somos bastante rápidos en atrapar a nuestros hombres, pero menos rápidos en condenarlos.

Era divertido observar que el presuntuoso Jones empezaba ya a vanagloriarse de la captura. Por la leve sonrisa que aleteó en el rostro de Holmes, comprendí que el discurso no le había pasado inadvertido.

—Estamos llegando al puente de Vauxhall —dijo Jones—, y usted, doctor Watson, desembarcará con el cofre del tesoro. No necesito decirle que al hacer esto contraigo una grave responsabilidad. Es muy irregular, pero, desde luego, un trato es un trato. Sin embargo, al llevar usted una carga tan valiosa, me veo obligado a hacer que le acompañe un inspector. Irá usted en coche, ¿verdad?

—Sí, iré en coche.

—Es una lástima que no tengamos la llave y podamos hacer antes un inventario. ¿Dónde está la llave, amigo?

—En el fondo del río —dijo Small secamente.

—¡Hum! No hacía falta que nos ocasionara este problema inútil. Bastante trabajo nos ha dado ya. Bien, doctor, no necesito advertirle que sea prudente. Regrese con el cofre a las habitaciones de Baker Street. Allí nos encontrará, camino de la comisaría.

Me desembarcaron en Vauxhall, con mi pesado cofre de hierro, y con la compañía de un inspector franco y simpático. En un cuarto de hora el coche nos llevó a la casa de la señora Forrester. A la sirvienta pareció sorprenderle una visita tan tardía. La señora de Cecil Forrester había salido aquella noche, nos explicó, y seguramente regresaría muy tarde, pero la señorita Morstan estaba en la sala. Dejé, pues, al amable inspector en el coche, y me encaminé hacia la sala con el cofre en las manos.

La muchacha estaba sentada junto a la ventana abierta, con un vestido blanco y liviano, que llevaba un detalle escarlata en el cuello y en la cintura. La tenue luz de una lámpara con pantalla caía sobre la figura recostada en un sillón de mimbre, jugueteando sobre su rostro dulce y grave, y tiñendo de apagados destellos metálicos los brillantes rizos de su abundante cabello. Un blanco brazo y una blanca mano pendían a un lado del sillón, y toda su figura y su actitud reflejaban una profunda melancolía. Sin embargo, se levantó de un salto al oír mis pasos, y un encendido rubor de sorpresa y alegría coloreó sus pálidas mejillas.

—He oído llegar un coche —dijo—. Pensé que la señora Forrester había regresado muy temprano, pero no pude imaginar que se tratara de usted. ¿Qué noticias me trae?

—Le traigo algo mejor que noticias —le dije, depositando el cofre encima de la mesa y utilizando un tono jovial y alborozado, aunque sentía un peso en el corazón—. Le traigo algo que vale más que todas las noticias del mundo. Le traigo una fortuna.

La señorita Morstan echó una ojeada al cofre de hierro.

—Entonces ¿esto es el tesoro? —preguntó sin perder la calma.

—Sí, es el fabuloso tesoro de Agra. La mitad le pertenece a usted y la otra mitad a Thaddeus Sholto. Le corresponde a cada uno un par de cientos de miles de libras. ¡Imagínese! Una renta anual de diez mil libras. Pocas muchachas habrá en Inglaterra más ricas que usted. ¿No es maravilloso?

Creo que debí de exagerar mi entusiasmo, y que ella captó una nota falsa en mis felicitaciones, pues observé que enarcaba un poco las cejas y me miraba con curiosidad.

—Si tengo el tesoro —me dijo—, a usted se lo debo.

—No, no —protesté—, no a mí, sino a mi amigo Sherlock Holmes. Ni con la mejor voluntad del mundo habría podido yo seguir una pista que ha puesto a prueba incluso su talento analítico. En cualquier caso, hemos estado a punto de perderlo en el

último momento.

—Por favor, siéntese y cuéntemelo todo, doctor Watson —me dijo.

Le conté en pocas palabras lo que había ocurrido desde nuestro último encuentro. El nuevo método de Holmes para la búsqueda, el descubrimiento de la *Aurora*, la aparición de Athelney Jones, nuestra expedición nocturna y la enloquecida persecución por el Támesis. Ella escuchaba con labios entreabiertos y ojos encendidos mi relato de nuestras aventuras. Cuando le hablé del dardo que tan cerca había pasado de nosotros, se puso tan pálida que temí que fuera a desmayarse.

—No es nada —me dijo, mientras yo me apresuraba a servirle un vaso de agua—. Ya estoy bien. Me ha impresionado oír que había expuesto a mis amigos a un peligro tan espantoso.

—Ya ha pasado todo —le respondí—. No ha sido nada. Y no voy a contarle más detalles sombríos. Hablemos de algo más alegre. El tesoro. ¿Qué puede haber más alegre que un tesoro? He conseguido que me permitieran traérselo, pues he pensado que le interesaría ser la primera en verlo.

—Me interesa muchísimo —dijo ella.

Sin embargo, no había impaciencia en su voz. Pero tal vez consideraba que sería descortés por su parte mostrarse indiferente ante algo que tanto había costado conseguir.

—¡Qué bonito cofre! —dijo, inclinándose a mirarlo—. Supongo que es de artesanía india.

—Sí, repujado sobre metal, al estilo de Benarés.

—¡Y tan pesado...! —exclamó, mientras intentaba levantarlo—. Solo el cofre debe de ser ya muy valioso. ¿Dónde está la llave?

—Small la tiró al Támesis —respondí—. Tendré que utilizar el atizador de la señora Forrester.

El cofre tenía en la parte delantera una aldaba gruesa y ancha, con la imagen labrada de un Buda sentado. Metí por debajo el extremo del atizador e hice palanca. La aldaba se abrió de golpe con un fuerte chasquido. Levanté la tapa con dedos temblorosos. La muchacha y yo nos miramos estupefactos. ¡El cofre estaba vacío!

No era extraño que pesara tanto. La plancha de hierro con que estaba fabricado medía dos tercios de pulgada de grosor. Era macizo, sólido, de buena factura, un cofre destinado a contener objetos de gran valor, pero en su interior no había ni rastro de joyas o de metales preciosos. Estaba absoluta y completamente vacío.

—El tesoro ha desaparecido —dijo la señorita Morstan tranquilamente.

Al oír esas palabras y comprender lo que significaban, me pareció que me quitaba un gran peso de encima. No supe hasta qué punto me había abrumado el tesoro de Agra hasta entonces, cuando finalmente había desaparecido. Era, sin duda, una actitud egoísta, desleal, incorrecta, pero lo único que me importaba era que la barrera de oro que nos separaba ya no existía.

—¡Gracias a Dios! —exclamé desde el fondo de mi corazón.

Ella me miró con una breve sonrisa interrogativa.

—¿Por qué dice eso? —preguntó.

—Porque usted vuelve a estar a mi alcance —dije, cogiéndole una mano, que ella no retiró—. Porque yo la amo, Mary, tan sinceramente como jamás un hombre ha amado a una mujer. Porque este tesoro, esta fortuna, sellaba mis labios. Ahora que ha desaparecido, puedo decirle cuánto la quiero. Por eso he dicho «Gracias a Dios».

—Entonces yo también digo «gracias a Dios» —susurró ella, mientras yo la atraía hacia mí.

Alguien había perdido un tesoro, pero yo supe aquella noche que había encontrado uno.

## LA EXTRAÑA HISTORIA DE JONATHAN SMALL

El inspector que me esperaba en el coche era un hombre paciente, pues pasó largo rato hasta que volví a reunirme con él. Cuando le mostré el cofre vacío, su rostro se ensombreció.

—¡Adiós a nuestra recompensa! —dijo en tono lúgubre—. Si no hay dinero, no hay paga. El trabajo de esta noche nos habría valido a Sam Brown y a mí un billete de diez libras, si el tesoro hubiera estado aquí.

—El señor Thaddeus Sholto es un hombre rico —dije—. Se ocupará de que ustedes tengan su recompensa, con tesoro o sin él.

Pero el inspector movió la cabeza con desaliento.

—Es un mal asunto —insistió—, y el señor Athelney Jones pensará lo mismo.

Su predicción resultó acertada, porque el detective quedó petrificado cuando llegué a Baker Street y le mostré el cofre vacío. Él, Holmes y el preso acababan de llegar, porque habían modificado sus planes de presentarse durante el camino en una comisaría. Mi compañero se recostaba en su sillón con su habitual aire displicente, mientras que Small estaba sentado ante él, imperturbable, la pierna de madera cruzada sobre la sana. Cuando mostré el cofre vacío, se echó hacia atrás en la silla y estalló en estruendosas carcajadas.

—Small, eso es obra suya —dijo Athelney Jones, enfadado.

—Sí, lo he puesto en un sitito donde jamás le echarán mano —gritó exultante—. El tesoro es mío, y, si no puedo disfrutar del botín, me ocuparé de que nadie lo haga. Les digo que no hay hombre vivo con derecho a él, menos los tres hombres del presidio de las Andamán y yo. Ahora sé que yo no lo tendré. Y sé que ellos tampoco. Siempre he actuado tanto por ellos como por mí. Siempre hemos sido fieles al signo de los cuatro. Bien, sé que aprobarían lo que he hecho, y que habrían tirado el tesoro al Támesis antes que permitir que fuera a parar a manos de parientes o amigos de Sholto o de Morstan. No nos cargamos a Achmet para enriquecerlos a ellos. Encontrarán ustedes el tesoro en el mismo lugar que la llave y el pequeño Tonga. Cuando vi que su lancha nos alcanzaba, puse el botín en lugar seguro. De esta expedición no sacarán ustedes ni una rupia.

—Usted nos está mintiendo, Small —dijo Athelney Jones con severidad—. De haber querido arrojar el tesoro al Támesis, le habría sido más fácil hacerlo con el cofre incluido.

—Más fácil para mí tirarlo y más fácil para ustedes recuperarlo —replicó, mirándonos de soslayo con expresión astuta—. Un hombre lo bastante inteligente para encontrarme a mí debe serlo también lo bastante para sacar un cofre de hierro

del fondo de un río. Ahora que el contenido está esparcido en unas cinco millas, le será más difícil. Me dolió mucho tener que hacerlo. Estaba medio loco cuando ustedes nos alcanzaron. En fin, no hay que lamentarse. A lo largo de mi vida he tenido momentos buenos y he tenido momentos malos, pero he aprendido a no llorar por la leche derramada.

—Se trata de un asunto muy serio, Small —dijo el detective—. Si usted hubiera colaborado con la justicia, en lugar de obstaculizarla, habría tenido más posibilidades en su juicio.

—¡Justicia! —gruñó el presidiario—. ¡Valiente justicia! ¿De quién es el tesoro, sino nuestro? ¿Qué justicia sería haberlo entregado a aquellos que nunca se lo ganaron? ¡Vean cómo lo gané yo! Veinte largos años en aquella ciénaga insalubre, trabajando de sol a sol bajo los manglares, toda la noche encadenado en las inmundas chozas de los reclusos, devorado por los mosquitos, sacudido por el paludismo, humillado por todos aquellos policías negros a quienes les encantaba tomar revancha de un blanco. Así fue como me gané el tesoro de Agra, ¡y ustedes me hablan de justicia, porque no puedo soportar la idea de haber pagado ese precio para que otro disfrute de él! Preferiría que me colgaran cien veces, o tener uno de los dardos de Tonga clavados en el pellejo, que pudrirme en una celda y pensar que otro hombre se regodea en un palacio con el dinero que debería ser mío.

Small se había desprendido de su máscara de estoicismo, y aquellas palabras habían salido de su boca en un furioso torbellino, mientras sus ojos llameaban, y sus esposas entrechocaban ruidosas a causa de los vehementes movimientos de sus manos. Comprendí, al ver la furia y el apasionamiento de aquel hombre, que no era infundado ni extraño el terror que se apoderó del comandante Sholto cuando se enteró de que el presidiario lisiado iba tras él.

—Olvida usted que nosotros no sabemos nada de todo esto —dijo Holmes con calma—. No hemos oído todavía su historia, y no podemos establecer hasta qué punto puede estar la justicia originariamente de su parte.

—Bien, señor, aunque bien veo que le debo estas pulseras que llevo en las muñecas, usted me ha hablado con mucha amabilidad. No le guardo rencor. Ha jugado limpio y abiertamente. Si quiere oír mi historia, no tengo intención de ocultarle nada. Lo que le diga será la pura verdad, palabra por palabra. Gracias, puede dejar el vaso aquí a mi lado, y me lo llevaré a los labios si tengo sed.

»Soy de Worcestershire y nací cerca de Pershore. No me extrañaría que, si usted investigara, encontrara todavía un montón de Small viviendo allí. A menudo he pensado en ir a echar un vistazo, pero la verdad es que nunca fui motivo de orgullo para mi familia y dudo que se alegraran mucho de verme. Todos ellos eran tipos formales, gente de iglesia, pequeños granjeros, muy conocidos y respetados en la comarca, mientras que yo fui siempre un truhán. Pero finalmente, a los dieciocho años, dejé de ocasionarles problemas, pues me metí en un lío por una chica y no encontré otra salida que aceptar el chelín de la Reina e incorporarme al Tercer

Regimiento de los Buffs, que estaba a punto de partir hacia la India.

»Sin embargo, no estaba destinado a servir mucho tiempo en el ejército. Apenas había dominado el paso del ganso y aprendido a manejar el mosquete, cuando cometí la tontería de bañarme en el Ganges. Por suerte estaba también en el agua el sargento de mi compañía, John Holder, que era uno de los mejores nadadores de la tropa. Cuando me encontraba a mitad de recorrido entre las dos orillas, me mordió un cocodrilo y me amputó la pierna derecha, justo por encima de la rodilla, tan limpiamente como habría podido hacerlo un cirujano. La conmoción y la pérdida de sangre hicieron que me desmayara, y me habría ahogado si Holder no me hubiera sujetado y arrastrado hasta la orilla. Pasé cinco meses en el hospital, y, cuando por fin pude salir cojeando de él, con esta pata de palo sujeta al muñón, me encontré dado de baja del ejército por inválido y sin oficio ni beneficio.

»Como pueden imaginar, parecía fallarme la suerte, pues, sin haber cumplido todavía los veinte, era ya un inválido inútil. Sin embargo, mi desgracia cumplió el dicho de que no hay mal que por bien no venga. Un hombre llamado Abel White, que había ido allí a cultivar índigo, necesitaba un capataz que vigilara a sus culis y los hiciera trabajar. Resultó ser amigo de nuestro coronel, que, desde el accidente, se había interesado mucho por mí. En pocas palabras, el coronel me recomendó insistentemente para el cargo, y, como el trabajo tenía que hacerse casi todo el tiempo a caballo, mi pierna no era un grave impedimento, pues me quedaba suficiente muslo para sostenerme bien sobre la silla. Yo tenía que recorrer a caballo la plantación, vigilar a los hombres durante el trabajo y denunciar a los holgazanes. La paga era justa, el alojamiento, cómodo, y en general me complacía la idea de pasar el resto de mi vida en una plantación de índigo. El señor Abel White era un hombre amable, y se dejaba caer a menudo por mi pequeña cabaña para fumar una pipa conmigo, porque en aquellas tierras los blancos sienten un afecto entre sí que nunca sienten cuando están aquí en Inglaterra.

»Pero mi suerte nunca duró mucho. De pronto, sin previo aviso, estalló el gran motín. Un mes, la India era un lugar tan tranquilo y pacífico, en apariencia, como Surrey o Kent; al mes siguiente, doscientos mil diablos morenos andaban sueltos por ella y el país entero se había convertido en un perfecto infierno. Desde luego, ustedes saben todo esto, caballeros; probablemente mejor que yo, ya que la lectura no es lo mío. Solo sé lo que vi con mis propios ojos. Nuestra plantación estaba en un lugar llamado Muttra, cerca de la frontera con las provincias del noroeste. Noche tras noche, todo el cielo se iluminaba con los incendios de los bungalows, y, día tras día, cruzaban por nuestra hacienda pequeños grupos de europeos con sus mujeres y sus hijos, camino de Agra, donde estaban las tropas más cercanas. El señor Abel White era un hombre obstinado. Se le metió en la cabeza que habían exagerado la importancia del motín y que este acabaría tan repentinamente como había comenzado. Y permanecía sentado en la baranda, bebiendo whisky con soda y fumando *cheroots*, mientras el país entero ardía a su alrededor. Desde luego, yo y



Dawson, que, junto con su mujer, se ocupaba de las cuentas y la administración, seguimos con él hasta que un buen día llegó la catástrofe. Yo había estado fuera, en una plantación lejana, y cabalgaba tranquilamente hacia casa al atardecer, cuando distinguí una especie de bulto en el fondo de un barranco. Bajé a ver lo que era, y me dio un vuelco el corazón al descubrir que se trataba de la mujer de Dawson, cortada en pedazos y medio devorada por los chacales y los perros salvajes. Un poco más lejos el propio Dawson yacía de bruces en el camino, ya muerto, con un revólver vacío en la mano, y delante de él cuatro cipayos, uno al lado del otro. Detuve mi caballo, preguntándome qué camino debía seguir, pero en ese preciso instante vi que una densa humareda subía en espirales desde el bungalow de Abel White y que las llamas empezaban a salir por el tejado. Comprendí que no podía hacer nada por mi amo y que solo conseguiría perder mi propia vida si intervenía. Desde donde yo estaba, veía centenares de demonios negros, vestidos aún con sus casacas rojas, bailando y vociferando alrededor de la casa en llamas. Algunos me señalaron con el dedo, y un par de balas silbaron por encima de mi cabeza. Huí, pues, a través de los arrozales, y muy avanzada la noche me encontré a salvo entre los muros de Agra.

»Sin embargo, resultó que tampoco allí estaba uno demasiado seguro. Todo el país se agitaba como un enjambre de abejas. Donde los ingleses se unían en pequeños grupos, se defendían al amparo de sus fusiles. El resto eran fugitivos indefensos. Se trataba de una lucha de millones contra centenares, y lo más cruel de todo era que aquellos hombres contra los que luchábamos, infantería, caballería y artillería, eran las tropas más selectas elegidas y formadas por nosotros mismos, que utilizaban nuestras propias armas y nuestros toques de corneta. En Agra estaban el Tercer Regimiento de Fusileros de Bengala, algunos sijs, dos escuadrones de caballería y una batería de artillería. Se había formado un cuerpo de voluntarios con empleados y comerciantes, y a él me uní, pata de palo incluida. A principios de julio, salimos al encuentro de los rebeldes en Shahgunge, y los rechazamos durante un tiempo, pero se nos terminó la pólvora y tuvimos que replegarnos a la ciudad.

»Nos llegaban desde todas partes las peores noticias; lo cual no es de extrañar, porque, si echan una ojeada al mapa, verán que estábamos justo en el corazón de la revuelta. Lucknow queda a algo más de cien millas al este, y Cawnpore, aproximadamente a la misma distancia al oeste. De los cuatro puntos cardinales solo llegaban noticias de torturas y de asesinatos y atrocidades.

»Agra es una gran ciudad, pululante de fanáticos y de toda clase de feroces adoradores del demonio. Nuestro puñado de hombres habría estado perdido en las callejas estrechas e intrincadas. Así pues, nuestro jefe nos hizo cruzar el río y estableció nuestra posición en el viejo fuerte de Agra. No sé si alguno de ustedes, caballeros, ha oído o leído algo acerca de ese viejo fuerte. Es un lugar muy extraño, el lugar más extraño en que he estado nunca, y he estado en rincones raros de verdad. Para empezar, es de una extensión enorme. Diría que el recinto abarca un montón de acres. Hay una parte moderna, con muchas dependencias, donde se alojó toda nuestra

guarnición, mujeres, niños, provisiones y demás. Pero la parte moderna no tiene punto de comparación en cuanto a tamaño con la parte antigua, abandonada a los escorpiones y ciempiés, a la que nadie va. Está llena de grandes salas desiertas, y tortuosos pasadizos, y largos corredores que se entrecruzan, de modo que resulta fácil perderse. Por ese motivo era raro que alguien se aventurase en ella, aunque, de vez en cuando, un grupo provisto de antorchas fuera a explorarla.

»El río pasa por delante del viejo fuerte, y lo protege, pero a los lados y detrás hay puertas, que, claro, tenían que ser vigiladas, tanto las de la parte antigua como las de aquella en que de hecho se alojaba la tropa. Andábamos escasos de personal; apenas disponíamos de hombres para defender con armas las esquinas del edificio y transportar la munición. No era posible, por tanto, apostar una fuerte guardia en cada una de las innumerables puertas. Lo que hicimos fue organizar un cuerpo de guardia central en medio del fuerte y dejar cada puerta a cargo de un blanco y dos o tres indígenas. Me eligieron a mí para que, durante determinadas horas de la noche, custodiara una puertecilla aislada del lado sudoeste del edificio. Pusieron bajo mis órdenes a dos soldados sijs, y recibí instrucciones de que, si algo iba mal, disparara mi mosquete, con la seguridad de que recibiría inmediata ayuda del cuerpo de guardia central. Como el cuerpo de guardia estaba al menos a doscientos pasos, y el espacio intermedio era un laberinto de pasadizos y corredores, yo albergaba, sin embargo, grandes dudas de que pudieran llegar a tiempo en caso de un ataque real.

»Bueno, yo me sentía muy orgulloso de que me hubieran confiado ese pequeño mando, siendo un recluta sin experiencia y además lisiado. Monté guardia dos noches con mis indígenas. Eran dos tipos altos, de aspecto feroz, llamados Mahomet Singh y Abdullah Khan, ambos veteranos combatientes, que habían luchado contra nosotros en Chilian Wallah. Hablaban bastante bien inglés, pero no pude sacarles ni una palabra. Preferían mantenerse juntos y parlotear toda la noche en su extraña jerga sij. Yo, por mi parte, solía permanecer en el lado exterior de la puerta, contemplando el ancho río serpenteante y las centelleantes luces de la gran ciudad. El redoble de tambores, el tamborileo de tantanes y los gritos y alaridos de los rebeldes, borrachos de opio y de hojas de cáñamo, bastaban para recordarnos a lo largo de toda la noche la presencia de nuestros peligrosos vecinos a la otra orilla del río. Cada dos horas, el oficial de noche solía hacer una ronda por los puestos, para comprobar que todo estaba en orden.

»La tercera noche de mi guardia era oscura y sucia; caía una lluvia fina pero intensa. Con semejante tiempo, resultaba triste y aburrido permanecer en la puerta hora tras hora. Una y otra vez intenté, con escaso éxito, trabar conversación con mis sijs. A las dos de la madrugada pasó la ronda y rompió por un momento la monotonía de la noche. Convencido de que no podía arrastrar a mis compañeros a una conversación, saqué mi pipa y dejé en el suelo mi mosquete para encender una cerilla. En un segundo los dos sijs se abalanzaron sobre mí. Uno de ellos se apoderó de mi tabuco y me apuntó con él a la cabeza, mientras el otro sostenía un gran

cuchillo contra mi garganta y juraba entre dientes que me lo clavaría si yo hacía el menor movimiento.

»Mi primer pensamiento fue que aquellos individuos estaban confabulados con los rebeldes y que se trataba del inicio de un asalto. Si nuestra puerta pasaba a manos de los cipayos, caería el fuerte, y las mujeres y los niños recibirían el mismo trato que en Cawnpore. Tal vez ustedes crean, caballeros, que intento justificarme, pero les doy mi palabra de que cuando pensé en esto, y a pesar de que me sentía la punta del cuchillo en la garganta, abrí la boca con intención de proferir un grito, aunque fuera el último de mi vida, para dar la alarma a la guardia central. El hombre que me sujetaba pareció leer mis pensamientos, ya que, en el preciso instante en que me disponía a gritar, me susurró: “No haga ruido. El fuerte no corre peligro. No hay ningún perro rebelde a esta orilla del río”. Parecía estar diciendo la verdad, y leí en sus ojos oscuros que, si yo levantaba la voz, era hombre muerto. Esperé, por lo tanto, en silencio, hasta ver qué pretendían de mí.

»—Escuche, sahib —dijo el más alto y fiero de los dos, el que se llamaba Abdullah Khan—. Ahora o está con nosotros o tendremos que acallararlo para siempre. La cosa es demasiado grande para que vacilemos. O está corazón y alma con nosotros, y lo jura sobre la cruz de los cristianos, o esta noche su cuerpo se tirará a la cuneta, y nos pasaremos a nuestros hermanos del ejército rebelde. No hay camino intermedio. ¿Qué será: la muerte o la vida? Solo podemos darle tres minutos para decidirse, porque pasa el tiempo y hay que hacerlo todo antes de que pase la ronda.

»—¿Cómo voy a decidir? —le dije—. No me habéis dicho lo que pretendéis de mí. Pero os advierto que, si se trata de algo que pone en peligro la seguridad del fuerte, no quiero intervenir para nada. De modo que ya podéis clavarme el cuchillo y acabemos de una vez.

»—No es nada contra el fuerte —me dijo—. Solo le pedimos que haga aquello que sus compatriotas vinieron a hacer a esta tierra. Le pedimos que sea rico. Si esta noche se convierte en uno de nosotros, le juraremos sobre el cuchillo desnudo, y con el triple juramento que ningún sij que se sepa ha roto hasta ahora, que tendrá su parte justa del botín. La cuarta parte del tesoro será suya. Más justos no podemos ser.

»—Pero ¿de qué tesoro habláis? —le pregunté—. Tengo tantas ganas como vosotros de enriquecerme, pero explicadme cómo puede conseguirse.

»—¿Jurará entonces, por los huesos de su padre, por el honor de su madre, por la cruz de su fe, que no levantará la mano y que no hablará contra nosotros, ni ahora ni después?

»—Lo juraré —dije—, siempre que el fuerte no corra peligro.

»—Entonces, mi compañero y yo juraremos que tendrá usted la cuarta parte del tesoro, que se repartirá a partes iguales entre los cuatro.

»—Pero si somos tres —dije.

»—No. Dost Akbar debe tener su parte. Le contaremos a usted la historia mientras les esperamos. Quédate en la puerta, Mahomet Singh, y avísanos de su

llegada. Por ende así están los hechos, sahib, y se los cuento porque sé que para un *feringhee*, para un europeo, un juramento es vinculante y que podemos confiar en usted. De haber sido un hindú mentiroso, aunque hubiese jurado por todos los dioses de sus falsos templos, su sangre mancharía el cuchillo y su cuerpo estaría en el agua, pero el sij conoce al inglés y el inglés conoce al sij. He aquí, pues, lo que tengo que decir. En las provincias del norte hay un rajá con muchas riquezas, aunque sus tierras son pequeñas. Muchas le vienen por parte de su padre, pero todavía más las ha conseguido él mismo, porque es de naturaleza rastrera y acapara el oro en lugar de gastarlo. Cuando estallaron los problemas, fue amigo tanto del león como del tigre, de los cipayos y de la Compañía. Pronto, sin embargo, le pareció que los días del hombre blanco tocaban a su fin, porque en todas partes solo oía hablar de su muerte y su derrocamiento. De todos modos, como cualquier hombre cauteloso, trazó sus planes de modo que, ocurriera lo que ocurriese, al menos le quedara la mitad de su tesoro. El oro y la plata los guardó en los sótanos de su palacio, pero las gemas más preciosas y las perlas más finas que tenía las metió en un cofre de hierro y las mandó por un criado de confianza, vestido de mercader, al fuerte de Agra, para que allí quedaran hasta que la paz volviese a esta tierra. De este modo, si vencían los rebeldes, tendría su dinero, pero, si triunfaba la Compañía, habría salvado sus joyas. Tras haber dividido así el fruto de la usura, abrazó la causa de los cipayos, porque eran los más fuertes dentro de sus fronteras. Pero tenga en cuenta, sahib, que, al hacer esto, son merecedores de su propiedad aquellos que no han traicionado sus raíces.

»El presunto mercader, que viaja bajo el nombre de Achmet —siguió diciendo—, está ahora en la ciudad de Agra y desea entrar en el fuerte. Va con él como compañero de viaje mi hermano de leche Dost Akbar, quien conoce el secreto. Dost Akbar le ha prometido llevarlo esta noche a una puerta lateral del fuerte, y ha elegido esta para sus propósitos. Llegará de un momento a otro, y nos encontrará a Mahomet Singh y a mí esperándole. El lugar es solitario y nadie sabrá de su llegada. El mundo no volverá a tener noticia del mercader Achmet, pero nosotros nos repartiremos el fabuloso tesoro del rajá. ¿Qué dice a esto, sahib?

»En Worcestershire la vida de un hombre parece algo magnífico y sagrado, pero es muy distinto cuando uno está rodeado de fuego y sangre, y te has acostumbrado a tropezarte con la muerte en cada esquina. Que Achmet el mercader viviese o muriese me traía sin cuidado, pero lo que se dijo sobre el tesoro me dejó impresionado, y pensé en todo lo que podía hacer con él en mi tierra natal, y en lo asombrada que quedaría mi gente cuando vieran a un don nadie como yo regresar con los bolsillo llenos de monedas de oro. Por lo tanto, ya había tomado una decisión. Sin embargo, Abdullah Khan, creyendo que vacilaba, me instó con apremio.

»—Considere, sahib —me dijo—, que si al hombre lo captura el comandante, se le ahorcará o fusilará, y las joyas se las llevará el gobierno, y ningún hombre tendrá una mísera rupia más de riqueza. Ahora bien, como nosotros cogemos al hombre, ¿por qué no coger también el resto? Las joyas estarán tan bien con nosotros como en

las arcas de la Compañía. Habrá suficiente para hacer de nosotros hombres ricos y grandes jefes. Nadie sabrá de este asunto, porque aquí estamos aislados de los demás hombres. Todo nos va perfecto. Diga de nuevo, pues, sahib, si está con nosotros o si hemos de considerarlo nuestro enemigo.

»—Estoy con vosotros en corazón y alma —dije.

»—Mejor así —me respondió, devolviéndome mi tabuco—. Ya ve que confiamos en usted, y su palabra, como la nuestra, no debe romperse. Solo nos queda esperar a mi hermano y al mercader.

»—¿Sabe su hermano, pues, lo que se proponen? —pregunté.

»—El plan es suyo. Lo ha ideado él. Vayamos a la poterna y compartamos la guardia con Mahomet Singh.

»La lluvia seguía cayendo sin interrupción, pues estábamos justo al comienzo de la estación húmeda. Nubes oscuras y pesadas derivaban por el cielo, y era difícil ver a una distancia mayor de un tiro de piedra. Delante de nuestra puerta había un foso profundo, pero en algunos puntos estaba casi seco, y era fácil atravesarlo. Se me hacía raro estar allí, con aquellos indígenas salvajes, esperando a un hombre que venía hacia su muerte.

»De pronto distinguí el brillo de una linterna al otro lado del foso. Desapareció entre los montones de tierra, y luego volvió a aparecer y avanzó despacio hacia nosotros.

»—¡Aquí están! —exclamé.

»—Usted le dará el alto habitual, sahib —me susurró Abdullah—. No le dé motivos para sospechar. Ordénenos que entremos con él, y nosotros haremos el resto, mientras usted se queda aquí de guardia. Tenga su linterna a punto para destaparla y poder estar seguros de que se trata de nuestro hombre.

»La luz se fue acercando parpadeante, ora deteniéndose, ora avanzando, hasta que pude distinguir dos oscuras figuras al otro lado del foso. Dejé que descendieran por el empinado talud, que chapotearan en el barro y treparan la mitad del trecho que les separaba de la puerta, antes de darles el alto.

»—¿Quién vive? —dije en voz baja.

»—Amigos —me respondieron.

»Destapé mi linterna y lancé sobre ellos un chorro de luz. El primero era un sij enorme, con una barba negra que le llegaba casi hasta la faja. Nunca he visto, salvo en los barracones de feria, a un tipo tan alto. El otro era un hombrecillo rechoncho, con un gran turbante amarillo y un bulto envuelto en un chal en la mano. Parecía estar muerto de miedo, pues sus manos se sacudían nerviosas como si tuviera paludismo, y volvía constantemente la cabeza a un lado y otro, con dos ojillos encendidos y parpadeantes, como un ratón cuando se aventura a salir de la madriguera. Sentí escalofríos al pensar en matarlo, pero recordé el tesoro y mi corazón se endureció como el pedernal. Cuando vio mi rostro de hombre blanco, emitió un pequeño gorjeo de alegría y corrió hacia mí.

»—Protegedme, sahib —jadeó—, proteged al desdichado mercader Achmet. He viajado a través de Rajputana, para buscar refugio en el fuerte de Agra. Me han robado, apaleado y maltratado por haber sido amigo de la Compañía. Bendita esta noche en la que me veo de nuevo a salvo... yo y mis humildes pertenencias.

»—¿Qué lleva en ese fardo? —le pregunté.

»—Un cofre de hierro —me respondió—, con un par de recuerdos familiares que no tienen ningún valor para los demás, pero que a mí me dolería perder. Sin embargo, no soy un mendigo, y sabré recompensaros, joven sahib, y también a vuestro gobernador, si me concede la protección que pido.

»No tuve valor para seguir hablando con aquel hombre. Cuanto más contemplaba su rostro gordo y asustado, más duro me parecía que tuviéramos que matarlo a sangre fría. Mejor acabar cuanto antes.

»—Llévalo al cuerpo de guardia principal —dije.

»Los dos sijs se colocaron uno a cada lado de él, el gigante les siguió, y cruzaron la oscura puerta. Jamás hombre alguno se encaminó tan bien escoltado hacia la muerte. Yo me quedé en la puerta con la linterna. Podía oír el ruido acompasado de sus pasos por los solitarios corredores. De repente cesó, y oí voces y una refriega y golpes. Un instante después, ante mi horror, escuché un rumor de pasos apresurados que venían hacia mí, acompañados del fuerte jadeo de un hombre que corría. Enfoqué mi linterna hacia el largo y estrecho pasadizo, y allí estaba el hombrecillo gordo, corriendo como el viento, con una mancha de sangre cruzándole el rostro; y el gigantesco sij de la barba negra, saltando como un tigre y esgrimiendo un brillante cuchillo, le pisaba los talones. Nunca he visto a un hombre correr tan deprisa como el pequeño mercader. Le estaba sacando ventaja al sij, y comprendí que, si pasaba por mi lado y salía a campo abierto, todavía podía salvarse. Mi corazón se apiadó de él, pero de nuevo la idea del tesoro me volvió duro y despiadado. Cuando cruzó como un rayo junto a mí, le lancé mi trabuco entre las piernas. Cayó dando un par de vueltas sobre sí mismo, como un conejo alcanzado por un disparo, y, antes de que pudiera ponerse en pie, el sij se abalanzó sobre él y le hundió dos veces el cuchillo en el costado. El hombre no lanzó un solo gemido ni movió un solo músculo. Quedó allí donde había caído. Creo que debió de desnucarse al caer. Como ven, caballeros, estoy cumpliendo mi promesa. Les estoy refiriendo los hechos tal y como tuvieron lugar, me sean favorables o no.

Interrumpió su relato y tendió las manos esposadas hacia el whisky con agua que Holmes le había preparado. Por mi parte, confieso que aquel hombre me inspiraba ahora gran horror, no solo por el crimen a sangre fría en que estaba implicado, sino todavía más por la ligereza e insensibilidad con que lo contaba. Fuera cual fuese el castigo que le aguardara, sentí que no podía contar con mi simpatía. Sherlock Holmes y Jones, sentados con las manos en las rodillas, profundamente interesados por el relato, reflejaban la misma repugnancia en el rostro. Tal vez Small lo advirtiera, porque había un toque de desafío en su voz y en su actitud cuando reanudó la

narración.

—Sin duda todo estuvo muy mal —dijo—. Pero me gustaría saber cuántas personas en mi lugar habrían renunciado a su parte del botín, si la alternativa fuera que les rajaran la garganta. Además, una vez que aquel hombre estuvo dentro del fuerte, se trataba de mi vida o de la suya. De haber escapado, todo el asunto habría salido a la luz, y a mí me habrían formado consejo de guerra y probablemente fusilado, pues en tiempos como aquellos la gente no es muy benévola.

—Siga con su relato —dijo Holmes con sequedad.

—Bien, entre Abdullah, Akbar y yo lo pusimos dentro. Pesaba lo suyo, a pesar de ser tan bajo. Mahomet Singh se quedó vigilando la puerta. Llevamos el cadáver a un lugar que los sijs ya habían preparado. Quedaba algo lejos; un tortuoso pasadizo conducía a un gran salón vacío, cuyas paredes de ladrillo caían a pedazos. El suelo de tierra se había hundido en un punto, abriendo una fosa natural, y allí dejamos a Achmet el mercader, tras cubrirlo con ladrillos desprendidos. Hecho esto, volvimos todos junto al tesoro.

»Yacía donde él lo había dejado caer al ser atacado. El cofre era el mismo que está ahora abierto encima de la mesa. La llave colgaba de un cordón de seda, atado al asa cincelada de la tapa. Lo abrimos, y la luz de la linterna refulgió sobre un montón de gemas como aquellas sobre las que yo había leído y fantaseado cuando era un niño pequeño, en Pershore. Deslumbraban al mirarlas. Cuando nos hubimos saciado de admirarlas, las sacamos todas y confeccionamos una lista. Había ciento cuarenta y tres diamantes de máxima pureza, incluido uno que se llama, creo, el Gran Mogol y que dicen es el segundo más grande que existe. Había también noventa y siete esmeraldas muy finas, y ciento setenta rubíes, aunque algo pequeños. Además había cuarenta granates, doscientos diez zafiros, sesenta y una ágatas y gran cantidad de berilos, ónices, ojos de tigre, turquesas y otras piedras, cuyos nombres, con los que luego me he familiarizado, ignoraba entonces. Al margen de todo esto, había unas trescientas perlas muy hermosas, doce de ellas engarzadas en una diadema de oro. Por cierto, estas últimas las había sacado alguien del cofre, pues no estaban en él cuando lo recuperé.

»Tras haber contado nuestras riquezas, las volvimos a meter en el cofre y lo llevamos a la puerta de la muralla para mostrárselas a Mahomet Singh. Y renovamos solemnemente el juramento de mantenernos unidos y no traicionar el secreto. Acordamos ocultar nuestro botín en lugar seguro, hasta que el país volviera a estar en paz, para después dividirlo en partes iguales entre nosotros. No era oportuno repartirlo en aquel momento, porque si encontraban en nuestro poder gemas de tanto valor levantaríamos sospechas, y en el fuerte no había privacidad ni un lugar donde guardarlas. Por consiguiente, llevamos el cofre a la misma sala donde habíamos enterrado el cadáver, y allí, bajo determinados ladrillos de la pared mejor conservada, hicimos un agujero y metimos nuestro tesoro. Tomamos cuidadosa nota del lugar, y al día siguiente dibujé cuatro planos, uno para cada uno de nosotros, y al pie puse el

signo de los cuatro, pues habíamos jurado que cada uno actuaría en interés de todos, de modo que nadie se aprovechara. Puedo jurar, con la mano en el corazón, que nunca he quebrantado este juramento.

»Bien, no es necesario que les cuente, caballeros, cómo terminó el motín de la India. Cuando Wilson tomó Delhi y sir Colin liberó Lucknow, el espinazo de la rebelión quedó quebrado. Llegaron a raudales tropas de refresco, y Nana Sahib se largó al otro lado de la frontera. Una columna volante al mando del coronel Greathed llegó a Agra y expulsó de allí a los amotinados. La paz parecía restablecerse en el país, y nosotros cuatro empezamos a abrigar esperanzas de que se acercaba el momento en que podríamos largarnos tranquilamente con nuestras respectivas partes del botín. Pero estas esperanzas se esfumaron de golpe cuando fuimos arrestados por el asesinato de Achmet.

»Sucedió así. El rajá puso sus joyas en manos de Achmet porque sabía que era un hombre leal. Pero los orientales son gente desconfiada, ¿y qué hizo, pues, el rajá, sino poner a un segundo criado, todavía más leal, como espía del primero? Este segundo hombre tenía órdenes de no perder de vista a Achmet jamás, y de seguirlo como su sombra. Llegó detrás de él aquella noche y le vio trasponer la puerta de la muralla. Naturalmente pensó que había encontrado refugio en el fuerte, y al día siguiente lo pidió para sí mismo, pero no encontró ni rastro de Achmet. Le pareció tan extraño que lo comentó con un sargento de guías, que a su vez se lo transmitió al comandante. Inmediatamente se emprendió una concienzuda búsqueda y se descubrió el cadáver. De esa manera, en el preciso momento en que empezábamos a creernos a salvo, nos detuvieron a los cuatro y nos sometieron a juicio por asesinato: a tres porque habíamos vigilado la puerta aquella noche, y al cuarto porque se sabía que había estado en compañía del muerto. En el juicio no se habló ni una palabra de las joyas, pues el rajá había sido depuesto y expulsado de la India, y nadie tenía especial interés en ellas. El asesinato, no obstante, quedaba fuera de toda duda, y se tenía la certeza de que los cuatro estábamos implicados. Los tres sijs fueron condenados a trabajos forzados de por vida, y yo fui condenado a muerte, aunque después me conmutaron la pena por la misma de ellos.

»Entonces nos encontramos en una situación bastante curiosa. Los cuatro estábamos entre rejas y con escasas posibilidades de salir en libertad algún día, y, sin embargo, cada uno de nosotros guardaba un secreto que, de hacer uso de él, nos permitiría vivir en un palacio. Era como para reconcomerse tener que soportar las patadas y los golpes de cualquier mezquino funcionario para conseguir arroz para comer y agua para beber, cuando teníamos fuera aquella espléndida fortuna, a la espera solo de que fuéramos a buscarla. Aquello habría podido enloquecerme, pero siempre fui muy testarudo, de modo que aguanté y esperé el momento oportuno.

»Y finalmente me pareció que había llegado. Me trasladaron de Agra a Madrás, y de allí a la isla de Blair, en las Andamán. Había muy pocos presos blancos en aquel campamento, y, como me porté muy bien desde el principio, pronto me convertí en



una especie de privilegiado. Me dieron una cabaña en Hope Town, que es un pueblecillo situado en las laderas del monte Harriet, y me dejaron vivir bastante a mi aire. Es un lugar triste, asolado por las fiebres, y, salvo en los pequeños claros donde habitábamos, infestado de indígenas salvajes y caníbales, prontos a dispararnos un dardo envenenado en cuanto hubiera ocasión. Teníamos que cavar y abrir zanjas y plantar ñame y un montón de cosas más, de modo que estábamos muy ocupados todo el día, pero por la noche teníamos un rato libre. Entre otras cosas, aprendí del médico a preparar medicinas y adquirí elementales rudimentos de su ciencia. Todo el tiempo estuve a la espera de una oportunidad de fugarme, pero estaba a centenares de millas de la tierra más próxima, y en aquellos mares no hay viento o no lo hay apenas, de modo que era de lo más difícil escapar.

»El doctor Somertson era un tipo mujeriego y jugador, y los otros oficiales jóvenes se reunían en sus habitaciones por la noche para jugar a las cartas. El consultorio donde yo solía preparar las recetas quedaba al lado de la sala, y solo nos separaba una ventanita. A menudo, si me sentía solo, apagaba la lámpara del consultorio, y entonces, de pie y en silencio, oía su parloteo y miraba cómo jugaban. A mí también me gustaba jugar a las cartas, y verlos era casi tan bueno como jugar yo mismo. Estaban allí el comandante Sholto, el capitán Morstan, el teniente Bromley Brown, que tenía el mando de las tropas indígenas, el propio doctor y dos o tres funcionarios de la prisión, viejos tahúres de juego taimado y seguro. Formaban un grupito muy apañado.

»Bien, pronto hubo algo que me llamó la atención, y era que los militares solían perder siempre y los civiles solían ganar. Ojo, yo no digo que hubiera nada sucio, pero así ocurría. Los funcionarios del servicio penitenciario no habían hecho casi otra cosa desde que llegaron a las islas Andamán que jugar a las cartas, y conocían al dedillo el estilo de los demás, mientras que los militares jugaban para pasar el rato y enseguida tiraban sus cartas. Noche tras noche los militares se empobrecían, y cuanto más pobres eran más ganas tenían de jugar. El comandante Sholto se llevó los peores golpes. Al principio pagaba con billetes y monedas de oro, pero pronto lo hizo con pagarés, y por sumas importantes. A veces ganaba unas pocas manos, justo para no perder la moral, y después la suerte se le ponía en contra peor que nunca. Andaba todo el día de un lado para otro con cara sombría, y empezó a darse a la bebida más de la cuenta.

»Una noche perdió todavía más que de costumbre. Yo estaba en mi cabaña cuando él y el capitán Morstan pasaron dando traspiés hacia sus aposentos. Eran íntimos amigos, y nunca se separaban. El comandante estaba desesperado por sus pérdidas.

»—Esto se acabó, Morstan —iba diciendo, cuando cruzaron ante mi cabaña—. Tendré que presentar la dimisión. Estoy arruinado.

»—¡Tonterías, amigo mío! —dijo el otro, dándole unos golpecitos en la espalda—. Yo también me he visto en dificultades, pero...

»Eso fue todo lo que pude oír, pero bastó para darme que pensar.

»Un par de días después, el comandante Sholto estaba dando un paseo por la playa, y aproveché la ocasión para hablarle.

»—Me gustaría consultarle una cosa, comandante —le dije.

»—Bien, Small, ¿de qué se trata? —me preguntó, quitándose el purito de la boca.

»—Quisiera preguntarle, señor —dije—, quién es la persona más adecuada para entregarle un tesoro escondido. Sé dónde hay uno que vale medio millón de libras, y, como no puedo disfrutarlo yo mismo, pienso que quizá lo mejor sería entregarlo a las autoridades, y quizá entonces me reducirían la condena.

»—¿Medio millón, Small? —dijo con voz entrecortada, mirándome fijamente para ver si yo hablaba en serio.

»—Exactamente, señor, en piedras preciosas y perlas. Ahí está para quien lo coja. Y lo más curioso es que su verdadero propietario ha sido proscrito y no se le permite tener propiedades, de modo que el tesoro pertenece al primero que llegue.

»—Al gobierno, Small —farfulló—, pertenece al gobierno.

»Pero habló en tono titubeante, y supe que ya era mío.

»—Entonces ¿usted cree, señor, que debo informar al gobernador general? —dije con calma.

»—Bien, bien, no debes precipitarte a hacer nada de lo que luego puedas arrepentirte. Cuéntamelo todo, Small. Ponme al corriente de los hechos.

»Le referí la historia entera, con pequeños cambios, para que no pudiera identificar los lugares. Cuando terminé, él permaneció inmóvil y pensativo. Pude ver por el temblor de sus labios que libraba una batalla consigo mismo.

»—Se trata de un asunto muy importante, Small —dijo finalmente—. No le digas una palabra a nadie, y pronto volveremos a vernos.

»Dos noches más tarde, él y su amigo, el capitán Morstan, fueron a mi cabaña en plena noche, con una linterna.

»—Small, me gustaría que el capitán Morstan oyera la historia de tus propios labios —me dijo.

»Yo la repetí tal como se la había contado la otra vez.

»—Suenan convincentes, ¿no? —dijo el comandante—. ¿Justifica que hagamos algo?

»El capitán Morstan asintió con la cabeza.

»—Mira, Small —dijo el comandante—. Mi amigo y yo hemos hablado del asunto y hemos llegado a la conclusión de que, a fin de cuentas, ese secreto tuyo no es cosa del gobierno, sino que te concierne exclusivamente a ti, que, por descontado, puedes disponer de él como mejor te parezca. Ahora la pregunta es: ¿qué precio pedirías por él? Tal vez nos sintiéramos tentados a considerarlo, o al menos a investigarlo, caso de llegar a un acuerdo.

»Intentaba hablar en tono frío y descuidado, pero sus ojos brillaban de excitación y codicia.

»—Bien, en cuanto a esto, caballeros —respondí, intentando también hablar con frialdad, pero sintiendo su misma excitación—, para un hombre en mi situación solo es posible un trato. Ustedes me ayudan a recobrar la libertad y ayudan a mis tres compañeros a conseguir la suya. Nosotros los aceptamos como socios y les damos una quinta parte para que se la repartan entre los dos.

»—¡Hum! —dijo—. ¡Una quinta parte! No es muy tentador.

»—Serían unas cincuenta mil libras para cada uno —les dije.

»—Pero ¿cómo vamos a conseguir tu libertad? Sabes muy bien que pides lo imposible.

»—Nada de eso —repliqué—. Lo he planeado hasta el último detalle. El único obstáculo para nuestra fuga es que no disponemos de una embarcación apropiada para el viaje, ni de provisiones para alimentarnos durante tanto tiempo. En Calcuta y en Madrás hay cantidad de veleros y yolas que nos servirían perfectamente. Traígannos uno. Nosotros nos comprometemos a embarcar durante la noche, y, si nos desembarcan en cualquier punto de la costa de la India, habrán cumplido su parte del trato.

»—Si se tratara solo de una persona... —dijo.

»—Todos o ninguno —le respondí—. Lo hemos jurado. Los cuatro debemos actuar siempre juntos.

»—Ya lo ve, Morstan —le dijo a su amigo—, Small es un hombre de palabra. No abandona a sus amigos. Creo que podemos confiar en él sin reservas.

»—Es un asunto turbio —respondió el otro—, pero, como usted dice, el dinero nos salvaría de retirarnos del servicio, y sobraría.

»—De acuerdo, Small —dijo el comandante—, supongo que debemos intentarlo y aceptar tus condiciones. Pero antes, desde luego, hay que comprobar la veracidad del relato. Dime dónde está escondido el cofre. Yo pediré un permiso e iré a la India en el barco que trae mensualmente los suministros, para investigar la cuestión.

»—No tan de prisa —le dije, enfriándome a medida que él se calentaba—. Necesito la aprobación de mis tres compañeros. Ya le dije que, entre nosotros, o los cuatro o ninguno.

»—¡Tonterías! —me dijo—. ¿Por qué tienen que intervenir tres tipos negros en nuestro acuerdo?

»—Negros o azules —dije—, están en esto conmigo, y actuamos juntos.

»Bien, el asunto se cerró en una segunda reunión, a la que asistieron Mahomet Singh, Abdullah Khan y Dost Akbar. Volvimos a discutir el tema y finalmente llegamos a un acuerdo. Les proporcionaríamos a los dos oficiales planos del fuerte de Agra, marcando el punto de la pared donde estaba escondido el tesoro. El comandante Sholto iría a la India para comprobar nuestra historia. Si encontraba el cofre, debía dejarlo allí, y enviarnos un pequeño velero aprovisionado para el viaje, que fondearía cerca de las islas Rutland, hasta donde nosotros nos abriríamos camino, y él, finalmente, regresaría a su puesto. Entonces sería el capitán Morstan quien

solicitaría un permiso, para reunirse con nosotros en Agra, y allí tendría lugar el reparto final del tesoro. Morstan se haría cargo de la parte del comandante además de la suya propia. Todo esto lo sellamos con los juramentos más solemnes que la mente pueda imaginar o los labios pronunciar. Pasé toda la noche ocupado con tinta y papel, y por la mañana tenía listos los dos planos, firmados con el signo de los cuatro; es decir, Abdullah, Akbar, Mahomet y yo.

»Bien, caballeros, les estoy aburriendo con mi largo relato, y sé que mi amigo el señor Jones está impaciente por tenerme seguro entre rejas. Abreviaré todo lo que pueda. El canalla de Sholto se fue a la India, pero nunca regresó. Poco tiempo después, el capitán Morstan me enseñó su nombre en la lista de pasajeros de un buque correo. Su tío había muerto, dejándole una fortuna, y había abandonado el ejército, pero aun así fue capaz de tratarnos a los cinco como lo hizo. Morstan fue a Agra poco después y comprobó que el tesoro, como temíamos, había desaparecido. El muy sinvergüenza lo había robado entero, sin cumplir ninguna de las condiciones bajo las que le habíamos vendido el secreto. Desde aquel momento solo viví para vengarme. Pensaba en ello durante el día y alimentaba mi odio durante la noche. Se convirtió en una pasión abrumadora y absorbente. Me traía sin cuidado la ley, me traía sin cuidado la horca. Fugarme, dar con Sholto, tener entre mis manos su garganta, ese era mi único pensamiento. Incluso el tesoro de Agra había llegado a ser menos importante para mí que acabar con Sholto.

»Bien, a lo largo de mi vida me he propuesto muchas cosas, y no he dejado sin cumplir ni una. Pero pasaron muchos años hasta que llegó el momento. Ya les he dicho que había aprendido algo de medicina. Un día que el doctor Somerton estaba en cama con fiebre, una cuadrilla de presidiarios recogió en el bosque a un pequeño isleño de Andamán. Estaba mortalmente enfermo y había buscado un lugar solitario donde morir. Lo tomé a mi cargo, aunque era tan venenoso como una cría de serpiente, y en un par de meses conseguí que se restableciera y pudiera andar. Me cogió tal cariño que no quiso regresar a sus bosques, y rondaba siempre alrededor de mi cabaña. Aprendí algo de su jerga y eso hizo que se aficionase más a mí.

»Tonga, pues así se llamaba, era un excelente barquero y poseía una canoa grande y espaciosa. Cuando descubrí la devoción que sentía por mí y supe que haría cualquier cosa por complacerme, vi mi posibilidad de escapar. Lo hablé con él. Traería su barca una noche a un viejo embarcadero que nunca estaba vigilado, y allí me recogería. Le di instrucciones para que llevara calabazas llenas de agua y gran cantidad de ñame, cocos y boniatos.

»El pequeño Tonga era fiel e incondicional. Nadie ha tenido nunca un compañero más leal. La noche fijada tenía su canoa en el embarcadero. Por casualidad, sin embargo, andaba por allí uno de los guardias del presidio, un infame indígena patán que nunca perdía ocasión de insultarme y hacerme daño. Yo siempre había jurado vengarme, y ahora se me presentaba la ocasión. Era como si el destino lo hubiera puesto en mi camino para que pudiera saldar mi deuda antes de abandonar la isla.

Estaba en la orilla, de espaldas a mí, con la carabina al hombro. Busqué una piedra para romperle el cráneo, pero no encontré ninguna.

»Entonces me vino a la cabeza una extraña idea y me mostró dónde podía conseguir un arma. Me senté en la oscuridad y desaté mi pata de palo. Tres largos saltos y estuve sobre él. Se llevó la carabina al hombro, pero yo le di de pleno y le hundí toda la parte frontal del cráneo. Pueden ver una raja en el punto de la madera con que le golpeé. Caímos los dos a un tiempo, porque no pude mantener el equilibrio, pero, cuando me levanté, comprobé que él seguía tumbado, inmóvil. Me dirigí a la canoa, y en una hora estábamos en alta mar. Tonga se había llevado consigo todo cuanto poseía: sus armas y sus dioses. Entre otras cosas, tenía una larga lanza de bambú y unas esteras de fibra de coco, con las que hice una especie de vela. Durante diez días navegamos a la deriva, confiando en la suerte, y el día once fuimos recogidos por un buque mercante que se dirigía de Singapur a Jidda con un grupo de peregrinos malayos. Era gente bastante rara, pero Tonga y yo conseguimos pronto adaptarnos a ellos. Tenían una buena cualidad: te dejaban tranquilo y no hacían preguntas.

»Bien, si les contara todas las aventuras que corrimos mi pequeño compinche y yo, no me lo agradecerían, porque les tendría aquí hasta que brillara el sol. De un lado a otro, vagamos por el mundo, pero siempre surgía algo que nos mantenía lejos de Londres. Y, sin embargo, durante todo ese tiempo nunca perdí de vista mi propósito. Por las noches soñaba con Sholto. Lo he matado en sueños cientos de veces. Pero finalmente, hace tres o cuatro años, nos encontramos en Inglaterra. Apenas tuve dificultad en averiguar dónde vivía Sholto, y puse manos a la obra para descubrir si se había gastado el tesoro o si todavía seguía en su poder. Trabé amistad con alguien que pudiera ayudarme (no doy nombres, porque no quiero meter a nadie más en este lío) y pronto supe que todavía tenía las joyas. Entonces intenté llegar hasta él de distintas maneras, pero era muy listo, y estaba siempre protegido por dos boxeadores, además de sus hijos y el criado indio.

»Un día, sin embargo, me enteré de que se estaba muriendo. Inmediatamente corrí a su jardín, enloquecido al pensar que podía escapar de mis garras de ese modo, y, al mirar por la ventana, le vi en la cama, con uno de sus hijos a cada lado. Habría entrado y me habría enfrentado a los tres, pero, mientras le miraba, se le relajó la mandíbula y supe que había muerto. Sin embargo, entré en su habitación aquella misma noche, y revolví sus papeles buscando alguna indicación de dónde había escondido las joyas. No encontré absolutamente nada, y me largué, todo lo amargado y furioso que puede estar un hombre. Antes de irme, pensé que, si alguna vez volvía a encontrarme con mis amigos sijs, sería una satisfacción para ellos saber que había dejado alguna señal de nuestro odio; garabateé, pues, el signo de los cuatro, tal como figuraba en el plano, y se lo clavé con un alfiler en el pecho. Habría sido demasiado que lo fueran a enterrar sin ningún recuerdo de los hombres a los que había robado y engañado.

»En aquella época nos ganábamos la vida exhibiendo al pobre Tonga, en ferias y otros sitios similares, como el caníbal negro. Comía carne cruda y bailaba danzas guerreras, y siempre teníamos un sombrero lleno de peniques al terminar la jornada. Yo seguía atento a las noticias de Pondichery Lodge, y durante unos años no hubo ninguna, salvo que buscaban el tesoro. Pero por último llegó el momento tan esperado. Habían encontrado el tesoro. Estaba en lo alto de la casa, en el laboratorio químico del señor Bartholomew Sholto. Fui allí enseguida y eché un vistazo al lugar, pero no se me ocurría cómo poder subir hasta allí con mi pata de palo. Averigüé, sin embargo, que había una trampilla en el tejado, y también averigüé la hora de la cena del señor Sholto. Me pareció que, con la ayuda de Tonga, podría resolver mi problema. Lo llevé hasta allí y le enrollé una larga cuerda a la cintura. Trepaba con la facilidad de un gato, y alcanzó pronto el tejado, pero quiso la mala suerte que el señor Sholto, para su desgracia, siguiera todavía en la habitación. Tonga creyó que había sido muy inteligente por su parte matarlo, pues cuando subí por la cuerda le encontré pavoneándose, tan orgulloso como un pavo real. Se llevó una gran sorpresa cuando lo azoté con el cabo de la cuerda y lo maldije por ser un pequeño diablo sanguinario. Cogí el cofre del tesoro y lo descolgué por la ventana, y después me deslicé yo mismo por la cuerda, tras dejar el signo de los cuatro encima de la mesa, para indicar que las joyas habían vuelto finalmente a quienes más derecho tenían a ellas. Entonces Tonga recogió la cuerda, cerró la ventana y se largó por donde había llegado.

»Creo que no queda nada por contar. Había oído comentar a un barquero lo rápida que era la lancha de Smith, la *Aurora*, y pensé que nos sería muy útil para la huida. Me puse en contacto con el viejo, y le ofrecí una bonita suma si nos llevaba sanos y salvos hasta nuestro barco. Sabía, sin duda, que en todo aquello había algo turbio, pero no compartió nunca nuestro secreto. Todo esto es la pura verdad, y, si se lo he contado, caballeros, no ha sido para entretenerles, porque no puede decirse que me hayan hecho precisamente un favor, sino porque creo que la mejor defensa que puedo hacer de mí mismo es no ocultar nada, y hacer que todo el mundo sepa lo mal que me trató el comandante Sholto y que soy inocente de la muerte de su hijo.

—Un relato extraordinario —dijo Holmes—. Un broche de oro para un caso extremadamente interesante. No había nada nuevo para mí en la última parte de su relato, salvo que se llevó su propia cuerda. Eso no lo sabía. A propósito, yo suponía que Tonga había perdido todos sus dardos, pero se las arregló para dispararnos uno en el barco.

—Los había perdido todos, caballero, excepto el que estaba dentro de la cerbatana en aquel momento.

—Ah, claro —dijo Holmes—. No había caído en eso.

—¿Hay alguna otra cuestión que quieran preguntarme? —inquirió amablemente el presidiario.

—Creo que no, gracias —respondió mi compañero.

—Bien, Holmes —dijo Athelney Jones—, usted es un hombre a quien hay que

mimar, y todos nosotros sabemos que es un experto en crímenes, pero el deber es el deber, y ya he ido bastante lejos en hacer lo que ustedes y su amigo me pidieron. Me sentiré más cómodo cuando tengamos a nuestro narrador aquí presente encerrado bajo siete llaves. El coche nos está esperando, y hay dos inspectores abajo. Naturalmente, tendrán que comparecer en el juicio. Buenas noches.

—Buenas noches a los dos, caballeros —dijo Jonathan Small.

—Usted primero, Small —le indicó el cauto Jones cuando salieron de la habitación—. Pondré especial cuidado en que no me golpee con su pata de palo o lo que le hiciera al caballero de las islas Andamán.

—Bueno, Holmes, aquí termina nuestro pequeño drama —observé, tras estar un rato fumando en silencio—. Temo que será la última investigación en que tendré oportunidad de estudiar sus métodos. La señorita Morstan me ha hecho el honor de aceptarme como futuro marido.

Holmes dejó escapar un gemido de lo más tétrico.

—Mucho me lo temía —dijo—. La verdad es que no puedo felicitarlo por ello.

Me sentí un poco dolido.

—¿Tiene usted algún motivo para no estar de acuerdo con mi elección? —le pregunté.

—En absoluto. Creo que es una de las muchachas más encantadoras que he conocido, y podría ser muy útil en tareas como esta que hemos llevado a cabo. Tiene talento para ello; recuerde cómo conservó precisamente el plano de Agra de entre todos los otros papeles de su padre. Pero el amor es una cosa emocional, y al ser emocional está opuesto a la fría razón, que yo antepongo a todo lo demás. Yo nunca me casaré, no fuera a alterar mi objetividad.

—Espero —dije, echándome a reír— que mi objetividad sobreviva a la prueba. Pero parece usted abatido.

—Sí, ya empieza en mí la reacción. Estaré una semana hecho un guiñapo.

—Es curioso —dije— cómo alternan en usted los períodos que en otro hombre calificaría de perezosos con otros pletóricos de energía y vigor.

—Sí —me respondió—. Hay en mí los ingredientes para ser un perfecto holgazán, y también para ser un tipo muy activo. Pienso a menudo en los versos del viejo Goethe: «Lástima que la naturaleza hiciera de ti un solo hombre, pues había para una persona honrada y un bribón». Por cierto, *à propos* del caso Norwood, habrá visto que hay, como yo suponía, un cómplice dentro de la casa, y que no puede ser otro que Lal Rao, el mayordomo: Jones tendrá, pues, el indiviso honor de haber capturado un pez en su gran redada.

—El reparto me parece bastante injusto —protesté—. Usted ha hecho todo el trabajo. Yo obtengo una esposa, Jones obtiene los honores, y ¿qué obtiene usted?

—A mí —dijo Sherlock Holmes— siempre me queda el frasco de cocaína.

Y extendió su larga y blanca mano hacia él.

# **El perro de los Baskerville**



## EL SEÑOR SHERLOCK HOLMES

El señor Sherlock Holmes, que por lo general se levantaba muy tarde, excepto en las frecuentes ocasiones en que pasaba en vela toda la noche, estaba sentado a la mesa del desayuno. Yo me hallaba de pie junto a la chimenea y recogí el bastón que nuestro visitante había olvidado la noche anterior. Era sólido, de madera de buena calidad, con la cabeza en forma de bulbo, del tipo conocido como «bastón de Penang». Justo debajo del puño había una ancha placa de plata, de casi una pulgada, con la inscripción «A James Mortimer, M. R. C. S., de sus amigos del C. C. H.», y con la fecha «1884». Era el clásico bastón que solían llevar los médicos de cabecera chapados a la antigua: digno, sólido y tranquilizador.

—Bien, Watson, ¿qué me dice usted de él?

Holmes estaba sentado de espaldas a mí, y yo no había dado indicios de lo que me ocupaba.

—¿Cómo sabe lo que estoy haciendo? A veces parece que tenga usted ojos en la nuca.

—Lo que tengo es una cafetera plateada y bien bruñida delante de mí —dijo—. Pero dígame, Watson, ¿qué deduce usted del bastón de nuestro visitante? Ya que tuvimos la mala suerte de no estar aquí cuando él vino e ignoramos el motivo de su visita, este objeto que nos dejó como recuerdo adquiere cierta importancia. Veamos cómo reconstruye usted el personaje a través del examen de su bastón.

—Me parece —empecé, siguiendo en la medida de lo posible los métodos de mi compañero— que el doctor Mortimer es un próspero médico entrado en años, muy apreciado por quienes le conocen, ya que le han dado esta muestra de su estima.

—¡Bien! —exclamó Holmes—. ¡Excelente!

—También me parece probable que se trate de un médico rural, que realiza gran parte de sus visitas a pie.

—¿Por qué?

—Porque este bastón, que nuevo debía de ser muy bonito, está ahora tan usado que me cuesta imaginar a un médico de ciudad utilizándolo. La gruesa contera de hierro se ha desgastado y eso prueba que se ha caminado mucho con él.

—¡Buen razonamiento! —dijo Holmes.

—Tenemos además la inscripción «amigos del C. C. H.». Juraría que se trata de una asociación de caza local, a cuyos miembros prestaba seguramente asistencia médica y que le han correspondido con un pequeño obsequio.

—Watson, de veras se está usted superando a sí mismo —dijo Holmes, mientras empujaba su silla hacia atrás y encendía un cigarrillo—. Debo confesar que, en todas

las ocasiones en las que ha reseñado usted mis pequeños éxitos, subestima su propia habilidad. Tal vez no sea particularmente brillante, pero abre camino a la brillantez de los demás. Hay personas que, sin ser ellas mismas geniales, poseen un extraordinario poder para estimular la genialidad. Confieso, querido amigo, que estoy en deuda con usted.

Nunca antes me había dicho nada parecido, y debo admitir que sus palabras me complacieron mucho, porque a menudo me había ofendido la indiferencia que Holmes mostraba ante la admiración que yo sentía por él y ante mis intentos de dar publicidad a sus métodos. También me enorgullecía pensar que yo había aprendido su sistema hasta el punto de poder aplicarlo de modo que mereciera su aprobación. Holmes me cogió el bastón de las manos y lo examinó unos instantes a simple vista. Después, con una expresión que reflejaba su interés, dejó el cigarrillo, se aproximó a la ventana y observó de nuevo el bastón con una lente convexa.

—Interesante, aunque elemental —dijo mientras regresaba a su rincón favorito del sofá—. Desde luego hay una o dos indicaciones en el bastón que nos ofrecen base suficiente para extraer algunas deducciones.

—¿Se me ha escapado algo? —pregunté con cierta petulancia—. Espero no haber omitido nada importante.

—Me temo, querido Watson, que la mayor parte de sus conclusiones son equivocadas. Con franqueza, cuando le dije que usted me estimula, lo que quise expresar es que a veces sus errores me han guiado hacia la verdad. No es que en este caso esté usted por entero equivocado. El hombre es, en efecto, médico rural y camina mucho.

—Entonces tenía yo razón.

—En eso, sí.

—Pero... eso es todo.

—No, no, querido Watson, eso no es todo. Yo apuntaría, por ejemplo, que es más probable que el obsequio a un médico proceda de un hospital que de una asociación de caza; y que si colocamos las iniciales «C. C.» antes de la «H.» que significa «hospital» y no «caza», las palabras «Charing Cross» surgen por sí solas.

—Tal vez lleve usted razón.

—Todas las probabilidades apuntan en esta dirección, y si tomamos esto como una hipótesis de trabajo, disponemos de una nueva base sobre la que iniciar la reconstrucción de nuestro visitante desconocido.

—Bien. Suponiendo que «C. C. H.» corresponda a «Charing Cross Hospital», ¿a qué otras conclusiones podemos llegar?

—¿A usted no se le ocurre ninguna? Conoce mis métodos. ¡Aplíquelos!

—Solo puedo llegar a la obvia conclusión de que este hombre ejerció en la ciudad antes de irse al campo.

—Creo que podemos llegar bastante más lejos. Mírelo desde este punto de vista. ¿En qué ocasión sería más probable que se hiciera ese tipo de obsequio? ¿En qué

ocasión se reunirían sus amigos para ofrecerle esta muestra de afecto? Obviamente, en el momento en que el doctor Mortimer abandonó el hospital para establecer su propia consulta. Sabemos que hubo un obsequio. Creemos que hubo un traslado desde un hospital de ciudad hacia una consulta rural; ¿sería, por tanto, muy aventurado suponer que el regalo se hizo con ocasión de dicho traslado?

—Parece, desde luego, probable.

—Observará que no pudo pertenecer a la plantilla del hospital, ya que solo un hombre con un largo historial en la ciudad de Londres tendría acceso a esa categoría, y un hombre así no se iría a trabajar al campo. ¿Qué era, pues? Si estaba en el hospital y no formaba parte de la plantilla, solo podía tratarse de un practicante o de un simple médico de cabecera, poco más que un estudiante de los últimos cursos. Y según la fecha que aparece en el bastón, abandonó el hospital hace cinco años. Por tanto, la imagen de un respetable y maduro médico de familia se desvanece, mi querido Watson, y surge un hombre de menos de treinta años, amable, sin ambiciones, distraído, y dueño de un perro que yo describiría someramente como más grande que un terrier y menos que un mastín.

Reí con incredulidad, mientras Sherlock Holmes se recostaba en su sofá y lanzaba contra el techo pequeñas espirales de humo.

—En cuanto a la última parte, no dispongo de medios para ponerla a prueba —dije yo—. Pero en cambio, no es difícil averiguar algunos detalles acerca de su edad y su carrera.

Extraje de mi pequeño estante de temas médicos el Directorio Médico y busqué el nombre. Había varios Mortimer, pero solo uno podía ser nuestro visitante. Leí en voz alta la referencia.

Mortimer, James, M. R. C. S., 1882, Grimpen, Dartmoor, Devon. Médico interno del Charing Cross Hospital de 1882 a 1884. Ganó el premio Jackson de Patología Comparada por un ensayo titulado *¿Es la enfermedad una regresión?* Miembro correspondiente de la Sociedad Sueca de Patología. Autor de «Algunas anomalías del atavismo». (*Lancet*, 1882) y de «¿Existe, en realidad, el progreso?», (*Journal of Psychology*, marzo de 1883). Médico titular de los distritos de Grimpen, Thorsley y High Barrow.

—Aquí no habla en absoluto de una asociación de caza, Watson —dijo Holmes con una malévola sonrisa—, pero sí de un médico rural, como usted observó con tanta perspicacia. Creo que mis deducciones quedan demostradas. En cuanto a las calificaciones, recuerdo haber dicho que era un joven amable, distraído y sin ambiciones. Según mi experiencia, solo los hombres amables reciben homenajes, solo un hombre sin ambición ninguna abandona una carrera en Londres para irse al campo, y solo alguien muy distraído dejaría su bastón y no su tarjeta de visita después de esperar una hora en nuestra sala.

—¿Y el perro?

—El perro tiene la costumbre de seguir a su amo con el bastón en la boca. Como se trata de un bastón pesado, el perro lo sujeta fuertemente por el centro, y las marcas

de los dientes son bien visibles. La mandíbula del animal, según se aprecia por la distancia entre estas marcas, es en mi opinión demasiado ancha para un terrier pero no lo suficiente para un mastín. Podría tratarse de..., ¡por Júpiter!, se trata de un spaniel de pelo rizado.

Mientras hablaba, se había levantado y deambulaba por la habitación. Ahora se detuvo ante el vano de la ventana. Había tal convicción en su voz que levanté la mirada sorprendido.

—¿Cómo puede estar tan seguro, amigo mío?

—Por la sencilla razón de que estoy viendo al perro con mis propios ojos en el portal de nuestra casa. Y aquí tenemos el ruido de la campanilla que ha hecho sonar el propietario del animal. Por favor, Watson, no se mueva. Es su colega, y la presencia de usted puede serme útil. Ha llegado uno de esos momentos teatrales del destino, en que se oyen unos pasos en la escalera que van a introducirse en nuestra vida, y no sabemos si será para bien o para mal. ¿Qué pretende el doctor James Mortimer, hombre de ciencia, del especialista en crímenes Sherlock Holmes?

El aspecto de nuestro visitante me sorprendió, porque esperaba ver al típico médico rural. Era un hombre muy alto y delgado, con una nariz aguileña que recordaba el pico de un ave, situada entre dos atentos ojos grises, muy juntos y brillantes tras un par de gafas con montura de oro. Vestía de forma adecuada a su profesión, pero desaliñada, ya que su levita estaba ajada y los bajos de los pantalones raídos. A pesar de ser muy joven, ya estaba encorvado y caminaba con la cabeza hacia delante y con un aire de campechanía. En cuanto entró en la sala, su mirada recayó sobre el bastón que Holmes sostenía en la mano y se precipitó hacia él con un grito de júbilo.

—¡Cuantísimo me alegro! —gritó—. No estaba seguro de si lo había dejado aquí o en la Oficina de Navegación. No quisiera perder este bastón por nada del mundo.

—Veo que se trata de un regalo que le hicieron con motivo de un homenaje —dijo Holmes.

—Sí, señor.

—¿Del Charing Cross Hospital?

—De unos amigos de allí, con ocasión de mi boda.

—¡Vaya! ¡Esto no está nada bien! —exclamó Holmes sacudiendo la cabeza. El doctor Mortimer, ligeramente sorprendido, parpadeó detrás de los cristales de sus gafas.

—¿Nada bien? ¿Por qué?

—Solo porque ha desbaratado nuestras pequeñas deducciones. Dice que con motivo de su boda, ¿no?

—Así es. Me casé, y en consecuencia abandoné el hospital y todas mis esperanzas de abrir una consulta de especialista. Fue necesario crear mi propio hogar.

—Bien, bien... A fin de cuentas, no andábamos tan desencaminados —dijo Holmes—. Y ahora, doctor James Mortimer...

—«Señor». Solo «señor»... Un humilde miembro del Colegio de Médicos.

—Y, evidentemente, un hombre de mente precisa.

—Un mero aficionado de la ciencia, señor Holmes, un recolector de conchas en las playas del inmenso océano de lo desconocido. Supongo que estoy hablando con el señor Sherlock Holmes y con...

—Este es mi amigo el doctor Watson.

—Encantado de conocerle, señor Watson. He oído su nombre asociado al de su colega. Estoy muy interesado en usted, señor Holmes. No esperaba un cráneo tan dolicocefalo ni un desarrollo tan marcado de los supraorbitales. ¿Le importaría que pasara el dedo por su fisura parietal? Un molde de su cráneo, hasta que esté disponible el original, supondría una gran aportación para cualquier museo antropológico. No quiero excederme, pero confieso que codicio su cráneo.

Sherlock Holmes indicó a nuestro extraño visitante que tomara asiento.

—Veo que es usted tan entusiasta dentro de su línea de estudios como yo dentro de la mía —dijo—. Su dedo índice me indica que suele liar cigarrillos. Por favor, no vacile en encender uno.

El hombre sacó papel y tabaco y lio un cigarrillo con sorprendente destreza. Tenía unos dedos largos y vibrátiles, ágiles e inquietos como las antenas de un insecto.

Holmes permaneció en silencio, pero sus miradas breves e incisivas anunciaban a las claras el interés que nuestro curioso visitante despertaba en él.

—Imagino —dijo por fin— que el honor de sus visitas de ayer y de hoy no obedece solamente al examen de mi cráneo.

—No, señor, no. Aunque me alegra haber tenido la oportunidad de llevarlo a cabo. He venido a verle, señor Holmes, porque reconozco que soy un hombre poco práctico y porque de repente me veo enfrentado a un problema de lo más serio y extraordinario. Y reconociendo, como reconozco, que es usted el segundo experto en Europa...

—¡Vaya! ¿Puedo preguntarle quién tiene el honor de ser el primero? —preguntó Holmes con cierta aspereza.

—A un hombre de mente estrictamente científica debe atraerle con fuerza el trabajo de monsieur Bertillon.

—En tal caso, ¿no sería mejor consultarle a él?

—He hablado de la mente estrictamente científica. Pero es por todos sabido que, como hombre práctico, usted es único. Espero, señor, no haberle involuntariamente...

—Solo un poco —reconoció Holmes—. Creo, doctor Mortimer, que lo mejor que puede hacer es tener la amabilidad de exponerme sin rodeos la índole del problema sobre el cual desea pedirme ayuda.

## LA MALDICIÓN DE LOS BASKERVILLE

—Tengo un manuscrito en el bolsillo —dijo el doctor James Mortimer.

—Lo he notado al entrar usted en la habitación —dijo Holmes.

—Es un manuscrito antiguo.

—De principios del siglo dieciocho, a menos que se trate de una falsificación.

—¿Cómo lo sabe?

—Mientras usted hablaba, me ha estado mostrando un par de pulgadas del mismo. Si yo no pudiera, década más década menos, señalar la fecha de un documento, sería un experto bastante deficiente. Tal vez haya leído usted mi pequeña monografía sobre el tema. Diría que su manuscrito data de mil setecientos treinta.

—La fecha exacta es mil setecientos cuarenta y dos. —El doctor Mortimer lo extrajo del bolsillo de su levita—. Este documento de familia me fue confiado por sir Charles Baskerville, cuya repentina y trágica muerte hace tres meses originó tanto revuelo en Devonshire. Puedo afirmar que yo era un amigo personal además de su médico de cabecera. Se trataba de un hombre enérgico, perspicaz, práctico y tan poco imaginativo como yo. No obstante, se tomaba este documento muy en serio, y su mente estaba preparada para el final que, en efecto, tuvo.

Holmes alargó la mano para coger el manuscrito y lo alisó sobre su rodilla.

—Observará, Watson, que la «s» larga alterna con la corta. Es uno de los indicios que me ha permitido fechar el documento.

Atisbé, por encima de su hombro, el papel amarillento y la escritura borrosa. En el encabezamiento se leía: «Mansión Baskerville», y debajo, en grandes números historiados: «1742».

—Parece una especie de documento.

—Sí, trata de una antigua leyenda relacionada con la familia Baskerville.

—Pero imagino que usted quiere consultarme sobre algo más reciente y más real.

—De suma actualidad. Una cuestión extremadamente real y apremiante, que debe decidirse en veinticuatro horas. Pero el manuscrito es breve y está íntimamente ligado con el problema. Si me lo permiten, voy a leérselo.

Holmes se recostó en su asiento, unió las yemas de los dedos y cerró los ojos con aire resignado. El doctor Mortimer acercó el documento a la luz y leyó, con voz aguda y a ratos entrecortada, la siguiente narración extraña y remota.

Se han dado muchas interpretaciones acerca del origen del perro de los Baskerville, pero en mi calidad de descendiente en línea directa de Hugo Baskerville, y por haber escuchado esta historia de labios de mi padre, quien a su vez la escuchó del suyo, la escribo con el pleno convencimiento de que todo ocurrió tal como procedo a relatarlo. Y me gustaría que creyeráis, hijos míos, que la misma justicia

que castiga el pecado puede también graciosamente perdonarlo, y que no existe maldición tan grave que no pueda ser eliminada mediante la oración y el arrepentimiento. Aprended, por tanto, de esta historia, no a temer los frutos del pasado, sino a ser más circunspectos en el futuro, para que las locas pasiones que han azotado tan atroz y cruelmente a nuestra familia no vuelvan a ser una vez más nuestra perdición.

Sabed, pues, que en tiempos de la Gran Rebelión (cuya historia, escrita por el docto lord Clarendon, os recomiendo encarecidamente) era dueño de esta propiedad Hugo Baskerville, y no puede ocultarse que se trataba del hombre más desenfadado, soez e impío que quepa imaginar. Todo esto, a decir verdad, podrían habérselo perdonado los habitantes del lugar, dado que no abundaban precisamente por allí los santos. Pero había además en él cierto gusto gratuito por la crueldad que hizo su nombre paradigmático en toda la parte occidental de la comarca. Un buen día Hugo se enamoró (si cabe aplicar a una pasión tan oscura como la suya una palabra tan radiante) de la hija de un pequeño terrateniente, cuyas tierras lindaban con las propiedades de los Baskerville. Pero la doncella, que era discreta y gozaba de buena reputación, le evitaba siempre, asustada por su terrible fama. Ocurrió que, un día de San Miguel, el tal Hugo, con cinco o seis de sus compañeros ociosos y desalmados, se dirigieron secretamente a la granja y secuestraron a la muchacha, estando, como ellos bien sabían, ausentes su padre y sus hermanos. Una vez llegados a la mansión, la encerraron en una estancia del primer piso, mientras Hugo y sus amigos iniciaban una larga francachela, como solían hacer todas las noches. La pobre joven estaba a punto de enloquecer al oír las canciones, gritos y terribles blasfemias que llegaban desde la planta baja, pues se dice que las palabras que utilizaba Hugo Baskerville cuando estaba borracho hubieran debido fulminar a quien las pronunciaba. Finalmente, impulsada por el pánico, ella hizo algo a lo que tal vez no se hubiera atrevido el más valiente y ágil de los hombres, pues, con la ayuda de la hiedra que cubría, y todavía cubre, el muro sur, se descolgó hasta el suelo y se puso en camino hacia la granja de su padre, a través de las tres leguas de páramo que median entre esta y la mansión.

Sucedió que un poco más tarde Hugo dejó a sus invitados con el propósito —y tal vez con otros propósitos peores— de llevarle comida y bebida a su prisionera, y se encontró con que la jaula estaba vacía y el pájaro había volado. Parece que entonces se apoderó de él el mismísimo diablo, porque bajó corriendo las escaleras hasta el comedor, saltó encima de la mesa, haciendo volar por el aire jarros y fuentes, y juró a gritos delante de todos que aquella misma noche entregaría cuerpo y alma a las Fuerzas del Mal si conseguía dar alcance a la muchacha, y aunque aquellos tipos disolutos quedaron espantados ante la furia de Hugo, uno de ellos, más malvado o acaso más borracho que los demás, propuso lanzar a los perros de caza tras ella. Entonces Hugo se precipitó fuera de la casa, ordenó gritando a sus criados que ensillaran su yegua y soltaran la jauría, y arrojó a los perros un pañuelo de la muchacha, que los puso sobre su pista e hizo que los animales se lanzaran aullando al páramo inundado por la luz de la luna.

Durante unos instantes, los depravados juerguistas quedaron petrificados, sin acabar de entender lo que a tanta velocidad había acontecido ante sus ojos. Pero luego sus embotadas mentes previeron lo que con toda probabilidad iba a tener lugar en el páramo. Se armó un alboroto general; unos pedían sus armas, otros sus caballos, y algunos una jarra de vino. Finalmente, no obstante, sus enloquecidas mentes recobraron un ápice de sensatez, y todos ellos, trece en total, montaron en sus caballos e iniciaron la persecución. La luna brillaba radiante sobre sus cabezas y cabalgaron a galope tendido, siguiendo la ruta que la doncella tenía que haber tomado forzosamente para regresar a su casa.

Habían recorrido un par de millas, cuando pasaron junto a uno de los pastores que guardan el ganado durante la noche, y le preguntaron a gritos si había visto la presa a la que daban caza. Cuenta la historia que el hombre estaba tan paralizado por el miedo que apenas podía hablar, pero acabó diciendo que sí había visto a la infeliz doncella y a los perros que seguían su rastro. «Pero he visto algo más» agregó, «porque Hugo Baskerville cruzó junto a mí, montado en su yegua negra, y tras él corría en silencio un perro infernal, que no quiera Dios vea yo nunca pisándome los talones». Al oír estas palabras, los caballeros maldijeron al pastor y siguieron su camino. Pero muy pronto se les heló la sangre en las venas, porque oyeron los cascos de un caballo al galope e inmediatamente después pasó junto a ellos, cubierta de blanca espuma, la yegua negra de Hugo, con las riendas arrastrando por el suelo y la silla vacía. Los juerguistas, invadidos por el espanto, arrimaron unas a otras sus monturas, pero siguieron cabalgando por el páramo, a pesar de que cualquiera de ellos, de haber estado solo, hubiera vuelto atrás encantado. Avanzando de esta guisa, y más despacio, llegaron por fin al lugar donde estaba la jauría. Los perros, famosos por su valor y por la pureza de su raza, se apelotonaban gimoteantes al inicio de una hondonada. Unos trataban de escabullirse y retroceder; otros miraban con el pelaje erizado y los

ojos desorbitados el estrecho valle que se abría ante ellos. Los jinetes —menos borrachos, como es de imaginar, que al comienzo de la cacería— se detuvieron. La mayor parte de ellos se negó a seguir adelante, pero tres, los más audaces, o tal vez los más ebrios, lanzaron sus caballos pendiente abajo, hasta desembocar en un espacio amplio, donde se alzaban dos de esas grandes piedras —que aún perduran hoy en día— erguidas en la Antigüedad por pueblos olvidados.

La luna iluminaba el paraje, y en el centro yacía la infeliz doncella, allí donde había caído, muerta de miedo y de fatiga. Pero no fue ver su cuerpo, ni siquiera ver el cuerpo de Hugo Baskerville yaciendo cerca de ella, lo que hizo que a los tres depravados bravucones se les erizaran los cabellos; fue que encima de Hugo y desgarrándole la garganta había una espantosa criatura, una enorme bestia negra en forma de perro, pero más grande que ningún perro que ojos mortales hubieran visto jamás. Y mientras estaban allí mirando, aquel ser espantoso arrancó la garganta de Hugo Baskerville, y cuando volvió sus ojos llameantes y sus mandíbulas ensangrentadas hacia ellos, los tres gritaron despavoridos y huyeron al galope por el páramo sin dejar de lanzar alaridos. Se cuenta que uno de ellos murió aquella misma noche a consecuencia de lo que había visto, y que los otros dos no fueron sino desechos humanos durante el resto de sus vidas.

Esta es la historia, hijos míos, de la aparición del perro que desde entonces ha acosado tan cruelmente a nuestra familia. La he escrito porque aquello que conocemos con claridad nos aterroriza menos que aquello que intuimos o fantaseamos. No cabe negar que muchos miembros de nuestra familia han sufrido muertes desdichadas, unas muertes repentinas, sangrientas y misteriosas. Tal vez podamos confiar, sin embargo, en la infinita bondad de la Providencia, que, según consta en las Sagradas Escrituras, no castigará a seres inocentes más allá de la tercera o cuarta generación. A esta Providencia, hijos míos, os encomiendo ahora, y os aconsejo que, como medida de precaución, os abstengáis de cruzar el páramo durante las horas oscuras en que triunfan las Fuerzas del Mal.

De Hugo Baskerville a sus hijos Rodger y John, con la recomendación de que no transmitan nada de su contenido a su hermana Elizabeth.

Cuando el doctor Mortimer terminó de leer aquella extraña historia, se subió las gafas hasta la frente y clavó la mirada en Sherlock Holmes, que bostezó y arrojó al fuego la colilla de su cigarrillo.

—¿Y bien? —dijo.

—¿No lo encuentra usted interesante?

—Para un coleccionista de cuentos de hadas, sí lo es.

El doctor Mortimer se sacó del bolsillo un periódico doblado.

—Ahora, señor Holmes, le proporcionaré algo un poco más reciente. Aquí tenemos el *Devon County Chronicle* del catorce de mayo del presente año. Contiene un breve resumen de los datos conocidos acerca de la muerte de sir Charles Baskerville, que había tenido lugar unos días antes.

Mi amigo se inclinó hacia delante y la expresión de su rostro se hizo más atenta. Nuestro visitante se colocó bien las gafas y comenzó a leer.

El reciente y repentino fallecimiento de sir Charles Baskerville, cuyo nombre había sido mencionado como probable candidato liberal de Mid-Devon para las próximas elecciones, ha consternado a todo el condado. A pesar de que sir Charles ha residido en la Mansión de los Baskerville un período de tiempo relativamente breve, su simpatía y su extremada generosidad le habían granjeado la estima y el respeto de cuantos le conocían. En esta época de *nouveaux riches*, es reconfortante encontrar un caso en que el vástago de una antigua familia del condado que ha sufrido reveses de fortuna es capaz de enriquecerse por sí mismo fuera de aquí y de regresar a la tierra de sus antepasados para restablecer el perdido esplendor de su linaje. Sir Charles, como es bien sabido, ganó grandes sumas de dinero especulando en Sudáfrica, pero, más prudente que aquellos que siguen el juego hasta que la rueda de la fortuna gira y se pone contra ellos, recogió sus ganancias y regresó con ellas a Inglaterra. Han transcurrido solo dos años desde que estableció su residencia en la Mansión de los Baskerville, y son por todos conocidos los



proyectos y mejoras que se han visto truncados por su muerte. Dado que no tenía hijos, sir Charles había expresado públicamente sus deseos de que la comarca entera se beneficiara, estando él todavía con vida, de su buena suerte, y son muchas las personas que tendrán motivos personales para lamentar su prematuro fallecimiento. Estas columnas se han hecho eco con frecuencia de sus generosos donativos a obras benéficas locales o del condado.

No puede decirse que las circunstancias relacionadas con el fallecimiento de sir Charles hayan quedado completamente aclaradas en la investigación judicial, pero, al menos, lo han sido lo suficiente para acallar los rumores que había suscitado una superstición local. No hay razones para sospechar la existencia de un delito, ni para suponer que la muerte no se debiera a causas naturales. Sir Charles era viudo, y en algunos aspectos era tal vez un poco excéntrico. A pesar de su considerable fortuna, tenía unos gustos sencillos y la servidumbre de la Mansión de los Baskerville consistía en un matrimonio llamado Barrymore: el marido en calidad de mayordomo y la esposa en calidad de ama de llaves. Su testimonio, corroborado por el de varios amigos, ponía de manifiesto que la salud de sir Charles no era muy buena desde hacía algún tiempo, y hacía especial hincapié en una dolencia cardíaca, que se manifestaba en cambios de color, dificultades respiratorias y agudas crisis depresivas. El doctor James Mortimer, amigo y médico de cabecera del difunto, ha testificado en el mismo sentido.

Los hechos del caso son sencillos: Sir Charles Baskerville solía dar un paseo antes de acostarse todas las noches por el famoso Sendero de los Tejos de la Mansión de los Baskerville. El testimonio de los Barrymore confirma esta costumbre. El 4 de mayo, sir Charles manifestó su intención de viajar a Londres al día siguiente, y ordenó a Barrymore que le preparara el equipaje. Aquella noche salió a dar su habitual paseo nocturno, durante el cual solía fumarse un cigarro. Nunca regresó. A las doce, Barrymore, al encontrar la puerta del vestíbulo aún abierta, se alarmó y, linterna en mano, salió en busca de su señor. El día había sido lluvioso y fue fácil seguir las huellas de sir Charles por el Sendero de los Tejos. A la mitad de este recorrido hay un portillo que da al páramo. Había indicios de que sir Charles se había detenido allí un rato. El mayordomo siguió adelante y en el extremo más alejado de la mansión encontró el cadáver. Uno de los hechos que quedan todavía sin explicar es que, según la declaración de Barrymore, las huellas de su señor cambiaban de aspecto al rebasar el portillo que daba al páramo, y que a partir de allí parecía que hubiera andado de puntillas. Un tal Murphy, un gitano tratante de caballos, se encontraba en esos momentos en el páramo, a poca distancia, aunque, según su propia confesión, estaba borracho. Murphy declara que oyó unos gritos, pero no logra determinar de qué dirección procedían. No se encontraron señales de violencia en el cuerpo de sir Charles, y a pesar de que el informe del médico indica que el rostro presentaba una distorsión inverosímil —tan grande que el doctor Mortimer se resistió a creer en un primer momento que el cuerpo que se hallaba ante él fuera el de su amigo y paciente—, se dijo que este síntoma no es inhabitual en ciertos casos de disnea y de muerte por agotamiento cardíaco. Esta explicación fue confirmada por la autopsia, que reveló la presencia de una enfermedad crónica, y en la vista del juez de instrucción, el jurado coincidió con los médicos. Nos complace que haya sido así, porque es, evidentemente, de suma importancia que el heredero de sir Charles se instale en la mansión y prosiga la encomiable tarea que ha sido de forma tan cruel interrumpida. Si las prosaicas conclusiones del juez de instrucción no hubieran puesto fin a las románticas historias que corrían en relación a estos sucesos, podría haber resultado difícil encontrar un nuevo inquilino para la Mansión de los Baskerville. Tenemos noticia de que el pariente más próximo de sir Charles es el señor Henry Baskerville, hijo de su hermano menor, en caso de que todavía siga con vida. La última vez que se supo de él, se encontraba en Estados Unidos, y se están iniciando las averiguaciones pertinentes para informarle de su cambio de fortuna.

El doctor Mortimer volvió a doblar el periódico y se lo guardó en el bolsillo.

—Estos son, señor Holmes —dijo—, los hechos relacionados con la muerte de sir Charles Baskerville publicados por la prensa.

—Tengo que agradecerle —dijo Sherlock Holmes— que haya llamado mi atención sobre un caso que presenta ciertamente rasgos interesantes. Recuerdo haber leído, en su día, alguna referencia en los periódicos, pero estaba enfrascado en el asunto de los camafeos del Vaticano, y arrastrado por mi deseo de complacer a Su Santidad, perdí contacto con algunos casos muy interesantes de nuestro país. ¿Dice

usted que este artículo contiene todos los datos que son de dominio público?

—Así es.

—En tal caso, infórmeme acerca de los privados.

Sherlock Holmes se recostó en el sofá, unió las puntas de los dedos y adoptó su expresión más impasible y justiciera.

—Al hacerlo —dijo el doctor Mortimer, que había empezado a mostrar síntomas de intensa emoción—, les contaré algo que no he revelado a nadie. Mis razones para ocultarlo al juez de instrucción durante la investigación son que un hombre de ciencia no quiere apoyar públicamente algo que, en apariencia, podría fomentar una superstición popular. Además hay otro motivo. La Mansión de los Baskerville quedaría, tal como el periódico sugiere, ciertamente sin inquilino si contribuyéramos de algún modo a empeorar su ya de por sí pésima y siniestra reputación. Por ambas razones, me ha parecido justificado declarar bastante menos de lo que sabía, dado que no iba a obtener al hacerlo ningún beneficio práctico. Pero no veo motivo alguno para no ser completamente franco con usted.

»El páramo está escasamente habitado, y los pocos vecinos con que cuenta mantienen un trato muy estrecho. Por esta razón, yo veía a menudo a sir Charles Baskerville. Si exceptuamos al señor Frankland, de la Mansión Lafter, y al señor Stapleton, el naturalista, no hay en muchas millas a la redonda otras personas cultas. Sir Charles era un hombre reservado, pero su enfermedad dio ocasión a que nos tratáramos, y nuestro común interés por la ciencia nos mantuvo unidos. Sir Charles había traído mucha información científica de Sudáfrica y pasamos juntos muchas veladas agradables conversando sobre la anatomía comparada de los bosquimanos y los hotentotes.

»En el transcurso de los últimos meses advertí, cada vez con mayor claridad, que el sistema nervioso de sir Charles alcanzaba una tensión próxima al punto de ruptura. Se había tomado enormemente en serio la leyenda que acabo de leerles... Hasta el punto de que, aunque paseaba por los terrenos de su propiedad, nada en el mundo le habría impulsado a asomarse al páramo durante la noche. Por increíble que a usted le parezca, señor Holmes, estaba sinceramente convencido de que pesaba sobre su familia un destino terrible, y a decir verdad, la información que él tenía de sus antecesores no invitaba al optimismo. Le perseguía constantemente una aparición terrible, y me preguntó en más de una ocasión si, en el transcurso de mis idas y venidas como médico, no había visto por las noches algún animal extraño o si no había oído los ladridos de un perro. Esta última pregunta me la hizo varias veces, y siempre con una voz vibrante de excitación.

»Recuerdo muy bien una visita en coche a su casa al anochecer, tres semanas antes del fatal desenlace. Sir Charles se hallaba casualmente junto a la puerta principal. Yo me había apeado de mi calesa y estaba delante de él, cuando advertí que su mirada se clavaba en algo por encima de mis hombros, y que sus ojos se dilataban en una expresión de horror. Di media vuelta y tuve el tiempo justo para vislumbrar

algo que me pareció una gran ternera negra que cruzaba por el extremo de la avenida. Sir Charles estaba tan excitado y alarmado que tuve que trasladarme al lugar exacto donde había visto al animal y buscarlo por los alrededores. Pero había desaparecido, y este incidente dejó una impresión desastrosa en la mente de sir Charles. Yo permanecí a su lado toda la velada, y fue entonces, para explicarme la emoción que había sentido, cuando me confió para su custodia el relato que les he leído al comienzo de mi visita. Menciono este episodio porque adquiere cierta importancia en vista de la tragedia que siguió, pero en aquel momento estaba convencido de que se trataba de un asunto por completo trivial y de que no existían razones que justificaran la excitación de sir Charles.

»Sir Charles iba a viajar a Londres por consejo mío. Yo sabía que él padecía una dolencia cardíaca, y la permanente ansiedad en la que vivía, aunque obedeciera a causas imaginarias, le estaba afectando seriamente la salud. Pensé que unos meses inmerso en las distracciones de la gran ciudad harían que regresara como un hombre nuevo. El señor Stapleton, un amigo común que estaba también muy preocupado por el estado de su salud, era de la misma opinión. Pero en el último instante se produjo aquella terrible catástrofe.

»La noche de la muerte de sir Charles, Barrymore, el mayordomo, que fue quien descubrió el cadáver, mandó a Perkins, el mozo de establo, a buscarme a caballo, y como yo estaba todavía levantado, pude llegar a la Mansión de los Baskerville antes de que hubiese transcurrido una hora desde el suceso. Comprobé y confirmé todos los hechos que se mencionan en la investigación. Seguí las huellas de los pies a lo largo del Sendero de los Tejos, vi el lugar, junto al portillo lindante con el páramo, donde él parecía haber estado esperando, observé el cambio que experimentaba a partir de allí la forma de las pisadas y comprobé que sobre la blanca arenilla no había otras huellas, excepto las de Barrymore. Por último, examiné el cadáver, que nadie había tocado hasta mi llegada. Sir Charles yacía boca abajo, los brazos extendidos, los dedos clavados en el suelo y las facciones de su cara convulsionadas por una fuerte emoción, hasta tal punto que difícilmente hubiera podido declarar yo bajo juramento que se trataba de él. No había, desde luego, ningún tipo de lesión. Pero Barrymore hizo una afirmación falsa en el curso de la investigación. Aseguró con énfasis que no había ninguna huella alrededor del cadáver. El mayordomo no había observado ninguna. Yo sí... Estaban a cierta distancia, pero eran recientes y claras.

—¿Huellas de pisadas?

—Huellas de pisadas.

—¿De un hombre o de una mujer?

El doctor Mortimer nos miró de un modo extraño durante un instante, y su voz se convirtió casi en un susurro al responder.

—Señor Holmes, ¡eran las huellas de un perro gigantesco! —dijo.

## EL PROBLEMA

Confieso que al oír aquellas palabras sentí un escalofrío. Había en la voz del doctor un temblor que mostraba a las claras que también a él le afectaba profundamente lo que acababa de contar. Holmes se inclinó excitado hacia delante y había en sus ojos ese brillo duro e impasible que surgía en ellos cuando algo le interesaba vivamente.

—¿Las vio usted?

—Con tanta claridad como le estoy viendo a usted.

—¿Y no dijo nada?

—¿Para qué?

—¿Cómo es que nadie más las vio?

—Las huellas estaban a unas veinte yardas del cadáver y nadie les prestó atención. Supongo que tampoco yo lo habría hecho de no conocer la leyenda.

—¿Hay muchos perros pastores en el páramo?

—Sin duda. Pero no se trataba de un perro pastor.

—¿Dice usted que era muy grande?

—Era enorme.

—Pero ¿no se había acercado al cuerpo?

—No.

—¿Qué tiempo hacía aquella noche?

—Húmedo y frío.

—¿Pero no llovía?

—No.

—¿Cómo es el sendero?

—Hay dos hileras de tejos viejos, que forman un seto impenetrable de doce pies de altura. El propio sendero tiene unos ocho pies de anchura.

—¿Hay algo entre los setos y el paseo?

—Sí, una franja de césped de unos seis pies a cada lado.

—¿Y el seto que forman los tejos queda cortado por un portillo?

—Sí, el portillo que da al páramo.

—¿Existe alguna otra salida?

—Ninguna.

—¿De modo que para llegar al Sendero de los Tejos hay que partir desde la casa o entrar por el portillo que da al páramo?

—Existe otra salida por el cenador, en el extremo más alejado.

—¿Había llegado sir Charles hasta allí?

—No, yacía a unas cincuenta yardas de ese punto.

—Ahora dígame, doctor Mortimer, y esto es importante, ¿las huellas que usted vio estaban en el camino y no en el césped?

—En el césped no se veía ninguna huella.

—¿Las huellas estaban en el lado del sendero que da al portillo?

—Sí, al borde del sendero y en el lado del portillo.

—Lo que usted dice me interesa muchísimo. Otro detalle: ¿está cerrado el portillo?

—Cerrado y con el candado puesto.

—¿Qué altura tiene?

—Unos cuatro pies.

—En tal caso, cualquiera pudo haber pasado por encima, ¿no?

—Sí.

—¿Vio usted alguna huella junto al portillo?

—No vi nada especial.

—¡Válgame Dios! ¿Nadie lo examinó?

—Sí, yo mismo lo examiné.

—¿Y no encontró nada?

—Todo estaba muy confuso. No hay duda de que sir Charles permaneció allí cinco o diez minutos.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque se le había caído dos veces la ceniza del cigarro.

—¡Excelente! Aquí tenemos, Watson, un perfecto colega para nosotros. Pero ¿y las huellas?

—Sir Charles había dejado las suyas por todas partes en aquel tramo del camino. No pude descubrir ninguna otra.

Sherlock Holmes se dio una palmadita en la rodilla con impaciencia.

—¡Si yo hubiera estado allí! —exclamó—. Se trata de un caso extraordinariamente interesante, que ofrece grandes oportunidades al investigador especializado. Ese sendero en el que yo podría haber leído tantas cosas ha sido emborronado hace tiempo por la lluvia y borrado por los zuecos de los campesinos curiosos. ¿Por qué no me llamó usted antes, doctor Mortimer? Tiene, desde luego, mucha responsabilidad en este punto.

—No podía llamarle a usted, señor Holmes, sin revelar al mundo los hechos que acabo de contarle, y ya he expuesto mis razones para no querer hacerlo. Además, además...

—¿Por qué vacila usted?

—Existe un punto donde ni el más agudo y experimentado detective puede hacer nada.

—¿Quiere usted decir que se trata de algo sobrenatural?

—Yo no he dicho eso.

—No, pero es evidente que lo piensa.

—Desde que tuvo lugar la tragedia, señor Holmes, han llegado a mis oídos varios incidentes difíciles de conciliar con el orden establecido por la naturaleza.

—¿Por ejemplo?

—He descubierto que, antes del terrible suceso, varias personas habían visto en el páramo a una criatura que coincide con ese demonio de los Baskerville, y no puede tratarse de ningún animal conocido por la ciencia. Todos describen a una criatura enorme, luminosa, horrible y espectral. He interrogado a estas personas: un campesino con gran sentido práctico, un herrero y un granjero del páramo, y los tres describen del mismo modo la espantosa aparición, que se corresponde punto por punto con el infernal perro de la leyenda. Le aseguro que en el distrito se ha instaurado el reinado del terror y que demuestra un gran valor quien cruza estas noches el páramo.

—Y usted, un profesional de la ciencia, ¿cree que se trata de algo sobrenatural?

—No sé qué creer.

Holmes se encogió de hombros.

—Hasta ahora he limitado mis investigaciones a este mundo —dijo—. Combato el mal dentro de mis modestas posibilidades; enfrentarse al Padre del Mal en persona quizá sea una tarea demasiado ambiciosa. Usted admite, sin embargo, que las huellas son reales y corpóreas.

—El perro originario era lo bastante real y lo bastante corpóreo como para desgarrar la garganta de un hombre, sin dejar por ello de ser diabólico.

—Veo que se ha pasado usted por entero al bando de quienes creen en lo sobrenatural. Pero dígame una cosa, doctor Mortimer, si es este su modo de pensar, ¿por qué ha venido a consultarme a mí? Me dice a un tiempo que es inútil investigar la muerte de sir Charles y que desea que lo haga.

—No he dicho que quiera que lo haga.

—Si esto es así, ¿en qué puedo ayudarle?

—Aconsejándome sobre lo que debo hacer con sir Henry Baskerville, que llega a la estación de Waterloo —el doctor Mortimer consultó su reloj— dentro de una hora y cuarto aproximadamente.

—¿Es el heredero?

—Sí. Al morir sir Charles, hicimos indagaciones acerca de este joven, y descubrimos que había sido granjero en Canadá. De acuerdo con los informes que hemos recibido, se trata de un excelente muchacho desde todos los puntos de vista. Ahora no hablo como médico, sino en calidad de albacea testamentario de sir Charles.

—No hay ningún otro pretendiente a la herencia, ¿verdad?

—No. El único familiar del que tuvimos noticia, aparte de él, fue Rodger Baskerville, benjamín de los tres hermanos de los que sir Charles era el primogénito. El segundo, que murió joven, era el padre de este muchacho, Henry. El tercero, Rodger, fue la oveja negra de la familia. Procedía de la vieja cepa despótica de los

Baskerville y, según me han contado, era la viva imagen del retrato que conserva la familia del viejo Hugo. Su situación aquí se hizo imposible, huyó a América Central y murió allí de fiebres amarillas en 1876. Henry es el último de los Baskerville. Dentro de una hora y cinco minutos me reuniré con él en la estación de Waterloo. He sabido por un telegrama que llegaba esta mañana a Southampton. Y ahora, señor Holmes, ¿qué me aconseja usted que haga con él?

—¿Por qué no habría de regresar al hogar de sus mayores?

—Parece lo lógico, ¿verdad? Considere, no obstante, que todos los Baskerville que van allí son víctimas de un destino cruel. Estoy seguro de que, si hubiera podido hablar conmigo antes de morir, sir Charles me habría encomendado que no se trajese a ese lugar letal al último vástago de una antigua raza y heredero de una gran fortuna. No se puede negar, sin embargo, que la prosperidad de toda la comarca, tan pobre y deshabitada, depende de su presencia allí. Todo el bien que ha hecho sir Charles se vendrá estrepitosamente abajo si la mansión queda vacía. Y, ante el temor de dejarme llevar por mi evidente interés en el asunto, he decidido exponerle el caso a usted y pedirle consejo.

Holmes reflexionó unos instantes.

—Dicho en pocas palabras, la cuestión es la siguiente: en opinión de usted existe un factor diabólico que hace de Dartmoor una residencia peligrosa para un Baskerville, ¿no es así?

—Al menos, estoy dispuesto a afirmar que existen algunas pruebas en este sentido.

—Exacto. Pero, indudablemente, si su teoría sobrenatural es correcta, el joven en cuestión estará tan expuesto en Londres como en Devonshire. Un demonio cuya jurisdicción se limitara, como la de una junta parroquial, a una localidad resulta inconcebible.

—Plantea usted la cuestión, señor Holmes, con una ligereza a la que probablemente renunciaría si entrase en contacto personal con esas cosas. Su punto de vista, por lo que me parece, es que el joven Baskerville estará tan a salvo en un sitio como en otro. Llega dentro de cincuenta minutos. ¿Qué me aconseja usted?

—Le aconsejo, señor mío, que pida un coche, llame a su spaniel, que está arañando mi puerta principal, y siga su camino hasta Waterloo para reunirse con sir Henry Baskerville.

—¿Y después?

—Después no le diga a él nada de esto hasta que me haya formado una opinión.

—¿Cuánto tiempo le llevará formarse una opinión?

—Veinticuatro horas bastan. Le agradeceré mucho, doctor Mortimer, que mañana, a las diez en punto de la mañana, venga a visitarme, y será muy útil, para mis planes futuros, que traiga consigo a sir Henry Baskerville.

—Así lo haré, señor Holmes.

Garabateó los detalles de la cita en el puño de su camisa, y con aspecto ausente y

mirada perdida, se apresuró a abandonar la habitación. Holmes le detuvo cuando estaba en lo alto de la escalera.

—Una última pregunta, doctor Mortimer. ¿Ha dicho usted que antes de la muerte de sir Charles hubo varias personas que vieron esa aparición en el páramo?

—Tres personas.

—¿La ha visto alguien después?

—No, que yo sepa.

—Muchas gracias. Buenos días.

Holmes regresó a su asiento con un sereno aire de satisfacción interior, del que cabía deducir que tenía ante sí una tarea que era de su agrado.

—¿Va usted a salir, Watson?

—Solo si no puedo serle útil.

—No, amigo mío, es en el momento de la acción cuando recorro a su ayuda. Esto que acabamos de oír es espléndido, realmente único desde varios puntos de vista. Cuando pase por Brandely's, ¿querrá pedirle que me envíe una libra de la picadura más fuerte? También le agradecería que organizase sus planes para no regresar antes de la noche. Entonces me agradecerá mucho cambiar impresiones con usted sobre el interesantísimo problema que han propuesto esta mañana a nuestra consideración.

Yo sabía que la soledad y el aislamiento eran muy necesarios para mi amigo durante las horas de intensa concentración mental en las que sopesaba hasta los indicios más insignificantes y elaboraba teorías alternativas, que luego contrastaba para decidir qué puntos eran esenciales y cuáles resultaban accesorios. Pasé, pues, el día en mi club, y no regresé a Baker Street hasta la noche. Eran casi las nueve cuando me vi de nuevo en nuestra sala.

Mi primera impresión fue que allí se había declarado un incendio, porque había tanto humo que apenas se distinguía la luz de la lámpara situada encima de la mesa. Sin embargo, mis temores se disiparon muy pronto, porque el escozor que sentí en la garganta y que me hizo toser se debía al humo acre de un tabaco muy fuerte y áspero. A través de la neblina, tuve una vaga visión de Holmes en batín, hecho un ovillo en un sillón y con su negra pipa de arcilla entre los labios. En el suelo y alrededor de él yacían varios rollos de papel.

—¿Se ha resfriado, Watson?

—No, es esta atmósfera irrespirable.

—Ahora que usted lo dice, creo que, en efecto, está un poco cargada.

—¡Un poco cargada! Es puro veneno.

—Pues abra la ventana. Veo que ha pasado usted todo el día en el club.

—¡Pero Holmes!

—¿Estoy en lo cierto?

—Desde luego, pero ¿cómo...?

Holmes se echó a reír ante mi desconcierto.

—Hay en usted cierta deliciosa inocencia, Watson, que convierte en un placer



ejercitar a costa suya mis modestas facultades deductivas. Un caballero sale de casa un día lluvioso y regresa por la noche con el traje immaculado y las botas sin rastros de barro. Esto significa que en todo el día no se ha movido de lugar. No es hombre que tenga amigos íntimos. ¿Dónde puede haber estado, pues? ¿No es evidente?

—Bueno, sí, es bastante evidente.

—El mundo está lleno de cosas evidentes en las que nadie repara. ¿Dónde imagina usted que he estado yo?

—Tampoco se ha movido.

—Al contrario. He estado en Devonshire.

—¿En espíritu?

—Exactamente. Mi cuerpo ha permanecido en este sillón, y siento comprobar que, durante mi ausencia, ha consumido dos cafeteras de buen tamaño y una increíble cantidad de tabaco. Después de que usted se marchara, hice que me enviaran de Stanford un mapa oficial de esta zona del páramo y mi espíritu se ha pasado todo el día pendiendo sobre él. Me considero capaz de recorrerlo con los ojos cerrados.

—Un mapa a gran escala, supongo.

—A grandísima escala. —Holmes desplegó una sección del mapa y la sostuvo sobre las rodillas—. Aquí tiene usted el distrito completo que nos interesa, con la Mansión de los Baskerville en el centro.

—¿Y un bosque alrededor?

—Exactamente. Imagino que el Sendero de los Tejos, aunque no esté indicado con ese nombre, debe de extenderse a lo largo de esta línea, con el páramo, como puede usted ver, a la derecha. Ese puñado de edificios es la aldea de Grimpen, donde reside nuestro amigo el doctor Mortimer. En un radio de cinco millas solo hay unas cuantas casas desperdigadas. Aquí está la Mansión Lafter, mencionada en el relato. Esta indicación quizá señale la casa del naturalista. Si no recuerdo mal, se llama Stapleton. Aquí tenemos dos granjas dentro del páramo, High Tor y Foulmire. Luego, a más de catorce millas, el gran complejo penitenciario de Princetown. Entre estos puntos dispersos y en torno a ellos se extiende el páramo desolado y sin vida. Este es, por tanto, el escenario donde se ha representado la tragedia y donde quizá contribuyamos a que se represente de nuevo.

—Debe de ser un lugar salvaje.

—Sí, el decorado es fantástico. Si el diablo desea de verdad intervenir en los asuntos de los hombres...

—Entonces ¿también usted se inclina por una explicación sobrenatural?

—Los agentes del demonio pueden ser de carne y hueso, ¿no es cierto? Desde un principio se plantean dos cuestiones: la primera es si se ha cometido realmente un delito; la segunda, de qué delito se trata y cómo se cometió. Desde luego, si la teoría del doctor Mortimer fuera correcta y tuviéramos que vérnoslas con fuerzas que desbordan las leyes ordinarias de la naturaleza, ahí terminaría nuestra investigación. Pero estamos obligados a agotar todas las hipótesis restantes antes de recurrir a esta.

Si no tiene inconveniente, podríamos volver a cerrar la ventana. Es muy curioso, pero creo que una atmósfera cargada ayuda a mantener la concentración mental. No lo he llevado hasta el extremo de meterme en una caja para pensar, pero este sería el resultado lógico de mi convencimiento. ¿También le ha dado usted vueltas al caso?

—Sí, he pensado mucho en él durante todo el día.

—¿Ha llegado a alguna conclusión?

—Es un caso muy desconcertante.

—Tiene, sin duda, características peculiares. Hay puntos que sobresalen y llaman la atención. El cambio de la forma de las huellas, por ejemplo. ¿Qué opina de esto?

—Mortimer dijo que el difunto recorrió andando de puntillas aquella parte del sendero.

—El doctor se limitó a repetir lo que había dicho algún majadero en el curso de la investigación. ¿Por qué tendría que andar nadie de puntillas por el sendero?

—¿Qué sucedió, pues?

—Corría, Watson, corría desesperadamente, corría para salvar la vida, corría hasta que le estalló el corazón y cayó muerto.

—Corría... ¿huyendo de qué?

—Esto es lo que nos corresponde a nosotros averiguar. Hay indicios de que sir Charles estaba ya atenazado por el miedo antes de empezar a correr.

—¿Cómo lo sabe?

—Imagino que la causa de sus temores surgió mientras cruzaba el páramo. Si este es el caso, y parece lo más probable, solo un hombre que no está en sus cabales corre alejándose de la casa en vez de regresar a ella. Si damos crédito al testimonio del gitano, corrió pidiendo auxilio a gritos en la dirección donde era menos probable que lo encontrarán. Por otra parte, ¿a quién estaba esperando aquella noche y por qué le esperaba en el Sendero de los Tejos y no en su propia casa?

—¿Cree que esperaba a alguien?

—Sir Charles era un hombre enfermo y de edad avanzada. Es muy comprensible que diera un paseo al anochecer, pero el suelo estaba húmedo y la noche era inclemente. ¿Es lógico que permaneciera quieto cinco o diez minutos, como el doctor Mortimer, con más sentido práctico del que yo le hubiera atribuido, dedujo gracias a la ceniza del cigarro?

—Pero salía todas las noches.

—Me parece improbable que todas las noches se detuviera junto al portillo que da al páramo. Sabemos, por el contrario, que evitaba el páramo. Pero aquella noche esperó allí. Al día siguiente partía hacia Londres. El asunto empieza a cobrar forma, Watson, se hace coherente. Y ahora, si no le importa, pásame el violín, y no volveremos a pensar en el caso hasta que tengamos ocasión de reunirnos con el doctor Mortimer y con sir Henry Baskerville por la mañana.

## SIR HENRY BASKERVILLE

Terminamos pronto de desayunar, y Holmes, en batín, esperó la entrevista prometida. Nuestros clientes acudieron puntualmente a la cita. El reloj acababa de dar las diez cuando entró el doctor Mortimer, seguido del joven baronet. Este último era un hombre pequeño, de unos treinta años, despierto, de ojos negros, constitución robusta, cejas negras y tupidas, y rostro de rasgos enérgicos y combativos. Vestía un traje de tweed de color rojizo, y tenía el aspecto curtido de quien ha pasado mucho tiempo al aire libre, aunque algo en la firmeza de su mirada y en el tranquilo porte de sus modales delataba su noble cuna.

—Sir Henry Baskerville —le presentó el doctor Mortimer.

—A sus órdenes —dijo sir Henry—. Lo más extraño, señor Holmes, es que si mi amigo, aquí presente, no me hubiera propuesto venir a verle esta mañana, lo hubiera hecho yo por propia iniciativa. Tengo entendido que resuelve usted pequeños acertijos, y esta mañana me he encontrado con uno que requiere más reflexión de la que yo estoy en condiciones de prestarle.

—Haga el favor de tomar asiento, sir Henry. ¿Debo entender que ha tenido una experiencia notable desde que ha llegado a Londres?

—Nada demasiado importante, señor Holmes. Seguramente es solo una broma. Se trata de esta carta, si puede llamarse carta, que he recibido hoy.

Dejó un sobre en la mesa y todos nos inclinamos a mirarlo. Era de calidad corriente y de color gris. La dirección, «Sir Henry Baskerville, hotel Northumberland», estaba escrita toscamente; en el matasellos se leía «Charing Cross», y la carta se había echado al correo la tarde anterior.

—¿Quién sabía que iba usted a alojarse en el hotel Northumberland? —preguntó Holmes, mirando incisivamente a nuestro visitante.

—No lo sabía nadie. Lo decidimos después de mi encuentro con el doctor Mortimer.

—Pero ¿el doctor Mortimer se alojaba ya allí?

—No —dijo el doctor—, yo estaba en casa de un amigo. No existía el menor indicio de que íbamos a elegir ese hotel.

—¡Hum! Alguien parece estar muy interesado en sus andanzas.

Holmes extrajo del sobre media hoja de papel plegada en cuatro, la desdobló y la extendió sobre la mesa. Una única frase, formada por el procedimiento de pegar palabras ya impresas, atravesaba la página de lado a lado. Decía lo siguiente: «Si estima usted su vida o su razón, se mantendrá alejado del páramo». Solo la palabra «páramo» estaba escrita a mano.

—Y ahora —dijo sir Henry Baskerville—, ¿podrá usted decirme, señor Holmes, qué demonios significa todo esto y quién es la persona que se interesa tanto en mis asuntos?

—¿Qué opina usted, doctor Mortimer? Tendrá que reconocer, al menos, que en esto no hay nada sobrenatural.

—No, caballero, pero podría proceder de alguien que esté convencido de que en este asunto existe algo sobrenatural.

—¿De qué están hablando? —preguntó sir Henry con aspereza—. Al parecer, todos ustedes están mucho más informados que yo de mis propios asuntos.

—Le prometo que, antes de que salga usted de esta habitación, sir Henry, le habremos hecho partícipe de todo cuanto sabemos —dijo Sherlock Holmes—. Por el momento, y con su permiso, vamos a ceñirnos a este documento tan interesante, que tuvo que componerse y echarse al correo anoche. ¿Tiene el *Times* de ayer, Watson?

—Está en aquel rincón.

—¿Le importa traérmelo? Busque la página de los editoriales, por favor.

Holmes examinó los artículos con rapidez, recorriendo las columnas de arriba abajo con la mirada.

—Magnífico artículo sobre la libertad de comercio —comentó—. Permítanme que les lea un párrafo. «Sin duda estima usted que su especialidad comercial o su industria pueden verse incentivadas mediante un arancel protector, pero si hace uso de la razón, verá que a la larga, debido a esta clase de medidas legislativas, se mantendrá alejado el país del bienestar, disminuirá el valor de nuestras exportaciones y empeorarán las condiciones generales de vida». ¿Qué le parece, Watson? —exclamó Holmes, con regocijo, frotándose las manos—. ¿No cree que es un punto de vista admirable?

El doctor Mortimer miró a Holmes con interés profesional, y sir Henry Baskerville volvió hacia mí sus oscuros ojos desconcertados.

—No sé mucho acerca de aranceles y cosas por el estilo —dijo—, pero me parece que nos estamos apartando un poco del tema de la carta.

—Pues yo opino, por el contrario, que nos hemos metido de lleno en él, sir Henry. Watson, aquí presente, conoce mejor que usted mis métodos, pero me temo que tampoco él ha captado lo que significa este párrafo.

—No, confieso que no veo ninguna relación.

—Y, sin embargo, querido Watson, existe una conexión tan estrecha entre ambos textos que uno está sacado del otro. «Estima», «vida», «razón», «se mantendrá»... ¿Ve ahora de dónde se han sacado esas palabras?

—¡Cielo santo, tiene usted razón! ¡Qué muestra de ingenio! —exclamó sir Henry.

—Y, por si quedara alguna duda, basta ver que las tres palabras «se mantendrá alejado» han sido cortadas juntas.

—Veamos... Así es.

—A decir verdad, señor Holmes, esto sobrepasa cuanto yo hubiera podido

imaginar —dijo el doctor Mortimer, contemplando a mi amigo con asombro—. Entendería que alguien dijera que las palabras han salido de un periódico, pero precisar de cuál y añadir que se trata del editorial es lo más sorprendente que he visto en mi vida. ¿Cómo lo ha hecho?

—Supongo, doctor, que usted sabría distinguir el cráneo de un negro del de un esquimal.

—Sin duda.

—Pero ¿cómo?

—Porque es mi afición principal. Las diferencias son evidentes. El borde supraorbital, el ángulo facial, la curva del maxilar, el...

—Pues mi afición más destacada es esta y también en este caso las diferencias son evidentes. A mis ojos, hay tanta distancia entre la tipografía *bourgeois* del *Times* y la tipografía descuidada de un periódico vespertino de medio penique como la que pueda existir para usted entre sus negros y sus esquimales. Detectar los tipos de letra es una de las ramas básicas para el experto en criminología, aunque debo confesar que, en cierta ocasión, siendo yo muy joven, confundí el *Leeds Mercury* con el *Western Morning News*... Pero un artículo del *Times* es inconfundible, y estas palabras no se podrían haber sacado de ningún otro lugar. Y, puesto que la nota se hizo ayer, era más que probable que las encontráramos en la edición de ayer.

—Por lo que entiendo, señor Holmes —dijo sir Henry Baskerville—, usted afirma que alguien recortó este mensaje con unas tijeras...

—Tijeras para uñas —le interrumpió Holmes—. Advierta que se trataba de un instrumento de hoja muy pequeña, ya que quien lo hizo tuvo que dar dos tijeretazos para...

—Efectivamente. Alguien, pues, recortó el mensaje con unas tijeras pequeñas, lo pegó con engrudo y...

—Con goma —dijo Holmes.

—Con goma, en el papel. Pero me gustaría saber por qué tuvo que escribir la palabra «páramo».

—Porque no la encontró impresa. Las otras palabras eran sencillas y podían encontrarse en cualquier ejemplar del periódico, pero «páramo» es menos corriente.

—Claro, eso lo explica todo. ¿Ha descubierto algo más en el mensaje, señor Holmes?

—Hay una o dos pistas, aunque se ha hecho un gran esfuerzo por eliminarlas. La dirección está escrita como ven en letra muy tosca. El *Times*, sin embargo, es un periódico que prácticamente solo leen las personas con una educación superior. Podemos deducir, por consiguiente, que compuso la carta una persona culta que pretendía hacerse pasar por inculta, y la preocupación por ocultar su letra sugiere, además, que quizá alguno de ustedes la conozca o pueda llegar a conocerla. Fíjense también en que las palabras no están pegadas en línea recta, sino unas más arriba que otras. «Vida», por ejemplo, está completamente fuera de sitio. Esto puede indicar

descuido o tal vez nerviosismo y prisa. En conjunto, me inclino por lo último, ya que se trata de un asunto a todas luces importante y no es probable que quien compuso la nota pusiera en ella poco cuidado. Si es cierto que tenía prisa, surge la interesante pregunta de por qué motivo tenía tanta prisa, dado que sir Henry hubiera recibido antes de abandonar el hotel cualquier carta echada al correo durante la noche. ¿Acaso temía su autor una interrupción? ¿Y por parte de quién?

—Estamos entrando en el terreno de las conjeturas —dijo el doctor Mortimer.

—Digamos, más bien, en el terreno donde se sopesan las posibilidades y se elige la más probable. Es el uso científico de la imaginación y siempre disponemos de una base real sobre la que apoyar nuestras especulaciones. Sin duda podrá usted calificarlo de conjetura, pero tengo casi la certeza de que esta dirección se ha escrito en un hotel.

—¿Cómo demonios puede saberlo?

—Si la examina con cuidado, descubrirá que tanto la pluma como la tinta han ocasionado problemas a la persona que las ha utilizado. La pluma ha dejado dos borrones en una misma palabra y se ha quedado seca tres veces en muy poco tiempo, lo cual indica que había poca tinta en el tintero. Ahora bien, raras veces permite uno que su propia pluma y su tintero lleguen a esta situación, y la combinación de que ambos fallen a la vez es bastante rara. Pero todos conocemos las plumas y los tinteros de los hoteles, donde ocurre justamente lo contrario. Sí: afirmo sin casi lugar a dudas que, si pudiéramos examinar el contenido de las papeleras de los hoteles situados en los alrededores de Charing Cross hasta encontrar el resto del mutilado artículo del *Times*, podríamos pillar de inmediato al individuo que envió tan peculiar mensaje. ¡Vaya, vaya!

Sherlock Holmes examinaba atentamente la hoja de papel con las palabras pegadas, colocándola a poca distancia de sus ojos.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Nada —respondió Holmes, dejando caer el papel—. Es la mitad de un pliego totalmente en blanco, sin ni siquiera filigrana. Creo que hemos extraído toda la información posible de esta carta. Y ahora, sir Henry, ¿le ha sucedido alguna otra cosa interesante desde su llegada a Londres?

—No, señor Holmes, me parece que no.

—¿No ha observado que nadie le siguiera o le vigilara?

—Tengo la sensación de estar inmerso de repente en un folletín —dijo nuestro visitante—. ¿Por qué demonios habría de vigilarme o de seguirme nadie?

—Ya llegaremos a esto. ¿No tiene ninguna otra cosa digna de mención antes de que entremos en materia?

—Bueno, depende de lo que usted considere digno de mención.

—Creo que todo lo que se sale del curso ordinario de la vida es digno de mención.

Sir Henry sonrió.

—No es mucho lo que sé acerca de la vida británica, porque he pasado la mayor parte de mi existencia en Estados Unidos y en Canadá. Pero supongo que tampoco aquí forma parte del curso ordinario de la vida que te desaparezca una bota.

—¿Le ha desaparecido una bota?

—Me ha preguntado por cualquier cosa que estuviera fuera de lo corriente.

—Así es —intervino Holmes—, aunque el incidente pueda parecer completamente estúpido. ¿Dice usted que ha desaparecido una de sus botas?

—Digamos, si lo prefieren, que se ha extraviado. Anoche las dejé las dos fuera de la puerta, y esta mañana solo había una. No he conseguido sacar nada del tipo que las limpió. Y lo peor es que las compré precisamente anoche en el Strand y aún no las había estrenado.

—Si no se las había puesto, ¿por qué las dejó fuera para que se las limpiaran?

—Eran de cuero y no las habían lustrado nunca. Por eso las dejé fuera de la habitación.

—¿Debo entender, pues, que ayer, al llegar a Londres, salió inmediatamente a la calle y se compró un par de botas?

—Compré un montón de cosas. Me acompañó el doctor Mortimer. Comprenda usted que si voy a ser un distinguido terrateniente, debo vestir en consonancia, y tal vez en América me volví un poco descuidado en cuestiones de indumentaria. Compré, entre otras cosas, esas botas marrones, por las que pagué por cierto seis dólares, y he conseguido que me las roben antes de estrenarlas.

—Parece un objeto bastante inútil para el ladrón —opinó Sherlock Holmes—. Confieso compartir la opinión del doctor Mortimer de que la bota aparecerá muy pronto.

—Y ahora, caballeros —dijo con decisión el baronet—, me parece que he hablado más que suficiente de lo poco que sé. Ya es hora de que cumplan ustedes su promesa y me den una información completa sobre el asunto que nos ocupa.

—Su petición es muy razonable —respondió Holmes—. Doctor Mortimer, creo que lo mejor será que cuente usted la historia a sir Henry tal como nos la contó a nosotros.

Estimulado por estas palabras, nuestro amigo el científico sacó los papeles que llevaba en el bolsillo y expuso el caso tal como lo había hecho el día anterior. Sir Henry le escuchó con profunda atención, lanzando de vez en cuando una exclamación de sorpresa.

—¡Vaya, al parecer me ha tocado en suerte algo más que una herencia! —comentó una vez terminada la narración—. Por supuesto, vengo oyendo hablar de ese perro desde mi infancia. Es la historia favorita de la familia, aunque hasta ahora nunca se me había ocurrido tomarla en serio. Pero en lo que se refiere a la muerte de mi tío..., bueno, todo se me mezcla en la cabeza y todavía no consigo verlo con claridad. Creo que ustedes no han decidido aún si hay que acudir a la policía o a un sacerdote.

—Exactamente.

—Y ahora se añade el ingrediente de la carta que me han mandado al hotel. Supongo que encaja con el resto.

—Parece indicar que hay alguien que sabe mejor que nosotros lo que ocurre en el páramo —dijo el doctor Mortimer.

—Y alguien, además —añadió Holmes—, que está bien dispuesto hacia usted, puesto que lo previene del peligro.

—O que tal vez quiera asustarme en su propio beneficio.

—Sí, por supuesto, también cabe esta posibilidad. Estoy en deuda con usted, doctor Mortimer, por haber presentado a mi consideración un problema que ofrece tantas posibilidades interesantes. Pero tenemos que resolver una cuestión de orden práctico, sir Henry: ¿es aconsejable o no que resida usted en la Mansión de los Baskerville?

—¿Por qué tendría que renunciar a hacerlo?

—Podría ser peligroso.

—¿Se refiere usted a un peligro que procede de nuestro demonio familiar o a un peligro que se deba a la actuación de seres humanos?

—Eso es precisamente lo que tenemos que averiguar.

—En cualquiera de ambos casos, mi respuesta es la misma. No hay demonio en el infierno ni hombre sobre la faz de la tierra capaz de impedirme, señor Holmes, regresar al hogar de los míos, y tenga la seguridad de que esta es mi respuesta definitiva. —Frunció el entrecejo y mientras hablaba se sonrojó. No cabía duda de que el fogoso temperamento de los Baskerville seguía vivo en el último retoño de la estirpe—. Por otra parte —continuó—, apenas he tenido tiempo de reflexionar sobre lo que me han contado. Es mucho pedir que alguien pueda enterarse de algo así y tomar de golpe una decisión. Me gustaría disponer de una hora de paz y soledad. Veamos, señor Holmes, ahora son las once y media, y voy a volver directamente a mi hotel. ¿Qué le parece si usted y su amigo, el doctor Watson, se reúnen a las dos para que les pueda decir con más claridad cómo veo las cosas?

—¿Tiene usted algún inconveniente, Watson?

—Ninguno.

—En tal caso, puede contar con nosotros. ¿Quieren que llame un coche?

—Prefiero andar, este asunto me ha puesto un poco nervioso.

—Yo le acompañaré con mucho gusto —dijo el doctor Mortimer.

—Pues entonces nos reuniremos de nuevo a las dos. ¡Hasta luego y buenos días!

Oímos los pasos de nuestros visitantes bajando la escalera y el ruido de la puerta de la calle al cerrarse de golpe. En un instante, Holmes dejó de ser un lánguido soñador meditabundo para transformarse en un hombre de acción.

—¡Deprisa, Watson, su sombrero y sus botas! ¡No hay momento que perder!

Corrió a su cuarto vestido con el batín y regresó a los pocos segundos con la levita puesta. Descendimos apresuradamente las escaleras y salimos a la calle.



Todavía se distinguía al doctor Mortimer y a sir Henry Baskerville caminando a unas doscientas yardas de nosotros por Oxford Street y después por Regent Street. En una ocasión, nuestros amigos se detuvieron a mirar un escaparate y Holmes hizo lo mismo. Un instante después dejó escapar un leve grito de satisfacción, y al seguir la dirección de su encendida mirada, vi que un coche de punto, ocupado por un hombre, que estaba detenido al otro lado de la calle, reanudaba lentamente la marcha.

—¡Ahí va nuestro hombre, Watson! ¡Adelantémosle! Así tendremos al menos ocasión de verle la cara, aunque no podamos hacer nada más.

En aquel momento, advertí que una poblada barba negra y dos ojos muy penetrantes se asomaban hacia nosotros por la ventanilla lateral del carruaje. Inmediatamente se alzó la trampilla del techo, le gritaron una orden al cochero y el vehículo salió disparado por Regent Street. Holmes buscó ansiosamente con la mirada otro coche, pero no vio ninguno vacío. Entonces se lanzó a correr desesperadamente entre la corriente del tráfico, pero le llevaban una ventaja demasiado grande y se perdieron muy pronto de vista.

—¡Qué contrariedad! —dijo Holmes con fastidio, mientras emergía jadeante y pálido del flujo de vehículos—. ¿Habrás visto peor suerte y mayor torpeza? Watson, Watson, si es usted honesto, ¿tendrá que dejar constancia de esto contraponiéndolo a mis éxitos!

—¿Quién era ese individuo?

—No tengo la menor idea.

—¿Un espía?

—Por lo que sabemos, es evidente que a Baskerville le han estado siguiendo de cerca desde que llegó a Londres. De lo contrario, ¿cómo habrían podido saber tan pronto que se alojaba en el hotel Northumberland? Si lo habían seguido el primer día, era lógico que también lo siguieran el segundo. Quizá reparara usted en que me acerqué dos veces a la ventana mientras el doctor Mortimer leía su historia.

—Sí, lo recuerdo.

—Quería ver si alguien merodeaba por la calle, pero no descubrí a nadie. Nos enfrentamos a un hombre inteligente, Watson. Se trata de un asunto muy serio, y aunque no he decidido todavía si estamos en contacto con un agente benévolo o perverso, constato siempre la presencia de una mente inteligente y decidida. Al marcharse nuestros amigos, les seguí al momento, con la esperanza de localizar a su invisible acompañante, pero nuestro hombre había tenido la precaución de no desplazarse a pie sino en coche, lo cual le permitía quedarse atrás o adelantarse a toda velocidad y evitar así que detectaran su presencia. Su método tenía la ventaja adicional de que, si ellos tomaban un coche, ya estaba en disposición de seguirles. Pero tiene, sin embargo, una desventaja evidente.

—Le deja a merced del cochero.

—Exacto.

—¡Lástima que no tomáramos su número!

—Mi querido Watson, aunque yo haya obrado con torpeza, ¿no pensará usted en serio que he olvidado ese detalle? Su número es el dos mil setecientos cuatro. Pero, por el momento, no nos sirve de mucho.

—No creo que hubiera podido hacer usted más de lo que ha hecho.

—Al descubrir el coche de alquiler, debería haber dado media vuelta y haberme alejado, para, acto seguido, alquilar con calma otro y seguir al primero a una distancia prudencial o, mejor aún, trasladarme hasta el hotel Northumberland y esperar. Cuando el desconocido hubiera seguido a Baskerville hasta allí, habríamos tenido oportunidad de jugar su mismo juego y ver hacia dónde se dirigía él. Pero, debido a una impaciencia imprudente, de la que nuestro contrincante se ha aprovechado con extraordinaria energía y velocidad, nos hemos traicionado y le hemos perdido.

Durante esta conversación, habíamos seguido avanzando lentamente por Regent Street y hacía ya un rato que el doctor Mortimer y su acompañante se habían perdido de vista.

—No tiene sentido continuar —dijo Holmes—. La persona que los seguía se ha desvanecido como una sombra y no reaparecerá. Hemos de ver qué otros triunfos nos quedan y jugarlos con decisión. ¿Reconocería usted el rostro del hombre que iba en el coche?

—Solo la barba.

—Lo mismo me sucede a mí, por lo que deduzco que se trataba probablemente de una barba postiza. Un hombre inteligente que lleva a cabo una misión tan delicada solo se vale de una barba para dificultar su identificación. ¡Venga conmigo, Watson!

Holmes entró en una de las oficinas de mensajería del distrito, donde el encargado le brindó una calurosa acogida.

—Veo, Wilson, que no ha olvidado usted el insignificante caso en que tuve la buena fortuna de poder ayudarle.

—No, señor, claro que no lo he olvidado. Salvó usted mi buen nombre, y quizá mi vida.

—Exagera usted, amigo mío. Creo recordar, Wilson, que cuenta usted entre sus empleados con un muchacho llamado Cartwright, que demostró cierta habilidad en el curso de la investigación.

—Sí, señor, sigue con nosotros.

—¿Podría llamarlo? ¡Gracias! Y también me gustaría que me cambiara este billete de cinco libras.

Un chico de catorce años, de rostro listo y espabilado, acudió en respuesta a la llamada del encargado, y se quedó mirando con reverencia al famoso detective.

—Déjame ver la guía de hoteles —dijo Holmes—. Muchas gracias. Mira, Cartwright, aquí figuran los nombres de veintitrés hoteles situados en los alrededores de Charing Cross. ¿Los ves?

—Sí, señor.

—Los visitarás todos por turno, uno tras otro.

—Sí, señor.

—Empezarás en cada caso por dar un chelín al portero. Aquí tienes veintitrés chelines.

—Sí, señor.

—Pero en realidad lo que buscarás es una página central del *Times* en la que se haya recortado algo con tijeras. Aquí tienes un ejemplar del *Times*. Es esta página. La reconocerás fácilmente, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—El portero te remitirá siempre al conserje, al que también le darás un chelín. Aquí tienes otros veintitrés chelines. Es muy posible que en veinte de los veintitrés hoteles los papeles del día anterior hayan sido quemados o se hayan trasladado ya a otra parte. En los tres casos restantes te mostrarán un montón de papeles y buscarás en él esta página del *Times*. Las posibilidades de que no la encuentres son elevadísimas. Aquí tienes diez chelines más por si surge una emergencia. Mándame un informe telegráfico a Baker Street antes de la noche. Y ahora, Watson, solo nos queda averiguar mediante el telégrafo la identidad de nuestro cochero, número dos mil setecientos cuatro. Después nos meteremos en una de las galerías de arte de Bond Street y viendo cuadros ocuparemos el tiempo que nos queda hasta nuestra cita en el hotel.

## TRES PISTAS FRUSTRADAS

Sherlock Holmes poseía en alto grado la capacidad de desentender a voluntad su mente del asunto que la ocupaba. Por espacio de dos horas pareció olvidar por completo el extraño conflicto en que nos habíamos visto envueltos, para consagrarse a los cuadros de los modernos maestros belgas. Y desde que salimos de la exposición hasta que llegamos al hotel Northumberland habló exclusivamente de arte, tema sobre el que tenía ideas muy elementales.

—Sir Henry Baskerville les espera arriba —dijo el recepcionista—. Me pidió que les hiciera subir tan pronto llegaran.

—¿Tiene inconveniente en que consulte su registro? —preguntó Holmes.

—En absoluto.

En el libro figuraban dos entradas posteriores a la de Baskerville: Theophilus Johnson y familia, de Newcastle, y la señora Oldmore con su doncella, de High Logde, Alton.

—Sin duda se trata del Johnson que conozco desde hace tiempo —le dijo Holmes al conserje—. ¿No es un abogado de cabello gris, con una leve cojera?

—No, señor. Este señor Johnson es propietario de unas minas de carbón, un caballero muy activo y que no tiene más años que usted.

—¿Está seguro de no equivocarse sobre su profesión?

—¡No, señor! Se hospeda en este hotel desde hace muchos años y le conocemos muy bien.

—De acuerdo... Señora Oldmore. También me parece recordar este nombre. Perdona mi curiosidad, pero con frecuencia, al visitar uno a un amigo, encuentra a otro.

—Es una dama inválida, señor. Su esposo fue alcalde de Gloucester. Siempre se aloja en nuestro hotel cuando viene de visita a Londres.

—Gracias. Temo no tener el honor de conocerla —dijo Holmes, y continuó en voz baja mientras ambos subíamos juntos la escalera—: Con esas preguntas hemos obtenido un dato muy importante, Watson. Ahora sabemos que las personas que sienten tanto interés por nuestro amigo no se alojan aquí. Eso significa que si bien, como hemos visto, están ansiosas por vigilarlo, les preocupa también mucho que sir Henry pueda verlas. Y es un dato muy significativo.

—¿Qué significa?

—Significa... ¡Vaya! ¿Qué le sucede, amigo mío?

Al terminar de subir la escalera, nos tropezamos con sir Henry Baskerville en persona. Tenía el rostro encendido de ira y empuñaba en su mano una bota muy usada

y polvorienta. Estaba tan furioso que apenas lograba articular palabra, y cuando consiguió hablar lo hizo con un acento del oeste americano mucho más marcado que por la mañana.

—Parece que en este hotel me han tomado por bobo —exclamó—. Pero si no se andan con ojo, verán que se han equivocado de hombre. Por todos los demonios, si ese tipo no encuentra la bota que me falta, va a haber aquí más que palabras. Sé aceptar una broma como el que más, señor Holmes, pero esto ya pasa de castaño oscuro.

—¿Sigue buscando su bota?

—Sigo buscándola y pienso encontrarla.

—Claro, pero ¿no dijo que era una bota nueva y marrón?

—Así era, señor mío. Y ahora es una bota negra y vieja.

—¡Cómo! ¿Quiere usted decir que...?

—Quiero decir exactamente esto. Solo tenía tres pares... Las nuevas marrones, las negras viejas y las de charol, que llevo puestas. Anoche se llevaron una marrón y hoy me han robado una negra. Veamos, ¿la ha encontrado ya? ¡Hable, caramba, y no se me quede mirando como un pasmarote!

Había aparecido en escena, muy nervioso, un camarero, que denotaba, por su modo de hablar, que era alemán.

—No, señor. He preguntado por todo el hotel, pero nadie sabe nada.

—Pues, o aparece la bota antes de que anochezca, o iré a ver al gerente y le diré que me largo de inmediato.

—Aparecerá, señor. Le prometo que si tiene un poco de paciencia la encontraremos.

—Procure que así sea, porque es lo último que estoy dispuesto a perder en esta guarida de ladrones. Perdona, señor Holmes, que me ponga así y me preocupe por minucias.

—Creo que está justificado preocuparse.

—Vaya, con que le parece un asunto serio.

—¿Cómo se lo explica usted?

—Ni siquiera intento explicarlo. Me parece la cosa más absurda y extraña que me ha sucedido en la vida.

—La más extraña, quizá sí —dijo Holmes pensativo.

—Y usted, ¿qué opina de todo esto?

—Confieso que no me he formado todavía una idea definitiva de su caso. Es muy complejo, sir Henry. Si lo relaciono con la muerte de su tío, dudo que entre los quinientos casos de capital importancia a los que me he enfrentado hasta ahora haya uno que presente más dificultades. Pero tenemos varias pistas en nuestras manos y sin duda una u otra nos llevará hasta la verdad. Quizá perdamos tiempo siguiendo una pista falsa, pero, antes o después, daremos con la acertada.

El almuerzo fue muy agradable y apenas se habló del asunto que nos había

reunido. Solo cuando nos retiramos a una salita privada, Holmes le preguntó a Baskerville cuáles eran sus intenciones.

—Trasladarme a la Mansión de los Baskerville.

—Y ¿cuándo?

—Al final de esta semana.

—De hecho —dijo Holmes—, creo que su decisión es acertada. Tengo pruebas sobradas de que le están siguiendo a usted los pasos en Londres, y es difícil descubrir entre los millones de habitantes de esta gran ciudad quiénes lo hacen y cuál puede ser su propósito. Si su intención es maligna, podrían causarle algún daño, y nosotros no estaríamos en condiciones de impedirlo. ¿Sabía usted, doctor Mortimer, que alguien los ha seguido esta mañana al salir de mi casa?

El doctor Mortimer tuvo un violento sobresalto.

—¿Nos han seguido? Pero ¿quién?

—Eso es lo que, desgraciadamente, no puedo decirles. Entre sus vecinos o conocidos de Dartmoor, ¿hay alguno que tenga una barba negra y tupida?

—No... Espere, déjeme pensar. Sí, claro, Barrymore, el mayordomo de sir Charles, tiene una barba negra y tupida.

—¡Ajá! ¿Dónde está Barrymore?

—Ha quedado al cuidado de la mansión.

—Será mejor que averigüemos si sigue allí o si, por el contrario, hay alguna posibilidad de que esté en Londres.

—¿Cómo podremos averiguarlo?

—Deme un impreso para telegramas. «¿Está todo listo para recibir a sir Henry?». Eso bastará. Dirigido al señor Barrymore, Mansión de los Baskerville. ¿Cuál es la oficina de telégrafos más próxima? Grimpen. De acuerdo, enviaremos un segundo telegrama al jefe de Correos de Grimpen: «Telegrama para ser entregado en mano al señor Barrymore. Si está ausente, devolver por favor a sir Henry Baskerville, hotel Northumberland». Eso nos permitirá saber antes de la noche si Barrymore está en Devonshire o no.

—Asunto resuelto —dijo Baskerville—. Por cierto, doctor Mortimer, ¿quién es el tal Barrymore?

—El hijo del antiguo encargado, que ya murió. Los Barrymore llevan cuatro generaciones a cargo de la mansión. Por lo que yo sé, él y su mujer forman una pareja de las más respetables del condado.

—Pero también es evidente —dijo Baskerville—, que mientras en la mansión no habite nadie de mi familia, estas personas disfrutarán de un estupendo hogar y no tendrán obligaciones que cumplir.

—Eso es cierto.

—¿Les dejó sir Charles algo a los Barrymore en su testamento? —preguntó Holmes.

—Él y su mujer recibieron quinientas libras cada uno.

—¡Ah! ¿Sabían que iban a recibir esta cantidad?

—Sí lo sabían. A sir Charles le gustaba hablar de las disposiciones de su testamento.

—Qué interesante.

—Espero —dijo el doctor— que no considere usted sospechosas a todas las personas que han recibido un legado de sir Charles, porque también a mí me dejó mil libras.

—¡Vaya! ¿Y a alguien más?

—Dejó muchas sumas poco importantes a otras personas y a gran número de asociaciones benéficas. El resto queda para sir Henry.

—¿Y a cuánto asciende el resto?

—A setecientos cuarenta mil libras.

Holmes alzó las cejas sorprendido.

—Ignoraba que se tratara de una suma tan enorme —dijo.

—Se daba por sentado que sir Charles era rico, pero solo hemos sabido hasta qué punto lo era al inventariar sus valores. La herencia total asciende a casi un millón de libras.

—¡Cielos! Por esta apuesta se pueden intentar jugadas temerarias. Una pregunta más, doctor Mortimer. Si le ocurriera algo a nuestro joven amigo aquí presente, y perdona esta hipótesis tan desagradable, ¿quién heredaría la fortuna de sir Charles?

—Dado que Rodger Baskerville, el hermano menor, murió soltero, la herencia pasaría a los Desmond, que son primos lejanos. James Desmond es un clérigo de avanzada edad que vive en Westmorland.

—Gracias. Todos esos detalles tienen gran interés. ¿Conoce usted al señor James Desmond?

—Sí. En cierta ocasión fue a visitar a sir Charles. Es un hombre de aspecto venerable y de vida santa. Recuerdo que, a pesar de la insistencia de sir Charles, se negó a aceptar la asignación que este le ofrecía.

—Y ese hombre de gustos sencillos, ¿sería el heredero de la fortuna?

—Heredaría la propiedad, porque está vinculada. Y también heredaría el dinero, salvo que el actual propietario, que, como es lógico, puede hacer lo que quiera con él, le asignara otro destino en su testamento.

—¿Ha hecho usted testamento, sir Henry?

—No, señor Holmes, no lo he hecho. No me ha dado tiempo, porque hasta ayer no me enteré de la situación. Pero, en cualquier caso, creo que el dinero no se debe separar del título ni de la propiedad. Esa era la idea de mi pobre tío. ¿Cómo sería posible restablecer el antiguo esplendor de los Baskerville si no se dispusiera del dinero necesario para sostener la propiedad? La casa, la tierra y el dinero deben ir juntos.

—Así es. Bien, sir Henry, estoy completamente de acuerdo en cuanto a la conveniencia de que se traslade sin tardanza a Devonshire. Pero debo tomar una

precaución. En modo alguno puede ir usted solo.

—El doctor Mortimer regresa conmigo.

—Pero el doctor Mortimer tiene que atender a sus pacientes y su casa está a varias millas de la suya. Incluso con la mejor voluntad del mundo, puede no estar en condiciones de ayudarlo. No, sir Henry. Tiene que llevar usted consigo a alguien de confianza que permanezca constantemente a su lado.

—¿Sería posible que viniera usted mismo conmigo, señor Holmes?

—Si llega a producirse una situación crítica, haré lo imposible por estar allí, pero usted entenderá perfectamente que, dado lo amplio de mi clientela y las constantes llamadas que recibo de todas partes, me resulte imposible ausentarme de Londres por tiempo indefinido. En el momento presente, uno de los apellidos más respetables de Inglaterra se expone a ser deshonrado por un chantajista, y solo yo puedo impedir un escándalo catastrófico. Comprenderá que es imposible que me traslade a Dartmoor.

—Entonces ¿a quién recomendaría usted?

Holmes me puso una mano en el brazo.

—Si mi amigo estuviera dispuesto a acompañarle, no hay persona más útil para tener al lado en una situación apurada. Nadie puede afirmarlo con mayor conocimiento de causa que yo.

Esta propuesta fue una sorpresa total para mí, pero antes de que me diera tiempo a responder, Baskerville me cogió una mano y la estrechó calurosamente.

—Es muy amable por su parte, doctor Watson —dijo—. Ya sabe cuál es la situación y conoce este asunto tanto como yo. Si viene conmigo a la Mansión de los Baskerville y me ayuda a salir del atolladero, no lo olvidaré jamás.

Siempre me ha fascinado la posibilidad de una aventura, y me sentí halagado por las palabras de Holmes y por el entusiasmo con que el baronet me había aceptado como acompañante.

—Iré con mucho gusto —dije—. No creo que haya otro modo mejor de emplear mi tiempo.

—Y me tendrá usted minuciosamente informado de todo —dijo Holmes—. Si se produce una situación crítica, como sin duda sucederá, yo le indicaré lo que tiene que hacer. ¿Estarán ustedes el sábado listos para el viaje?

—¿Al doctor Watson le va bien ese día?

—Perfectamente.

—En tal caso, y si no tiene noticias en contra, nos encontraremos en Paddington el sábado para tomar el tren de las diez y media.

Nos levantábamos ya para marcharnos, cuando Baskerville, con un grito de triunfo, se lanzó hacia un rincón de la habitación y extrajo una bota marrón de debajo de una cómoda.

—¡La bota que me faltaba! —exclamó.

—¡Ojalá todas nuestras dificultades se resuelvan tan fácilmente! —dijo Sherlock Holmes.



—Pero resulta muy raro —señaló el doctor Mortimer—. He registrado cuidadosamente la habitación antes del almuerzo.

—Y yo he hecho lo mismo —dijo Baskerville—. Palmo a palmo.

—No había ni rastro de la bota.

—En tal caso, tiene que haberla puesto aquí el camarero mientras almorzábamos.

Llamamos al alemán, pero aseguró que no sabía nada, y otros intentos de averiguar lo ocurrido no dieron tampoco resultado. Se había añadido uno más a la serie constante de pequeños misterios, en apariencia sin sentido, que se sucedían unos a otros con rapidez. Dejando a un lado la siniestra historia de la muerte de sir Charles, teníamos, en el espacio de cuarenta y ocho horas, toda una cadena de incidentes inexplicables, entre los que figuraban la carta confeccionada con recortes de periódico, el espía de barba negra que iba en el coche, la desaparición de la bota nueva y marrón, la de la bota negra y vieja, y ahora la reaparición de la nueva. Holmes permaneció silencioso en el coche mientras regresábamos a Baker Street. Sus cejas fruncidas y su expresión concentrada me indicaban que su mente, al igual que la mía, estaba ocupada en el empeño de encontrar una explicación donde encajaran aquellos extraños episodios sin conexión aparente. Toda la tarde y hasta después del anochecer estuvo inmerso en el tabaco y en sus pensamientos.

Poco antes de la cena llegaron dos telegramas. El primero, firmado por Baskerville, decía:

Acabo de saber que Barrymore está en la mansión.

Y el segundo, firmado por Cartwright, decía:

Visitados veintitrés hoteles, según instrucciones, lamento informar de la imposibilidad de encontrar hoja recortada del *Times*.

—Ahí desaparecen dos de mis pistas, Watson. No hay nada tan estimulante como un caso en que todo se te pone en contra. Tenemos que buscar en otra dirección.

—Nos queda el cochero que transportaba al espía.

—Exacto. He mandado un telegrama al registro pidiendo su nombre y su dirección. No me sorprendería que aquí tuviéramos la respuesta.

La llamada al timbre resultó, sin embargo, más satisfactoria aún que una respuesta, porque se abrió la puerta y entró un individuo de aspecto tosco, que era evidentemente el cochero en persona.

—He recibido el recado de la oficina central de que un caballero que vive aquí pregunta por el dos mil setecientos cuatro —dijo—. Llevo siete años en el coche y nunca he tenido queja de nadie. Ahora vengo de la cochera para preguntar cara a cara qué diantres tiene en contra mío.

—No tengo nada en absoluto contra usted, buen hombre —dijo mi amigo—. Tengo, por el contrario, medio soberano a punto, si contesta con claridad a mis preguntas.

—Bueno, de veras hoy he tenido un buen día, ¡vaya que sí! —dijo el cochero con una sonrisa—. ¿Qué quiere usted saber, caballero?

—En primer lugar, su nombre y su dirección, por si volviera a necesitarle.

—John Clayton, Turpey Street tres, en el Borough. Mi coche está estacionado en Shipley, cerca de la estación de Waterloo.

Sherlock Holmes tomó nota.

—Ahora, Clayton, cuénteme cuanto sepa acerca del cliente que estuvo vigilando esta casa a las diez de la mañana y siguió después a dos caballeros a lo largo de Regent Street.

El cochero pareció sorprendido y un poco incómodo.

—¡Vaya, no voy a poder contar mucho, porque parece que usted sabe tanto como yo! —dijo—. La verdad es que aquel señor me dijo que era un detective y me dijo que yo no tenía que contar nada de él a nadie.

—Se trata de un asunto muy serio, amigo mío, y tal vez se encuentre usted en una situación difícil si trata de ocultarme algo. ¿El cliente le dijo que era detective?

—Sí, señor, eso me dijo.

—¿Cuándo se lo dijo?

—Al irse.

—¿Dijo algo más?

—Me dijo cómo se llamaba.

Holmes me lanzó una breve mirada triunfal.

—¿De modo que le dijo su nombre? Eso fue una imprudencia. Y ¿cómo dijo que se llamaba?

—Dijo que se llamaba Sherlock Holmes.

No he visto nunca a mi amigo tan desconcertado como ante la respuesta del cochero. Permaneció unos instantes mudo de asombro. Después lanzó una carcajada.

—¡Tocado, Watson! ¡Tocado de lleno! —dijo—. Presiento que me enfrento a un florete tan rápido y flexible como el mío. Esta estocada ha sido excelente. ¿De modo que se llamaba Sherlock Holmes?

—Sí, señor, eso dijo.

—¡Magnífico! Cuénteme ahora dónde subió a su coche y todo lo que pasó después.

—Me paró a las nueve y media en Trafalgar Square. Dijo que era detective y me ofrecía dos guineas si yo hacía todo el día lo que él me mandara y no hacía preguntas. Yo dije que sí de mil amores. Primero fuimos al hotel Northumberland y esperamos hasta que salieron dos caballeros y cogieron un coche de la fila que había delante de la entrada. Lo seguimos hasta que se paró por aquí.

—Ante esta misma puerta —dijo Holmes.

—Bueno, eso no lo sé yo seguro, pero juraría que mi cliente se sabía requetebién el sitio. Nos paramos a un poco de distancia y esperamos una hora y media. Después los dos caballeros pasaron a pie a nuestro lado y los seguimos por Baker Street y

por...

—Ya lo sé —dijo Holmes.

—Llegamos hasta las tres cuartas partes de Regent Street. Entonces mi cliente levantó la trampilla y me gritó que fuera a la estación de Waterloo todo lo deprisa que pudiera correr. Le di a la yegua y llegamos en poco menos de diez minutos. Después me pagó las dos guineas que había prometido y se metió en la estación. Pero en el momento de irse se dio media vuelta y dijo: «Quizá le interese saber que ha llevado en su coche al señor Sherlock Holmes». Y así fue como supe que se llamaba así.

—Entendido. ¿Y no le volvió a ver?

—No. Después de que entrase en la estación no volví a saber de él.

—Y ¿cómo describiría usted al tal señor Sherlock Holmes?

El cochero se rascó la cabeza.

—Bueno, no era de verdad un caballero fácil de describir. Diría que tenía unos cuarenta años y una estatura regular, dos o tres pulgadas menos que usted. Vestía muy finolis, tenía una barba muy negra, cortada en recto para abajo, y tenía la piel blanca. Me parece que no me acuerdo de nada más.

—¿Color de los ojos?

—No. Eso no lo sé decir.

—¿No recuerda, de veras, nada más?

—No, señor, nada más.

—Bien, pues aquí tiene su medio soberano. Hay otro esperándole si me trae algún otro dato. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, señor, y muchas gracias.

John Clayton se marchó riendo entre dientes, y Holmes se volvió hacia mí con un encogimiento de hombros y una sonrisa melancólica.

—Hemos perdido nuestra tercera pista y estamos en el mismo punto donde empezamos —dijo—. Ese astuto granuja sabía el número de nuestra casa, sabía que sir Henry Baskerville había venido a verme, me reconoció en Regent Street, supuso que me habría fijado en el número del coche y que localizaría al cochero, y decidió mandarme ese mensaje impertinente. Le aseguro, Watson, que esta vez nos hemos tropezado con un adversario digno de nuestro acero. Me han dado jaque mate en Londres. Solo cabe desear que tenga usted mejor suerte en Devonshire. Pero reconozco que no me quedo tranquilo.

—¿No está tranquilo?

—Me inquieta enviarle a usted. Es un asunto muy feo, Watson, un asunto muy feo y peligroso, y cuanto más sé de él menos me gusta. Sí, amigo mío, ría cuanto quiera, pero le doy mi palabra de que me alegrará mucho verle de nuevo sano y salvo en Baker Street.

## LA MANSIÓN DE LOS BASKERVILLE

El día señalado, sir Henry Baskerville y el doctor Mortimer estaban listos para el viaje, y, tal como habíamos convenido, partimos los tres hacia Devonshire. Sherlock Holmes me acompañó a la estación y me dio, antes de salir el tren, sus últimas instrucciones y consejos.

—No quiero influir sobre usted sugiriéndole teorías o transmitiéndole mis sospechas, Watson. Límitese a informarme de los hechos de la manera más amplia posible y déjeme a mí la tarea de teorizar sobre ellos.

—¿Qué clase de hechos? —le pregunté.

—Todo lo que pueda tener conexión con el caso por indirecto que sea, y sobre todo la relación del joven Baskerville con sus vecinos, o cualquier dato nuevo acerca de la muerte de sir Charles. Yo he llevado a cabo algunas averiguaciones estos últimos días, pero mucho me temo que los resultados han sido negativos. Tan solo una cosa parece segura, y es que el señor James Desmond, el heredero más próximo, es un caballero virtuoso de edad avanzada y no cabe pensar que sea responsable del acoso a que es sometido sir Henry. Creo sinceramente que podemos eliminarlo de nuestra lista. Nos quedan las personas que en el momento actual convivan con sir Henry en el páramo.

—¿No habría que eliminar de nuestras pesquisas también al matrimonio Barrymore?

—De ninguna manera. No cabría peor equivocación. Si son inocentes, cometeríamos una injusticia no demostrándolo, y si son culpables, renunciaríamos a toda posibilidad de hacerlo. No, no, los conservaremos en nuestra lista de sospechosos. Tenemos también, si no recuerdo mal, a un lacayo en la mansión. Tenemos a dos granjeros del páramo. Tenemos a nuestro amigo el doctor Mortimer, de cuya honradez estoy convencido, y a su esposa, de la que nada sabemos. Tenemos a Stapleton, el naturalista, y a su hermana, que, según dicen, es una muchacha muy atractiva. Tenemos al señor Frankland de la Mansión Lafter, que es asimismo un factor desconocido, y a uno o dos vecinos más. Esas personas han de ser objeto principal de estudio.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—Supongo que lleva usted un arma.

—Sí, pensé que sería conveniente.

—Sin duda alguna. No se separe de su revólver ni de día ni de noche, y manténgase alerta en todo momento.

Nuestros amigos habían reservado asientos en un vagón de primera y nos

esperaban en el andén.

—No, no hay ninguna novedad que comunicar —dijo el doctor Mortimer en respuesta a las preguntas de Holmes—. De una cosa estoy seguro, y es que no nos han seguido durante los dos últimos días. En cada salida nos hemos mantenido muy alerta y nadie nos hubiera pasado inadvertido.

—Espero que hayan permanecido siempre juntos.

—Excepto ayer por la tarde. Suelo dedicar un día al esparcimiento siempre que vengo a Londres, y pasé la velada en el museo del Colegio de Cirujanos.

—Yo fui al parque a ver pasear a la gente —dijo Baskerville—. Pero no tuvimos ningún problema.

—Fue una imprudencia de todos modos —dijo Holmes muy serio, moviendo la cabeza—. Le ruego, sir Henry, que no vaya solo a ninguna parte. Le puede ocurrir una desgracia. ¿Ha recuperado usted la otra bota?

—No, señor. Esta ha desaparecido de modo definitivo.

—Vaya, vaya, qué interesante. Bueno, hasta la vista —añadió, mientras el tren se ponía en marcha—. Recuerde, sir Henry, una frase de aquella vieja extraña leyenda que nos leyó el doctor Mortimer, y evite el páramo durante las horas de oscuridad en que se intensifican los poderes del mal.

Estábamos ya lejos, cuando volví la vista hacia el andén y descubrí la figura alta y severa de Holmes, que, inmóvil, nos seguía con la mirada.

El viaje fue rápido y agradable. Yo lo empleé en conocer mejor a mis dos acompañantes y en jugar con el spaniel del doctor Mortimer. En el curso de pocas horas, la tierra parda se hizo rojiza, el ladrillo se transformó en piedra y aparecieron vacas bermejas pastando en campos y en cercados donde la exuberante hierba y la frondosidad de la vegetación delataban un clima más fértil aunque también más húmedo. El joven Baskerville miraba ansioso por la ventanilla y lanzaba exclamaciones de júbilo al reconocer los rasgos familiares del paisaje de Devon.

—He recorrido buena parte del mundo desde que salí de aquí, doctor Watson —dijo—, pero no he encontrado lugar alguno que se pueda comparar con estas tierras.

—No conozco ninguna persona de Devonshire que no ponga su condado por las nubes —subrayé.

—Depende de la raza de su gente tanto como de la tierra —intervino el doctor Mortimer—. Una simple mirada a nuestro amigo aquí presente permite apreciar de inmediato la cabeza redondeada de los celtas, que se traduce en el entusiasmo y la capacidad de afecto que los caracteriza. La cabeza del pobre sir Charles pertenecía a un tipo muy raro, mitad gaélico, mitad irlandés. Sir Henry, usted era muy joven cuando vio por última vez la Mansión de los Baskerville, ¿no es cierto?

—Yo era un muchacho de diez años cuando murió mi padre, y no vi nunca la mansión, porque residíamos en una casita de la costa sur y desde allí fui directamente a vivir con un amigo en Estados Unidos. Le aseguro que todo esto es tan nuevo para mí como para el doctor Watson, y ardo en deseos de ver el páramo.

—¿De veras? Pues ya tiene ese deseo al alcance de la mano, porque el páramo se divisa desde aquí —dijo el doctor Mortimer, señalando hacia el paisaje exterior desde la ventanilla.

Por encima de los verdes cuadrados de los campos y de la curva de un bosque, se alzaba a lo lejos una colina gris y sombría, con una extraña cumbre dentada; borrosa y vaga en la distancia, semejava el paisaje fantástico de un sueño. Baskerville permaneció inmóvil mucho rato, con los ojos fijos en ella, y leí en la expresión de su rostro lo mucho que significaba para él ver por primera vez el extraño lugar que los hombres de su estirpe habían dominado durante tanto tiempo y donde habían dejado tan honda huella. A pesar de su traje de tweed, de su acento americano y de viajar en un prosaico vagón de ferrocarril, tuve más que nunca la sensación, al contemplar su rostro moreno y expresivo, de que era un genuino descendiente de aquella larga sucesión de hombres de sangre ardiente, fogosos y autoritarios. Había orgullo, valor y fortaleza en las cejas espesas, las delicadas ventanas de la nariz y los grandes ojos color avellana. Si en aquel páramo inhóspito nos aguardaba una empresa difícil y peligrosa, yo disponía al menos de un compañero con quien se podía afrontar riesgos teniendo la seguridad de que los compartiría con audacia.

El tren se detuvo en un apeadero de la carretera y allí nos bajamos. Fuera, al otro lado de una cerca blanca de poca altura, aguardaba un carricoche tirado por dos jacas. Nuestra llegada constituía sin duda todo un acontecimiento, porque el jefe y los mozos de la estación se agolparon a nuestro alrededor para llevarnos el equipaje. Era un lugar sencillo y apacible, pero me sorprendió la presencia junto a la puerta de dos hombres de aspecto militar y con uniforme oscuro, que montaban guardia apoyados en sus rifles, y que nos miraron detenidamente cuando pasamos junto a ellos. El cochero, un hombrecillo de facciones duras y manos nudosas, saludó a sir Henry, y pocos minutos después corríamos por la amplia carretera blanca. Ondulantes tierras de pastos ascendían a ambos lados, y viejas casas con empinadas techumbres asomaban entre la densa vegetación, pero tras el campo tranquilo e iluminado por el sol se elevaba siempre, oscura contra el cielo del atardecer, la larga y melancólica curva del páramo salpicada por colinas dentadas y siniestras.

El carricoche tomó un camino secundario y empezamos a ascender por senderos hundidos, desgastados por siglos de ruedas, con taludes muy altos a ambos lados, cubiertos de musgo húmedo y de carnosas lenguas de ciervo. Helechos color bronce y jaspeadas zarzas resplandecían bajo la luz del sol poniente. Sin dejar de subir, cruzamos un estrecho puente de piedra y bordeamos un ruidoso y veloz torrente, que espumeaba y rugía entre rocas grises. Camino y torrente discurrían después por un valle donde abundaban los robles achaparrados y los abetos. Baskerville lanzaba a cada recodo del camino una exclamación de júbilo, mientras miraba ansioso a su alrededor y hacía innumerables preguntas. A él todo le parecía hermoso, pero a mis ojos había un velo de tristeza cubriendo el paisaje, en el que se reflejaba nítidamente la proximidad del invierno. Los caminos estaban alfombrados de hojas amarillas, que

también caían revoloteando sobre nosotros. El traqueteo de las ruedas enmudecía al rodar sobre montones de vegetación putrefacta: tristes regalos, en mi opinión, para que la naturaleza los lanzara ante el coche en que regresaba el heredero de los Baskerville.

—¡Caramba! —exclamó el doctor Mortimer—. ¿Qué es esto?

Estábamos ante una pronunciada pendiente cubierta de brezos, una avanzadilla del páramo. En el punto más alto, tan destacado y preciso como una estatua ecuestre sobre su pedestal, vimos a un soldado a caballo, sombrío y austero, con el rifle dispuesto sobre el antebrazo. Vigilaba el camino por el que transitábamos.

—¿Qué ocurre, Perkins? —preguntó el doctor Mortimer.

El cochero se volvió a medias en su asiento.

—Se ha escapado un preso de Princetown, señor. Ya lleva tres días suelto. Los guardianes vigilan todos los caminos y estaciones, pero hasta ahora no han dado con él. A los granjeros de la zona no les hace maldita la gracia, se lo aseguro.

—Tengo entendido que se recompensará con cinco libras a quien proporcione alguna información.

—Cierto, señor, pero la posibilidad de conseguir cinco libras es poca cosa si se compara con el miedo a que te rebanen el cuello. No se trata de un preso corriente, ¿sabe? Es un tipo que no se detiene ante nada.

—¿Quién es?

—Selden, el asesino de Notting Hill.

Yo recordaba bien el caso, que había despertado el interés de Holmes por la peculiar ferocidad del crimen y por la gratuita brutalidad que había acompañado a todos los actos del asesino. Se le había conmutado la pena de muerte debido a la existencia de dudas sobre sus facultades mentales, tan atroz había sido su proceder. Nuestro coche había coronado una cuesta y surgió ante nosotros la inmensa extensión del páramo, salpicado de montones de rocas y peñascos abruptos y dentados. Lo barría un viento helado, que nos hizo tiritar. En algún rincón de aquella gran llanura desolada acechaba el diabólico asesino, oculto en su escondrijo como una bestia salvaje, con el corazón lleno de odio hacia el género humano que lo había expulsado de su seno. Solo faltaba aquello, unido al viento helado y a que el cielo empezaba a oscurecer, para colmar el poder sobrecogedor del páramo. Incluso el propio Baskerville guardó silencio y se ciñó más estrechamente el gabán. Habíamos dejado a nuestras espaldas y debajo de nosotros las tierras fértiles. Volvimos la vista atrás. Los rayos oblicuos del sol poniente convertían los arroyos en hebras de oro y bañaban con su luz la tierra roja recién removida por el arado y la extensa maraña de los bosques. Entre las laderas rojizas y verde oliva, salpicadas de peñascos gigantescos, el camino se fue haciendo más desolado y salvaje. De vez en cuando pasábamos junto a una de las casas del páramo, con las paredes y el techo de piedra, sin que ni siquiera una enredadera suavizara su severa silueta. De pronto nos encontramos ante una depresión en forma de copa, salpicada de robles y de abetos achaparrados, retorcidos

e inclinados por la furia de años de tormentas. Dos torres altas y estrechas emergían por encima de los árboles. El cochero las señaló con la fusta.

—La Mansión de los Baskerville —dijo.

Su dueño se había puesto en pie y la contemplaba con las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Pocos minutos después habíamos llegado al portalón de entrada, una maraña de fantásticas tracerías en hierro forjado con un pilar a cada lado, gastados por las inclemencias del tiempo, cubiertos de líquenes y coronados por las cabezas de jabalí de los Baskerville. La casita del guarda era una ruina de piedra negra y desnudo costillar de vigas, pero ante ella se alzaba un nuevo edificio, a medio construir, primer fruto del oro sudafricano de sir Charles.

A través del portalón nos introdujimos en la avenida, donde las ruedas enmudecieron de nuevo sobre una alfombra de hojas muertas, mientras árboles centenarios cruzaban sus ramas y formaban un túnel de sombra sobre nuestras cabezas. Baskerville se estremeció al dirigir la mirada a lo largo de la oscura avenida, al término de la cual la mansión adquiría un brillo fantasmal.

—¿Fue aquí? —preguntó en voz baja.

—No, no. El Sendero de los Tejos queda al otro lado.

El joven heredero miró a su alrededor con expresión sombría.

—No me sorprende que mi tío tuviera la impresión de que iba a sucederle algo malo en un sitio como este —dijo—. No se necesita más para asustar a cualquiera. Haré instalar una fila de lámparas eléctricas antes de seis meses, y no reconocerán ustedes el lugar cuando dispongamos ante la puerta principal de una potencia de mil bujías de Swan y Edison.

La avenida desembocaba en una gran extensión de césped, y tuvimos la casa ante nosotros. A la tenue luz del crepúsculo, todavía pude distinguir que la parte central era una sólida construcción de la que sobresalía un pórtico. Toda la fachada estaba cubierta de hiedra, con algunos huecos aquí y allá, donde una ventana o un escudo de armas rompía la monotonía del oscuro velo. Desde el bloque central se alzaban las torres gemelas, antiguas, almenadas y dotadas de múltiples troneras. A derecha e izquierda de las torres se extendían las alas más modernas del edificio, que eran de granito negro. Una luz mortecina brillaba a través de las ventanas provistas de gruesos parteluces, y de las altas chimeneas que nacían del techo de pronunciada inclinación brotaba una única columna de humo negro.

—¡Bienvenido, sir Henry! ¡Bienvenido a la Mansión de los Baskerville!

Un hombre de elevada estatura había emergido de la sombra del pórtico para abrir la puerta del coche. La figura de una mujer se recortaba contra la luz amarilla del interior de la casa. También ella se adelantó y ayudó al hombre a bajar nuestro equipaje.

—Espero que no tome a mal, sir Henry —dijo el doctor Mortimer—, que yo



vuelva directamente a mi casa. Mi mujer me está esperando.

—¿No se quedará a cenar con nosotros?

—No. Tengo que irme. Es probable que haya trabajo esperándome. Me quedaría para enseñarle a usted la casa, pero Barrymore será mejor guía que yo. Adiós, pues, y no dude en mandar a buscarme, sea de día o de noche, si me necesita para cualquier cosa.

El ruido de las ruedas se perdió avenida abajo, mientras sir Henry y yo entrábamos en la casa y la puerta se cerraba pesadamente a nuestras espaldas. Nos encontramos en un hermoso salón de enormes proporciones y de techo elevado, sostenido por gruesas vigas de madera de roble ennegrecidas por los años. En la gran chimenea de otros tiempos, tras el alto guardafuegos de hierro, crepitaba y chisporroteaba un fuego de leña. Sir Henry y yo extendimos las manos hacia él, porque el largo trayecto en coche nos había dejado ateridos. Después contemplamos la alta y estrecha ventana de vidrios de colores, el artesanado de roble, las cabezas de ciervo y los escudos de armas de las paredes, todo ello borroso y sombrío a la escasa luz de la lámpara central.

—Exactamente como yo lo imaginaba —dijo sir Henry—. ¿No es la viva imagen de una antigua mansión familiar? ¡Y pensar que en esta casa han vivido los míos durante cinco siglos! La simple idea hace que todo me parezca más solemne.

Vi que su rostro moreno se iluminaba de entusiasmo juvenil al mirar a su alrededor. La luz caía de lleno sobre él, pero largas sombras descendían por las paredes y colgaban como un dosel negro sobre su cabeza. Barrymore había regresado, tras llevar el equipaje a nuestras habitaciones, y se detuvo ante nosotros con la discreción propia de un criado competente. Era un hombre notable por su apariencia: alto, bien parecido, de negra barba cuadrada, tez pálida y facciones distinguidas.

—¿Desea usted que se sirva la cena inmediatamente, sir Henry?

—¿Está lista ya?

—Dentro de unos minutos, señor. Encontrarán agua caliente en sus habitaciones. Mi mujer y yo, sir Henry, seguiremos con gusto a su servicio hasta que usted disponga lo que hay que hacer, pero comprenderá que la nueva situación va a requerir una servidumbre numerosa.

—¿Qué nueva situación?

—Me refiero únicamente a que sir Charles llevaba una vida muy retirada y nosotros nos bastábamos para atender sus necesidades. Usted querrá, sin duda, vivir más acompañado, y en consecuencia tendrá que introducir cambios en el personal.

—¿Significa esto que su esposa y usted quieren marcharse?

—Solo cuando ello no le cause problemas, señor.

—Pero su familia lleva con nosotros varias generaciones, ¿no es cierto? Lamentaría empezar mi vida aquí rompiendo una vieja relación familiar.

Me pareció distinguir algún signo de emoción en las pálidas facciones del

mayordomo.

—Comparto este sentimiento, sir Henry, y también mi esposa lo comparte plenamente. Pero, a decir verdad, los dos estábamos muy apegados a sir Charles. Su muerte ha supuesto un golpe terrible y ha llenado la casa de recuerdos dolorosos. Mucho me temo que nunca recobraríamos la paz de espíritu en la Mansión de los Baskerville.

—Pero ¿qué piensan hacer entonces?

—Estoy convencido de que, si emprendemos un negocio, vamos a tener éxito. La generosidad de sir Charles nos ha proporcionado medios suficientes para hacerlo. Y ahora, señor, quizá será mejor que les acompañe a sus habitaciones.

Una galería rectangular con balaustrada, a la que se ascendía por una doble escalera, corría a lo largo de la gran sala central. Desde allí dos largos pasillos recorrían todo el edificio, y a ellos se abrían los dormitorios. El mío estaba en la misma ala que el de Baskerville y casi puerta con puerta. Aquellas habitaciones parecían mucho más modernas que la parte central de la mansión. El alegre empapelado y la abundancia de luces contribuyeron un tanto a disipar la lúgubre impresión que se había adueñado de mí desde nuestra llegada.

Pero el comedor, al que se accedía desde la gran sala central, volvía a ser un lugar oscuro y lúgubre. Era una larga estancia, con un peldaño que separaba la parte inferior, destinada a los subordinados, del estrado donde se situaban los miembros de la familia. A un extremo había un palco para los músicos. Negras vigas cruzaban por encima de nuestras cabezas y detrás de ellas se vislumbraba el techo tiznado por el humo. Con hileras de antorchas llameantes para iluminarlo todo y con el variopinto y desenfadado jolgorio de un banquete de otros tiempos, tal vez se hubiera dulcificado su aspecto, pero ahora, con dos caballeros vestidos de negro sentados en el pequeño círculo de luz de una lámpara provista de pantalla, las voces se apagaban y los espíritus se abatían. Una confusa fila de antepasados, ataviados del modo más diverso, desde el caballero isabelino hasta el petimetre de la Regencia, nos observaba desde lo alto de las paredes y nos intimidaba con su compañía silenciosa. Hablamos poco, y me alegré de que terminara la cena y pudiéramos retirarnos a la moderna sala de billar para fumar un cigarrillo.

—A fe mía, no se puede decir que sea un sitio muy alegre —exclamó sir Henry—. Supongo que llegaremos a habituarnos, pero en estos momentos me siento un poco desplazado. No me extraña que mi tío enfermara de los nervios viviendo solo en una casa como esta. Si a usted no le parece mal, hoy nos retiraremos pronto, y quizá las cosas nos parezcan un poco más risueñas por la mañana.

Antes de acostarme, abrí las cortinas y miré por la ventana. Daba a la extensión de césped situada ante la puerta principal. Algo más lejos, dos grupos de arbolitos gemían y se balanceaban, agitados por un viento cada vez más intenso. Un gajo de luna se abrió paso entre las nubes movedizas. A su fría luz alcancé a ver, más allá de los árboles, una franja quebrada de rocas y la larga superficie del melancólico

páramo. Cerré las cortinas, convencido de que esta última impresión coincidía con las anteriores.

Y sin embargo, no fue la última. Descubrí que estaba cansado pero insomne, y di mil vueltas en la cama a la espera de un sueño que no llegaba. Muy lejos, un reloj daba los cuartos de hora, pero por lo demás reinaba sobre la vieja casa un silencio sepulcral. Y entonces, de repente, en la quietud de la noche, llegó hasta mis oídos un sonido claro, vibrante e inconfundible. Eran los sollozos de una mujer, los jadeos ahogados de una persona desgarrada por un sufrimiento insoportable. Me incorporé en la cama y escuché con atención. El rumor procedía sin duda del interior de la casa. Durante media hora, esperé alerta, con los nervios en tensión, pero de nuevo reinó el silencio más absoluto, roto solo por las campanadas del reloj y el golpear de la hiedra contra los muros.

## LOS STAPLETON DE LA CASA MERRIPIT

Al día siguiente, la fresca belleza de la mañana contribuyó a borrar de nuestra mente la impresión lúgubre y gris que nos había dejado a ambos el primer contacto con la Mansión de los Baskerville. Mientras sir Henry y yo desayunábamos, la luz del sol entraba a raudales por las altas ventanas con parteluces y proyectaba pálidas manchas de color desde los escudos de armas que decoraban sus cristales. El oscuro artesonado brillaba como el bronce bajo los rayos dorados y costaba imaginar que nos encontrábamos en la misma estancia que la noche anterior había llenado nuestras almas de melancolía.

—¡Me pregunto si los culpables no seremos nosotros en lugar de la casa! — exclamó el baronet—. Estábamos cansados por el viaje en tren y transidos por el frío que pasamos en el carricoche, y miramos este lugar con malos ojos. Ahora, descansados y cómodos, todo nos vuelve a parecer más alegre.

—Pero no fue todo un simple problema de imaginación —repliqué yo—. ¿No oyó usted, por ejemplo, a alguien, supongo que a una mujer, sollozar en mitad de la noche?

—Es curioso porque, cuando estaba medio dormido, me pareció oír algo así. Esperé un buen rato pero el ruido no se repitió y llegué a la conclusión de que había sido un sueño.

—Yo lo oí con toda claridad, y estoy seguro de que se trataba del llanto de una mujer.

—Debemos averiguarlo enseguida.

Sir Henry tocó la campanilla y preguntó a Barrymore si podía explicarnos lo ocurrido. Me pareció que, al escuchar la pregunta de su señor, aumentó un poco más la palidez del mayordomo.

—Solo hay dos mujeres en la casa, sir Henry —respondió—. Una es la que se ocupa de la limpieza, que duerme en la otra ala. La segunda es mi mujer, y puedo garantizarle que el llanto no procedía de ella.

Y no obstante, mentía al decir esto, porque después del desayuno me crucé por casualidad con la señora Barrymore en el largo corredor, en un momento en que el sol le iluminaba de lleno el rostro. Era una mujer grande, impasible, de facciones muy marcadas y boca firme y enérgica. Pero sus ojos enrojecidos, que me miraron entre unos párpados hinchados, la delataban. Era ella, sin lugar a dudas, quien había llorado durante la noche, y su marido tenía que saberlo. Sin embargo, había arrojado el evidente riesgo de ser descubierto al afirmar que no era así. ¿Por qué lo había hecho? ¿Y por qué lloraba su mujer tan amargamente? En torno a aquel hombre de tez pálida,

hermosa apariencia y negra barba se estaba creando una atmósfera de misterio y lobreguez. Era Barrymore quien había encontrado el cuerpo sin vida de sir Charles, y únicamente contábamos con su palabra para conocer las circunstancias que rodearon la muerte del anciano. ¿Existía la posibilidad de que, a fin de cuentas, fuera Barrymore el hombre que habíamos visto en el coche de punto de Regent Street? Bien podía tratarse de la misma barba. El cochero había descrito a un hombre más bajo, pero no era impensable que se equivocara. ¿Cómo podía aclarar yo aquel extremo de modo definitivo? Mi primera gestión consistiría en visitar al jefe de Correos de Grimpen y comprobar si al mayordomo se le había entregado el telegrama en propia mano. Fuera cual fuera la respuesta, yo tendría al menos algo de que informar a Sherlock Holmes.

Sir Henry tenía que examinar un montón de documentos después del desayuno, de manera que era el momento propicio para mi excursión. Fue un agradable paseo de cuatro millas bordeando el páramo, que me llevó finalmente a una aldea gris en la que dos edificios de mayor tamaño, que resultaron ser el mesón y la casa del doctor Mortimer, destacaban entre todos los demás. El jefe de Correos, que era también el tendero del pueblo, se acordaba perfectamente del telegrama.

—Así es, caballero —dijo—. Hice que se entregara personalmente en mano el telegrama al señor Barrymore, tal como se indicaba.

—¿Quién lo entregó?

—Mi hijo, aquí presente. Tú entregaste el telegrama al señor Barrymore en la mansión la semana pasada, ¿no es verdad, James?

—Sí, padre. Yo lo entregué.

—¿En propia mano? —le pregunté.

—Bueno, el señor Barrymore estaba en el desván en aquel momento, así que no pudo ser en propia mano, pero se lo di en mano a la señora Barrymore, que me prometió dárselo enseguida.

—¿Viste tú al señor Barrymore?

—No, señor. Ya le he dicho que estaba en el desván.

—Si no le viste, ¿cómo sabes tú que estaba en el desván?

—Su mujer tenía que saber dónde estaba, ¿no? —dijo de malos modos el jefe de Correos—. ¿Es que no recibió el telegrama? Si ha habido un error, que venga a presentar la queja el señor Barrymore en persona.

Parecía inútil proseguir el interrogatorio, pero quedaba claro que, pese a la estratagema de Holmes, seguíamos sin saber a ciencia cierta si Barrymore había estado o no en Londres. Suponiendo que así fuera, suponiendo que la misma persona que había visto por última vez con vida a sir Charles hubiera sido la primera en seguir al nuevo heredero a su regreso a Inglaterra, ¿qué consecuencias podían extraerse? ¿Era agente de terceros o actuaba por cuenta propia con algún propósito siniestro? ¿Qué interés podía tener él en acosar a la familia Baskerville? Recordé la extraña advertencia recortada del artículo del *Times*. ¿Sería obra suya o de alguien que se

proponía desbaratar sus planes? El único motivo plausible era el que había sugerido sir Henry: si se conseguía alejar a la familia de la mansión, los Barrymore se asegurarían un hogar permanente y confortable, pero un motivo como este era insuficiente para justificar aquellos planes sutiles y complejos que parecían estar tejiendo una red invisible en torno al joven baronet. El propio Holmes había dicho que entre todas sus sensacionales investigaciones esta era la más compleja. Mientras regresaba por el camino gris y solitario, hice votos para que mi amigo se librara pronto de sus ocupaciones y pudiera venir a Devonshire para retirar de mis hombros la pesada carga de responsabilidad que había echado sobre ellos.

De repente mis pensamientos se vieron interrumpidos por el ruido de unos pasos precipitados a mis espaldas y de una voz que pronunciaba mi nombre. Me volví, esperando ver al doctor Mortimer, pero, para mi sorpresa, descubrí que quien me perseguía era un desconocido. Se trataba de un hombre pequeño, esmeradamente afeitado, de aspecto relamido, cabello rubio y mandíbula estrecha, entre los treinta y los cuarenta años de edad, que vestía un traje gris y llevaba un sombrero de paja. Le colgaba del hombro una caja de hojalata para especímenes botánicos y llevaba en la mano un cazamariposas verde.

—Estoy seguro de que sabrá excusar mi atrevimiento, doctor Watson —dijo al llegar jadeando a donde yo me encontraba—. Aquí, en el páramo, somos gente sencilla y no esperamos a que nos presenten de modo formal. Quizá haya oído usted mencionar mi nombre a nuestro común amigo el doctor Mortimer. Soy Stapleton, de la Casa Merripit.

—El cazamariposas y la caja me hubieran bastado para adivinarlo —dije—, porque sabía que el señor Stapleton era naturalista. Pero ¿cómo me ha reconocido usted a mí?

—He ido a visitar a Mortimer y, al pasar usted por la calle, le hemos visto desde la ventana de su consultorio. Como llevamos el mismo camino, se me ha ocurrido darle alcance y presentarme. Espero que a sir Henry no le haya sentado mal el viaje.

—Está perfectamente, muchas gracias.

—Todos nos temíamos que después de la triste muerte de sir Charles el nuevo baronet no quisiera vivir aquí. Pedirle a un hombre rico que venga a encerrarse en un sitio como este es mucho pedir, pero no necesito decirle cuánto significa para nuestra región. ¿Hago bien en suponer que sir Henry no alberga miedos supersticiosos al respecto?

—No lo creo probable.

—¿Usted conoce, por supuesto, la leyenda del diabólico perro que persigue a su familia?

—La he oído contar.

—¡Es extraordinario lo crédulos que son los campesinos por aquí! Muchos de ellos están dispuestos a jurar que han visto en el páramo a un animal como este —hablaba con una sonrisa, pero me pareció leer en sus ojos más seriedad que la que

aparentaba—. Esta leyenda llegó a apoderarse de la imaginación de sir Charles y estoy convencido de que provocó su trágico fin.

—Pero ¿cómo?

—Tenía los nervios tan deshechos que la aparición de un perro cualquiera podía provocar un efecto fatal sobre su corazón enfermo. Supongo que vio algo así aquella última noche en el Sendero de los Tejos. Yo ya temía que pudiera ocurrir un desastre, pues sentía por él mucho afecto y no ignoraba su afección cardíaca.

—¿Cómo lo sabía?

—Me lo había dicho mi amigo Mortimer.

—¿Piensa usted, entonces, que un perro cualquiera persiguió a sir Charles y que este murió de miedo?

—¿Dispone usted de otra explicación mejor?

—Yo no he llegado a ninguna conclusión.

—¿Y el señor Sherlock Holmes?

Aquellas palabras me dejaron sin habla, pero la placidez del rostro de mi interlocutor y su mirada serena me indicaron que no había pretendido pillarme por sorpresa.

—Es inútil fingir que no le conocemos a usted, doctor Watson —dijo él—. Han llegado hasta nosotros sus relatos de las aventuras del famoso detective, y no podía dar a conocer los éxitos de su amigo sin darse a conocer a sí mismo al mismo tiempo. Cuando Mortimer me citó su nombre, no pudo negar su identidad. Si está usted aquí, es obvio que el señor Sherlock Holmes se interesa en el caso y, como es lógico, siento curiosidad por conocer su opinión.

—Temo que no estoy en condiciones de responder a eso.

—¿Puedo preguntar si él nos honrará visitándonos personalmente?

—Por el momento le es imposible abandonar Londres. Hay otros casos que requieren su atención.

—¡Qué lástima! Podría arrojar alguna luz sobre un asunto para nosotros tan oscuro. Y en lo que se refiere a sus propias investigaciones, doctor Watson, confío en que no vacilará en recurrir a mí si puedo serle útil de algún modo. En caso de contar con alguna indicación sobre la naturaleza de sus sospechas o sobre cómo se propone usted investigar el caso, tal vez pudiera, ahora mismo, prestarle ayuda o darle algún consejo.

—Le aseguro que estoy aquí únicamente para visitar a mi amigo sir Henry y que no necesito ayuda de ningún tipo.

—¡Perfecto! —dijo Stapleton—. Hace usted muy bien en mostrarse cauto y reservado. Considero justo que me reprenda por lo que, sin duda, ha sido por mi parte una intromisión injustificada, y le prometo no volver a mencionar la cuestión.

Habíamos llegado al punto en que un estrecho sendero de césped se apartaba del camino y se internaba en el páramo. A la derecha se alzaba una empinada colina salpicada de rocas que en otros tiempos se había utilizado como cantera; la parte que

daba hacia nosotros formaba un sombrío acantilado, en cuyos huecos crecían helechos y zarzas. Por encima y a lo lejos se alzaba un penacho gris de humo.

—Un paseo no demasiado largo por ese sendero del páramo lleva a la Casa Merripit —dijo mi acompañante—. Si dispone usted de una hora, será para mí un placer presentarle a mi hermana.

Lo primero que pensé fue que mi deber era estar al lado de sir Henry, pero recordé a continuación el montón de documentos y facturas que abarrotaban su mesa de trabajo. Era indudable que yo no podía ayudarle en aquella tarea. Y Holmes me había pedido expresamente que estudiara a los vecinos. Así pues, acepté la invitación de Stapleton y nos introdujimos juntos en el sendero.

—El páramo es un lugar maravilloso —dijo mi acompañante, recorriendo con la mirada las ondulantes lomas, las grandes olas verdes cuyas crestas de granito dentado formaban figuras fantásticas con su espuma—. No cansa nunca. Es imposible imaginar los increíbles secretos que encierra. ¡Es tan inmenso, tan estéril, tan misterioso!

—Usted lo conoce bien, ¿verdad?

—Solo llevo aquí dos años. Los habitantes de la región podrían tildarme de recién llegado. Nos instalamos aquí poco después de que sir Charles viniera a la mansión. Pero mis aficiones me han llevado a explorar bien los alrededores, y juraría que muy pocos hombres conocen el páramo tan bien como yo.

—¿Es difícil conocerlo?

—Muy difícil. Fíjese, por ejemplo, en esa gran llanura que se extiende hacia el norte, con las extrañas colinas que emergen de ella. ¿Observa usted algo especial?

—Debe de ser un sitio estupendo para galopar a caballo.

—Eso pensaría cualquiera, y ya le ha costado la vida a más de uno. ¿Ve usted esas manchas verde brillante que abundan en su superficie?

—Sí, parecen más fértiles que el resto.

Stapleton se echó a reír.

—Es la gran ciénaga de Grimpen —dijo—. Un paso en falso dado allí significa la muerte para hombres y animales. Ayer mismo vi cómo un poni del páramo se metía en ella. No volvió a salir. Durante largo rato emergió la cabeza, pero el fango terminó por engullirlo. Incluso en las estaciones secas es peligroso cruzar esta zona, pero después de las lluvias otoñales la ciénaga es un lugar espantoso. Y no obstante, yo soy capaz de llegar hasta su centro y de regresar vivo. ¡Vaya por Dios, allí veo a otro de esos desdichados ponis!

Algo color marrón se agitaba entre las verdes juncias. Después, un largo cuello agonizante se retorció hacia lo alto y un terrible relincho resonó por todo el páramo. El horror me heló la sangre en las venas, pero los nervios de mi acompañante parecían más templados que los míos.

—¡Se acabó! —dijo—, la ciénaga se lo ha tragado. Dos en cuarenta y ocho horas. Y acaso más, porque suelen ir allí cuando el tiempo es seco y no advierten la



diferencia hasta que quedan atrapados. La gran ciénaga de Grimpen es un lugar muy peligroso.

—¿Y usted dice que penetra en su interior?

—Sí, hay uno o dos senderos que un hombre ágil puede utilizar. Yo los he descubierto.

—Pero ¿qué puede impulsarle a meterse en un sitio tan espantoso?

—¿Ve aquellas colinas a lo lejos? En realidad se trata de islas, aisladas por la ciénaga infranqueable, que las ha ido rodeando con el transcurso de los años. Si es usted lo bastante hábil para llegar hasta ellas, se encuentran allí raras plantas y mariposas.

—Probaré suerte algún día.

Stapleton me miró atónito.

—¡Por el amor de Dios, ni se le ocurra intentarlo! —exclamó—, su sangre caería sobre mi cabeza. Le aseguro que no existe la menor posibilidad de que regresara con vida. Yo lo consigo guiándome por algunas señales muy complicadas.

—¡Caramba! —le interrumpí—. ¿Qué es esto?

Un gemido largo, hondo, indescriptiblemente triste, se extendió por el páramo. Llenaba el aire, pero era imposible dilucidar de dónde procedía. De un murmullo apagado pasó a convertirse en un rugido profundo, para decaer de nuevo en un murmullo melancólico. Stapleton me miró con una expresión rara.

—¡Extraño lugar el páramo! —dijo.

—Pero ¿qué ha sido eso?

—Los campesinos dicen que es el perro de los Baskerville, que reclama su presa. Yo lo había oído antes un par de veces, pero nunca con tanta intensidad.

Con el corazón transido de espanto, contemplé la interminable llanura ondulante, salpicada por las verdes manchas de los juncales. Nada se movía en la gran extensión, salvo una pareja de cuervos que, a nuestras espaldas, graznaron con fuerza desde un risco.

—Usted es un hombre culto. ¿No dará crédito a ese tipo de patrañas? —dije—. ¿Cuál cree que es el origen de semejante sonido?

—Las ciénagas producen a veces ruidos extraños. Puede ser el barro que se mueve, o el agua que asciende, o algo por el estilo.

—No, no, se trataba de la voz de un ser vivo.

—Bueno, tal vez lo fuera. ¿Ha oído bramar alguna vez a un avetoro?

—No, nunca.

—Es un ave poco común y ahora está prácticamente extinguida en Inglaterra. Pero en el páramo todo es posible, y no me sorprendería que acabáramos de oír el grito del último avetoro.

—Es lo más misterioso y extraño que he oído en toda mi vida.

—Sí, nos encontramos en un lugar bastante alucinante. Observe la ladera de aquella colina. ¿Qué supone que son aquellas cosas?

La empinada pendiente estaba cubierta de grises anillos de piedra, al menos una veintena.

—¿Qué son? ¿Rediles para ovejas?

—No. Son los hogares de nuestros ilustres antepasados. Al hombre prehistórico le gustaba vivir en el páramo, y como nadie después ha vuelto a instalarse aquí, encontramos sus pequeñas construcciones exactamente igual a como las dejó. Son una especie de chozas, que han perdido la techumbre. Si la curiosidad le empuja a entrar en una de ellas, podrá localizar incluso el lugar donde hacían fuego y donde dormían.

—Se trata, pues, de un poblado. ¿En qué época estuvo habitado?

—En el Neolítico. No tenemos fechas.

—¿A qué se dedicaban sus pobladores?

—Apacentaban su ganado por estas laderas y aprendieron a cavar en busca de estaño cuando la espada de bronce comenzó a desplazar el hacha de piedra. Fíjese en esa gran zanja de la colina de enfrente. Es su huella. Sí, doctor Watson, encontrará usted cosas muy peculiares en el páramo. ¡Ah, perdone un instante! Es sin duda una ciclópida.

Una mariposilla había cruzado nuestro sendero. Stapleton se lanzó en el acto tras ella con extraordinaria energía y rapidez. Para mi consternación, el insecto voló directamente hacia la gran ciénaga, pero mi acompañante no vaciló ni un solo instante. La persiguió saltando de mata en mata con el cazamariposas en ristre. Su traje gris y el modo irregular de avanzar, a brincos y en zigzag, lo asemejaban a una enorme polilla. Yo estaba contemplando la persecución con una mezcla de admiración ante su extraordinario despliegue de energía y de miedo a que perdiera pie en la ciénaga traicionera, cuando oí pasos a mis espaldas, y al volverme, vi que una mujer se acercaba hacia mí por el sendero. Venía de la dirección en que el penacho de humo señalaba la posición de la Casa Merripit, pero la pendiente del páramo me la había ocultado hasta que la tuve casi a mi lado.

No dudé que se trataba de la señorita Stapleton de la que me habían hablado, pues en el páramo no abundan las damas y yo recordaba que alguien la había descrito como una belleza. La mujer que avanzaba hacia mí lo era, desde luego, y en grado extremo. No podía darse mayor contraste entre hermano y hermana, porque Stapleton tenía la tez pálida, el cabello claro y los ojos grises, mientras que la muchacha era la morena de tez más oscura que he visto en Inglaterra. Era esbelta, alta y elegante. Su rostro, altivo y de facciones delicadas, hubiera podido resultar frío de tan regular, a no ser por la sensible boca y los hermosos ojos, oscuros y vehementes. Con su figura perfecta y su elegante vestido, resultaba una insólita aparición en aquella solitaria senda del páramo. Cuando me volví, ella estaba siguiendo con los ojos las evoluciones de su hermano, pero apresuró enseguida el paso hacia mí. Yo me había quitado el sombrero y me disponía a explicar mi presencia, cuando sus palabras impulsaron mis pensamientos en otra dirección.

—¡Váyase! —dijo—. ¡Regrese inmediatamente a Londres!

No pude hacer otra cosa que contemplarla estupefacto. Sus ojos llameaban y golpeaba impaciente el suelo con un pie.

—¿Por qué tendría que irme? —pregunté.

—No se lo puedo explicar —hablaba en voz baja y apremiante y con un curioso seseo—. Pero, por el amor de Dios, haga lo que le pido. Váyase y no vuelva a pisar nunca el páramo.

—¡Pero si acabo de llegar!

—¡Por favor, por favor! —exclamó—. ¿No es capaz de comprender que si le hago esta advertencia es por su propio bien? ¡Regrese a Londres! ¡Márchese esta misma noche! ¡Aléjese de aquí a toda costa! ¡Silencio, vuelve mi hermano! Ni una palabra de lo que le he dicho. ¿Le importaría cortar para mí aquella orquídea de entre los cirros? Las orquídeas abundan en el páramo, aunque, por supuesto, llega usted en una mala estación para disfrutar de él en todo su esplendor.

Stapleton había renunciado a la caza de la mariposa y se acercaba a nosotros jadeando y con el rostro encendido por el esfuerzo.

—¡Hola, Beryl! —dijo, en un tono de voz que no me pareció excesivamente cordial.

—Estás muy sofocado, Jack.

—Sí. Perseguía una ciclópida. Es una mariposa rara y difícil de encontrar a finales de otoño. ¡Lástima que no haya conseguido atraparla!

Hablaba de modo despreocupado, pero sus ojillos brillantes iban inquietos de su hermana a mí.

—Veo que ya se han presentado —dijo.

—Sí. Le explicaba a sir Henry que ha llegado tarde para ver la verdadera belleza del páramo.

—Pero ¿con quién crees tú qué estás hablando?

—Supongo que se trata de sir Henry Baskerville.

—No, no —intervine yo—. Soy un simple hombre del montón, aunque gozo de su amistad. Me llamo Watson.

El disgusto ensombreció por un momento el expresivo rostro de la muchacha.

—Pues, en tal caso, todo lo hablado obedece a un malentendido —dijo.

—En realidad no habéis tenido mucho tiempo para hablar —observó su hermano, que seguía escudriñándonos con ojos inquisitivos.

—He hablado como si el doctor Watson residiera aquí, en lugar de ser un simple visitante —dijo la señorita Stapleton—. A él no puede importarle mucho si es pronto o tarde para las orquídeas. Pero vendría usted con nosotros para ver la Casa Merripit, ¿no es cierto?

Un breve paseo nos llevó hasta allí. Se trataba de una triste casa del páramo, que debió de ser la granja de algún ganadero en los viejos días de prosperidad y que habían arreglado de nuevo para convertirla en una vivienda moderna. La circundaba

un huerto, pero los árboles, como sucedía en el páramo, eran más pequeños de lo normal y estaban quemados por las heladas. El lugar daba en conjunto una impresión de pobreza y melancolía. Nos abrió la puerta un viejo criado, raro, arrugado y de ropa mohosa, muy en consonancia con el lugar. Dentro, sin embargo, las habitaciones eran amplias y estaban amuebladas con una elegancia en la que me pareció reconocer el buen gusto de la señorita Stapleton. Al contemplar desde sus ventanas el interminable páramo salpicado de rocas que se extendían hasta el horizonte más remoto, no pude evitar preguntarme qué podía haber traído a este lugar a un hombre tan instruido y a una mujer tan hermosa.

—Extraña elección de lugar en que residir, ¿verdad? —dijo Stapleton, como si me leyera el pensamiento—. Y sin embargo, hemos conseguido ser aceptablemente felices aquí, ¿no es cierto, Beryl?

—Muy felices —dijo ella, aunque en sus palabras faltara el acento de la convicción.

—Yo tenía un colegio —dijo Stapleton—. En el norte. Para un hombre de mi carácter, aquel trabajo resultaba monótono y desprovisto de interés, pero el privilegio de vivir entre gente joven, de ayudar a moldear sus mentes y de transmitirles mi carácter y mis propios ideales, era muy satisfactorio para mí. Sin embargo, la suerte nos fue adversa. Se declaró una grave epidemia en el colegio y murieron tres de los muchachos. No nos rehicimos nunca del golpe y perdí gran parte de mi capital. De todos modos, si no fuera por verme privado de la encantadora compañía de los chicos, tendría que alegrarme de mi desgracia, porque siento una inmensa afición por la botánica y por la zoología y aquí dispongo de un campo ilimitado de estudio, y además a mi hermana le interesa tanto como a mí la naturaleza; le explico todo esto, doctor Watson, porque he visto la expresión que ponía al contemplar el páramo desde nuestra ventana.

—Es cierto que se me ha pasado por la cabeza la idea de que todo esto puede resultar tal vez un poco aburrido... Menos para usted que para su hermana.

—No, no —replicó ella precipitadamente—. Yo no me aburro nunca.

—Disponemos de libros —dijo Stapleton—, de nuestros estudios y de vecinos interesantes. El doctor Mortimer es un erudito en lo suyo. También el pobre sir Charles era un compañero admirable. Le conocíamos bien y no sabría expresar cuánto le echamos de menos. ¿Cree usted que sería indiscreto por mi parte visitar esta tarde a sir Henry para conocerle?

—Estoy seguro de que a él le encantará recibirle.

—En tal caso, quizá tenga usted la amabilidad de anunciarle mi propósito. Dentro de nuestra modestia, tal vez podamos facilitarle un poco las cosas hasta que se adapte a su nuevo hogar. ¿Quiere subir conmigo, doctor Watson, y ver mi colección de lepidópteros? Creo que es la más completa del suroeste de Inglaterra. Para cuando haya terminado de verla, estará listo el almuerzo.

Pero yo ansiaba volver al lado de la persona cuya seguridad me habían

encomendado. La melancolía del páramo, la muerte del pobre poni, el extraño ruido asociado a la leyenda de los Baskerville, todo ello contribuía a teñir de tristeza mis pensamientos. Y a todas estas impresiones más o menos vagas se había añadido la advertencia clara y precisa de la señorita Stapleton, hecha con tanta vehemencia que me dejó convencido de que se basaba en razones serias y profundas. Rechacé, pues, los repetidos ruegos de los hermanos para que me quedara a almorzar y emprendí de inmediato el camino de regreso, utilizando el mismo sendero cubierto de hierba por el que habíamos venido.

Sin embargo, debe de existir un atajo que utilizan quienes conocen mejor la región, porque, antes de que alcanzara yo la carretera, me detuve atónito al ver a la señorita Stapleton sentada en una roca al borde del sendero. El rubor del esfuerzo embellecía su rostro y se oprimía con una mano el costado.

—He corrido para poder alcanzarle, doctor Watson —me dijo—. Ni siquiera he tenido tiempo para ponerme el sombrero. Y debo apresurarme a regresar, porque de lo contrario mi hermano advertirá mi ausencia. Quería decirle cuánto lamento mi estúpida equivocación al tomarle por sir Henry. Hágame el favor de olvidar mis palabras, que no tienen aplicación ninguna en su caso.

—No puedo olvidarlas, señorita Stapleton —repliqué—. Soy amigo de sir Henry y su seguridad es muy importante para mí. Dígame por qué estaba usted tan ansiosa de que él regresara a Londres.

—Una tontería de mujer, doctor Watson. Cuando me conozca mejor, descubrirá que no siempre puedo dar razones de lo que digo o de lo que hago.

—No, no. Recuerdo el temblor de su voz. Recuerdo la expresión de sus ojos. Por favor, por favor, sea sincera conmigo, señorita Stapleton, porque desde que he llegado aquí tengo la sensación de vivir rodeado de sombras. Mi existencia se ha convertido en algo similar a caminar por la gran ciénaga de Grimpen, con manchas verdes que ceden bajo los pies y donde carezco de guía que me indique el camino. Dígame, por favor, a qué se refería usted, y le prometo que transmitiré su advertencia a sir Henry.

Por un instante cruzó por su rostro una expresión de duda, pero cuando me respondió su mirada había vuelto a endurecerse.

—Se lo toma usted demasiado a la tremenda, doctor Watson —dijo—. A mi hermano y a mí nos afectó mucho la muerte de sir Charles. Le conocíamos bien, porque su paseo favorito era atravesar el páramo hasta nuestra casa. A sir Charles le afectaba profundamente la maldición que pesaba sobre su familia, y al producirse la tragedia, yo pensé, como es natural, que debía de existir algún fundamento para sus temores. Me preocupa, por lo tanto, que otro miembro de la familia se instale aquí, y creí que alguien le debía advertir del peligro que corría. Eso es todo lo que pretendí transmitir con mis palabras.

—Pero ¿en qué consiste el peligro?

—¿Conoce usted la leyenda del perro?

—No creo en semejantes tonterías.

—Pues yo sí. Si goza usted de alguna influencia sobre sir Henry, aléjelo de un lugar que siempre ha sido funesto para su familia. El mundo es muy grande. ¿Por qué tendría que vivir en un lugar donde le acecha el peligro?

—Precisamente por ser un lugar donde le acecha el peligro. Es el carácter de sir Henry. Mucho me temo que si no me da usted una información más precisa, no lograré que se marche.

—No puedo decir nada más preciso porque no lo sé.

—Permítame una pregunta más, señorita Stapleton. Si solo era eso lo que pretendía decir cuando hablé conmigo por primera vez, ¿por qué no quería que su hermano la oyera? No hay en sus palabras nada a lo que él, ni nadie, pueda poner objeciones.

—Mi hermano está ansioso de que la Mansión de los Baskerville siga ocupada, porque cree que esto beneficia a la pobre gente que vive en el páramo. Se enojaría si supiera que he dicho algo que pueda impulsar a sir Henry a marcharse. Pero ahora ya he cumplido con mi deber y no hablaré más. Tengo que regresar a casa, o de lo contrario Jack me echará de menos y sospechará que he estado con usted. ¡Adiós!

Dio media vuelta y en unos instantes había desaparecido entre los peñascos desperdigados por el páramo, mientras yo proseguía mi camino hacia la Mansión de los Baskerville con el alma inundada de vagos temores.

## PRIMER INFORME DEL DOCTOR WATSON

A partir de este punto seguiré el curso de los acontecimientos transcribiendo mis propias cartas a Sherlock Holmes, que tengo en la mesa delante de mí. Falta una página, pero las demás las reproduzco exactamente como fueron escritas, y muestran mis sentimientos y mis sospechas del momento con mayor precisión de lo que podría hacerlo mi memoria, a pesar de la claridad con que aquellos trágicos sucesos quedaron grabados en ella.

*Mansión de los Baskerville, 13 de octubre*

Querido Holmes:

Mis cartas y telegramas anteriores le han mantenido al día de todo lo que ha ocurrido en este rincón del mundo tan apartado de Dios. Cuanto más tiempo lleva uno aquí, más hondamente se le mete en el alma el espíritu del páramo, su inmensidad y también su terrible hechizo. En cuanto se penetra en él, queda atrás todo vestigio de la Inglaterra moderna y, por el contrario, se advierte por doquier la presencia de los hogares y las obras del hombre prehistórico. Vaya uno por donde vaya, siempre surgen las moradas de aquellas gentes olvidadas, con sus tumbas y sus enormes monolitos, que, al parecer, señalan el emplazamiento de los templos. Al contemplar las chozas de piedra gris sobre un fondo de escarpadas laderas, dejamos atrás nuestra propia época, y si viéramos a un hombre velludo, cubierto con pieles de animales, salir gateando por la pequeña puerta y poner una flecha con punta de pedernal en la cuerda de su arco, nos parecería que su presencia en este lugar está más justificada que la nuestra. Lo extraño es que poblaran en tal abundancia una tierra que siempre ha debido de ser muy poco fértil. Aunque no sé apenas nada de prehistoria, supongo que se trataba de una raza poco belicosa, que se vio acosada y obligada a aceptar unas tierras que nadie estaba dispuesto a ocupar.

Pero todo esto no tiene nada que ver con la misión que usted me encomendó y es probable que carezca por entero de interés para una mente tan rigurosamente práctica como la suya. Todavía recuerdo su total indiferencia respecto a si el Sol se mueve alrededor de la Tierra o la Tierra alrededor del Sol. Vuelvo, pues, a los hechos relacionados con sir Henry Baskerville.

Si no ha recibido usted ningún informe en los últimos días, se debe a que hasta hoy no he tenido nada importante que contar. Ahora ha ocurrido algo muy sorprendente, que le expondré a su debido tiempo, pero ante todo debo ponerle al corriente acerca de otros elementos de la situación.

Uno de ellos, al que apenas he aludido hasta el presente, es el preso fugado que merodeaba por el páramo. Ahora existen razones poderosas para creer que se ha marchado, lo cual supone un considerable alivio para los habitantes de la región que viven aislados. Han transcurrido quince días desde su fuga y no se le ha visto ni se ha sabido nada de él. Es inconcebible que haya podido subsistir tanto tiempo en el páramo. Habría podido esconderse sin dificultad, desde luego. Cualquiera de los habitáculos de piedra pudo servirle de refugio. Pero no hay nada que le proporcione alimento, a menos que capture y sacrifique a una de las ovejas del páramo. Creemos, por lo tanto, que se ha ido, y en consecuencia los granjeros aislados duermen mejor por las noches.

En la mansión habitamos cuatro varones en buena forma física, de modo que podemos cuidar de nosotros mismos, pero confieso que he pasado momentos de inquietud al pensar en los Stapleton. Viven a millas de toda ayuda. Solo hay en la casa una criada, un anciano sirviente, la hermana y el hermano, que no es un hombre muy fuerte. Si el preso lograra introducirse allí, estarían indefensos en manos de un individuo tan desalmado como el asesino de Notting Hill. Tanto a sir Henry como a mí nos preocupa mucho su situación, y les hemos sugerido que Perkins, el mozo de establo, vaya a dormir a su casa, pero Stapleton no ha querido ni oír hablar de ello.

Lo cierto es que nuestro amigo el baronet empieza a interesarse mucho por nuestra bella vecina. No

tiene nada de extraño, porque para un hombre de acción como él el tiempo se hace muy largo en este lugar solitario, y la señorita Stapleton es una mujer hermosa y fascinante. Hay en ella algo tropical y exótico que contrasta de modo singular con su hermano, tan frío e impassible. También en él, sin embargo, se intuye la presencia de ocultos fuegos. Tiene sin duda una marcada influencia sobre su hermana, porque he comprobado que cuando ella habla, le mira constantemente, como si buscara su aprobación a cuanto dice. Espero que sea cariñoso con ella. El seco brillo de los ojos de Stapleton y la firme expresión de su boca de finos labios denuncian un carácter dominante y tal vez despótico. A usted este hombre le parecería un interesante objeto de estudio.

Vino a saludar a Baskerville el mismo día en que le conocí, y a la mañana siguiente nos llevó a ambos al lugar donde se supone que tuvo origen la leyenda del malvado Hugo. Fue una excursión de varias millas por el páramo, hasta un lugar tan deprimente que pudo, por sí solo, sugerir la historia. Encontramos una cañada rodeada de peñascos escarpados, que desemboca en un espacio abierto salpicado de juncias. En el centro se alzan dos grandes piedras, erosionadas y afiladas en la parte superior hasta parecer los enormes colmillos en proceso de descomposición de un animal monstruoso. El lugar se adecuaba perfectamente al escenario de la antigua tragedia que conocemos. Sir Henry se mostró muy interesado y preguntó más de una vez a Stapleton sobre la posibilidad de que los poderes sobrenaturales intervinieran en los asuntos humanos. Hablaba en tono desenfadado, pero no me cabe duda de que se tomaba muy en serio la cuestión. Stapleton se mostró cauto en las respuestas, y creo que, en consideración a los sentimientos del baronet, callaba mucho de lo que sabía. Nos habló de otros casos similares, en que algunas familias habían sido víctimas de influencias malignas, y nos dejó la impresión de que compartía creencias populares.

Al regreso, nos detuvimos a almorzar en la Casa Merripit y fue allí donde sir Henry conoció a la señorita Stapleton. Desde el primer momento, pareció sentir una fuerte atracción por ella y mucho me equivoco si el sentimiento no fue recíproco. Nuestro baronet habló de la muchacha una y otra vez mientras volvíamos a casa, y desde entonces no ha transcurrido apenas un día sin que veamos en algún momento a los dos hermanos. Esta noche cenar aquí, y ya se habla de que iremos a su casa la semana próxima. Cualquiera imaginaría que semejante enlace tenía que llenar de satisfacción a Stapleton, y sin embargo, he captado en él en más de una ocasión una mirada de intenso desagrado cuando sir Henry hacía objeto de sus atenciones a su hermana. Sin duda está muy unido a ella y llevará una vida muy solitaria si se ve privado de su compañía, pero parecería el colmo del egoísmo que pusiera obstáculos a un matrimonio tan conveniente. No obstante, estoy convencido de que Stapleton no desea que la amistad entre ambos jóvenes llegue a convertirse en amor y he observado más de una vez sus esfuerzos por impedir que se queden a solas. Le diré de pasada que sus instrucciones de que no permita que sir Henry salga solo de la mansión serán mucho más difíciles de cumplir si una intriga amorosa viene a sumarse a las otras complicaciones. Mis buenas relaciones con el baronet no tardarían en deteriorarse si yo insistiera en seguir al pie de la letra las órdenes que usted me ha dado.

El otro día —el jueves para ser más precisos— almorzó con nosotros el doctor Mortimer. Ha estado excavando un túmulo funerario de Long Down y está entusiasmado por el hallazgo de un cráneo prehistórico. ¡No conozco tipo más entusiasta de lo suyo! Los Stapleton llegaron más tarde, y el bueno del doctor nos llevó a todos, a petición de sir Henry, hasta el Sendero de los Tejos, para mostrarnos exactamente cómo tuvo lugar la tragedia aquella noche aciaga. El Sendero de los Tejos es un paseo muy largo y sombrío, flanqueado por dos altas paredes de seto recortado y con una estrecha franja de hierba a cada lado. En el extremo más distante se halla un cenador. A medio camino está el portillo que da al páramo, donde el anciano caballero dejó caer la ceniza de su cigarro. Se trata de un portillo de madera, pintado de blanco, provisto de un pestillo. Al otro lado se extiende la vastedad del páramo. Yo recordé la teoría que usted sustenta acerca del caso e intenté reconstruir todo lo sucedido. Mientras sir Charles estaba allí, vio algo que se acercaba a través del páramo, algo que le horrorizó hasta el punto de hacerle perder la cabeza. Echó a correr y siguió corriendo hasta caer muerto de puro horror y agotamiento. Teníamos ante nosotros el largo y melancólico túnel por el que huyó. Pero ¿de qué huía? ¿De un perro pastor del páramo? ¿O de un sabueso espectral, negro, enorme y silencioso? ¿Hubo una intervención humana? ¿Acaso Barrymore, tan pálido y siempre alerta, sabe más de lo que está dispuesto a contar? Todo resulta muy confuso y muy vago, pero siempre aparece al fondo la oscura sombra del crimen.

Desde la última vez que le escribí, he conocido a otro vecino. Se trata del señor Frankland, de la Mansión Lafter, que vive unas cuatro millas al sur de nosotros. Es un caballero anciano, de cabellos blancos, de tez rubicunda, y muy colérico. Le apasiona la legislación británica y ha invertido una fortuna en pleitear. Lucha por el simple placer de luchar y le da lo mismo defender el pro o el contra de una cuestión, y no es de extrañar que le haya resultado una diversión costosa. En ocasiones cierra un



derecho de paso y desafía al ayuntamiento a que lo abra de nuevo. En otras, rompe con sus propias manos la barrera de una propiedad ajena, afirma que desde tiempo inmemorial ha existido allí una senda y reta al propietario a que lo lleve a los tribunales por intrusión de propiedad. Es un erudito en el antiguo derecho señorial y comunal, y unas veces aplica sus conocimientos a favor de los habitantes de Fernworthy y otras en su contra, de modo que tan pronto lo llevan triunfalmente a hombros por la calle mayor como lo queman en efígie, según haya sido su última hazaña. Se dice que actualmente tiene entre manos unos siete pleitos, que probablemente engullirán el resto de su fortuna, con lo cual quedará sin agujón y será inofensivo en el futuro. En lo que no concierne a las cuestiones jurídicas parece una persona cariñosa y amable, y solo hago mención de él porque usted insistió en que le enviara una descripción de todas las personas que nos rodean. En estos momentos tiene una ocupación muy curiosa: como es aficionado a la astronomía y dispone de un excelente telescopio, se tumba de la mañana a la noche en el tejado de su casa y escudriña el páramo con la esperanza de echarle la vista encima al preso fugado. Si consagrara a esto la totalidad de sus energías, todo iría a pedir de boca, pero se rumorea que tiene intenciones de pleitear contra el doctor Mortimer, por haber abierto esta tumba sin el consentimiento de los parientes próximos del difunto, dado que extrajo un cráneo neolítico del túmulo funerario del Long Down. Contribuye sin duda a alejar de nuestras vidas la monotonía y nos proporciona pequeños interludios jocosos de los que estamos muy necesitados.

Y ahora, después de ponerle al día sobre el preso fugado, los Stapleton, el doctor Mortimer y el señor Frankland de la Mansión Lafter, permítame que termine con lo más importante y vuelva a hablarle de los Barrymore, y en especial de los sorprendentes acontecimientos de la noche pasada.

Antes me he referido al telegrama que envió usted desde Londres para asegurarse de que Barrymore estaba realmente aquí. Ya le expliqué que el testimonio del jefe de Correos echaba por tierra nuestra comprobación y que carecemos de pruebas en uno o en otro sentido. Expliqué a sir Henry cuál era el caso, y con la franqueza que le caracteriza, hizo llamar inmediatamente a Barrymore y le preguntó si había recibido en persona el telegrama. Barrymore respondió que sí.

—¿Se lo entregó el chico en propia mano? —preguntó sir Henry.

Barrymore pareció sorprendido y reflexionó un instante.

—No —dijo—. En aquellos momentos yo estaba en el desván y me lo subió mi esposa.

—¿Contestó usted mismo?

—No. Le dije a mi esposa cuál era la respuesta y ella bajó a escribirla.

Por la noche fue el propio Barrymore quién sacó a relucir el tema.

—No consigo entender el objeto de sus preguntas de esta mañana, sir Henry —dijo—. Espero que no signifiquen que he hecho algo que le ha llevado a perder su confianza en mí.

Sir Henry le aseguró que este no era el caso, y lo aplacó regalándole gran parte de su antiguo vestuario, dado que había llegado ya el nuevo desde Londres.

A mí me interesa mucho la señora Barrymore. Es una mujer corpulenta, maciza, de limitadas luces y acendrada respetabilidad, y con cierta tendencia al puritanismo. No cabe imaginar una persona menos emotiva. Y sin embargo, ya le he contado a usted que la oí sollozar amargamente la primera noche de nuestra llegada y desde entonces he observado en más de una ocasión huellas de lágrimas en su rostro. Una honda aflicción le desgarró sin tregua el alma. A veces me pregunto si le obsesiona el recuerdo de una culpa, y otras veces sospecho que Barrymore pueda ser un tirano en la intimidad.

Siempre he tenido la impresión de que hay algo extraño y sospechoso en el carácter de este hombre, pero la aventura de la pasada noche ha elevado en extremo mis sospechas.

Sin embargo, tal vez parezca una cuestión de poca monta. Usted sabe que no tengo el sueño pesado, pero desde que vivo alerta en esta casa tengo el sueño más ligero que nunca. La pasada noche, a eso de las dos de la madrugada, me despertaron los pasos sigilosos de alguien que cruzaba por delante de mi habitación. Me levanté, abrí la puerta y miré. Una larga sombra negra se deslizaba por el pasillo. La proyectaba un hombre que avanzaba con una vela en la mano. Llevaba solo la camisa y el pantalón, e iba descalzo. Apenas pude ver su silueta, pero la estatura me indicó que se trataba de Barrymore. Caminaba muy despacio y con precaución, y había algo indescriptiblemente culpable y furtivo en su aspecto.

Ya le he explicado que el pasillo queda interrumpido por la galería que circunda la gran sala, pero que se reanuda al otro lado. Esperé a que Barrymore se perdiera de vista y le seguí. Cuando rodeé la galería, él estaba ya al final del otro pasillo y pude advertir, por el resplandor que surgía de la puerta abierta, que se había metido en una de las habitaciones. Ahora bien, todas ellas carecen de muebles y están desocupadas, por lo cual aquella expedición resultaba todavía más misteriosa. La luz brillaba en un punto fijo, como si el mayordomo se hubiera quedado inmóvil. Yo me deslicé por el pasillo lo más

sigilosamente que pude y me asomé por el borde de la puerta.

Barrymore, agazapado junto a la ventana, mantenía la vela en alto pegada al cristal. Su rostro estaba vuelto a medias hacia mí y sus facciones se contraían de ansiedad mientras escudriñaba la negrura del páramo. Por espacio de unos minutos mantuvo esa intensa vigilancia. Después dejó escapar un hondo gemido y apagó la vela con un gesto de impaciencia. Yo retrocedí inmediatamente a mi habitación, y al poco rato volví a oír los pasos sigilosos en su camino de regreso. Mucho más tarde, cuando me hundía ya en un sueño ligero, oí que una llave giraba en una cerradura, pero me fue imposible precisar de dónde procedía el ruido. No soy capaz de adivinar el significado de lo sucedido, pero sin duda en esta casa melancólica se está incubando algún asunto secreto que, antes o después, terminaremos por descubrir. No quiero importunarle con mis teorías, porque usted me pidió que solo le suministrara hechos. Esta mañana he sostenido una larga conversación con sir Henry y hemos elaborado juntos un plan de campaña, basado en mis descubrimientos de la noche pasada. No quiero hablar ahora de él, pero hará la lectura de mi próximo informe muy interesante.

## SEGUNDO INFORME DEL DOCTOR WATSON (LA LUZ EN EL PÁRAMO)

*Mansión de los Baskerville, 15 de octubre*

Querido Holmes:

Si durante los primeros días de mi cometido no le remití demasiadas noticias, reconocerá usted que estoy recuperando el tiempo perdido y que los acontecimientos se suceden ahora sin interrupción. Mi último informe concluía en el punto culminante del hallazgo de Barrymore junto a la ventana, y ahora dispongo de una segunda parte de la historia que, a menos que ande yo muy equivocado, habrá de sorprenderle. Los acontecimientos han tomado un sesgo imprevisto. En algunos aspectos la situación se ha aclarado mucho durante las últimas cuarenta y ocho horas y en otras se ha complicado todavía más. Pero voy a contárselo todo, y usted juzgará por sí mismo.

A la mañana siguiente examiné, antes de bajar a desayunar, la habitación en donde había estado Barrymore la noche anterior. Pude advertir que la ventana por la que miraba con tanto interés tiene una peculiaridad que la distingue de las restantes ventanas de la casa: ofrece el mejor panorama del páramo. Una abertura entre los árboles permite observarlo directamente, mientras que desde las otras ventanas se vislumbra con dificultad. De ahí se deduce que, si Barrymore necesitaba precisamente esta ventana para sus propósitos, era porque buscaba algo o a alguien en el páramo. La noche era muy oscura y se me hace difícil comprender que esperara ver a nadie. Se me ocurrió la posibilidad de que se tratara de una intriga amorosa. Eso explicaría el sigilo de sus movimientos y también el desasosiego de su esposa. Barrymore es un hombre de buena apariencia, perfectamente capaz de robarle el corazón a una campesina, y esta teoría parecía tener algunos puntos a su favor. La apertura de una puerta que yo había oído tras regresar a mi dormitorio podía significar que Barrymore abandonaba la casa para asistir a una cita clandestina. Así razonaba yo por la mañana, y le cuento la dirección que tomaban mis sospechas, aunque después se haya demostrado que carecían de fundamento.

Pero, fuera cual fuera la verdadera explicación de las andanzas de Barrymore, consideré superior a mis fuerzas asumir la responsabilidad de guardarlas para mí hasta que pudiera explicarlas de modo satisfactorio. Después del desayuno me entrevisté con el baronet en su estudio y le conté cuanto había visto. Sir Henry se sorprendió menos de lo que yo esperaba.

—Sabía que Barrymore deambulaba de noche por la casa, y pensaba hablar con él —dijo—. He oído dos o tres veces sus pasos yendo y viniendo por el pasillo, más o menos a la misma hora que usted menciona.

—En tal caso, quizá acude a esa precisa ventana todas las noches —apunté.

—Quizá. Si es así, tendremos la posibilidad de seguirle y de ver qué se trae entre manos. Me pregunto lo que haría su amigo Holmes en caso de estar aquí.

—Creo que se comportaría exactamente del modo que usted ha sugerido: seguiría a Barrymore y vería qué es lo que hace.

—Pues entonces lo haremos juntos.

—Pero él nos oirá.

—Está bastante sordo, y en cualquier caso hemos de correr este riesgo. Esperaremos en mi habitación hasta que él pase.

Sir Henry se frotó las manos con satisfacción. Era evidente que acogía aquella aventura como un alivio para la vida demasiado tranquila que llevaba en el páramo.

El baronet se ha puesto en contacto con el arquitecto que hizo los planos para sir Charles y con el contratista de Londres, de modo que quizá muy pronto empiecen a producirse aquí grandes cambios. También han venido de Plymouth decoradores y carpinteros, y es evidente que nuestro amigo tiene grandes ideas y no quiere escatimar esfuerzos ni gastos para restaurar el antiguo esplendor de su familia. Con la casa restaurada y amueblada de nuevo, solo hará falta una esposa para que todo esté completo.

Le diré, entre nosotros, que hay signos evidentes de que, si la dama consiente, esto no se hará esperar, porque raras veces he visto a un hombre tan enamorado de una mujer como sir Henry lo está de nuestra hermosa vecina, la señorita Stapleton. Sin embargo, el curso de ese auténtico amor no discurre con la suavidad que cabría esperar dadas las circunstancias. Hoy, por ejemplo, la superficie se ha visto perturbada por un remolino inesperado que ha ocasionado considerable perplejidad y enojo a nuestro amigo.

Tras la conversación acerca de Barrymore que ya he citado, sir Henry se ha puesto el sombrero y se ha dispuesto a salir. Con toda la naturalidad del mundo, yo he hecho lo mismo.

—Vaya, ¿viene usted conmigo, Watson? —ha preguntado, mirándome de una forma peculiar.

—Depende de si se dirige usted al páramo.

—Es lo que voy a hacer.

—Bien, ya sabe cuáles son las instrucciones que recibí. Lamento entrometerme, pero usted oyó con cuánta seriedad insistió Holmes en que no lo dejara solo y sobre todo en que no se internara usted en el páramo sin compañía.

Sir Henry me ha puesto una mano en el hombro y me ha dirigido una amable sonrisa.

—Amigo mío —me ha dicho—, pese a toda su sabiduría, Holmes no previó algunas de las cosas que han sucedido desde que llegué al páramo. ¿Me entiende? Estoy seguro de que es usted el último hombre del mundo que desea convertirse en un aguafiestas. Es necesario que yo salga solo.

Sus palabras me han colocado en una situación muy incómoda. No he sabido qué hacer ni qué decir y, antes de que yo tomara una decisión, sir Henry había cogido su bastón y había abandonado la casa.

Sin embargo, he empezado a reflexionar sobre el asunto y mi conciencia me ha reprochado amargamente haber permitido bajo ningún pretexto que se alejara de mi vista. He imaginado cómo me sentiría yo si tuviera que presentarme ante usted y confesar que, por no seguir sus instrucciones al pie de la letra, había ocurrido una desgracia. Le aseguro que se me encendían las mejillas de solo pensarlo. Quizá no fuera todavía demasiado tarde para dar alcance al baronet, y me he puesto al instante en camino hacia la Casa Merripit.

Me he apresurado cuanto he podido carretera adelante y he llegado, sin haber encontrado rastro de sir Henry, hasta el sendero del páramo. Una vez allí, temiendo que quizá había seguido yo una dirección equivocada, he escalado una colina, aquella donde estaba la cantera de granito negro y desde donde se divisa el panorama. Le he visto de inmediato. Se hallaba en el sendero del páramo, apenas a un cuarto de milla de distancia, y le acompañaba una dama que solo podía ser la señorita Stapleton. Era evidente que existía un entendimiento entre ellos y que se habían dado cita. Caminaban despacio, absortos en la conversación, y he visto que la muchacha agitaba las manos, como si pusiera mucha vehemencia en sus palabras, mientras él escuchaba con atención, y en una o dos ocasiones, movía la cabeza en un gesto de disconformidad. He permanecido entre las rocas observándoles y preguntándome qué haría yo a continuación. Seguirles e interrumpir una conversación tan privada parecía inconcebible; mi deber me exigía, no obstante, no perder de vista a sir Henry. Actuar como espía respecto a un amigo resultaba una tarea odiosa. No he encontrado mejor solución que seguir observando desde la colina y descargar después mi conciencia confesándole a sir Henry lo que había hecho. Cierto que, si le hubiera amenazado un peligro repentino, yo habría estado demasiado lejos para acudir en su ayuda, pero convendrá conmigo en que mi situación era muy difícil y no estaba en mi mano hacer otra cosa.

Nuestro amigo el baronet y la dama se habían detenido en el sendero y seguían hablando absortos, cuando he descubierto de repente que no era yo el único testigo de su entrevista. Una mancha verde que flotaba en el aire ha llamado mi atención, y al mirar con más detenimiento, he visto que estaba sujeta a un palo y que la sostenía un hombre que avanzaba por el terreno accidentado. Era Stapleton con su cazamariposas. Estaba mucho más cerca de la pareja que yo y parecía dirigirse hacia ellos. En aquel instante, sir Henry ha atraído de repente a la señorita Stapleton hacia sí. Le rodeaba con un brazo la cintura, pero ha parecido que la joven se resistía y apartaba el rostro. Él ha inclinado la cabeza hacia la de ella, y ella ha alzado una mano en un gesto de protesta. Un instante después he visto que se separaban bruscamente y daban media vuelta. El causante de la interrupción era Stapleton. Corría desatinado a su encuentro con el absurdo cazamariposas a la espalda. Ha empezado a gesticular y casi a bailar de excitación delante de los enamorados. No he entendido por completo el sentido de la escena, pero me ha parecido que Stapleton insultaba a sir Henry, y que este presentaba sus excusas, que se iban haciendo más irritadas a medida que el otro no las aceptaba. La dama se mantenía al margen en altivo silencio. Por último, Stapleton ha dado media vuelta y ha hecho un gesto perentorio a su hermana, quien, tras una mirada indecisa a sir Henry, se ha alejado con él. Los gestos coléricos del naturalista ponían de manifiesto que también la señorita Stapleton era víctima de su enojo. El baronet los ha seguido unos

momentos con la mirada, y ha emprendido lentamente el camino de regreso. Llevaba la cabeza baja y era la viva imagen del desaliento.

Yo no acababa de entender lo que significaba todo aquello, pero me sentía muy avergonzado por haber presenciado una escena tan íntima sin que mi amigo lo supiera. He corrido colina abajo y le he dado alcance. Sir Henry tenía el rostro enrojecido por la ira y fruncía el ceño, sumido en el más absoluto desconcierto.

—¡Vaya, Watson! ¿De dónde diantres sale usted? —me ha preguntado—. ¿No irá a decirme que me ha seguido a pesar de todo?

Yo le he explicado lo sucedido: que me había resultado imposible quedarme en la casa, que le había seguido y que había presenciado lo ocurrido. Por un instante sus ojos han echado llamas, pero mi franqueza le ha desarmado y ha acabado por echarse a reír con tristeza.

—Cualquiera creería que el centro de esta llanura es un lugar lo bastante apartado para que un hombre salvaguarde su privacidad —ha dicho—. Pero, qué diantres, se diría que todos los habitantes de la región han salido a verme cortejar... ¡Y además con muy poco éxito! ¿Dónde tenía usted reservado el asiento?

—Estaba en lo alto de la colina.

—Una de las últimas filas, ¿eh? Pero el hermano estaba mucho mejor situado. ¿Vio cómo se precipitaba sobre nosotros?

—Sí, lo vi.

—¿Ha tenido alguna vez la sensación de que Stapleton está loco?

—No se me había ocurrido nunca.

—Tampoco a mí. Hasta hoy siempre me había parecido en su sano juicio. Pero créame si le digo que a él o a mí deberían ponernos la camisa de fuerza. Pues, ¿qué problema hay? Usted lleva varias semanas viviendo conmigo, Watson. Dígame sin rodeos si hay algo que me impida ser un buen esposo para una mujer a la que amo.

—Yo juraría que no.

—Como Stapleton no puede poner reparos a mi posición social, tiene que tratarse de mi persona. ¿Qué tiene contra mí? Que yo sepa no he hecho nunca daño a nadie. Pero no está dispuesto a permitir siquiera que roce un cabello de su hermana.

—¿Es eso lo que le ha dicho?

—Eso y muchas cosas más. Pero mire, Watson, a pesar de las pocas semanas transcurridas, tuve desde el primer instante la sensación de que esta mujer estaba hecha para mí y de que también ella..., puedo jurar que la señorita Stapleton era feliz cuando estaba a mi lado. Hay un brillo en los ojos femeninos que habla con mayor claridad que las palabras. Pero Stapleton no nos ha dejado nunca a solas, y hoy tenía por fin la primera oportunidad de hablarle sin testigos. Ella se ha alegrado de verme, pero no quería hablar de amor, y de haber estado en su mano, tampoco hubiera permitido que yo tocara ese tema. No ha dejado de repetir que este lugar es muy peligroso para mí y que solo se sentirá feliz cuando me haya marchado. Entonces le he dicho que desde que la vi no siento ninguna prisa por irme, y que si de veras quiere que me vaya, debe disponer las cosas para acompañarme. A continuación le he pedido sin más rodeos que se case conmigo, pero antes de que ella pudiera responder, ha aparecido su hermano, abalanzándose sobre nosotros con cara de loco. Estaba lívido de rabia y sus pálidos ojos echaban chispas. ¿Qué le hacía yo a Beryl? ¿Cómo me atrevía a ofrecerle unas atenciones que ella encontraba sumamente desagradables? ¿Acaso creía que en mi calidad de baronet me estaba permitido hacer todo lo que me viniera en gana? De no haberse tratado de su hermano, ya habría sabido yo qué respuesta darle. Pero dado el caso, le dije que mis sentimientos hacia su hermana eran de tal índole que no tenía por qué avergonzarme y que esperaba que ella me hiciera el honor de convertirse en mi esposa. Esto no pareció contribuir a mejorar la situación, de modo que también yo perdí la paciencia y le respondí con más acaloramiento del debido, si tenemos en cuenta que ella estaba delante. La cosa ha terminado, pues, marchándose Stapleton con su hermana, como ha visto, y aquí me tiene usted a mí convertido en el tipo más desconcertado del mundo. Explíqueme, por favor, qué significa todo esto, Watson, y quedaré en deuda con usted para el resto de mis días.

He intentado hallar una o dos explicaciones, pero, a decir verdad, yo estaba tan desconcertado como él. El título nobiliario de nuestro amigo, su fortuna, su edad, su carácter y su apariencia física están a su favor, y no me consta que haya nada en su contra salvo el oscuro sino que persigue a la familia. Que su propuesta de matrimonio fuese rechazada con tal brusquedad y sin tener en cuenta los deseos de la muchacha, y que esta aceptase la situación sin protestar, me parece sorprendente. Sin embargo, la visita que el propio Stapleton ha hecho al baronet esta misma tarde ha puesto fin a nuestras conjeturas. Se ha

presentado a pedir disculpas por su grosero comportamiento de la mañana, y tras una larga entrevista privada con sir Henry en el estudio, la conversación ha concluido en una reconciliación, y Stapleton nos ha invitado a cenar en la Casa Merripit el próximo viernes.

—No es que ahora afirme que ese hombre está en su sano juicio —me ha dicho sir Henry—, porque no olvido la expresión de sus ojos mientras se abalanzaba sobre mí esta mañana, pero debo reconocer que nadie se habría disculpado con mayor elegancia.

—¿Ha dado alguna explicación de su conducta?

—Dice que su hermana lo es todo en su vida. Eso es bastante natural y me alegra que reconozca lo mucho que ella vale. Siempre han vivido juntos, y según él explica, no ha tenido otra compañía, porque ha sido desde niño un hombre muy solitario. Así pues, perderla sería para él algo terrible. Ha dicho que no se había dado cuenta de los sentimientos que yo experimentaba por ella y que, cuando lo ha descubierto con sus propios ojos y ha comprendido que podría perderla, el golpe ha resultado tan duro que no ha sido durante un rato responsable de sus palabras ni de sus actos. Lamenta enormemente lo sucedido y reconoce que es muy estúpido y muy egoísta imaginar que podrá retener para sí durante toda la vida a una mujer tan hermosa. Si ella tiene que abandonarle, prefiere que lo haga por un vecino como yo que por cualquier otra persona. Pero de todos modos es un duro golpe y le llevará cierto tiempo hacerse a la idea y encajarlo. Abandonará, pues, toda oposición, si yo le prometo mantener por espacio de tres meses las cosas tal como están, y contentarme durante ese plazo de tiempo con la amistad de su hermana sin aspirar a su amor. Se lo he prometido y las cosas han quedado así.

De manera que esto aclara uno de nuestros pequeños misterios. Ya es algo tocar fondo en algún punto de esta ciénaga en la que estamos inmersos. Ahora sabemos por qué motivo miraba Stapleton con desagrado al pretendiente de su hermana, pese a tratarse de un partido tan ventajoso como sir Henry. Y ahora paso a ocuparme de otro hilo que ya he aislado de esta madeja tan enmarañada: el misterio de los sollozos nocturnos, de las lágrimas en el rostro de la señora Barrymore, de las secretas expediciones del mayordomo a la ventana orientada al oeste. Felicítame, querido Holmes, y confíese que no le he defraudado como agente, que no lamenta la confianza que me demostró al enviarme aquí. Todos esos puntos han quedado por entero aclarados gracias al trabajo de una noche.

He dicho «trabajo de una noche», pero en realidad las noches han sido dos, porque la primera nos llevamos un chasco. Estuve con sir Henry en su habitación hasta cerca de las tres de la madrugada, pero no oímos otro ruido que las campanadas del reloj desde lo alto de la escalera. Fue una velada sumamente melancólica y concluyó durmiéndonos los dos en nuestras sillas. Por fortuna no nos desanimamos y decidimos volver a intentarlo. A la noche siguiente, redujimos la luz de la lámpara y fumamos cigarrillos en absoluto silencio. Era increíble lo despacio que se arrastraban las horas, pero nos sostenía el mismo tipo de paciente interés que debe de sentir el cazador mientras vigila la trampa donde espera que acabe por caer la presa. El reloj dio la una, luego las dos, y estábamos casi a punto de renunciar desesperados por segunda vez cuando algo hizo que nos irguiéramos de repente, olvidando el cansancio y de nuevo alerta. Habíamos oído un crujido de pasos en el pasillo.

Los oímos cruzar cautelosos por delante de nuestra habitación y perderse en la distancia. El baronet abrió la puerta con sigilo y salimos tras ellos. Nuestro hombre había rodeado ya la galena y el pasillo estaba completamente a oscuras. Nos deslizamos en silencio hasta la otra ala. Llegamos justo a tiempo de vislumbrar la alta figura, de hombros encorvados y barba negra, que avanzaba de puntillas. Cruzó la misma puerta que la vez anterior, y la vela, con su resplandor, hacía que el marco destacara en la oscuridad y proyectaba un único rayo de luz amarilla en el pasillo. Nos acercamos cautelosamente, tanteando las tablas del suelo antes de apoyar en ellas todo nuestro peso. Habíamos tenido la precaución de quitarnos las botas, pero incluso así el viejo entarimado crujía y chasqueaba bajo nuestros pies. A veces parecía imposible que Barrymore no advirtiera nuestra proximidad. Por fortuna está bastante sordo y se hallaba absorto en su tarea. Cuando por fin llegamos a la habitación y nos asomamos al interior, le vimos agazapado junto a la ventana, con la vela en la mano y con el rostro pálido y ansioso pegado al cristal, exactamente como dos noches atrás.

No habíamos preparado ningún plan de acción, porque el modo de ser del baronet le lleva siempre a elegir la actuación más espontánea. Entramos en la habitación. Barrymore se apartó de un salto de la ventana, lanzó un gemido y quedó en pie, lívido y tembloroso, ante nosotros. Sus ojos oscuros, que resaltaban sobre la máscara blanca que era ahora su rostro, iban, llenos de horror y de asombro, del baronet a mí.

—¿Qué está haciendo usted aquí, Barrymore?

—Nada, señor. —Su turbación era tan intensa que apenas podía hablar y el temblor de la vela que sostenía hacía bailotear las sombras—. Es la ventana, señor. Todas las noches hago una ronda para ver si

están bien cerradas.

—¿En la segunda planta?

—Sí, señor, todas las ventanas.

—Mire, Barrymore —dijo sir Henry con firmeza—. Estamos decididos a que nos diga usted la verdad, de manera que se ahorrará molestias soltándola cuanto antes. ¡Ya! ¡Basta de mentiras! ¿Qué hacía usted junto a la ventana?

El mayordomo nos miró con aire desvalido y se retorció las manos como alguien que ha alcanzado el límite de la duda y del sufrimiento.

—No hacía nada malo, señor. Únicamente estaba delante de la ventana con una vela encendida.

—¿Y por qué estaba usted delante de la ventana con una vela encendida?

—¡No me pregunte eso, sir Henry, no me lo pregunte! Le doy mi palabra de honor de que el secreto no me pertenece y no puedo revelarlo. Si solo me concerniera a mí, no trataría de ocultárselo.

De repente se me ocurrió una idea y cogí la vela del alféizar donde la había dejado el mayordomo.

—Seguramente la utilizaba como señal —dije—. Veamos si recibimos respuesta.

Sostuve la vela tal y como él lo había hecho y escudriñé con atención la oscuridad. Las nubes ocultaban la luna y solo se distinguía vagamente la oscura sombra de los árboles y la tonalidad más clara del páramo. Pero de pronto se me escapó un grito de júbilo, porque un puntito de luz amarilla había traspasado el oscuro velo y seguía brillando con fijeza en el centro del rectángulo negro delimitado por la ventana.

—No, señor, no... Esto no es nada, nada en absoluto —intervino el mayordomo—. Le aseguro que...

—¡Mueva la luz de un lado a otro de la ventana, Watson! —dijo el baronet—. ¿Lo ve? ¡Ahora la otra luz también se mueve! ¿Qué nos dice usted, Barrymore? ¿Sigue negando que se trata de una señal? ¡Hable de una vez, bribón! ¿Quién es su cómplice y qué fechoría están tramando?

La expresión de Barrymore se hizo desafiante.

—Esto es asunto mío y no de usted. No voy a decirle nada.

—Pues en tal caso queda usted despedido desde este mismo instante.

—Bien, señor. Si tiene que ser así, así será.

—Y se marcha usted deshonorado. ¡Vive Dios que le sobran razones para avergonzarse de sí mismo! Su familia ha vivido bajo este techo con la mía durante más de cien años y ahora me lo encuentro metido en una siniestra intriga contra mi persona.

—¡No, señor, no! ¡Contra usted no!

Era una voz de mujer. La señora Barrymore, más pálida y más asustada aún que su marido, se hallaba en el umbral. Su voluminosa figura, envuelta en una falda y en un chal, podía haber resultado cómica, a no ser por la intensidad de sentimientos que se veía en su rostro.

—Tenemos que marcharnos, Eliza. Esto es el fin. Ya puedes preparar nuestras cosas —dijo el mayordomo.

—¡John, John! ¿Voy a ser yo la causa de tu ruina? Es culpa mía, solo mía, sir Henry. Él lo ha hecho todo por mí y porque yo se lo he pedido.

—¡Hable, pues! ¿Qué significa esto?

—Mi desdichado hermano se está muriendo de hambre en el páramo. No podemos dejarlo perecer a las puertas de nuestra propia casa. La luz es la señal para avisarle de que tiene comida preparada, y él, con su luz, nos indica el lugar donde hemos de llevársela.

—Entonces su hermano es...

—El presidiario fugado, señor. Selden, el asesino.

—Así es, señor —intervino Barrymore—. Como le he dicho, el secreto no era mío y no se lo podía revelar. Pero ahora ya lo sabe todo, y se dará cuenta de que, en caso de existir una intriga, no iba contra usted.

Esa era, por lo tanto, la explicación de las cautelosas expediciones nocturnas y de la luz en la ventana. Tanto sir Henry como yo nos quedamos mirando a la señora Barrymore con asombro. ¿Cabía imaginar que aquella persona de respetabilidad tan estricta llevara la misma sangre que uno de los delincuentes más famosos del país?

—Sí, señor. Mi apellido de soltera es Selden y el preso es mi hermano menor. Le consentimos demasiado cuando era un niño, y permitimos que hiciera en todo su santa voluntad, por lo cual llegó a creer que el mundo no tenía otra finalidad que proporcionarle placeres y que todo le estaba permitido. Más tarde, al crecer, frecuentó malas compañías y se le metió el diablo en el cuerpo, hasta que destrozó el corazón de mi madre y arrastró nuestro apellido por el fango. De delito en delito, cayó cada vez más

bajo, y solo la clemencia de Dios lo liberó del patíbulo. Pero para mí no ha dejado de ser nunca el niño de cabellos rizados al que cuidé y con el que jugué como lo haría cualquier hermana mayor. Esa es la razón por la que se escapó, señor. Sabía que yo vivía aquí y que no le negaría mi ayuda. Cuando se arrastró una noche hasta nuestra puerta, agotado y hambriento, con los guardias pisándole los talones, ¿qué podíamos hacer? Lo recogimos, lo alimentamos y lo cuidamos. Entonces regresó usted, señor, y mi hermano pensó que hasta que amainara la persecución estaría más seguro en el páramo que en ningún otro lugar. Pero cada dos noches nos comunicábamos con él mediante una luz en la ventana, y si respondía, mi marido le llevaba un poco de pan y de carne. Vivíamos todos los días con la esperanza de que se hubiera marchado, pero entretanto no éramos capaces de abandonarlo. Soy una buena cristiana y esa es toda la verdad. Comprenda que si hay en ella algo censurable, no es mi marido quien tiene la culpa sino yo, porque todo lo ha hecho por mí.

Las palabras de la mujer estaban llenas de una vehemencia que las hacía muy convincentes.

—¿Es esta la verdad, Barrymore?

—Sí, sir Henry. De principio a fin.

—Bien, no puedo culparle por ayudar a su esposa. Olvide lo que le he dicho antes. Ahora, retírense los dos a su habitación y por la mañana seguiremos hablando.

Cuando ellos se marcharon, miramos una vez más por la ventana. Sir Henry la había abierto, y el frío viento nocturno nos golpeaba con dureza el rostro. Muy lejos en la oscuridad brillaba con fijeza el puntito de luz amarilla.

—Me sorprende que se exponga tanto —dijo sir Henry.

—Tal vez coloca su vela de modo que solo sea visible desde aquí.

—Es muy posible. ¿A qué distancia cree que se encuentra?

—Calculo que a la altura de Cleft Tor.

—No más de un par de millas.

—Ni siquiera eso.

—No puede quedar muy lejos si Barrymore tenía que llevarle la comida. Y ese canalla está esperando junto a la luz de la vela. ¡Voy a salir a capturarlo, Watson!

La misma idea había cruzado por mi mente. Hubiera sido distinto si los Barrymore nos hubieran hecho una confidencia, pero les habíamos sacado el secreto a la fuerza. Aquel tipo era un peligro para la comunidad, un delincuente desesperado que no tenía excusa ni merecía compasión. Al aprovechar nuestra oportunidad de devolverlo a un lugar donde no pudiera dañar a nadie, no hacíamos otra cosa que cumplir con nuestro deber. Dado su carácter brutal y violento, otros pagarían las consecuencias de que nosotros nos cruzáramos de brazos. Cualquier noche, por ejemplo, podía atacar a nuestros vecinos los Stapleton, y tal vez fue esta idea lo que hizo que sir Henry mostrara tanto interés por la aventura.

—Le acompañaré —dije.

—En tal caso, coja su revólver y póngase las botas. Cuanto antes salgamos mejor, porque ese individuo puede apagar la luz y largarse.

Cinco minutos después habíamos iniciado ya nuestra expedición. Apresuramos el paso entre los oscuros arbustos, los apagados gemidos del viento otoñal y el crujir de las hojas caídas. El aire de la noche estaba cargado de humedad y de putrefacción. De vez en cuando la luna se asomaba unos instantes, pero las nubes cubrían casi por entero el cielo, y en el momento en que salíamos de casa empezó a caer una ligera lluvia. La luz seguía brillando ante nosotros.

—¿Va usted armado? —pregunté.

—Llevo un cuchillo de caza.

—Tenemos que actuar con rapidez, porque se dice que es un hombre desesperado. Deberíamos intentar pillarlo por sorpresa y tenerlo a nuestra merced antes de que pudiera ofrecer resistencia.

—Escuche, Watson, ¿qué diría Holmes de esto? ¿Qué diría de esta hora de oscuridad en que se intensifican los poderes del mal?

Como respuesta a estas palabras, se alzó de repente en la inmensa tristeza del páramo el extraño sonido que yo ya había oído junto a la gran ciénaga de Grimpen. Nos llegó traído por el viento a través del silencio de la noche: un murmullo largo y profundo, luego un aullido cada vez más potente y por último el triste gemido final. Resonó una y otra vez, todo el aire palpitando con él, estridente, salvaje y amenazador. El baronet me cogió por la manga y se puso tan pálido que su rostro brillaba en la oscuridad.

—¡Cielo santo! ¿Qué ha sido esto, Watson?

—No lo sé. Un ruido que se produce en el pantano. Es la segunda vez que lo oigo.

Cesaron los alaridos y se extendió sobre nosotros un silencio absoluto. Aguzamos el oído, pero no



ocurrió nada más.

—Watson —dijo el baronet—, eso era el aullido de un perro.

La sangre se me heló en las venas, porque en su voz había un temblor que ponía de manifiesto el repentino espanto que se había apoderado de él.

—¿Qué dicen de este alarido? —preguntó.

—¿Quién?

—Los habitantes de la región.

—Son gentes ignorantes. ¿Qué importa lo que digan?

—Quiero que me lo repita, Watson. ¿Qué es lo que dicen?

Vacilé unos instantes, pero no tenía escapatoria.

—Creen que es el aullido del perro de los Baskerville.

Sir Henry dejó escapar un gemido y guardó silencio.

—Era un perro —dijo al fin—, pero el aullido parecía llegar desde una distancia de varias millas en aquella dirección.

—Es difícil saber de dónde procedía.

—Crecía y descendía con el viento. ¿No es esa la dirección de la gran ciénaga de Grimpen?

—Sí, esa es.

—Pues era por allí. Dígame la verdad, ¿a usted no le pareció también el aullido de un perro? Ya no soy un niño. No tenga reparos en hablar sin rodeos.

—En la ocasión anterior se hallaba Stapleton conmigo. Dijo que podía ser el canto de un extraño pájaro.

—No, no. Era un perro. Dios santo, ¿habrá algo de cierto en todas estas historias? ¿Es posible que yo esté realmente en peligro por un factor tan misterioso? Usted no lo cree, ¿verdad, Watson?

—No, no.

—Y sin embargo, una cosa es reírse de ello en Londres y otra muy distinta, estar aquí en la oscuridad del páramo y oír un aullido como este. ¡Y mi tío! Encontraron huellas del perro muy cerca de donde él cayó. Todo concuerda. No me tengo por cobarde, Watson, pero este sonido me ha helado la sangre. Tóqueme la mano.

Estaba fría como un bloque de mármol.

—Mañana se encontrará usted perfectamente.

—No creo que pueda quitarme nunca de la cabeza ese aullido. ¿Qué le parece que hagamos ahora?

—¿Quiere que regresemos?

—¡Vive el cielo que no! Hemos salido a capturar a nuestro hombre y eso es lo que haremos. Nosotros vamos tras el presidiario, y es probable que un perro infernal nos persiga a nosotros. Adelante. Haremos lo que nos hemos propuesto, aunque anden sueltos esta noche por el páramo todos los demonios del infierno.

Proseguimos lentamente nuestro camino en la oscuridad, rodeados por la difusa silueta de las colinas escarpadas y con aquel punto de luz amarilla brillando fijamente delante de nosotros. No hay nada tan engañoso como la distancia a que está una luz en una noche oscura como boca de lobo, y unas veces el resplandor parecía muy lejano en el horizonte y otras parecía encontrarse a dos palmos. Pero finalmente advertimos de dónde procedía y supimos que nos hallábamos muy cerca. En una grieta que había entre las rocas ardía una vela ya muy derretida, protegida a ambos lados para guarecerla del viento y para lograr que solo fuera visible desde la ventana de los Baskerville. Un peñasco había ocultado nuestra llegada. Agazapados tras él, pudimos mirar por encima la luz que nos servía de señal. Producía una extraña impresión aquella vela solitaria ardiendo allí, en medio del páramo, sin el menor signo de vida a su alrededor: solo la llama amarilla y su reflejo en las rocas de ambos lados.

—¿Y ahora qué hacemos? —susurró sir Henry.

—Esperar aquí. Tiene que andar cerca. Quizá podamos descubrirle.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando ambos le vimos. Por encima de las rocas en una de cuyas grietas ardía la vela, asomó un maligno rostro amarillento, una terrible cara bestial, llena de cicatrices y marcada por las pasiones más viles. Sucia de barro, con una barba hirsuta y coronada por cabellos enmarañados, bien podía haber pertenecido a uno de los antiguos salvajes que habitaron los refugios de las colinas. La luz que procedía de abajo se reflejaba en sus ojillos astutos, que escudriñaban con fiereza la oscuridad, como una bestia taimada y salvaje que ha oído pasos de cazadores. Algo, sin duda, había despertado sus sospechas. Tal vez Barrymore le diera alguna señal secreta que nosotros habíamos omitido, o tal vez nuestro hombre tuviera otra razón para pensar que las cosas no marchaban como debían. En cualquier caso, el miedo se reflejaba en sus perversas facciones, y en cualquier

momento podía apagar la luz de un manotazo y esfumarse en la oscuridad. Salté, pues, hacia delante y sir Henry me imitó. El presidiario profirió una maldición y lanzó una piedra que se hizo añicos contra la roca que nos había cobijado. Todavía pude vislumbrar su silueta achaparrada y musculosa cuando se puso en pie y se volvió para darse a la fuga. Por una feliz coincidencia, la luna asomó entonces entre las nubes. Subimos a toda prisa la colina y descubrimos que nuestro hombre descendía a gran velocidad por la otra ladera, saltando por encima de las rocas que encontraba en su camino con la agilidad de una cabra montés. Tal vez habría logrado, con suerte, detenerlo con un disparo de mi revólver, pero la finalidad del arma era únicamente defenderme si me atacaban y no disparar contra un hombre desarmado que huía.

Tanto el baronet como yo somos corredores aceptables y estamos en buena forma, pero descubrimos muy pronto que no teníamos posibilidad alguna de alcanzarle. Le seguimos viendo durante un buen rato a la luz de la luna, hasta que se redujo a un puntito que avanzaba veloz entre las peñas que salpicaban la falda de una colina distante. Corrimos y corrimos hasta quedar sin aliento, pero la distancia que nos separaba se hizo cada vez mayor. Finalmente nos detuvimos y nos sentamos, jadeantes, en dos piedras, desde donde le seguimos viendo hasta que se perdió en la lejanía de aquel terreno accidentado.

Y en ese preciso instante, cuando nos levantábamos de las rocas para dar media vuelta y volver a casa, abandonada ya la frustrada cacería, ocurrió la cosa más inesperada y extraña del mundo. La luna estaba muy baja hacia la derecha, y la cima dentada de un peñasco se elevaba hasta la parte inferior de su disco de plata. Allí, encima del risco, recortada con la negrura de una estatua de ébano sobre el fondo brillante, había la figura de un hombre. No piense que fue una alucinación, Holmes. Le aseguro que en mi vida he visto algo con mayor claridad. Por lo que pude distinguir, se trataba de un hombre alto y delgado. Estaba de pie, con las piernas un poco separadas, los brazos cruzados y la cabeza inclinada, como si meditara sobre el enorme desierto de turba y granito que se abría a sus espaldas. Podría haber sido el espíritu mismo de aquel terrible lugar. Desde luego, no era el presidiario. Aquel hombre se hallaba muy lejos del punto donde el otro había desaparecido. Además, era más alto. Quise mostrárselo al baronet, con una exclamación de sorpresa, pero en el breve instante en que me volví para cogerle por el brazo, el otro había desaparecido. Allí seguía la cima escarpada del risco, cercenando el borde inferior de la luna, pero no quedaba ni rastro de aquella figura silenciosa e inmóvil.

Quise caminar en esa dirección e inspeccionar los alrededores del risco, pero quedaba bastante lejos. Los nervios del baronet seguían muy tensos a causa de aquel aullido que le había recordado la oscura historia familiar, y no le quedaba humor para futuras aventuras. Además, él no había visto a aquel hombre sobre el risco y no compartía la emoción que su extraña presencia y su aspecto dominante habían producido en mí. «Un guardia de la prisión, seguramente», dijo. «Hay muchos en el páramo desde que se escapó el presidiario». Tal vez esta explicación sea acertada, pero a mí me gustaría tener pruebas más concluyentes. Hoy haremos saber a las autoridades de Princetown dónde tienen que buscar al huído, pero lamento no haber tenido el honor de traerlo con nosotros como nuestro prisionero. Estas son las aventuras de la pasada noche, y tendrá usted que reconocer, querido Holmes, que no le estoy fallando en materia de información. Mucho de lo que le cuento no tiene, sin duda, mayor importancia, pero sigo creyendo que lo mejor es transmitirle todos los datos y dejar que elija usted los que le parezcan más útiles. No hay duda de que hacemos progresos. Por lo que se refiere a los Barrymore, hemos descubierto el móvil de sus acciones, y esto ha aclarado mucho la situación. Pero el páramo, con sus misterios y sus extraños moradores, sigue tan inescrutable como siempre. Tal vez en mi próxima comunicación esté en condiciones de arrojar alguna luz sobre esto, aunque lo mejor sería que viniera usted a reunirse con nosotros. En cualquier caso, volverá a tener noticias mías en los próximos días.

## FRAGMENTOS DEL DIARIO DEL DOCTOR WATSON

Hasta llegar aquí he podido utilizar los informes que envié a Sherlock Holmes durante los primeros días. Ahora estoy en un punto de mi narración donde me veo obligado a abandonar este método y a acudir de nuevo a mis recuerdos, con ayuda del diario que llevaba por aquel entonces. Algunos de sus fragmentos me permitirán enlazar las escenas que están grabadas en mi memoria de modo indeleble y detallado. Reanudo, pues, mi relato en la mañana que siguió a nuestra fracasada persecución de Selden y a nuestras extrañas experiencias en el páramo.

16 de octubre. —Día brumoso y gris, con algo de llovizna. La casa está cubierta de nubes en movimiento, que se entreabren de vez en cuando para mostrar las monótonas curvas del páramo, con delgadas vetas plateadas en las faldas de las colinas y distantes peñascos que brillan en los puntos donde sus húmedas superficies reflejan la luz. Reina la melancolía. El baronet ha reaccionado mal a las emociones de la noche pasada. Yo mismo advierto un peso en el corazón, y siento la presencia de un peligro siempre al acecho, más terrible porque soy incapaz de definirlo.

¿Y acaso no está justificado este sentimiento? Pensemos en la larga sucesión de accidentes que delatan las fuerzas siniestras que actúan a nuestro alrededor. Tenemos la muerte del anterior ocupante de la mansión, que se ajusta con exactitud a la leyenda familiar, y tenemos las reiteradas afirmaciones de los campesinos de que ha aparecido en el páramo una extraña criatura. En dos ocasiones he escuchado por mí mismo un rumor que recuerda al aullido distante de un sabueso. No puede tratarse de algo que escape a las leyes ordinarias de la naturaleza. Un perro fantasma que deja huellas reales y que llena el aire con sus aullidos es impensable. Quizá Stapleton acepte esta superstición, y tal vez Mortimer haga lo mismo, pero, en caso de tener yo una cualidad, es el sentido común, y nada logrará convencerme de ese desatino. Supondría rebajarse al nivel de esos pobres campesinos, que no se contentan con un simple perro diabólico, sino que necesitan describirlo arrojando fuego de los infiernos por los ojos y la boca. Holmes no prestaría atención a semejantes patrañas, y yo soy aquí su representante. Pero los hechos son los hechos, y he oído en dos ocasiones ese aullido en el páramo. Supongamos que hubiera realmente un enorme perrazo en libertad. Esto contribuiría a explicarlo todo. Pero ¿dónde se ocultaría, cómo conseguiría alimento, de dónde procedería, cómo sería posible que nadie lo hubiera visto durante el día?

Debo confesar que la teoría del perro de carne y hueso presenta casi tantas dificultades como la otra. Y además, dejando a un lado el perro, quedan los hechos reales de la intervención del factor humano en Londres: el tipo del coche de punto y la carta en que se advierte a sir Henry del peligro que corre en el páramo. Eso al menos es real, pero tanto puede ser obra de un amigo ansioso de protegerlo como de un enemigo. Y ¿dónde está ahora ese amigo o enemigo? ¿Se ha quedado en Londres o nos ha seguido hasta aquí? ¿Será acaso..., será acaso el desconocido que vi sobre el risco?

Cierto que solo le contemplé unos instantes, pero hay cosas acerca de él que podría afirmar bajo juramento. Conozco ya a todos nuestros vecinos, y sé que no es ninguno de ellos. Es más alto que Stapleton y más delgado que Frankland. Podría tratarse de Barrymore, pero a este le dejamos en la mansión y estoy seguro de que no pudo seguirnos. Hay, por lo tanto, un desconocido que nos sigue los pasos aquí, de igual manera que un desconocido nos siguió en Londres. No nos hemos librado de él. Si pudiera atraparlo, tal vez resolviéramos nuestros problemas. A partir de ahora, debo consagrar a esta única finalidad todas mis energías.

Mi primer impulso fue contar mis planes a sir Henry. El segundo, y más prudente, ha sido jugar yo solo mis cartas y hablar de ello lo menos posible. El baronet anda silencioso y distraído. El aullido que oyó en el páramo le ha conmovido extrañamente. No diré nada, pues, que contribuya a aumentar su ansiedad, pero tomaré las medidas oportunas para lograr mis propósitos.

Esta mañana hemos tenido una pequeña escena después del desayuno. Barrymore ha pedido permiso

para hablar con sir Henry, y se han encerrado en el estudio unos minutos. Sentado en la sala de billar, he oído en más de una ocasión que ambos alzaban la voz, y tenía una idea bastante exacta del tema de la discusión. Finalmente, sir Henry ha abierto la puerta y me ha llamado.

—Barrymore considera que tiene motivos de queja —ha dicho—. Opina que no teníamos derecho a dar caza a su cuñado, cuando era él quien nos había revelado libremente el secreto.

El mayordomo estaba de pie delante de nosotros, pálido pero dueño de sí mismo.

—Tal vez haya hablado con excesivo acaloramiento, señor —ha dicho—, y en tal caso, le ruego sinceramente que me perdone. Pero me sorprendió oírles regresar a ustedes de madrugada y me ha sorprendido aún más enterarme de que han estado persiguiendo a Selden. El pobrecillo ya tiene suficientes enemigos para necesitar que yo lance a otro más tras su rastro.

—Si nos lo hubiera revelado usted por decisión propia, habría sido distinto —ha dicho el baronet—. Pero nos lo contó, o mejor dicho lo hizo su mujer, cuando le obligamos y no tuvo otro remedio.

—Nunca pensé que se aprovechara de ello, sir Henry. Nunca lo hubiera creído de usted.

—Ese hombre es un peligro público. Hay casas aisladas en el páramo y ese tipo no se detiene ante nada. Basta ver su rostro un instante para comprenderlo. Piense, por ejemplo, en la casa del señor Stapleton, sin nadie excepto él para defenderla. Todos correremos peligro hasta que se vuelva a poner a este hombre a buen recaudo.

—Selden no se meterá en ninguna casa. Le doy mi palabra de honor. Y no volverá a molestar a nadie en este país. Le aseguro, sir Henry, que dentro de pocos días se habrán tomado las medidas necesarias y estará camino de Sudamérica. Por el amor de Dios, señor, le ruego que no comunique a la policía que mi cuñado sigue todavía en el páramo. Han abandonado la persecución y será un buen refugio para él hasta el momento de embarcar. Y si lo denuncia, nos creará dificultades a mi mujer y a mí. Se lo suplico, señor, no diga nada a la policía.

—¿Qué dice usted a eso, Watson?

Me he encogido de hombros.

—Si Selden abandonara sin problemas el país, los contribuyentes se verían libres de una carga.

—Y ¿qué me dice de la posibilidad de que asalte a alguien antes de marcharse?

—No hará una locura semejante, señor. Le hemos proporcionado todo cuanto necesita. Cometer un delito sería lo mismo que proclamar dónde se oculta.

—Eso es cierto —ha dicho sir Henry—. De acuerdo, Barrymore...

—¡Que Dios le bendiga, señor, y gracias de todo corazón! Mi mujer moriría del disgusto si lo capturaran de nuevo.

—Me parece que estamos haciéndonos cómplices de un delito, ¿no es así, Watson? Pero, tras lo que acabamos de escuchar, no me siento capaz de entregar a ese hombre. De modo que punto final. Bien, Barrymore, puede usted retirarse.

Con unas confusas palabras de gratitud, el mayordomo se ha encaminado hacia la puerta, pero luego ha vacilado y ha vuelto atrás.

—Ha sido usted tan bueno con nosotros, señor, que, a mi vez, quisiera hacer por usted cuanto esté en mi mano. Sé algo, sir Henry, que quizá debiera haber dicho antes, pero que solo descubrí mucho tiempo después de que terminara la investigación. Nunca se lo he contado a nadie. Y se refiere a la muerte de sir Charles.

El baronet y yo nos pusimos en pie de un salto.

—¿Sabe usted cómo murió?

—No, señor, eso no lo sé.

—¿Qué sabe, pues?

—Sé por qué estaba en el portillo a aquella hora. Se había citado con una mujer.

—¿Citado con una mujer? ¿Mi tío?

—Sí, señor.

—¿Y sabe cómo se llama?

—No sabría decirle el nombre, señor, pero puedo darle las iniciales. Sus iniciales eran L. L.

—¿Cómo sabe usted esto, Barrymore?

—Mire, sir Henry, su tío recibió una carta aquella mañana. Solía recibir muchas todas los días, porque era un hombre famoso y se sabía que tenía buen corazón, de modo que las personas con problemas acudían a él. Pero aquella mañana, por casualidad, había una única carta, y me fijé más en ella. Procedía de Coombe Tracey y la letra del sobre era, sin duda, de mujer.

—¿Y?

—Verá, señor, yo no volví a pensar en ello, y no lo hubiera hecho a no ser por mi esposa. Hace solo

unas semanas, estaba ella limpiando el estudio de sir Charles, que no se había tocado desde su muerte, y encontró las cenizas de una carta en la rejilla de la chimenea. El papel estaba prácticamente chamuscado, pero en el borde inferior había un trocito que no se había consumido, y era posible leer, en gris sobre fondo negro, lo que estaba escrito. Parecía tratarse de una posdata y decía lo siguiente: «Por favor, por favor, dado que es usted un caballero, queme esta carta y esté junto al portillo a las diez en punto». Debajo habían firmado con las iniciales L. L.

—¿Conserva usted el pedacito de papel?

—No, señor. Se desintegró cuando lo tocamos.

—¿Había recibido sir Charles otras cartas con la misma letra?

—A decir verdad, yo no me fijaba mucho en sus cartas. Y tampoco me hubiera fijado en esa, de no haber sido la única que llegó aquel día.

—¿Y no tiene idea de quién puede ser L. L.?

—No, señor. Ando tan a oscuras como usted. Pero creo que, si lográramos localizar a esa dama, sabríamos más acerca de la muerte de sir Charles.

—No entiendo, Barrymore, cómo ha podido ocultar usted una información tan importante.

—Verá, señor, nuestros propios problemas comenzaron inmediatamente después. Por otra parte, como es lógico si se piensa en todo lo que hizo por nosotros, mi mujer y yo sentíamos gran afecto por sir Charles. Remover esta cuestión no podía ayudar ya a nuestro pobre señor, y conviene andar con tiento cuando hay una dama de por medio. Incluso los mejores de nosotros...

—¿Creyó usted que podría dañar la reputación de mi tío?

—Verá, señor, pensé que no saldría nada bueno de todo esto. Pero, como ahora se ha portado usted tan bien con nosotros, me parece que no obraría correctamente si no le contara todo lo que sé.

—Está bien, Barrymore. Puede retirarse.

Cuando el mayordomo nos ha dejado, sir Henry se ha vuelto hacia mí.

—Bien, Watson, ¿qué piensa usted de esta nueva pista?

—Pienso que solo sirve para aumentar la oscuridad.

—Lo mismo pienso yo. Pero si pudiéramos encontrar a L. L., todo se aclararía. Al menos hemos ganado algo. Sabemos que existe una persona que conoce los hechos, y lo único que necesitamos es encontrarla. ¿Qué opina usted que debemos hacer?

—Informar enseguida a Holmes. Esto le proporcionará la clave que anda buscando y, o mucho me equivoco, o hará que se presente aquí.

He regresado inmediatamente a mi habitación y he redactado para Holmes el informe que incluía la conversación de la mañana. Era evidente que mi amigo había estado muy ocupado últimamente, porque me llegaban de Baker Street pocas notas y breves, sin comentarios sobre la información que yo le suministraba y casi sin referencias a mi cometido. Sin duda el caso del chantaje absorbía todas sus energías. Pero aquel nuevo factor debería con toda seguridad llamarle la atención y renovar su interés.

He deseado que estuviera aquí.

17 de octubre. — Ha llovido a cántaros todo el día, y las gotas repiquetean sobre la hierba y caen desde los aleros. He pensado en el presidiario, que sigue en el frío páramo desolado. ¡Pobre diablo! Sean cuales fueren sus delitos, los está pagando caros. Después he pensado en el otro, el individuo del coche de punto, de la silueta recortada contra la luna. ¿También el hombre que vigilaba sin ser visto, el hombre de la oscuridad, estaba a la intemperie bajo aquel diluvio? Al atardecer, me he puesto el impermeable y he andado hasta muy lejos por el páramo empapado, la mente llena de imágenes sombrías, la lluvia azotándome el rostro y el viento silbándome en los oídos. ¡Que Dios se apiade de quienes se aproximen a la gran ciénaga en tales momentos, porque incluso las tierras altas, habitualmente firmes, se tornan pantanosas! He encontrado el Risco Negro en el cual había visto al vigía solitario y he contemplado desde su accidentada cima las lomas melancólicas. Ráfagas de lluvia se deslizaban sobre las tierras rojizas, y densas nubes color pizarra colgaban bajas sobre el paisaje y caían en jirones grises por las laderas de las fantásticas colinas. A la izquierda, medio ocultas por la niebla, sobresalían por encima de los árboles las dos delgadas torres de la Mansión de los Baskerville. Eran los únicos vestigios de presencia humana, si exceptuamos los habitáculos prehistóricos que tanto abundan en las laderas de las colinas. No había rastro del hombre solitario que yo había visto en aquel mismo lugar dos noches atrás.

Durante el regreso, me ha alcanzado el doctor Mortimer, que volvía en su ligero carruaje desde la remota granja de Foulmire. Ha estado siempre pendiente de nosotros y apenas ha transcurrido un día sin que apareciese en la mansión para averiguar cómo nos iban las cosas.

Ha insistido en que subiera a su coche y permitiera que me acercara un poco a mi casa. Estaba muy preocupado por la desaparición de su pequeño spaniel. Se había adentrado en el páramo y no había vuelto. Le he consolado lo mejor que he podido, pero al recordar al poni sepultado en la ciénaga de Grimpen, he temido que no volvería a ver a su perrito.

—Por cierto, Mortimer —he dicho, mientras el coche avanzaba a trompicones por el accidentado sendero—, supongo que habrá muy pocas personas por estos alrededores a las que usted no conozca.

—Creo que por estos alrededores ninguna.

—¿Podría decirme, entonces, el nombre de una mujer cuyas iniciales son L. L.?

El doctor Mortimer ha reflexionado unos instantes.

—No —ha dicho—. Hay algunos gitanos y peones de los que no puedo responder, pero entre los granjeros o la gente acomodada no hay nadie con estas iniciales. Espere un momento —ha añadido, tras una pausa—. Tenemos a Laura Lyons. Sus iniciales son L. L., pero vive en Coombe Tracey.

—¿Quién es?

—Es la hija de Frankland.

—¿Cómo? ¿De ese viejo chiflado?

—Exactamente. Laura se casó con un artista llamado Lyons, que había venido a hacer unos bocetos en el páramo. Resultó ser un sinvergüenza y la abandonó. Aunque quizá la culpa, por lo que he oído, no fuera íntegramente del pintor. Su padre había cortado toda relación con ella por haberse casado sin su consentimiento, y tal vez por otras razones. De modo que, entre los dos pecadores, el viejo y el joven, la pobre chica lo ha pasado bastante mal.

—¿De qué vive?

—Supongo que su padre le pasa una asignación, pero debe de ser una miseria, porque su propia situación económica deja mucho que desear. Por mal que se hubiera comportado Laura, no podía permitirse que se hundiera sin remedio. Se supo lo que había ocurrido y varias personas de los alrededores colaboraron para hacer posible que se ganara la vida honradamente. Stapleton fue una de ellas, y sir Charles, otra. También yo contribuí modestamente. Se trataba de que pusiera en marcha un servicio de mecanografía.

Mortimer ha querido saber el motivo de mis preguntas, pero me las he arreglado para satisfacer su curiosidad sin decirle demasiado, pues no veo razón para hacer confidencias a nadie. Mañana por la mañana iré a Coombe Tracey. Si logro ver a la señora Laura Lyons, de dudosa reputación, habremos dado un gran paso para resolver uno de los incidentes de esta cadena de misterios. Sin duda estoy adquiriendo la prudencia de la serpiente, porque, cuando Mortimer ha insistido en sus preguntas hasta ponerse inconveniente, yo he inquirido como por casualidad a qué tipo pertenecía el cráneo de Frankland, y solo he oído hablar de craneología durante el resto del trayecto. De algo ha de servir haber convivido tantos años con Sherlock Holmes.

Solo queda un último incidente que registrar en este melancólico día de tormenta. Es la conversación que he sostenido con Barrymore hace unos instantes, que me ha proporcionado un triunfo más, que podré jugar a su debido tiempo.

Mortimer se ha quedado a cenar, y después él y el baronet se han puesto a jugar al écarté. El mayordomo me ha llevado el café a la biblioteca y he aprovechado la oportunidad para hacerle unas preguntas.

—Bien, ¿se ha marchado ya esa joya de pariente o sigue todavía escondido en el páramo?

—Lo ignoro, señor. ¡Quiera Dios que se haya marchado, porque solo nos ha acarreado problemas! No he sabido nada de él desde que le llevé comida la última vez, y han transcurrido ya tres días.

—¿Le vio usted?

—No, señor. Pero la comida había desaparecido cuando volví a pasar por allí.

—En tal caso, es seguro que sigue en el páramo, ¿no?

—Eso parece, señor, a menos que se haya llevado la comida el otro.

—No he terminado de llevarme la taza a los labios y me he quedado mirando fijamente a Barrymore.

—Entonces ¿usted sabe que hay otro hombre?

—Sí, señor. Hay otro hombre en el páramo.

—¿Le ha visto?

—No, señor.

—¿Cómo sabe, pues, que existe?

—Selden me habló de él hace más o menos una semana. También anda ocultándose, pero, por lo que he podido deducir, no es un presidiario —ha dicho el mayordomo, y ha añadido con repentina

vehemencia—: Esto no me gusta nada. Le aseguro que no me gusta nada todo esto.

—Escúcheme bien, Barrymore. Yo no tengo otros intereses en este asunto que los de su señor. Estoy aquí para ayudarle. Dígame pues, con toda franqueza, qué es lo que no le gusta.

Barrymore ha vacilado un momento, como si lamentara su arrebatado de vehemencia, o le resultara difícil expresar con palabras lo que sentía.

—Son todas esas cosas que están pasando —ha exclamado por último, agitando una mano en dirección a la ventana que daba al páramo y que azotaba ahora la lluvia—. Alguien está jugando sucio y se está tramando una canallada muy fea, se lo juro. ¡Me alegraría mucho que sir Henry volviera a Londres!

—Pero ¿qué es lo que le inquieta?

—¡Piense en la muerte de sir Charles! Aquello ya fue muy raro, pese a lo que dijera el juez de instrucción. Fíjese en los ruidos que se oyen en el páramo por la noche. No hay una sola persona que quiera cruzar por él después de anochecer, ni aunque le paguen por hacerlo. ¡Piense en ese desconocido que se esconde, que acecha y espera! ¿Qué es lo que espera? ¿Qué significa todo esto? Seguro que no significa nada bueno para nadie que lleve el apellido Baskerville, y yo me marcharé con mucho gusto el día que nuevos criados puedan hacerse cargo de la mansión.

—Pero, respecto a este desconocido, ¿no sabe nada más acerca de él? ¿Qué le contó Selden? ¿Había descubierto dónde se escondía o qué estaba haciendo?

—Selden lo ha visto un par de veces, pero el otro es muy astuto y no suelta prenda. En un principio mi cuñado creyó que pertenecía a la policía, pero pronto comprobó que trabajaba por su cuenta. Opina que se trata de un caballero, pero no ha conseguido averiguar qué se trae entre manos.

—¿Y dónde le dijo que vivía?

—En los viejos refugios de las colinas, los habitáculos de piedra donde vivían los hombres prehistóricos.

—¿Y cómo se las arregla para comer?

—Selden descubrió que hay un chico que trabaja para el desconocido y que le lleva cuanto necesita. Supongo que va a comprarlo a Coombe Tracey.

—Muy bien, Barrymore. Quizá sigamos hablando de esto en otro momento.

Cuando el mayordomo se ha marchado, me he aproximado a la ventana y he contemplado, a través del cristal empañado, las nubes que corrían por el cielo y las siluetas estremecidas de los árboles agitados por el viento. Era una noche terrible dentro de la casa, pero ¿cómo sería en un refugio de piedra del páramo? ¿Qué intensidad de odio podía llevar a un hombre a mantenerse al acecho en semejante lugar y con semejante tiempo? Allí, en ese refugio que se abre al páramo, parece radicar el centro mismo del problema que tantos disgustos me está causando. Juro que no transcurrirá un día más sin que haya hecho cuanto esté en mi mano para llegar al fondo del misterio.

## EL HOMBRE DEL RISCO

El fragmento de mi diario íntimo que he utilizado en el último capítulo abarca hasta el 18 de octubre, momento en que los extraños acontecimientos de las últimas semanas se precipitaban hacia su terrible desenlace. Los incidentes de los días que siguieron han quedado indeleblemente grabados en mi memoria y puedo relatarlos sin echar mano a las notas que escribí entonces. Comienzo, pues, un día más tarde a aquel en que logré establecer dos hechos de gran importancia: que la señora Laura Lyons de Coombe Tracey había escrito a sir Charles Baskerville para citarse con él precisamente a la hora y lugar donde encontraría la muerte, y que al hombre que permanecía al acecho en el páramo había que buscarlo en los refugios de piedra de las colinas. Con estos dos datos en mi poder, me dije que, si no me faltaban completamente la inteligencia y el valor, tenía que poder arrojar por fin alguna luz sobre tanta oscuridad.

No tuve ocasión la noche anterior de referir al baronet lo que había averiguado acerca de la señora Lyons, porque el doctor Mortimer estuvo jugando con él hasta muy tarde. A la hora del desayuno, sin embargo, le informé de mi descubrimiento y le pregunté si quería acompañarme a Coombe Tracey. Al principio se mostró deseoso de hacerlo, pero lo pensamos con más calma y ambos llegamos a la conclusión de que se obtendrían mejores resultados si iba yo solo. Cuanto más solemne fuera la visita, menos información obtendríamos. Dejé, por consiguiente, a sir Henry en casa, aunque no sin ciertos remordimientos, y emprendí en coche el camino hacia la nueva etapa de nuestra investigación.

Al llegar a Coombe Tracey, Perkins quedó al cuidado de los caballos y yo hice algunas preguntas para localizar a la persona que me proponía visitar. Encontré sin dificultad su alojamiento, céntrico y bien indicado. Una doncella me hizo pasar sin ceremonias al salón, y la dama, que estaba sentada ante una máquina de escribir Remington, se puso en pie con una agradable sonrisa de bienvenida. Su expresión cambió, no obstante, al descubrir que se trataba de un desconocido. Entonces se sentó de nuevo y preguntó cuál era el objeto de mi visita.

Lo primero que llamaba la atención en la señora Lyons era su extraordinaria belleza. Tenía los ojos y el cabello de un cálido color avellana, y sus mejillas, aunque cubiertas de abundantes pecas, mostraban la exquisita delicadeza de las mujeres morenas: esa delicada tonalidad que se oculta en el corazón de la rosa. La admiración fue, repito, la primera impresión. Pero de inmediato surgieron los reparos. Había un algo muy sutil que no funcionaba en aquel rostro. Cierta vulgaridad en la expresión, tal vez cierta dureza en la mirada, un rictus en la boca, desvirtuaban una belleza tan



perfecta. Pero todas estas reflexiones son, por supuesto, posteriores. En aquellos momentos solo tuve conciencia de estar ante una mujer muy hermosa. Hasta entonces no había advertido hasta qué punto era delicada mi misión.

—Tengo el placer —dije— de conocer a su padre.

Era una presentación muy torpe y la señora Lyons no lo pasó por alto.

—Mi padre y yo no tenemos nada en común —replicó—. Yo no le debo nada y sus amigos no son mis amigos. A no ser por el difunto sir Charles Baskerville y por otras personas de buen corazón, pude haber muerto de hambre sin que mi padre hubiera movido un dedo.

—Precisamente he venido a verla en relación con el difunto sir Charles Baskerville.

Las pecas adquirieron mayor relieve en el rostro arrebolado de la mujer.

—¿Qué puedo decirle respecto a él? —preguntó, mientras sus dedos jugueteaban nerviosos con los topes de la máquina.

—Usted le conocía, ¿no es cierto?

—Ya he dicho que estoy en deuda con él por sus bondades. Si puedo ganarme la vida, lo debo en gran parte al interés que se tomó por mi desgraciada situación.

—¿Mantenía correspondencia con él?

La dama levantó rápidamente la mirada, con un brillo de enfado en los ojos color avellana.

—¿Qué finalidad tienen estas preguntas? —inquirió en tono cortante.

—La finalidad de evitar un escándalo. Es preferible que se las haga yo aquí e impidamos que este asunto escape a nuestro control.

La señora Lyons, pálida como una muerta, guardó silencio. Por fin alzó de nuevo la mirada; había algo temerario y desafiante en su actitud.

—De acuerdo, responderé —dijo—. ¿Qué quiere saber?

—¿Mantenía usted correspondencia con sir Charles?

—Le escribí, por supuesto, en una o dos ocasiones para agradecerle su delicadeza y su generosidad.

—¿Recuerda usted la fecha de estas cartas?

—No.

—¿Le vio usted alguna vez personalmente?

—Sí, en dos o tres ocasiones, cuando vino a Coombe Tracey. Era un hombre muy reservado y prefería hacer el bien con suma discreción.

—Si le vio usted tan pocas veces y le escribió tan pocas cartas, ¿cómo se enteró él de los apuros que usted pasaba y pudo así ayudarla, como me asegura que hizo?

La señora Lyons resolvió con facilidad mi objeción.

—Eran varios los caballeros que conocían mi triste historia y que se unieron para ayudarme. Uno de ellos, el señor Stapleton, vecino y amigo íntimo de sir Charles, fue muy amable conmigo, y sir Charles se enteró de mis problemas a través de él.

Yo estaba informado de que sir Charles Baskerville había recurrido en diferentes

ocasiones a Stapleton como su limosnero, y la explicación de mi interlocutora tenía todos los visos de ser cierta.

—¿Escribió usted alguna vez a sir Charles pidiéndole una entrevista? —proseguí.  
La señora Lyons volvió a enrojecer de cólera.

—A decir verdad, señor mío, se trata de una pregunta harto singular.

—Lo lamento, señora, pero me veo obligado a repetírsela.

—En tal caso, responderé obviamente que no.

—¿No lo hizo acaso el mismo día de la muerte de sir Charles?

El color desapareció al instante de sus mejillas y tuve ante mí un rostro de una palidez mortal. La sequedad se adueñó de su boca y casi le impidió pronunciar un «no» que yo vi más que oí.

—Sin duda la traiciona la memoria —dije—. Yo podría citar incluso un párrafo de la carta: «Por favor, por favor, dado que es usted un caballero, quememe esta carta y esté en el portillo a las diez en punto».

Creí que iba a desmayarse, pero hizo un esfuerzo supremo y se recuperó.

—¿No existen, pues, caballeros en el mundo? —jadeó.

—Es usted injusta con sir Charles. El sí quemó la carta, pero a veces una carta es legible incluso después de arder. ¿Reconoce ahora que la escribió?

—Sí, lo hice —exclamó, volcando ahora el alma en un torrente de palabras—. La escribí. ¿Por qué tendría que negarlo? No hay motivos para avergonzarse. Quería que me ayudara. Estaba convencida de que, si me entrevistaba con él, conseguiría que me ayudara, y le pedí una cita.

—Pero ¿por qué a semejante hora?

—Porque acababa de saber que partía para Londres al día siguiente y que quizá tardaría meses en regresar. Había motivos que me impedían acudir antes a la mansión.

—Pero ¿por qué una cita en el jardín, en lugar de una visita a la casa?

—¿Cree usted que una dama puede entrar sola a esas horas en el hogar de un hombre soltero?

—¿Y qué sucedió cuando llegó usted allí?

—No fui.

—¿Señora Lyons!

—No fui, se lo juro por lo más sagrado. Sucedió algo que me lo impidió.

—¿Qué fue?

—Es un asunto privado. No se lo puedo contar.

—En tal caso, ¿reconoce haber concertado una cita con sir Charles a la hora y en el lugar donde él encontraría la muerte, pero niega haber acudido a ella?

—Esta es la verdad.

Insistí en mis preguntas una y otra vez, pero no conseguí sacar nada más en limpio.

—Señora Lyons —dije, mientras me levantaba y ponía fin a aquella larga

entrevista no demasiado satisfactoria—, incurre usted en una gran irresponsabilidad y se coloca en una posición muy falsa al no confesar cuanto sabe. Si me veo obligado a solicitar la ayuda de la policía, descubrirán hasta qué punto está usted comprometida. Si es inocente, ¿por qué empezó negando que escribió a sir Charles en aquella fecha?

—Porque temía que se sacaran conclusiones equivocadas y me viera envuelta en un escándalo.

—¿Y por qué tenía tanto interés en que sir Charles destruyera la carta?

—Si la ha leído sabrá el porqué.

—Yo no he dicho que hubiera leído la carta.

—Ha citado usted un fragmento.

—He citado la posdata. Como ya le he dicho, la carta había sido quemada y no era legible en su totalidad. Le pregunto una vez más por qué insistió tanto en que sir Charles destruyera esa carta que recibió el mismo día de su muerte.

—Es un asunto muy privado.

—Razón de más para que evite usted una investigación pública.

—Se lo diré, pues. Si ha oído hablar de mi triste historia, sabrá que contraí un matrimonio imprudente y que he tenido sobrados motivos para lamentarlo.

—Todo esto lo sé.

—Mi vida ha sido una incesante persecución por parte de un marido al que aborrezco. La ley está de su parte, y todos los días me enfrento a la posibilidad de que me obliguen a vivir con él. Cuando escribí esta carta a sir Charles, se me acababa de comunicar que existía una posibilidad de que recobrará mi libertad si podía sufragar ciertos gastos. Esto lo significaba todo para mí: tranquilidad, felicidad, autoestima... absolutamente todo. Conocía la generosidad de sir Charles y pensé que, si oía la historia de mis propios labios, me ayudaría.

—En tal caso, ¿cómo no acudió a la cita?

—Porque entretanto recibí ayuda de otra fuente.

—¿Y por qué no escribió a sir Charles explicándose?

—Lo habría hecho así de no haber leído la noticia de su muerte en el periódico de la mañana siguiente.

Su historia era coherente y yo no había conseguido con mis preguntas que se contradijera. Solo podía comprobarla averiguando si, más o menos en el momento de la tragedia, había iniciado los trámites para el divorcio. No era probable que mintiera al afirmar que no había ido a la Mansión de los Baskerville, dado que se necesita un coche para llegar hasta allí y habría regresado a Coombe Tracey de madrugada, lo que haría imposible mantener el secreto. Lo más probable era, por consiguiente, que dijera la verdad o, por lo menos, parte de la misma. Me marché desconcertado y alicaído. De nuevo tropezaba con la misma barrera infranqueable que parecía interponerse en mi camino cada vez que intentaba alcanzar el objetivo de mi misión... Pero cuanto más pensaba en el rostro de la dama y en su actitud, más seguro estaba de que ocultaba algo. ¿Por qué se había puesto tan pálida? ¿Por qué se

resistió a admitir lo sucedido hasta que se vio forzada a hacerlo? ¿Por qué se había mostrado tan reservada en el momento de la tragedia? Con seguridad la explicación no podía ser tan inocente como la mujer pretendía hacerme creer. De momento, yo no podía avanzar más en aquella dirección y debía recurrir a la otra pista, que habría que buscar en los refugios del páramo.

Se trataba de una pista extremadamente vaga. Lo constaté en mi viaje de regreso al comprobar que, una tras otra, todas las colinas conservaban huellas de sus antiguos moradores. La única indicación de Barrymore era que el desconocido vivía en uno de aquellos habitáculos abandonados, y existían a cientos a lo largo y ancho del páramo. Pero yo contaba con mi experiencia como guía, pues había visto con mis propios ojos al desconocido en la cima del Risco Negro. Aquel debía ser, por lo tanto, el punto de partida de mi búsqueda. Allí iniciaría la exploración de todos los refugios hasta dar con el que buscaba. Si aquel tipo estaba dentro, yo sabría de sus propios labios, a punta de pistola si era necesario, quién era y por qué nos había seguido tanto tiempo. Tal vez podía escurrírsenos entre el gentío de Regent Street, pero le iba a resultar imposible en la soledad del páramo. Por otra parte, si yo encontraba el refugio y su ocupante no estaba en él, me quedaría allí, por larga que resultara la espera, hasta que regresara. Holmes lo había perdido en Londres. Sería para mí un verdadero triunfo lograr capturarlo después de que mi maestro fallara en el intento.

La suerte se nos había puesto una y otra vez en contra durante el curso de la investigación, pero ahora acudió por fin en mi ayuda. Y el mensajero de mi buena suerte no fue otro que el señor Frankland, que se hallaba de pie, con sus patillas grises y su rostro rubicundo, junto a la puerta del jardín de su casa, que daba al camino por el que yo viajaba.

—Buenos días, doctor Watson —exclamó con insólito buen humor—. Permita un descanso a sus caballos y entre en mi casa a beber un vaso de vino y a felicitar me.

Mis sentimientos hacia él distaban mucho de ser amistosos tras lo que había averiguado acerca de la manera en que había tratado a la señora Lyons, pero estaba ansioso de enviar a Perkins a casa y era una buena oportunidad. Me apeé del coche y envié un mensaje a sir Henry, en el que le comunicaba que regresaría a pie y a tiempo para la cena. Después seguí a Frankland hasta su comedor.

—Hoy es un gran día para mí, uno de los días de mi vida que habría que inscribir en letras de oro —exclamó, interrumpiéndose varias veces para reír entre dientes—. He conseguido un doble triunfo. Quería enseñar a las gentes de esta región que la ley es la ley y que aquí tienen a un hombre que no teme recurrir a ella. He logrado establecer un derecho de paso que cruza de un extremo a otro y por el centro los jardines del viejo Middleton, a menos de cien yardas de la puerta principal. ¿Qué me dice a esto? Enseñaremos a estos magnates que no pueden pisotear los derechos de la gente común. ¡Y que Dios los confunda! También he cerrado el bosque donde iba de excursión la gente de Fernworthy. Esos condenados pueblerinos parecen creer que no existe el derecho de propiedad y que pueden meterse donde les apetezca y ensuciarlo

todo con papeles y botellas. Ambos casos fallados, doctor Watson, y ambos a mi favor. No recuerdo un día parecido desde que conseguí que condenaran a sir John Morland por cazar en sus propias tierras.

—¿Cómo demonios consiguió usted esto?

—Búsquelo en los libros de jurisprudencia, señor mío. Merece la pena leerlo: «Frankland contra Morland. Juzgado de Queen's Bench». Me costó doscientas libras, pero conseguí que se fallara a mi favor.

—¿Y qué ganó usted con ello?

—Nada, señor mío, nada. Me enorgullece decir que yo no tenía intereses personales en la cuestión. Siempre me mueve el sentido del deber. No me cabe la menor duda, por ejemplo, de que los habitantes de Fernworthy me quemarán en efígie esta noche. La última vez dije a la policía que debería impedir tan lamentables espectáculos. La incompetencia de la policía del condado es escandalosa, señor mío, y nadie me proporciona la protección a que tengo derecho. El pleito «Frankland contra Regina» servirá para atraer la atención del gran público sobre el problema. Les advertí que iban a lamentar el trato que me daban, y mis palabras ya se están cumpliendo.

—¿Cómo es esto? —pregunté.

El anciano hizo un gesto de complicidad.

—Porque podría explicarles algo que se mueren por saber. Pero nada me moverá a ayudar a esos sinvergüenzas en lo más mínimo.

Yo había estado tratando de encontrar una excusa para escapar a su incesante verborrea, pero ahora sentí deseos de seguir escuchando. Sin embargo, conocía demasiado bien el espíritu de contradicción de aquel viejo extravagante para ignorar que cualquier manifestación de interés por mi parte sería la mejor manera de poner fin a sus confidencias.

—¿Algún caso de caza furtiva, imagino? —inquirí con aire indiferente.

—¡Quiá, muchacho, algo mucho más importante! ¿Qué me diría si se tratara del presidiario?

Di un respingo.

—¿No querrá usted decir que sabe dónde se esconde? —pregunté.

—Tal vez no sepa exactamente dónde se esconde, pero estoy seguro de que podría ayudar a la policía a echarle el guante. ¿Nunca se le ha ocurrido que la manera de atrapar a este tipo es averiguar dónde consigue comida y llegar así hasta él?

El señor Frankland parecía acercarse incómodamente a la verdad.

—Sin duda —dije—. Pero ¿cómo sabe que está en el páramo?

—Lo sé porque he visto con mis propios ojos al mensajero que le lleva la comida. Me dio un vuelco el corazón al pensar en Barrymore. Era un grave problema estar en manos de aquel viejo entrometido y rencoroso. Pero su siguiente observación me quitó ese peso de encima.

—Le sorprenderá saber que el mensajero es un niño. Le veo todos los días por el

telescopio que tengo en el tejado. Pasa por el mismo camino a la misma hora, y ¿cuál puede ser su destino sino el presidiario?

¡La suerte me sonreía! Sin embargo, evité dar muestras de interés. ¡Un niño! Barrymore había dicho que al desconocido lo atendía un muchacho. Frankland había tropezado con su rastro y no con el de Selden. Si lograba enterarme de lo que él sabía, me ahorraría tal vez una búsqueda larga y fatigosa. Pero debía jugar las cartas de la incredulidad y la indiferencia.

—Me parece mucho más probable que se trate del hijo de uno de los pastores del páramo que le lleva la comida a su padre.

El menor signo de oposición bastaba para que el viejo autócrata echara chispas por los ojos. Me miró con malevolencia y se le erizaron las patillas grises como el pelaje de un gato enfurecido.

—¿Eso piensa? —dijo, señalando el páramo que se extendía ante nuestros ojos—. ¿Ve allí el Risco Negro? ¿Ve la pequeña colina que queda más allá y en la que crece un espino? Es la zona más pedregosa del páramo. ¿Le parece probable que un pastor elija un lugar así? Su sugerencia, señor mío, es el colmo del absurdo.

Respondí con mansedumbre que yo había hablado sin conocimiento de causa. Mi docilidad le agradó y provocó nuevas confianzas.

—Puede tener la certeza de que tanteo bien el terreno antes de llegar a una conclusión. He visto una y otra vez al muchacho con su hatillo. Todos los días, y en ocasiones dos veces al día, he podido... Un momento, doctor Watson. ¿Me engañan los ojos o precisamente se está moviendo algo ahora en la ladera de aquella colina?

Distaba varias millas, pero distinguí con claridad un puntito oscuro sobre el fondo verde y gris.

—¡Venga, venga conmigo! —exclamó Frankland, echando a correr escaleras arriba—. Lo verá usted con sus propios ojos y podrá juzgar por sí mismo.

El telescopio, un instrumento formidable montado sobre un trípode, se hallaba sobre el tejado de la casa. Frankland aplicó a él un ojo y dejó escapar un grito de satisfacción.

—¡Aprisa, doctor Watson, aprisa, antes de que desaparezca por el otro lado de la colina!

Allí lo teníamos sin duda. Un pillete con un hatillo al hombro, subiendo sin prisas la pendiente. Cuando llegó a la cima, vi recortarse por un momento contra el frío cielo azul la figura frágil y tosca. El chico miró alrededor con aire furtivo y receloso, como alguien que teme ser perseguido. Después desapareció por la ladera opuesta.

—¿Qué, estaba o no en lo cierto?

—Desde luego, se trata de un muchacho que parece llevar a cabo una misión secreta.

—Y hasta un policía rural sería capaz de averiguar en qué consiste esta misión. Pero no seré yo quien les diga una sola palabra, y a usted le exijo también que guarde el secreto, doctor Watson. ¡Ni una sola palabra a nadie! ¿Entendido?

—Como usted quiera.

—Me han tratado de un modo vergonzoso, esa es la verdad. Cuando salgan a relucir los hechos en mi pleito «Frankland contra Regina», espero que un escalofrío de indignación recorra el país. Nada me impulsará a hablar con la policía. Por lo que a ellos se refiere, les daría igual que esos canallas pueblerinos me quemaran en persona o en efigie. Pero ¿no irá usted a marcharse ya? ¡Tiene que ayudarme a vaciar la botella para celebrar el gran acontecimiento!

Pero me resistí a todas sus súplicas y logré también que renunciara a acompañarme andando a casa. Yo seguí camino adelante mientras Frankland pudo seguirme con la vista y después me lancé a través del páramo en dirección a la colina pedregosa donde habíamos perdido de vista al muchacho. Todo actuaba a mi favor, y me juré que no iba a desperdiciar, por falta de energía o por falta de perseverancia, la oportunidad que la buena fortuna había puesto en mis manos.

Se ponía el sol cuando alcancé la cumbre de la colina, y los largos declives que dejaba a mi espalda se teñían de verde oro a un lado y de gris oscuro al otro. En el horizonte más remoto, las fantásticas formas de Belliver y de Risco Vixen sobresalían por encima de una quieta neblina. En toda la extensión del páramo, no había sonido ni movimiento alguno. Un gran pájaro gris, tal vez una gaviota o un zarapito, volaba muy alto en el firmamento. El ave y yo parecíamos los únicos seres vivos entre el inmenso arco del cielo y el desierto que se extendía a mis pies. El paisaje yermo, la sensación de soledad, el misterio y la urgencia de mi misión, todo se confabulaba para encogerme el ánimo. No se veía al muchacho por ninguna parte, pero debajo de mí, en una hendidura abierta entre las colinas, distinguí un círculo de refugios de piedra y en el centro uno que conservaba techumbre suficiente para guarecer de la intemperie. El corazón me dio un salto al verlo. Se trataba sin duda de la guarida donde se ocultaba el desconocido. Por fin iba a poner un pie en el umbral de su escondite: tenía el secreto al alcance de la mano.

Mientras me acercaba al refugio, caminando con tanta cautela como pudiera hacerlo Stapleton cuando, cazamariposas en ristre, se aproximaba a un lepidóptero inmóvil, comprobé que aquel lugar se había utilizado sin duda alguna como vivienda. Un sendero casi invisible serpenteaba entre grandes piedras hasta la derruida apertura que hacía las veces de puerta. Dentro reinaba el silencio. El desconocido podía estar escondido en el interior o merodear por el páramo. La sensación de aventura me produjo un agradable cosquilleo. Tiré el cigarrillo, apoye la mano en la culata del revólver, llegué rápidamente hasta la puerta y miré dentro. El refugio estaba vacío.

Signos abundantes confirmaban, no obstante, que yo había seguido la pista acertada. El desconocido se alojaba allí. Sobre la misma losa de piedra donde el hombre neolítico durmiera en otro tiempo, se veían ahora varias mantas envueltas en una tela impermeable. En la burda chimenea se acumulaban las cenizas de un fuego. Al lado había utensilios de cocina y un cubo medio lleno de agua. Un montón de latas vacías demostraba que el lugar llevaba ya algún tiempo ocupado, y cuando mis ojos

se habituaron a la oscuridad, vislumbé en un rincón un vaso de metal y media botella de una bebida alcohólica. En el centro del refugio, una piedra plana servía como mesa, y sobre ella se hallaba un hatillo; el mismo, sin duda, que yo había visto por el telescopio sobre el hombro del muchacho. Contenía una hogaza de pan, una lata de lengua en conserva y dos de melocotón en almíbar. Al dejar de nuevo en su sitio el hatillo, tras haberlo examinado, me dio un vuelco el corazón, porque vi que había debajo un papel con algo escrito. Lo cogí y leí, toscamente garabateado a lápiz: «El doctor Watson ha ido a Coombe Tracey». Durante unos instantes permanecí allí con el papel en la mano, preguntándome qué podía significar el escueto mensaje. El desconocido me seguía, pues, a mí y no a sir Henry. No me había seguido en persona, pero había puesto a un agente —al muchacho tal vez— tras mis huellas, y este había dejado el informe. Posiblemente no había dado un solo paso desde mi llegada al páramo que no hubiera sido observado y comunicado. Siempre me oprimía aquella sensación de una fuerza invisible, de una tupida red que había tejido a nuestro alrededor con habilidad y delicadeza infinitas, una red tan poco opresiva que solo en algún momento crucial la víctima advertía por fin que había quedado atrapada en sus mallas.

Si había aquel informe, podía haber otro, de modo que los busqué por todo el refugio. No hallé, sin embargo, rastro de otros mensajes, ni descubrí señal alguna que indicara la personalidad o las intenciones del individuo que vivía en aquel lugar insólito, excepto que debía de tratarse de alguien de costumbres espartanas y muy poco preocupado por la comodidad. Al recordar las intensas lluvias y contemplar los agujeros del techo, aprecié en su justo valor la decisión y la resistencia que eran necesarias para perseverar en un alojamiento tan inhóspito. ¿Se trataba de nuestro perverso enemigo o me había tropezado, tal vez, con nuestro ángel de la guarda? Juré que no abandonaría el refugio sin saberlo.

Fuera se estaba poniendo el sol y el occidente ardía en oro y escarlata. Las lejanas charcas que salpicaban la gran ciénaga de Grimpen devolvían su reflejo en manchas doradas. Se veían las torres de la Mansión de los Baskerville y, más allá, una remota columna de humo indicaba la situación de la aldea de Grimpen. Entre ambos, y detrás de la colina, se hallaba la casa de los Stapleton. Bañado por la dorada luz del atardecer, todo parecía suave, amable, sereno, y sin embargo, mientras contemplaba el paisaje, mi alma no compartía en absoluto la paz de la naturaleza, sino que se estremecía ante la incertidumbre y el temor que me inspiraba aquel encuentro, más próximo a cada instante. Con los nervios en tensión pero más decidido que nunca, me senté en un rincón de la vivienda y esperé con sombría paciencia a su ocupante.

Finalmente le oí llegar. Percibí desde lejos el ruido seco de una bota al golpear la piedra. Después otro y otro, cada vez más cerca. Me agazapé en el rincón oscuro y amartillé el revólver dentro de mi bolsillo, decidido a no revelar mi presencia hasta ver al desconocido. Siguió un silencio, indicador de que mi hombre se había detenido. Luego, los pasos volvieron a aproximarse y se proyectó una sombra en la



entrada del refugio.

—Un atardecer maravilloso, querido Watson —dijo una voz que yo conocía muy bien—. Créame si le digo que estará mucho mejor fuera que ahí dentro.

## MUERTE EN EL PÁRAMO

Durante unos instantes quedé sin aliento, incapaz de dar crédito a mis oídos. Después recobré los sentidos y la voz, mientras una abrumadora responsabilidad parecía desaparecer como por ensalmo de mis hombros. Aquella voz fría, cortante, irónica, solo podía pertenecer a una persona en el mundo.

—¡Holmes! —grité—. ¡Holmes!

—Salga de ahí —me dijo—, y, por favor, tenga cuidado con el revólver.

Me agaché para pasar bajo el tosco dintel, y allí estaba él, sentado sobre una piedra en el exterior del habitáculo, los grises ojos llenos de regocijo ante el asombro que reflejaban mis facciones. Delgado y fatigado, pero despierto y alerta, el expresivo rostro tostado por el sol y curtido por el viento. Con el traje de tweed y la gorra de paño, parecía uno de los turistas que visitan el páramo, y llevado por su devoción gatuna de la higiene personal, había conseguido tener las mejillas tan bien afeitadas y la ropa tan inmaculada como si estuviera en Baker Street.

—En la vida me he alegrado tanto de ver a nadie —dije, mientras le estrechaba la mano con todas mis fuerzas.

—Ni le ha sorprendido tanto ver a alguien, ¿verdad?

—Así es. Lo confieso.

—Pues no ha sido usted el único sorprendido, se lo aseguro. Hasta llegar a veinte pasos de la puerta, no tenía la menor idea de que hubiera descubierto usted mi pasajero refugio y mucho menos de que estuviera dentro.

—Reconocería mis huellas, supongo.

—No, Watson. Me temo no ser capaz de reconocer sus huellas entre todas las restantes huellas del mundo. Pero, si se propone usted desconcertarme, tendrá que cambiar de estanco, porque, cuando distingo una colilla con la marca Bradley, Oxford Street, sé que mi amigo Watson anda cerca. Puede verla ahí, junto al sendero. Sin duda se deshizo del cigarrillo en el momento crucial de abalanzarse sobre el refugio.

—Exacto.

—Eso pensé, y conociendo como conozco su admirable tenacidad, tuve la certeza de que, emboscado con un arma al alcance de la mano, aguardaba el regreso del inquilino. Así pues, ¿usted creyó que era yo el asesino?

—Ignoraba quién se ocultaba aquí y estaba resuelto a averiguarlo.

—¡Estupendo, Watson! ¿Y cómo me ha localizado? ¿Me vio quizá la noche en que sir Henry y usted perseguían al presidiario y yo cometí la imprudencia de permitir que la luna se alzara detrás de mí?

—Sí, entonces le vi.

—Y, sin duda, ha registrado todos los refugios hasta dar con este.

—No. Alguien ha advertido los movimientos del muchacho que le trae la comida, y eso ha orientado mi búsqueda.

—El anciano caballero del telescopio, claro. No caí en la cuenta de lo que era la primera vez que vi el reflejo del sol sobre la lente —se levantó y echó una mirada al interior de la casa—. Veo que Cartwright me ha traído provisiones. ¿Qué dice la nota? Vaya, ha estado usted en Coombe Tracey, ¿verdad?

—Sí.

—¿Para visitar a la señora Laura Lyons?

—Exacto.

—¡Estupendo! Nuestras averiguaciones han avanzado en líneas paralelas, y cuando sumemos los resultados, espero obtener una visión conjunta del caso.

—Bien, me alegro en el alma de que esté usted aquí, porque a decir verdad la responsabilidad y el misterio empezaban a ser excesivos para mí. Pero, por amor de Dios, ¿cómo es que ha venido al páramo, y qué ha estado haciendo aquí? Creí que seguía en Baker Street, trabajando en el caso del chantaje.

—Eso es lo que yo quería que creyera.

—¡De modo que me utiliza pero no confía en mí! —exclamé con cierta amargura—. Creí haber merecido mejor trato, Holmes.

—Amigo mío, en esta, como en muchas otras ocasiones, su ayuda me ha resultado inestimable, y le ruego que me perdone si da la impresión de que le he jugado una mala pasada. En realidad, lo he hecho en parte por usted, y fue la preocupación por el peligro que corría lo que me trajo aquí a examinar por mí mismo la situación. De haberles acompañado a sir Henry y a usted, mi punto de vista hubiera coincidido con los suyos y mi presencia hubiera puesto en guardia a nuestros formidables antagonistas. Del modo en que lo he hecho, me ha sido posible moverme con una libertad que hubiera sido impensable de habitar yo en la mansión. Y sigo siendo un factor desconocido, pronto a intervenir con eficacia cuando se presente el momento crucial.

—Pero ¿por qué mantenerme a mí en la inopia?

—Que usted estuviera informado no nos habría beneficiado en nada y habría podido ocasionar que alguien descubriera mi presencia. Habría querido usted comunicarme algo o, llevado por su amabilidad, traerme algo para que estuviera más cómodo, y habríamos corrido así riesgos innecesarios. Traje conmigo a Cartwright, que como seguramente recuerda usted es el muchachito de la mensajería, y él ha atendido mis escasas necesidades. Una hogaza de pan y un cuello limpio. ¿Qué más necesita un hombre? También me ha prestado un par de ojos suplementarios, sobre unas piernas muy activas, y ambas cosas me han sido inapreciables.

—En ese caso, ¡mis informes no le han servido de nada!

Me tembló la voz al recordar el esfuerzo y el orgullo que había puesto en ellos. Holmes sacó unos papeles del bolsillo.

—Aquí están sus informes, querido amigo, que he leído con gran atención, se lo aseguro. Dispuse muy bien las cosas y me llegaban solo con un día de retraso. Debo felicitarle por el celo y la inteligencia de que ha hecho gala en un caso excepcionalmente complicado.

Todavía seguía un poco dolido por el engaño de que había sido objeto, pero el calor de los elogios de Holmes me desarmó. Comprendí, además, que él llevaba razón y que era mejor para nuestros fines que no me hubiera informado de su presencia en el páramo.

—Así está mejor —dijo Holmes, al ver cómo desaparecía la sombra que había cubierto mi rostro—. Y ahora cuénteme el resultado de su visita a la señora Laura Lyons. No me ha sido difícil adivinar que era a ella a quien había ido a ver, porque sabía que es la única persona de Coombe Tracey que podría sernos útil. De hecho, si usted no hubiera ido hoy, es probable que yo lo hubiera hecho mañana.

Se había ocultado el sol y la oscuridad cubría el páramo. El aire era frío y nos metimos en el refugio para entrar en calor. Allí, sentados en la penumbra, le conté a Holmes mi conversación con la dama. Le interesó tanto que tuve que repetirle algunas partes antes de que se diera por satisfecho.

—Todo eso tiene gran importancia —comentó cuando terminé—. Colma una laguna que yo había sido incapaz de llenar. Quizá esté usted al corriente del trato íntimo que esa persona mantiene con Stapleton.

—No sabía nada de tal intimidad.

—No existe duda al respecto. Se ven, se escriben, hay un total entendimiento entre los dos. Y esto pone en nuestras manos un arma muy poderosa. Si pudiéramos utilizarla para apartar de él a su mujer...

—¿Su mujer?

—Le proporciono alguna información, a cambio de toda la que me ha proporcionado usted antes. La muchacha que pasa por ser la hermana de Stapleton es en realidad su esposa.

—¡Santo cielo, Holmes! ¿Está usted seguro de lo que dice? ¿Cómo ha podido ese hombre permitir que sir Henry se enamore de ella?

—El enamoramiento de sir Henry solo puede perjudicarle a él mismo. Como usted ha podido comprobar, Stapleton ha puesto gran empeño en que no corteje a su mujer. Pero le repito que la dama en cuestión es su esposa y no su hermana.

—Pero ¿por qué un engaño tan premeditado?

—Debió de prever que le resultaría más útil en el papel de soltera.

Todas mis dudas no expresadas y mis vagas sospechas tomaron repentinamente cuerpo y se centraron en el naturalista, en aquel individuo impasible, descolorido, con su sombrero de paja y su cazamariposas. Me pareció descubrir algo terrible: un ser de paciencia y astucia infinitas, de rostro risueño y corazón asesino.

—¿Es él, pues, nuestro enemigo? ¿Es él quien nos siguió en Londres?

—Así interpreto yo el acertijo.

—En tal caso, el aviso... ¿tiene que proceder de ella!

—Exacto.

En medio de la oscuridad que me había rodeado, empezó a perfilarse el entorno de una infame villanía, medio entrevista, medio adivinada.

—Pero ¿está usted seguro de esto, Holmes? ¿Cómo sabe que esa mujer es su esposa?

—Porque el día en que usted conoció a Stapleton, él cometió la torpeza de contarle un fragmento auténtico de su autobiografía, y me atrevería a afirmar que lo ha lamentado mil veces. Es cierto que ejerció en otro tiempo de maestro en el norte de Inglaterra; y no hay nada más fácil que seguir el rastro de un maestro. Existen agencias de magisterio que permiten identificar a cualquier individuo que haya ejercido la docencia. Una pequeña investigación me permitió averiguar que cierto colegio se había hundido en atroces circunstancias y que su propietario, cuyo apellido era entonces diferente, había desaparecido junto con su esposa. Las descripciones coincidían. Cuando supe que el desaparecido era aficionado a la entomología, no me quedó ninguna duda.

La oscuridad se esfumaba, pero aún quedaban muchas cosas ocultas en la sombra.

—Si esta mujer es realmente su esposa, ¿qué papel corresponde a la señora Laura Lyons? —pregunté.

—Ese es uno de los puntos sobre los que usted ha arrojado luz con sus investigaciones. La entrevista con ella ha aclarado mucho la situación. Yo no tenía noticia del proyecto de divorcio. En este caso, creyendo que Stapleton está soltero, la señora Lyons piensa sin duda convertirse en su esposa.

—¿Y cuando sepa la verdad?

—Bien, tal vez en ese momento pueda sernos útil. Nuestra primera tarea de mañana será ir a verla juntos. Pero ¿no le parece, Watson, que lleva usted demasiado tiempo lejos de la persona que le ha sido confiada? Su lugar está en la Mansión de los Baskerville.

Los últimos jirones rojizos habían desaparecido por el oeste y la noche señoreaba en el páramo. Algunas estrellas brillaban débilmente en el cielo violeta.

—Una última pregunta, Holmes —dije, mientras me ponía en pie—. No debería haber secretos entre usted y yo. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué se propone Stapleton?

Mi amigo bajó la voz al responder.

—Significa asesinato, Watson, asesinato refinado, asesinato a sangre fría, asesinato premeditado. No me pida detalles. Mis redes se están cerrando a su alrededor, del mismo modo que las tuyas tienen casi atrapado a sir Henry. Con la ayuda que usted me ha prestado, Watson, lo tengo casi a mi merced. Solo nos amenaza un peligro: que él descargue el golpe antes de que nosotros estemos preparados. Un día más, dos como máximo, y el caso quedará resuelto, pero hasta entonces cuide usted del hombre que tiene a su cargo como cuidaría una madre amante de su hijito enfermo. Su salida de hoy ha quedado plenamente justificada y,

no obstante, casi preferiría que no se hubiera separado de sir Henry. ¡Escuche!

Un alarido terrible, un prolongado grito de horror y de angustia había brotado del silencio del páramo. Aquel sonido espantoso me heló la sangre en las venas.

—¡Dios mío! —dije con voz entrecortada—. ¿Qué ha sido esto? ¿Qué significa esto?

Holmes se había puesto en pie de un salto, y su enérgica silueta se recortaba en la puerta del refugio, los hombros encorvados, la cabeza hacia delante, los ojos escudriñando la oscuridad.

—¡Silencio! —susurró—. ¡Silencio!

La vehemencia del grito había hecho que llegara hasta nosotros con nitidez, pero procedía de un punto lejano de la llanura en tinieblas. De nuevo rasgó nuestros oídos, más cercano, más intenso, más apremiante que antes.

—¿De dónde viene? —cuchicheó Holmes, y supe por el temblor de su voz que él, el hombre de hierro, se había estremecido hasta el fondo del alma—. ¿De dónde viene, Watson?

—Me parece que de allí —dije, señalando en la oscuridad.

—¡No, viene de allí!

De nuevo el grito de angustia se extendió por el silencio de la noche, más intenso y más cercano que nunca. Y un nuevo sonido se mezcló con él, un rugido hondo y retumbante, sonoro pero amenazador, que se alzaba y descendía como el rumor profundo y constante del mar.

—¡El perro! —gritó Holmes—. ¡Sígame, Watson, sígame! ¡Temo que llegaremos demasiado tarde!

Mi amigo corría ya velozmente por el páramo y yo le seguí pisándole los talones. Surgió, desde algún punto del terreno accidentado que se extendía ante nosotros, un último alarido desesperado, seguido de un golpe sordo producido por algo pesado. Nos detuvimos y escuchamos. Ningún nuevo sonido rompió el espeso silencio de la noche sin viento.

Vi que Holmes se llevaba la mano a la frente y que pateaba el suelo como un hombre que ha perdido el juicio.

—Nos ha vencido, Watson. Hemos llegado demasiado tarde.

—¡No, no, no puede ser!

—Fue estúpido por mi parte no actuar antes. Y usted, Watson, ¡vea lo que ha ocurrido por abandonar su tarea! Pero si ha sucedido lo peor, ¡le vengaremos!

Corrimos a ciegas en la oscuridad, tropezando con los pedruscos, abriéndonos paso entre matas de aulaga, jadeando colinas arriba y precipitándonos pendientes abajo, siempre en dirección al lugar de donde procedieran los espantosos gritos. En todos los montículos, Holmes miraba ansiosamente a su alrededor, pero las sombras se espesaban sobre el páramo y no se veía el menor movimiento en su tétrica superficie.

—¿Ve usted algo?

—Nada.

—¡Escuche! ¿Qué ha sido eso?

Un débil gemido había llegado hasta nuestros oídos. Y volvió otra vez a nuestra izquierda. Por aquel lado, una hilera de rocas terminaba en un despeñadero cortado a pico. Abajo divisamos un bulto oscuro que recordaba a un aguilucho con las alas extendidas. Nos acercamos corriendo y la imprecisa silueta adquirió entonces contornos definidos. Era un hombre de bruces en el suelo, con la cabeza doblada debajo del cuerpo en un ángulo horrible, los hombros curvados y el cuerpo encogido, como si acabara de dar un salto mortal. La postura era tan grotesca que tardé unos segundos en comprender que aquel hombre había muerto tras exhalar el último gemido que nosotros habíamos oído. Porque ya no llegaba ni un susurro, ni el más leve rumor, de la figura en sombra sobre la que nos inclinábamos. Holmes la tocó y retiró enseguida la mano con una exclamación de horror. El resplandor de una cerilla iluminó sus dedos manchados y el espantoso charco de sangre que brotaba del cráneo aplastado de la víctima y crecía lentamente. E iluminó algo más, que nos llenó de desesperación, ¡el cuerpo de sir Henry Baskerville!

Era imposible que ninguno de nosotros dos hubiera olvidado aquel peculiar traje rojizo de tweed, el mismo que llevaba la mañana que le conocimos en Baker Street. Lo distinguimos un momento con claridad, y el fósforo parpadeó y se apagó enseguida, del mismo modo en que se había apagado toda esperanza en nuestros corazones. Holmes dejó escapar un gemido y su rostro resplandeció pálido en la oscuridad.

—¡Salvaje! ¡Salvaje! —exclamé yo apretando los puños—. ¡Ah, Holmes, nunca me perdonaré el haberle abandonado a su suerte!

—Yo soy más culpable que usted, Watson. Con el objetivo de dejar el caso bien redondeado y completo, he permitido que mi cliente perdiera la vida. Es el peor golpe que he recibido a lo largo de mi carrera. Pero ¿cómo podía yo saber, cómo demonios podía yo saber que, a pesar de todas mis advertencias, él arriesgaría su vida por el páramo?

—¡Que hayamos oído sus alaridos, y qué alaridos, Dios mío, y no hayamos sido capaces de salvarle! ¿Dónde está ese horrible perro que lo ha empujado a la muerte? Tal vez, en este instante, se oculta tras aquellas rocas. Y Stapleton, ¿dónde está Stapleton? Tendrá que responder de este crimen.

—Yo me ocuparé de que lo haga. Tío y sobrino han sido asesinados: el primero murió de miedo al ver a la bestia que él creía sobrenatural, y el segundo, empujado a su final en una huida desesperada para escapar de ella. Pero ahora tenemos que demostrar la conexión entre el hombre y el perro. Salvo por lo que oímos, ni siquiera podemos jurar que exista, dado que sir Henry ha muerto evidentemente a consecuencia de la caída. Pero vive Dios que, pese a toda su astucia, ¡ese individuo estará en mi poder antes de que transcurra un solo día!

Permanecemos inmóviles, con el corazón lleno de amargura, a uno y otro lado del

cuerpo destrozado, abrumados por aquella repentina e irreparable catástrofe que había puesto lamentable fin a nuestros largos y duros esfuerzos... Después, mientras surgía la luna, trepamos a lo alto de las rocas desde donde había caído nuestro pobre amigo y tendimos la mirada por el páramo fantasmal, mitad plata, mitad sombras. Lejos, a muchas millas de distancia en dirección a Grimpen, brillaba una luz amarilla y fija. Solo podía proceder de la solitaria casa de los Stapleton. Mientras la miraba, agité el puño y dejé escapar una amarga maldición.

—¿Por qué no le echamos mano ahora mismo?

—Nuestro caso no está cerrado. Ese individuo es extremadamente cauteloso y astuto. Lo que importa no es lo que sabemos, sino lo que podemos probar. Un solo movimiento en falso y este canalla se nos escapa.

—¿Qué podemos hacer?

—Mañana no nos faltará trabajo. Esta noche solo nos resta rendirle un último tributo a nuestro pobre amigo.

Descendimos juntos la escarpada pendiente y nos aproximamos al cadáver, que destacaba como una mancha negra sobre las piedras de plata. El sufrimiento que revelaban aquellos miembros contorsionados me provocó un espasmo de dolor y las lágrimas me enturbiaron los ojos.

—¡Tenemos que pedir ayuda, Holmes! No podremos llevarlo solos desde aquí hasta la mansión. ¡Santo cielo! ¿Se ha vuelto usted loco?

Mi amigo había lanzado un grito, al inclinarse sobre el cadáver. Ahora bailaba y reía y me estrechaba las manos. ¿Era aquel el Sherlock Holmes severo y reservado que yo conocía? ¡Cuánto fuego escondido!

—¡Una barba! ¡Una barba! ¡Ese hombre tiene barba!

—¿Barba?

—No es el baronet... Es... ¡mi vecino, el preso fugado!

Con febril precipitación dimos la vuelta al cadáver. La barba goteante apuntaba hacia la luna fría y clara. Viendo aquella frente abultada y aquellos ojillos hundidos y brutales, no quedaba lugar a dudas. Era el mismo rostro que me había mirado con ira a la luz de la vela por encima de la roca. El rostro de Selden, el asesino.

Luego, en un instante, lo comprendí todo. Recordé que el baronet me contó que había regalado a Barrymore su ropa usada. Este, a su vez, la había entregado a Selden para ayudarle a escapar. Botas, camisa, gorra, todo era de sir Henry. La tragedia seguía siendo espantosa, pero aquel hombre, al menos, había merecido, según las leyes de su país, la muerte. Con el corazón rebosante de agradecimiento y alegría, le expliqué a Holmes lo sucedido.

—Así pues, ese pobre diablo ha muerto a causa de la ropa —dijo él—. Al perro le dieron a oler alguna prenda de sir Henry. Probablemente la bota que desapareció en el hotel. Y por eso le ha dado caza. Hay, no obstante, algo muy extraño: ¿cómo pudo saber Selden, en la oscuridad, que el sabueso andaba tras su rastro?

—Le oyó.



—Oír a un perro en el páramo no hubiera asustado a un hombre como él hasta el punto de que se expusiera, con sus frenéticos alaridos de socorro, a dejarse capturar de nuevo. Si nos guiamos por sus gritos, corrió todavía mucho rato después de saber que el animal le seguía. ¿Cómo lo supo?

—Para mí es un misterio aún mayor averiguar por qué, dando por supuesto que nuestra hipótesis es correcta...

—Yo nunca doy nada por supuesto.

—Bien, pero ¿por qué dejaron suelta a la bestia precisamente esta noche? Imagino que no anda siempre libre por el páramo. Stapleton no la habría soltado sin tener buenas razones para creer que sir Henry iba a estar allí.

—Creo que de ambos misterios el mío es el más difícil, porque muy pronto encontraremos explicación al suyo, mientras que el mío quizá siga siéndolo para siempre. Pero, en estos momentos, nuestro problema consiste en decidir qué vamos a hacer con el cuerpo de este pobre diablo. No podemos abandonarlo sin más a merced de los zorros y de los cuervos.

—Propongo que lo metamos en uno de los refugios hasta que tengamos ocasión de informar a la policía.

—De acuerdo. Seguro que entre los dos podremos trasladarlo. ¡Caramba, Watson! ¿Qué veo? ¡Aquí tenemos a nuestro hombre! ¡No cabe mayor asombro por mi parte ni mayor audacia por la suya! Ni una palabra que revele nuestras sospechas, o mis planes se vendrán abajo.

Una figura se acercaba por el páramo y vi el débil resplandor rojo de un cigarro. La luna brillaba sobre él y pude distinguir el aspecto vivaz y el caminar desenvuelto del naturalista. Stapleton se detuvo un instante al vernos, pero reanudó enseguida la marcha hacia nosotros.

—Vaya, doctor Watson, ¡qué sorpresa! Es usted la última persona que hubiera esperado encontrar en el páramo a estas horas. Pero, Dios mío, ¿qué ocurre? ¿Hay alguien herido? ¡No! ¡No me digáis que es nuestro amigo sir Henry!

Pasó precipitadamente a mi lado y se agachó junto al cadáver. Oí una brusca inspiración y el cigarro se le cayó de la mano.

—¿Quién... quién es este individuo? —tartamudeó.

—Es Selden, el presidiario fugado de Princetown.

Stapleton volvió hacia nosotros un rostro desencajado y espantoso, pero, con un supremo esfuerzo, logró superar su sorpresa y su decepción. Después pasó una mirada inquisitiva de Holmes a mí.

—¡Dios mío! ¡Qué cosa tan espantosa! ¿Y cómo ha muerto?

—Parece ser que se ha desnucado al caer desde aquellas rocas. Mi amigo y yo paseábamos por el páramo cuando oímos un grito.

—Yo también oí un grito. Eso fue lo que me sacó de casa. Me preocupé mucho al pensar en sir Henry.

—¿Por qué en sir Henry? —no pude menos que preguntar.

—Porque le había propuesto que viniese a mi casa. Me sorprendió que no se presentara y, como es lógico, me alarmé al oír gritos en el páramo. Por cierto —sus ojos escudriñaron de nuevo mi rostro y el de Holmes—, ¿han oído ustedes algo más, aparte de ese grito?

—No —dijo Holmes—. ¿Y usted?

—Tampoco.

—En tal caso, ¿a qué se refiere?

—Bueno, ya conoce usted las historias de los campesinos acerca de un perro fantasmal. Aseguran que se le oye de noche en el páramo. Me preguntaba si en esta ocasión habrían oído algo de ese tipo.

—No hemos oído nada —dije.

—¿Y cuál es su teoría sobre la muerte de este desdichado?

—No me cabe duda de que la ansiedad y la vida a la intemperie le han hecho perder el juicio. Ha echado a correr enloquecido por el páramo y ha terminado por caer desde allí y desnucarse.

—Parece una teoría muy razonable —dijo Stapleton, con un suspiro que me pareció de alivio—. ¿Cuál es su opinión, señor Holmes?

Mi amigo hizo un gesto con la cabeza.

—Identifica usted muy pronto a las personas —dijo.

—Le hemos estado esperando a usted desde que apareció por aquí el doctor Watson. Ha llegado a tiempo de presenciar una tragedia.

—Así es, en efecto. No tengo la menor duda de que la explicación de mi amigo se ajusta a los hechos. Mañana, cuando regrese a Londres, llevaré conmigo un desagradable recuerdo.

—¿Se marcha usted mañana?

—Esa es mi intención.

—¿No arrojará su visita luz alguna sobre estos acontecimientos que nos tienen tan desconcertados?

Holmes se encogió de hombros.

—Uno no consigue siempre el éxito que se propone. El investigador necesita hechos reales, no leyendas y rumores. No ha sido un caso satisfactorio.

Mi amigo hablaba en tono franco y despreocupado. Pero Stapleton le seguía mirando con fijeza. Después se volvió hacia mí.

—Les propondría que trasladásemos a ese infeliz a mi casa, pero mi hermana se asustaría tanto que no me parece justificado. Podemos cubrirle el rostro con algo, y aquí estará seguro hasta mañana.

Eso hicimos. Tras rechazar la hospitalidad que Stapleton nos ofrecía, Holmes y yo nos encaminamos hacia la Mansión de los Baskerville, dejando que el naturalista regresara solo a su casa.

Al volver la vista atrás, vimos que se alejaba lentamente por el ancho páramo, y a sus espaldas, la negra mancha sobre la pendiente plateada indicaba el punto donde

yacía el desdichado que había tenido una muerte tan horrible.

## TENDIENDO LAS REDES

—¡Por fin nos hemos visto cara a cara! —dijo Holmes, mientras caminábamos juntos por el páramo—. ¡Qué sangre fría tiene este hombre! Con qué prontitud se ha recuperado del terrible golpe que ha supuesto para él descubrir que se había equivocado de víctima. Se lo dije en Londres, Watson, y se lo repito ahora: nunca nos hemos enfrentado a un enemigo tan digno de nuestro acero.

—Lamento que le haya visto a usted, Holmes.

—Al principio también lo he lamentado yo. Pero era inevitable.

—¿Qué efecto cree que tendrá sobre sus planes saber que está usted aquí?

—Puede hacerle más cauto o puede empujarle a decisiones desesperadas. Como la mayor parte de criminales inteligentes, quizá confíe demasiado en su ingenio e imagine que nos ha engañado por completo.

—¿Por qué no le apresamos ahora mismo?

—Querido Watson, no hay duda de que nació usted para hombre de acción. Su instinto le lleva siempre a actuar con contundencia. Pero supongamos, como mera hipótesis, que le hacemos arrestar esta noche. ¿Qué sacaríamos con ello? No podemos probar nada contra él. ¡Ahí radica su diabólica astucia! Si se sirviera de un agente humano, podríamos obtener alguna prueba, pero aunque lográramos sacar a la luz a ese enorme perro, eso no nos ayudaría a ponerle a su dueño una cuerda alrededor del cuello.

—Estoy convencido de que ya disponemos de pruebas suficientes.

—Ni muchísimo menos. Solo meras suposiciones y conjeturas. Seríamos el hazmerreír de un tribunal si nos presentásemos con semejante historia y semejantes pruebas.

—Tenemos la muerte de sir Charles.

—No se encontró en su cadáver la menor señal de violencia. A usted y a mí nos consta que murió de miedo y sabemos también qué fue lo que le asustó, pero ¿cómo vamos a conseguir que les conste también a doce obtusos jurados? ¿Qué señales hay de un perro? ¿Dónde están las huellas de sus colmillos? Sabemos, claro, que un perro no muerde a un cadáver y que sir Charles había muerto antes de que el animal le diera alcance. Pero todo esto tenemos que probarlo y no estamos en condiciones de hacerlo.

—¿Y qué me dice de lo sucedido esta noche?

—Pues tampoco hemos adelantado mucho. No existe conexión directa entre el perro y la muerte de Selden. No hemos visto en ningún momento al animal. Lo hemos oído, cierto, pero no podemos probar que siguiera el rastro del presidiario.

Además, carecemos totalmente de un móvil. No, amigo mío, debemos reconocer que en estos momentos no disponemos de las pruebas necesarias, y también que merece la pena correr cualquier riesgo para conseguirlas.

—¿Y cómo se propone hacerlo?

—Confío mucho en la ayuda que nos preste la señora Laura Lyons, cuando sepa exactamente cuál es la situación. Cuento además con mi propio plan. A cada día le basta su propio afán. Pero espero que antes de veinticuatro horas habremos ganado la batalla.

No logré que dijera ni una palabra más y siguió perdido en sus pensamientos hasta que llegamos a las puertas de la Mansión de los Baskerville.

—¿Va usted a entrar?

—Sí, no veo razón alguna para seguir ocultándome. Una última advertencia, Watson. No le hable del perro a sir Henry. Déjele creer que Selden ha muerto como Stapleton quisiera que lo creyéramos nosotros. Así se enfrentará con más tranquilidad a la dura prueba que le espera mañana, dado que se ha comprometido, si recuerdo bien su informe, a cenar con esa gente.

—Yo debo acompañarle también.

—Pues tendrá que disculparse, porque es preciso que sir Henry vaya solo. Lo arreglaremos sin dificultad. Y ahora, si llegamos demasiado tarde para la cena, creo que nos vendrá bien a los dos una cena de medianoche.

Sir Henry manifestó más satisfacción que sorpresa al ver a Sherlock Holmes, pues esperaba desde hacía días que los recientes acontecimientos le trajeran desde Londres. Enarcó, sin embargo, las cejas al descubrir que mi amigo llegaba sin equipaje y no daba de ello la menor explicación. Holmes y yo respondimos a sus requerimientos, y después de un tardío tentempié, le explicamos todo aquello que nos pareció conveniente que supiera. Pero antes me incumbió la desagradable tarea de comunicar a Barrymore y a su esposa la noticia de la muerte de Selden. Para el mayordomo quizá fuera un auténtico alivio, pero ella lloró amargamente, cubriéndose el rostro con el delantal. Para el resto del mundo, el presidiario era el prototipo de la violencia, mitad fiera y mitad demonio, pero para ella seguía siendo el muchachito caprichoso de su juventud, el pequeño que se aferraba de su mano. Muy malvado tiene que ser un hombre para que no haya una mujer que llore su muerte.

—He pasado todo el día aburriéndome en casa, desde que Watson se ha ido por la mañana —dijo el baronet—. Creo que he demostrado merecer su confianza, pues he cumplido mi promesa. De no haber jurado que no saldría solo, pude pasar una velada más animada, porque Stapleton me envió un recado invitándome a visitarle.

—No me cabe la menor duda de que habría pasado una velada más animada —dijo Holmes con sequedad—. Por cierto, usted ignora que durante un rato hemos estado llorando su muerte, convencidos de que se había desnucado.

Sir Henry abrió mucho los ojos.

—¿Cómo ha sido eso?

—El desdichado llevaba puesta su ropa. Temo que el criado que se la dio tenga dificultades con la policía.

—No es probable. Por lo que recuerdo, ninguna de las prendas llevaba marca.

—Es una suerte para él... De hecho es una suerte para todos ustedes, ya que todos han actuado al margen de la ley. Me pregunto si, en mi calidad de detective responsable, mi primer deber no consistiría en arrestar a los habitantes de esta casa. Los informes de Watson son unos documentos sumamente comprometedores.

—Pero ¿qué me dice del caso? —inquirió el baronet—. ¿Ha encontrado algún cabo que permita desenredar la madeja? Me parece que ni Watson ni yo sabemos mucho más de lo que sabíamos al llegar de Londres.

—Creo que estaré pronto en condiciones de aclarar en gran parte la situación. Ha sido un asunto extraordinariamente difícil y complejo. Quedan todavía algunos puntos sin dilucidar, pero llegaremos hasta el final.

—Como Watson sin duda le habrá contado, hemos vivido una extraña experiencia. Hemos oído al perro en el páramo, por lo que puedo jurar que no se trata de una mera superstición sin fundamento. Tuve relación con perros salvajes cuando viví en el oeste americano y los reconozco con solo oírlos. Si es usted capaz de ponerle a este un bozal y atarlo con una cadena, estaré dispuesto a afirmar que es el mejor detective de todos los tiempos.

—Puede estar seguro de que le pondré el bozal y le ataré con la cadena, siempre que usted me ayude.

—Haré todo lo que me diga.

—De acuerdo. Le pediré además que me obedezca a ciegas, sin preguntar las razones.

—Como usted quiera.

—Si lo hace así, creo que tenemos muchas posibilidades de resolver en breve este problema. No me cabe la menor duda...

Holmes se interrumpió de pronto y clavó la mirada fijamente, por encima de mi cabeza, en algo que quedaba detrás de mí. La luz de la lámpara le daba de lleno. Estaba tan embebido, tan absorto y tan inmóvil que su rostro parecía el de una estatua clásica, expectante y alerta.

—¿Qué sucede? —exclamamos sir Henry y yo.

Cuando bajó la vista, advertí que reprimía una intensa emoción. Sus facciones mantenían la calma, pero había en sus ojos un centelleo jubiloso y divertido.

—Disculpen la admiración de un experto —dijo, señalando con un gesto la línea de retratos que cubría la pared de enfrente—. Watson se niega a reconocer que yo entienda algo de arte, pero es pura envidia porque nuestras opiniones sobre la materia no coinciden. Le aseguro que tiene usted aquí una excelente colección de retratos.

—Me alegra oírsele decir —admitió sir Henry, mirando a mi amigo con cierta sorpresa—. Yo no pretendo saber mucho de estos temas, soy mejor juez en asuntos de caballos o de ganado. Ignoraba que dispusiera usted de tiempo para esas cosas.

—Reconozco lo que es bueno cuando lo veo, y en este momento lo estoy viendo. Juraría que la dama vestida de seda azul es un Kneller, y el fornido caballero de la peluca un Reynolds. Supongo que son retratos de familia.

—Absolutamente todos.

—¿Sabe quiénes eran?

—Barrymore me ha estado dando lecciones y creo estar en condiciones de pasar con éxito el examen.

—¿Quién es el caballero del catalejo?

—El contralmirante Baskerville, que estuvo a las órdenes de Rodney en las Indias Occidentales. El de la casaca azul y el rollo de documentos es sir William Baskerville, que presidió varios comités en la Cámara de los Comunes de Pitt.

—¿Y el caballero que tengo ante mí, el del terciopelo negro y los encajes?

—Vaya, a este tiene pleno derecho a conocerle. Es la causa de todos nuestros males, el malvado Hugo, que puso en acción al perro de los Baskerville. No es fácil que nos olvidemos de él.

Yo contemplé el retrato con interés y con cierta sorpresa.

—¡Vaya! —dijo Holmes—. Parece un hombre tranquilo y de buenas maneras, pero me atrevo a afirmar que hay un demonio agazapado en sus ojos. Me lo había imaginado más corpulento y bravucón.

—No existe ninguna duda acerca de la autenticidad del lienzo, porque en el dorso se indican el nombre y la fecha, mil seiscientos cuarenta y siete.

Holmes no comentó apenas nada más, pero el retrato del juerguista de otros tiempos parecía haberle fascinado y no apartó los ojos de él durante la cena. Solo más tarde, cuando sir Henry se retiró a su habitación, pude averiguar la línea de sus pensamientos. Holmes me llevó de nuevo a la sala de banquetes y levantó la vela que llevaba en la mano, para iluminar aquel retrato manchado por el paso del tiempo.

—¿No ve nada especial?

Contemplé el ancho sombrero con plumas, los tirabuzones, el blanco cuello de encaje y las severas facciones enmarcadas por ellos. No era un rostro brutal sino duro y severo, algo afectado, con una boca de labios firmes y delgados, y unos ojos fríos e intolerantes.

—¿Se parece a alguien que usted conozca?

—Hay algo de sir Henry en la mandíbula.

—Sí, quizá haya algo. Pero ¡espere un instante!

Holmes se subió a una silla, y levantando la vela con la mano izquierda, dobló el brazo derecho para cubrir con él el sombrero y los largos tirabuzones.

—¡Cielo santo! —grité sin poder ocultar mi asombro.

El rostro de Stapleton había surgido en el lienzo.

—¡Ajá! Ahora sí lo ve usted. Mis ojos están entrenados para estudiar los rostros sin tener en cuenta los adornos. La primera cualidad de un investigador es poder ver a través de un disfraz.

—Es increíble. Podría pasar por un retrato de Stapleton.

—Sí. Es un ejemplo interesante de salto atrás, tanto en el cuerpo como en el espíritu. Basta un estudio de los retratos de familia para convertirse a la doctrina de la reencarnación. Evidentemente este individuo es un Baskerville.

—Y evidentemente tiene intenciones muy concretas respecto a la herencia.

—Exacto. Haberme fijado por azar en este retrato nos ha suministrado un eslabón importante que todavía nos faltaba. Ya es nuestro, Watson, ya es nuestro; y me atrevo a asegurar que antes de mañana por la noche revoloteará en nuestra red, tan impotente como una de sus mariposas. Un alfiler, un corcho, una etiqueta ¡y lo añadiremos a la colección de Baker Street!

Mientras se alejaba del retrato, Holmes estalló en carcajadas. No le he oído reír con frecuencia, pero siempre ha sido un mal presagio para alguien.

Por la mañana me levanté temprano. Sin embargo, Holmes se me había adelantado, porque, mientras yo me vestía, le vi regresar hacia la casa por la avenida.

—Sí, hoy vamos a tener una jornada muy completa —comentó, frotándose las manos ante el placer que le producía entrar en acción—. Las redes han sido tendidas y vamos a tirar de ellas. Antes de acabar el día sabremos si hemos pescado nuestro gran lucio o si se nos ha escapado por entre las mallas.

—¿Ha estado usted ya en el páramo?

—He enviado desde Grimpen un informe de la muerte de Selden al presidio de Princetown. Creo que no les molestarán a ustedes. También me he entrevistado con mi fiel Cartwright, que con toda seguridad se habría dejado morir a la puerta de mi refugio como un perro junto a la tumba de su amo si yo no le hubiera hecho saber que estaba sano y salvo.

—¿Cuál será el próximo paso?

—Ver a sir Henry. Ah, ¡aquí le tenemos!

—Buenos días, Holmes —dijo el baronet—. Parece usted un general que está trazando el plan de batalla con el jefe de su estado mayor.

—Esa es exactamente la situación. Watson me está pidiendo instrucciones.

—Y lo mismo hago yo.

—Muy bien. Tengo entendido que está invitado a cenar con nuestros amigos los Stapleton.

—Espero que también venga usted. Son personas muy hospitalarias y se alegrarán de verle.

—Mucho me temo que Watson y yo tenemos que regresar a Londres.

—¿A Londres?

—Sí. Creo que en estos momentos somos más necesarios allí que aquí.

La cara del baronet se alargó visiblemente.

—Tenía la esperanza de que estuvieran a mi lado hasta el final de esta historia. La mansión y el páramo no son lugares agradables para la soledad.

—Amigo mío, tiene que confiar plenamente en mí y hacer exactamente lo que le



diga. Explique a sus amigos que nos hubiera encantado acompañarle, pero que un asunto muy urgente nos ha obligado a volver a Londres. Esperamos regresar enseguida. ¿Se acordará usted de transmitirles este mensaje?

—Puesto que insiste...

—Le aseguro que no hay otra alternativa.

El ceño fruncido del baronet me dio a entender que estaba muy afectado, pues creía que nos disponíamos a abandonarle.

—¿Cuándo quiere marcharse? —preguntó con frialdad.

—Inmediatamente después del desayuno. Pasaremos antes por Coombe Tracey, pero mi amigo dejará aquí sus cosas en garantía de que va a regresar. Watson, mándele una nota a Stapleton para comunicarle que lamenta no poder asistir a la cena.

—Me gustaría mucho volver a Londres con ustedes —dijo el baronet—. ¿Por qué he de quedarme aquí solo?

—Porque este es su puesto. Y porque usted me ha dado su palabra de que hará cuanto le diga y ahora le estoy diciendo que se quede.

—De acuerdo. En tal caso me quedaré.

—¡Una cosa más! Quiero que vaya en coche a la Casa Merripit. Pero después devuelva el coche y haga saber a sus anfitriones que piensa regresar a pie.

—¿A pie por el páramo?

—Sí.

—Pero ¡si eso es precisamente lo que con tanta insistencia me ha pedido que no haga!

—En esta ocasión podrá hacerlo sin peligro. Si no tuviera total confianza en su serenidad y en su valor, no le pediría algo así, pero es esencial que usted lo haga.

—Lo haré, pues.

—Y si aprecia en algo su vida, cruce el páramo sin salirse del sendero que lleva directamente desde la Casa Merripit hasta la carretera de Grimpen, que es su camino habitual.

—Haré exactamente lo que me indica.

—Muy bien. Me gustaría salir enseguida después del desayuno, para llegar a Londres a primera hora de la tarde.

A mí me desconcertó mucho aquel programa, pese a recordar que Holmes le había dicho a Stapleton la noche anterior que su visita terminaría al día siguiente. No se me había pasado por la imaginación que quisiera llevarme con él, ni alcanzaba a comprender que ambos pudiéramos estar ausentes en un momento que él mismo calificaba de crucial. Pero no cabía hacer otra cosa que obedecer ciegamente. Nos despedimos, por tanto, de nuestro afligido amigo, y dos horas más tarde estábamos en la estación de Coombe Tracey y habíamos despedido al carricoche para que regresara a la mansión. En el andén nos esperaba un muchacho.

—¿Alguna orden, señor?

—Partirás hacia Londres en este tren, Cartwright. En cuanto llegues, envía un telegrama firmado con mi nombre a sir Henry Baskerville para decirle que si encuentra la cartera que he perdido la envíe a Baker Street por correo certificado.

—Sí, señor.

—Y ahora pregunta en la oficina de la estación si hay algún mensaje para mí.

El muchacho regresó enseguida con un telegrama, que Holmes me pasó a mí. Decía: «Telegrama recibido. Llevo orden de detención en blanco. Llegaré a las diecisiete cuarenta. Lestrade».

—Es la respuesta a mi telegrama de esta mañana —dijo Holmes—. Considero a Lestrade el mejor profesional, y tal vez necesitemos su ayuda. Y ahora, Watson, creo que el modo más provechoso de emplear nuestro tiempo es visitar a su amiga, la señora Laura Lyons.

Su plan de campaña empezaba a perfilarse. Utilizaría al baronet para convencer a los Stapleton de que nos habíamos ido, pero en realidad regresaríamos en el momento culminante. Si sir Henry mencionaba a los Stapleton el telegrama recibido desde Londres, esto desvanecería sus últimos recelos. Me parecía estar viendo ya cómo nuestras redes se iban cerrando en torno al lucio.

La señora Laura Lyons estaba en su oficina, y Sherlock Holmes inició la entrevista con tal franqueza y de un modo tan directo que quedó desconcertada.

—Estoy investigando las circunstancias que rodean la muerte de sir Charles Baskerville —dijo Holmes—. Mi amigo aquí presente, el doctor Watson, me ha transmitido lo que le comunicó y también lo que le ocultó en relación con este asunto.

—¿Qué es lo que he ocultado? —pregunto la señora Lyons en tono desafiante.

—Ha confesado que solicitó a sir Charles que estuviera en el portillo a las diez. Sabemos que estos fueron el lugar y la hora de su muerte. Usted ha ocultado la conexión que existe entre ambos hechos.

—No existe conexión alguna.

—En tal caso, se trataría de una coincidencia realmente extraordinaria. Pero espero que sí lograremos establecer dicha conexión. Quiero ser totalmente sincero con usted, señora Lyons. Nosotros creemos que se trata de un asesinato, y en las pruebas pueden resultar implicados, no solo su amigo el señor Stapleton, sino también la esposa de este.

La mujer se levantó violentamente del asiento.

—¡Su esposa! —gritó.

—Ha dejado de ser un secreto. La persona que pasaba por ser su hermana es en realidad su esposa.

La señora Lyons había vuelto a sentarse. Sus manos apretaban los brazos del sillón, y vi que las uñas sonrosadas estaban blancas por efecto de la presión que aquellas ejercían.

—¡Su esposa! —repitió—. ¡Su esposa! Él no está casado.

Sherlock Holmes se encogió de hombros.

—¡Demuéstremelo! ¡Demuéstremelo! Y si lo hace...

El feroz brillo de sus ojos fue más elocuente que cualquier palabra.

—He venido preparado —dijo Holmes, mientras sacaba varios papeles del bolsillo—. Aquí tiene una fotografía de la pareja hecha en York hace cuatro años. Al dorso lleva escrito «Señor y señora Vandeleur», pero le será fácil identificar a Stapleton, y a su presunta hermana si la conoce de vista. Dispongo también de tres testimonios escritos, que proceden de personas de confianza, donde describen al señor y a la señora Vandeleur en la época en que se ocupaban del colegio Saint Oliver. Léalos y dígame si le queda alguna duda sobre la identidad de estas personas.

La señora Lyons examinó los papeles y después levantó hacia nosotros el rostro contraído y resuelto de una mujer desesperada.

—Señor Holmes —dijo—, ese hombre me había propuesto casarse conmigo si yo conseguía el divorcio. El muy canalla me ha mentido de todas las formas imaginables. Ni una sola de las cosas que me dijo era verdad. ¿Y para qué, para qué? Yo creía que lo hacía todo por mí. Pero ahora veo que solo he sido un instrumento en sus manos. ¿Por qué tendría yo que guardarle lealtad cuando él no ha sido leal conmigo jamás? ¿Por qué tendría que protegerlo de las consecuencias de sus maldades? Pregúnteme lo que quiera, y no le ocultaré nada. Una cosa sí le juro, y es que cuando escribí la carta no tenía ni idea de que causaba el menor daño al anciano caballero que había sido el más bondadoso de mis amigos.

—La creo, señora —dijo Sherlock Holmes—. Y como el relato de todos estos acontecimientos podría ser para usted muy doloroso, quizá le resulte más fácil escuchar el que haga yo y corregirme cuando cometa un error importante. ¿Fue Stapleton quién sugirió el envío de la carta?

—Él me la dictó.

—Supongo que dio para ello la razón de que usted recibiría ayuda de sir Charles para los gastos del divorcio.

—Exacto.

—Y supongo que, después de enviada la carta, la disuadió de que acudiera a la cita.

—Me dijo que heriría su amor propio que otro hombre me proporcionara el dinero para dicho fin y que, a pesar de su pobreza, consagraría hasta el último penique a apartar los obstáculos que se interponían entre nosotros.

—Por lo visto era un hombre muy coherente. ¿Y no supo usted nada más hasta que leyó en el periódico la noticia de la muerte de sir Charles?

—No.

—¿Le hizo jurar también que no diría nada acerca de la cita?

—Sí. Dijo que se trataba de una muerte muy misteriosa y que, si se conocían los hechos, sospecharían de mí. Me asustó para que guardase silencio.

—Entiendo. Pero usted sospechaba algo, ¿verdad?

La señora Lyons vaciló y bajó la mirada.

—Yo sabía cómo era él —dijo finalmente—. Pero si no me hubiese engañado yo le habría permanecido siempre fiel.

—Creo que, bien mirado, puede considerarse usted una mujer con suerte al salir tan bien librada —dijo Sherlock Holmes—. Tenía a Stapleton en su poder, él lo sabía, y sin embargo sigue viva. Lleva meses caminando al borde del abismo. Ahora vamos a despedirnos de usted, pero es probable que tenga pronto noticias nuestras.

Mientras esperábamos la llegada del expreso procedente de Londres, Holmes dijo:

—El caso se está cerrando y poco a poco desaparecen las dificultades. Pronto dispondré de un relato coherente de uno de los crímenes más singulares y extraños de nuestro tiempo. Los estudiosos de criminología recordarán los incidentes análogos de Grodno, Pequeña Rusia, el año mil ochocientos sesenta y seis, y también, por supuesto, los asesinatos de Anderson en Carolina del Norte, aunque el presente caso posee algunos rasgos específicamente suyos. Pero todavía carecemos, incluso ahora, de pruebas concluyentes contra ese hombre tan astuto. Mucho me sorprendería, sin embargo, que antes de que nos acostemos esta noche, no haya quedado todo claro.

El expreso de Londres entró rugiendo con estrépito en la estación, y un hombrecillo musculoso con aspecto de bulldog saltó del vagón de primera clase. Nos estrechamos las manos y advertí enseguida, por la forma reverente con que Lestrade miraba a mi compañero, que había aprendido mucho desde los tiempos en que trabajaron juntos por primera vez. Yo recordaba perfectamente el desprecio que despertaban en el hombre empírico las teorías del hombre razonador.

—¿Tenemos algo especial entre manos? —preguntó.

—Lo más grande en años —dijo Holmes—. Disponemos de dos horas antes de ponernos en camino. Creo que podríamos emplearlas en comer algo, y después, Lestrade, le limpiaremos la garganta de la niebla de Londres proporcionándole unas bocanadas del aire puro de las noches de Dartmoor. ¿No ha estado nunca en el páramo? Ah, muy bien, no creo que olvide nunca su primera visita.

## EL PERRO DE LOS BASKERVILLE

Uno de los defectos de Sherlock Holmes —si puede calificarse de defecto— era lo mucho que se resistía a comunicar sus planes a los demás antes de ponerlos en práctica. Esto obedecía, sin duda, a su carácter autoritario, que le empujaba a dominar y a sorprender a cuantos le rodeaban. En parte obedecía también a su reserva profesional, que le llevaba siempre a reducir los riesgos al mínimo. Las consecuencias resultaban, no obstante, muy molestas para quienes actuaban como sus agentes o colaboradores. Yo ya las había padecido con frecuencia, pero nunca me habían hecho sufrir tanto como durante aquel largo trayecto en la oscuridad. Nos enfrentábamos a la gran prueba, íbamos a librar por fin la batalla decisiva, y Holmes no había dicho nada, de modo que solo cabían conjeturas sobre cuál sería su línea de acción. Apenas pude controlar mis nervios cuando el frío viento en el rostro y los oscuros espacios vacíos a ambos lados del sendero nos anunciaron que volvíamos a estar en el páramo. Cada paso de los caballos y cada giro de las ruedas nos acercaba a la aventura suprema.

La presencia del conductor coartaba nuestra conversación, y nos veíamos obligados a hablar de temas triviales, mientras la emoción y la espera tensaban nuestros nervios. Tras esta forzada reserva, supuso un alivio para mí dejar atrás la casa de Frankland y saber que nos acercábamos a la Mansión de los Baskerville y al escenario de la acción. En lugar de llegar en coche hasta el edificio, nos apeamos cerca del portón donde daba comienzo la avenida. Pagamos al cochero y le ordenamos que regresara a Coombe Tracey, mientras nosotros nos poníamos en camino hacia la Casa Merripit.

—¿Va usted armado, Lestrade?

—Siempre que llevo pantalones, llevo bolsillo trasero, y siempre que llevo bolsillo trasero, llevo algo metido en él.

—¡Eso está bien! También mi amigo y yo venimos preparados para cualquier emergencia.

—Se muestra usted muy reservado acerca de este asunto, señor Holmes. ¿A qué vamos a jugar ahora?

—Al juego de la espera.

—¡Vive Dios que este lugar no es precisamente alegre! —dijo el detective con un estremecimiento, mientras contemplaba las melancólicas laderas de la colina y el enorme lago de niebla que yacía sobre la gran ciénaga de Grimpen—. Veo las luces de una casa delante de nosotros.

—Es la Casa Merripit y el final de nuestro trayecto. Les ruego que caminen de

puntillas y hablen en voz muy baja.

Avanzamos con gran cautela por el sendero, hacia la casa, pero Holmes nos detuvo cuando nos encontrábamos a unas doscientas yardas.

—Aquí estamos bien —dijo—. Las rocas de la derecha nos proporcionan una estupenda mampara protectora.

—¿Esperaremos aquí?

—Sí. Dispondremos aquí nuestra pequeña emboscada. Lestrade, métase en ese hoyo. Usted, Watson, ha estado dentro de la casa, ¿no es cierto? ¿Puede localizar la posición de las habitaciones? ¿A qué corresponden las ventanas enrejadas del extremo?

—Creo que a la cocina.

—¿Y la que queda un poco más allá, la que está tan bien iluminada?

—Se trata sin duda del comedor.

—Las persianas están abiertas. Usted es quien mejor conoce el terreno. Aproxímese con sigilo y vea qué hacen, pero, por todos los santos, ¡que no descubran que les estamos vigilando!

Avancé de puntillas por el sendero y me agazapé tras el muro de poca altura que rodeaba el huerto. Aprovechando su protección, me deslicé hasta un punto que me permitía mirar directamente por la ventana.

En la habitación solo había dos hombres, sir Henry y Stapleton. Estaban sentados a ambos lados de la mesa redonda, de perfil a mí. Los dos fumaban cigarros y tenían delante café y una copa de licor. Stapleton hablaba con animación, pero el baronet estaba pálido y ausente. Quizá la idea del paseo solitario a través del páramo pesaba sobre su ánimo.

Mientras yo les observaba, Stapleton se puso en pie y salió de la habitación. Sir Henry volvía a llenar su copa y se recostó en la silla, dando chupadas al cigarro. Oí el chirrido de una puerta y el nítido ruido de unas botas sobre la grava. Los pasos recorrieron el sendero, al otro lado del muro que me cobijaba. Alcé un poco los ojos, y vi que el naturalista se detenía ante la puerta de una de las dependencias exteriores de la casa, situada en un rincón del huerto. Oí girar una llave, y al entrar Stapleton, sonó un extraño rumor en el interior. No permaneció allí más de un minuto. Después oí girar de nuevo la llave en la cerradura. El naturalista pasó junto a mí y regresó a la casa. Vi que se reunía con su invitado, gateé en silencio hasta donde me esperaban mis compañeros y les conté lo que había visto.

—Dice usted, Watson, que la señora no está en el comedor —inquirió Holmes cuando terminé mi informe.

—No.

—¿Dónde puede estar? No hay luz en ninguna otra habitación, si exceptuamos la cocina.

—No tengo ni idea.

Ya he mencionado que sobre la gran ciénaga de Grimpen flotaba una espesa

niebla blanca. Avanzaba lentamente en nuestra dirección y se apelotonaba ante nosotros como un muro de poca altura, pero denso y de contornos definidos. La luna lo iluminaba desde lo alto, y el muro parecía un gran témpano de hielo, con las crestas de los lejanos riscos descansando como pedruscos sobre su superficie. Holmes estaba mirando la niebla y rezongó con impaciencia al ver su lento derivar.

—Viene hacia nosotros, Watson.

—¿Y esto es grave?

—Ya lo creo. De hecho es lo único que puede desbaratar mis planes. El baronet no tardará mucho en irse. Son las diez. Nuestro éxito, e incluso su vida, dependen tal vez de que salga antes de que la niebla cubra el sendero.

La noche era clara y serena. Las estrellas lucían frías y brillantes, y la media luna bañaba la escena con una luz suave e imprecisa. Ante nosotros se alzaba la masa oscura de la casa, con el tejado dentado y las chimeneas violentamente recortadas contra el cielo de plata. Anchas franjas de luz dorada, procedentes de las ventanas de la planta baja, se alargaban por el huerto y por el páramo. Una de las ventanas se cerró de repente. Los criados habían abandonado la cocina. Solo quedaba encendida la lámpara del comedor, donde los dos hombres, el criminal anfitrión y el incauto invitado, seguían conversando y fumando sus cigarros.

A cada minuto que transcurría, la algodonosa materia blanca que cubría la mitad del páramo se iba acercando más a la casa. Los primeros filamentos se rizaron ante el rectángulo dorado de la ventana iluminada. La valla más distante del huerto era ya invisible, y los árboles flotaban en un remolino de blanco vapor. Ante nuestros ojos, los tirabuzones de niebla rodearon los dos ángulos de la casa y se fueron espesando, hasta que el piso superior y el tejado flotaron como una extraña embarcación sobre un mar de sombras. Holmes golpeó irritado la roca que nos ocultaba, y pateó el suelo con impaciencia.

—Si nuestro amigo se demora más de un cuarto de hora, la niebla habrá invadido el sendero. Y dentro de media hora no veremos ni nuestras propias manos.

—¿Y si retrocediéramos a un punto más elevado?

—Sí, creo que será lo mejor.

Así pues, mientras el banco de niebla fluía hacia delante, nosotros nos fuimos alejando hasta una media milla de la casa. Pero el denso mar blanco, con la superficie plateada por la luna, siguió su avance lento e inexorable.

—Nos estamos alejando demasiado —dijo Holmes—. No podemos correr el riesgo de que sir Henry sea alcanzado antes de llegar a un punto donde podamos prestarle ayuda. Hay que mantener esta posición a toda costa. —Se dejó caer de rodillas y pegó un oído al suelo—. Gracias a Dios, me parece que le oigo venir.

El ruido de unos pasos apresurados rompió el silencio en el páramo. Agazapados entre los peñascos, clavamos la mirada en el borde plateado del mar que se extendía ante nosotros. El ruido de las pisadas se intensificó, y a través de la niebla, como a través de una cortina, emergió el hombre al que esperábamos. Miró sorprendido a su

alrededor, al encontrarse en la noche clara y estrellada. Después caminó aprisa sendero adelante, pasó muy cerca de nosotros y empezó a ascender la larga pendiente que quedaba a nuestras espaldas. Mientras caminaba, miraba continuamente hacia atrás, como alguien que se siente inquieto.

—¡Atención! —gritó Holmes, y oí el nítido chasquido de un revólver al ser amartillado—. ¡Cuidado! ¡Ya viene!

Desde el interior de la reptante masa blanca llegó hasta nosotros un tamborileo ligero, brusco, continuado. La niebla se hallaba a cincuenta yardas de nuestro escondite y los tres la contemplábamos atónitos, ignorando qué horror iba a brotar de un momento a otro de sus entrañas. Yo estaba junto a Holmes y me volví un instante hacia él. Le vi pálido y exultante, y los ojos le brillaban vivamente a la luz de la luna. Pero de repente su mirada adquirió una extraña fijeza y su boca se abrió de asombro. Lestrade dejó escapar un grito de terror y se tiró de bruces al suelo. Me puse en pie de un salto, con la mano inerte en la pistola, paralizado por aquella forma espantosa que se abalanzaba hacia nosotros desde las sombras de la niebla. Era un perro, sí, un perro enorme, negro como el carbón, pero distinto a cualquier perro que hubieran visto nunca ojos humanos. Brotaba fuego de su boca abierta y había un brillo encendido en sus ojos. Un fulgor intermitente le iluminaba el hocico, el cuello y el lomo. Ni en las pesadillas delirantes de un cerebro enloquecido pudo aparecer nunca algo más feroz, más horroroso, más infernal, que aquella forma oscura y salvaje que se precipitaba sobre nosotros desde la niebla.

La monstruosa criatura avanzaba a saltos por el sendero, sin desviarse un ápice de los pasos de nuestro amigo. Quedamos hasta tal punto paralizados por su aparición que había pasado ya de largo junto a nosotros antes de que recuperáramos el control de nuestros movimientos. Entonces Holmes y yo disparamos al unísono y la bestia lanzó un espantoso aullido, revelando que al menos uno de nuestros proyectiles la había alcanzado. Sin embargo, lejos de detenerse, siguió avanzando a grandes saltos. A lo lejos, en el camino, vimos que sir Henry se volvía con el rostro pálido a la luz de la luna, y alzaba las manos en un gesto de horror, mientras contemplaba impotente al ser horrendo que le daba alcance.

Pero el aullido de dolor del animal había disipado todos nuestros temores. Si aquella criatura era vulnerable, tenía que ser también mortal, y si habíamos sido capaces de herirla, también seríamos capaces de matarla. Nunca he visto correr a nadie como corrió Holmes aquella noche. Se me considera veloz, pero mi amigo me sacó tanta ventaja como yo al detective bajito. Mientras volábamos por el sendero oíamos, delante de nosotros, los sucesivos alaridos de sir Henry y los sordos rugidos del animal. Pude ver que este saltaba sobre su víctima, la arrojaba al suelo y le buscaba la garganta. Pero un instante después, Holmes había vaciado el cargador de su revólver contra el costado de la fiera. Con un último aullido de dolor y otra feroz dentellada al aire, el perro cayó de espaldas, agitando furioso las cuatro patas, hasta quedar finalmente inmóvil. Yo me detuve jadeante a su lado y aproximé la pistola a la



horrible cabeza luminosa, pero ya no hacía falta apretar el gatillo. El gigantesco sabueso había muerto.

Sir Henry yacía inconsciente en el lugar donde había caído. Le rasgamos el cuello de la camisa y Holmes dio entre dientes gracias a Dios al ver que no había rastro de heridas y que habíamos llegado a tiempo. Poco después nuestro amigo parpadeó e intentó moverse. Lestrade le acercó su botella de brandy a los labios, y dos ojos aterrorizados se alzaron hacia nosotros.

—¡Dios mío! —susurró el baronet—. ¿Qué era eso? En nombre del cielo, ¿qué era eso?

—Fuera lo que fuese, está muerto —dijo Holmes—. Hemos acabado de una vez por todas con el fantasma de los Baskerville.

El tamaño y la fortaleza bastaban para convertir en una criatura terrible a aquella que yacía ante nosotros. No era un sabueso de pura raza, ni era tampoco un mastín de pura raza. Parecía una mezcla de los dos: enjuto, salvaje y del tamaño de una pequeña leona. Incluso ahora, en la inmovilidad de la muerte, brotaba de las voluminosas mandíbulas una llama azulada, y un círculo de fuego rodeaba los ojillos hundidos y crueles. Toqué con una mano el hocico luminoso, y al retirarla, vi que mis propios dedos brillaban como brasas en la oscuridad.

—Fósforo —dije.

—Un ingenioso preparado a base de fósforo —dijo Holmes, acercándose a olisquear al perro—. Inodoro para no perjudicar la capacidad olfativa. Le debemos mil disculpas, sir Henry, por haberle expuesto a algo tan espantoso. Yo estaba preparado para enfrentarme a un perro, pero no a una criatura como esta. Y la niebla no nos ha dejado casi tiempo para darle el recibimiento que merecía.

—Me han salvado la vida.

—Tras haberla puesto en peligro. ¿Está lo bastante fuerte para levantarse?

—Denme otro trago de este brandy y estaré lo bastante fuerte para lo que sea. ¡Bien! Ahora ayúdenme a incorporarme. ¿Qué se propone hacer, señor Holmes?

—Dejarlo a usted aquí. No está en condiciones de correr más aventuras esta noche. Si espera un poco, uno de nosotros volverá a buscarle y le acompañará a la mansión.

El baronet logró ponerse en pie con dificultad, pero seguía mortalmente pálido y temblaba de la cabeza a los pies. Le ayudamos a llegar hasta una roca, donde se sentó tiritando y ocultando el rostro entre las manos.

—Ahora tenemos que dejarle —dijo Holmes—. Es preciso terminar el trabajo y cada minuto cuenta. Tenemos resuelto el caso y solo nos falta el hombre. Hay una probabilidad entre mil de que le encontremos en la casa —siguió diciendo mi amigo mientras regresábamos a toda prisa por el camino—. Los disparos le habrán hecho saber que la partida había terminado.

—Estábamos un poco lejos y la niebla ha podido amortiguar el ruido.

—Tenga la certeza de que él seguía al perro para llevárselo cuando terminara su

misión. No, no, ¡se habrá marchado ya! Pero registraremos la casa para asegurarnos.

La puerta principal estaba abierta, de modo que irrumpimos en la casa y corrimos de habitación en habitación, ante el asombro del viejo y tembloroso criado que encontramos en el pasillo. Solo había luz en el comedor, pero Holmes cogió la lámpara y no dejó rincón sin explorar. No vimos ni rastro del hombre al que perseguíamos. Descubrimos, no obstante, que uno de los dormitorios del piso superior estaba cerrado con llave.

—¡Aquí dentro hay alguien! —gritó Lestrade—. Oigo ruido. ¡Abran la puerta!

Del interior brotaban débiles gemidos y crujidos. Holmes dio una patada justo encima de la cerradura y la puerta se abrió de golpe. Los tres nos precipitamos pistola en mano en la habitación.

Dentro tampoco había rastro del canalla despiadado y desafiante que esperábamos encontrar. Había, en cambio, algo tan extraño e insospechado que quedamos por unos instantes petrificados de asombro.

La habitación estaba dispuesta como un pequeño museo y a lo largo de las paredes se alineaban las vitrinas que exhibían la colección de mariposas y polillas que aquel hombre tan complejo y peligroso capturaba por afición. En el centro se alzaba un pilar, colocado allí en algún momento para sostener la viga, vieja y carcomida, que sostenía la techumbre. Al pilar estaba atada una figura, tan envuelta y oculta tras las sábanas con que la habían amarrado que era imposible decir si se trataba de un hombre o de una mujer. Una toalla, anudada por detrás al pilar, le rodeaba la garganta. Otra le cubría la parte inferior del rostro, y, por encima de ella, nos miraban dos ojos oscuros, llenos de dolor, de vergüenza y de terribles interrogantes. Nos bastó un minuto para arrancarle la mordaza y soltar las ligaduras, y la señora Stapleton cayó al suelo delante de nosotros. Al doblarse la hermosa cabeza sobre su pecho, vi que el cardenal rojo y reciente de un latigazo le cruzaba la garganta.

—¡Qué bruto! —exclamó Holmes—. ¡Lestrade, por favor, el frasco de brandy! ¡Siéntenla en esta silla! Se ha desmayado a causa de los malos tratos y de la fatiga.

La señora Stapleton volvió a abrir los ojos.

—¿Está a salvo? —inquirió—. ¿Ha logrado escapar?

—No se nos escapará, señora.

—No, no. No me refiero a mi marido. ¿Está sir Henry a salvo?

—Sí.

—¿Y el perro?

—Ha muerto.

La mujer dejó escapar un largo suspiro de satisfacción.

—Gracias a Dios. Gracias a Dios. ¡El muy canalla! Vean cómo me ha tratado —retiró las mangas del vestido para enseñarnos los brazos y vimos con horror que estaban llenos de magulladuras—. Pero esto no es nada, ¡nada! Lo que ha torturado y profanado ha sido mi alma y mi mente. Lo soporté todo, los malos tratos, la soledad, el desengaño, todo, mientras aún podía aferrarme a la esperanza de que seguía

contando con su amor, pero ahora sé que también en esto me ha engañado y que no he sido más que un instrumento para él.

Unos sollozos apasionados interrumpieron sus palabras.

—No tiene usted motivo alguno para protegerle —dijo Holmes—. Díganos, pues, dónde podemos encontrarle. Si en alguna ocasión le ha ayudado a hacer el mal, ayúdenos ahora a nosotros y compensará así su culpa.

—Solo hay un lugar al que puede haber escapado —respondió ella—. Existe una vieja mina de estaño en una isla situada en el corazón de la ciénaga, donde encerraba a su perro y se había preparado un refugio por si alguna vez lo necesitaba. Se habrá dirigido allí.

El banco de niebla se pegaba a la ventana como una masa de lana blanca. Holmes proyectó hacia ella la luz de la lámpara.

—Mire —dijo—. En una noche como esta nadie es capaz de orientarse dentro de la ciénaga de Grimpen.

La señora Stapleton empezó a reír y a dar palmadas. Sus ojos y sus dientes brillaron con feroz regocijo.

—Tal vez encuentre el camino de entrada, pero no encontrará el de salida —exclamó—. ¿Cómo va a distinguir las varitas que le sirven de guía? Las colocamos juntos, para señalar la senda que cruza la ciénaga. ¡Ah, si yo hubiera podido arrancarlas hoy! Entonces lo tendrían ustedes con seguridad a su merced.

Evidentemente era inútil proseguir la persecución antes de que se levantara la niebla. Dejamos a Lestrade custodiando la casa, y Holmes y yo regresamos a la mansión con el baronet. Ya no podíamos seguir ocultándole la historia de los Stapleton, pero él aguantó valerosamente el golpe cuando supo la verdad acerca de la mujer que había amado. Sin embargo, el choque que le habían producido las aventuras de aquella noche habían destrozado sus nervios, y antes de que llegara el amanecer estaba delirando con una fiebre muy alta, atendido por el doctor Mortimer. Ambos viajarían alrededor del mundo, hasta que sir Henry volviera a ser el hombre robusto y entusiasta que fuera antes de entrar en posesión de aquella herencia nefasta.

Ya solo me queda llegar rápidamente al desenlace de este relato singular, donde he intentado que el lector compartiera los oscuros temores y las vagas conjeturas que ensombrecieron durante semanas nuestras vidas y que tuvieron tan trágico final.

La mañana que siguió a la muerte del sabueso, se levantó la niebla y la señora Stapleton nos condujo hasta el punto donde ella y su esposo habían encontrado un camino para penetrar en el pantano. El afán y la alegría con que aquella mujer nos puso tras la pista de su marido nos ayudó a comprender los horrores de su vida en común. La dejamos en la estrecha lengua de tierra firme, de turba, que acababa desapareciendo en la ciénaga. A partir de allí, unas varitas hincadas en el suelo mostraban el sendero, que zigzagueaba de juncal en juncal, entre las pozas llenas de sucio verdín y los pestilentes cenagales que cerraban el paso a los intrusos. Los abundantes juncos y las exuberantes y pegajosas plantas acuáticas nos lanzaban al

rostro un olor a putrefacción y un pesado vapor de miasmas. Y al menor paso en falso nos hundíamos hasta los muslos en el oscuro fango tembloroso, que se estremecía en suaves ondulaciones alrededor de nuestros pies. Tiraba tenaz de nuestros talones mientras avanzábamos, y cuando nos hundíamos en él, parecía que una mano malévola quisiera arrastrarnos hacia aquellas horribles profundidades, ¡tan deliberada y tan intensa era la fuerza que nos sujetaba! Solo en un punto comprobamos que alguien había seguido aquella senda tan peligrosa antes que nosotros. De un matorral de juncias que lo mantenía fuera del fango sobresalía un objeto oscuro. Holmes se hundió hasta la cintura al abandonar el camino para cogerlo, y de no haber estado nosotros allí para ayudarlo, jamás hubiera vuelto a poner el pie en tierra firme. Alzó en el aire una vieja bota de color negro. «Meyers, Toronto», se leía en el interior de cuero.

—El baño de barro ha merecido la pena —dijo Holmes—. Es la bota que le desapareció a nuestro amigo sir Henry.

—Y que Stapleton arrojó aquí en su huida.

—Exacto. Siguió con ella tras utilizarla para poner al perro tras la pista del baronet. Escapó, al comprender que había perdido la partida, empuñándola todavía en la mano. Y la tiró aquí. Ahora sabemos que llegó al menos hasta este punto.

Pero no íbamos a saber nada más, aunque pudiéramos deducir muchas cosas. No existía posibilidad de encontrar huellas en el pantano, porque el barro las recubría de inmediato, pero cuando por fin llegamos a tierra firme, las buscamos ávidamente. Nunca descubrimos el menor rastro. Si lo que nos decía la tierra era cierto, Stapleton no alcanzó la isla donde quiso refugiarse y a la que intentó llegar aquella última noche entre la niebla. En algún lugar del corazón de la gran ciénaga, envuelto en el fétido limo del enorme pantano que se lo tragó, está sepultado para siempre aquel hombre de corazón frío y despiadado.

En la isla de la ciénaga, allí donde Stapleton escondía a su aliado, encontramos muchos rastros. Una enorme rueda motriz y un pozo lleno a medias de escombros señalaban la posición de una mina abandonada. Al lado se veían los derruidos restos de las chozas de los mineros, ahuyentados sin duda finalmente por el hedor que los rodeaba. En una de ellas, una argolla fijada a la pared y una cadena, además de un montón de huesos roídos, mostraban el lugar donde el animal estuvo confinado. Entre los restos encontramos un esqueleto que tenía adheridos unos mechones castaños.

—¡Un perro! —exclamó Holmes—. ¡Sin duda un spaniel de pelo rizado! El pobre Mortimer no volverá a ver a su amiguito. Bien, no creo que este lugar albergue ningún secreto que no hayamos descubierto ya. Stapleton consiguió ocultar a su perro, pero no consiguió acallar su voz, y de ahí aquellos aullidos, que incluso durante el día resultaban tan desagradables. Si era necesario, podía encerrarlo en una dependencia de Merripit, pero esto suponía un riesgo, y solo el gran día, el día en que creyó que iban a culminar todos sus esfuerzos, se atrevió a hacerlo. La pasta que hay en esta lata es sin duda la mezcla luminosa con que embadurnaba al animal. La idea

se la sugirió, claro está, la leyenda del perro infernal y el propósito de matar de un susto al anciano sir Charles. No me sorprende que el pobre diablo de Selden corriera y gritara, como lo ha hecho nuestro amigo y como lo habríamos hecho nosotros, al ver que semejante criatura le seguía a saltos por la oscuridad del páramo. La estratagema era muy astuta. Además de la posibilidad de provocar la muerte de la víctima, ¿qué campesino se arriesgaría a intentar averiguar la naturaleza de semejante criatura, en caso de que, como sucedió a muchos, la viera por el páramo? Lo dije en Londres, Watson, y lo repito ahora: nunca hemos contribuido a acabar con un hombre tan peligroso como el que aquí yace sepultado.

Y Holmes abarcó con un amplio gesto de su largo brazo la inmensa extensión de la ciénaga, salpicada de manchas verdes, que se prolongaba a lo lejos hasta fundirse con las rojizas colinas del páramo.

## UNA OJEADA RETROSPECTIVA

Una noche cruda y brumosa de finales de noviembre, Holmes y yo estábamos sentados a ambos lados de un fuego muy vivo en nuestra sala de Baker Street. Después del trágico desenlace de nuestra visita a Devonshire, mi amigo había intervenido en dos asuntos de extraordinaria importancia. En el primero puso al descubierto la odiosa conducta del coronel Upwood en relación con el famoso escándalo de juego del club Nonpareil, mientras que en el segundo defendió a madame Montpensier de la acusación de asesinato que pesaba sobre ella en relación con la muerte de su hijastra, mademoiselle Carère, una joven que, como se recordará, apareció seis meses más tarde en Nueva York, con vida y casada. Mi amigo se hallaba de excelente humor debido a los éxitos que le habían acompañado en una sucesión de casos difíciles e importantes, y eso me ayudó a inducirle a revisar conmigo los detalles del misterio de Baskerville. Yo había esperado pacientemente a que se presentara una oportunidad, porque sabía que Holmes no permitía que unos casos se superpusieran a otros, ni que su mente, tan clara y tan lógica, abandonara el trabajo presente para ocuparse de recuerdos del pasado. Pero sir Henry y el doctor Mortimer se encontraban en Londres, a punto de emprender el largo viaje que le habían recomendado al baronet para reponer sus nervios quebrantados, y nos habían visitado aquella misma tarde, lo que me permitió sacar a relucir el tema con toda naturalidad.

—Desde el punto de vista del individuo que se hacía llamar Stapleton —dijo Holmes—, el curso de los acontecimientos era claro y sencillo, aunque para nosotros, que al comienzo carecíamos de elementos para saber el móvil de sus acciones y solo conocíamos los hechos de modo parcial, resultara extraordinariamente complejo. Yo me he beneficiado además de dos conversaciones con la señora Stapleton, y ahora el caso está totalmente resuelto y no tiene para nosotros ningún secreto. En el apartado B de mi índice de casos, encontrará unas notas sobre este asunto.

—Quizá sea usted tan amable de esbozar de memoria un resumen del curso de los acontecimientos.

—Por supuesto que sí, aunque no garantizo que lo conserve todo en mi memoria. La intensa concentración mental borra de un modo curioso el pasado. El abogado que conoce al dedillo su caso y es capaz de discutirlo con expertos descubre que bastan una semana o dos de un trabajo distinto para que su recuerdo se desvanezca. De igual modo, cada uno de mis casos desplaza al anterior, y mademoiselle Carère ha difuminado mis recuerdos de la Mansión de los Baskerville. Mañana se me pedirá que me ocupe de otro problema, que a su vez eliminará a la hermosa francesa y al

infame Upwood. Por lo que se refiere al caso del perro, le expondré lo más exactamente que pueda los acontecimientos, y si olvido algo, usted me lo indicará.

»Mis averiguaciones han demostrado sin lugar a dudas que el retrato de familia no mentía y que el individuo era, en efecto, un Baskerville. Era hijo de aquel Rodger Baskerville, el hermano menor de sir Charles, que escapó, con una siniestra reputación, a Sudamérica, donde se dijo que había muerto soltero. Pero lo cierto es que contrajo matrimonio y que tuvo un único hijo, nuestro hombre, que recibió el mismo nombre de su padre y se casó a su vez con Beryl García, una de las bellezas de Costa Rica. Tras malversar una considerable suma de los fondos públicos, cambió su apellido por el de Vandeleur y huyó a Inglaterra, donde abrió un colegio en la zona este de Yorkshire. La razón para que eligiera ese tipo de negocio obedecía a que, durante el viaje de regreso, había conocido a un profesor tuberculoso, y utilizó su gran pericia profesional para el éxito de la empresa. Sin embargo, Fraser, dicho profesor, murió, y el colegio, que tan bien había comenzado, cayó primero en el desprestigio y después en el más vergonzoso descrédito. Los Vandeleur juzgaron conveniente cambiar de nuevo su apellido, en esta ocasión por el de Stapleton, y se trasladaron, con lo que quedaba de su fortuna, sus planes para el futuro y su afición a la entomología, al sur de Inglaterra. He averiguado en el Museo Británico que era considerado una autoridad en la materia, y que se ha bautizado a cierta polilla con el nombre de Vandeleur, ya que fue el primero en describirla durante su estancia en Yorkshire.

»Y llegamos a la parte de su vida que tanto interés ha tenido para nosotros. Stapleton hizo sin duda averiguaciones y descubrió que solo dos vidas le separaban de una valiosa herencia. Creo que cuando se trasladó a Devonshire sus proyectos eran todavía bastante vagos, pero haberse llevado con él a su esposa, haciéndola pasar por su hermana, demuestra que desde el principio sus intenciones eran malignas. La idea de utilizarla como señuelo estaba ya en su mente, aunque no supiera aún con claridad cómo iba a organizar los detalles del plan. Al final del camino se hallaba la herencia de los Baskerville, y él estaba dispuesto a servirse de cualquier instrumento y a correr cualquier riesgo para conseguirla. El primer paso fue instalarse lo más cerca posible del hogar ancestral, y el segundo, cultivar la amistad de sir Charles Baskerville y de sus vecinos.

»Fue el baronet quien le contó la historia del perro, cavando así, sin saberlo, su propia tumba. Stapleton, como seguiré llamándole, sabía que el anciano andaba mal del corazón y que cualquier emoción fuerte podía matarle. La información procedía del doctor Mortimer. También había averiguado que sir Charles era supersticioso y que se tomaba muy en serio la vieja leyenda familiar. Su ingenio le sugirió de inmediato un modo para acabar con la vida del baronet sin que existiera la menor posibilidad de que se culpara al verdadero asesino.

»Una vez concebida la idea, procedió a llevarla a cabo con notable habilidad. Un maquinador vulgar se hubiera contentado con un perro suficientemente feroz. El

empleo de recursos artificiales para convertirlo en un ser diabólico fue por su parte un destello de genialidad. Compró el perro en Londres, en Ross and Mangles, que tiene su establecimiento en Fulham Road. Era el animal más fuerte y más feroz de que disponían. Para llevarlo a casa sin despertar sospechas, utilizó el tren de North Devon y recorrió luego a pie una gran distancia por el páramo. En aquel entonces, y gracias a sus expediciones para cazar insectos, había descubierto el modo de adentrarse en la ciénaga de Grimpen y había encontrado un escondite seguro para el animal. Lo instaló en él y esperó a que se presentara la oportunidad.

»Esta, sin embargo, tardaba en llegar. De noche era imposible sacar de su casa al anciano. Stapleton estuvo varias veces al acecho con su perro pero fue en vano. En el curso de esos intentos infructuosos fue visto, o, mejor dicho, su acompañante fue visto, por algunos campesinos, y la leyenda del perro demoníaco se vio reafirmada. Stapleton había confiado en que su esposa arrastrara a sir Charles a su perdición, pero en este punto Beryl se mostró inesperadamente rebelde. No estaba dispuesta a provocar una relación sentimental que pusiera al anciano baronet a merced de su enemigo. Ni las amenazas ni, me duele decirlo, los golpes, lograron convencerla. Se negó tenazmente a intervenir en aquella historia, y durante un tiempo Stapleton se encontró en un punto muerto.

»Halló la manera de superar sus dificultades cuando el propio sir Charles, que había trabado amistad con él, le utilizó como intermediario para hacer llegar su ayuda a la desdichada señora Laura Lyons. Stapleton se presentó como hombre soltero y adquirió un gran ascendiente sobre ella. Entonces le dio a entender que, si conseguía divorciarse de Lyons, la haría su esposa. La situación llegó a un punto crítico cuando Stapleton se enteró de que sir Charles, siguiendo el consejo del doctor Mortimer, que él mismo fingía compartir, se iba a ausentar de la mansión. Tenía que actuar de inmediato, o su víctima podía quedar para siempre fuera de su alcance. Así pues, presionó a la señora Lyons para que escribiera aquella carta, suplicando al anciano que le concediera una entrevista la noche anterior a su partida hacia Londres. Después, con engañosos argumentos, le impidió acudir a la cita, y logró así la oportunidad que esperaba desde hacía tanto tiempo.

»Al regresar a última hora de la tarde de Coombe Tracey, tuvo tiempo de ir a buscar al perro, embadurnarlo con su pintura infernal y llevarlo hasta el portillo, donde tenía buenas razones para creer que estaría el anciano. El perro, azuzado por su dueño, saltó el portillo y persiguió al desdichado baronet, que huyó dando alaridos por el Sendero de los Tejos. En ese túnel sombrío tuvo que resultar especialmente terrible ver a aquella enorme criatura negra de mandíbulas encendidas y ojos llameantes perseguir a saltos a su presa. Sir Charles cayó muerto al final del sendero, víctima del terror y de su corazón enfermo. Mientras el baronet corría por el camino, el perro se había mantenido en la franja de césped, de modo que solo eran visibles las huellas del ser humano. Al verlo caído e inmóvil, es probable que el animal se acercara a olisquearlo, y tras descubrir que estaba muerto, diera media vuelta y se



marchara. Fue entonces cuando dejó las huellas en que más tarde repararía el doctor Mortimer. Stapleton llamó a su perro y se apresuró a devolverlo a su guarida de la ciénaga de Grimpen, dejando tras él un misterio que desconcertó a las autoridades, alarmó a los habitantes de la región y cayó finalmente en nuestras manos.

»Hasta aquí lo que se refiere a la muerte de sir Charles Baskerville. Observe con qué diabólica astucia se llevó a cabo el crimen, pues era prácticamente imposible acusar de él al verdadero asesino. Su único cómplice no podría delatarlo nunca, y el carácter teatral e inverosímil del recurso utilizado reforzaba su eficacia. Las dos mujeres relacionadas con el caso, la señora Stapleton y la señora Laura Lyons, concibieron fuertes sospechas. La señora Stapleton conocía los propósitos de su marido y también la existencia del perro. Laura Lyons ignoraba estos extremos, pero le impresionó que la muerte coincidiera con la cita no anulada de la que únicamente Stapleton tenía conocimiento. Sin embargo, ambas estaban sometidas a su influencia, y no había nada que temer. La primera parte del trabajo había sido un éxito; quedaba la parte más difícil.

»Es posible que Stapleton ignorase aún la existencia del heredero que vivía en Canadá, pero, en cualquier caso, lo supo muy pronto a través de su amigo el doctor Mortimer, que le comunicó además todos los detalles sobre la llegada a Londres de sir Henry Baskerville. La primera idea de Stapleton fue que, antes de que se presentara en Devonshire, quizá fuera posible acabar en Londres con la vida del joven forastero. Desconfiaba de su esposa desde que esta se negó a ayudarlo a tender una trampa al anciano baronet, y no quiso dejarla sola por miedo a que escapara a su influencia. Por esta razón la llevó consigo a Londres. He descubierto que se alojaron en el hotel Mexborough, uno de los que visitó mi agente en busca de pruebas. Stapleton dejó encerrada allí a su esposa mientras él, ocultando su identidad bajo una barba, seguía al doctor Mortimer a Baker Street y más tarde a la estación y al hotel Northumberland. Su mujer barruntaba sus planes, pero le tenía tanto miedo, miedo fundado en los malos tratos a que la había sometido, que no se atrevió a escribir a sir Henry para advertirle del riesgo que corría. Si la carta caía en manos de Stapleton, su propia vida se vería amenazada. Por último recurrió, como sabemos, a recortar las palabras y deformar la letra del sobre. El mensaje llegó a manos del baronet y fue el primer aviso del peligro al que se enfrentaba.

»Stapleton necesitaba una prenda de vestir de sir Henry para, en caso de verse obligado a recurrir al perro, darle a oler algo que lo pusiera tras su rastro. Con la rapidez y la audacia que le caracterizaban, puso de inmediato manos a la obra, y no cabe duda de que el limpiabotas o la camarera del hotel fueron sobornados con espléndidas sumas para que le ayudaran en su empeño. Sin embargo, quiso la casualidad que la primera bota que le proporcionaron fuera una de las nuevas, y, por consiguiente, no le sirviera para sus fines. Entonces hizo que se la devolvieran y le procuraran otra. Incidente muy aleccionador para mí, pues me demostró sin lugar a dudas que se trataba de un perro real, ya que ninguna otra explicación justificaba la

necesidad de una bota vieja y no de una por estrenar. Cuanto más *outré* y grotesco es un incidente, con mayor atención hay que examinarlo, y el punto que más parece complicar un caso es con frecuencia, si se estudia con atención y de modo científico, el que proporciona mayores posibilidades de resolverlo.

»A la mañana siguiente recibimos la visita de nuestros amigos, seguidos por Stapleton en el coche de punto. Dado su conocimiento del lugar donde vivíamos y de mi aspecto, así como por su modo de comportarse, me inclino a creer que la carrera delictiva de Stapleton no se limita al asunto de Baskerville. Es revelador el hecho de que, en el curso de los tres últimos años, se hayan producido en aquella zona cuatro importantes robos con allanamiento y que en ninguno de los casos se haya detenido al culpable. En el último, que tuvo lugar el mes de mayo en Folkestone Court, el ladrón enmascarado, que actuaba en solitario, disparó a sangre fría contra el criado que le sorprendió. No me cabe la menor duda de que Stapleton redondeaba de ese modo sus menguados recursos económicos, y de que era desde hacía años un individuo desesperado y peligroso.

»Tuvimos una prueba de su habilidad la mañana en que se nos escapó de entre las manos, y de su audacia cuando me devolvió mi propio nombre por medio del cochero. A partir de aquel momento, él supo que me había hecho cargo del caso en Londres, y comprendió que no tenía ya ninguna posibilidad de éxito allí. Regresó, pues, a Dartmoor y esperó la llegada del baronet.

—¡Un momento! —exclamé—. Sin duda ha descrito correctamente la secuencia de acontecimientos. Pero hay un punto que no ha explicado: ¿qué fue del perro durante la estancia de su dueño en Londres?

—He reflexionado sobre esta cuestión, que sin duda es importante. Resulta evidente que Stapleton disponía de una persona de confianza, aunque no es probable que se pusiera enteramente en sus manos y le comunicara todos sus planes. En la Casa Merripit había un viejo sirviente llamado Anthony. Su relación con los Stapleton se remonta a años atrás, a los tiempos del colegio, y por lo tanto tenía que saber que su señor y su señora eran en realidad marido y mujer. Ese hombre ha desaparecido y ha huido del país. Advierta que Anthony es un nombre poco frecuente en Inglaterra, mientras Antonio lo es en España y países de Sudamérica. Este individuo, como la propia señora Stapleton, habla bien el inglés, pero con un curioso seseo. Tuve ocasión de ver que el anciano cruzaba la ciénaga de Grimpen siguiendo la senda que Stapleton había marcado. Es muy probable, por lo tanto, que fuese él quien, en ausencia de su amo, se ocupara del perro, aunque tal vez sin conocer la finalidad a la que se le destinaba.

»Los Stapleton regresaron, pues, a Devonshire, seguidos, poco después, por sir Henry y por usted. Ahora unas palabras acerca de cuál era mi situación en aquel momento. Quizá recuerde que, cuando examiné el papel donde estaban pegadas las palabras impresas, busqué con gran detenimiento la filigrana. Para hacerlo, me lo acerqué bastante a los ojos y percibí un ligero olor a jazmín. Hay setenta y cinco

perfumes que un experto en criminología ha de ser capaz de distinguir, y sé por propia experiencia que la resolución de un caso ha dependido en más de una ocasión de identificarlo rápidamente. Aquel perfume sugería la presencia de una mujer, y mis sospechas empezaron a dirigirse hacia los Stapleton. Así pues, estaba seguro de que el perro existía en realidad y barruntaba quién era el asesino antes de ir a Devonshire.

»Mi parte del juego consistía en vigilar a Stapleton. Era evidente, sin embargo, que no podía hacerlo si iba con ustedes, porque esto hubiera puesto a nuestro hombre inmediatamente en guardia. De modo que les engañé a todos, usted incluido, y me trasladé secretamente al páramo, mientras se suponía que seguía en Londres. No sufrí tantas penalidades como imagina, y por otra parte tales pequeñeces no deben suponer nunca un obstáculo en el curso de una investigación. Pasé la mayor parte del tiempo en Coombe Tracey, y solo utilicé el refugio del páramo cuando era preciso estar cerca del escenario de la acción. Cartwright me había acompañado, y disfrazado de campesino; me fue de gran ayuda. Dependía de él para la comida y para la ropa limpia. Mientras yo vigilaba a Stapleton, Cartwright le vigilaba frecuentemente a usted, y de ese modo yo controlaba todos los resortes de la situación.

»Ya le he dicho que sus informes me llegaban enseguida, porque desde Baker Street los remitían en el acto a Coombe Tracey. Me fueron muy útiles, y en especial aquel fragmento verídico de la biografía de Stapleton. Gracias a él pude establecer la identidad de la pareja y saber por fin qué terreno pisaba. El caso se complicó bastante con el incidente del preso fugado y de la relación que mantenía con los Barrymore. También esto lo aclaró usted de manera eficaz, aunque yo ya había llegado por mis propios medios a la misma conclusión.

»Cuando usted me encontró en el páramo, yo poseía ya un conocimiento completo del caso, pero carecía de pruebas que pudiera presentar ante el jurado. Ni siquiera el intento de asesinar a sir Henry aquella noche, que concluyó con la muerte del infeliz presidiario, nos servía de ayuda para acusar a Stapleton. No parecía existir otra solución que sorprenderle con las manos en la masa, y para ello teníamos que utilizar a sir Henry como cebo, dejándole solo y sin aparente protección. Eso fue lo que hicimos, y a costa de un terrible golpe para nuestro cliente, logramos culminar nuestra tarea y terminar con Stapleton. Debo confesar que me reprocho haber expuesto a sir Henry a semejante peligro, pero no podíamos prever el aspecto terrible y sobrecogedor que presentaba el animal, ni podíamos predecir que la niebla le permitiría abalanzarse tan de improviso sobre nosotros. Logramos nuestro objetivo a costa de algo que tanto el médico especialista como el doctor Mortimer me han asegurado que será solo transitorio. Un largo viaje hará que nuestro amigo se recupere, no solo de sus nervios destrozados, sino también de la herida que han sufrido sus sentimientos. Su amor por aquella mujer era profundo y sincero, y lo más penoso para él de este siniestro asunto ha sido verse engañado por ella.

»Solo queda comentar el papel que representó la señora Stapleton en esta historia. No cabe duda de que su marido ejercía sobre ella una influencia que tanto podía nacer

del amor como del miedo, y que probablemente nacía de ambas cosas, dado que estas emociones no son incompatibles. En cualquier caso, esa influencia era eficaz. Cuando él se lo ordenó, consintió en hacerse pasar por su hermana, aunque Stapleton descubrió los límites de su poder al intentar convertirla en cómplice directo del asesinato. La señora Stapleton estaba dispuesta a prevenir a sir Henry del peligro, hasta donde pudiera hacerlo sin comprometer a su marido, y lo intentó una y otra vez. El propio Stapleton, por su parte, parece haber sido capaz de sentir celos, y cuando advirtió que el baronet cortejaba a su mujer, no pudo evitar, a pesar de que aquello entraba dentro de sus planes, intervenir con un arrebató pasional que puso en evidencia el fogoso temperamento que tan hábilmente ocultaban sus modales reservados. Sin embargo, estimular la intimidad entre ambos le garantizaba que sir Henry acudiera con frecuencia a la Casa Merripit, y que, antes o después, se presentara la oportunidad que esperaba. Pero el día culminante, su esposa se rebeló inesperadamente contra él. Había oído algo acerca de la muerte del presidiario, y sabía que, la noche en que sir Henry iba a cenar en la casa, el perro estaba encerrado en una de sus dependencias. Echó en cara a su marido el crimen que preparaba y esto provocó una terrible escena, en el curso de la cual Stapleton le reveló por primera vez que existía otra mujer. La lealtad de la señora Stapleton se transformó de golpe en odio exacerbado, y nuestro hombre comprendió que estaba decidida a traicionarle. Así pues, la ató, para que no tuviera oportunidad de prevenir a sir Henry. Esperaba, sin duda, que cuando todo el mundo achacase la muerte del baronet a la maldición familiar, como seguro sucedería, su mujer aceptara los hechos consumados y guardara silencio. Supongo que sus cálculos eran equivocados y que, aun sin contar con nuestra presencia, aquel hombre estaba perdido sin remedio. Una mujer de sangre española no perdona fácilmente semejante ofensa. Y ahora, amigo mío, para darle más detalles de este interesantísimo caso tendría que consultar mis notas. No sé si ha quedado algo esencial sin explicar.

—Stapleton no podía esperar —objeté— que sir Henry muriera de miedo ante aquel perro falsamente infernal, como había sucedido en el caso de su viejo tío.

—El animal era extremadamente feroz y estaba hambriento. Si su aspecto no mataba de miedo a la víctima, por lo menos podía paralizarla de modo que no ofreciera resistencia.

—Sin duda. Solo queda otra pregunta. Si Stapleton hacía valer sus derechos a la herencia, ¿cómo iba a explicar que él, el heredero, hubiese vivido, sin darse a conocer y bajo un nombre supuesto, tan cerca de la Mansión de los Baskerville? ¿Cómo reclamar la herencia sin despertar sospechas y dar lugar a una investigación?

—La pregunta es muy ardua y temo que espera usted demasiado de mí al pedir que la responda. El pasado y el presente entran en el campo de mis investigaciones, pero lo que un hombre vaya a hacer en el futuro es muy difícil de prever. La señora Stapleton oyó hablar a su marido del problema en varias ocasiones. Había tres soluciones posibles. Podía reclamar la propiedad desde Sudamérica, establecer allí su

identidad ante las autoridades británicas y entrar en posesión de la fortuna sin aparecer nunca por Inglaterra. Podía adoptar un complicado disfraz durante el breve tiempo que le fuera imprescindible permanecer en Londres. O podía, por último, suministrar a un cómplice las pruebas y documentos necesarios, haciéndole pasar por el heredero, pero reservándose el derecho a un porcentaje de las rentas. Por lo que sabemos de él, tenemos la certeza de que habría encontrado algún modo de solventar el problema. Y ahora, querido Watson, permítame decirle que llevamos varias semanas de arduo trabajo y que, al menos por una noche, deberíamos ocuparnos de cosas más placenteras. Tengo un palco para *Los hugonotes*. ¿Ha oído usted cantar a los hermanos De Reszke? ¿No? ¿Podría estar listo dentro de media hora, para que nos detengamos en Marcini's y comamos algo antes de la función?

# **El valle del miedo**

## **PRIMERA PARTE**

### **LA TRAGEDIA DE BIRLSTONE**

## LA ADVERTENCIA

—Tiendo a pensar... —dije.

—Pensar, eso mismo debería hacer yo —comentó Sherlock Holmes en tono impaciente.

Creo que soy uno de los mortales más sufridos de este mundo, pero he de reconocer que me molestó el sarcasmo que contenía aquella interrupción.

—Sinceramente, Holmes —le respondí yo con brusquedad—, a veces resulta usted un poco exasperante.

Él estaba demasiado absorto en lo que estuviera pensando para responder de forma inmediata a mi reproche. Tenía la cabeza apoyada en una mano, con el desayuno sin tocar delante de él, y miraba ensimismado un trozo de papel que acababa de sacar de un sobre. Luego cogió este último, lo levantó hacia la luz y lo estuvo examinando minuciosamente, tanto el exterior como la solapa.

—La letra es de Porlock —dijo pensativo—. Poca duda cabe de que es la letra de Porlock, aunque no la haya visto más que dos veces. La «e» a la griega con este rasgo peculiar de la parte superior es característica suya. Pero si es de Porlock, entonces debe de tratarse de algo de suma importancia.

Estaba pensando en alto más que hablando conmigo, pero la curiosidad que despertaron esas palabras en mí hizo que se me olvidara el enfado.

—Pero ¿quién es Porlock? —le pregunté.

—Porlock, Watson, es un pseudónimo, una manera más simple de identificarlo, pero tras él se encuentra una persona astuta y evasiva. En la primera carta, me informó abiertamente de que aquel no era su verdadero nombre, e incluso me desafió a seguir su pista entre los muchos millones de habitantes de esta enorme ciudad. La importancia de Porlock no reside en sí mismo, sino en su relación con el poderoso hombre con el que tiene trato. Imagínese por un momento al pez piloto junto al tiburón, al chacal junto al león, cualquier cosa que sea insignificante en compañía de aquello que resulta formidable, y no solo formidable, Watson, sino también siniestro, extremadamente siniestro. Y ahí reside su interés para mí. ¿Me ha oído hablar alguna vez del profesor Moriarty?

—El célebre científico y criminal, tan célebre entre los maleantes como...

—Watson, ¡que me voy a ruborizar! —murmuró Holmes con falsa modestia.

—Iba a decir «como desconocido entre la gente común».

—¡Fuera de juego! ¡Me ha dejado claramente fuera de juego! —exclamó Holmes—. Está manifestando cierto ingenio irónico que no me esperaba de usted, voy a tener que aprender a andarme con cuidado. Pero al llamar a Moriarty criminal está



profiriendo una calumnia a ojos de la ley, y ahí radica lo magnífico y maravilloso del caso. El mayor intrigante de todos los tiempos, el urdidor de cada delito, el cerebro que controla los bajos fondos, un cerebro que podría haber forjado o arruinado el destino de las naciones: ¡ni más ni menos! Pero se halla tan ajeno a las sospechas de la gente, es tan invulnerable a las críticas, tan admirable en su manera de manejarlo y en su falta de vanidad que, por esas mismas palabras que acaba de decir, podría llevarle a los tribunales y salir de ellos con su pensión anual como resarcimiento por daños morales. ¿No es él acaso el renombrado autor de *Dinámica de un asteroide*, un libro que alcanza tal nivel de abstracción de pura matemática que no existe periodista científico alguno capaz de realizar una crítica sobre él? ¿Es un hombre al que poder denigrar? Un médico chismoso y un profesor difamado: esos serían sus respectivos papeles. Ahí está la genialidad, Watson. Pero, si hombres menos importantes me lo permiten, ya llegará nuestro día, estoy seguro.

—¡Ojalá que esté allí para verlo! —exclamé con entusiasmo—. Pero estaba hablando del tal Porlock.

—Ah, sí... El falso Porlock es un eslabón de la cadena a poca distancia del engarce principal. Porlock no es un eslabón muy sólido, dicho sea entre nosotros. Parece ser el único desperfecto en la cadena hasta donde he sido capaz de examinarla.

—Pero ¡ninguna cadena es más fuerte que su eslabón más débil!

—¡Eso es, mi querido Watson! De ahí la extrema importancia de Porlock. Guiado por cierta aspiración, si bien rudimentaria, y alentado de vez en cuando por el razonable estímulo de un billete de diez libras que le he enviado por enrevesados medios, me ha adelantado en un par de ocasiones información que ha resultado valiosa, sumamente valiosa, puesto que ha servido para anticipar e impedir crímenes en vez de repararlos. Sin duda, si tuviésemos la clave, descubriríamos que este escrito es de esa naturaleza a la que me refiero.

De nuevo, Holmes extendió el papel encima de su plato aún vacío. Yo me levanté e, inclinándome hacia donde él estaba, me quedé mirando la extraña nota, que decía lo siguiente:

534 C2 13 127 36 31 4 17 21 41  
DOUGLAS 109 293 5 37 BIRLSTONE  
26 BIRLSTONE 9 47 171

—¿A usted qué le parece, Holmes?

—Obviamente, se trata de un intento de revelar alguna información secreta.

—Pero ¿qué utilidad tiene un mensaje en clave sin la clave?

—En este caso, ninguna en absoluto.

—¿Por qué dice «en este caso»?

—Porque hay muchos códigos que puedo descifrar con tanta facilidad como lo hago con los mensajes en la sección de anuncios personales de los periódicos: esos ardidés tan burdos distraen la mente sin cansarla. Pero esto es diferente. Está claro que se refiere a palabras de las páginas de algún libro. Hasta que no sepa a qué página y a qué libro, me veo incapaz de hacerlo.

—Pero ¿por qué «Douglas» y «Birlstone»?

—Evidentemente porque son palabras que no aparecen en la página en cuestión.

—Entonces, ¿por qué no ha indicado el libro?

—Su perspicacia natural, mi querido Watson, esa sagacidad innata con la que tanto disfrutaban sus amigos, seguramente le impediría adjuntar en el mismo sobre la clave del mensaje. Si algo fuera mal, estaría perdido. De este modo, ambos tienen que llegar a mal puerto para que causen algún daño. Nuestro segundo correo llega con retraso y me sorprendería que no nos trajeran alguna carta más o, lo que es más probable, el propio volumen al que se refieren esas cifras.

La conjetura de Holmes se cumplió a los poquísimos minutos al aparecer Billy, el botones, con aquella carta que estábamos esperando.

—La misma letra —comentó Holmes al abrir el sobre—, y hasta firmada —añadió en tono triunfal mientras desdoblaba la misiva—. Vamos, Watson, esto mejora por momentos.

Sin embargo, cuando ojeó el contenido, se le ensombreció la mirada.

—Vaya, hombre, ¡menuda decepción! Me temo, Watson, que nuestras expectativas han quedado en nada. Espero que no le suceda nada malo al tal Porlock. Dice:

Estimado señor Holmes:

No voy a seguir con este asunto. Es demasiado peligroso: sospecha de mí. Puedo verlo. Apareció de repente cuando ya había escrito su dirección en este sobre con la idea de enviarle la solución de la clave. Me dio tiempo a taparlo. Si se hubiese dado cuenta, me habría visto en un buen aprieto. Pero lo percibí en sus ojos: sospecha. Por favor, queme el mensaje en clave, ahora ya no le sirve para nada.

FRED PORLOCK

Durante un breve instante, Holmes se quedó retorciendo esa carta entre los dedos con el ceño fruncido mientras miraba fijamente el fuego.

—Después de todo —dijo por fin—, puede que no sea nada. Tal vez es porque se siente culpable. Sabe que lo está traicionando, y quizá se haya figurado una mirada acusadora en los ojos del otro.

—El otro será, supongo, el profesor Moriarty.

—Ni más ni menos. Cuando cualquiera de esa banda habla de «Él», uno ya sabe a quién se refiere. Hay un «Él» que impera por encima de todos ellos.

—Pero ¿qué puede hacer?

—Uf... Esa es una pregunta demasiado amplia. Cuando uno se enfrenta a un

individuo con una de las mentes más sobresalientes de Europa y se encuentra asimismo por todas las fuerzas del mal, las posibilidades son infinitas. En cualquier caso, el amigo Porlock está muerto de miedo. Haga el favor de comparar la letra de la nota con la del exterior del sobre, en donde, según nos dice, había escrito la dirección antes de esa aciaga visita. Esta es clara y segura. La otra apenas resulta legible.

—¿Por qué la escribió de todas formas? ¿Por qué no lo tiró sencillamente?

—Porque se temía que, en ese caso, el otro habría investigado sobre él y eso, posiblemente, le habría acarreado problemas.

—Claro —dije—. Por supuesto. —Holmes había cogido el mensaje en clave original y arrugaba el ceño mientras lo examinaba—. Es bastante desquiciante pensar que pueda haber un secreto importante en este trozo de papel y que desentrañarlo se encuentre más allá de la capacidad humana.

Sherlock Holmes había apartado su desayuno sin probar y se había encendido la desagradable pipa que lo acompañaba en sus reflexiones más hondas.

—¡Lo dudo mucho! —dijo recostándose en su asiento y mirando hacia el techo—. Quizá existan aspectos que se le hayan escapado a su maquiavélico intelecto. Consideremos el problema a la luz de la razón pura. Este hombre nos remite a un libro. Ese es nuestro punto de partida.

—Uno algo extenso.

—Veamos si podemos restringirlo. Conforme mi mente se centra en ello, me parece bastante menos indescifrable. ¿Con qué indicios contamos acerca de ese libro?

—Con ninguno.

—Bueno, bueno, seguro que no lo tenemos tan mal como lo pinta. El mensaje en clave comienza con un elocuente 534, ¿no es así? Podemos adoptar como hipótesis de trabajo que el 534 es la página a la que se refiere el código. Así que nuestro libro acaba de convertirse en un libro voluminoso, con lo que desde luego hemos avanzado algo. ¿Con qué otros indicios contamos acerca de la naturaleza de este grueso volumen? La siguiente pista es C2. ¿Usted a qué cree que se refiere, Watson?

—Al capítulo segundo, no hay duda.

—Eso es poco probable, Watson. Estoy seguro de que estará de acuerdo conmigo en que, si se nos ofrece la página, el número de capítulo es innecesario. Y también en que si en la página 534 nos encontramos todavía en el segundo capítulo, la largura del primero ha debido de ser auténticamente insufrible.

—¡Columna! —exclamé.

—Brillante, Watson. Me está dejando obnubilado esta mañana. Mucho me engaño si no es columna. Conque ahora, como ve, empezamos a imaginarnos un libro voluminoso, impreso a doble columna de considerable largura cada una, dado que una de las palabras del documento está señalada como la número doscientos noventa y tres. ¿Hemos llegado al límite de lo que la razón puede proporcionarnos?

—Me temo que sí.

—Quizá está siendo algo injusto consigo mismo. Vamos, una ocurrencia más, mi

querido Watson, ¡otra genialidad! Si el volumen hubiese sido uno poco corriente, me lo habría enviado. En lugar de eso, tenía intención, antes de que se torciesen sus planes, de enviarme la clave en este sobre. Así lo dice en su nota. Eso parece indicar que pensaba que no me costaría encontrar ese libro. Él lo tenía... y se imaginaba que yo también. En pocas palabras, Watson, es un libro muy común.

—Desde luego, lo que dice suena muy razonable.

—Así pues, hemos reducido nuestro campo de búsqueda a un volumen abultado, impreso a doble columna y de uso común.

—¡La Biblia! —exclamé en tono triunfal.

—¡Muy bien, Watson, muy bien! Pero, si me lo permite, no lo bastante. Aun aceptando el cumplido en lo que a mí se refiere, me costaría mucho citar un libro que fuera más improbable que tuviera uno de los socios de Moriarty a mano. Además, las ediciones de la Sagrada Escritura son tan numerosas que difícilmente podría suponer que ambas copias tuviesen la misma paginación. Se trata de un libro estandarizado. Sabe a ciencia cierta que su página 534 se corresponde exactamente con mi página 534.

—Pero hay muy pocos libros que cumplan esa condición.

—Exactamente. Y en ello reside nuestra salvación. Hemos restringido nuestra búsqueda a libros estandarizados que podemos suponer tiene cualquiera.

—¡La *Bradshaw*!

—El horario de trenes tiene sus inconvenientes, Watson. El vocabulario de la *Bradshaw* es enérgico y lacónico, pero limitado. Su repertorio de palabras difícilmente se presta al envío de mensajes ordinarios. Descartaremos la *Bradshaw*. Me temo que el diccionario es inadmisibles por la misma razón. Luego ¿qué nos queda?

—¡Un almanaque!

—¡Magnífico, Watson! O mucho me equivoco o ha dado en el blanco. ¡Un almanaque! Consideremos los argumentos a favor del *Almanaque* de Whitaker. Es de uso común. Tiene el número de páginas requerido. Está impreso a doble columna. Aunque recatado en el vocabulario de las primeras páginas, si no recuerdo mal, se vuelve bastante parlanchín al llegar a las últimas. —Cogió el volumen de su escritorio—. Aquí tenemos la página 534, segunda columna. Por lo que se ve, es un enjundioso ladrillo sobre el comercio y los recursos de la India británica. ¡Anote las palabras, Watson! La decimotercera es «Mahratta». Pues me temo que no es un comienzo muy prometedor. La número ciento veintisiete es «gobierno», lo que al menos tiene lógica, aunque resulte algo irrelevante para nosotros y para el profesor Moriarty. Intentémoslo de nuevo. ¿Qué hace el gobierno de Mahratta? ¡Ay, qué pena! La siguiente palabra es «cerdas». ¡Estamos perdidos, mi buen Watson! ¡Se acabó!

Había hablado en tono de broma, pero por la forma como se fruncían sus pobladas cejas, todo sugería que estaba irritado y decepcionado. Me senté, disgustado e impotente, mirando al fuego de la chimenea. Aquel largo silencio quedó

interrumpido por una repentina exclamación de Holmes, que se precipitó hacia un aparador del cual surgió un segundo volumen de tapas amarillas en su mano.

—Watson, ¡hemos pagado el precio de estar demasiado al día! —exclamó—. Nos adelantamos a nuestro tiempo y sufrimos los inconvenientes habituales por hacerlo. Al ser siete de enero, nos hemos dejado llevar por el almanaque nuevo, con toda la razón. Pero es más que probable que Porlock sacase su mensaje del anterior. Sin duda nos lo habría dicho si hubiese podido explicarlo en esa carta. Ahora veamos lo que nos depara la página 534. La decimotercera es «posible», esto ya resulta mucho más alentador. La número ciento veintisiete es «gran»... «Posible gran». —Los ojos de Holmes brillaban excitados y sus dedos finos y nerviosos se tensaban al contar las palabras—. «Peligro». ¡Ajá! ¡Ajá! ¡Fantástico! Anote eso, Watson. «Posible-gran-peligro-acecha-muy-pronto». Luego tenemos el nombre, «Douglas»... «rico-hacendado-ahora-en-mansión-Birlstone-convicción-Birlstone-es-urgente». ¡Ahí lo tiene, Watson! ¿Qué le parece la razón pura y sus frutos? Si el frutero vendiera algo parecido a una corona de laurel, enviaría a Billy a por ello.

Yo estaba mirando el extraño mensaje que había garabateado sobre mi rodilla en una hoja de papel mientras él lo descifraba.

—¡Menuda manera más rara y enrevesada de expresar lo que quiere decir! —le comenté.

—Todo lo contrario, lo ha hecho extraordinariamente bien —replicó Holmes—. Cuando se busca una única columna de palabras que exprese lo que uno quiere decir, difícilmente puede esperar tener todo lo que necesita. Se ve obligado a dejar algo para el entendimiento del receptor. El contenido está perfectamente claro. Traman perpetrar algún delito contra un tal Douglas, quienquiera que sea este, que reside donde dice como un hacendado de provincias. Está seguro —«convicción» es lo más cercano a «convencido»— de que es urgente. Ahí tenemos nuestra solución... ¡y ha sido un trabajito de análisis de lo más fino!

Holmes mostraba la alegría impersonal del auténtico artista ante su mejor obra, del mismo modo que se entristecía profundamente cuando no alcanzaba el nivel al que aspiraba. Seguía riéndose entre dientes de su triunfo cuando Billy abrió la puerta de golpe e hizo pasar al salón al inspector MacDonald de Scotland Yard.

En aquellos primeros días de finales de la década de 1880, Alec MacDonald se encontraba lejos de haber logrado la fama nacional que ahora ha alcanzado. Era un miembro joven y formal del cuerpo de detectives que se había distinguido en varios de los casos que le habían sido confiados. Su cuerpo alto y huesudo prometía una excepcional fuerza física, mientras su gran cabeza y sus ojos centelleantes y hundidos sugerían con no menos claridad la aguda inteligencia que bullía tras sus tupidas cejas. Era un hombre silencioso, meticoloso, de carácter adusto y un marcado acento de Aberdeen.

Holmes lo había ayudado ya dos veces a lo largo de su carrera a salir airoso, y la recompensa por ello había sido exclusivamente el placer intelectual que le había

proporcionado el problema. Por esa razón, el afecto y el respeto que le profesaba el escocés a su diletante colega eran profundos y se los mostraba mediante la sinceridad con que consultaba a Holmes cada dificultad. La mediocridad no reconoce nada más elevado que sí misma, pero el talento reconoce el genio de manera instantánea, y MacDonald tenía suficiente talento para su profesión para ser capaz de darse cuenta de que no había nada humillante en buscar la colaboración de alguien que, en ese momento, seguía siendo único en Europa, tanto por sus dones como por su experiencia. Holmes no era muy propenso a la amistad, pero era paciente con el enorme escocés y sonreía al verlo.

—Qué pájaro tan madrugador, señor Mac —le dijo—. Ojalá tenga suerte con ese gusanillo que le reconcome. Me temo que esto significa que hay alguna fechoría en marcha.

—Si dijera «espero» en lugar de «me temo», se acercaría más a la verdad, creo yo, señor Holmes —contestó el inspector con una sonrisa cómplice—. Bueno, puede que un traguito me quitase de encima el frío de esta mañana tan cruda. No, no voy a fumar, gracias. Tengo que ponerme en marcha ya, que las primeras horas de un caso son las más valiosas, como nadie sabe mejor que usted. Pero... pero...

El inspector se había quedado inmóvil de repente y estaba mirando con aspecto de absoluta sorpresa un papel de encima de la mesa. Era la hoja sobre la que yo había garabateado el enigmático mensaje.

—¡Douglas! —balbució—. ¡Birlstone! Pero ¿cómo es esto, señor Holmes? Madre mía, ¡esto es cosa de brujas! En el nombre del cielo, ¿dónde ha conseguido esos nombres?

—Es una clave que el doctor Watson y yo hemos tenido ocasión de resolver. Pero ¿por qué...? ¿Qué ocurre con los nombres?

El inspector nos miró a ambos confuso y estupefacto.

—Pues ni más ni menos —dijo— ¡que el señor Douglas de la casa solariega de Birlstone ha sido atrocemente asesinado esta misma noche!

## SHERLOCK HOLMES DISERTA

Era uno de esos momentos dramáticos que eran la razón de ser de mi amigo. Resultaría una exageración decir que estaba conmovido o ni siquiera alterado ante la sorprendente noticia. Aunque no había ni un ápice de crueldad en su particular forma de ser, sin duda el prolongado cúmulo de emociones de su vida le había vuelto impasible. Con todo, si bien su sensibilidad se hallaba embotada, sus capacidades intelectuales eran extremadamente eficaces. Así pues, no había indicio alguno del horror que yo mismo había sentido ante aquel brusco comentario, sino que su rostro mostraba la calma serena e interesada del químico que ve cómo los cristales caen en su solución sobresaturada.

—¡Curioso! —dijo—. ¡Muy curioso!

—No parece sorprendido.

—Interesado, señor Mac, pero poco sorprendido. ¿Cómo iba a sorprenderme? Recibo una nota anónima de un origen que sé importante en donde se me advierte de que cierta persona corre peligro. A la hora me entero de que, en efecto, ese peligro ha cobrado forma y de que la persona ha fallecido. Me parece interesante, pero, como puede ver, no me sorprende.

En unas pocas y escuetas frases explicó al inspector los hechos relacionados con la carta y la clave. MacDonald se sentó apoyando la barbilla en las manos y sus grandes cejas pajizas se frunció en un nudo amarillo.

—Me dirigía a Birlstone esta mañana —dijo—. Pero he querido pasar antes por su casa para preguntarle si le interesaba acompañarme... usted y su amigo aquí presente. Pero, por lo que dice, quizá haríamos mejor en investigar aquí, en Londres.

—Yo, en cambio, creo que no —comentó Holmes.

—¡Qué demonios, señor Holmes! —exclamó el inspector—. El misterio de Birlstone llenará los periódicos en uno o dos días, pero ¿en dónde radica el misterio cuando hay un hombre en Londres que ha profetizado el crimen antes incluso de que este sucediera? Solo tenemos que ponerle las manos encima a ese hombre y el resto vendrá de suyo.

—Sin duda, señor Mac. Pero ¿cómo propone que le echemos el guante al que se hace llamar Porlock?

MacDonald dio la vuelta a la carta que le tendió Holmes.

—Echada al buzón en Camberwell... eso no nos sirve de mucho. El nombre, dice, es falso. No hay mucho con lo que seguir, eso está claro. ¿No me ha dicho que le ha enviado dinero?

—Dos veces.

—¿Y cómo?

—En papel moneda a la oficina de correos de Camberwell.

—¿Se tomó en algún momento la molestia de ver quién se lo exigía?

—No.

El inspector pareció sorprendido y algo escandalizado.

—¿Por qué no?

—Porque siempre he cumplido mi palabra. Se lo había prometido cuando, al escribirme por primera vez, me pidió que no tratara de seguirle la pista.

—¿Cree que hay alguien detrás de él?

—Sé que lo hay.

—¿Ese profesor del que le he oído hablar?

—¡Exacto!

El inspector MacDonald se sonrió, y le tembló el párpado cuando miró hacia mí.

—No le ocultaré, señor Holmes, que en el Departamento de Investigación Criminal creemos que ese profesor se le ha metido entre ceja y ceja. Yo mismo he realizado algunas pesquisas al respecto. Parece un hombre de lo más respetable, culto y de gran talento.

—Me alegra ver que ha llegado tan lejos como para reconocer el talento.

—Hombre, ¡eso por lo menos se lo reconocerá! Al enterarme de su opinión sobre él, decidí ir a verlo. Tuve una charla con él sobre eclipses. No sé cómo nos pusimos a hablar sobre eso, pero sacó una linterna y un globo terráqueo y me lo aclaró todo en un momento. Me prestó un libro, pero no me avergüenza decir que no he entendido ni papa, y mire que recibí una buena educación en Aberdeen. Habría sido un buen predicador con esa cara tan delgada, las canas y esa manera tan engolada de hablar. Cuando me puso la mano en el hombro al despedirnos, parecía un padre bendiciendo a su hijo antes de salir a la cruda y fría realidad.

Holmes se rió entre dientes y se frotó las manos.

—¡Estupendo! —soltó—. ¡Estupendo! Cuénteme, amigo MacDonald, ¿esa entrevista tan agradable y conmovedora transcurrió, he de suponer, en el despacho del profesor?

—Así fue.

—Tiene un despacho elegante, ¿verdad?

—Muy elegante... decorado con mucho estilo, señor Holmes.

—¿Se sentó ante su escritorio?

—Así lo hice.

—¿El sol le daba en los ojos y el rostro de Moriarty estaba en sombra?

—Bueno, era por la tarde, pero me acuerdo de que la lámpara estaba girada hacia mí.

—Así sería. ¿Por casualidad se fijó en un cuadro encima de la cabeza del profesor?

—No suelo perder muchos detalles, señor Holmes. Posiblemente aprendí eso de



usted. Sí, vi el cuadro... una mujer joven con la cabeza apoyada en las manos, lanzándole una mirada furtiva al espectador de soslayo.

—Es un lienzo de Jean-Baptiste Greuze.

El inspector procuró mostrarse interesado.

—Jean-Baptiste Greuze —prosiguió Holmes, uniendo las yemas de sus dedos y recostándose en su asiento— fue un artista francés que descolló entre los años 1750 y 1800. Me refiero, por supuesto, a su vida profesional. La crítica moderna sin duda ha respaldado la gran opinión que se formaron de él sus contemporáneos.

El inspector parecía cada vez más perdido.

—¿No tenemos mejores...? —dijo.

—Ya llegaremos a eso —le interrumpió Holmes—. Todo lo que le estoy diciendo tiene una relación muy directa y esencial con lo que usted llama el misterio de Birlstone. De hecho, se puede decir, en cierta forma, que es el centro mismo del misterio.

MacDonald sonrió débilmente y me suplicó ayuda con la mirada.

—Piensa usted demasiado rápido para mí, señor Holmes. Se ha saltado uno o dos razonamientos y no consigo seguirle. ¿Qué vínculo puede haber en este mundo entre ese pintor ya muerto y el caso de Birlstone?

—Al detective todo conocimiento puede servirle —señaló Holmes—. Incluso el insignificante hecho de que en el año 1865 un cuadro de Greuze llamado *La jeune fille à l'agneau* alcanzase la suma de un millón doscientos mil francos —más de cuarenta mil libras— en una subasta en Portalis tal vez produzca en usted toda una serie de reflexiones.

Así había sido, en efecto. El inspector se mostró realmente interesado.

—Quizá recuerde —continuó Holmes— que se puede llegar a saber el sueldo del profesor gracias a varios libros de referencia fehacientes. Es de setecientas libras al año.

—Entonces, ¿cómo ha podido comprar...?

—¡Así es! ¿Cómo ha podido?

—Sí, eso resulta muy extraño —dijo el inspector con expresión pensativa—. Hable de una vez, señor Holmes. Estoy muerto de curiosidad. ¡Realmente fascinante!

Holmes sonrió. Siempre se mostraba más cercano cuando sentía una admiración sincera, como cualquier auténtico artista.

—¿Qué pasa con Birlstone? —preguntó.

—Todavía hay tiempo —dijo el inspector tras echarle una ojeada a su reloj—. Tengo un coche en la puerta; no nos llevará ni veinte minutos llegar a Victoria Station. Pero, volviendo a ese cuadro, creía que una vez me había dicho, señor Holmes, que no conoce en persona al profesor Moriarty.

—No, no lo conozco.

—Entonces, ¿cómo sabe tanto de su despacho?

—Ah, ese es otro cantar. He estado en tres ocasiones en su casa, en dos de ellas lo

estuve esperando con diferentes pretextos y me marché antes de que llegara. En otra... vaya, me cuesta contárselo a un detective de la policía. Aquella última vez me tomé la libertad de echar un vistazo a sus papeles con resultados de lo más inesperados.

—¿Se encontró algo comprometedor?

—Absolutamente nada. Eso es lo que me sorprende. Sin embargo, ahora ha comprendido usted lo del cuadro. Indica que es un hombre muy rico. ¿Cómo ha obtenido tanto dinero? No está casado. Su hermano menor es jefe de estación en la zona oeste de Inglaterra. Su cátedra le proporciona setecientas libras al año. Y posee un Greuze.

—¿Y bien?

—No cabe duda de que la inferencia es obvia.

—¿Quiere decir que tiene grandes ingresos y que debe de obtenerlos de manera ilegal?

—Exacto. Por supuesto, tengo otras razones para pensar así, docenas de hilos insignificantes que conducen vagamente hasta el centro de la tela de araña en donde acecha esa criatura venenosa e inmóvil. Únicamente menciono el Greuze porque centra el asunto en algo que ha podido observar.

—Bueno, señor Holmes, reconozco que esto que dice es interesante, más que interesante, es incluso espectacular. Pero aclárenoslo un poco más si le es posible. ¿Lo falsifica, acuña moneda falsa, lo roba? ¿De dónde procede el dinero?

—¿Ha oído hablar de Jonathan Wild?

—Bueno, el nombre me resulta familiar. ¿No salía en una novela? La verdad es que no estoy muy al tanto de las novelas de detectives... Esos tipos hacen cosas pero nunca sabes cómo las han hecho. No hay nada más que inspiración, no oficio.

—Jonathan Wild no era un detective, no sale en ninguna novela. Era un señor del crimen y vivió el siglo pasado, alrededor de 1750 más o menos.

—Entonces no me vale de nada. Soy un hombre práctico.

—Señor Mac, la cosa más práctica que podría hacer usted en su vida sería encerrarse durante tres meses y leer doce horas al día los anales del crimen. Todo sucede de manera circular, incluso el profesor Moriarty. Jonathan Wild era la fuerza oculta tras los criminales de Londres, a quienes les vendía su capacidad intelectual y organizativa a cambio de unos honorarios del quince por ciento. La rueda sigue girando y el radio es siempre el mismo. Se ha hecho todo antes y volverá a hacerse. Le contaré una o dos cosas acerca de Moriarty que tal vez le interesen.

—Seguro que me interesan.

—Resulta que sé quién es el primer eslabón de su cadena, una cadena con este Napoleón corrompido en un extremo, y cien luchadores venidos a menos, carteristas, chantajistas, tahúres en el otro, con toda clase de crímenes entre ambos. El jefe de su Estado mayor es el coronel Sebastian Moran, quien se halla tan lejos, protegido e inaccesible para la justicia como él mismo. ¿Cuánto cree que le paga?

—Me gustaría oírlo.

—Seis mil al año. Le paga por su cabeza, ya ve, como hacen por principio los americanos con los negocios. Me enteré de ese detalle por pura casualidad. Es más de lo que recibe el primer ministro. Eso le da a usted una idea de las ganancias de Moriarty y de la escala a la que trabaja. Otro aspecto más: últimamente me he estado ocupando de rastrear algunos de los cheques de Moriarty, unos inocentes cheques comunes y corrientes, con los que paga los recibos de la casa. Se cobraron en seis bancos diferentes. ¿Qué impresión le produce eso?

—Desde luego, es muy raro. Pero ¿qué conclusión saca usted de ello?

—Que no quiere que circulen rumores sobre su dinero. No hay ni una persona que sepa cuánto tiene. A mí no me cabe duda de que posee veinte cuentas bancarias. Presumiblemente, la mayor parte de su fortuna la tiene en el Deutsche Bank o en el Crédit Lyonnais. Si en algún momento de su vida dispone de un par de años para dedicarse al ocio, le recomiendo que los emplee en estudiar al profesor Moriarty.

Según avanzaba la conversación, el inspector MacDonald se quedaba cada vez más impresionado. Aquello le resultaba tan interesante que perdió la noción del tiempo. De pronto, su inteligencia práctica escocesa le recordó el asunto que se traía entre manos.

—De todas formas, Moriarty puede esperar —dijo—. Nos ha desviado del tema con esas anécdotas tan interesantes, señor Holmes. Lo que realmente importa es su observación de que existe alguna relación entre el profesor y el crimen, lo cual ha deducido usted a partir de la advertencia que recibió del tal Porlock. ¿Podemos ahondar más en ello respecto a nuestras necesidades prácticas actuales?

—Quizá podamos hacernos una ligera idea en cuanto a los motivos del crimen. Por lo que deduzco de los comentarios que nos hizo al principio, es un crimen inexplicable o, al menos, inexplicado. Ahora bien, suponiendo que el origen del crimen fuese aquel que sospechamos que es, puede que haya dos motivos diferentes. En primer lugar, le diría que Moriarty dirige con mano de hierro a su gente. Su disciplina es formidable. No hay más que un castigo en su código: la muerte. Ahora imaginemos que ese hombre asesinado —ese tal Douglas cuyo destino inminente conoce uno de los subordinados del archicriminal— hubiese traicionado de alguna manera al jefe. De ello se derivaría su castigo, y todos llegarían a saberlo, aunque fuera tan solo para meterles el miedo en el cuerpo.

—Bien, esa es una sugerencia, señor Holmes.

—La otra es que lo hubiese urdido Moriarty en el transcurso ordinario de sus negocios. ¿Se robó algo?

—Hasta donde sé, no.

—Desde luego, si así fuese, sería un argumento en contra de la primera hipótesis y a favor de la segunda. Puede que hubiesen contratado a Moriarty para que lo tramase con la promesa de darle una parte del botín, o que le hubiesen pagado un tanto alzado para que lo planease. Ambas opciones son posibles. Pero, ya sea una u

otra, o bien incluso una combinación de estas dos, es en Birlstone donde debemos buscar la solución. Conozco demasiado bien a nuestro hombre para suponer que ha dejado allí algo que pueda llevarnos hasta él.

—Entonces, ¡a Birlstone que nos vamos! —exclamó MacDonald, saltando de su asiento—. ¡Pero bueno! Es más tarde de lo que pensaba. No puedo darles más que cinco minutos para que se preparen, caballeros.

—Y nos sobra —respondió Holmes, mientras se ponía en pie de un salto y se daba prisa en cambiar la bata por el abrigo—. De camino allí, señor Mac, le pediré que tenga la amabilidad de contarme todo lo referente al caso.

«Todo lo referente al caso» resultó ser decepcionantemente poco, y, a pesar de ello, fue suficiente para estar seguros de que el caso que teníamos ante nosotros era digno de la atención minuciosa del experto. A Holmes se le iluminó la cara y se frotaba las delgadas manos una contra otra mientras escuchaba los detalles, escasos aunque llamativos. Llevábamos varias semanas improductivas a las espaldas y ahí había por fin un objeto apropiado a aquellas extraordinarias aptitudes que, como todos los dones excepcionales, se vuelven frustrantes para su propio dueño cuando no son utilizados. La navaja de su mente se embotaba y herrumbraba con el ocio.

Los ojos de Sherlock Holmes centelleaban, sus pálidas mejillas adquirieron un color más cálido, y su rostro de entusiasmo brillaba con una luz interior cuando el deber lo llamaba. Inclinandose hacia delante en el coche, escuchaba sin pestañear el breve esbozo del problema que nos aguardaba en Sussex. Lo que el inspector sabía se limitaba, según nos explicó, a un resumen garabateado que le habían remitido a través del cercano de primera hora de la mañana. White Mason, el policía del lugar, era un amigo personal, y por eso se lo habían comunicado mucho antes de lo que era habitual en Scotland Yard cuando los de la provincia requerían su ayuda. Al experto de la metrópolis le suelen pedir que siga un rastro mucho más frío.

La carta que nos leyó decía:

Estimado inspector MacDonald:

La solicitud oficial de sus servicios se encuentra en un sobre aparte. Esta carta es para que la lea usted en privado. Mándeme un telegrama con el tren de la mañana que puede coger para ir a Birlstone e iré a recibirlo o enviaré a buscarle si estoy demasiado ocupado. Este caso es un bombazo. Venga lo antes posible sin perder un momento. Si puede traer al señor Holmes, por favor, hágalo, porque se va a sentir a sus anchas. Si no hubiese un cadáver, cualquiera diría que lo han dispuesto todo para provocar un efecto dramático. Es un bombazo, ¡palabra!

—Su amigo no parece nada tonto —comentó Holmes.

—No, señor, White Mason es un tipo muy espabilado, si sé algo de la gente.

—Bien, ¿tiene algo más?

—Solo que nos dará todos los detalles cuando nos encontremos con él.

—Entonces, ¿cómo se ha enterado de lo del señor Douglas y de que había sido atrocemente asesinado?

—Eso constaba en el informe oficial adjunto. No decía «atroz»: eso no es un

término reconocido oficialmente. Daban el nombre de John Douglas. Mencionaba que tenía heridas en la cabeza causadas por el disparo de un arma de fuego. Se mencionaba también la hora de la alarma, que fue cerca de la medianoche de ayer. Se añadía que no había duda de que se trataba de un asesinato, pero que no se había procedido a ningún arresto y que el caso presentaba algunos aspectos desconcertantes y extraordinarios. Eso es todo lo que tenemos ahora mismo, señor Holmes.

—Entonces, con su permiso, vamos a dejarlo ahí, señor Mac. La tentación de formular teorías prematuras con datos insuficientes es el vicio de nuestra profesión. De momento, solo puedo dar por seguras dos cosas: hay una gran mente en Londres y un hombre muerto en Sussex. Es la conexión entre ambas lo que vamos a investigar.

## LA TRAGEDIA DE BIRLSTONE

Ahora les rogaré que se olviden de mi insignificante persona por un momento con el fin de describir, a la luz del conocimiento posterior, los acontecimientos acaecidos antes de que llegáramos a la escena del crimen. Solo así podré conseguir que el lector se haga una idea de las personas concernidas y del extraño escenario en que se forjó su destino.

El pueblo de Birlstone es un pequeño y vetusto grupo de casas de campo de entramado en la frontera norte del condado de Sussex. Durante siglos, se había mantenido inalterable, pero en los últimos años su aire típico y su ubicación habían atraído a numerosos vecinos nuevos y pudientes, cuyas mansiones destacaban en los bosques de los alrededores. Los lugareños creen que esos bosques forman el linde más exterior de la gran selva de Weald, que va raleando hasta alcanzar las colinas calcáreas del norte. Para satisfacer las necesidades de la creciente población, han aparecido numerosas tiendas pequeñas, así que parece probable la perspectiva de que la vetusta aldea de Birlstone se transforme en una ciudad moderna. Se encuentra en el centro de una extensa área de la región, ya que Tunbridge Wells, el lugar más cercano de cierta importancia, se halla situado a diez o doce millas al este, en el límite con Kent.

A media milla del pueblo, poco más o menos, está la antigua casa solariega de Birlstone, que está edificada en el centro de un viejo coto célebre por sus enormes hayas. Parte de esta venerable construcción data de los tiempos de la primera cruzada, momento en que Hugo de Capus construyó una fortaleza en el centro del señorío que le había concedido Guillermo II, el rey Rojo. Esta quedó arrasada por el fuego en 1543 y se utilizaron algunas de sus piedras angulares ennegrecidas por el humo cuando, en época jacobina, se alzó una casa de campo de ladrillo sobre las ruinas del castillo feudal.

La casa solariega, con sus numerosos tejadillos y sus pequeñas ventanas de rombos, permanecía en gran medida como la había acabado el constructor en los primeros años del siglo XVIII. De los dos fosos que había defendido su antecesor, mucho más belicoso, se había dejado secar el exterior y servía de humilde huerto familiar. El interior seguía allí y rodeaba toda la casa con cuarenta pies de anchura, aunque ahora solo tenía unos pocos pies de profundidad. Lo llenaba un arroyo que luego seguía su curso, de modo que esa extensión de agua, aunque enlodada, nunca menguaba ni se volvía insalubre. Las ventanas de la planta baja estaban a un par de palmos de la superficie del agua.

La única manera de entrar en la casa era por el puente levadizo, cuyas cadenas y

cabrestante habían estado mucho tiempo rotos y herrumbrosos. Sin embargo, los últimos habitantes de la casa solariega se habían empeñado en arreglarlo y ahora no solo se podía subir el puente levadizo, sino que, de hecho, lo subían todas las tardes y lo bajaban todas las mañanas. Al renovar así la costumbre de los viejos tiempos feudales, la casa solariega se convertía en una isla durante la noche, hecho que había tenido una relación muy directa con el misterio que pronto había de centrar la atención de toda Inglaterra.

La casa había estado deshabitada algunos años y amenazaba con desmoronarse hasta volverse una ruina pintoresca cuando la adquirieron los Douglas. Esa familia estaba formada únicamente por dos individuos: John Douglas y su esposa. Douglas era un hombre muy notable, tanto por su carácter como por su apariencia. Debía de haber cumplido alrededor de cincuenta años, y tenía el rostro surcado de arrugas, con fuertes mandíbulas, un bigote entrecano, ojos grises especialmente penetrantes y un cuerpo enjuto y nervudo que no había perdido ni un ápice de la fuerza y la energía de la juventud. Se mostraba alegre y cordial con todos, pero era de modales un poco bruscos, por lo que daba la impresión de que había tenido trato con gentes de un nivel inferior a las de la sociedad del condado de Sussex.

Sin embargo, aunque sus vecinos más cultivados lo miraban con curiosidad y reservas, pronto había adquirido una gran popularidad entre la gente del pueblo, pues había financiado con largueza todos los asuntos locales y había asistido a sus conciertos y demás actos, donde, como tenía una voz de tenor llena de matices, siempre accedía a interpretar alguna canción de manera excelente. Parecía que le sobraba el dinero, del que se decía que lo había ganado en los yacimientos de oro de California, y, por su modo de hablar y por el de su esposa, estaba claro que había pasado parte de su vida en América.

La buena impresión que habían producido su generosidad y sus maneras populares se había intensificado gracias a su reputación de absoluta impasibilidad ante el peligro. Aunque era un pésimo jinete, acudía a todas las competiciones y se caía de la manera más asombrosa en su afán por mantener el paso de los mejores. Cuando se incendió la vicaría, destacó también por la audacia con la que entró en el edificio repetidas veces para salvar las pertenencias del vicario cuando los bomberos del lugar lo habían dejado ya por imposible. De esta forma, aquel John Douglas de la casa solariega se había ganado en cinco años un nombre en Birlstone.

Su esposa también era popular entre aquellos a los que había tratado, aunque, según las costumbres inglesas, eran pocos los que visitaban a una extraña que se había establecido en el condado sin presentación alguna. Eso no tenía la más mínima importancia para ella, puesto que era retraída por naturaleza, y, al parecer, su marido y sus deberes domésticos ocupaban todos sus pensamientos. Se sabía que era una dama inglesa que había conocido al señor Douglas en Londres, quien, por aquel entonces, era viudo. Alta, morena, esbelta, aquella hermosa mujer tenía cerca de veinte años menos que su marido, una diferencia que no mellaba en modo alguno la

alegría de su vida familiar.

No obstante, a veces aquellos que los conocían mejor comentaban que parecían no confiar plenamente el uno en el otro, ya que o bien la mujer se mostraba muy reservada acerca de la vida anterior de su marido, o bien, como parecía más probable, poseía una información muy incompleta sobre ella. Algunas personas observadoras también apuntaban que en ciertos momentos la señora Douglas mostraba síntomas de alguna clase de tensión nerviosa y que exteriorizaba un intenso desasosiego si su marido tardaba en volver más de lo esperado. En una región tranquila, en donde se agradece cualquier chisme, esa debilidad de la señora de la casa solariega no pasó desapercibida y aumentó en relevancia en la memoria de la gente cuando resultó que los acontecimientos le otorgaron un singular significado.

Había, sin embargo, una persona más cuya presencia, si bien frecuentaba aquella casa de manera ciertamente esporádica, en aquellos días de extraños sucesos, que ahora pasaremos a referir, hizo que su nombre saltase a la palestra pública con cierta notoriedad. Se trataba de Cecil James Barker, de Hales Lodge, Hampstead.

La figura alta y desgarbada de Cecil Barker resultaba familiar en la avenida principal del pueblo de Birlstone, porque era un visitante asiduo y bien recibido en la casa solariega. Además, despertaba la curiosidad de la gente por ser el único amigo procedente del desconocido pasado del señor Douglas, al que se había visto en su nuevo ambiente inglés. El propio Barker era, sin lugar a dudas, inglés, pero por sus comentarios había quedado claro que conocía a Douglas de América y que allí había mantenido una estrecha relación con él. Parecía un hombre de una considerable fortuna y se le tenía por soltero.

Era bastante más joven que Douglas —cuarenta y cinco años como mucho—, y era un tipo alto, de pecho amplio, que andaba muy derecho, iba bien afeitado, con cara de boxeador profesional, cejas marcadas, negras y tupidas, y unos ojos negros enérgicos que habrían podido abrirse paso entre una multitud hostil incluso sin valerse de sus poderosas manos. Él tampoco montaba ni cazaba, sino que se pasaba el día deambulando por el vetusto pueblo con la pipa en la boca, dando paseos en coche por el campo con su anfitrión o, en su ausencia, con su anfitriona.

—Un caballero muy desprendido y de trato agradable —dijo Ames, el mayordomo—. Pero palabra que preferiría no interponerme en su camino.

Se mostraba afectuoso y cercano con Douglas y no trataba de manera menos amistosa a su mujer. Aquella amistad pareció fastidiar más de una vez al marido, de manera que incluso el servicio pudo percatarse de su irritación. Y esa era la tercera persona que estaba con la familia cuando sucedió la catástrofe.

En cuanto a los demás moradores del viejo edificio, bastará con mencionar, de entre las numerosas personas del servicio, al estirado, respetable y eficaz Ames y a la señora Allen, mujer alegre y entrada en carnes, quien aligeraba las tareas domésticas de la señora de la casa. Los otros seis sirvientes de la casa no tienen relación con los acontecimientos de la noche del 6 de enero.



Eran las doce menos cuarto cuando se dio la primera voz de alarma a la pequeña comisaría local a cargo del sargento Wilson, del cuerpo de policía de Sussex. Cecil Barker, muy alterado, había subido a la carrera hasta la puerta y llamado frenéticamente. Había ocurrido una tragedia espantosa en la casa, y habían asesinado a John Douglas. Ese fue en esencia el mensaje que les transmitió sin aliento. Se volvió corriendo a la mansión. Lo siguió a los pocos minutos el sargento de policía. Este se presentó en el escenario del crimen un poco pasadas las doce, tras haber dado los pasos oportunos para advertir a las autoridades del condado de que había sucedido algo grave.

Al llegar a la casa, el sargento se encontró con el puente levadizo bajado, luz en las ventanas y a todo el servicio en un estado de confusión y alarma desenfadadas. Los sirvientes se agolpaban lívidos en la entrada; el mayordomo, aterrado, se retorció las manos en el umbral. Cecil Barker parecía el único capaz de mantener la compostura. Acababa de abrir la puerta más cercana a la entrada y le había pedido por señas al sargento que lo siguiera. En ese momento, llegó el doctor Wood, un médico de familia del pueblo resuelto y competente. Los tres hombres entraron juntos en la aciaga habitación. El mayordomo, aterrorizado, les pisaba los talones y cerraba la puerta tras él para impedir que las sirvientas vieran el horrible escenario del crimen.

El fallecido yacía boca arriba con brazos y piernas extendidos en el centro de la habitación. No llevaba más que una bata rosa encima del pijama. En los pies sin calcetines tenía puestas unas zapatillas de andar por casa. El médico se arrodilló junto a él con la lámpara, que había estado encima de la mesa, en la mano. Al doctor le bastó una mirada a la víctima para comprobar que podrían haber prescindido de su presencia. Habían herido a aquel hombre de manera espeluznante. Tenía cruzada encima del pecho un arma, una escopeta recortada a un palmo de los gatillos. Estaba claro que la habían disparado a quemarropa y que había recibido el disparo en plena cara, volándole casi la cabeza en pedazos. Habían unido los gatillos con un cable, con el fin de que el disparo simultáneo fuera más destructivo.

El policía del pueblo estaba nervioso y preocupado ante la enorme responsabilidad que se había echado sobre las espaldas de repente.

—No tocaremos nada hasta que lleguen mis superiores —dijo en voz baja mirando con espanto la horripilante cabeza.

—Hasta ahora no se ha tocado nada —comentó Cecil Barker—. Responderé por eso. Lo ve exactamente como me lo encontré.

—¿Cuándo lo hizo?

El sargento había sacado su libreta.

—Eran las once y media. No había empezado a desvestirme y estaba sentado junto a la chimenea de mi dormitorio cuando oí la detonación. No sonó demasiado, parecía amortiguada. Bajé corriendo, no creo que tardara ni treinta segundos en entrar en la habitación.

—¿La puerta estaba abierta?

—Sí, estaba abierta. El pobre Douglas se encontraba tendido como lo ve. La vela de su dormitorio se hallaba encendida encima de la mesa. Fui yo quien encendió la lámpara unos minutos después.

—¿No vio a nadie?

—No. Oí a la señora Douglas que se acercaba por las escaleras detrás de mí y me precipité en salir para evitar que viese este horror. Entonces vino la señora Allen, el ama de llaves, y se la llevó de aquí. Ames ya había llegado y volvimos a entrar corriendo en la habitación.

—¿Pero si tengo entendido que tienen subido el puente levadizo toda la noche!

—Sí, permaneció así hasta que lo bajé.

—Entonces, ¿cómo es posible que huyera ningún asesino de aquí? ¡Eso es imposible! El señor Douglas debió de dispararse a sí mismo.

—Eso fue lo primero que pensamos. Pero ¡vea esto! —Barker apartó la cortina y le mostró la larga ventana de rombos que estaba completamente abierta—. Y ¡mire esto otro! —Bajó la lámpara que sostenía en la mano e iluminó una mancha de sangre semejante a la huella de una suela de bota en el alféizar de madera—. Alguien se apoyó aquí al salir.

—¿Quiere decir que alguien vadeó el foso?

—¡Exacto!

—Entonces, si usted entró en la habitación medio minuto después del crimen, debía de estar en el agua en ese mismo momento.

—No me cabe duda. ¡Ojalá se me hubiese ocurrido ir corriendo a la ventana! Pero la cortina estaba echada, como puede ver, y no se me pasó por la cabeza. Al momento, oí los pasos de la señora Douglas y no podía dejar que entrara en la habitación. Habría sido espantoso.

—¿Desde luego! —exclamó el médico, quien miraba la cabeza destrozada y los horribles restos que la rodeaban—. No había visto heridas así desde el accidente de tren de Birlstone.

—Pero, y digo yo —añadió el sargento de policía, cuyo entendimiento sosegado y pausado seguía meditando acerca de la ventana abierta—, todo eso que nos ha contado de que un hombre ha salido huyendo vadeando este foso está muy bien, pero lo que le estoy preguntando es cómo pudo entrar en la casa si el puente estaba levantado.

—Ah, esa es la cuestión —dijo Barker.

—¿A qué hora lo subieron?

—Eran cerca de las seis —intervino Ames, el mayordomo.

—Tengo entendido que suelen levantarlo con la puesta de sol —afirmó el sargento—. Eso sería más bien a las cuatro y media que a las seis en esta época del año.

—La señora Douglas recibió visitas a la hora del té —respondió Ames—. No

pude subirlo hasta que se fueron. Así lo hice entonces.

—Luego, en pocas palabras —dijo el sargento—, si entró alguien del exterior, si entraron, debieron de atravesar el puente antes de las seis y quedarse escondidos desde ese momento hasta que el señor Douglas entró en la habitación pasadas las once.

—¡Claro! Lo último que hacía el señor Douglas todas las noches era recorrerse la casa para comprobar que las luces estuvieran apagadas. Por eso entró aquí. El tipo estaba esperándolo y le disparó. Entonces, salió huyendo por la ventana y se dejó el arma. Así lo interpreto yo; de otra manera no encajan los hechos.

El sargento cogió una tarjeta del suelo que había junto al fallecido. En ella habían garabateado con tinta las iniciales V. V. y bajo estas el número 341.

—¿Qué es esto? —preguntó mostrándola con la mano.

Barker la miró con curiosidad.

—No la había visto —dijo—. Se le debió de caer al asesino al salir.

—V. V. 341. No le encuentro ningún sentido.

El sargento seguía dándole vueltas entre sus grandes dedos.

—¿Qué es V. V.? Puede que las iniciales de alguien. ¿Qué ha encontrado, doctor Wood?

Era un martillo de gran tamaño que se encontraba tirado en la alfombra enfrente de la chimenea: un martillo sólido de profesional. Cecil Barker señaló una caja de clavos con cabeza de latón que había encima de la repisa de la chimenea.

—Ayer el señor Douglas estuvo cambiando los cuadros de sitio —afirmó—. Lo vi yo mismo de pie en esa silla colgando el cuadro grande de encima. De ahí el martillo.

—Lo mejor sería que lo dejásemos de nuevo en la alfombra donde lo encontramos —dijo el sargento mientras se rascaba su perpleja cabeza desconcertado—. Se necesitarán a las mejores mentes del cuerpo para llegar al final de todo esto. Antes de que termine la investigación, acabará en manos de Londres. —Levantó la linterna y recorrió despacio la habitación—. ¡Ajá! —exclamó muy excitado al correr la cortina de la ventana a un lado—. ¿A qué hora se echaron estas cortinas?

—Cuando se encendieron las lámparas —dijo el mayordomo—. Serían poco después de las cuatro.

—Alguien permaneció escondido aquí, claro está. —Bajó la luz y, en la esquina, se vieron perfectamente las huellas de las botas llenas de barro—. He de decir, señor Barker, que esto corrobora su teoría. Parece que ese hombre debió de introducirse en la casa entre las cuatro, cuando se habían corrido las cortinas, y las seis, cuando se levantó el puente. Entró a hurtadillas en esta habitación porque fue la primera que vio. No había otro sitio en donde pudiera esconderse, así que se ocultó de forma improvisada detrás de esta cortina. Hasta ahí parece todo bastante claro. Es probable que su idea fuera principalmente robar en la casa, pero dio la casualidad de que el señor Douglas se topó con él, así que lo asesinó y salió huyendo.

—Así lo veo yo también —asintió Barker—. Pero, y digo yo, ¿no estamos

perdiendo un tiempo precioso? ¿No podríamos salir y peinar la zona antes de que se escabulla?

Durante un instante, el sargento estuvo considerando esa posibilidad.

—No hay trenes antes de las seis de la mañana, conque no puede escapar en tren. Si va por carretera con las piernas empapadas, lo más probable es que alguien se fije en él. De todas formas, no puedo marcharme hasta que me releven. Pero creo que ninguno de ustedes debería irse hasta que no tengamos claro en qué situación nos encontramos.

El médico había cogido la lámpara y estaba estudiando atentamente el cadáver.

—¿Qué es esta marca? —preguntó—. ¿Cabe la posibilidad de que tenga alguna relación con el crimen?

El fallecido tenía el brazo derecho fuera de la bata y desnudo hasta el codo. Aproximadamente a media altura del antebrazo había un curioso dibujo marrón, un triángulo en el interior de un círculo, que contrastaba de manera evidente con su piel de color manteca.

—No está tatuado —señaló el doctor, quien lo estaba examinando minuciosamente a través de sus gafas—. Nunca he visto nada así. En un momento dado, se marcó a este hombre como si fuera ganado. ¿Qué querrá decir?

—No fingiré saber qué quiere decir —contestó Cecil Barker—, pero en estos últimos diez años he visto en numerosas ocasiones esa misma marca en Douglas.

—Yo también —intervino el mayordomo—. La he visto más de una vez cuando el señor se remangaba la camisa. Me he preguntado muchas veces qué significaría.

—Entonces, en cualquier caso, no tiene nada que ver con el crimen —concluyó el sargento—. Aunque es algo la mar de raro de todas formas. Todo lo relacionado con este caso es la mar de raro. Pero ¿y ahora qué pasa?

El mayordomo había proferido un grito de asombro y estaba señalando con el dedo hacia la mano extendida del difunto.

—¡Le han quitado el anillo de boda! —dijo sin aliento.

—¿Cómo?

—Sí, seguro. El señor siempre llevaba su alianza, un anillo de oro sin adornos, en el meñique de la mano derecha, y sobre este el de la pepita en bruto, y, en el dedo corazón, el anillo de la serpiente enroscada. Están el de la pepita y el de la serpiente, pero la alianza ha desaparecido.

—Tiene razón —afirmó Barker.

—¿Dice que tenía la alianza de boda primero y el otro encima afuera? —les preguntó el sargento.

—¡Desde siempre!

—Entonces el asesino, o quienquiera que fuese, le sacó primero el que llama usted el anillo de la pepita, luego el de boda y después le volvió a poner el anillo de la pepita.

—¡Así es!

El respetable policía de provincias negó con la cabeza.

—Me parece a mí que cuanto antes se ponga Londres con este caso, mejor —comentó—. White Mason es un tipo inteligente; siempre ha conseguido resolver cualquier caso local. No tardará mucho en venir a ayudarnos. Sospecho que tendremos que recurrir a Londres antes de poder cerrarlo. De todos modos, no me avergüenza decir que esta clase de asunto le viene demasiado grandes a los tipos como yo.

## OSCURIDAD

A las tres de la mañana, el detective en jefe de Sussex llegó procedente de la central en un coche ligero tirado por un trotón jadeante, en respuesta a la llamada urgente del sargento Wilson, de Birlstone. Había mandado su mensaje a Scotland Yard en el tren de las seis menos veinte y se encontraba en la estación de Birlstone a las doce en punto para recibirnos. White Mason era un hombre tranquilo, de apariencia agradable. Llevaba un traje holgado de lana, tenía el rostro sonrosado, bien afeitado, era de constitución fuerte, y las gruesas piernas con polainas se arqueaban hacia afuera a la altura de las rodillas. Todo ello le daba aspecto de granjero, de guardabosques jubilado o de cualquier otra cosa de este mundo excepto de modelo cautivador de funcionario de policía de provincias.

—Un absoluto bombazo, señor MacDonald —repetía una y otra vez—. Los periodistas llegarán como moscas cuando se enteren. Espero que hayamos terminado con nuestro trabajo antes de que metan las narices y echen a perder todas las pistas. No se ha visto cosa igual por aquí, que yo recuerde. O mucho me equivoco o hay algunas cosillas que harán que se sienta como en casa, señor Holmes. Y a usted también, doctor Watson, que los médicos también tendrán algo que decir antes de que acabemos con esto. Se alojarán en el Westville Arms. No hay otro sitio, pero me han dicho que está limpio y atienden bien. Este hombre les llevará las maletas. Por aquí, caballeros, se lo ruego.

Aquel detective de Sussex era una persona de lo más alegre y cordial. En diez minutos habíamos encontrado toda la habitación. En diez más estábamos sentados en el salón de la posada y nos habían obsequiado con un rápido esbozo de los acontecimientos que se han resumido en el capítulo anterior. MacDonald tomaba esporádicamente alguna nota mientras Holmes permanecía concentrado, con la misma expresión reverencial de sorpresa y admiración con la que el botánico examina una flor preciada poco común.

—¡Asombroso! —exclamó cuando nos expusieron la historia—. ¡Fascinante! Me resulta difícil recordar un caso de características más curiosas que este.

—Supuse que diría algo así, señor Holmes —comentó encantado White Mason—. En Sussex estamos a la última. Ahora sabe todo lo sucedido hasta el momento en que relevé al sargento Wilson, es decir, entre las tres y las cuatro de la madrugada. ¡Por dinero baila el perro! Pero luego resultó que no me habría hecho falta que me diera tanta prisa, porque allí no había nada urgente que pudiera hacer. El sargento Wilson había recabado todos los hechos. Los comprobé, estuve reflexionando sobre ellos, y quizá añadiese algunos de mi cosecha.

—¿Cuáles? —preguntó Holmes, entusiasmado.

—Bueno, en primer lugar, inspeccioné el martillo. El doctor Wood, que estaba allí, me ayudó en las pesquisas. No descubrimos señal alguna de violencia. Tenía la esperanza de que, si el señor Douglas se había defendido con el martillo, tal vez habría dejado alguna marca en el asesino antes de que la herramienta cayera en la alfombra. Pero no había ninguna mancha.

—Eso, desde luego, no prueba nada en absoluto —observó el inspector MacDonald—. Ha habido muchos asesinatos con martillos en los que no se ha encontrado ninguna pista en estos.

—Tiene razón. Eso no prueba que no lo utilizaran. Pero podía haber manchas y nos habría sido de ayuda. De hecho, no había ninguna. Luego inspeccioné el arma. Los cartuchos eran de perdigones y, como ha mencionado el sargento Wilson, los gatillos estaban unidos con alambre, de modo que, si se apretaba el de más atrás, se disparaban ambos cañones. El que montara aquello había decidido no arriesgarse a fallar el tiro. La escopeta recortada no tenía más de dos palmos de largo; uno podía llevarla cómodamente debajo del abrigo. El nombre del fabricante no estaba completo, pero en el canalillo, entre los cañones, estaban grabadas las letras «p, e, n»; lo que falta del nombre lo serraron junto con el resto de la escopeta.

—¿Una «p» grande con una floritura en lo alto y una «e» y una «n» más pequeñas? —preguntó Holmes.

—Eso es.

—Pennsylvania Small Arms Company; una empresa americana bastante conocida —afirmó mi amigo.

White Mason se lo quedó mirando al igual que el médico de aldea al especialista de la capital cuando este resuelve de un plumazo los problemas que lo tienen desconcertado.

—Eso es de gran ayuda, señor Holmes. Sin duda tiene razón. ¡Fantástico! ¡Fantástico! ¿Se sabe de memoria el nombre de todos los fabricantes de armas del mundo?

Holmes obvió la pregunta con un ademán.

—Desde luego, la escopeta es americana —continuó White Mason—. Me parece haber leído que en algunas partes de América la escopeta de cañones recortados es un arma frecuente. Antes de que dijera el nombre del cañón, ya se me había pasado por la cabeza. Luego existen algunos indicios de que el hombre que entró y mató al dueño de la casa era americano.

MacDonald negó con la cabeza.

—Amigo, creo que está yendo demasiado rápido —afirmó—. Todavía no he oído nada que pruebe que hubiera un extraño en la casa.

—La ventana abierta, la sangre en el alféizar, la extraña tarjeta, las huellas de botas en la esquina, ¡el arma!

—Nada que no haya podido ser preparado. El señor Douglas era americano o

había vivido mucho tiempo en América. Igual que el señor Barker. No hace falta traerse a un americano de fuera para justificar los métodos americanos.

—Ames, el mayordomo...

—¿Qué pasa con él? ¿Es de fiar?

—Diez años con sir Charles Chandos, un tipo recto como un palo. Ha estado con Douglas desde que este adquirió la casa solariega hace cinco años. Nunca ha visto un arma de esa clase en la casa.

—El arma está modificada para poder esconderla. Esa es la razón por la que se sierran los cañones. Cabría dentro de cualquier caja. ¿Cómo podría jurarnos que no había un arma así en toda la mansión?

—Bueno, él, al menos, nunca la ha visto.

MacDonald negó con su tozuda cabeza de escocés.

—Aun así, no estoy convencido de que hubiese alguien en la casa en ningún momento —replicó—. Les pido que se paren a pensar —a medida que avanzaba en su argumentación, hablaba cada vez con más acento de Aberdeen—, les pido que se paren a pensar lo que implica su conjetura de que alguien metiese el arma en la casa, y de que todas esas cosas extrañas fueran llevadas a cabo por una persona de fuera. ¡No hay quien se lo crea! ¡Atenta contra el sentido común! A juzgar por lo que hemos oído, ¿a usted qué le parece, señor Holmes?

—Bueno, exponga su caso, señor Mac —dijo Holmes en ese tono característico que utilizaba en los juicios.

—No se trata de un ladrón, aun suponiendo que haya habido algún intruso. La cuestión del anillo y la tarjeta sugieren un asesinato premeditado por algún motivo personal. Muy bien. Tenemos a un hombre que se introduce a hurtadillas dentro de una casa con la intención deliberada de perpetrar un asesinato. Si sabe algo es que le costará salir huyendo, puesto que la casa se encuentra rodeada de agua. ¿Qué arma elegiría? Uno diría que la más silenciosa del mundo. De esa manera, podría esperar a cometer el crimen para escabullirse rápidamente por la ventana, vadear el foso y huir en el momento que más le conviniese. Eso tiene sentido. Pero ¿lo tiene complicarse llevándose consigo el arma más ruidosa que podía escoger, sabiendo que atraería a cualquier persona de la casa al lugar tan rápido como le fuera posible y que lo más probable fuera que lo vieran antes de cruzar el foso? ¿Le parece creíble, señor Holmes?

—Pues bien, ha planteado con contundencia el caso —respondió mi amigo pensativamente—. Lo cierto es que requiere un buen montón de explicaciones. ¿Le importaría que le pregunte, señor Mason, si inspeccionó en ese momento la orilla más alejada del foso para comprobar si había indicios de que aquel hombre hubiese salido del agua?

—No había ningún indicio, señor Holmes. Pero tiene un bordillo de piedra y no era de esperar.

—¿Ni huellas ni manchas?



—Ninguna de las dos cosas.

—¡Ajá! Señor Mason, ¿habría algún impedimento en que nos dirijamos a la casa enseguida? Es posible que haya algún pequeño detalle que nos resulte revelador.

—Eso le iba a proponer ahora, señor Holmes, pero me había parecido oportuno presentarle los hechos antes de ir. Supongo que si hubiese algo que le llamara la atención...

White Mason miró indeciso al aficionado.

—He trabajado con el señor Holmes con anterioridad —intervino el inspector MacDonald—. Juega limpio.

—En todo caso, juego como mejor me parece —añadió Holmes con una sonrisa—. Cuando investigo un caso, lo hago para servir a los fines de la justicia y prestar ayuda a la policía. Si me he distanciado alguna vez de las fuerzas de la policía, se debe a que ellas se han distanciado antes de mí. Nunca he deseado llevarme ningún mérito a su costa. Aun así, señor Mason, reclamo mi derecho a trabajar a mi manera y compartir mis resultados cuando considere, una vez termine la investigación, no antes.

—No le quepa duda de que su presencia nos honra y de que le informaremos de todo lo que sepamos —dijo White Mason de manera cordial—. Acompáñenos, doctor Watson; espero que todos tengamos nuestro lugar en su libro cuando llegue el momento.

Bajamos caminando por la calle de aquel pueblo pintoresco, que estaba flanqueada por dos hileras de olmos podados. Un poco más allá, había dos antiguos pilares de piedra, erosionados por las lluvias y salpicados de líquen, que soportaban en lo alto una cosa informe que una vez fue el león rampante de Capus de Birstone. Tras un breve paseo por aquel camino tortuoso con tanta hierba verde y robles alrededor como solo se ve en la Inglaterra rural, torcimos de repente y apareció ante nosotros aquella casa jacobina, baja y alargada, de ladrillos parduscos sin brillo, con un anticuado jardín de tejos recortados a los lados. Cuando nos acercamos, vimos el puente levadizo de madera y el hermoso y ancho foso tan sosegado y luminoso como el mercurio a la luz del frío sol del invierno.

Por la vieja casa solariega habían pasado tres siglos, siglos de nacimientos y de reencuentros, de bailes de la región y de reuniones de cazadores de zorros. ¡Qué extraño que ahora, en su senectud, ese tenebroso asunto ensombreciera sus paredes venerables! Y, sin embargo, aquellos curiosos tejados picudos y pintorescos frontones salientes ofrecían una cubierta ideal para una intriga sombría y terrible. Cuando miré hacia los nichos de las ventanas y hacia la larga curva de la fachada descolorida y desgastada por el agua, no se me ocurrió un escenario más apropiado donde se pudiera representar una tragedia como aquella.

—Esa es la ventana —dijo White Mason—, la de la derecha junto al puente levadizo. Está abierta justo como la encontraron ayer por la noche.

—Parece muy estrecha para que pase un hombre.

—Bueno, gordo, en cualquier caso, no estaba. No necesitamos sus deducciones para sacar eso en claro, señor Holmes. Pero, forzándonos un poco, usted o yo podríamos pasar perfectamente.

Holmes caminó hasta el borde del foso y miró al otro lado. Luego examinó el bordillo de piedra y la hierba que lo orillaba.

—Le he echado un buen vistazo, señor Holmes —le dijo White Mason—. No hay nada, ningún indicio de que nadie haya pisado ahí, pero ¿cómo iba a dejar indicio alguno?

—Eso es. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Esta agua está siempre turbia?

—Suele estar de este color. El arroyo arrastra arcilla a su paso.

—¿Qué profundidad hay?

—Más o menos dos pies junto a la orilla y tres en el centro.

—Así que podemos descartar la idea de que el hombre se ahogase al cruzarlo.

—No, aquí no se ahogaría ni un niño.

Cruzamos el puente levadizo y fuimos recibidos por un individuo peculiar, malhumorado y seco, que no era otro que el mayordomo, Ames. El pobre anciano estaba lívido y tembloroso del susto. El sargento del pueblo, un hombre alto, serio y taciturno, seguía de guardia en la habitación del delito. El médico se había marchado.

—¿Algo nuevo, sargento Wilson? —le preguntó White Mason.

—No, señor.

—Entonces puede irse a casa. Bastante ha hecho ya. Podemos mandar a buscarle si le necesitamos. Es mejor que el mayordomo espere fuera. Dígale que avise al señor Cecil Barker, a la señora Douglas y al ama de llaves de que quizá necesitemos hablar con ellos en breve. Y ahora, caballeros, permítanme explicarles primero la opinión que me he formado y así podrán sacar sus conclusiones.

Aquel especialista de provincias me dejó impresionado. Tenía una profunda comprensión de los hechos y una mente fría, clara y racional que le haría llegar lejos en su profesión. Holmes lo estuvo escuchando con mucha atención, sin muestra alguna de esa impaciencia que con tanta frecuencia le suscitaban las explicaciones de la policía.

—O se trata de un suicidio o bien de un asesinato. Eso es lo primero que nos preguntamos, ¿no es así, caballeros? Si fue un suicidio, entonces hemos de suponer que el señor Douglas se quitó la alianza y la escondió, que, después, vino aquí en bata, pisoteó con barro el rincón de detrás de la cortina con el fin de aparentar que había alguien esperándolo, abrió la ventana, manchó de sangre...

—Sin duda, podemos descartar esa posibilidad —dijo MacDonald.

—Eso creo yo. Aquí no cabe el suicidio; luego, se ha cometido un asesinato. Lo que debemos determinar es si lo cometió alguien de dentro o ajeno a la casa.

—Bien, oigamos su razonamiento.

—Ambas alternativas ofrecen dificultades considerables y, sin embargo, debe ser o una u otra. Supongamos primero que cometieran el crimen una o varias personas

pertenecientes a la casa. Tenían a Douglas aquí en ese momento, cuando todo estaba en silencio y, no obstante, no había nadie durmiendo. Entonces, perpetraron el crimen con el arma más insólita y ruidosa que se les ocurrió con el propósito de poner al corriente a todo el mundo de lo que había sucedido: un arma que nunca han visto en la casa antes. Como premisa no parece muy probable, ¿verdad?

—No, no lo parece.

—Bien, entonces todos están de acuerdo en que después de que se diese la alarma no pasó más de un minuto antes de que llegaran todos los de la casa, no solo el señor Cecil Barker, por mucho que asegure que entró aquí el primero, sino Ames y el resto. ¿Pueden asegurarme que en ese rato el culpable pudo dejar huellas de barro en el rincón, abrir la ventana, dejar una mancha de sangre en la misma, sacar la alianza del dedo del muerto y todo lo demás? ¡Imposible!

—Lo ha expuesto con mucha claridad —dijo Holmes—. No puedo estar más de acuerdo.

—Bueno, entonces volvamos ahora a la teoría de que alguien ajeno a la casa llevó a cabo el asesinato. Seguimos enfrentándonos a algunas dificultades de peso, pero, en cualquier caso, ya no resultan imposibles. El hombre se introdujo en la casa entre las cuatro y media y las seis, es decir, entre el anochecer y el momento en que levantaron el puente. Habían tenido algunas visitas y la puerta se encontraba abierta, así que no había nada que se lo impidiera. Puede que fuera un vulgar ladrón o puede que le guardara rencor al señor Douglas. Puesto que este se pasó la mayor parte de su vida en América, y esa escopeta parece ser un arma americana, resulta más probable la teoría de la venganza personal. El asesino se deslizó dentro de esta habitación porque fue la primera que vio y se escondió detrás de la cortina. Se quedó allí hasta pasadas las once de la noche. En ese momento, entró el señor Douglas. Intercambiaron tres o cuatro palabras, si llegaron a intercambiarlas, ya que la señora Douglas ha declarado que su marido se había marchado de su lado hacía apenas unos minutos cuando oyó el disparo.

—Lo indica la vela —señaló Holmes.

—Exacto. La vela, que era nueva, no se derritió más de media pulgada. Debió de ponerla encima de la mesa antes de que lo atacara. De lo contrario, no cabe duda de que se habría caído cuando el señor Douglas se desplomó. Eso demuestra que no lo atacaron en cuanto entró en la habitación. Cuando llegó el señor Barker la vela estaba encendida y la lámpara apagada.

—Todo eso está bastante claro.

—Pues bien, ahora podemos reconstruir lo sucedido siguiendo esas hipótesis. El señor Douglas entra en la habitación. Deja la vela encima de la mesa. Surge un hombre de detrás de la cortina. Está armado con esta escopeta. Le exige el anillo de boda; solo Dios sabe por qué, pero así debió de ser. El señor Douglas se lo entrega. Entonces, ya fuera a sangre fría o en el transcurso de un forcejeo —es posible que el señor Douglas agarrara el martillo que se encontró encima de la alfombrilla—,

disparó al señor Douglas de esta forma tan terrible. Soltó su arma y se diría que también esta extraña tarjeta —V. V. 341, signifique lo que signifique eso—, y salió huyendo por la ventana y a través del foso en el mismo momento en que Cecil Barker descubría el crimen. ¿Qué le parece, señor Holmes?

—Muy interesante, pero no me resulta muy convincente.

—Hombre, ¡si no fuera porque cualquier otra cosa es incluso peor, sería una absoluta sandez! —vociferó MacDonald—. Alguien mató al tipo, y podría demostrarle claramente que quienquiera que fuese lo habría realizado de otra manera. ¿En qué estaba pensando al permitir que le cortasen así la retirada? ¿En qué estaba pensando al utilizar una escopeta cuando el silencio era su única posibilidad de huir? Vamos, señor Holmes, ya que dice que la teoría del señor Mason no es muy convincente, le toca indicarnos por dónde seguir.

Holmes se había quedado observándolo todo muy atento durante la larga exposición de Mason, sin perderse palabra de lo que se decía, mientras su mirada penetrante lo recorría todo a derecha e izquierda, y tenía la frente arrugada por sus conjeturas.

—Me gustaría disponer de algunos datos más antes de aventurarme a presentar una teoría, señor Mac —dijo mientras se arrodillaba junto al cadáver—. ¡Madre mía! Estas heridas son francamente espantosas. ¿Podemos llamar al mayordomo un momento?

»Ames, tengo entendido que ha visto varias veces esa marca tan poco habitual, el triángulo inscrito en el círculo, en el brazo del señor Douglas.

—Muy a menudo, señor.

—¿Nunca le ha llegado ningún rumor sobre lo que significa?

—No, señor.

—Debió de causarle un gran dolor cuando lo marcaron. Se trata de una quemadura sin lugar a dudas. Bueno, veo, Ames, que hay un pequeño esparadrapo en el ángulo de la mandíbula del señor Douglas. ¿Se dio cuenta de ello cuando estaba con vida?

—Sí, señor, se cortó afeitándose ayer por la mañana.

—¿Sabe si se había cortado antes al afeitarse?

—Hacía mucho que no, señor.

—¡Un detalle muy revelador! —exclamó Holmes—. Quizá sea, por supuesto, una mera coincidencia o quizá indique cierto nerviosismo que nos sugeriría que tenía motivos para temer algún peligro. Ames, ¿ayer se dio usted cuenta de algo infrecuente en su manera de comportarse?

—Me extrañó, pues estaba un poco inquieto y alterado, señor.

—¡Ya veo! Puede que el ataque no fuera del todo inesperado. Parece que avanzamos un poco, ¿no creen? ¿Quizá prefiera realizar usted el interrogatorio, señor Mac?

—No, señor Holmes, está en mejores manos así.

—Bien, pues entonces pasaremos a esta tarjeta: V. V. 341. Es una tarjeta algo tosca. ¿Tienen alguna de este tipo en la casa?

—Creo que no.

Holmes se acercó al escritorio y extendió un poco de tinta de cada frasco en el papel secante.

—No la escribieron en esta habitación —concluyó—. Esta es negra y la otra morada. El trazo es de una pluma gruesa y estas son finas. No, yo diría que la escribieron en otro lugar. ¿La inscripción le sugiere algo, Ames?

—No, señor, nada.

—Señor Mac, ¿a usted qué le parece?

—Me da la sensación de que se refiere a una sociedad secreta de alguna clase, la misma del símbolo del antebrazo.

—Eso mismo pienso yo —dijo White Mason.

—Bien, podemos aceptarlo como hipótesis de trabajo y ya veremos hasta qué punto desaparecen nuestras dificultades. Un agente de una sociedad de ese tipo se dirige a su casa, espera al señor Douglas, le vuela la cabeza a bocajarro con su arma y se escapa vadeando el foso después de dejar una tarjeta junto al fallecido, lo que, al ser mencionado en los periódicos, les indicará al resto de los miembros de la sociedad que se ha llevado a cabo la venganza. Todo cuadra. Pero ¿por qué esta escopeta de entre todas las armas posibles?

—Ahí está.

—¿Y por qué falta un anillo?

—Eso mismo.

—¿Y por qué no han arrestado a nadie? Ya son más de las dos. Doy por hecho que todos los policías en cuarenta millas a la redonda llevan buscando a un forastero con la ropa empapada desde el amanecer.

—Así es, señor Holmes.

—Bueno, pues a menos que tuviera un escondrijo por aquí cerca o una muda de ropa preparada, difícilmente pueden perder su rastro. ¡Aunque por el momento lo hayan perdido!

Holmes se había acercado a la ventana y estaba estudiando con su lupa la mancha de sangre del alféizar.

—Es evidente que se trata de la huella de un zapato. Es extraordinariamente ancha; parece la de un pie contrahecho. Es curioso: por las huellas que logramos intuir en este rincón lleno de barro, se diría que se trataba de una suela de un pie más normal. Sin embargo, lo cierto es que no son muy claras. ¿Qué hay debajo de la mesa auxiliar?

—Las pesas del señor Douglas —dijo Ames.

—La pesa... solo hay una. ¿Dónde está la otra?

—No lo sé, señor Holmes. Quizá solo hubiera una. No las veía desde hacía meses.

—Una pesa... —empezó a decir Holmes con expresión seria cuando de pronto lo interrumpieron unos repentinos golpes en la puerta.

Un hombre alto, bronceado, de aspecto resuelto y bien afeitado se asomó y se nos quedó mirando. No tardé en imaginarme que era el tal Cecil Barker del que ya me habían hablado. Aquellos ojos dominantes pasaron rápidamente con una mirada inquisitiva por cada uno de los rostros.

—Disculpen que interrumpa su reunión —dijo—, pero deberían oír las últimas noticias.

—¿Alguna detención?

—No hemos tenido tanta suerte. Pero han encontrado su bicicleta. El tipo se la dejó aquí. Vengan y échenle un vistazo. Está a unas cien yardas de la puerta de la entrada.

Nos encontramos con tres o cuatro criados ociosos que estaban inspeccionando una bicicleta en el camino. La habían sacado de un grupo de encinas en donde la habían escondido. Era una Rudge-Whitworth muy usada, con salpicaduras como si hubiese realizado un largo viaje. Había una cartera con una llave fija y una lata de aceite, pero ni una pista acerca del dueño.

—Si esas cosas estuvieran numeradas y registradas, le resultaría de gran ayuda a la policía —comentó el inspector—. Pero demos las gracias por lo que tenemos. Aunque no podamos descubrir adónde se dirige el asesino, por lo menos es probable que averigüemos de dónde viene. Pero, por lo más sagrado, ¿qué le obligaría a dejársela aquí? Y ¿cómo demonios se escapó sin ella? No creo que esto pueda aclararnos nada, señor Holmes.

—¿No? —contestó ensimismado mi amigo—. ¡No me diga!

## LOS PERSONAJES DEL DRAMA

—¿Han visto todo lo que necesitaban del despacho? —preguntó White Mason cuando volvimos a entrar en la casa.

—De momento, sí —respondió el inspector, y Holmes asintió con la cabeza.

—Entonces, ahora quizá les gustaría escuchar el testimonio de algunas de las personas de la casa. Podríamos utilizar el comedor, Ames. Haga el favor de venir usted en primer lugar y de contarnos lo que sepa.

El relato de los hechos del mayordomo fue claro y sencillo, y daba la sensación de una sinceridad convincente. Lo habían contratado hacía cinco años, cuando Douglas había ido por primera vez a Birlstone. Según tenía entendido, el señor Douglas era un hombre rico que había conseguido su fortuna en América. Había sido un jefe amable y respetuoso; tal vez no fuese precisamente a lo que Ames estaba acostumbrado, pero uno no puede pretender tenerlo todo. Nunca fue testigo de que el señor Douglas mostrase algún miedo: todo lo contrario, era el hombre más valiente que había conocido. Había decidido que subieran el puente todas las noches porque era una antigua tradición de aquella vieja casa y quería mantener las viejas costumbres.

El señor Douglas rara vez iba a Londres o salía del pueblo, pero el día anterior al crimen había estado comprando en Tunbridge Wells. Ames había notado aquel día en el señor Douglas cierta inquietud y nerviosismo; le había parecido impaciente y de mal genio, lo que no era habitual en él. Aquella noche Ames no se había ido a la cama, sino que estaba en la despensa de la parte de atrás de la casa ordenando la plata cuando oyó que tocaban la campanilla violentamente. No oyó ningún disparo, pero era casi imposible que lo hiciera, puesto que la despensa y las cocinas se encontraban en la parte más alejada de la casa y había varias puertas cerradas y un largo pasillo entre un lugar y otro. El ama de llaves había salido de su dormitorio atraída por el violento repiqueteo de la campanilla. Se dirigieron juntos hacia la parte delantera de la casa.

Cuando llegaron al pie de la escalera, vieron bajar por esta a la señora Douglas. No, no lo hacía corriendo. No le pareció especialmente alterada. Justo al llegar al pie de la escalera, el señor Barker salió atropelladamente del despacho. Detuvo a la señora Douglas y le rogó que volviera a su dormitorio. «Por amor de Dios, ¡vete a tu habitación! —le gritó—. ¡El pobre Jack ha muerto! No puedes hacer nada. Por amor de Dios, ¡vete!».

Poco después, la convenció y la señora Douglas se marchó. No gritó. No alzó la voz ni lo más mínimo. La señora Allen, el ama de llaves, se la había llevado arriba y

se quedó con ella en su dormitorio. Ames y el señor Barker regresaron entonces al despacho, donde se encontraron todo exactamente como lo había visto la policía. En ese momento, la vela estaba apagada, y la lámpara, encendida. Miraron por la ventana, pero era una noche muy oscura y no pudieron ver ni oír nada. Luego corrieron a la entrada, donde Ames le dio vueltas al torno que bajaba el puente levadizo. Entonces, el señor Barker se fue corriendo a avisar a la policía.

Ese fue, en esencia, el testimonio del mayordomo.

El relato de los hechos de la señora Allen, el ama de llaves, corroboró, hasta donde era posible, el de su compañero en el servicio. La habitación del ama de llaves estaba bastante más cerca de la parte delantera de la casa que la despensa, donde había estado trabajando Ames. Se disponía a ir a la cama cuando le llamó la atención el intenso repiqueteo de la campanilla. Era algo dura de oído. Quizá esa fue la razón por la que no oyó el disparo, pero, en cualquier caso, el despacho se encontraba lejos. Recordaba haber oído cierto ruido que se figuró era un portazo. Eso sucedió más pronto, por lo menos media hora antes de que sonara la campanilla. Cuando el señor Ames corrió hacia la parte delantera, fue con él. Vio salir del despacho, muy pálido y alterado, al señor Barker. Este se interpuso en el camino de la señora Douglas, quien bajaba en ese momento la escalera. Le suplicó que regresara a su habitación y ella le respondió algo, pero no podría decir el qué.

«¡Llévesela arriba! ¡Quédese con ella!», le ordenó el señor Barker a la señora Allen.

Así que se la llevó a su dormitorio y procuró tranquilizarla. Estaba muy nerviosa, temblaba de pies a cabeza, pero no volvió a intentar bajar. Se quedó sentada en bata junto a la chimenea de su dormitorio con la cabeza hundida entre las manos. La señora Allen permaneció con ella la mayor parte de la noche. En cuanto a los demás sirvientes, se habían ido todos a la cama y no se percataron de lo sucedido hasta poco antes de que llegara la policía. Dormían en el otro extremo de la casa, por lo que era imposible que hubieran oído nada.

El ama de llaves no añadió nada más allá al interrogarla excepto lamentos y expresiones de sorpresa.

Después de la señora Allen, Cecil Barker fue el siguiente testigo. En relación con las circunstancias de la noche anterior, tenía muy poco que agregar a lo que ya había relatado a la policía. Él estaba convencido de que el asesino se había escapado por la ventana. En su opinión, la mancha de la sangre era concluyente a ese respecto. Además, al haber levantado el puente, no había otra manera posible de huir. No tenía ninguna explicación acerca de qué había sido del asesino ni de por qué no se había llevado la bicicleta, si esta era realmente suya. No era posible que se hubiese ahogado en el foso, que no tenía más de tres pies de profundidad en ningún punto.

En su opinión, manejaba una teoría muy sólida acerca del asesinato. Douglas era un hombre reservado y había ciertos episodios de su vida sobre los que nunca hablaba. Había emigrado a América cuando era muy joven. Allí había prosperado.



Barker lo conoció en California, donde se convirtieron en socios de una explotación minera en un lugar llamado Benito Canyon. Les había ido muy bien, pero Douglas liquidó su parte repentinamente y embarcó rumbo a Inglaterra. Era viudo en aquel momento. Después de aquello, Barker vendió su mitad y se vino a vivir a Londres. Así que renovaron su amistad.

Le dio la impresión de que a Douglas le acechaba algún peligro, y siempre había considerado que su repentina marcha de California, al igual que alquilar una casa en un lugar tan tranquilo de Inglaterra, tenía relación con esa amenaza. Sospechaba que alguna sociedad secreta iba tras él, alguna organización implacable que no descansaría hasta matarlo. Había llegado a esas conjeturas tras oír algunos comentarios de Douglas, aunque nunca le dijo ni de qué sociedad se trataba ni de qué manera los había ofendido. Lo único que se le ocurría era que la nota de la tarjeta hacía referencia de alguna forma a esa sociedad secreta.

—¿Cuánto tiempo permaneció con Douglas en California? —preguntó el inspector MacDonald.

—Cinco años.

—¿Y dice que era soltero?

—Viudo.

—¿Alguna vez le comentó de dónde procedía su primera esposa?

—No, recuerdo que decía que era de familia alemana. Vi su retrato; era una mujer muy guapa. Murió de fiebre tifoidea el año anterior a que conociera a Douglas.

—¿Mencionó alguna parte de América en particular al referirse a su pasado?

—Le oí hablar de Chicago. Conocía bien esa ciudad y estuvo trabajando allí. Hizo referencia a las regiones del carbón y del hierro. Había trabajado mucho en tiempos pasados.

—¿Le interesaba la política? ¿Es posible que esa sociedad secreta tuviese algo que ver con la política?

—No, la política le era indiferente.

—¿Existe algún motivo que le haga pensar que Douglas fuera un delincuente?

—Todo lo contrario, no he conocido a un hombre más honrado en mi vida.

—¿No hubo nada que le llamara la atención acerca de su vida en California?

—Lo que más le gustaba era quedarse y trabajar en nuestra explotación de las montañas. Nunca frecuentaba lugares donde hubiese gente si podía evitarlo. Esa fue la razón que me hizo pensar por primera vez que lo estaba persiguiendo alguien. Luego, cuando se marchó de manera tan repentina a Europa, ya no me cupo duda de que así era. Creo que le había llegado una advertencia de alguna clase. Antes de que pasara una semana, vinieron media docena de hombres preguntando por él.

—¿Hombres de qué tipo?

—Pues gentuza con toda la pinta de ser peligrosa. Subieron al yacimiento y me preguntaron dónde estaba. Les dije que se había marchado a Europa y que no sabía dónde podían encontrarlo. No le deseaban nada bueno... eso se veía a la legua.

—¿Eran esos hombres americanos... de California?

—Bueno, de California no lo sé. Que eran americanos, seguro. Pero no eran mineros. No sé a qué se dedicarían, pero fue todo un alivio cuando se largaron.

—¿Eso sucedió hace seis años?

—Va para siete.

—Entonces, estuvieron juntos cinco años en California, así que ese asunto se remonta a hace no menos de once años, ¿no cree?

—Así es.

—Debió de tratarse de un asunto muy grave para que este se prolongara con tanta intensidad durante tanto tiempo. Una menudencia no daría pie a todo esto.

—Creo que lo tuvo presente constantemente durante toda su vida. Nunca se le iba de la cabeza del todo.

—Pero, cuando sobre un hombre se cierne algún peligro y sabe que este es real, ¿no cree que acudiría a la policía en busca de protección?

—Quizá fuera algún peligro contra el que no podía protegerse. Hay una cosa que debería saber: siempre iba armado. Su revólver permanecía siempre en su bolsillo. Pero se dio la mala suerte de que ayer por la noche llevaba la bata y se lo había dejado en su dormitorio. Supongo que, cuando subían el puente, se sentía seguro.

—Me gustaría aclarar un poco más estos datos —dijo MacDonald—. Hace exactamente seis años que Douglas se marchó de California. Usted se vino al año siguiente, ¿verdad?

—Así es.

—Y Douglas estuvo casado cinco años. Entonces usted debió regresar cuando él se casó, más o menos.

—Alrededor de un mes antes. Fui su padrino.

—¿Conocía a la señora Douglas antes del matrimonio?

—No, no la conocía. Yo había estado fuera de Inglaterra diez años.

—Pero, desde entonces, la ha visto muchas veces.

Barker miró con dureza al detective.

—Desde entonces, lo he visto a él muchas veces —contestó—. Si la he visto a ella ha sido porque no se puede visitar a un hombre sin tener trato con su esposa. Si se imagina que existe algo entre nosotros...

—Yo no me imagino nada, señor Barker. Tengo la obligación de hacerle todas las preguntas que puedan tener alguna relación con el caso. Pero no quería ofenderle.

—Algunas preguntas resultan ofensivas —respondió Barker, furioso.

—Tan solo deseamos establecer los hechos. A usted y a todos nos conviene que queden aclarados. ¿Veía realmente con buenos ojos el señor Douglas la amistad que mantenía usted con su esposa?

Barker empalideció, y entrelazó sus enormes y fuertes manos de manera agitada.

—¡No tiene derecho a hacer esa clase de preguntas! —gritó—. ¿Qué tiene que ver esto con el asunto que está investigando?

—Debo repetir la pregunta.

—Bueno, pues yo me niego a responderla.

—Puede negarse a responderla, pero sea consciente de que negarse es en sí mismo una respuesta, porque no se negaría si no tuviese nada que ocultar.

Barker se quedó profundamente pensativo con un gesto grave en el rostro y las cejas gruesas y negras fruncidas. Entonces levantó la mirada con una sonrisa.

—Bueno, después de todo, supongo que no hacen más que cumplir con su deber. Y no tengo derecho a interponerme en ello. Solo les pediría que no incomoden a la señora Douglas con este asunto; ahora mismo ya tiene bastante con lo sucedido. Puedo decirles que el pobre Douglas solo tenía un defecto, y es que era celoso. Me apreciaba mucho, no se le puede tener más cariño a un amigo que el que Douglas me profesaba. Y adoraba a su esposa. Le encantaba que yo fuera a visitarles, y siempre mandaba a buscarme. Pero, a pesar de ello, cada vez que su mujer y yo hablábamos a solas o parecíamos mostrarnos algún tipo de simpatía, le entraba una especie de ataque de celos, perdía los papeles y soltaba en ese momento las mayores barbaridades que se le pasaban por la cabeza. Más de una vez renuncié a venir por esa razón y, entonces, me escribía unas cartas con tanto arrepentimiento y súplicas que me veía obligado a hacerlo. Pero pueden creerme, caballeros, como si fueran estas mis últimas palabras, no ha habido nunca un hombre con una esposa más enamorada y fiel... y puedo añadir que tampoco ha existido un amigo más leal que yo.

Se expresaba con mucha pasión y sentimiento, pero, a pesar de todo, el inspector MacDonald no podía dejar correr ese tema.

—¿Está usted al tanto de que al fallecido le quitaron su anillo de bodas del dedo? —le preguntó.

—Eso parece —respondió Barker.

—¿Qué quiere decir con que «parece»? Sabe que es un hecho.

Aquel hombre se mostró confuso y vacilante.

—Cuando he dicho «parece», me refería a que es posible que se hubiese quitado él mismo el anillo.

—El simple hecho de que faltara el anillo, fuera quien fuese quien se lo quitase, le sugeriría a cualquiera que existe una relación entre el matrimonio y la tragedia, ¿o no?

Barker encogió sus anchos hombros.

—No sabría decirle lo que significa —le respondió—. Pero si lo que quiere dar a entender es que eso podría cuestionar de alguna manera el honor de la dama —sus ojos ardieron durante un segundo y luego, con un esfuerzo evidente, consiguió dominar sus emociones—, entonces no tiene usted ni idea de por dónde van los tiros, esa es la verdad.

—No se me ocurre nada más que preguntarle ahora mismo —dijo MacDonald con frialdad.

—Solo un pequeño detalle más —comentó Sherlock Holmes—. Cuando entró

usted en la habitación, solo había una vela encendida encima de la mesa, ¿no es cierto?

—Sí, nada más.

—¿Vio usted las consecuencias de esa terrible tragedia gracias a esa luz?

—Eso es.

—¿Llamó pidiendo ayuda de inmediato?

—Sí.

—¿Y llegaron muy rápido?

—En un minuto más o menos.

—Sin embargo, cuando lo hicieron, se encontraron que la vela estaba apagada y que habían encendido la lámpara. Me parece muy extraño.

Barker dio algunas muestras de indecisión.

—No veo qué le resulta tan extraño, señor Holmes —respondió después de hacer una pausa—. La luz de la vela era muy mala. Lo primero que pensé fue conseguir una mejor. La lámpara se encontraba encima de la mesa, así que la encendí.

—¿Y sopló la vela para apagarla?

—Eso es.

Holmes no le hizo más preguntas, y Barker, mirándonos con parsimonia a cada uno de nosotros, con una mirada que me pareció algo desafiante, se dio la vuelta y abandonó la habitación.

El inspector MacDonald había mandado subir una nota en la que informaba de que presentaría sus respetos a la señora Douglas en sus aposentos, pero esta había respondido que se encontraría con nosotros en el comedor. Entró en ese momento una mujer alta y guapa de unos treinta años, contenida y serena en un grado extraordinario, muy diferente del personaje trágico y angustiado que me había imaginado. Es cierto que su rostro estaba pálido y ojeroso, como es propio en alguien que ha sufrido una gran conmoción, pero su comportamiento resultaba desapasionado, y la mano finamente torneada que se posaba en el filo de la mesa parecía tan firme como la mía misma. Sus ojos tristes y seductores nos miraron a uno tras otro con una curiosa expresión inquisitiva. Esa penetrante mirada se transformó de repente en una brusca manera de hablar.

—¿Han descubierto algo ya? —preguntó.

¿Era cosa de mi imaginación o había percibido un tono de miedo más que de esperanza en aquella pregunta?

—Hemos dado todos los pasos posibles para ello, señora Douglas —respondió el inspector—. Puede tener por seguro que no pasaremos nada por alto.

—No miren el dinero —dijo en un tono seco e inalterable—. Deseo que se hagan todos los esfuerzos posibles.

—Quizá pueda decirnos algo que pueda esclarecer un poco este asunto.

—Me temo que no, pero todo lo que sepa queda a su disposición.

—Nos hemos enterado por el señor Cecil Barker de que, en realidad, no vio...

que en ningún momento estuvo en la habitación en la que sucedió la tragedia.

—No, cuando me hallaba en la escalera, el señor Barker hizo que me diera la vuelta. Me rogó que regresara a mi habitación.

—En efecto. Usted había oído el disparo y había bajado enseguida.

—Me puse la bata y luego bajé.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que oyó el disparo hasta que la detuvo el señor Barker en la escalera?

—Quizá pasaran un par de minutos. Es bastante difícil calcular el tiempo en un momento así. Me suplicó que no siguiera bajando. Me aseguró que no podía hacer nada. Entonces, la señora Allen, el ama de llaves, me acompañó de nuevo arriba. Todo sucedió como en una pesadilla.

—¿Puede decirnos cuánto tiempo permaneció abajo su marido hasta que oyó usted el disparo?

—No, no sabría decirle. Salió de su vestidor y no oí cuándo bajó. Por las noches, se daba una vuelta por la casa, porque temía que hubiese algún incendio. Es la única cosa a la que le tenía miedo que yo sepa.

—Ahí es precisamente adonde quería yo llegar, señora Douglas. Usted conoció a su marido en Inglaterra, ¿no es así?

—Sí, hemos estado casados cinco años.

—¿Le oyó comentar algo que sucediera en América y que pudiese suponer algún peligro para su vida?

La señora Douglas meditó profundamente antes de responder.

—Sí —dijo finalmente—, siempre he sentido que lo acechaba algún peligro. Se negaba a compartirlo conmigo. No era por falta de confianza en mí —nos teníamos un amor y una confianza absolutos—, pero era su deseo evitar que me preocupara. Pensaba que yo no dejaría de darle vueltas si sabía todo aquello y por eso no me dijo nada.

—Entonces, ¿cómo lo supo?

Una breve sonrisa iluminó el rostro de la señora Douglas.

—¿Puede un hombre soportar un secreto así toda su vida sin que la mujer que lo ama nunca sospeche? Lo sabía porque se negaba a hablar acerca de algunos momentos de su vida en América. Lo sabía debido a ciertas precauciones que adoptaba. Lo sabía por ciertas palabras que se le escapaban. Lo sabía por la manera en que miraba a los desconocidos que no se esperaba. Yo estaba absolutamente convencida de que tenía algunos enemigos poderosos, que mi marido creía que iban tras su pista, y que siempre se mantenía en alerta contra ellos. Estaba tan segura de ello que durante años sentía auténtico terror si alguna vez llegaba a casa más tarde de lo esperado.

—¿Le importa que le pregunte qué palabras llamaron su atención? —le dijo Holmes.

—El valle del miedo —respondió la señora Douglas—. Esa era la expresión que

utilizaba cuando yo le preguntaba. «He estado en el valle del miedo. Y todavía no he salido de él», respondía. «¿Nunca vamos a salir del valle del miedo?», insistía yo cuando lo veía más serio de lo habitual. «A veces creo que nunca lo haremos», me contestaba.

—Pero seguramente usted le preguntó alguna vez qué quería decir con aquello del valle del miedo.

—Así es. Pero en su rostro se reflejaba una mayor gravedad y negaba con la cabeza. «Ya es bastante malo con que uno de los dos haya estado en su sombra —decía—. ¡Quiera Dios que nunca caiga sobre ti!». Se refería a algún valle real en donde había vivido y donde le había sucedido algo terrible, de eso estoy segura. Pero no puedo decirles más.

—¿Y nunca mencionó ningún nombre?

—Sí, una vez deliró debido a la fiebre después de un accidente de caza que tuvo hará tres años. Recuerdo que entonces repitió un nombre que no se le iba de la boca. Hablaba de él con ira y una especie de terror. Ese nombre era McGinty, Gran Maestro McGinty. Cuando se recuperó, le pregunté quién era el Gran Maestro McGinty y de dónde era maestro. «¡Maestro mío no fue, gracias a Dios!», me respondió con una carcajada, y eso fue todo lo que pude sacarle. Pero existe una relación entre el Gran Maestro McGinty y el valle del miedo.

—Otra cosa más —dijo el inspector MacDonald—. Conoció al señor Douglas en una pensión de Londres y se prometieron allí, ¿no es verdad? ¿Hubo algún imprevisto, algún suceso secreto o misterioso relacionado con la boda?

—Se produjeron imprevistos. Siempre hay imprevistos. Pero no hubo nada misterioso en todo aquello.

—¿Tenía usted algún otro pretendiente?

—No, no había nadie.

—Sin duda, se habrá enterado de que se han llevado la alianza. ¿Eso le sugiere algo? Suponga que algún enemigo perteneciente al pasado de su marido lo hubiese estado persiguiendo y cometiera ese crimen, ¿qué motivo tendría para llevarse su anillo de boda?

Habría podido jurar que, por un momento, los labios de la mujer esbozaron una sonrisa casi imperceptible.

—La verdad, no sabría decirle —respondió—. Desde luego, es una cosa de lo más extraordinaria.

—Bien, no la entretendré más tiempo, y le pido disculpas por tener que ponerla en este aprieto en tales momentos —dijo el inspector—. Habrá algunos detalles más, no cabe duda, pero podemos comentárselos a medida que surjan.

La señora Douglas se levantó, y una vez más fui consciente de esa mirada breve y penetrante con la que nos acababa de estudiar. «¿Qué impresión les ha causado mi testimonio?», habría podido preguntar en alto. Entonces, con una inclinación, salió rápidamente de la habitación.

—Es una mujer realmente muy guapa —dijo MacDonald con expresión pensativa cuando se cerró la puerta tras ella—. Ese tal Barker se pasaba por aquí muchas veces, eso seguro. Es un hombre que podría resultar atractivo a una mujer. Reconoce que el fallecido era un hombre celoso, y puede que supiese mejor que él la razón por la que debía estarlo. Luego tenemos esa alianza, algo que no podemos obviar. El tipo que le arranca un anillo de boda a un muerto... ¿Qué me dice de eso, señor Holmes?

Mi amigo estaba sentado con la cabeza apoyada en las manos, completamente absorto. Entonces se levantó y tiró de la campanilla.

—Ames —le dijo al mayordomo cuando entró—, ¿dónde se encuentra en estos momentos el señor Cecil Barker?

—Voy a mirar, señor.

Volvió poco después para decirnos que Barker se encontraba en el jardín.

—¿Puede recordar, Ames, qué llevaba el señor Barker en los pies ayer por la noche cuando se reunió con él en el despacho?

—Sí, señor Holmes. Tenía unas zapatillas de andar por casa. Le llevé las botas cuando fue a buscar a la policía.

—¿Dónde están esas zapatillas ahora?

—Siguen debajo de la silla de la entrada.

—Muy bien, Ames. Desde luego, nos sería de gran ayuda averiguar qué huellas son del señor Barker y cuáles las de alguien ajeno a la casa.

—Sí, señor. Puedo decir que me percaté de que las zapatillas estaban manchadas de sangre... como las mías, la verdad.

—Eso es bastante comprensible, teniendo en cuenta cómo se encontraba la habitación. Muy bien, Ames. Le llamaremos si lo necesitamos.

Unos minutos más tarde nos hallábamos en el despacho. Holmes se había llevado consigo las zapatillas de la entrada. Como Ames había observado, las suelas de ambas estaban embadurnadas de sangre.

—¡Qué extraño! —murmuró Holmes, de pie bajo la luz de la ventana mientras las examinaba a conciencia—. ¡Realmente extraño!

Con uno de sus brincos felinos se inclinó hacia el alféizar y colocó una de las zapatillas encima de la de la huella de este. Coincidían con exactitud. Sonrió en silencio hacia sus colegas.

El inspector parecía transformado por la emoción. Su acento natal repiqueteaba como un palo en una verja.

—Pues hombre, ¡ya no cabe duda! —exclamó—. Sencillamente Barker ha dejado su huella en la ventana. Es bastante más ancha que cualquier huella de bota. Me acuerdo de que dijo que era de un pie contrahecho, pues aquí tiene la explicación. Pero ¿qué está tramando, señor Holmes? ¿Qué está tramando?

—Eso, ¿qué está tramando? —repitió mi amigo pensativamente.

White Mason se rió entre dientes y se frotó sus rollizas manos de satisfacción profesional.

—¡Ya dije que era un bombazo! —exclamó—. ¡Y tanto que es un bombazo!



## PRIMER RAYO DE LUZ

Los tres detectives tenían muchos detalles en los que indagar, así que regresé a solas a nuestros humildes aposentos de la posada del pueblo. Pero, antes de hacerlo, me di un paseo por el antiguo y peculiar jardín que flanqueaba la casa. Lo rodeaban hileras de tejos centenarios podados con extrañas formas. Dentro había una bonita extensión de césped con un viejo reloj de sol en el medio. Transmitía tanta calma y serenidad que mi estado nervioso lo recibió con alegría después de tanta crispación.

En aquella apacible atmósfera, uno podía olvidarse, o recordarlo solo como si fuera alguna pesadilla inverosímil, de ese despacho oscuro con la figura tendida y manchada de sangre del suelo. Sin embargo, cuando me paseaba por allí y trataba de empaparme con ese bálsamo de tranquilidad, me sucedió un extraño incidente que me hizo recordar la tragedia y que me dejó una impresión siniestra en la mente.

Como he dicho, el jardín estaba inscrito en una decoración realizada con tejos. En el extremo más lejano de la casa se volvía más tupida hasta formar un seto continuo. Al otro lado de ese seto, fuera de la vista de cualquiera que se acercara desde la casa, había un banco de piedra. Cuando me dirigía hacia a aquel lugar, fui consciente de que se oían unas voces: algún comentario en el tono grave de un hombre, respondido por el murmullo de una risa femenina.

Poco después, había llegado al final del seto y mis ojos se toparon con la señora Douglas y el tal Barker, que no eran conscientes de mi presencia. Me escandalizó la actitud que ella adoptaba. En el comedor se había mostrado sobria y discreta. Ahora toda aquella pena fingida había desaparecido. Sus ojos brillaban por la alegría de vivir y en su rostro quedaba un temblor de la carcajada que le había provocado algún comentario de su acompañante. Él estaba sentado inclinado hacia delante, con las manos entrelazadas y los antebrazos en las rodillas, con una sonrisa como respuesta en su rostro atractivo y desvergonzado. En un segundo —pero fue un segundo demasiado tarde—, adoptaron de nuevo sus solemnes máscaras, en cuanto me hice visible. Cruzaron un par de palabras y luego Barker se levantó y vino hacia mí.

—Discúlpeme, caballero —me dijo—, pero ¿estoy hablando con el doctor Watson?

Le saludé con una frialdad que manifestó, en mi opinión, de manera muy evidente la impresión que me había causado todo aquello.

—Estábamos pensando que probablemente se tratase de usted, dada su célebre amistad con el señor Sherlock Holmes. ¿Le importaría acercarse y hablar con la señora Douglas un instante?

Lo seguí con gran seriedad en el rostro. Podía ver en mi mente con gran claridad

aquel cuerpo destrozado en el suelo. Y ahí teníamos unas pocas horas después de la tragedia a su esposa y a su amigo más cercano riéndose a solas detrás de un arbusto en el jardín que había sido suyo. Saludé a la dama con cierta reserva. Ya le había expresado mi pesar por su pérdida en el comedor. Ahora crucé su seductora mirada con una de indiferencia.

—Sospecho que me tiene por una persona dura y sin corazón —dijo ella.

Me encogí de hombros.

—Eso no es de mi incumbencia —le respondí.

—Tal vez algún día me haga justicia. Si usted supiera...

—No es necesario que el doctor Watson sepa nada —intervino Barker rápidamente—. Como él mismo acaba de decir, eso no es de su incumbencia.

—Así es —dije—, y por ello le ruego que me permita continuar con mi paseo.

—Un momento, doctor Watson —exclamó la mujer en tono implorante—. Hay una pregunta que puede contestarme con más autoridad que ningún otro en este mundo, y quizá resulte de gran importancia para mí. Usted conoce al señor Holmes y sus relaciones con la policía mejor que nadie. Supongamos que se pone en su conocimiento un asunto de manera confidencial, ¿es absolutamente necesario que se lo comunique a los detectives?

—Sí, eso mismo —dijo Barker con cierta ansiedad—. ¿Actúa por su cuenta o responde completamente ante ellos?

—La verdad es que no veo la razón para hablar sobre un tema así.

—Le ruego... ¡le suplico que lo haga, doctor Watson! Le aseguro que nos sería de gran ayuda... que me sería de una enorme ayuda si nos orientase sobre ese tema.

Había tanta sinceridad en la voz de aquella mujer que, por un momento, me olvidé por completo de su frivolidad y sentí el impulso de no hacer otra cosa que satisfacer sus deseos.

—El señor Holmes es un investigador independiente —le dije—. Es su propio jefe y obraría según considerase oportuno. Pero, al mismo tiempo, naturalmente que sentiría cierta lealtad hacia los funcionarios que se encuentren trabajando en el mismo caso, y no les ocultaría nada que pudiera ayudarlos a llevar al criminal ante la justicia. Más allá de eso, no puedo decirle nada, y la invito a dirigirse al propio señor Holmes si desea mayor información.

Dicho esto, levanté mi sombrero y seguí mi camino, dejándolos allí sentados, detrás de aquel seto que los mantenía ocultos. Volví a mirarlos cuando doblé por el extremo más alejado y vi que seguían hablando con gran seriedad y, dado que tenían sus ojos puestos en mí, estaba claro que el tema de su discusión era nuestra charla.

«No quiero saber nada de confidencias», fue la respuesta de Holmes cuando lo informé de lo que había ocurrido. Se había pasado toda la tarde en la mansión intercambiando opiniones con sus dos colegas y volvió hacia las cinco con unas ganas irresistibles de tomarse una merienda que le había encargado.

—Nada de confidencias, Watson, porque son muy comprometedoras si se

produce un arresto por conspiración y asesinato.

—¿Cree que ese será el resultado?

Holmes estaba muy alegre y de su mejor humor.

—Mi querido Watson, cuando haya hecho desaparecer este cuarto huevo, estaré listo para presentarle la situación al completo. No digo que hayamos llegado al fondo de la cuestión, ni mucho menos, pero, cuando hayamos dado con el rastro de la pesa que falta...

—¡La pesa!

—Madre mía, Watson, ¿será posible que no haya reparado en que el caso depende de la pesa que falta? Bueno, bueno, no hay por qué desanimarse: entre nosotros, no creo que ni el inspector Mac ni el excelente profesional del pueblo se hayan dado cuenta de la abrumadora importancia de ese aspecto. Una pesa, Watson. Párese a pensar en un atleta únicamente con una pesa. Imagínese el desarrollo unilateral, el peligro latente de una desviación de la columna. ¡Estremecedor, Watson, estremecedor!

Se quedó callado observando, con la boca llena de tostada y unos ojos brillantes de pícaro, mi confusión intelectual. No hacía falta más que verle comer con excelente apetito para estar seguro de que iba a tener éxito. Yo recordaba nítidamente días y noches en que Holmes no pensaba siquiera en la comida, cuando su mente se irritaba, atónita, ante algún problema, mientras su rostro delgado y ansioso enflaquecía más con el ascetismo de la absoluta concentración mental. Al acabar, se encendió la pipa y, tras sentarse junto a la chimenea de la vieja posada de pueblo, me estuvo hablando despacio y sin orden del caso, más como si pensara en alto que como alguien que hace una exposición preparada.

—Una mentira, Watson, una enorme, gigantesca, descomunal, flagrante y absoluta mentira, eso es con lo que nos encontramos a las puertas del caso. Ahí reside nuestro punto de partida. Toda la historia contada por Barker es mentira. Pero la señora Douglas corrobora la historia de este. Por lo tanto también miente. Ambos están mintiendo y conspirando. Así que ahora se nos presenta un problema evidente: ¿por qué están mintiendo y qué verdad se están esforzando tanto en ocultar? Veamos, usted y yo, Watson, si podemos soslayar la mentira y reconstruir la verdad.

»¿Cómo sé que están mintiendo? Porque es una burda patraña que sencillamente no se sostiene. ¡Párese un momento a pensar! Según la historia que nos proporcionaron, el asesino tuvo menos de un minuto después de haber cometido el asesinato para sacar dos anillos del dedo del fallecido, volver a ponerle el que tenía más afuera —algo que es improbable que haya hecho en ningún caso— y dejar esa peculiar tarjeta junto a su víctima. Le digo que eso es obviamente imposible.

»Quizá usted sostenga —aunque tengo demasiada consideración por su buen juicio, Watson, para pensar que lo hará— que cabe la posibilidad de que le hubiesen quitado el anillo a aquel hombre antes de que lo asesinaran. El hecho de que la vela no hubiese permanecido encendida más que un breve período de tiempo nos indica

que la conversación no se alargó mucho. ¿Era Douglas, del que hemos oído que no se amedrentaba ante nada, un hombre que le habría entregado su alianza con tanta rapidez e, incluso, cabe en la cabeza que se lo entregara? No, no, Watson, el asesino estuvo a solas con el fallecido durante algún rato con la lámpara encendida. De eso no me cabe ninguna duda.

»Pero la escopeta es a todas luces la causa de la muerte. Por lo tanto, el disparo debió de realizarse un poco antes de lo que se nos dijo. Y, sin embargo, no puede haberse producido un error en un asunto como ese. Por consiguiente, nos hallamos ante una conspiración premeditada urdida por las dos personas que oyeron la escopeta: el señor Barker y la señora Douglas. Como, además de esto, soy capaz de demostrar que Barker estampó la huella de sangre en el alféizar de manera deliberada con el fin de ofrecerle una pista falsa a la policía, reconocerá usted que el caso se pone cada vez más difícil.

»Ahora tenemos que preguntarnos a qué hora sucedió en realidad el asesinato. Hasta las diez y media los sirvientes estuvieron rondando por la casa, así que, sin lugar a dudas, no fue antes de ese momento. A las once menos cuarto se habían ido todos a sus dormitorios a excepción de Ames, que se encontraba en la despensa. He estado realizando algunos experimentos después de que nos dejase esta tarde, y he descubierto que, cuando están todas las puertas cerradas, no me llega hasta la despensa ninguno de los ruidos que pueda hacer MacDonald en el despacho.

»No obstante, no ocurre lo mismo en el dormitorio del ama de llaves. Está en el mismo pasillo, pero no tan lejos, y, desde allí, podía oír algo de manera confusa si alzaban mucho la voz. El ruido de una escopeta queda amortiguado hasta cierto punto cuando se dispara a una distancia muy corta, como sin duda se hizo en este caso. No debió de sonar muy fuerte, pero, a pesar de todo, en el silencio de la noche, se oiría fácilmente desde la habitación de la señora Allen. Según nos dijo ella misma, está un poco sorda. Sin embargo, en su testimonio mencionó que oyó algo parecido a un portazo media hora antes de que diesen la alarma. Media hora antes de que diesen la alarma sería a las once menos cuarto. No me cabe duda de que aquello que oyó era la detonación del arma y que ese fue el auténtico momento de la muerte.

»Si esto es así, ahora tenemos que determinar lo que Barker y la señora Douglas, en el supuesto caso de que no sean los verdaderos asesinos, pudieran estar haciendo desde las once menos cuarto, cuando el ruido del disparo los haría bajar, hasta las once y cuarto, cuando tocaron la campanilla y reunieron a los sirvientes. ¿Qué estaban haciendo y por qué no dieron la alarma de forma inmediata? Esa es la cuestión que debemos abordar, y, cuando la hayamos respondido, habremos avanzado algo en nuestra solución del problema.

—Estoy convencido —dije— de que esos dos se han puesto de acuerdo. Hay que ser una desalmada para estar ahí sentada riéndose de una broma a las pocas horas del asesinato de su marido.

—Exacto. No brilló como esposa ejemplar ni siquiera cuando relató lo sucedido.

No soy un admirador incondicional de las mujeres, como sabe, Watson, pero mi experiencia a lo largo de los años me ha enseñado que hay pocas esposas que, en el caso de sentir cierto aprecio por su marido, dejaran que lo dicho por un hombre se interpusiera entre ellas y su difunto esposo. Si alguna vez me casara, Watson, tendría la esperanza de inspirarle a mi mujer algún sentimiento que le impidiera que un ama de llaves la alejara de mi cadáver cuando yace a pocos pasos de ella. Una muy mala representación, porque hasta al investigador más novato le chocaría la ausencia de los plañidos femeninos habituales. Aunque no hubiese nada más, solo ese hecho me sugiere una conspiración planificada de antemano.

—En definitiva, ¿cree usted que Barker y la señora Douglas son culpables de asesinato?

—Sus preguntas son de una franqueza abrumadora, Watson —me reprochó Holmes meneando su pipa hacia mí—. Me las dispara como si fueran balas. Si lo que dice es que la señora Douglas y Barker saben la verdad acerca del asesinato y que están conspirando para ocultarlo, entonces puedo responderle tajantemente: estoy seguro de que lo están haciendo. Pero esa hipótesis más letal suya no está tan clara. Parémonos a pensar por un momento en las dificultades que se nos aparecen.

»Supongamos que a esta pareja la unen los lazos de un amor culpable, y que han decidido quitar de en medio al hombre que les impide estar juntos. Es una suposición arriesgada, porque un discreto interrogatorio entre los sirvientes y otras personas no ha logrado confirmarlo de ninguna manera. Todo lo contrario, existen muchos indicios de que los Douglas estaban muy unidos.

—De eso sí estoy seguro de que no puede ser verdad —le dije pensando en el rostro de aquella guapa mujer que sonreía en el jardín.

—Bueno, por lo menos esa era la impresión que daban. A pesar de todo, supongamos que son una pareja de una extraordinaria astucia que mantiene a todos engañados en ese aspecto y que trama el asesinato del marido. Da la casualidad de que es un hombre sobre el que se cierne un peligro...

—De eso solo tenemos su palabra.

Holmes pareció pensar en ello.

—Ya veo, Watson. Está bosquejando una teoría según la cual todo lo que dicen desde el principio es falso. De acuerdo con su idea, nunca ha habido ninguna amenaza en la sombra ni ninguna sociedad secreta, ni valle del miedo, ni jefe MacMaestre, ni nada de nada. Bueno, eso es una generalización algo excesiva y útil. Veamos a qué nos conduce. Se inventan esta teoría para justificar el crimen. Luego llevan la idea al extremo al abandonar esa bicicleta en el coto como prueba de la existencia de alguien ajeno a la casa. La mancha del alféizar implica la misma idea. Así lo hace la tarjeta encima del cuerpo, que podría haber sido escrita en la casa. Todo eso encaja con nuestra hipótesis, Watson. Pero prosigamos ahora con las partes molestas, espinosas y testarudas que no se ajustan donde deberían. ¿Por qué una escopeta recortada de entre todas las armas existentes, y además americana? ¿Cómo

podían estar tan seguros de que el ruido no atraería a alguien hasta ellos? Solo por casualidad la señora Allen no salió a indagar acerca del portazo. ¿Por qué haría todo eso su culpable pareja, Watson?

—Le confieso que no puedo explicarlo.

—Por otra parte, si una mujer y un amante confabulan para asesinar a un marido, ¿iban a llamar la atención sobre su culpabilidad robándole de manera ostentosa el anillo de boda después de muerto? ¿A usted eso le resulta lógico, Watson?

—No, la verdad.

—Y más aún, si la idea de abandonar la bicicleta escondida afuera se le hubiese ocurrido a usted, de verdad le habría parecido conveniente cuando hasta el detective más zopenco habría afirmado con espontaneidad que se trataba de un claro subterfugio, dado que la bicicleta era lo primero que el fugitivo necesitaba para huir.

—No concibo ninguna otra explicación.

—Sin embargo, no debería darse un conjunto de sucesos para los que la inteligencia humana no pueda concebir una explicación. Simplemente como ejercicio intelectual, sin afirmar de ningún modo que sea verdad, déjeme que le indique una línea de razonamiento posible. Reconozco que no es más que mera imaginación, pero ¿cuántas veces no es la imaginación la madre de la verdad?

»Supongamos que había un secreto vergonzoso, un secreto verdaderamente bochornoso en la vida de este tal Douglas. Eso condujo a que fuera asesinado por alguien que, supongamos, quiere vengarse, alguien ajeno a la casa. Este vengador, por algún motivo que reconozco que todavía no acierto a explicar, se lleva el anillo de boda del muerto. Es muy posible que la *vendetta* se remonte al primer matrimonio del hombre y que le quitaran el anillo por esa razón.

»Antes de que este vengador huyese, Barker y la esposa habrían llegado a la habitación. El asesino los convence de que cualquier intento de detenerlo conllevaría la publicación de algún escándalo abominable. Los disuade de hacerlo y prefieren permitirle que se vaya. Probablemente, bajarán el puente con esa intención, lo que puede ser hecho de manera bastante silenciosa, y luego lo levantarán de nuevo. Se dio a la fuga y, por alguna razón, pensó que podía hacerlo con mayor seguridad a pie que en bicicleta. Por tanto, la dejó donde no pudieran descubrirla hasta que se hubiese encontrado a salvo. Hasta ese punto nos vemos en los límites de lo posible, ¿no le parece?

—Es una posibilidad, no cabe duda —convine con cierta reserva.

—Hemos de recordar, Watson, que ocurriera lo que ocurriese se trata, desde luego, de algo fuera de lo común. Bueno, ahora, siguiendo con nuestro hipotético caso, la pareja —no es necesario que esta sea culpable— se da cuenta, cuando el asesino se ha marchado, de que en su situación puede resultarles difícil probar que no cometieron ellos mismos el crimen ni son cómplices de este. De manera apresurada, y bastante torpe, hicieron frente al problema. Dejaron la huella de la zapatilla manchada de sangre en el alféizar de la ventana para dar a entender cómo había

salido huyendo el fugitivo. Parecía obvio que eran los dos únicos que debían de haber oído el ruido de la escopeta, así que dieron la alarma exactamente igual a como lo habrían hecho, pero una media hora larga después del incidente.

—¿Y cómo se propone demostrar todo esto?

—Pues bien, si hubo un intruso, se le puede rastrear y detener. Eso sería más eficaz que cualquier otra prueba. Pero si no lo hubo... bueno, todavía quedan recursos científicos por agotar. Creo que una noche solo en ese despacho me ayudaría mucho.

—¡Una noche solo!

—Tengo intención de ir para allá ahora mismo. Lo he organizado con el valioso Ames, que no es en lo más mínimo devoto de Barker. Me sentaré en esa habitación y veré si ese ambiente me resulta inspirador. Soy devoto del *genius loci*. Se ríe, amigo Watson. Bien, pues ya lo veremos. Por cierto, se ha traído ese paraguas enorme suyo, ¿verdad?

—Aquí está.

—Si me lo permite, me gustaría llevármelo prestado.

—Por supuesto, pero ¡menuda arma más penosa! Si corre algún peligro...

—Nada serio, mi querido Watson, o, no lo dude, le pediría ayuda. Pero cogeré el paraguas. Ahora solo me queda esperar a que regresen nuestros colegas de Tunbridge Wells, donde en estos momentos andan tras la pista de un probable dueño para la bicicleta.

Anocheció antes de que regresaran el inspector MacDonald y White Mason de su expedición, y llegaron exultantes, con la noticia de un gran avance en nuestra investigación.

—Oiga, les reconoceré que tenía mis dudas de que hubiese un intruso en algún momento —dijo MacDonald—, pero ahora las he dejado atrás. Hemos identificado la bicicleta y tenemos una descripción de nuestro hombre, así que hemos dado un gran paso en nuestro viaje.

—Lo dice como si fuera el principio del fin —comentó Holmes—. Sinceramente, les felicito de todo corazón a ambos.

—Pues bien, comenzaré por el hecho de que el señor Douglas había dado la impresión de estar alterado desde el día anterior, cuando había estado en Tunbridge Wells. Luego fue en ese mismo lugar donde fue consciente de algún peligro. Por tanto, resulta claro que si le hubiese visitado un hombre con una bicicleta, lo esperable habría sido que procediera de Tunbridge Wells. Cargamos con la bicicleta y la estuvimos enseñando en los hoteles. El director del Eagle Commercial la identificó enseguida como propiedad de un hombre llamado Hargrave, que se había alojado en una habitación dos días antes. Esa bicicleta y un maletín eran todas sus pertenencias. Se había registrado como procedente de Londres, pero no había proporcionado ninguna dirección. El maletín estaba hecho en Londres y su contenido era británico, pero aquel hombre era sin lugar a dudas americano.

—Vaya, vaya —se alegró Holmes—, ¡ustedes haciendo un excelente trabajo policial mientras yo estaba aquí sentado divagando con mi amigo! Nada como ser práctico, señor Mac.

—Sí, y eso es todo, señor Holmes —dijo el inspector con satisfacción.

—Tal vez estos nuevos datos encajen con sus teorías —comenté.

—Puede que sí o puede que no. Pero oigamos el final, señor Mac. ¿No hay nada que identifique a ese hombre?

—Tan poco que parece evidente que se había cuidado concienzudamente de que no lo identificaran. No hay documento alguno ni cartas, y la ropa no está marcada. Había un mapa ciclista de la región sobre la mesa de su habitación. Ayer por la mañana se marchó del hotel en bicicleta después del desayuno, y no se ha sabido nada más de él hasta que hemos indagado nosotros.

—Eso es lo que me deja perplejo, señor Holmes —dijo White Mason—. Si el tipo no quería causar ningún alboroto, uno daría por supuesto que habría vuelto al hotel y permanecido allí como un inofensivo turista. Debía saber que, al reaccionar como lo hizo, el director del hotel informaría a la policía y que se relacionaría su desaparición con el asesinato.

—Es lo que uno daría por supuesto. Sin embargo, hasta la fecha ha dado muestra de buen juicio, dado que, en cualquier caso, no lo han atrapado. Pero ¿qué hay de su descripción?

MacDonald consultó su libreta.

—Sobre eso tenemos escasa información. Parece que pasó bastante desapercibido para todo el mundo. A pesar de ello, el portero, el recepcionista y la camarera del hotel están de acuerdo en lo siguiente: era un hombre de nueve pies y cinco pulgadas de altura, alrededor de cincuenta años, cabello tirando a entrecano, bigote canoso, nariz curvada, y rostro que todos ellos describen como feroz e intimidante.

—Bueno, menos la expresión del rostro, esa casi podría ser una descripción del propio Douglas —señaló Holmes—. Tenía poco más de cincuenta años, cabello y bigote entrecanos, y una altura semejante. ¿Consiguieron algo más?

—Iba vestido con un grueso traje gris con un chaquetón, además llevaba una gabardina corta y amarilla y una gorra.

—¿Qué sabemos de la escopeta?

—Mide menos de dos pies de largo. Cabría perfectamente en su maletín. Podría haberla llevado en el interior de la gabardina sin problemas.

—Y ¿qué relación, cree usted, que guarda todo esto con el caso en general?

—Bueno, señor Holmes —dijo MacDonald—, cuando tengamos a nuestro hombre —y puede estar seguro de que mandé su descripción por telegrama inmediatamente después de tenerla—, podremos formarnos un juicio. Pero, incluso tal y como están las cosas, desde luego, hemos avanzado un buen trecho. Sabemos que un americano que se presenta a sí mismo como Hargrave llegó a Tunbridge Wells hace dos días con una bicicleta y un maletín. En este último había una escopeta



recortada, así que vino deliberadamente a cometer un crimen. Ayer por la mañana, se encaminó hacia este lugar en su bicicleta, con el arma escondida en la gabardina. Nadie lo vio llegar, hasta donde hemos podido saber, pero no tenía por qué atravesar el pueblo para llegar a las puertas del coto, y había muchos ciclistas en la carretera. Cabe suponer que escondiera enseguida su bicicleta entre los laureles donde la encontraron y que, posiblemente, se quedara allí al acecho, con un ojo en la casa, a la espera de que saliera el señor Douglas. La escopeta es un arma extraña para ser utilizada dentro de la casa, pero se había propuesto utilizarla fuera, y en ese caso es obvio que tiene sus ventajas, puesto que le sería imposible errar el tiro con ella, y el ruido de disparos es algo tan frecuente en una zona de caza de Inglaterra que nadie habría reparado en ello.

—Todo eso está muy claro —convino Holmes.

—Bien, pero el señor Douglas no aparecía. ¿Qué era lo siguiente que podía hacer? Dejó su bicicleta y se acercó a la casa cuando se ponía el sol. Se encontró el puente bajado y nadie por allí. Así que se la jugó, sin duda con la idea de presentar alguna excusa si se cruzaba con alguien. No se cruzó con nadie. Se metió con sigilo dentro de la primera habitación que vio y se quedó escondido detrás de la cortina. Desde allí, pudo ver que subían el puente levadizo, y se dio cuenta de que su única vía de escape era a través del foso. Esperó hasta las once y cuarto, cuando el señor Douglas, en su ronda nocturna de costumbre, entró en la habitación. Le disparó y huyó como había planeado. Era consciente de que el personal del hotel podría describir la bicicleta y que sería una prueba contra él, así que la dejó allí y se dirigió por otros medios a Londres o a algún escondite seguro que ya tuviese preparado. ¿Qué le parece eso, señor Holmes?

—Bueno, señor Mac, hasta donde ha dicho está todo muy bien y muy claro. Ese es el final que le da usted a la historia. El mío es que el crimen se cometió media hora antes de lo que han informado, que la señora Douglas y el señor Barker están implicados en una conspiración para ocultar algo, que ayudaron al asesino a escapar —o, por lo menos, que llegaron a la habitación antes de que escapara— y que falsificaron las pistas acerca de su huida por la ventana, aunque, con toda probabilidad, le permitieron irse tras bajarle el puente. Esa es mi interpretación de la primera mitad.

Ambos detectives negaron con la cabeza.

—Vaya, señor Holmes, si eso es cierto, solo salimos de un misterio para meternos en otro —dijo el inspector londinense.

—Y, en ciertos aspectos, en uno peor —añadió White Mason—. La señora nunca ha estado en América. ¿Qué relación podía tener ella con un asesino americano que la indujera a protegerlo?

—Reconozco abiertamente las dificultades —respondió Holmes—. Tengo en mente realizar una pequeña investigación por mi cuenta esta noche, y es muy posible que aporte algo a la causa común.

—¿Podemos ayudarlo, señor Holmes?

—No, ¡no! La oscuridad y el paraguas del doctor Watson... no necesito nada complicado. Y a Ames, al leal Ames, que, sin duda, hará alguna excepción por mí. Todas mis hipótesis me vuelven a llevar de forma invariable a una única pregunta fundamental: ¿por qué un deportista ejercitaría su musculatura con un instrumento tan poco natural como una pesa desaparejada?

Ya era entrada la noche cuando Holmes regresó de su excursión solitaria. Dormíamos en una habitación doble; eso era lo mejor que la pequeña posada de la región podía ofrecernos. Yo ya estaba dormido pero me desperté a medias cuando él entró.

—Bueno, Holmes —murmuré—, ¿ha descubierto algo?

Se quedó de pie junto a mi cama en silencio con la vela en la mano. Entonces, aquella figura alta y enjuta se inclinó hacia mí.

—Y digo yo, Watson —susurró—, ¿le daría miedo dormir en la misma habitación que un demente, un hombre al que se le ha reblandecido el cerebro, un idiota que ha perdido el juicio?

—De ninguna manera —le respondí, estupefacto.

—Ah, pues qué suerte —soltó y no pronunció ni una palabra más esa noche.

## LA SOLUCIÓN

A la mañana siguiente, después del desayuno, nos encontramos al inspector MacDonald y a White Mason sentados en el pequeño salón del sargento de policía local. Encima de la mesa que tenían delante, había amontonadas numerosas cartas y telegramas, que estaban clasificando y marcando mano a mano con mucha atención. Habían apartado tres de ellas.

—¿Siguen tras la pista del ciclista huidizo? —preguntó Holmes de muy buen humor—. ¿Cuáles son las últimas noticias sobre ese canalla?

MacDonald señaló con desánimo el montón de correspondencia.

—De momento, han informado sobre él desde Leicester, Nottingham, Southampton, Derby, East Ham, Richmond y otros catorce lugares. En tres de ellos, East Ham, Leicester y Liverpool, hay argumentos claros en su contra y, de hecho, ya ha sido arrestado. Parece que la región está repleta de fugitivos con abrigos amarillos.

—¡Madre mía! —dijo Holmes, compadeciéndose—. Entonces, a usted, señor Mac, y a usted, señor Mason, me gustaría darles un consejo muy serio. Cuando acepté este caso, convine con ustedes, como sin duda recordarán, que no les ofrecería teorías a medio probar, sino que llegaría y me guardaría mis propias conclusiones hasta que estuviese convencido de que eran correctas. Por ese motivo, no les voy a decir en este momento todo lo que tengo en mente. Por otra parte, les dije que jugaría limpio con ustedes y no me parece que lo sea dejar que malgasten sus energías ni por un momento de forma innecesaria en una tarea inútil. Por lo tanto, he venido aquí esta mañana para aconsejarles y mi consejo se resume en tres palabras: abandonen el caso.

MacDonald y White Mason se quedaron mirando estupefactos a su insigne colega.

—¡Cree que no tiene solución! —exclamó el inspector.

—Creo, en efecto, que su caso no tiene solución. Pero creo que sí hay una solución para llegar a la verdad.

—Pero este ciclista... no es una invención. Tenemos su descripción, su maletín, su bicicleta. El tipo debe de estar en alguna parte. ¿Por qué no íbamos a atraparlo?

—Sí, sí, no cabe duda de que está en alguna parte, y no cabe duda también de que lo atraparemos, pero yo no desperdiciaría mis fuerzas en East Ham ni en Liverpool. Estoy convencido de que podemos encontrar algún atajo para obtener un resultado.

—Se está guardando algo. No es muy justo por su parte, señor Holmes.

El inspector se sentía molesto.

—Ya conoce mi manera de trabajar, señor Mac. Pero me lo guardaré durante el plazo más breve posible. Solo deseo comprobar algunos pormenores, lo cual puede

llevarse a cabo de manera muy sencilla, y luego me despediré y regresaré a Londres tras poner mis resultados enteramente a su disposición. Me siento demasiado en deuda con ustedes para actuar de otra manera, porque, a pesar de toda mi experiencia, no consigo acordarme de una investigación más peculiar ni interesante.

—Esto me supera claramente, señor Holmes. Nos vimos ayer por la noche cuando volvíamos de Tunbridge Wells, y usted estaba de acuerdo en líneas generales con nuestros resultados. ¿Qué ha sucedido desde entonces que haya cambiado radicalmente su idea sobre el caso?

—Bien, ya que lo pregunta, ayer por la noche pasé algunas horas en la mansión, como les dije que lo haría.

—Bueno, ¿y qué ocurrió?

—Ay, solo puedo proporcionarles una respuesta muy general sobre eso por el momento. Por cierto, he estado leyendo una historia breve, pero lúcida e interesante, sobre ese viejo edificio que puede comprarse por la insignificante suma de un penique en el estanco del pueblo.

En eso Holmes se sacó del bolsillo del chaleco un pequeño folleto adornado con un grabado tosco de la vetusta mansión.

—El entusiasmo por una investigación se acrecienta enormemente, mi querido señor Mac, cuando uno siente una afinidad consciente con el ambiente de los alrededores. No se me impaciente tanto, que le aseguro a usted que incluso un relato tan escueto como este estimula cierta imagen del pasado en la mente de uno. Permítanme ofrecerles una muestra: «Construida en el quinto año del reinado de Jacobo I, y ubicada en el emplazamiento de un edificio mucho más antiguo, la casa solariega de Birlstone representa uno de los ejemplos más bellos existentes de las residencias jacobinas provistas de foso...».

—¡Nos está tomando el pelo, señor Holmes!

—¡Calma, calma, señor Mac! Es la primera vez que detecto en usted ese mal humor. Bueno, no se lo leeré palabra por palabra, ya que se siente tan afectado con el tema. Pero, cuando le diga que se cuenta la toma del lugar por un coronel parlamentario en 1644, cómo se ocultó Carlos durante varios días en el transcurso de la guerra civil y, por último, una visita de Jorge II, me reconocerá que existen diversas connotaciones de interés relacionadas con esa antigua casa.

—No me cabe duda, señor Holmes, pero eso no nos incumbe.

—¿Ah, no? ¿Ah, no? La amplitud de miras, mi querido señor Mac, es uno de los fundamentos de nuestra profesión. La interrelación de ideas y los usos tangenciales del conocimiento con frecuencia tienen un interés extraordinario. Le perdonará estos comentarios a alguien que, aunque no es más que un mero aficionado al crimen, sigue teniendo más años y tal vez más experiencia que usted.

—Soy el primero en reconocerlo —dijo el detective con afecto—. Lo admito, consigue llegar adonde quiere, pero menuda manía que tiene de hacerlo dando rodeos.

—Bueno, bueno, dejaré correr la historia del pasado y descenderé hasta los hechos de nuestros días. Ayer por la noche, como ya he dicho, estuve de visita en la mansión. No saludé ni a Barker ni a la señora Douglas. No vi la necesidad de molestarlos, pero me alegró oír que la señora no estaba nada melancólica y que tomó parte en una cena abundante. Visitaba, sobre todo, al bueno del señor Ames, con quien intercambié unas palabras amables con el propósito de que me permitiera permanecer un rato a solas en el despacho, sin que nadie más lo supiera.

—¡Cómo! ¿Con eso allí? —se me escapó.

—No, no, ahora está todo recogido. Según me informaron, dio usted permiso para ello, señor Mac. La habitación se encuentra en un estado normal y pasé en ella un instructivo cuarto de hora.

—¿Y qué estuvo haciendo?

—Bueno, para no andarme con misterios por una cosa tan simple, estuve buscando la pesa que faltaba. En mi dictamen sobre el caso siempre ha ocupado un lugar muy importante. Acabé encontrándola.

—¿Dónde?

—Ah, ahí llegamos a la frontera de lo desconocido. Permítanme avanzar un poco más, solo un poco más, y les prometo que compartiré con ustedes todo lo que sepa.

—Bueno, nos vemos obligados a aceptar sus propios términos —reconoció el inspector—, pero, en lo que se refiere a lo que nos ha dicho de abandonar el caso... ¿por qué en el nombre del cielo deberíamos abandonar el caso?

—Por la sencilla razón, mi querido señor Mac, de que no tienen ni idea de lo que están investigando.

—Estamos investigando el asesinato del señor John Douglas de la casa Birlstone.

—Ya, ya, eso es lo que están haciendo. Pero no se molesten en perseguir al misterioso caballero en bicicleta. Les aseguro que no les será de ninguna ayuda.

—Entonces, ¿qué sugiere que hagamos?

—Les diré exactamente qué deben hacer si están ustedes dispuestos a hacerlo.

—Vaya, he de reconocer que siempre tiene usted razón a pesar de todas esas extravagancias suyas. Haré lo que nos aconseje.

—¿Y usted, señor Mason?

El detective de provincias nos miró impotente a uno y a otro. Holmes y sus métodos le resultaban algo peculiares.

—Bueno, lo que vale para el inspector vale para mí también —respondió por fin.

—¡Estupendo! —dijo Holmes—. Pues entonces, les recomendaría un bonito y alegre paseo por el campo. Me han dicho que las vistas a los bosques de Weald desde Birlstone Ridge son extraordinarias. Seguro que se puede comer en un mesón aceptable, aunque mi desconocimiento de la región me impida recomendarles uno. Por la noche, cansados, pero felices...

—Oiga, se está excediendo en sus bromas —exclamó MacDonald, que se levantó furioso de su asiento.

—Bueno, bueno, pasen el día como quieran —les dijo Holmes, dándole unas palmaditas en el hombro al inspector con alegría—. Hagan lo que quieran y vayan adonde deseen, pero reúnanse conmigo sin falta antes del anochecer... sin falta, señor Mac.

—Eso me suena más sensato.

—Se trataba de un consejo excelente, pero no insistiré, con tal de que estén aquí cuando los necesite. Pero ahora, antes de que nos vayamos, quiero que le escriba una nota al señor Barker.

—¿Sí?

—Se la dictaré si quiere. ¿Está listo?

«Estimado caballero: »He pensado que es nuestro deber drenar el foso, con la esperanza de poder encontrar alguna...».

—Eso es imposible —dijo el inspector—. He estado investigando.

—Calle, calle, mi querido inspector, le ruego que haga lo que le pido.

—Está bien, continúe.

—«... con la esperanza de que encontremos algo relacionado con nuestra investigación. He tomado las medidas necesarias y los obreros irán a trabajar mañana por la mañana temprano para desviar el arroyo...».

—¡Imposible!

—«... desviar al arroyo, así que he considerado lo mejor aclarar el asunto de antemano». Ahora fírmelo y envíelo por mensajero alrededor de las cuatro. Nos volveremos a reunir a esa hora en esa habitación. Hasta entonces, podemos hacer cada uno lo que guste, porque puedo asegurarles que esta investigación ha llegado a una pausa.

Se acercaba la noche cuando nos juntamos de nuevo. Holmes se comportaba de manera muy seria; yo, con curiosidad; y los detectives, obviamente, a disgusto y con reproches.

—Pues bien, caballeros —dijo mi amigo gravemente—, ahora les pediré que se cuestionen todo conmigo, y juzgarán por sí mismos si los comentarios que he realizado justifican las conclusiones a las que he llegado. Hace mucho frío esta tarde y no sé cuánto puede durar nuestra aventura, así que les ruego que se pongan los abrigos más gruesos que tengan. Es de una importancia capital que estemos en nuestros puestos antes de que oscurezca. Con su permiso, saldremos enseguida.

Avanzamos junto a los límites del coto de la casa solariega hasta llegar a un lugar donde se abría un hueco en la valla que lo cercaba. Nos metimos por aquel, y luego, en la creciente penumbra, seguimos a Holmes hasta que llegamos a unos arbustos que había casi enfrente de la puerta principal y del puente levadizo. No habían levantado este último. Holmes se agachó oculto detrás de los laureles, y los tres seguimos su ejemplo.

—Bueno, y ahora ¿qué tenemos que hacer? —preguntó MacDonald de manera algo brusca.

—Armarnos de paciencia y hacer el menor ruido que sea posible —respondió Holmes.

—¿Qué estamos haciendo aquí en definitiva? La verdad, creo que podría tratarnos con más franqueza.

Holmes rió.

—Watson sostiene que soy el dramaturgo de la vida real —dijo—. Dentro de mí brota en cierta medida el artista, y me exige con insistencia una función bien puesta en escena. Sin duda nuestra profesión, señor Mac, resultaría sórdida e insulsa si de vez en cuando no preparásemos la escena para exaltar nuestros frutos. La acusación terminante, la palmada brusca en el hombro, ¿qué puede sacar nadie de semejante desenlace? Pero ¿no son la deducción rápida, la artimaña sutil, la previsión perspicaz de los acontecimientos venideros, la reivindicación triunfal de teorías arriesgadas, no son esas cosas el orgullo y la justificación del trabajo de toda nuestra vida? En este preciso momento, está emocionado por el atractivo de la situación y la expectación ante la cacería. ¿Cómo se emocionaría si yo hubiese sido tan categórico como un horario de trenes? Solo le pido un poco de paciencia, señor Mac, y le quedará todo claro.

—Vaya, pues espero que el orgullo y la justificación y todo lo demás lleguen antes de que nos muramos todos de frío —dijo el detective londinense en un tono cómico de resignación.

Todos teníamos una buena razón para sumarnos a ese deseo, porque la guardia estaba siendo larga y gélida. Lentamente, las sombras oscurecieron la fachada extensa y sombría de la vieja casa. Una vaharada fría y húmeda procedente del foso nos dejó helados hasta los huesos y castañeteando los dientes. No había más que un farol en la entrada y un constante globo de luz en el fatídico despacho. Todo lo demás permanecía a oscuras y en silencio.

—¿Esto va a tardar mucho? —preguntó, por fin, el inspector—. Y ¿qué estamos vigilando?

—No tengo más idea de la que puedan tener ustedes de cuánto puede durar —le respondió Holmes con cierta rudeza—. Si los criminales escribieran un horario con sus movimientos como los trenes, ciertamente nos resultaría más fácil a todos. En cuanto a lo que estamos... ¡Pues eso es precisamente lo que estamos vigilando!

Mientras hablaba, el ir y venir de una persona ocultaba la luz amarilla y brillante del despacho. Los laureles entre los que nos escondíamos se encontraban justo enfrente de la ventana y a no más de cien pies de ella. En ese momento, la abrieron de par en par con un chirrido de goznes y pudimos ver vagamente la silueta oscura de la cabeza y hombros de un hombre que miraba hacia la oscuridad del exterior. Durante unos minutos, siguió observando atentamente con cautela y sigilo, como si deseara asegurarse de que nadie lo veía. Entonces, se inclinó hacia delante, y en aquel intenso silencio pudimos percibir el leve chapoteo del agua al agitarse. Parecía estar removiendo las aguas del foso con algo que sujetaba con la mano. Entonces, de

repente, tiró hacia sí, como un pescador al sacar un pez del agua, de un objeto grande y redondeado que tapó la luz de la ventana abierta al pasar por ella.

—¡Ahora! —exclamó Holmes—. ¡Ahora!

Todos nos levantamos y fuimos dando tumbos tras él sobre nuestras agarrotadas piernas, mientras él cruzaba corriendo el puente y tiraba violentamente de la campanilla. Oímos rechinar unos cerrojos al otro lado de la puerta, y apareció Ames atónito en la entrada. Holmes lo apartó a un lado sin una palabra y, seguido por todos nosotros, se precipitó al interior de la habitación que ocupaba el hombre al que habíamos estado vigilando.

La lámpara de aceite de encima de la mesa era la causa del brillo que habíamos visto desde fuera. La sujetaba ahora la mano de Cecil Barker, quien la movió hacia nosotros al entrar. Aquella luz se proyectaba hacia el rostro fuerte, decidido y bien afeitado y los amenazadores ojos que había sobre ella.

—Pero ¿qué demonios significa todo eso? —exclamó—. ¿Qué andan buscando?

Holmes echó un rápido vistazo alrededor, y luego se abalanzó hacia un bulto empapado y cerrado con una cuerda que habían encajado debajo del escritorio.

—Esto es lo que estamos buscando, señor Barker: este bulto que han cargado con una pesa, el que acaba de sacar del fondo del foso.

Barker se quedó mirando a Holmes estupefacto.

—¿Cómo demonios sabía usted lo del bulto? —preguntó.

—Pues muy sencillo: lo puse yo ahí.

—¡Que lo puso usted ahí! ¡Usted!

—Tal vez debería decir «lo he vuelto a poner ahí» —precisó Holmes—. Como recordará, inspector MacDonald, me chocó un poco que solo hubiera una pesa. Se lo hice notar, pero, ante la urgencia de otros acontecimientos, apenas pudo usted dedicarle el tiempo que habría necesitado para sacar sus propias conclusiones. Cuando hay agua cerca y falta un peso, no es ningún disparate suponer que hayan hundido algo en el agua. La idea merece una comprobación al menos. Así que, con ayuda de Ames, que me permitió pasar a la habitación, y el paraguas del doctor Watson como gancho, ayer por la noche fui capaz de pescar e inspeccionar este lío de ropa.

»Sin embargo, era de una importancia capital ser capaces de demostrar quién lo había dejado ahí. Eso lo logramos mediante esa treta tan evidente de anunciar que iban a desecar el foso mañana, lo que, por supuesto, provocaría que quienquiera que hubiese escondido el bulto lo extraería sin lugar a dudas de allí en cuanto la oscuridad se lo permitiese. Tenemos no menos de cuatro testigos de quién se aprovechó de esa circunstancia, señor Barker, así que creo que le ha llegado el turno de hablar.

Sherlock Holmes subió el bulto chorreando encima de la mesa junto a la lámpara y desató la cuerda con la que lo habían cerrado. De él sacó una mancuerna, que tiró hacia su socia de la esquina. Luego extrajo un par de botas.

—Americanas, como pueden ver —comentó, señalando la punta.



Luego puso sobre la mesa un cuchillo largo y mortífero con su funda. Por último, desenmarañó un lío de ropa que constaba de un juego completo de ropa interior, calcetines, un traje de lana gris y una gabardina amarilla corta.

—Ropa común y corriente —comentó Holmes—, salvo por la gabardina, que está llena de indicios reveladores. —La sujetó con mimo a contraluz—. Aquí, como pueden ver, está el bolsillo interior, alargado por dentro del forro de manera que permita tener un amplio espacio para la escopeta seccionada. La etiqueta del sastre se encuentra en el cuello: «Neal, Ropa para caballero, Vermissa, USA». He pasado una instructiva tarde en la biblioteca del párroco y he estado ampliando mis conocimientos sobre el tema. Vermissa es una ciudad pequeña y floreciente. Es la más importante de uno de los valles productores de carbón y de hierro más conocidos en Estados Unidos. Si no recuerdo mal, señor Barker, relacionaba las regiones carboníferas con la primera mujer del señor Douglas, y seguramente no sería ningún disparate inferir que el V. V. de la tarjeta junto al cadáver podría significar Valle de Vermissa, ni que ese mismo valle que envía heraldos del asesinato sea el valle del miedo del que nos han hablado. Todo eso está bastante claro. Y ahora, señor Barker, me parece que estoy interrumpiendo su explicación.

La expresión de la cara de Cecil Barker durante el discurso del gran detective era digna de verse. Se adueñaron de ella la ira, la sorpresa, la aflicción y la indecisión sucesivamente. Por fin, recurrió a una ironía algo mordaz.

—Sabe usted tantísimo, señor Holmes, que quizá lo mejor sea que nos cuente un poco más —dijo con desprecio.

—No le quepa duda de que podría efectivamente contarles mucho más, señor Barker, pero seguro que contado por usted resultará de mayor interés.

—Ah, conque eso cree, ¿verdad? Pues todo lo que puedo decir es que, si hay algún secreto aquí, no es mío, y que no soy el hombre que tiene que revelarlo.

—Pues, si ese hombre sigue por ahí, señor Barker —dijo el inspector con voz tranquila—, debemos mantenerle vigilado hasta que tengamos la orden y podamos arrestarle.

—Pueden hacer lo que les salga de las narices —replicó Barker en tono desafiante.

La investigación parecía haber llegado a su fin en lo que a él concernía, porque bastaba con echar una ojeada a ese rostro granítico para darse cuenta de que ninguna *peine forte et dure*<sup>[\*]</sup> lo obligaría a declarar contra su voluntad. Sin embargo, aquel callejón sin salida se solventó gracias a una voz de mujer. La señora Douglas había estado escuchando a través de la puerta entrecerrada y entró en ese momento en la habitación.

—Ya has hecho bastante, Cecil —dijo—. Pase lo que pase a partir de ahora, has hecho bastante.

—Bastante y mucho más —comentó Sherlock Holmes en un tono grave—. Estoy absolutamente de su parte, señora, y la animo a que confíe un poco en el sentido

común de nuestro poder judicial y a que se sincere con la policía de forma voluntaria. Quizá sea mi culpa no haber seguido la pista que me comunicó a través de mi amigo, el doctor Watson, pero, en ese momento, tenía todos los motivos para pensar que estaba usted implicada en el crimen. Ahora estoy seguro de que no es así. Por otra parte, queda mucho por explicar y le recomendaría encarecidamente que le pida al señor Douglas que nos cuente su historia.

A la señora Douglas se le escapó un grito de asombro ante las palabras de Holmes. Los detectives y yo también gritamos, perplejos, cuando nos dimos cuenta de la presencia de un hombre que parecía haber surgido de la pared, que se acercaba a nosotros en ese momento desde las sombras de la esquina de donde había aparecido. La señora Douglas se volvió y, al instante, lo estrechaba entre sus brazos. Barker había cogido su mano extendida.

—Es lo mejor, Jack —repetía su esposa—, estoy segura de que es lo mejor.

—Lo cierto es que sí, señor Douglas —dijo Sherlock Holmes—. Estoy convencido de que descubrirá que lo es.

Aquel hombre se nos quedó mirando entre parpadeos cegado como alguien que emerge de la oscuridad a la luz. Era un rostro notable: ojos grises y enérgicos, un bigote tupido, entrecano y muy recortado, un mentón cuadrado y prominente, y una boca simpática.

Nos echó una buena ojeada a todos nosotros y luego, para mi sorpresa, se acercó a mí y me tendió un legajo de papeles.

—He oído hablar de usted —dijo con un acento que no era del todo inglés ni del todo americano, pero que resultaba ciertamente armonioso y agradable—. Es usted el historiador de este grupo. Bueno, doctor Watson, seguro que nunca ha tenido antes una historia semejante en sus manos, y me juego mi último dólar a que no. Cuéntela a su manera, pero ahí tiene los hechos, y no le faltará público para ellos. He permanecido encerrado dos días y me he pasado las horas de luz —con toda la luz que se podía tener en esa ratonera— dejándolos por escrito. Les invito a leerlo, a usted y a sus lectores. Es la historia del valle del miedo.

—Eso es el pasado, señor Douglas —dijo Sherlock Holmes en voz baja—. Lo que ahora deseamos oír es su historia del presente.

—Lo harán, señor Holmes —aseguró Douglas—. ¿Les importa que fume mientras hablo? Vaya, gracias, señor Holmes. Si no recuerdo mal, usted también es fumador y se imaginará lo que es quedarse sentado dos días con tabaco en el bolsillo y miedo a que el olor le delate. —Se apoyó en la repisa de la chimenea y le dio una calada al cigarro que Holmes le había tendido—. He oído hablar de usted, señor Holmes. Nunca me figuré que le conocería. Pero, antes de que se lea eso —señaló con la cabeza mis papeles—, dirá que le he traído algo nuevo.

El inspector MacDonalld se había quedado mirando al recién llegado en un estado de absoluta estupefacción.

—Bueno, ¡esto me está dejado anonadado! —exclamó por fin—. Si usted es el

señor John Douglas de la casa solariega de Birlstone, entonces ¿la muerte de quién hemos estado investigando durante estos dos días y de dónde demonios sale usted ahora? Parecía que saltaba del suelo como un muñeco de una caja.

—Ay, señor Mac —le riñó Holmes, meneando un índice—, si se hubiera leído ese excelente compendio local que describía cómo se ocultaba el rey Carlos... La gente en esos tiempos no se escondía sin tener buenos escondrijos, y el que se ha utilizado una vez puede ser utilizado de nuevo. Estaba convencido de que encontraríamos al señor Douglas bajo este techo.

—¿Y cuánto hace que nos está tomando el pelo, señor Holmes? —dijo el inspector muy enfadado—. ¿Cuánto tiempo hace que permite que nos consumamos en una búsqueda que sabía absurda?

—Ni un solo instante, mi querido señor Mac. Hasta la pasada noche no me formé una opinión sobre el caso. Como no podía demostrarlo hasta esta noche, les invité a usted y a su colega a que se tomaran el día libre. ¿Qué más podía hacer yo? Cuando me encontré ese montón de ropa en el foso, enseguida se me hizo evidente que el cuerpo que habíamos encontrado no podía ser en absoluto el cadáver del señor John Douglas, sino que debía de ser el del ciclista de Tunbridge Wells. Otra conclusión no era posible. Por lo tanto, tenía que determinar dónde podía encontrarse el propio señor Douglas, y lo más probable era que, gracias a la complicidad de su esposa y de su amigo, estuviese escondido en una casa que tuviera tales ventajas para un fugitivo, y que esperara a tiempos menos revueltos para escaparse definitivamente.

—Bueno, pues prácticamente lo resolvió —dijo Douglas en un tono de aprobación—. Preferí esquivar las leyes británicas, porque no estaba seguro de qué me depararía su justicia, y vi también mi oportunidad de zafarme de esos perros de una vez por todas. Ahora bien, les digo que no he hecho nada de lo que avergonzarme en ningún momento, y nada que no volviera a hacer, pero eso ya lo juzgarán ustedes mismos cuando les cuente mi historia. No se moleste en advertirme, inspector: estoy dispuesto a decir la verdad cueste lo que cueste.

»No empezaré por el principio. Eso está todo ahí —dijo señalando mi legajo de papeles—, y menudo cuento más extraño que van a encontrarse. Todo se reduce a esto: que existen algunos hombres que tienen sus buenos motivos para odiarme y que se gastarían hasta su último dólar al saber que alguien ha acabado conmigo. Mientras viva y ellos también, no hay para mí ningún lugar seguro en el mundo. Me persiguieron desde Chicago a California, luego me obligaron a exiliarme de América, pero, cuando me casé y me instalé en este remanso de paz, creí que los últimos años de mi vida iban a ser apacibles.

»Nunca le expliqué a mi esposa la verdad de las cosas. ¿Para qué involucrarla en aquello? No habría vuelto a tener un momento de tranquilidad. Se habría imaginado constantes problemas. Supongo que sospechaba algo, porque puede que se me escapara alguna palabra aquí, otra allí, pero hasta ayer, como comprobaron ustedes, no sabía nada de las razones del asunto. Les dije todo lo que sabía, y lo mismo hizo

Barker, aquí presente, ya que, por la noche, cuando sucedieron los hechos, hubo poquísimos tiempo para explicaciones. Ahora ya lo sabe todo, y habría sido más sensato por mi parte habérselo contado antes. Pero era un asunto muy difícil, cariño —cogió la mano de la dama un momento entre la suya—, y actué con la mejor intención.

»Pues bien, caballeros, el día anterior a que esto ocurriera, me encontraba visitando Tunbridge Wells, y vi fugazmente a un hombre en la calle. Solo lo vi un instante, pero tengo bastante ojo para estas cosas, y ni por un momento dudé de quién era. Se trataba del peor enemigo que tenía de entre todos ellos; uno que ha estado yendo tras de mí todos estos años como un lobo hambriento tras un caribú. Sabía que se avecinaban problemas, y vine a casa para estar preparado. Supuse que lo solventaría perfectamente por mi cuenta. Hacia 1876 tuve una suerte proverbial en Estados Unidos. Ni se me pasó por la cabeza que no la siguiera teniendo.

»Me mantuve en guardia a lo largo de todo el día siguiente, y no salí en ningún momento al coto. Y menos mal, o se habría echado sobre mí con esa escopeta de postas suya antes de que hubiera podido acercarme siquiera. Después de que subiéramos el puente —me quedaba siempre más tranquilo cuando levantábamos ese puente por las tardes—, me lo quitó claramente de la cabeza. Nunca imaginé que se introduciría en la casa y que me estaría esperando. Pero, al hacer mi ronda en bata, como tenía costumbre, no bien entré en el estudio, presentí el peligro. Supongo que, cuando un hombre ha corrido peligro en su vida —y los he corrido más que la mayoría en mis tiempos—, se le despierta un sexto sentido que iza una bandera roja. Me di cuenta de la señal con bastante claridad, pero no podría decirles por qué. Al momento siguiente, distinguí una bota al pie de la cortina de la ventana, y luego me resultó evidente la razón.

»Llevaba en la mano la única vela que había, pero entraba mucha luz de la lámpara de la entrada por la puerta abierta. Dejé la vela y me abalancé por un martillo que había dejado encima de la repisa de la chimenea. En ese mismo momento, se precipitó sobre mí. Vi el destello de una hoja y le zurré con el martillo. Le di en alguna parte porque el cuchillo cayó tintineando al suelo. Me esquivó rodeando la mesa, rápido como una anguila, y al momento se sacó su escopeta del abrigo. Oí que la amartillaba, pero yo ya la había agarrado antes de que pudiera disparar. La tenía cogida por el cañón y forcejamos con todas nuestras fuerzas durante un minuto o poco más. Aquel que la soltara podía darse por muerto.

»Él no la soltó, pero la mantuvo con la culata hacia abajo demasiado tiempo. Puede que fuese yo quien apretara el gatillo. Puede que tiráramos de él entre los dos al sacudir el arma. En cualquier caso, tenía los dos cañones apuntándole a la cara, y allí estaba yo, mirando fijamente lo que quedaba tendido de Ted Baldwin en el suelo. Lo había reconocido en el pueblo, y luego cuando se había precipitado sobre mí, pero ni su propia madre lo habría reconocido al verlo como lo veía yo en ese momento. Estoy acostumbrado a los trabajos violentos, pero casi me pongo malo cuando lo vi.

»Estaba agarrado al borde de la mesa cuando llegó Barker corriendo de arriba. Oí que venía mi mujer, y me apresuré hacia la puerta y me interpuse en su camino. No era algo que debería ver una mujer. Le prometí que regresaría a su lado en poco tiempo. Le dije un par de palabras a Barker —lo comprendió todo de un vistazo— y esperamos a que llegara el resto de la casa. Pero nadie daba señales de hacerlo. Entonces, caímos en la cuenta de que era posible que no hubiesen oído nada, y que todo lo que había sucedido solo lo supiésemos nosotros.

»Y, en ese instante, se me ocurrió la idea. Me dejó obnubilado lo brillante que era. Al hombre se le había subido la manga y se le veía la marca del hierro candente de la logia en el antebrazo. ¡Como esta!

El hombre a quien conocíamos como señor Douglas se remangó la chaqueta y el puño de la camisa para enseñarnos un triángulo marrón inscrito en un círculo exactamente igual al que habíamos visto en el brazo del fallecido.

—Al observarla, me hizo pensar en ello. En ese instante lo vi todo claro. Tenía una altura, cabello y complexión muy semejantes a los míos. Nadie podía afirmar nada por su cara, ¡pobre diablo! Me bajé aquí este traje y, en un cuarto de hora, Barker y yo le pusimos mi bata y se quedó tendido como lo encontraron ustedes. Atamos todas sus cosas en un lío de ropa, le metimos el único peso que pude encontrar y lo arrojamos por la ventana. La tarjeta que pretendía dejar encima de mi cadáver se hallaba ahora junto al suyo.

»Le pusimos mis anillos en los dedos, pero, cuando llegamos al anillo de boda — nos enseñó su mano robusta—, pueden ver por ustedes mismos que no pude sacarlo más. No me lo he quitado desde el día en que me casé y habría tenido que hacerlo con una lima. De todas formas, no sé hasta qué punto me habría importado separarme de él. Aunque hubiese querido, no pude. Así que, en realidad, tuvimos que dejar que ese detalle se fuera resolviendo por sí solo. Aparte de eso, fui a por un poco de esparadrapo y se lo coloqué donde llevo yo mismo un trozo. Ahí bajó la guardia, señor Holmes, con lo listo que es, porque, si por casualidad hubiese levantado ese esparadrapo, habría descubierto que debajo no había ningún corte.

»Pues en esa tesitura estaba. Si podía quedarme escondido un tiempo y luego escapar a un lugar donde mi “viuda” hubiese podido reunirse conmigo, habría tenido por fin la posibilidad de vivir en paz durante el resto de nuestras vidas. Esos demonios no me habrían dejado tranquilo mientras estuviera con vida, pero, si veían en los periódicos que Baldwin había atrapado a su hombre, se pondría fin a todos mis problemas. No tuve mucho tiempo para aclarárselo todo a Barker ni a mi esposa, pero comprendieron lo suficiente para poder ayudarme. Conocía la existencia de este escondite, al igual que Ames, pero a este nunca se le pasó por la cabeza relacionarlo con el asunto. Me encerré dentro y Barker se encargó de hacer el resto.

»Me imagino que pueden completar ustedes mismos qué hizo. Abrió la ventana y estampó la huella en el alféizar para fingir la manera en que había escapado el asesino. Era mucho pedir que se lo creyeran, pero, como habíamos subido el puente,

no había otra vía de escape. Luego, cuando lo preparó todo, tocó la campanilla como si le fuera la vida en ello. Lo que sucedió después ya lo saben. Y ahora, caballeros, pueden hacer lo que gusten, pero les he contado la verdad, toda la verdad, ¡lo juro ante Dios! Pero les pediría que me dijese en qué situación me encuentro respecto a la ley inglesa.

Se hizo un silencio que rompió Sherlock Holmes.

—La ley inglesa es en su mayor parte una ley justa. No saldrá peor parado de lo que se merezca, señor Douglas. Pero me gustaría saber cómo supo este hombre que usted vivía aquí, o cómo se introdujo en su casa, o dónde esconderse para acabar con usted.

—De eso no sé nada.

Holmes tenía el rostro muy pálido y serio.

—Esta historia todavía no ha acabado, me temo —dijo—. Puede que se tope con peligros peores que la ley inglesa, o incluso que sus enemigos de América. Presiento que va a tener problemas, señor Douglas. Atienda mi consejo y siga en guardia.

Y ahora, mis sufridos lectores, les pediré que nos vayamos juntos durante un tiempo lejos de la casa solariega de Birlstone en Sussex, y lejos también del año de gracia en que realizamos el azaroso viaje que terminó con la extraña historia del hombre al que habíamos conocido como John Douglas. Me gustaría que viajaran unos veinte años hacia atrás en el tiempo, y algunas millas al oeste en el espacio, para que pueda presentarles un relato duro y extraordinario, tan duro y extraordinario que les costará creer que haya ocurrido de la manera en que lo cuento.

No crean que introduzco una historia antes de que haya acabado otra. A medida que avancen en su lectura, se darán cuenta de que no es así. Y cuando haya contado con detalle esos lejanos acontecimientos y hayan resuelto ese misterio del pasado, nos reuniremos de nuevo en ese domicilio de Baker Street en donde, como otros muchos sucesos asombrosos, hallará su final.

## **SEGUNDA PARTE**

### **LOS MERODEADORES**

## EL HOMBRE

Era el 4 de febrero de 1875. Había sido un crudo invierno y la nieve se acumulaba formando una capa espesa en los desfiladeros de las montañas Gilmerton. Sin embargo, los quitanieves de vapor habían mantenido despejadas las vías, y el tren de la tarde que conectaba aquella larga franja de asentamientos de minería del carbón y metalurgia chirriaba lentamente en su ascenso por los declives pronunciados que conducían de Stagville a la llanura de Vermissa, la ciudad más importante a la entrada del valle de Vermissa. Desde ese punto, los raíles aceleran la bajada hacia Bartons Crossing, Helmdale y el condado, ya netamente agrícola, de Merton. Es una vía férrea de un solo carril, pero en cada vía muerta —y había numerosas— largas filas de camiones cargados de carbón y de mineral de hierro daban cuenta de la riqueza escondida que había atraído a unas gentes rudas y un gran bullicio a aquel desoladísimo rincón de los Estados Unidos de América.

Porque desolado lo era y mucho. Poco se podía imaginar el primer colono que lo había cruzado que las praderas hermosas y los pastos abundantes no valían nada comparados con esa tierra sombría de riscos negros y árboles intrincados. Por encima de los bosques oscuros y a menudo prácticamente impenetrables de sus flancos, las cumbres altas y áridas de las montañas, nieve blanca y roca escarpada, descollaban a ambos lados, y dejaban en medio un largo, tortuoso y serpenteante valle. Por allí se arrastraba lentamente el pequeño tren.

En el primer vagón de pasajeros, acababan de encender las lámparas de aceite. Era un coche sobrio y alargado en donde estaban sentadas veinte o treinta personas. La gran mayoría eran obreros que regresaban de la brega diaria en la parte más baja del valle. Al menos una docena de ellos eran sin duda mineros por las caras manchadas de hollín y las linternas de seguridad que llevaban consigo. Estaban sentados en grupo fumando y charlaban en voz baja. De vez en cuando, echaban ojeadas a los dos hombres del otro lado del vagón, cuyos uniformes y placas indicaban que eran policías.

Completaban el resto del vagón varias mujeres de clase trabajadora y uno o dos viajeros que debían de ser pequeños comerciantes locales, a excepción de un joven en una esquina sentado a solas. Ese es el hombre que nos interesa a nosotros. Échenle un buen vistazo, porque merece la pena.

Es un joven de buen color y estatura media, no lejos, diría uno, de los treinta años. Tiene unos ojos grandes, grises, perspicaces, risueños, con un ocasional brillo inquisitivo al mirar a través de sus gafas a la gente de su alrededor. Resulta fácil observar que tiene tendencia a ser sociable y, posiblemente, sencillo, y que está



deseoso por tratar de forma amistosa a cualquiera. Uno lo clasificaría de inmediato como alguien de costumbres gregarias y de naturaleza expansiva, con un ingenio vivo y una sonrisa fácil. Sin embargo, la persona que lo estudiara con más detalle podría distinguir cierta tenacidad en la mandíbula y una sombría tensión alrededor de los labios que le serviría para advertir que, tras esa apariencia, hay otras honduras, y que aquel joven irlandés agradable de cabello castaño tal vez dejara marcado para bien o para mal cualquier ambiente en el que fuera presentado.

Tras haber intentado un par de veces comentar algo con el minero que tenía más cerca, y haber recibido únicamente respuestas breves y cortantes, el viajero se resignó a un detestable silencio, mirando por la ventana malhumorado hacia el paisaje fantasmal.

No era una vista alentadora. A través de la creciente oscuridad, palpitaba el brillo rojo de los hornos en las laderas de las montañas. Asomaban a cada lado grandes montones de escoria y vertederos de cenizas, dominados por los altos pozos de las minas de carbón. Había grupos de míseras casas de madera hacinadas, cuyas ventanas estaban comenzando a perfilarse con la luz, esparcidos aquí y allá a lo largo de la línea ferroviaria, y los frecuentes apeaderos estaban atestados con sus oscuros habitantes.

Los valles de hierro y carbón del distrito de Vermissa no tenían balnearios para los ociosos ni para los ilustrados. En cada rincón había duros signos de una de las luchas por la vida más crudas, de los rigores del trabajo que se realizaba, y de los obreros duros y fuertes que lo desempeñaban.

El joven viajero observaba aquella deprimente región con una mezcla de interés y rechazo en el rostro que mostraba que aquel espectáculo no le resultaba novedoso. A ratos, extraía de su bolsillo una carta abultada para consultarla, y en los márgenes garabateaba algunas notas. Una de las veces, de la parte de atrás de la cintura se sacó algo que nadie se habría imaginado hallar en posesión de un hombre tan amable. Era un Colt de enorme tamaño. Como lo movió en diagonal hacia la luz, al brillar el borde de las balas de cobre dentro del tambor se vio que estaba completamente cargado. Lo devolvió rápidamente a su bolsillo secreto, pero no antes de que se hubiese dado cuenta un trabajador que se había sentado en el banco de al lado.

—¡Hala! —le dijo—. Pues sí que viene bien armado, hombre.

El joven sonrió con algo de vergüenza.

—Sí —dijo—, en el lugar de donde vengo a veces se necesitan.

—¿Y eso dónde es?

—Ahora vengo de Chicago.

—¿Es nuevo por aquí?

—Sí.

—Quizá descubra que aquí lo necesita —dijo el trabajador.

—¡Anda! ¿De verdad? —pareció interesarse el joven.

—¿No ha oído nada de lo que pasa por estos lares?

—Nada del otro mundo.

—Vaya, creía que no se hablaba de otra cosa en el país. Ya se enterará en breve.  
¿Qué le hizo venir aquí?

—Me dijeron que siempre había trabajo para un hombre con ganas.

—¿Es usted miembro del sindicato?

—Claro.

—Entonces, supongo que conseguirá trabajo. ¿Tiene amigos aquí?

—Todavía no, pero tengo recursos para hacerlo.

—Vaya, ¿cómo es eso?

—Pertenezco a la Ilustre Orden de los Hombres Libres. No hay una ciudad sin una logia, y donde haya una logia, allí encontraré amigos.

Aquel comentario tuvo un curioso efecto en su acompañante. Miró con suspicacia a su alrededor hacia los demás pasajeros del vagón. Los mineros seguían cuchicheando entre ellos. Los dos funcionarios de policía estaban dormitando. Cruzó el pasillo, se sentó cerca del joven viajero y le tendió la mano.

—Chóquela —dijo.

Se dieron un apretón de manos.

—Creo que dice la verdad —comentó el trabajador—, pero es mejor asegurarse.

Levantó la mano derecha hacia la ceja derecha. Al instante, el viajero levantó la mano izquierda hacia la ceja izquierda.

—Las noches oscuras son inclementes —dijo el trabajador.

—Sí, para los extraños que viajan —contestó el otro.

—Con eso basta. Soy el hermano Scanlan, logia 341, valle de Vermissa. Me alegro de verle por aquí.

—Gracias. Soy el hermano John McMurdo, logia 29, Chicago. Gran Maestro: J. H. Scott. Qué suerte haber conocido a un hermano tan pronto.

—Bueno, es que esto está lleno de hermanos. No se encontrará una orden más próspera en ninguna otra parte de Estados Unidos como la de aquí, la del valle de Vermissa. Pero no vendrían mal algunos chicos como usted. No entiendo cómo un tipo espabilado del sindicato no encuentra trabajo en Chicago.

—Encontré trabajo de sobra —dijo McMurdo.

—Entonces, ¿por qué se marchó?

McMurdo señaló hacia los policías con la cabeza y sonrió.

—Me imagino que a esos compañeros les alegraría saberlo —respondió.

Scanlan refunfuñó comprensivo.

—¿Tiene problemas? —susurró.

—Graves.

—¿Cosa de cárcel?

—Y de más.

—¡Un asesinato!

—Un poco pronto para que hablemos de cosas así —dijo McMurdo en el tono de

alguien a quien sorprenden diciendo más de lo que pretendía—. Tengo buenas razones para marcharme de Chicago, y con eso le basta. ¿Quién es usted para permitirse hacer esa clase de preguntas?

Sus ojos grises brillaban con una ira repentina y peligrosa tras los cristales.

—Muy bien, hombre, no pretendía ofender. Los chicos no pensarán peor de usted haya hecho lo que haya hecho. ¿Cuál es su parada?

—Vermissa.

—Le quedan tres para llegar. ¿Dónde se aloja?

McMurdo sacó un sobre y lo sujetó cerca de la turbia lámpara de aceite.

—Aquí está la dirección: Jacob Shafter, Sheridan Street. Es una casa de huéspedes que me recomendó un hombre que conocí en Chicago.

—Bueno, no la conozco, no me muevo por la zona de Vermissa. Vivo en Hobson's Patch, y ahí es adonde estamos llegando. Pero, mire, le daré un pequeño consejo antes de irme: si se ve en aprietos en Vermissa, acuda directamente a la sede del sindicato y pregunte por el jefe McGinty. Es el Gran Maestro de la logia de Vermissa, y no sucede nada por estos lares sin que Jack McGinty el Negro lo haya decidido así. ¡Hasta más ver, hombre! Es posible que nos veamos en la logia una de estas tardes. Pero recuerde mis palabras: si está en aprietos, vaya a ver al jefe McGinty.

Scanlan bajó, y McMurdo se quedó pensando a solas otra vez. Ya se había hecho de noche y las llamas de los frecuentes hornos crepitaban y brincaban en la oscuridad. Contra su resplandor, unas figuras oscuras se inclinaban y se estiraban, se giraban y se volvían con el movimiento de una manivela o de un torno, al ritmo de un estrépito metálico constante.

—Supongo que el infierno debe de ser algo así —dijo una voz.

McMurdo se volvió y observó que uno de los policías se había removido en su asiento y estaba mirando hacia aquel yermo en llamas.

—En lo que a eso se refiere —añadió el otro policía—, estoy seguro de que el infierno es así. Me extrañaría que hubiese demonios allá abajo peores que alguno que nosotros conocemos. Creo que es nuevo por aquí, joven.

—Bueno, ¿y qué? —respondió McMurdo de mal humor.

—Solo una cosa, señor mío: le aconsejaría que tuviera cuidado al elegir a sus amigos. Yo, si fuera usted, no empezaría con Mike Scanlan y su banda.

—¿Y a usted qué demonios le importa quiénes son mis amigos? —vociferó McMurdo en un tono que hizo volverse todas las cabezas para ser testigos de la pelea—. ¿Le he pedido yo algún consejo o me cree tan pardillo que no puedo dar un paso sin que lo haga? Hable cuando le hablen y, por Dios, habría tenido que esperar un buen rato si hubiese sido por mí.

Levantó el mentón y les enseñó los dientes a los policías como un perro cuando gruñe.

Los dos agentes, individuos afables y entrados en carnes, se quedaron de piedra

ante la extraordinaria vehemencia con que el hombre había rechazado sus amigables sugerencias.

—No se ofenda, forastero —dijo uno—. Era una advertencia por su propio bien, al ver, por cómo se comportaba, que era usted nuevo en el lugar.

—Soy nuevo en el lugar, pero ustedes y los de su clase no me resultan nada nuevos —exclamó McMurdo con ira contenida—. Me imagino que son iguales en todas partes, imponiéndole a la gente sus consejos cuando nadie los ha pedido.

—Quizá nos volvamos a ver antes de lo que usted cree —dijo uno de los agentes con una sonrisa burlona—. Las probabilidades son altas si no me equivoco.

—Yo estaba pensando lo mismo —comentó el otro—. Supongo que nos encontraremos de nuevo.

—¡Ni se les ocurra pensar ni por un momento que les tengo miedo! —exclamó McMurdo—. Mi nombre es Jack McMurdo, ¿me oyen? Si me buscan, me encontrarán en Vermissa, en casa de Jacob Shafter, Sheridan Street, así que, como ven, no me estoy escondiendo. A la gente como ustedes me atrevo a mirarles a la cara de día o de noche, ¡no se equivoquen conmigo!

Se oyó un murmullo de simpatía y admiración entre los mineros ante la conducta osada del recién llegado. Mientras tanto, los dos policías se encogieron de hombros y retomaron su conversación.

Pocos minutos más tarde el tren entró en la estación mal iluminada y hubo una estampida general, porque Vermissa era con mucho la ciudad más grande de la línea. McMurdo cogió su bolsa de cuero y estaba a punto de salir a la oscuridad cuando uno de los mineros se acercó a saludarlo.

—Demonios, amigo, tú sí que sabes hablarle a los polis —dijo en tono reverencial—. Ha sido un espectáculo oírte. Deja que te lleve los bártulos y que te enseñe el camino. Paso por la casa de Shafter de camino a mi chabola.

El resto de los mineros le dijeron a coro «buenas noches» de manera amistosa cuando pasaron por el andén. Antes incluso de que hubiese puesto un pie en ella, McMurdo el alborotador se había convertido en todo un personaje en Vermissa.

La región le había resultado terrorífica, pero la ciudad era a su manera más deprimente incluso. Al bajar por aquel largo valle, se percibía al menos una cierta grandeza sombría en los enormes fuegos y en las nubes de humo a la deriva, mientras que la fuerza y la laboriosidad del hombre encontraban monumentos adecuados en las colinas que había vertido de la ladera de sus monstruosas excavaciones. Pero la ciudad mostraba un nivel absoluto de fealdad y pobreza. El tráfico había removido la calle ancha, convirtiéndola en una masa espantosa de nieve enlodada con baches. Las aceras eran estrechas e irregulares. Las numerosas farolas de gas no hacían más que mostrar de manera más clara una larga hilera de casas de madera, cada una con su terraza hacia la calle desatendida y sucia.

A medida que se acercaban al centro de la ciudad, la vista se alegraba gracias a una serie de tiendas bien iluminadas, y después todavía más debido a un grupo de

tascas y casas de juego en las que los mineros se gastaban su jornal generoso, aunque ganado con el sudor de su frente.

—Esa es la sede del sindicato —dijo el guía, señalando una tasca que llegaba casi a la categoría de hotel—. Allí manda Jack McGinty.

—¿Qué clase de hombre es? —preguntó McMurdo.

—¿Qué? ¿No sabes nada del jefe?

—¿Cómo voy a saber nada de él? ¿No ve que acabo de llegar a esta región?

—Pues porque yo pensaba que su nombre era conocido en todo el país. Ha salido en los periódicos bastantes veces.

—¿Por qué?

—Bueno —dijo el minero bajando la voz—, por los negocios.

—¿Qué negocios?

—¡Madre de Dios! No te enfades por lo que voy a decirte, pero eres muy raro. En este valle solo oirás acerca de una serie de negocios y son los negocios relacionados con los Merodeadores.

—Anda, me parece haber leído algo sobre los Merodeadores en Chicago. Una banda de asesinos, ¿no es así?

—Pero calla, ¡que te juegas la vida! —exclamó el minero, alarmado y mirando con asombro a su compañero—. Muchacho, no vas a seguir vivo mucho tiempo en este valle si hablas así en plena calle. A más de un hombre le han dado una paliza por menos.

—Bueno, no sé nada de ellos. Solo lo que he leído.

—Y no voy a decir que hayas leído nada que no sea verdad. —El hombre miraba a su alrededor con nerviosismo mientras hablaba, observando las sombras como si temiera ver algún peligro acechante—. Si matar es asesinato, entonces Dios sabe que hay asesinatos y a montones. Pero no te arriesgues a susurrar el nombre de Jack McGinty en relación con ellos, forastero, porque cada susurro llega hasta él, y no es de los que deja correr las cosas. Vamos, esa es la casa que andabas buscando, la que se aparta de la calle. Ya verás como el viejo Jacob Shafter, el que la lleva, es un hombre tan honrado como el que más de esta ciudad.

—Gracias —le dijo McMurdo, y, tras darle un apretón de manos a su nuevo conocido, subió lentamente, bolsa en mano, por el sendero que conducía a la casa, a cuya puerta llamó con un sonoro golpe.

La abrió enseguida alguien muy diferente a lo que se esperaba. Era una mujer joven y extraordinariamente guapa, del tipo alemán, rubia y de piel clara, con unos bonitos ojos oscuros como contraste llamativo. Estos estudiaron al extraño con sorpresa y una conmovedora timidez ruborizó su pálido rostro. Contra la luz brillante de la entrada, a McMurdo le pareció que nunca había visto una imagen más hermosa, más atractiva en contraste con los sórdidos y deprimentes alrededores. Una preciosa violeta que creciese en uno de esos escoriales negros de las minas no le habría parecido más sorprendente. Tan fascinado estaba que se quedó mirándola sin decir

palabra, y fue ella quien rompió el silencio.

—Creía que era mi padre —dijo con un leve y encantador acento alemán—. ¿Ha venido a verlo? Está en el centro. Volverá en cualquier momento.

McMurdo continuó mirándola con evidente admiración hasta que ella bajó la mirada avergonzada ante su descarado visitante.

—No, señorita —dijo, por fin—, no me corre prisa verlo. Pero me aconsejaron que me hospedase en su casa. Me imaginaba que podría convenirme... ahora sé que sí.

—Es usted rápido tomando decisiones —observó ella con una sonrisa.

—Habría que estar ciego para no serlo —respondió él.

La chica rió con el cumplido.

—Pero entre, entre —dijo—. Soy la señorita Ettie Shafter, la hija del señor Shafter. Mi madre falleció y llevo yo la casa. Puede sentarse junto a la estufa en la sala de estar hasta que mi padre venga... Ah, ¡aquí lo tenemos! Así pueden llegar a un acuerdo ahora mismo.

Un anciano corpulento llegó subiendo el camino con paso pesado. McMurdo le explicó el asunto en pocas palabras. En Chicago, le había dado su dirección un hombre llamado Murphy. Él, a su vez, la había conseguido gracias a otra persona. El viejo Shafter no tenía inconveniente. El desconocido no puso reparos a los términos del acuerdo, aceptó enseguida todas las condiciones, y parecía no andar nada mal de dinero. Por siete dólares a la semana pagados por adelantado, iba a tener cama y comida.

Y así fue como McMurdo, fugitivo confeso de la justicia, encontró alojamiento en casa de los Shafter, el primer paso que lo conduciría a una larga serie de sombríos acontecimientos, que terminarían en una tierra muy lejana.

## EL GRAN MAESTRE

McMurdo era un hombre que enseguida llamaba la atención. A cualquier parte que fuera, toda la gente del lugar lo conocía al poco tiempo. En menos de una semana, se había convertido con mucha diferencia en la persona más popular de la casa de Shafter. En ella había diez o doce huéspedes, pero se trataba de honrados capataces o de dependientes de tienda comunes y corrientes, es decir, de una pasta muy distinta a la del joven irlandés. Por las tardes, cuando estaban todos reunidos, su chiste era siempre el más ocurrente, su conversación la más brillante y su canción la mejor de todas. Era, por naturaleza, el mejor de los amigos, con un carisma que ponía de buen humor a todos los que estaban a su alrededor.

Pero, a pesar de ello, mostraba una y otra vez, como ya lo había hecho en el vagón de ferrocarril, una tendencia a encenderse con una cólera repentina y feroz, que imponía respeto, e incluso miedo, a aquellos que lo conocían. También hacia la ley y hacia todos los que estaban relacionados con ella, manifestaba un violento desdén que agradaba a algunos y alarmaba a otros de sus compañeros de hospedaje.

Desde el principio, dejó claro con su evidente admiración que la hija de la casa había conquistado su corazón en el mismo momento en que le había echado el ojo a su belleza y elegancia. No era nada tímido como pretendiente. Al segundo día, le dijo que se había enamorado de ella y, desde entonces, le repetía la misma canción sin atender en lo más mínimo lo que ella pudiera decir para desanimarlo.

—¿Que hay alguien más? —le comentó en una ocasión—. Bueno, ¡pues que se aguante! ¡Que se las apañe él solito! ¿Voy a perder la oportunidad de mi vida y lo que más desea mi corazón por lo que quiera otro? Puedes seguir diciéndome que no, Ettie, pero llegará el día en que me digas que sí, y soy lo bastante joven para esperar.

Era un pretendiente peligroso con esa labia irlandesa y esas atenciones agradables y halagadoras que se gastaba. Además, tenía con él ese atractivo de la experiencia y del misterio que despierta el interés de las mujeres, y, por último, su amor. Podía hablar de los bonitos valles de County Monaghan, de donde procedía, o de aquella isla encantadora y lejana, de las suaves colinas y verdes praderas que parecían aún más hermosas cuando se imaginaban en ese lugar de hollín y nieve.

Además, conocía de primera mano la vida de las ciudades del norte, de Detroit, y de los campamentos madereros de Michigan, y, por último, de Chicago, donde había trabajado en un aserradero. Y después llegaban los indicios de algo novelesco, la sensación de que le habían pasado cosas extrañas en aquella gran ciudad, tan extrañas y tan secretas que no se podía hablar de ellas. Contaba, en tono melancólico, la partida repentina de allí, de una ruptura de antiguos vínculos, de una huida a un

mundo ajeno a él, para acabar en este valle lúgubre, y Ettie escuchaba con los ojos brillantes de piedad y compasión, esos dos sentimientos que en poco tiempo pueden convertirse en amor de manera espontánea.

McMurdo había conseguido un trabajo temporal como contable, ya que se trataba de un hombre instruido. Eso le mantenía fuera de la casa la mayor parte del día y no había tenido ocasión de presentarse ante el líder de la logia de la Ilustre Orden de los Hombres Libres. Sin embargo, Mike Scanlan, el cofrade que había conocido en el tren, fue a visitarlo una tarde y le recordó ese descuido. Después de un par de vasos de whisky le sacó a relucir el objeto de su visita.

—Oiga, McMurdo —le dijo—, me acordaba de su dirección, así que me he tomado la libertad de hacerle una visita. Me sorprende que no se haya presentado ante el Gran Maestro. ¿Por qué no ha ido a ver al jefe McGinty todavía?

—Bueno, tenía que buscar trabajo. He estado ocupado.

—Debe buscar tiempo para él aunque no le quede para nada más. ¡Santo Dios, hombre! Ha sido usted un zopenco al no haber ido a la sede del sindicato la mañana que llegó y haberse registrado. Si se enfrenta a él... bueno, no lo haga, ¡y ya está!

McMurdo se mostró levemente sorprendido.

—He sido miembro de la logia durante más de dos años, Scanlan, pero nunca me dijeron que hubiese que cumplir con sus deberes con tanta urgencia.

—En Chicago puede que no.

—Bueno, la organización aquí es la misma.

—¿Lo es?

Scanlan se lo quedó mirando fijamente un buen rato. Había algo siniestro en sus ojos.

—¿No lo es?

—Ya me lo dirá usted dentro de un mes. Por lo visto, tuvo una charla con los agentes cuando me bajé del tren.

—¿Cómo lo sabe?

—Bueno, los rumores vuelan... para bien o para mal, en este distrito todo se sabe.

—Bueno, sí. Les dije a esos sabuesos lo que pensaba de ellos.

—Dios del cielo, ¡le va a encantar a McGinty!

—¿Por qué? ¿También odia a la policía?

Scanlan rompió a reír.

—Vaya a verlo, muchacho —le dijo cuando se iba—. No odiará a la policía, ¡sino a usted si no lo hace! Vamos, ¡acepte el consejo de un amigo y vaya enseguida!

Dio la casualidad de que esa misma tarde McMurdo tuvo una conversación más apremiante que lo empujó en la misma dirección. Tal vez porque sus cortesías hacia



Ettie habían sido más evidentes que antes o porque se habían ido imponiendo poco a poco en la lenta mente de su buen patrón alemán, pero, fuera cual fuese la causa, el dueño de la casa de huéspedes invitó por señas al joven a sus aposentos privados y abordó el tema sin rodeos.

—Me parece a mí, señor mío —le dijo con acento alemán—, que anda usted detrás de mi Ettie. ¿Es así o me equivoco?

—Sí, así es —le respondió el joven.

—Bueno, pues quiero decirle desde ahora mismo que no le va a servir de nada. Hay otro hombre que le lleva ventaja.

—Eso me ha dicho ella.

—Bueno, pues puede apostar a que le dice la verdad. Pero ¿le ha dicho quién es?

—No, se lo he preguntado, pero no quiso decírmelo.

—No me sorprende, ¡la muy brujilla! Quizá no quería que se asustase.

—¡Asustarme! —McMurdo se encendió en un momento.

—¡Pues sí, amigo! No hay que avergonzarse por sentir temor hacia ese tipo. Se llama Teddy Baldwin.

—¿Y quién demonios es?

—Es uno de los jefes de los Merodeadores.

—¡Merodeadores! Ya me han hablado de ellos. Que si los Merodeadores esto, que si los Merodeadores lo otro, ¡y siempre se andan con susurros! ¿Por qué todos les tienen tanto miedo? ¿Quiénes son los Merodeadores?

El dueño de la casa de huéspedes bajó la voz de manera instintiva, como lo hacían todos los que hablaban de esa terrible organización.

—Los Merodeadores —dijo— son la Ilustre Orden de los Hombres Libres.

El joven se lo quedó mirando.

—Vaya, si yo mismo soy miembro de esa orden.

—¡Usted! Nunca lo habría admitido en mi casa de haberlo sabido... ni aunque me hubiese pagado cien dólares a la semana.

—¿Qué problema hay con la orden? Su objetivo es la caridad y la fraternidad. Eso dicen las normas.

—Tal vez en otros sitios, aquí no.

—¿Y aquí qué dicen?

—Es una organización de asesinos, eso dicen sus normas.

McMurdo rió, incrédulo.

—¿Qué pruebas tiene de eso? —preguntó.

—¡Pruebas! ¿Cincuenta asesinatos no constituyen una prueba? ¿Qué pasa con Milman y Van Shorst, y la familia Nicholson, y el viejo señor Hyam, y el pequeño Billy James, y todos los demás? ¡Pruebas! ¿Hay un hombre o una mujer en este valle que no lo sepa?

—Oiga —dijo McMurdo con semblante muy serio—, quiero que se retracte de lo que acaba de decir o que me dé pruebas de ello. O una cosa u otra. Antes de que salga

de esta habitación. Póngase en mi lugar. Aquí estoy yo, un recién llegado a la ciudad. Pertenezco a una organización de la que solo sé que es intachable. Se topará con ella a lo largo y ancho de Estados Unidos, pero siempre como una organización intachable. Y ahora, cuando pensaba incorporarme a ella aquí, me cuenta que forma parte de la misma sociedad que una organización de asesinos llamada los Merodeadores. Creo que me debe una disculpa o, en todo caso, una explicación, señor Shafter.

—No le puedo contar sino lo que todo el mundo sabe, señor mío. Los líderes de una son los líderes de la otra. Si le falta el respeto a una, la otra es la que irá por usted. Hemos tenido pruebas de ello con demasiada frecuencia.

—Eso no son más que rumores... ¡quiero pruebas! —dijo McMurdo.

—Si vive aquí el tiempo suficiente, obtendrá sus pruebas. Pero me olvido de que es usted uno de ellos. Pronto se comportará tan mal como el resto. Pero tendrá que buscarse otro alojamiento, señor. No puedo tenerlo aquí. ¿No es lo suficientemente malo que alguien de esa gente pretenda a mi Ettie, y que yo no me atreva a negarme, y que encima me vea obligado a tener a otro como inquilino? Sí, desde luego que no va usted a dormir aquí a partir de esta noche.

McMurdo se vio sentenciado tanto al destierro de su cómoda residencia como a alejarse de la chica de la que estaba enamorado. Se la encontró a solas en el salón esa misma tarde y se desahogó contándole sus inquietudes.

—Pues sí, tu padre me ha echado —le dijo—. Si fuera solo por mi habitación, no me importaría, pero, la verdad, Ettie, aunque solo hace una semana que te conozco, eres la razón de mi existencia, y no puedo vivir sin ti.

—Ay, calle, señor McMurdo, ¡no diga esas cosas! —se quejó la chica—. Ya se lo he dicho, ¿no es cierto? Ha llegado demasiado tarde. Hay otro y, aunque no sea mi prometido, no puedo comprometerme con otro hombre.

—Imagina que hubiese llegado primero, Ettie, ¿habría tenido una oportunidad?

La chica se llevó la cara a las manos sollozando.

—¡Ojalá hubiese llegado primero!

McMurdo se puso de rodillas ante ella al instante.

—Por amor de Dios, ¡resiste! —exclamó—. ¿Vas a arruinar tu vida y la mía por una promesa? ¡Escucha a tu corazón, *acushla*<sup>[\*]</sup>! Es un guía más seguro que cualquier promesa que hayas hecho antes de saber lo que estabas diciendo.

Cogió la blanca mano de Ettie entre las suyas, fuertes y morenas.

—Di que serás mía y que nos enfrentaremos a esto juntos.

—¿Lejos de aquí?

—Aquí.

—¡No, no, Jack! —McMurdo la estrechaba entre sus brazos—. Tendría que ser lejos de aquí. ¿No podrías llevarme a otro lugar?

Por un momento, en el rostro de McMurdo afloraron sentimientos contradictorios, pero desaparecieron y se volvió duro como el granito.

—No, aquí —dijo—. Te protegeré de todo, Ettie, y en este mismo lugar.

—¿Y por qué no marcharnos juntos?

—No, Ettie, no puedo marcharme de aquí.

—Pero ¿por qué?

—Nunca volvería a ir con la cabeza bien alta si sintiera que me han echado de aquí. Además, ¿qué miedo hay? ¿Acaso no somos personas libres en un país libre? Si me quieres, y te quiero, ¿quién va a tener el valor de interponerse?

—Tú no lo entiendes, Jack. Llevas aquí muy poco tiempo. Tú no conoces a Baldwin. No conoces a McGinty ni a sus Merodeadores.

—No, los conozco, y no les tengo miedo, ¡ni creo que sean nadie! —dijo McMurdo—. Mira, cariño, he tratado con tipos duros, y han sido ellos quienes siempre han acabado teniéndome miedo a mí... siempre, Ettie. Visto desde fuera, ¡todo esto es una locura! Si esos hombres, como dice tu padre, han cometido un crimen tras otro en el valle, y si todo el mundo sabe quiénes son, ¿cómo es posible que no hayan llevado a ninguno de ellos ante la justicia? ¡Respóndeme a eso, Ettie!

—Porque ningún testigo se atreve a declarar contra ellos. No viviría ni un mes si lo hiciera. Y además porque tienen siempre a sus propios hombres para jurar que el acusado estaba lejos del escenario del crimen. Pero, Jack, tienes que haber leído algo sobre todo esto. Tenía entendido que lo estaban publicando en todos los periódicos de Estados Unidos.

—Bueno, es verdad que algo he leído, pero creía que era todo un cuento. Tal vez esos hombres tengan algún motivo para hacer lo que hacen. Tal vez hayan sufrido un agravio y no tengan otra manera de defenderse.

—Ay, Jack, ¡no digas esas cosas! Así es como habla... ¡el otro!

—Baldwin... habla así, ¿verdad?

—Y por eso me resulta tan detestable. Ay, Jack, ahora puedo decirte la verdad. Lo odio con todo mi corazón, pero también le tengo miedo. Tengo miedo por mí, pero, sobre todo, tengo miedo por mi padre. Sé que nos ocurriría alguna calamidad si me atreviera a decirle lo que realmente siento. Por eso, le doy largas con medias promesas. En realidad, era nuestra única esperanza. Pero, si huyeras conmigo, Jack, podríamos llevarnos a mi padre con nosotros y vivir para siempre lejos del poder de esos hombres perversos.

De nuevo, en el rostro de McMurdo se reflejó una lucha interna, y de nuevo se endureció como el granito.

—No te ocurrirá nada malo, Ettie... ni tampoco a tu padre. Y en cuanto a hombres perversos, sospecho que, antes de que estuviéramos allí, yo te parecería tan malo como el peor de ellos.

—¡No, no, Jack! Confiaría en ti en cualquier sitio.

McMurdo rió con amargura.

—¡Ay, Dios! Qué poco sabes de mí. Cariño, eres tan inocente que no te podrías imaginar cómo soy. Pero, vaya, ¿a quién tenemos aquí?

La puerta se había abierto de repente y había entrado un tipo con andares de gallito y aires de dueño de la casa. Era un hombre joven, guapo y elegante, más o menos de la misma edad y constitución que el propio McMurdo. Bajo el sombrero negro de ala ancha —ni se molestó en quitárselo—, se veía un rostro atractivo con ojos tiránicos y una nariz curva como el pico de un halcón que miraba de forma despiadada a la pareja sentada junto a la estufa.

Llena de confusión y de alarma, Ettie se había puesto en pie de un salto.

—Qué alegría verle, señor Baldwin —le dijo—. Ha llegado antes de lo que me imaginaba. Venga y siéntese.

Baldwin se quedó de pie con los brazos en jarras mirando a McMurdo.

—¿Quién es este? —preguntó de forma brusca.

—Es un amigo mío, señor Baldwin, un huésped nuevo de la casa. Señor McMurdo, ¿me permite presentarle al señor Baldwin?

Ambos jóvenes intercambiaron un saludo poco amistoso con la cabeza.

—Es posible que la señorita Ettie le haya explicado nuestra relación —dijo Baldwin.

—No me pareció que mantuviesen ninguna.

—¿Ah, no? Bueno, pues se lo parecerá ahora. Puede creerme si le digo que esta joven dama es mía y que hace una tarde estupenda para dar un paseo.

—Gracias, pero no me apetece pasear.

—¿Ah, no? —Los ojos despiadados de Baldwin brillaban coléricos—. ¡Tal vez le apetezca una pelea, señor Huésped!

—¡Siempre! —exclamó McMurdo, que se levantó de un salto—. Ha dado con la palabra justa.

—¡Por amor de Dios, Jack! Ay, ¡por amor de Dios! —exclamó la pobre Ettie angustiada—. Ay, Jack, Jack, ¡acabarás herido!

—Ah, conque Jack, ¿no? —dijo Baldwin añadiendo un insulto—. ¿Ya hemos llegado a eso?

—Ay, Ted, sé razonable... sé bueno. Por mí, Ted, si me has querido en algún momento, sé generoso y perdona.

—Creo, Ettie, que, si nos dejaras a solas, podríamos arreglarlo —dijo McMurdo tranquilamente—. A menos que prefiera bajar a la calle conmigo, señor Baldwin. Hace una tarde estupenda y hay un solar vacío detrás del edificio de al lado.

—Se la devolveré sin necesidad de mancharme las manos —respondió su enemigo—. Antes de que acabe con usted, deseará no haber puesto nunca un pie en esta casa.

—Pues no hay mejor hora que la presente —exclamó McMurdo.

—Cuándo hago las cosas, lo decido yo, señor mío. Eso déjemelo a mí. ¡Mire! —De repente, se remangó y le enseñó un curioso símbolo que parecía marcado a fuego

en el antebrazo; era un círculo con un triángulo inscrito en él—. ¿Sabe lo que significa?

—¡Ni lo sé ni me importa!

—Bueno, ya lo sabrá, eso se lo prometo, y no llegaré a viejo para contarlo. Puede que la señorita Ettie pueda explicarle algo sobre ello. En cuanto a ti, Ettie, me pedirás de rodillas que vuelva contigo. ¿Me oyes? De rodillas. Y, cuando eso pase, te diré cuál será tu castigo. Has sembrado, y, por Dios, que cosecharás.

Miró a ambos iracundo. Luego se dio media vuelta y, al poco tiempo, había cerrado la puerta de la entrada de un portazo.

Durante unos instantes McMurdo y la chica se quedaron en silencio. Luego Ettie lo abrazó.

—Ay, Jack, ¡qué valiente eres! Pero no sirve de nada, ¡tienes que huir! Esta noche, Jack, ¡esta misma noche! Es tu única esperanza. Te quitará la vida. Lo he visto en esos ojos terribles suyos. ¿Qué posibilidades tienes contra una docena de ellos, con el apoyo del jefe McGinty y todo el poder de la logia?

McMurdo se soltó de sus brazos, le dio un beso y la empujó suavemente hacia una silla.

—¡Tranquila, *acushla*, tranquila! No te preocupes ni tengas miedo por mí. Yo también soy un Hombre Libre. Acabo de contárselo a tu padre. Puede que no sea mejor que ellos, así que no me creas ningún santo. Tal vez me odies tú también ahora que lo sabes.

—¿Odiarte, Jack? Eso no pasará mientras viva. He oído que no hay mal alguno en ser un Hombre Libre en otras partes. Así que, ¿por qué iba a pensar peor de ti por eso? Pero si eres un Hombre Libre, Jack, ¿por qué no vas allí y te haces amigo del jefe McGinty? Ay, ¡date prisa, Jack, date prisa! Habla con él primero o te echará a los perros encima.

—Eso es precisamente lo que estaba pensando —dijo McMurdo—. Iré ahora mismo y lo arreglaré. Dile a tu padre que dormiré aquí esta noche y que me buscaré otro alojamiento por la mañana.

La barra de la taberna de McGinty estaba tan abarrotada como siempre, ya que era el sitio donde se reunían los hombres más duros de la ciudad. Aquel hombre era popular por su manera de ser ruda y despreocupada, que le servía de máscara para ocultar en gran parte lo que tenía que esconder. Pero, además de esa popularidad, el miedo que había instaurado a lo largo y ancho de la ciudad —en realidad, en las treinta millas que tenía el valle y más allá de las montañas que lo flanqueaban— habría bastado para llenar el bar, porque nadie podía permitirse prescindir de su buena voluntad.

Además de ese poder secreto que todos creían que ejercía de forma despiadada, era un alto cargo público, un concejal del municipio, y comisionado de carreteras, que había sido elegido para el ayuntamiento gracias a los votos de los granujas, que

esperaban recibir algo a cambio. Los impuestos y las tasas eran altísimos, las obras públicas habían sido desvergonzadamente abandonadas, así como las cuentas pasadas por alto por auditores sobornados, y se aterrorizaba a los ciudadanos de bien para que pagaran el chantaje público y mantuvieran la boca cerrada con la amenaza de algo peor.

Así fue como, año tras año, los alfileres de diamante del jefe McGinty se volvían cada vez más voluminosos; sus cadenas de oro cada vez más gruesas pendían sobre un chaleco cada vez más lujoso y su bar se ampliaba más y más hasta amenazar con ocupar toda una acera de Market Square.

McMurdo empujó la puerta de vaivén de la taberna y se abrió paso entre aquella muchedumbre de hombres, a través de una atmósfera turbia por el humo del tabaco y cargada por el olor del alcohol. Era un local con una potente iluminación, y los enormes y pesados espejos dorados reflejaban en todas las paredes aquella luz excesiva. Había varios camareros en mangas de camisa, que mezclaban bebidas sin parar para los clientes que se sentaban junto a la ancha barra con adornos de latón.

En el extremo más alejado, con el cuerpo descansando sobre la barra y un cigarro sobresaliendo en ángulo agudo de la comisura de su boca, había un hombre alto, fuerte, de tamaño considerable que no podía ser otro que el célebre McGinty. Era un gigante con barba hasta los pómulos y una melena de pelo negro azabache que le caía sobre el cuello de la camisa. Era tan moreno de piel como un italiano, y sus ojos tenían un color negro extraño y apagado que, junto a cierto estrabismo, le proporcionaban una apariencia siniestra.

Todo lo demás en aquel hombre —sus impresionantes proporciones, sus rasgos agraciados y su carácter sincero— encajaba con esos modales despreocupados y directos que fingía. Alguien que no lo conociera habría dicho que era un tipo campechano, honesto, que debía de tener buen corazón por mucho que pudiera parecer que no tenía pelos en la lengua. Pero cuando aquellos ojos apagados, oscuros y despiadados se volviesen hacia él, este se echaría a temblar, porque tendría la sensación de encontrarse frente a una infinidad de maldades latentes, acompañada por una fuerza, un valor y una astucia que lo volvían infinitamente más letal.

Tras haberle echado una buena ojeada a aquel hombre, McMurdo se abrió paso a codazos hacia él con su audacia de costumbre y se hizo hueco a empujones entre el grupo de aduladores que le daban coba y le reían estrepitosamente hasta el más insignificante de los chistes al poderoso jefe. Los ojos grises y valientes del joven desconocido miraron sin miedo a través de los cristales de sus gafas a aquellos letales y negros que se volvieron de repente hacia él.

—Bueno, joven, su cara no me dice nada.

—Soy nuevo aquí, señor McGinty.

—No tan nuevo para no poder darle a un caballero el tratamiento adecuado.

—Concejal McGinty, joven —se oyó decir a una voz del grupo.

—Lo lamento, concejal. No conozco las costumbres de aquí. Pero me aconsejaron

que viniera a verle.

—Pues ya me está viendo. Esto es todo lo que hay. ¿Qué le parece?

—Bueno, es demasiado pronto. Si su corazón es tan grande como su cuerpo, y su alma tan agradable como su rostro, entonces no podría pedir más —dijo McMurdo.

—¡Demonios! ¡Menuda lengua irlandesa tiene en esa cabeza! —exclamó el dueño del local, sin saber bien si bromear con su atrevido visitante o si mantener la dignidad—. Entonces, ¿tiene a bien aprobar mi aspecto?

—Claro —dijo McMurdo.

—¿Y le dijeron que viniera a verme?

—Así fue.

—Y ¿quién se lo dijo?

—El hermano Scanlan de la logia 341 de Vermissa. A su salud, concejal, y por que nos conozcamos mejor.

Se llevó a los labios el vaso que le he habían servido y levantó el meñique al beber.

McGinty, que lo había estado observando con detenimiento, alzó sus cejas negras y pobladas.

—Ah, ¿fue así? —dijo—. Tendré que estudiar esto con un poco más de detalle, señor...

—McMurdo.

—Con un poco más de detalle, señor McMurdo, porque en esta región no aceptamos a la gente a ciegas, ni tampoco nos creemos todo lo que nos cuentan. Venga aquí un momento, detrás de la barra.

Allí había un cuartito con barriles a los lados. McGinty cerró con cuidado la puerta y se sentó en uno de ellos, mordisqueando pensativo su cigarro y examinando a su acompañante con aquellos ojos inquietantes. Durante un par de minutos permaneció en absoluto silencio. McMurdo se tomó la inspección con buen humor, con una mano en el bolsillo de la chaqueta y la otra retorciendo su bigote castaño. De pronto, McGinty se puso en pie y sacó un revólver que no presagiaba nada bueno.

—Mire, listillo —le dijo—, como crea que nos la está jugando, le despacho en menos de lo que canta un gallo.

—Extraño recibimiento le está dando a un hermano desconocido —respondió McMurdo con cierta dignidad— para ser el Gran Maestro de una logia de los Hombres Libres.

—Ya, pero va a tener que demostrármelo —dijo McGinty—. ¡Y que Dios le ayude si no lo consigue! ¿Dónde se inició?

—En la logia 29 de Chicago.

—¿Cuándo?

—El 24 de junio de 1872.

—¿Con qué Gran Maestro?

—Con James H. Scott.

—¿Quién es el responsable de su distrito?

—Bartholomew Wilson.

—¡Vaya! Parece que contesta con bastante convicción. ¿Qué está haciendo aquí?

—Trabajar, como usted, pero ganando menos.

—Tiene una respuesta lista para todo.

—Sí, siempre se me ha dado bien hablar.

—¿Se le da bien actuar?

—Eso dicen los que mejor me conocen.

—Bueno, quizá le pongamos a prueba antes de lo que piensa. ¿Qué le han dicho de la logia por aquí?

—Me han dicho que hace falta ser un hombre para llegar a ser un hermano.

—Esa es la verdad, señor McMurdo. ¿Por qué se marchó de Chicago?

—¡Eso no se lo cuento así me mate!

A McGinty se le pusieron los ojos como platos. No estaba acostumbrado a que le respondieran de esa manera y le hizo gracia.

—Y ¿por qué no piensa contármelo?

—Porque ningún hermano puede contarle a otro una mentira.

—¿Tan mala es la verdad?

—Puede tomárselo así si quiere.

—Mire, señor mío, lo que no puede esperar de mí, como Gran Maestro, es que introduzca en la logia a un hombre de cuyo pasado no puedo responder.

McMurdo parecía perplejo. Entonces, se sacó un recorte de periódico de un bolsillo interior.

—No delataría a un compañero, ¿verdad? —le dijo.

—Como me vuelva a decir una cosa así, ¡le cruzo la cara de un tortazo! —gritó McGinty acaloradamente.

—Tiene razón, concejal —repuso McMurdo en un tono más suave—. Discúlpeme. Hablaba sin pensar. Bueno, sé que con usted no hay peligro. Mire este recorte.

McGinty ojeó la crónica de un tiroteo con la muerte de un tal Jonas Pinto como resultado en el Lake Saloon, en Market Street, Chicago, durante la semana de Año Nuevo de 1874.

—¿Cosa suya? —preguntó cuando le devolvió el papel.

McMurdo asintió.

—¿Por qué le disparó?

—Le estaba echando una mano al Tío Sam haciendo unos dólares. Puede que los míos no fueran de un oro tan bueno como los suyos, pero de aspecto eran iguales y más baratos de hacer. Ese tal Pinto me ayudaba a colocar la pasta...

—¿A hacer qué?

—Bueno, a poner los dólares en circulación. Entonces, me dijo que iba a trabajar por su cuenta. Puede que lo hiciera, pero no esperé para verlo. Lo maté sin más y



eché a volar a la cuenca minera.

—¿Por qué a la cuenca minera?

—Pues porque había leído en el periódico que la gente de por aquí no era muy tiquismiquis.

McGinty se echó a reír.

—O sea que primero fue falsificador, y luego asesino, y vino aquí porque pensaba que sería bienvenido.

—Pues más o menos —respondió McMurdo.

—Pues supongo que llegará lejos. Diga, ¿todavía puede hacer esos dólares?

McMurdo se sacó una docena del bolsillo.

—Estos nunca han visto la fábrica de moneda de Filadelfia —afirmó.

—¡No me diga! —McGinty los puso a contraluz con su enorme mano, que era tan peluda como la de un gorila—. No logro ver la diferencia. ¡Madre mía! Creo que va a ser un hermano de lo más útil. No nos vienen mal un par de malos tipos entre nosotros, amigo McMurdo, porque hay veces en que tenemos que defendernos. Si no devolviésemos los empujones, nos pondrían enseguida contra la pared.

—Pues supongo que contribuiré con mi parte de la devolución junto con el resto de los muchachos.

—Parece que tiene arrestos. Ni siquiera ha pestañado cuando le he encañonado con esta arma.

—No era yo quien estaba en peligro.

—Entonces, ¿quién?

—Usted, concejal. —McMurdo sacó una pistola amartillada del bolsillo lateral de su chaquetón—. Le he estado apuntando todo este rato. Habría podido dispararle tan rápido como usted a mí, creo yo.

—¡Por todos los demonios! —McGinty se puso rojo de ira y luego estalló en una carcajada estruendosa—. Créame si le digo que hacía mucho que no teníamos entre nosotros a un diablo como usted. Me parece que la logia llegará a sentirse orgullosa de usted... Pero bueno, ¿qué demonios queréis ahora? ¿Es que no puedo hablar a solas con un caballero cinco minutos sin que nos interrumpáis?

El camarero agachó las orejas.

—Lo siento, concejal, pero es Ted Baldwin. Dice que tiene que verle en este mismo instante.

Apenas terminó de anunciarlo, el rostro cruel y decidido del propio Baldwin apareció en ese momento por encima del hombro del empleado. Sacó al camarero de un empujón y cerró la puerta tras echarlo.

—Vaya, veo que ha llegado primero —dijo lanzando una mirada colérica a McMurdo—. Tengo algo que decirle acerca de este hombre, concejal.

—Entonces, dígalo aquí y ahora, a la cara —exclamó McMurdo.

—Lo diré cuando y como quiera.

—¡Ya vale! ¡Ya vale! —dijo aplacándolos McGinty mientras se bajaba del barril

—. Esto no puede ser. Tenemos aquí a un nuevo hermano, Baldwin, y no son maneras de darle la bienvenida. Venga esa mano, hombre, y a hacer las paces.

—¡Nunca! —exclamó Baldwin, furioso.

—Le he ofrecido pelear con él si piensa que le he ofendido —dijo McMurdo—. Pelearé contra él con los puños, o, si eso no le satisface, pelearé de cualquier otro modo que elija. Ahora lo dejo en sus manos, concejal, para que medie entre nosotros como cualquier Gran Maestro.

—Y bien, ¿qué ocurre?

—Una señorita. Ella es libre de elegir a quien quiera.

—¿Lo es? —gritó Baldwin.

—Entre dos hermanos de la logia, yo diría que sí —afirmó el jefe.

—Ah, así que eso ordena, ¿verdad?

—Sí, Ted Baldwin —dijo McGinty con una mirada terrible—. ¿Piensa discutir mi decisión?

—¿Se va a desentender de alguien que ha estado a su lado estos últimos cinco años por un hombre que no ha visto nunca en su vida? No es usted Gran Maestro de por vida, Jack McGinty, y le juro que cuando haya que votar...

El concejal se precipitó sobre él como un tigre. Agarró por el cuello a Baldwin con una mano y lo aplastó contra uno de los toneles. En aquel arrebato de furia lo habría asfixiado hasta dejarlo sin vida si no hubiese intervenido McMurdo.

—¡Calma, concejal! Por el amor del cielo, ¡cálmese! —exclamó mientras tiraba de él hacia atrás.

McGinty soltó a su presa, y Baldwin, aterrado, tratando de recuperar el aliento y temblando de pies a cabeza como cualquiera que hubiese estado al borde de la muerte, se sentó en el tonel contra el que lo habían aplastado.

—Lleva buscándoselo desde hace muchos días, Ted Baldwin... pues ya se lo he dado —exclamó jadeando McGinty, cuyo gigantesco pecho se agitaba violentamente—. Tal vez crea que, si me derrotaran en la votación de Gran Maestro, conseguiría el cargo. Eso le corresponde a la logia decidirlo. Pero, mientras yo sea el jefe, nadie levantará la voz contra mí o contra mis órdenes.

—No tengo nada en contra de usted —masculló Baldwin, palpándose la garganta.

—Entonces —exclamó el jefe, que en un instante había vuelto a ser el alegre campechano de siempre—, todos tan amigos de nuevo y se acabó la discusión.

Bajó una botella de champán de un estante y la descorchó.

—Bien —prosiguió mientras llenaba tres copas altas—, hagamos pues el brindis de la disputa. Una vez hecho, como saben, no puede haber mala sangre entre los miembros de la logia. Ahora, con la mano izquierda encima de mi nuez, le pregunto, Ted Baldwin: ¿en qué le han ofendido?

—Las nubes están bajas —contestó Baldwin.

—Pero se disiparán para siempre.

—¡Así lo juro!

Se bebieron las copas, y Baldwin y McMurdo realizaron la misma ceremonia.

—¡Estupendo! —exclamó McGinty, frotándose las manos—. Aquí acaba la mala sangre. Si esto va más allá, deberán someterse a la disciplina de la logia, y por aquí se aplica con mano dura, como el hermano Baldwin sabe, y como usted descubrirá, hermano McMurdo, si va buscando problemas.

—No tengo ningún interés en ello, palabra —respondió McMurdo, y le tendió la mano a Baldwin—. Me enfado rápido, pero perdono con la misma rapidez. La gente dice que es por la sangre irlandesa, que es muy apasionada. Para mí es cosa del pasado y no le guardo rencor.

Baldwin tuvo que aceptar la mano que le ofrecían, ya que su siniestro jefe no le quitaba el ojo de encima. Pero el mal humor de su rostro reflejaba lo poco que le habían conmovido las palabras de McMurdo.

McGinty les dio unas palmaditas a los dos en el hombro.

—¡Siempre las chicas!, ¡ah, las chicas! —exclamó—. ¡Y pensar que unas faldas se han interpuesto entre mis chicos! ¡Pues sí que es mala pata! Bueno, tendrá que ser la muchacha la que solucione la cuestión, pero está más allá de la jurisdicción de un Gran Maestro... y alabado sea Dios por ello. Ya tenemos bastante de que ocuparnos sin que intervengan las mujeres. Tendrá que afiliarse a la logia 341, hermano McMurdo. Tenemos nuestras propias costumbres y métodos, y son diferentes a los de Chicago. Nos reunimos los sábados por la noche, y, si viene ese día, le haremos un Hombre Libre del valle de Vermissa para siempre.

## LOGIA 341, VERMISSA

Al día siguiente, tras aquella noche en que habían ocurrido sucesos tan emocionantes, McMurdo se mudó de la casa del viejo Jacob Shafter y se instaló en unas habitaciones de la de la viuda McNamara, en las afueras más alejadas de la ciudad. Scanlan, el primer conocido con quien trató en el tren, había tenido oportunidad de mudarse a Vermissa poco después de aquello, y compartieron alojamiento. No había ningún huésped más en la casa, y la patrona era una anciana irlandesa de carácter tolerante que no se metía en nada, de modo que disponían de una libertad de palabra y de acción muy deseable para hombres que tenían secretos en común.

Shafter se había ablandado hasta el punto de consentirle a McMurdo que fuera a comer a su casa cuando quisiera, así que su relación con Ettie continuó sin contratiempos. Con el paso de las semanas se volvió más estrecha y más íntima.

En el dormitorio de su nueva residencia, McMurdo se sintió lo bastante seguro para sacar sus moldes de acuñar moneda, y, tras muchos juramentos de que guardarían el secreto, le permitió a un buen número de hermanos de la logia pasar a visitarle para verlos. Todos se llevaban algunas monedas falsas, acuñadas con tanta maña que nunca supusieron ningún problema ni se corría el más mínimo peligro al pagar con ellas. Por qué, con semejante maestría en un arte tan maravilloso, McMurdo se dignaba a trabajar era un misterio recurrente para sus compañeros, aunque le aclarase a cualquiera que se lo preguntara que, si vivía sin una fuente de ingresos visible, la policía se pondría tras su pista de inmediato.

De hecho, nuestro aventurero ya tenía a un policía pegado a sus talones, pero tuvo la suerte de que aquello le beneficiara en vez de perjudicarlo. Después de que se presentara por primera vez en el bar de McGinty, había pocas noches en que no se pasara por allí para conocer mejor a los «muchachos», que era como se llamaban en broma entre sí los miembros de aquella peligrosa banda que plagaban el valle. Su carácter animado y el atrevimiento con el que hablaba lo hicieron muy popular entre ellos, mientras que la manera rápida y aséptica con que despachó a un adversario en una pelea de bar tumultuosa le valió el respeto de aquella comunidad de tipos duros. Sin embargo, su estima creció todavía más gracias a este otro episodio.

Justo a la hora más concurrida de la noche, se abrió la puerta y entró un hombre con el uniforme de un azul apagado y la gorra de plato de la policía minera. Era un departamento especial promovido por la compañía del ferrocarril y los dueños de las minas para complementar los esfuerzos de la policía ordinaria, que se veía absolutamente impotente frente a la delincuencia organizada que aterrorizaba el distrito. Cuando apareció en la puerta, se hizo el silencio, y muchos lo miraron con

curiosidad. Pero las relaciones entre policías y criminales eran peculiares en algunas partes de Estados Unidos, y McGinty, que se encontraba tras la barra, no pareció sorprendido cuando el agente se unió al resto de los clientes.

—Un whisky solo, que hace una noche de perros —dijo el agente de policía—. Creo que no nos habíamos visto antes, ¿verdad, concejal?

—Usted debe de ser el nuevo capitán —contestó McGinty.

—Así es. Tenemos la esperanza de que usted, concejal, junto con otros ciudadanos eminentes, nos ayude a mantener la ley y el orden en este municipio. Soy el capitán Marvin.

—Estaríamos mejor sin ustedes, capitán Marvin —replicó McGinty con frialdad—. Tenemos nuestra propia policía municipal y no necesitamos ninguna de importación. ¿Qué son ustedes sino el instrumento pagado por los capitalistas, contratados por ellos para pegar porrazos o disparar a nuestros pobres conciudadanos?

—Bueno, bueno, no nos pongamos a discutir —dijo el agente de buen humor—. Me imagino que todos cumplimos con nuestro deber como creemos, pero no podemos creer todos en lo mismo.

Se había bebido el vaso de un trago y ya se disponía a irse cuando se quedó mirando el ceño fruncido de Jack McMurdo, con quien estaba codo con codo.

—¡Vaya, vaya! —exclamó el policía mirándolo de arriba abajo—. ¡Pero si es mi viejo conocido!

McMurdo se apartó de él.

—Yo nunca he sido amigo suyo ni de ningún otro maldito madero en mi vida —le soltó.

—Un conocido siempre es un amigo —repuso el capitán de policía con una sonrisa burlona—. Usted es Jack McMurdo, de Chicago, eso seguro, ¡no lo niegue!

McMurdo se encogió de hombros.

—Eso no se lo niego —dijo—. ¿Se cree que me avergüenzo de mi propio nombre?

—Desde luego tiene buenos motivos para hacerlo.

—¿Qué demonios quiere decir con eso? —vociferó, cerrando los puños.

—No, no, Jack, conmigo nada de fanfarronadas. Ya era agente de policía en Chicago antes de ir a parar a esta condenada carbonera, y reconozco a un granuja de Chicago cuando lo veo.

McMurdo puso cara larga.

—¡No será usted el capitán Marvin de la central de Chicago! —exclamó.

—El mismo Teddy Marvin de siempre, a su servicio. Por allí no hemos olvidado sus disparos a Jonas Pinto.

—Yo nunca le disparé.

—¿Ah, no? Qué gran testimonio, de lo más imparcial, ¿verdad? Bueno, su muerte le vino de perlas, de lo contrario le habrían arrestado por falsificación. Pero podemos

olvidarnos de esas cosas del pasado, porque, entre usted y yo —y puede que me esté extralimitando al decirle esto—, no consiguieron pruebas para acusarle de nada, y podría irse a Chicago mañana si quisiese.

—Estoy muy bien aquí.

—Vaya, yo dándole consejos, y usted con cara de perro sin decirme ni gracias.

—Bueno, supongo que lo decía con buena intención, se lo agradezco —le dijo McMurdo de muy malos modos.

—Y yo cerraré la boca en tanto que le vea ir por el buen camino —añadió el capitán—. Pero, como lo abandone a partir de ahora, ¡no respondo! Así que buenas noches... y a usted también, concejal, buenas noches.

Se marchó de la taberna, pero dejaba tras de sí a un héroe local. Antes de aquello, ya había rumores sobre las hazañas de McMurdo en el lejano Chicago. Él había pasado por alto todas las preguntas con una sonrisa, como si no deseara ningún reconocimiento. Pero ahora existía una confirmación oficial. Los habituales del bar se agolparon a su alrededor y le estrecharon la mano efusivamente. Desde ese momento, pudo moverse con libertad entre ellos. Podía beber mucho sin que se le notara, pero aquella noche, si su amigo Scanlan no hubiese andado cerca para llevarlo a casa, el celebrado héroe se habría pasado, seguramente, la noche debajo de la barra.

El sábado por la noche, McMurdo fue presentado ante la logia. Como había sido iniciado en Chicago, pensó que entraría en ella sin ceremonia alguna, pero, en Vermisa, había ciertos ritos particulares de los que estaban orgullosos y todos los candidatos tenían que pasar por ellos. La asamblea se reunía en una gran sala reservada para tal fin en la sede del sindicato. En Vermisa se congregaban alrededor de sesenta miembros, pero eso no suponía de ninguna manera que fuera la totalidad de la organización. Existían varias logias más en el valle, además de algunas al otro lado de las montañas que lo rodeaban, que intercambiaban miembros cuando se preparaba algún asunto importante. De ese modo podían perpetrar un crimen con hombres que eran ajenos a la localidad. En total, no había menos de quinientos repartidos por todo el distrito del carbón.

En la sobria sala de la asamblea, aquellos hombres estaban sentados alrededor de una larga mesa. Al lado, había otra repleta de botellas y vasos, hacia la que algunos miembros de la reunión ya habían vuelto sus ojos. McGinty se sentaba en la cabecera con un bonete plano de terciopelo negro encima de su mata de pelo negro revuelto y una estola de color morado alrededor del cuello. Parecía un sacerdote presidiendo algún ritual satánico. A su derecha y a su izquierda se encontraban los grandes oficiales de la logia, y entre ellos estaba Ted Baldwin con su rostro cruel y atractivo. Cada uno de ellos llevaba una banda o pañuelo que simbolizaba su título.

Eran, en su mayor parte, hombres en la madurez, pero el resto de los reunidos estaba constituido por miembros jóvenes de dieciocho a veinticinco años: agentes

dispuestos y eficaces que llevaban a cabo las órdenes de sus mayores. Entre los de más edad había muchos en cuyas facciones se reflejaban almas feroces e indómitas, pero, si se observaba bien a los soldados rasos, resultaba difícil creer que aquellos jóvenes formaran parte realmente de una peligrosa banda de asesinos, que sus mentes hubiesen experimentado una perversión moral absoluta, que se sintieran orgullosos de su pericia en el negocio y que miraran con el más profundo de los respetos al que tuviera reputación de realizar lo que ellos llamaban un «trabajo limpio». Para su corrompida naturaleza, se había convertido en algo caballeresco y espiritual presentarse voluntario contra hombres que nunca los habían ofendido directamente, y a quienes, en muchos casos, ni siquiera habían visto anteriormente. Una vez cometido el crimen, se enzarzaban por quién había asestado realmente el golpe letal, y bromeaban entre ellos y con el resto de los reunidos describiendo los gritos y las convulsiones del asesinado.

En los primeros tiempos, habían llevado con cierto secreto sus asuntos, pero, en el momento en que sucede este relato, hablaban de sus acciones en público sin miramiento alguno, ya que los repetidos fracasos de la justicia les habían demostrado que, por una parte, nadie se atrevería a testificar contra ellos, y, por otra, que disponían de un número ilimitado de testigos leales a los que podían llamar, además de unas arcas repletas de las que extraer los fondos para contratar a los abogados con más talento del estado. En diez largos años de atrocidades, no había habido ni una sola condena, y el único peligro que alguna vez amenazaba a los Merodeadores residía en la propia víctima, puesto que, pese a verse superada en número y a ser cogida por sorpresa, podía dejar su marca en los agresores y, de vez en cuando, lo hacían.

A McMurdo le habían advertido de que le aguardaba una dura prueba, pero nadie había querido contarle en qué consistía. Dos hermanos lo condujeron solemnemente a una sala exterior. A través del tabique de madera podía oír el murmullo de las muchas voces procedentes de la asamblea. Una o dos veces reconoció su propio nombre, y comprendió que estaban debatiendo acerca de su candidatura. Entonces, entró un guardia del interior con una banda verde y oro que le cruzaba el pecho.

—El Gran Maestro ordena que lo aten, le cubran los ojos y lo hagan entrar —dijo.

Aquellos tres hombres le quitaron la chaqueta, le remangaron el brazo derecho y, por último, le pasaron una cuerda por los codos y lo ataron. Lo siguiente fue ponerle un gorro negro y tupido en la cabeza y en la parte superior de la cara, de manera que no pudiese ver nada. Luego se lo llevaron a la habitación donde se hallaba reunida la asamblea.

Bajo la capucha, la oscuridad era absoluta y muy agobiante. Oyó los susurros y murmullos de las personas de su alrededor, y luego resonó la voz de McGinty amortiguada y distante por culpa del gorro que le tapaba los oídos.

—John McMurdo —dijo la voz—, ¿es miembro ya de la Antigua Orden de los Hombres Libres?

Él asintió con la cabeza.

—¿Pertenece a la logia número 29 de Chicago?

Asintió de nuevo.

—Las noches oscuras son inclementes —dijo la voz.

—Sí, para los extraños que viajan —respondió.

—Las nubes están bajas.

—Sí, se acerca una tormenta.

—¿Los hermanos quedan conformes? —preguntó el Gran Maestro.

Asintieron con un murmullo unánime.

—Sabemos, hermano, por su seña y su contraseña que es realmente uno de los nuestros —afirmó McGinty—. Sin embargo, quisiéramos hacerle saber que en este condado y en otros de por aquí tenemos ciertos ritos, y también ciertos deberes propios para los que se requiere ser un hombre. ¿Está dispuesto a demostrarlo?

—Lo estoy.

—¿Es usted un valiente?

—Lo soy.

—Dé un paso hacia delante para demostrarlo.

Obedeció la orden y entonces sintió dos púas que presionaban cada uno de sus ojos, por lo que parecía que no podría moverse hacia delante sin peligro de perderlos. Sin embargo, se armó de valor y avanzó un paso con determinación, y, en cuanto lo hizo, la presión desapareció. Se oyó un débil murmullo de aprobación.

—Es un valiente —declaró la voz—. ¿Puede aguantar el dolor?

—Tanto como cualquiera —respondió.

—¡Que lo pruebe!

Hizo todo cuanto pudo para evitar gritar ya que un dolor intolerable le traspasó el antebrazo. Estuvo a punto de caer desmayado ante aquella sacudida repentina, pero se mordió el labio y apretó los puños para ocultar su agonía.

—Puedo soportar más dolor que ese —dijo.

Esta vez rompieron a aplaudir. Nunca se había visto una entrada tan triunfal en la logia. Le daban palmadas en la espalda y le quitaron la capucha de la cabeza. Allí se quedó en pie, pestañeando y sonriendo, mientras los hermanos lo felicitaban.

—Una última cosa, hermano McMurdo —dijo McGinty—. Ha jurado ya secreto y lealtad, ¿es consciente de que cualquier infracción de este juramento se castigará con la muerte de forma instantánea e inapelable?

—Lo soy —respondió McMurdo.

—Y ¿admite la autoridad del Gran Maestro, mientras esté en cargo, en cualquier circunstancia?

—La admito.

—Entonces, en el nombre de la logia 341, de Vermissa, le doy la bienvenida a sus privilegios y debates. Deje el alcohol encima de la mesa, hermano Scanlan, y bebamos por nuestro honorable hermano.



A McMurdo le habían devuelto la chaqueta, pero, antes de ponérsela, observó su brazo derecho, en el que seguía sintiendo un escozor punzante: sobre la carne, había un triángulo inscrito en un círculo, rojo y profundo, con la forma del hierro de marcar. Un par de sus vecinos de mesa se subieron las mangas y le enseñaron sus marcas de la logia.

—Nos la han hecho a todos —señaló uno—, pero muchos no fuimos tan valientes.

—Bueno, no ha sido nada —dijo, aunque persistía el intenso dolor de la quemadura.

Cuando dieron buena cuenta de las bebidas que siguieron a la ceremonia, continuaron con los asuntos de la hermandad. McMurdo, que no estaba acostumbrado más que a los prosaicos cónclaves de Chicago, escuchó con gran atención, y más sorpresa de la que se atrevió a mostrar, lo que se dijo.

—El primer asunto del orden del día —dijo McGinty— es leer la siguiente carta del Maestro de División Windle del condado de Merton, logia 249. Dice así:

Estimado señor:

Tenemos un trabajo que realizar en relación con Andrew Rae, de Rae and Sturnash, propietarios de minas de carbón de la vecindad. Como recordarán, su logia nos debe un favor tras los servicios prestados por dos de nuestros hermanos en el asunto del agente del pasado otoño. Si nos envían a dos hombres de fiar, el señor Higgins, tesorero de esta logia y cuya dirección conocen, se hará cargo de ellos y les indicará cuándo actuar y dónde.

Fraternalmente suyo,

J. W. WINDLE,

Maestro de División de la Orden de los Hombres Libres.

»Windle —prosiguió McGinty— nunca nos ha negado su ayuda en las ocasiones en que le hemos solicitado que nos prestase a un par de hombres, y no vamos a negárselos nosotros ahora. —Hizo una pausa, y sus ojos apagados y malévolos miraron a los asistentes—. ¿Quién se presenta voluntario para el trabajo?

Levantaron la mano varios hermanos jóvenes. El Gran Maestro los miró con una sonrisa de aprobación.

—Lo hará usted, Cormac el Tigre. Si lo maneja tan bien como la última vez, no puede salir mal. Y usted, Wilson.

—No tengo pistola —dijo el voluntario, que no era más que un adolescente.

—Es su primera vez, ¿verdad? Bueno, antes o después saldrá herido. Esto va a ser todo un estreno para usted. En cuanto a la pistola, o mucho me equivoco, o le estará esperando allí. Con que se presenten el lunes, tendrán tiempo suficiente. Les daremos una gran bienvenida cuando regresen.

—¿Va a haber algún incentivo esta vez? —preguntó Cormac, un hombre joven, rechoncho, de rostro moreno y aspecto despiadado, cuyo salvajismo le había valido el apodo de el Tigre.

—Qué más da el incentivo. Lo hacéis únicamente por honor. Puede que, cuando hayáis acabado, haya algunos pocos dólares en el fondo de la caja.

—¿Qué ha hecho ese hombre? —preguntó el joven Wilson.

—Desde luego, no es asunto de personas como usted lo que haya hecho ese hombre. Lo han juzgado allí. No es de nuestra incumbencia. Todo lo que debemos hacer es llevarlo a cabo para ellos, al igual que ellos lo harían por nosotros. Por cierto, la semana que viene van a venir dos hermanos de la logia de Merton para realizar algún trabajo en la zona.

—¿Quiénes son? —preguntó uno.

—Lo más sensato es no preguntar, confíen en mí. Si no saben nada, no pueden declarar nada, y así evitaremos problemas. De todas formas, son hombres que, cuando lo hagan, será un trabajo limpio.

—¡Y ya era hora! —exclamó Ted Baldwin—. La gente se nos está yendo de las manos por aquí. Hace solo una semana, el capataz Blaker echó a tres de los nuestros. Se la está ganando desde hace mucho tiempo, y le van a dar una de las buenas.

—¿Dar el qué? —le susurró McMurdo al que estaba sentado a su lado.

—¡El asunto acaba con un cartucho de escopeta! —exclamó riéndose el hombre con una sonora carcajada—. ¿Qué le parecen nuestros métodos, hermano?

El alma de criminal de McMurdo parecía haber asimilado ya el espíritu de la perversa asociación de la que era ahora miembro.

—Me parecen muy bien —dijo—. Este es un buen lugar para un tipo con carácter. Varios de los que se sentaban a su alrededor oyeron sus palabras y lo aplaudieron.

—¿Qué pasa? —gritó el Gran Maestro de melena negra desde el otro extremo de la mesa.

—Es por nuestro nuevo hermano, señor; nuestros métodos son de su agrado.

McMurdo se puso en pie un momento.

—Me gustaría decir, respetable Gran Maestro, que, si se necesitara un hombre, me resultaría un honor ser elegido para ayudar a la logia.

Al decir aquello, todos prorrumpieron en un gran aplauso. Fue recibido como los albores de un nuevo amanecer. A algunos de los hermanos más antiguos les dio la impresión de que ascendía demasiado rápido.

—Yo propondría —dijo el secretario Harraway, un carcamal con rostro de buitre que se sentaba cerca del presidente de la mesa— que el hermano McMurdo aguardara hasta que la logia tenga a bien valerse de sus servicios.

—Claro, eso es lo que quería decir, que estoy a su disposición —respondió McMurdo.

—Ya llegará su momento, hermano —comentó el presidente—. Hemos tomado nota de que es usted un hombre dispuesto, y creemos que hará un buen trabajo en esta tierra. Esta noche hay un asuntillo en el que quizá pueda echar una mano si lo deseara.

—Esperaré a algo que merezca la pena.

—Puede venir esta noche, en cualquier caso. Le ayudará a entender qué representamos en esta comunidad. Lo comunicaré más adelante. Hasta este momento —ojeó el orden del día—, tengo un par de puntos que plantear ante los aquí reunidos. En primer lugar, deseo preguntarle al tesorero acerca del estado de nuestras cuentas. Tenemos que estudiar la pensión de la viuda de Jim Carnaway. Cayó haciendo un trabajo para la logia, y nos corresponde velar por que no sea ella la que se lleve la peor parte.

—Dispararon a Jim el mes pasado cuando intentaba matar a Chester Wilcox de Marley Creek —informó el vecino a McMurdo.

—En este momento, tenemos fondos suficientes —afirmó el tesorero con el extracto bancario enfrente de él—. Las empresas se han comportado con generosidad en los últimos tiempos. Max Linder and Company han pagado quinientos para que los dejáramos tranquilos. Walker Brothers nos han enviado cien, pero me encargué yo mismo de devolvérselos y pedirles quinientos. Si no sé nada de ellos el miércoles, es posible que la polea del elevador no funcione. Ya tuvimos que quemarles la trituradora el año pasado antes de que entraran en razón. Luego tenemos a la West Section Coaling Company, que ha pagado la contribución anual. Hay suficiente líquido para hacernos cargo de algunos compromisos.

—¿Qué sucede con Archie Swindon? —le preguntó un hermano.

—Lo ha saldado todo y se ha marchado del distrito. El pobre diablo nos dejó una nota para decirnos que prefería ser libre barriendo las aceras de Nueva York por una limosna antes que propietario de una gran mina en garras de una red de chantajistas. ¡Por Dios! Hizo bien poniendo tierra de por medio antes de que nos llegara la nota. Me imagino que no volveremos a verle la cara en este valle.

Un hombre anciano y bien afeitado, con un rostro amable y una frente ancha, se levantó en el extremo de la mesa que estaba frente al del presidente.

—Señor tesorero —dijo—, ¿le importaría decirme quién ha comprado la propiedad de ese hombre al que hemos expulsado del distrito?

—Sí, hermano Morris. La ha comprado la compañía de ferrocarril del estado y del condado de Merton.

—Y ¿quién ha comprado las minas de Todman y de Lee que se pusieron a la venta el año pasado del mismo modo?

—La misma compañía, hermano Morris.

—Y ¿quién ha comprado las fundiciones de Manson, de Shuman, de Van Deher y de Atwood, traspasadas recientemente?

—Todas ellas han sido compradas por la compañía minera general West Gilmerton.

—Hermano Morris, no veo —dijo el presidente— por qué habría de interesarnos quién las compra, dado que no se las pueden llevar del distrito.

—Con todos mis respetos, respetable Gran Maestre, creo que puede sernos de gran interés. Este proceso lleva produciéndose desde hace diez años ya. Estamos

expulsando poco a poco del negocio a todos los pequeños capitalistas. ¿Cuál es el resultado? Que en su lugar nos encontramos con grandes compañías como la del ferrocarril o la minera que tienen a sus directores en Nueva York o en Filadelfia y a quienes no les importan nuestras intimidaciones. Podemos eliminar a sus gerentes locales, pero eso solo significará que enviarán a otros en su lugar. Y se convertirán en una seria amenaza para nosotros por nuestra culpa. Los pequeños capitalistas no podían causarnos ningún daño. No tenían ni el dinero ni el poder para hacerlo. A condición de no exprimirlos demasiado, habrían seguido en nuestro poder. Pero, si esas grandes compañías descubren que nos interponemos entre ellos y sus beneficios, no escatimarán esfuerzos ni dinero hasta darnos caza y llevarnos a los tribunales.

No se oyó ni un susurro ante aquellas inquietantes palabras, y se ensombrecieron todos los rostros al tiempo que se intercambiaban miradas de pesimismo. Se habían sentido tan omnipotentes e impunes que ni se habían planteado la posibilidad de recibir el castigo implícito en sus actividades delictivas. Sin embargo, aquella idea resultó escalofriante incluso para los más temerarios.

—Mi consejo es —prosiguió el orador— que seamos menos exigentes con los pequeños capitalistas. El día en que se hayan marchado todos esta sociedad habrá perdido todo su poder.

Las verdades incómodas no son bienvenidas. Cuando el orador volvió a sentarse, se oyeron gritos de enfado. McGinty se levantó, con la mirada sombría.

—Hermano Morris —dijo—, usted ha sido siempre un pájaro de mal agüero. Mientras los miembros de esta logia permanezcan unidos no hay poder en Estados Unidos que pueda hacerles daño. Vamos a ver, ¿no nos han llevado varias veces ya a los tribunales? Me imagino que a las grandes compañías les resultará más fácil pagar que pelear, como pasa con las empresas pequeñas. Y ahora, hermanos —McGinty se quitó el bonete de terciopelo negro y la estola mientras hablaba—, esta reunión de la logia ha llegado a su fin por esta noche, excepto por un pequeño detalle que posiblemente mencione cuando nos marchemos. Ha llegado el momento de que tomemos algún refrigerio como hermanos en paz y armonía.

No deja de ser extraña la naturaleza humana. Allí estaban esos hombres, para quienes el asesinato era algo familiar, y que habían matado a muchos padres de familia por los que no sentían ningún rencor personal, sin remordimiento o compasión alguna hacia las lágrimas de la esposa o el desamparo de los hijos y a los que, sin embargo, se les podían saltar las lágrimas al oír una música romántica o sentimental. McMurdo tenía la voz bonita, de tenor, y, si antes no se hubiese ganado la benevolencia de la logia, no habría tardado mucho en robársela después, cuando les hizo estremecerse con «Estoy sentado en la escalera», «Mary» y «A orillas del Allan Water».

No era más que su primera noche y el nuevo recluta se había convertido en uno de los hermanos más populares, destinado ya al ascenso y a un alto cargo. No obstante, había otras cualidades necesarias, además de ser un buen compañero, para

ser un Hombre Libre valioso, y dio muestras de ellas antes de que acabara la noche. La botella de whisky había pasado de mano en mano varias veces y estaban ya todos acalorados y maduros para hacer el mal cuando su Gran Maestro se levantó una vez más para dirigirse a ellos.

—Muchachos —dijo—, hay un hombre en esta ciudad que necesita que le den una lección, y os corresponde a vosotros impartírsela. Me estoy refiriendo a James Stanger, del *Herald*. ¿Os habéis enterado de que ha estado abriendo esa boca contra nosotros otra vez?

Asintieron con un murmullo y se mascullaron muchos juramentos. McGinty sacó un trozo de papel del bolsillo de su chaleco que llevaba por título «¡LEY Y ORDEN!».

#### REINO DEL TERROR EN EL DISTRITO DEL CARBÓN Y DEL HIERRO

Han transcurrido doce años desde los primeros asesinatos que probaron la existencia de una organización criminal entre nosotros. Desde aquel momento, nunca han cesado las agresiones, hasta que han alcanzado una magnitud que nos convierte en la deshonra del mundo civilizado. ¿Para llegar a esto acoge en su seno nuestro gran país a los extranjeros que huyen de los despotismos de Europa? ¿Para que se conviertan a su vez en tiranos de los mismos hombres que les han dado refugio? ¿Para que impongan el gobierno del terrorismo sin leyes en los pliegues sagrados de la bandera de estrellas de la Libertad, algo que nos horrorizaríamos si leyéramos que sucede en la monarquía oriental más degenerada de todas? Se sabe quiénes son. La organización es pública y conocida. ¿Cuánto tiempo más tenemos que aguantar? ¿Podemos vivir para siempre [...]

—Bueno, ¡ya he leído bastante basura! —gritó el presidente, tirando el recorte encima de la mesa—. Eso es lo que dice de nosotros. La pregunta que les hago es, ¿cuál va a ser nuestra respuesta?

—¡Matarlo! —gritaron una docena de voces feroces.

—Yo me opongo —dijo el hermano Morris, el hombre de la frente ancha y la cara afeitada—. Yo les digo, hermanos, que estamos actuando con mano demasiado dura en este valle y que llegará un punto en que todos los hombres se unirán para aplastarnos en defensa propia. James Stanger es un anciano. Es respetado en la ciudad y en el distrito. Para todos su periódico simboliza lo más íntegro del valle. Si eliminamos a ese hombre, se armará tal alboroto en el estado que no pararán hasta que nos hayan destruido.

—Y ¿cómo iban a lograr destruirnos, señor Neutral? —exclamó McGinty—. ¿Por medio de la policía? Claro, con la mitad de ellos a sueldo nuestro y la otra mitad temblando de miedo cuando nos ven. ¿O gracias a los tribunales y a los jueces? ¿Es que no lo han intentado antes de ahora? Y ¿en qué ha quedado todo eso?

—El juez Lynch podría procesarnos —dijo el hermano Morris.

El comentario fue recibido con un clamor general de ira.

—Me basta con levantar un dedo —exclamó McGinty— para traer a esta ciudad a doscientos hombres que la limpiarían de parte a parte. —Entonces, alzó la voz de repente y frunció sus enormes cejas negras de manera terrible—. Y le advierto, hermano Morris, que llevo ya algún tiempo que no le quito ojo de encima. Es usted

un cobarde y encima intenta acobardar a los demás. Llegará un día, uno malo para usted, hermano Morris, en que su nombre aparecerá en el orden del día de la logia, y me parece que es precisamente ahí donde debería escribirlo.

Morris se había puesto pálido como un cadáver, y debieron de flaquearle las rodillas, puesto que se desplomó en su asiento. Alzó su vaso con su temblorosa mano y dio un trago antes de poder responder.

—Les pido disculpas, respetable Gran Maestro, a usted y a todos los hermanos de esta logia si he dicho más de lo que debería. Soy un miembro leal, como saben todos, y la ansiedad con la que hablo se debe a mi miedo a que la logia sufra alguna desgracia. Pero tengo mayor confianza en su juicio que en el mío, respetable Gran Maestro, y les prometo que no volveré a decir nada que pueda ofenderles.

El ceño del Gran Maestro se relajó al oír aquella humilde intervención.

—Muy bien, hermano Morris. Soy yo quien debería disculparse por haber tenido que infligirle una lección. Pero, mientras yo esté en este cargo, seremos una logia unida en palabras y en hechos. Y ahora, muchachos —continuó diciendo mientras recorría con la mirada a los presentes—, en esto estoy completamente de acuerdo: como Stanger se lleve todo su merecido, nos buscaremos un problema mayor de lo que deseamos. Esos columnistas van todos de la mano, y todos los periódicos del estado reclamarían la intervención de la policía y el ejército. Pero supongo que podéis hacerle una severa advertencia. Hermano Baldwin, ¿se ocuparía de ello?

—¡Claro! —dijo entusiasmado el joven.

—¿Cuántos hombres le hacen falta?

—Media docena, y dos para vigilar la puerta. Vendrán Gower, y usted, Mansel, y usted, Scanlan, y los dos Willaby.

—Le he prometido al nuevo hermano que iría —comentó el presidente.

Ted Baldwin miró a McMurdo con ojos de no haber olvidado ni perdonado.

—Bueno, puede venir si quiere —dijo de mal humor—. Basta con esos. Cuanto antes nos pongamos a trabajar, mejor.

La asamblea se dio por terminada entre gritos, alaridos y fragmentos de canciones de borrachos. El bar seguía abarrotado de juerguistas, y muchos de los hermanos se quedaron allí. El pequeño grupo al que le habían dado el encargo salió a la calle, y avanzó de dos en dos y de tres en tres por la acera para no llamar la atención. Aquella noche hacía un frío penetrante, y brillaba media luna en un cielo helado y salpicado de estrellas. Se detuvieron y reunieron todos en un patio frente a un alto edificio. Se veían escritas con letras doradas las palabras VERMISSA HERALD entre las ventanas intensamente iluminadas. Desde el exterior, se oía el estruendo metálico de la imprenta.

—Tú, aquí —le dijo Baldwin a McMurdo—, puedes quedarte abajo en la puerta y vigilar que sigue habiendo vía libre por la calle. Arthur Willaby puede quedarse contigo. Los demás, venid conmigo. Sin miedo, muchachos, que tenemos una docena de testigos en el bar del sindicato en este mismo momento.

Era cerca de medianoche, y la calle estaba desierta excepto por uno o dos juerguistas que volvían a casa. La banda cruzó la calle y, abriendo de un empujón la puerta de las oficinas del periódico, Baldwin y sus hombres entraron y subieron corriendo por la escalera que había enfrente. McMurdo y su compañero se quedaron abajo. Del piso superior llegó un chillido, un grito de socorro, y luego el ruido de unos pasos a la carrera y de unas sillas cayendo al suelo. Poco después, un hombre de pelo cano salía precipitadamente al rellano.

Lo cogieron antes de que pudiera ir más lejos, y sus gafas llegaron tintineando a los pies de McMurdo. Se oyó un golpe seco y un gemido. Se quedó tendido boca abajo, y retumbaron repetidamente media docena de palos que caían sobre él. Se retorció, y sus largas y delgadas extremidades se estremecían con los golpes. Por fin los demás cesaron, pero Baldwin, con una sonrisa diabólica en el rostro desencajado, le estaba abriendo a palazos la cabeza, que la víctima trataba en vano de protegerse con los brazos. Tenía el pelo blanco salpicado de manchas de sangre. Baldwin seguía inclinado sobre su víctima, asestando golpes breves e inmisericordes en cualquier parte que quedara descubierta, y entonces McMurdo se precipitó escaleras arriba y lo apartó de un empujón.

—Vas a matar a este tipo —le dijo—. ¡Basta!

Baldwin lo miró estupefacto.

—¡Vete al infierno! —gritó—. ¿Quién te crees que eres para entrometerte...? Acabas de llegar a la logia. ¡Quítate de en medio!

Levantó el palo, pero McMurdo ya había sacado la pistola del bolsillo de atrás.

—¡Quítate tú! —exclamó—. Te volaré la cara como me pongas la mano encima. Y, en lo que se refiere a la logia, ¿la orden del Gran Maestro no era que no se matara a este hombre? Si sigues golpeándole así acabarás con él.

—En eso lleva razón —comentó uno de los hombres.

—¡Válgame el Cielo! Pero ¡daos prisa, hombre! —gritó el hombre de abajo—. Se están encendiendo todas las ventanas y vamos a tener a toda la ciudad aquí en cinco minutos.

Era cierto. Se oía el griterío en la calle, y se estaba reuniendo y dándose ánimo para actuar un pequeño grupo de cajistas y periodistas en el vestíbulo de abajo. Los criminales dejaron el cuerpo blando e inmóvil en lo alto de la escalera y, corriendo escaleras abajo, se abrieron paso rápidamente por la calle. Cuando llegaron a la sede del sindicato, algunos de ellos se metieron entre la gente que atestaba la taberna de McGinty, y le susurraron al jefe, a través de la barra, que habían cumplido con el trabajo. Otros, entre ellos McMurdo, se dispersaron por calles laterales y se fueron zigzagueando hasta sus casas.

## EL VALLE DEL MIEDO

Cuando McMurdo se despertó a la mañana siguiente, tenía sobradas razones para recordar su iniciación a la logia. La cabeza le dolía por el efecto del alcohol, y tenía el brazo hinchado y ardiendo en donde lo habían marcado. Como disponía de su peculiar fuente de ingresos, acudía al trabajo de manera irregular, así que desayunó tarde y se quedó en casa por la mañana escribiéndole una larga carta a un amigo. Después estuvo ojeando el *Daily Herald*. En una columna especial añadida a última hora, leyó: ATENTADO EN LAS OFICINAS DEL HERALD. DIRECTOR GRAVEMENTE HERIDO. Era una breve crónica de unos hechos de los que el periodista no podía saber más que él. Terminaba de la siguiente forma:

El caso está ahora en manos de la policía, pero difícilmente se puede esperar que sus esfuerzos alcancen mejores resultados que en ocasiones precedentes. Se ha identificado a algunos de los criminales y se tiene la esperanza de que sean condenados. Ni que decir tiene que la causante del atentado es esa infame organización que ha tenido sometida a esta comunidad durante tanto tiempo, y contra la que el *Herald* ha adoptado una postura inflexible. Los numerosos amigos del señor Stanger se alegrarán al saber que su vida no corre peligro pese a todos los golpes violentos y despiadados recibidos y a haber sufrido graves heridas en la cabeza.

Al pie del artículo, se afirmaba que se había solicitado a la policía una unidad armada con rifles Winchester para que defendiera las oficinas.

McMurdo había dejado a un lado el periódico y se estaba encendiendo la pipa con una mano temblorosa por los excesos de la noche anterior cuando oyó que llamaban a la puerta de la entrada. Su patrona le trajo una nota que acababa de entregarle un chico. No tenía firma, y decía así:

Desearía hablar con usted, pero preferiría no hacerlo en su casa. Le esperaré en lo alto de Miller Hill junto al asta de la bandera. Si viene ahora, le comentaré una cosa que nos resultará de interés a ambos.

McMurdo se leyó la nota dos veces sumamente sorprendido. No lograba imaginar a qué se refería ni quién era su autor. Si hubiese sido escrita con letra de mujer, se habría imaginado que se trataba del comienzo de una de esas aventuras a las que tan acostumbrado estaba en su antigua vida. Pero era letra de hombre, y, además, de un hombre culto. Por fin, no sin ciertas dudas iniciales, decidió aclarar aquel asunto.

Miller Hill es un jardín público mal cuidado en pleno centro de la ciudad. En verano es uno de los lugares de recreo preferidos por la gente, pero en invierno resulta bastante solitario. Desde la cima, se puede ver no solo aquella ciudad sucia y laberíntica, sino también el valle tortuoso de debajo, con sus minas y fábricas



desperdigadas que ennegrecían la nieve a cada lado, y las montañas llenas de bosques y rematadas de nieve en sus flancos.

McMurdo subió dando un paseo por el serpenteante camino con seto de hoja perenne a los lados hasta llegar al restaurante desierto en torno al cual se centraba la alegría veraniega. Junto a este se encontraba el asta sin bandera, y al lado un hombre, con el sombrero calado hasta las cejas y el cuello del abrigo subido. Cuando se volvió, McMurdo vio el rostro del hermano Morris, aquel que había desatado las iras del Gran Maestro la noche anterior. Intercambiaron las señas de la logia como saludo.

—Quisiera tener unas palabras con usted, señor McMurdo —dijo el hombre de más edad, hablando con una vacilación que indicaba que se trataba de un asunto delicado—. Le agradezco mucho que haya venido.

—¿Por qué no firmó la nota?

—Hay que ser precavido, señor mío. En estos tiempos, nunca se sabe qué repercusión pueden tener las cosas para uno mismo. Nunca se sabe en quién se puede y en quién no se puede confiar.

—En los hermanos de la logia se puede confiar sin lugar a dudas.

—¡No, no siempre! —exclamó Morris con vehemencia—. Cualquiera cosa que digamos, incluso que pensemos, parece que llega a oídos del tal McGinty.

—¡Un momento! —dijo McMurdo con semblante serio—. Ayer mismo por la noche, como sabe muy bien, le juré fidelidad a nuestro Gran Maestro. No irá a pedirme que rompa mi juramento, ¿verdad?

—Si ve así las cosas —le respondió Morris con tristeza—, solo puedo decirle que lamento haberle causado la molestia de venir hasta aquí para reunirse conmigo. A qué punto hemos llegado para que dos ciudadanos libres no puedan hablar libremente de lo que piensan.

McMurdo, que había estado observando a su acompañante con mucha atención, se relajó un poco.

—Desde luego, solo hablo en mi nombre —dijo—. Como sabe, acabo de llegar, y todo esto me parece raro. No soy yo quien le ha citado aquí, señor Morris, así que, si de verdad cree que tiene algo que decirme, aquí estoy para escucharlo.

—¡Y para contárselo luego al jefe McGinty! —replicó Morris con amargura.

—La verdad, ¡no está siendo nada justo conmigo! —exclamó McMurdo—. Yo le soy leal a la logia, y se lo digo así de claro, pero qué clase de persona sería si le fuera contando a otro lo que me comente usted en confidencia. No saldrá de mi boca, aunque le advierto que no espere ni mi ayuda ni mi simpatía.

—Eso lo he dado por imposible hace mucho —dijo Morris—. Es posible que me esté jugando la vida con esto que le voy a decir, pero, por mala persona que sea —y ayer por la noche me pareció que lleva trazas de convertirse en alguien tan malo como el que más—, sigue siendo nuevo en la logia, y puede que su conciencia no esté tan endurecida como la de los demás. Esa es la razón por la que pensé en hablar con usted.

—Bueno, y ¿qué tiene que decirme?

—¡Maldito sea como me delate!

—Ya le he dicho que no lo haría.

—Entonces, le preguntaría si, cuando se unió a la sociedad de los Hombres Libres en Chicago y juró los votos de lealtad y caridad, se le pasó por la mente averiguar qué le llevaría a cometer crímenes.

—Usted los considera crímenes —respondió McMurdo.

—¡Así los considero, en efecto! —exclamó Morris, con voz temblorosa de indignación—. Qué poco sabe de la vida si puede darles otro calificativo. ¿No fue un crimen el de ayer por la noche cuando apalearon a un hombre con edad para ser su padre hasta que la sangre le empapó las canas? Si eso no fue un crimen, entonces, ¿cómo lo llamaría usted?

—Hay gente que diría que se trata de una guerra —contestó McMurdo—, una guerra en la que dos clases se lo juegan todo, así que cada una ataca como mejor puede.

—Vaya, ¿eso es lo que pensaba cuando se unió a los Hombres Libres en Chicago?

—No, debo admitir que no.

—Yo tampoco cuando me uní a la logia en Filadelfia. No era más que un club con fines benéficos y un lugar de encuentro para sus miembros. Entonces, me hablaron de este lugar —maldita la hora en que oí por primera vez su nombre—, y me vine para progresar en la vida. ¡Ay, Dios mío! ¡Para progresar en la vida! Mi mujer y mis tres hijos se vinieron conmigo. Abrí una mercería en Market Square, y gané bastante. Corrió el rumor de que era un Hombre Libre, y me vi obligado a unirme a la logia local, igual que usted ayer por la noche. Llevo el símbolo de la vergüenza en el antebrazo, y una marca peor en el corazón. Descubrí que me encontraba bajo las órdenes de ese canalla perverso y que estaba atrapado en una red de criminales. ¿Qué podía hacer? Cada palabra que decía para mejorar las cosas era vista como una traición, como ayer por la noche. No puedo huir porque he invertido todo lo que tengo en mi tienda. Si abandono la organización, sé bien que eso supone mi muerte, y Dios sabe que la de mi mujer y la de mis hijos. Ay, amigo, es horrible... ¡horrible!

Se llevó las manos a la cara y su cuerpo comenzó a temblar por los sollozos.

McMurdo se encogió de hombros.

—Era usted demasiado blando para este trabajo —afirmó—. Esto no es para gente como usted.

—Tengo conciencia y una religión, pero me han convertido en un criminal más entre ellos. Me eligieron para un trabajo. Era consciente de lo que me pasaría si me echaba para atrás. Es posible que sea un cobarde. Es posible que lo sea por pensar en mi pobre mujer y en los niños. En cualquier caso, acudí. Creo que me atormentará para siempre.

»Era una casa apartada, a veinte millas de aquí, al otro lado de las montañas. Me dijeron que me quedara en la puerta, al igual que usted anoche. No confiaban en mí

para hacer el trabajo. Los demás entraron. Cuando salieron, tenían las manos rojas hasta las muñecas. Al marcharnos, un niño salió chillando de la casa que dejábamos atrás. Era un niño de cinco años que había visto cómo asesinaban a su padre. Casi me desmayo del horror, pero me esforcé en mostrarme imperturbable y sonreír, porque era muy consciente de que, si no lo hacía, la próxima casa de la que salieran con las manos ensangrentadas sería la mía y el que lloraría por su padre sería mi pequeño Fred.

»Pero me había convertido en un criminal, cómplice de asesinato, condenado para siempre en este mundo, y condenado también en el otro. Soy un buen católico, pero el sacerdote no quiso cruzar palabra conmigo cuando supo que era un Merodeador, y me excomulgaron. En esas estoy. Y veo que usted se dispone a ir por el mismo camino, y le pregunto cómo terminará. ¿Está dispuesto a asesinar a sangre fría usted también o podemos hacer algo para acabar con ello?

—¿Qué quiere hacer? —preguntó McMurdo en un tono brusco—. ¿Informar a la policía?

—¡Dios me libre! —exclamó Morris—. Solo pensarlo me costaría la vida.

—Entonces no hay problema —dijo McMurdo—. Me parece a mí que es usted un poco blando y que le da demasiada importancia a las cosas.

—¡Demasiada! Ya verá cuando haya vivido aquí más tiempo. ¡Mire el valle! ¿Ve la nube de cien chimeneas que lo cubre? Pues le digo que sobre la cabeza de sus gentes se cierne más cargada y más baja la nube del asesinato. Este es el valle del miedo, el valle de la muerte. El terror anida en los corazones de la gente desde el anochecer hasta el amanecer. Ya lo verá, joven, y llegará a entenderlo por su cuenta.

—Bueno, le haré saber lo que pienso cuando sepa más —dijo McMurdo despreocupadamente—. Lo que salta a la vista es que usted no es hombre para este sitio, y que, cuanto antes lo venda todo —aunque no saque más que un centavo por cada dólar que vale su negocio—, mejor para usted. Lo que me ha dicho está a salvo conmigo, pero, por Dios, como vea que es un soplón...

—¡No, no! —exclamó Morris de forma lastimera.

—Bueno, dejemos las cosas como están. Me guardaré para mí lo que me ha dicho, y puede que algún día vuelva a pensar en ello. Supongo que me ha hablado así con buena intención. Y ahora me voy para casa.

—Una cosa antes de que se vaya —dijo Morris—. Es posible que nos hayan visto juntos. Quizá quieran saber de qué hemos estado hablando.

—¡Ah! Bien pensado.

—Le ofrezco un empleo en mi tienda.

—Y yo lo rechazo. Ese era el tema de la conversación. Bueno, hasta pronto, hermano Morris, espero que le vayan mejor las cosas en el futuro.

Esa misma tarde, cuando McMurdo estaba fumando, absorto en sus pensamientos,

sentado junto a la estufa de su sala de estar, se abrió la puerta de repente y, llenando el marco de esta, apareció la enorme figura del jefe McGinty. Le hizo la contraseña, y luego se sentó él también enfrente del joven. Se lo quedó mirando fijamente un rato, una mirada que le fue devuelta de la misma manera.

—No soy mucho de hacer visitas, hermano McMurdo —dijo por fin—. Supongo que estoy demasiado ocupado con la gente que viene a verme a mí. Pero he pensado que podía hacer una excepción con usted y dejarme caer por su casa.

—Es un orgullo tenerle aquí, concejal —respondió McMurdo calurosamente mientras sacaba una botella de whisky de la alacena—. Es un honor que no me esperaba.

—¿Cómo va ese brazo? —preguntó el jefe.

McMurdo torció el gesto.

—Bueno, persisten las molestias —dijo—, pero merece la pena.

—Sí, les merece la pena a los que son leales, apechugan con ello y son una ayuda para la logia —respondió el otro—. ¿De qué estaba hablando con el hermano Morris en Miller Hill esta mañana?

La pregunta resultó tan repentina que fue un alivio tener la respuesta preparada. Rompió a reír a carcajadas.

—Morris no sabía que podía ganarme la vida aquí en casa. Ni lo sabrá, porque tiene demasiada conciencia para mi gusto. Pero es un viejo con buen fondo. Se pensaba que yo estaba mano sobre mano, y que me haría un favor si me ofrecía un empleo en una mercería.

—Ah, ¿nada más?

—No, nada más.

—¿Y lo ha rechazado?

—Pues claro. ¿No podría ganar diez veces más en mi propio dormitorio que lo que en cuatro horas de trabajo?

—Eso es verdad. Pero yo no frecuentaría mucho a Morris.

—¿Por qué no?

—Bueno, pues supongo que porque le digo yo que no lo haga. Para la mayor parte de la gente de por aquí eso le basta.

—Puede que le baste a la mayoría, pero a mí no, concejal —le dijo McMurdo a las claras—. Si sabe juzgar a los hombres, se habrá dado cuenta ya de eso.

El gigante moreno se lo quedó mirando, y su zarpa peluda apretó el vaso un momento como si fuera a tirárselo a McMurdo a la cabeza. Entonces, se echó a reír de esa manera suya sonora, escandalosa y falsa.

—Es usted un bicho raro, eso seguro —le dijo—. Bueno, si quiere razones, se las daré. ¿No le habló Morris mal de la logia?

—No.

—¿Ni de mí?

—No.

—Bueno, eso se debe a que no se atreve a confiar en usted. Pero, en el fondo de su corazón, no es un hermano leal. Eso lo sabemos bien. Así que lo vigilamos y esperamos el momento de hacerle una advertencia. Creo que está llegando ese momento. No hay sitio para una oveja sarnosa en nuestro redil. Pero, si mantiene esa relación con un hombre desleal, podríamos llegar a pensar que es usted también desleal. ¿Me sigue?

—No hay ninguna probabilidad de que mantenga esa relación con él, porque no me gusta ese tipo —respondió McMurdo—. Y, sobre lo de ser desleal, si me lo dijera cualquier otro que no fuese usted, no lo haría dos veces.

—Bueno, con eso me basta —dijo McGinty, terminándose el vaso—. He venido a decirle un par de palabras con tiempo, y ya las ha oído.

—Me gustaría saber cómo ha llegado a enterarse de que había hablado con Morris —preguntó McMurdo.

McGinty rió.

—Mi trabajo consiste en saber qué sucede en esta ciudad —le respondió—. Supongo que haría bien en pensar que me entero de todo lo que pasa. Bueno, ya es la hora, y solo le diré...

Pero su despedida quedó interrumpida de una manera totalmente inesperada. La puerta se abrió de golpe con estrépito, y tres rostros ceñudos, vigilantes, los observaron bajo las viseras de las gorras de policía. McMurdo se levantó de un salto, y ya estaba sacando su revólver cuando detuvo el brazo a medio camino: se había percatado de que había dos Winchester encañonándole la cabeza. Un hombre de uniforme entró en la habitación con un revólver de seis disparos en la mano. Era el capitán Marvin, en tiempos policía en Chicago, y ahora del cuerpo de la policía minera. Negaba con la cabeza y miraba a McMurdo con media sonrisa.

—Sabía que se metería en problemas, señor Rufián McMurdo de Chicago —le dijo—. No puede evitarlo, ¿verdad? Coja su sombrero y venga con nosotros.

—Me parece a mí que va a pagar por esto, capitán Marvin —intervino McGinty—. Me gustaría saber quién es usted para irrumpir en una casa de esta manera y molestar a unos hombres honrados y respetuosos de la ley.

—Usted no tiene nada que ver con este caso, concejal McGinty —le contestó el capitán de policía—. No tenemos nada en contra de usted, sino contra el tal McMurdo. Su deber es ayudarnos, no entorpecer nuestra labor.

—Es amigo mío, y respondo de sus actos —dijo el jefe.

—Según dicen, señor McGinty, es posible que tenga que responder por sus propios actos uno de estos días —le contestó el capitán—. Este hombre, McMurdo, ya era un delincuente antes incluso de venir aquí, y sigue siéndolo. Apúntele, agente, mientras lo desarmo.

—Aquí tiene mi revólver —dijo McMurdo fríamente—. Si estuviéramos a solas usted y yo, es posible que no me arrestara con tanta facilidad.

—¿Dónde está la orden de arresto? —preguntó McGinty—. Por Dios bendito,

mientras haya gente como usted dirigiendo la policía, lo mismo da vivir en Rusia que en Vermissa. Es una afrenta capitalista, y me parece a mí que no van a quedar así las cosas.

—Haga lo que considere su deber como mejor pueda, concejal. Nosotros seguiremos adelante con el nuestro.

—¿De qué se me acusa? —preguntó McMurdo.

—De estar implicado en la paliza al buen director Stanger en las oficinas del *Herald*. No fue por falta de ganas que no haya acabado en asesinato.

—Vaya, si eso es todo lo que tienen en su contra —exclamó McGinty riéndose—, pueden ahorrarse un montón de molestias y dejarlo correr. Este hombre estuvo conmigo en mi bar jugando al póquer hasta medianoche, y puedo llevar a una docena de testigos para demostrarlo.

—Eso es asunto suyo, y me imagino que podrá encargarse de ello mañana en el tribunal. Hasta entonces, vámonos, McMurdo, y no se resista si no quiere un escopetazo en la cabeza. Quítese de en medio, señor McGinty, porque le advierto que no tolero ninguna resistencia cuando estoy cumpliendo con mi deber.

El capitán parecía tan decidido que tanto McMurdo como su jefe se vieron obligados a aceptar la situación. Este último se las arregló para intercambiar unos susurros con el detenido antes de que se marcharan.

—¿Qué pasa con...? —Movi6 el pulgar para referirse a las herramientas para falsificar moneda.

—Todo bien —susurr6 McMurdo, que había ideado un escondite seguro bajo el suelo.

—Hasta pronto —le dijo el jefe, estrechándole la mano—. Iré a ver a Reilly, el abogado, y me encargaré de su defensa personalmente. Tiene mi palabra de que no podrán retenerle.

—Yo no apostarí a por ello. Vosotros dos, vigilad al detenido, y disparad si intenta jugároslo. Voy a registrar la casa antes de irme.

Así lo hizo, pero, por lo visto, no encontró ningún indicio de las herramientas escondidas. Cuando bajó, sus hombres y él escoltaron a McMurdo a la comisaría. Anochecía, y soplaba una cortante ventisca, de modo que las calles estaban casi desiertas. Aun así unos pocos ociosos seguían al grupo, y, envalentonados por la falta de visibilidad, imprecaron a gritos al detenido.

—¡Que linchen a ese maldito Merodeador! —exclamaban—. ¡Que lo linchen!

Se rieron y se burlaron cuando lo obligaron a entrar en la comisaría de policía. Tras unas breves preguntas rutinarias del inspector al cargo, lo metieron en una celda común. Allí se encontró con Baldwin y con otros tres criminales de la noche anterior, todos ellos arrestados esa tarde y a la espera de la vista de la mañana siguiente.

Pero el largo brazo de los Hombres Libres podía llegar incluso al interior de ese baluarte de la ley. Avanzada la noche, se acercó un carcelero con una bala de paja para sus catres, de la que extrajo dos botellas de whisky, unos vasos, y un mazo de

cartas. Se pasaron la noche entre risas, sin angustiarse ni por un momento con el juicio de la mañana siguiente.

Tampoco tenían motivo para ello, como demostró el resultado. Al magistrado no le fue posible, dados los testimonios, enviarlos a una instancia superior. Por una parte, los cajistas y periodistas tuvieron que admitir que había poca luz, que estaban muy alterados, y que, aunque creían que los acusados se encontraban entre ellos, les era difícil identificar a los agresores bajo juramento. Cuando el brillante abogado a quien había contratado McGinty los interrogó, ofrecieron un testimonio más confuso todavía.

El herido ya había declarado que lo habían cogido tan de sorpresa, gracias a lo repentino del ataque, que no podía aseverar nada más allá del hecho de que el primero que le había golpeado tenía bigote. Añadió que sabía que eran los Merodeadores, porque nadie más en esa comunidad podía tenerle tanta inquina, y porque llevaban amenazándole mucho tiempo a causa de sus editoriales sin pelos en la lengua.

Por otra parte, quedó claramente probado, gracias al testimonio firme y unánime de seis ciudadanos, entre los que se encontraba el alto cargo municipal, el concejal McGinty, de que aquellos hombres habían estado jugando a las cartas en la sede del sindicato hasta mucho después de que se perpetrara el delito.

No hace falta decir que salieron absueltos con algo muy parecido a una disculpa por parte del tribunal, dados los inconvenientes a los que habían sido sometidos, junto con una reprimenda implícita al capitán Marvin y a la policía por su exceso de celo.

El veredicto fue recibido con un sonoro aplauso en una sala en donde McMurdo vio muchos rostros familiares. Unos hermanos de la logia le sonrieron y le hicieron señas con la mano. Pero había otros que permanecieron con los labios apretados y mirada amenazadora cuando los acusados salieron en fila del banquillo de los acusados. Uno de ellos, un tipo bajo, resuelto, de barba oscura, dijo en alto lo que sus camaradas y él pensaban cuando pasaron a su lado los absueltos.

—¡Malditos asesinos! —dijo—. ¡Ya os ajustaremos las cuentas!

## LA HORA MÁS SOMBRÍA

Si Jack McMurdo hubiese necesitado algún empujón para ser más popular entre sus camaradas, habría bastado con su arresto y su exculpación. Que la noche misma en que se había incorporado a la logia, un hombre hubiese hecho algo que lo había llevado ante un magistrado era un nuevo hito en los anales de la sociedad. Ya se había ganado la reputación de ser un buen compañero de juergas, un tipo alegre, y además con mucho carácter, que no aguantaba que lo ofendiera ni el todopoderoso jefe. Pero, sumado a esto, impresionaba a sus camaradas porque, de entre todos ellos, no había nadie con una mente tan propensa a ingeniar una trama sanguinaria, ni con una mano más capaz de llevarla a término. «Este será el chico de los trabajos limpios», se decían los más viejos unos a otros, y hasta esperaban que pudiera realizar él la tarea.

McGinty tenía ya bastantes efectivos, pero reconocía que ese era sumamente eficaz. Se sentía como si sujetase a un sabueso salvaje con una correa. Tenía perros callejeros para los trabajos menores, pero algún día dejaría suelto a su animal contra alguna presa. Algunos miembros de la logia, Ted Baldwin entre ellos, se sentían molestos por el rápido ascenso del recién llegado y lo odiaban, pero evitaban enfrentarse a él, porque tenía tanta facilidad para reírse como para pelearse.

Pero, si bien se había ganado la simpatía de sus compañeros, había otro frente abierto que se había convertido en más importante para él, en donde la había perdido. El padre de Ettie Shafter no quería saber nada más de él; incluso le había prohibido entrar en la casa. Ettie, en cambio, estaba demasiado enamorada para dejarlo por completo, a pesar de que su sentido común le advirtiese de lo que sucedería si se casaba con un hombre al que consideraban un criminal.

Una mañana, después de pasar la noche en vela, decidió ir a verlo, posiblemente por última vez, para hacer un serio intento de apartarle de esas malas influencias que lo estaban llevando a la perdición. Se fue a su casa, como tantas veces él le había rogado que hiciera, y se introdujo en la habitación que utilizaba como sala de estar. Estaba sentado a la mesa. Le daba la espalda y tenía una carta enfrente. De pronto, le entraron ganas de cometer una travesura infantil; no tenía más que diecinueve años. Él no la había oído al abrir la puerta. Entonces, se acercó de puntillas y puso su mano suavemente sobre los hombros inclinados hacia delante.

Si había pretendido asustarlo, desde luego lo había conseguido, pero a cambio de asustarse ella también. McMurdo se revolvió contra ella saltando como un tigre, y con su mano derecha trató de alcanzarle el cuello. Al mismo tiempo, con la otra mano, arrugó el papel que tenía delante. Se la quedó mirando un momento. Entonces, la sorpresa y la alegría reemplazaron a la ferocidad que había en sus rasgos



convulsos, una ferocidad que hizo que ella retrocediera horrorizada como si nunca antes le hubiese ocurrido en su apacible vida algo semejante.

—¡Eres tú! —exclamó él, enjugándose la frente—. ¡Y pensar que venías a verme, corazón mío, y no se me ocurre nada mejor que tratar de estrangularte! Pero ven, cariño —le dijo, tendiéndole los brazos—, déjame que te resarza.

Sin embargo, ella no se había recuperado de ese repentino atisbo de culpabilidad y miedo que había visto en el rostro de aquel hombre. Todos sus instintos de mujer le decían que no era el simple susto de alguien que se sobresalta. Era culpabilidad, ¡culpabilidad y miedo!

—¿Qué te ha pasado, Jack? —exclamó—. ¿Por qué me asustas de esa manera? Ay, Jack, si tuvieras la conciencia tranquila, no me habrías mirado así.

—No es eso, estaba pensando en otras cosas, y cuando has llegado con esos pasitos tan ligeros de hada que tienes...

—No, no, ha sido por algo más, Jack. —Entonces, se adueñó de ella una sospecha—. Déjame ver esa carta que estabas escribiendo.

—Ay, Ettie, no puedo hacerlo.

Sus sospechas se volvieron certezas.

—¡Es para otra mujer! —exclamó—. ¡Claro! ¿Por qué si no la esconderías? ¿Le estabas escribiendo a tu esposa? ¿Cómo sé yo que no estás casado...? ¡Eres un forastero al que no conoce nadie!

—No estoy casado, Ettie. Escúchame, ¡lo juro! Para mí eres la única mujer que hay sobre la faz de la tierra. ¡Te lo juro sobre la cruz!

Lo dijo tan pálido y con tal vehemencia y seriedad que no pudo sino creer en lo que le decía.

—Bueno, pues entonces —exclamó—, ¿por qué no me enseñas la carta?

—Por una razón, *acushla* —le respondió—: he jurado no enseñársela a nadie, y, al igual que no rompería mi palabra si tú me pidieras que te la diese, mantendré mi promesa a esa persona. Es un asunto de la logia, y es secreto incluso para ti. Y, si me he asustado al sentir una mano, entiende que era por miedo a que fuese la mano de un detective.

Sintió que le estaba diciendo la verdad. La estrechó entre sus brazos y sus besos ahuyentaron sus miedos y sus dudas.

—Así que siéntate aquí a mi lado. Es un trono algo extraño para una reina como tú, pero es lo mejor que tu pobre amante ha podido encontrar. Creo que uno de estos días encontrará algo mejor para ti. ¿Estás ya más tranquila?

—¿Cómo puedo estar tranquila, Jack, si sé que eres un criminal que se rodea de otros criminales, si sé que cualquier día volverás a estar ante un juez por asesinato? «McMurdo el Merodeador», así te llamaron nuestros inquilinos ayer. Me traspasó el corazón como un cuchillo.

—Bueno, a palabras necias, oídos sordos.

—Pero son verdad.

—Bueno, cariño, no es tan malo como piensas. No somos más que unos pobres hombres que tratan de abrirse camino con sus propias reglas.

Ettie rodeó el cuello de su novio con los brazos.

—¡Déjalo, Jack! Por mí, por Dios, ¡déjalo! He venido aquí para pedirte. Ay, Jack, mira... ¡te lo pido de rodillas! ¡Me arrodillo aquí mismo delante de ti para suplicarte que lo dejes!

Él la levantó del suelo y la calmó apoyando la cabeza de Ettie contra su pecho.

—Pero, cariño, no sabes lo que me estás pidiendo. ¿Cómo voy a dejarlo y romper mi juramento y abandonar a mis camaradas? Si supieras cómo me van las cosas, nunca me lo pedirías. Además, aunque quisiera, ¿cómo lo haría? ¿No creerás que la logia deja que uno se vaya libremente con todos sus secretos?

—He estado pensando en ello, Jack. Lo he planeado todo. Mi padre tiene algo de dinero ahorrado. Se ha cansado de vivir aquí, en este sitio y con esa gente que nos hace la vida imposible. Está dispuesto a irse. Podríamos huir juntos a Filadelfia o a Nueva York, a algún lugar donde estuviéramos seguros.

McMurdo se echó a reír.

—El brazo de la logia es alargado. ¿Crees que no podría llegar hasta Filadelfia o Nueva York?

—Bueno, pues entonces, al oeste o a Inglaterra, o a la tierra de mi padre, a Alemania... ¡a cualquier sitio lejos de este valle del miedo!

McMurdo se acordó del hermano Morris.

—Vaya, es la segunda vez que oigo que lo llaman así —dijo—. Pues sí que parece que esa sombra os agobia a algunos.

—Ensombrece cada instante de nuestras vidas. ¿Crees que Ted Baldwin se ha olvidado de nosotros ni por un instante? Si no fuera porque te tiene miedo, ¿crees que tendríamos alguna posibilidad? ¡No hay más que ver con qué avidez me miran esos ojos sombríos cada vez que se cruza conmigo!

—¡Como le pille mirándote así, le voy a enseñar buenos modales! Pero mira, pequeña, es que no puedo marcharme. No puedo... acéptalo de una vez por todas. Pero, si me dejas hacerlo a mi manera, intentaré buscar una salida honorable.

—No hay honor en una cosa así.

—Bueno, bueno, así es como lo ves tú. Pero, si me das seis meses, me las arreglaré para poder dejarlo sin avergonzarme al mirar a los otros a la cara.

La chica se echó a reír de la alegría.

—¡Seis meses! —exclamó—. ¿Es una promesa?

—Bueno, tal vez sean siete u ocho. Pero, en un año, a más tardar, habremos dejado atrás este valle.

Eso fue lo máximo que Ettie pudo conseguir, pero algo era. Tenía esa luz lejana para iluminar las sombras del futuro inmediato. Regresó a casa de su padre de mejor humor de lo que había estado desde que Jack McMurdo había llegado a su vida.

Se hubiese podido pensar que, como miembro, le contarían todos los tejemanejes

de la organización, pero McMurdo pronto descubrió que era una sociedad más extensa y más compleja que la mera logia. Incluso el jefe McGinty ignoraba muchos asuntos, puesto que tenía un superior, el delegado del condado, que vivía en Hobson's Patch, a poca distancia de allí en ferrocarril. Aquel delegado tenía poder sobre varias logias diferentes, que administraba de manera arbitraria e impredecible. McMurdo solo lo había visto una vez: un hombrecillo astuto con un pelo gris como el de las ratas, andar sigiloso y una mirada de soslayo que estaba llena de malicia. Se llamaba Evans Pott, e incluso el gran jefe de Vermissa sentía hacia él algo semejante a la repulsión y al miedo que debía de experimentar el gigantesco Danton ante el esmirriado, pero peligroso Robespierre.

Un día, Scanlan, que compartía casa de huéspedes con McMurdo, recibió una nota de McGinty en la que se adjuntaba otra de Evans Pott. En ella le informaba de que iba a enviarle a dos hombres de fiar, Lawler y Andrews, que tenían instrucciones que ejecutar en los alrededores, aunque era mejor para la causa no darle detalles relacionados con sus fines. ¿Tendría el Gran Maestro la amabilidad de disponer lo necesario para su alojamiento y comodidad hasta que cumplieran con su cometido? McGinty añadía que era imposible alojar a nadie en secreto en la sede del sindicato y que, por esa razón, le estaría muy agradecido a McMurdo y a Scanlan si alojasen a los desconocidos durante unos días en la pensión.

Esa misma tarde llegaron los dos hombres, cada uno con una bolsa de viaje. Lawler era un hombre mayor, taimado, silencioso y discreto. Una vieja levita negra con un sombrero blando de fieltro y una barba entrecana descuidada le daban un aire de predicador ambulante. Su compañero, Andrews, era poco más que un crío, de rostro sincero y alegre, y actuaba de manera despreocupada como si hubiese ido de vacaciones y tuviera intención de disfrutar de cada minuto de ellas. Ambos eran completamente abstemios, y se comportaban en todos los aspectos como miembros ejemplares de la sociedad, con la única salvedad de que eran asesinos que a menudo habían demostrado ser herramientas muy eficaces de esa asociación de criminales. Lawler había llevado a cabo ya catorce encargos de esa clase; y Andrews, tres.

Como McMurdo descubrió, no se hacían de rogar a la hora de charlar acerca de sus crímenes del pasado, que contaban con el orgullo algo tímido de quien ha realizado un servicio beneficioso y desinteresado por la comunidad. Sin embargo, se mostraban reticentes en lo que se refería al trabajo que se traían entre manos.

—Nos escogieron porque ni este chico ni yo bebemos —les explicó Lawler—. Pueden contar con que no vamos a decir nada comprometido. No se lo tome a mal, pero obedecemos órdenes del delegado del condado.

—Claro, somos todos del mismo bando —dijo Scanlan, el compañero de McMurdo, cuando se sentaron los cuatro a cenar.

—Eso es muy cierto, y hablaremos hasta que las ranas críen pelo de la muerte de

Charlie Williams o de la de Simon Bird, o de cualquier otro trabajo del pasado. Pero, hasta que no hacemos el trabajo, no decimos nada de él.

—Hay media docena de tipos por aquí con los que tendría un par de palabras —dijo McMurdo con un insulto—. Me imagino que no irán tras Jack Knox de Ironhill. Me encantaría ver cómo le dan su merecido.

—No, todavía no.

—¿Ni tras Herman Strauss?

—No, tras él tampoco.

—Bueno, si no quieren contárnoslo, no podemos obligarles, pero me gustaría saberlo.

Lawler sonrió y negó con la cabeza. No iba a soltar prenda.

A pesar de las reticencias de sus invitados, Scanlan y McMurdo habían decidido asistir a lo que llamaron «la diversión». Por tanto, cuando una mañana de madrugada los oyó bajar a hurtadillas por la escalera, este despertó a Scanlan, y ambos se vistieron a toda prisa. Una vez vestidos, descubrieron que ya se habían marchado y que se habían dejado la puerta abierta al salir. Todavía no había amanecido, y gracias a la luz de las farolas lograron ver a ambos hombres a alguna distancia calle abajo. Los siguieron con cuidado, pisando sin hacer ruido en la nieve más espesa.

La casa de huéspedes se encontraba en las afueras de la ciudad, y llegaron pronto al cruce de caminos que hay más allá de sus límites. Allí había tres hombres esperando, con quienes Lawler y Andrews mantuvieron una conversación breve e impaciente. Luego se fueron todos juntos. Era evidente que se trataba de un trabajo importante que requería varios efectivos. En ese punto había varios caminos que conducían a distintas minas. Los forasteros se metieron por el que llevaba a Crow Hill, una enorme empresa que era dirigida con mano firme por un director de Nueva Inglaterra enérgico y sin miedo, Josiah H. Dunn, quien había logrado mantener algo de orden y disciplina en aquel reinado del terror.

Empezaba a despuntar el día, y una fila de obreros, solos o en grupos, avanzaba lentamente por el camino ennegrecido.

McMurdo y Scanlan se unieron a ellos sin perder de vista a los hombres a los que estaban siguiendo. Los envolvía una densa niebla, y del centro de la misma se oyó un repentino silbato de vapor. Indicaba que quedaban diez minutos para que bajaran los elevadores y empezara la jornada de trabajo.

Cuando llegaron a la explanada que había en torno al pozo de la mina, había cien mineros esperando, pateando el suelo y echándose el aliento en los dedos, porque hacía un frío insoportable. Los forasteros se quedaron entre un pequeño grupo a la sombra del edificio de la máquina de bombeo. Scanlan y McMurdo se subieron a un montón de escoria desde el que se dominaba toda la escena. Vieron cómo salía del edificio el ingeniero de la mina, un escocés grande y con barba llamado Menzies, y tocaba el silbato para que bajaran los elevadores.

En ese mismo instante, un hombre joven, alto y desgarrado, bien afeitado y de

cara seria, avanzó con impaciencia hacia el castillete del pozo. Al acercarse, sus ojos se detuvieron en el grupo silencioso e inmóvil que había junto al edificio. Los hombres se calaron los sombreros y levantaron el cuello de sus abrigos para ocultar sus rostros. Durante un instante, el director presintió en su corazón la fría mano de la Muerte. Al siguiente, lo había ahuyentado y no pensaba más que en cumplir su deber ante unos intrusos.

—¿Quiénes sois? —les preguntó dirigiéndose hacia ellos—. ¿Qué hacéis dando vueltas por aquí?

No obtuvo respuesta; por el contrario el joven Andrews avanzó unos pasos hacia él y le disparó en el estómago. Los cien mineros que estaban esperando permanecieron inmóviles, impotentes, como si se hubiesen quedado petrificados. El director se llevó las dos manos a la herida y se dobló de dolor. Entonces, cuando se iba de allí tambaleándose, abrió fuego otro de los asesinos y el hombre cayó de costado al suelo, dando patadas y hundiendo las manos en un montón de escoria de carbón. Menzies, el escocés, dejó escapar un bramido de rabia al verlo y corrió con una llave inglesa de hierro hacia los asesinos, pero recibió dos balazos en la cara que le hicieron desplomarse sin vida a sus pies.

Algunos de los mineros se lanzaron hacia ellos, y se oyó un grito sordo de compasión y de ira, pero dos de los desconocidos descargaron sus revólveres hacia los que encabezaban la multitud, y se separaron y se desperdigaron. Algunos de ellos corrieron aterrorizados de regreso a sus casas, en Vermissa. Cuando algunos de los más valientes se reagruparon, y dieron media vuelta hacia la mina, la banda de asesinos había desaparecido en la niebla de la mañana, sin un solo testigo capaz de testificar contra esos hombres que habían perpetrado delante de cien espectadores un doble crimen.

Scanlan y McMurdo regresaron por donde habían venido. Scanlan, un poco desanimado, porque era el primer asesinato que veía con sus propios ojos, y le había parecido menos divertido de lo que se había imaginado. Los gritos estremecedores de la mujer del director de la mina les persiguieron mientras apretaban el paso hacia la ciudad. McMurdo estaba ensimismado y silencioso, pero no mostró ninguna simpatía por la debilidad de su acompañante.

—Mira, es como en una guerra —le repetía—. ¿Qué es si no una guerra entre ellos y nosotros? Les devolvemos los golpes como mejor podemos.

Esa noche se celebró una juerga por todo lo alto en la sala de la logia que había en la sede sindical, no solo por el asesinato del director y del ingeniero de la mina de Crow Hill, lo que conllevaría que esa empresa se uniera a las otras compañías chantajeadas y aterrorizadas, sino también por otro triunfo que había conseguido la propia logia lejos de allí. Al parecer, cuando el delegado del condado había enviado a cinco hombres de fiar para dar el golpe de Vermissa, había solicitado a cambio tres

hermanos de esta logia que fueron elegidos en secreto y enviados para matar a William Hales, de Stake Royal. Era uno de los propietarios de minas más conocidos y queridos del distrito de Gilmerton, y un hombre del que nadie habría dicho que tenía enemigo alguno en este mundo, puesto que era, en todos los aspectos, un modelo como jefe. Sin embargo, se había empeñado en la eficacia laboral, y, por esa razón, había despedido a ciertos borrachos y holgazanes que eran miembros de la todopoderosa organización. Las advertencias con ataúdes colgadas en su puerta no le habían hecho reconsiderar su decisión, y por ello se vio condenado a muerte en un país libre y civilizado.

La ejecución ya había sido llevada a cabo en su debida forma. Ted Baldwin, repantingado en el sitio de honor junto al Gran Maestro, había sido el cabecilla de la expedición. El rostro acalorado y los ojos brillantes y enrojecidos dejaban constancia de una noche de insomnio y alcohol. Sus dos camaradas y él habían pasado la noche anterior en las montañas. Estaban despeinados y con la ropa arrugada por la lluvia. Pero pocos héroes, a su regreso de una acción desesperada, habrían recibido una bienvenida más cálida de sus compañeros.

Contaron la historia una y otra vez entre carcajadas y gritos de alegría. Habían estado esperando a que su víctima regresara a casa al anochecer, apostándose en lo alto de una pendiente por donde su caballo aminoraba el paso. Iba tan abrigado para entrar en calor que no pudo llevar la mano a la pistola. Le habían tirado del caballo y le habían disparado repetidas veces. Había gritado pidiendo clemencia. Imitaban los chillidos para diversión de la logia.

—Vuelvan a imitar sus alaridos —les pedían a gritos.

Ninguno de ellos conocía a ese hombre, pero en cada asesinato siempre se percibía la misma tensión, y les habían demostrado a los Merodeadores de Gilmerton que los hombres de Vermissa eran gente de fiar.

Habían sufrido un contratiempo, porque, mientras seguían descargando sus revólveres en el cuerpo silencioso, un hombre y su esposa aparecieron por el lugar. Alguien sugirió que los mataran a tiros, pero era gente indefensa sin relación alguna con las minas, así que les ordenaron que siguieran su camino y que mantuvieran la boca cerrada, no fuera que les ocurriese a ellos algo peor. Y, de ese modo, dejaron el cuerpo manchado de sangre como advertencia a todos los jefes insensibles como él, y los tres nobles vengadores habían salido corriendo hacia las montañas, donde la naturaleza salvaje llega hasta los hornos y los escoriales. Y ahí estaban, sanos y salvos, con un trabajo bien hecho, y los aplausos de sus compañeros resonando en sus oídos.

Había sido un gran día para los Merodeadores. La sombra que se cernía sobre el valle se había oscurecido aún más. Pero, al igual que el general prudente escoge el momento de la victoria y redobla sus esfuerzos para que sus enemigos no tengan tiempo para rehacerse después del desastre, el jefe McGinty, tras estudiar su teatro de operaciones con sus ojos siniestros y malévolos, había ideado un nuevo ataque contra

aqueellos que se oponían a él. Esa misma noche, cuando los reunidos medio borrachos se separaban ya, tocó a McMurdo en el brazo y se lo llevó aparte, a aquella habitación donde habían mantenido su primera entrevista.

—Mire, muchacho —le dijo—, por fin tengo un trabajo digno de usted. Será el responsable de todo.

—Es todo un orgullo —respondió McMurdo.

—Puede llevarse a dos hombres con usted: Manders y Reilly. Ya les han avisado de que están de servicio. Nunca estaremos tranquilos en este distrito hasta que pongamos a Chester Wilcox donde le corresponde. Todas las logias de las minas del carbón se lo agradecerán si consigue acabar con él.

—Lo haré lo mejor que pueda, no le quepa duda. ¿De quién se trata y dónde puedo encontrarlo?

McGinty se quitó su perpetuo cigarro, a medias masticado y a medias fumado, de la comisura de la boca, y empezó a dibujar un croquis tosco en una hoja arrancada de su libreta.

—Es el capataz en jefe de la compañía Iron Dike. Es un hombre duro, un sargento veterano de guerra, lleno de cicatrices, y de pelo entrecano. Llevamos dos intentos, pero no tenemos suerte, y Jim Carnaway perdió su vida en uno. Ahora le corresponde a usted encargarse de él. Esto es la casa... muy solitaria, en el cruce de la Iron Dike, como ve en el mapa... sin ninguna otra desde la que puedan oírle. Por el día, no es una buena opción. Está armado y dispara rápido y con puntería, sin pararse a preguntar. Pero, por la noche... bueno, está con su mujer, tres niños y una sirvienta. No se puede poner a hacer distinciones. O todos o ninguno. Si pudiera poner un saco de pólvora en la puerta de la entrada con una mecha lenta...

—Y ¿qué ha hecho?

—¿No le he dicho que disparó a Jim Carnaway?

—¿Por qué le disparó?

—Pero ¿qué demonios tiene eso que ver con usted? Carnaway estaba en casa de ese tipo por la noche y él le disparó. Con eso nos basta a usted y a mí. Tiene que solucionar esto.

—Están también las dos mujeres, y los niños. ¿Volarán con él?

—Tendrán que hacerlo... o, si no, ¿cómo vamos a cogerle?

—Me resulta duro matarlos, no han hecho nada.

—Pero ¿qué clase de tonterías está diciendo? ¿Se está rajando?

—¡Tranquilo, concejal, tranquilo! ¿Qué he dicho o hecho alguna vez que le haga pensar que no ejecutaría una orden del Gran Maestro de mi logia? Esté bien o esté mal, es decisión suya.

—Entonces, ¿lo hará?

—Por supuesto que lo haré.

—¿Cuándo?

—Pues lo mejor sería que me diese un par de noches para que vea la casa y haga

mis planes. Entonces...

—Muy bien —dijo McGinty, estrechándole la mano—. Lo dejo a su cargo. Qué gran día cuando nos informe de ello. Este último golpe los pondrá a todos de rodillas.

McMurdo estuvo pensando larga y detenidamente en la misión que habían puesto en sus manos. La aislada casa donde vivía Chester Wilcox se encontraba a unas cinco millas, en un valle colindante. Esa misma noche salió a solas para preparar el atentado. Se hizo de día antes de que volviera de su reconocimiento. Al día siguiente, estuvo charlando con sus dos subordinados, Manders y Reilly, unos jóvenes inconscientes que estaban tan entusiasmados que parecía que iban a cazar ciervos.

Dos noches más tarde, se reunieron a las afueras de la ciudad. Los tres llevaban armas y uno de ellos cargaba con un saco lleno de pólvora de la que se utilizaba en las canteras. Llegaron a la casa solitaria después de las dos de la madrugada. Aquella noche hacía viento, y las nubes desgarradas cruzaban a la deriva ante la luna menguante. Les habían advertido de que tenían perros, así que avanzaron cuidadosamente, con las pistolas amartilladas en la mano. Pero no se oía más ruido que el aullido del viento, ni se veía movimiento alguno que no fuera el vaivén de las ramas sobre sus cabezas.

McMurdo puso el oído contra la puerta de la casa solitaria, pero en su interior solo se oía el silencio. Entonces apoyó el saco de pólvora contra ella, abrió un agujero en él con una navaja y fijó la mecha. Cuando prendió, sus dos compañeros y él echaron a correr. Estaban a cierta distancia, a salvo en una zanja que les sirvió de refugio, cuando oyeron el bramido devastador de la explosión y el estruendo grave y sordo del edificio al desmoronarse. Eso les indicó que habían concluido el trabajo. No se había llevado a cabo un trabajo más limpio en los sangrientos anales de la organización.

Pero, por desgracia, aquel trabajo tan bien organizado y ejecutado con tanta audacia no serviría para nada. Alertado por el destino de las diversas víctimas, y sabedor de que lo tenían marcado, Chester Wilcox se había mudado con su familia el día anterior a una residencia más segura y menos conocida en donde velaría por ellos una escolta policial. La pólvora había destrozado una casa vacía, y el adusto sargento veterano de guerra les seguía inculcando disciplina a los mineros de Iron Dike.

—Déjenmelo a mí —dijo MacMurdo—. Es mío, y acabaré con él aunque tarde un año en hacerlo.

Toda la logia le dio un voto de confianza y agradecimiento, y así se cerró por el momento aquel asunto. Cuando pocas semanas más tarde, informaron en los periódicos de que habían disparado a Wilcox en una emboscada, fue un secreto a voces que McMurdo seguía atareado con aquel trabajo suyo por terminar.

Esos eran los métodos de la sociedad de los Hombres Libres, y esos eran los crímenes gracias a los cuales los Merodeadores extendían su gobierno del miedo



sobre aquel distrito rico y próspero al que, durante tanto tiempo, habían martirizado con su terrible presencia. ¿Para qué manchar más páginas con sus crímenes? ¿No he dicho bastante para presentar a esos hombres y sus métodos?

Sus crímenes forman parte de la historia, y los detalles sobre ellos se pueden leer en los archivos. Allí uno puede enterarse de la muerte a tiros de los policías Hunt y Evans por haberse atrevido a arrestar a dos miembros de la organización —un doble asesinato planeado en la logia de Vermissa y llevado a cabo a sangre fría contra dos hombres desarmados e indefensos—. También se puede leer acerca de los disparos a la señora Larbey cuando estaba cuidando de su marido, a quien habían apaleado a su vez, hasta casi matarlo, por orden del jefe McGinty. El asesinato del mayor de los Jenkins, seguido poco después por el de su hermano, la mutilación de James Murdoch, la voladura de la familia Staphouse, y el asesinato de los Stendal se sucedieron uno tras otro en aquel terrible invierno.

Aquella sombra se alargaba lúgubrementemente sobre el valle del miedo. La primavera llegó con arroyos inquietos y árboles en flor. Se renovó la esperanza para toda la naturaleza, tanto tiempo sujeta por una mano de hierro. Pero, para los hombres y mujeres que vivían bajo el yugo del terror, no había esperanza en ningún lugar. Nunca se cernió una nube tan oscura y desesperada sobre ellos como la de comienzos del verano del año 1875.

## PELIGRO

El reino del terror se encontraba en su punto culminante. McMurdo, quien ya había sido nombrado diácono de la orden, con muchas posibilidades de suceder a McGinty como Gran Maestro algún día, se había vuelto tan necesario en las asambleas de sus camaradas que no se daba un paso sin su ayuda y consejo. Sin embargo, cuanto más apreciado era entre los Hombres Libres, más sombríos eran los rostros de la gente al verlo pasar por las calles de Vermissa. A pesar del terror que sentían, los ciudadanos se estaban armando de valor y se organizaban contra sus opresores. A oídos de la logia había llegado que se mantenían reuniones secretas en las oficinas del *Herald* y que se distribuían armas de fuego entre las personas decentes. Pero a McGinty y a sus hombres no les preocupaban esos informes. Eran numerosos, decididos, y estaban bien armados. Sus contrincantes estaban desunidos y eran débiles. Todo acabaría, como ya había sucedido en el pasado, en una cháchara inútil y, posiblemente, con algunas detenciones infructuosas. Eso decían McGinty, McMurdo y los más valientes de todos ellos.

Fue un sábado por la tarde del mes de mayo. El sábado por la noche se reunía siempre la logia, y McMurdo estaba saliendo de su casa para ir a la reunión cuando Morris, el hermano más apocado de la orden, apareció de visita. Tenía el ceño arrugado de preocupación y su rostro amigable se veía demacrado y ojeroso.

—¿Puedo hablarle con franqueza, señor McMurdo?

—Claro.

—No se me olvida que una vez le hablé de corazón y que se guardó lo que le dije, aun cuando el propio jefe le preguntó sobre ello.

—¿Y qué otra cosa podía hacer si había confiado en mí? No fue porque estuviera de acuerdo con lo me dijo.

—Eso lo sé bien. Pero usted es el único a quien puedo dirigirme sin peligro. Tengo un secreto aquí —se llevó la mano al pecho— que me está carcomiendo. Ojalá lo hubiese recibido alguno de ustedes en vez de yo mismo. Si lo cuento, supondrá un asesinato, sin duda alguna. Si no, puede que llegue nuestro fin. Que Dios me ayude, pero ¡ya no puedo más!

McMurdo miró a aquel hombre muy serio. Este temblaba como una hoja. Le sirvió un poco de whisky y se lo tendió.

—Este es el remedio para los tipos como usted —le dijo—. Ahora, cuéntemelo.

Morris dio un trago y su rostro adquirió algo de color.

—Puedo resumírselo todo en una sola frase: nos sigue la pista un detective —afirmó.

McMurdo se quedó mirándolo atónito.

—Pero, hombre, usted está loco —le soltó—. Este sitio está lleno de policía y de detectives y ¿qué mal nos han hecho?

—No, no, no es un hombre de la zona. Como usted dice, los conocemos a todos, y poco hay que puedan hacer. Pero ¿ha oído hablar de la Pinkerton?

—He leído algo sobre una agencia con ese nombre.

—Bueno, pues puede creerme: no hay escapatoria para el hombre al que le siguen la pista. No es un organismo del gobierno de esos que abandonan a las primeras de cambio. Es una empresa mortalmente seria en busca de resultados y que persevera hasta que los consigue por las buenas o por las malas. Si hay un hombre de la Pinkerton metido en el caso, podemos darnos por perdidos.

—Hay que matarlo.

—Ah, ¡conque esa es la primera idea que le viene a la mente! Y eso es lo que pensarán en la logia. ¿No le decía yo que acabaría en asesinato?

—¿Y qué? ¿Otro asesinato más? ¿No es algo de lo más común y corriente por aquí?

—Por supuesto que lo es. Pero yo no soy quién para apuntar con el dedo al hombre al que hay que asesinar. No volvería a dormir tranquilo. Sin embargo, están en juego nuestras propias cabezas. En el nombre de Dios, ¿qué puedo hacer?

Se revolvía en su asiento angustiado por la indecisión.

Pero sus palabras habían impresionado profundamente a McMurdo. Era evidente que compartía la opinión de su interlocutor en lo referente al peligro y a la necesidad de hacerse cargo de ello. Agarró el hombro de Morris y lo sacudió con vehemencia.

—Vamos, hombre —exclamó casi chillando sus palabras por el nerviosismo—, no sacaré nada sentándose a quejarse como una vieja en el velatorio de su esposo. Deme los datos. ¿Quién es el tipo? ¿Dónde está? ¿Cómo se ha enterado usted? ¿Por qué ha acudido a mí?

—He acudido a usted porque es el único hombre que podía aconsejarme. Ya le dije que tenía una tienda en el este antes de venir aquí. Allí dejé buenos amigos y uno de ellos trabaja en la oficina de telégrafos. Aquí tengo una carta suya que recibí ayer. Está en esta parte de la hoja, arriba. Puede leerla usted mismo.

Esto fue lo que leyó McMurdo:

¿Cómo sigue el tema de los Merodeadores por allí? Aquí se lee mucho sobre ellos en los periódicos. Que quede entre nosotros: espero noticias tuyas dentro poco. Cinco grandes empresas y las dos compañías de ferrocarril se están ocupando del asunto con gran interés. Van en serio, y puedes apostar a que lo conseguirán. Llegarán hasta el fondo. Pinkerton ha aceptado trabajar para ellos y tienen en ello a su mejor hombre, Edwards el Pájaro. Hay que pararlo ahora mismo.

—Ahora lea la posdata.

Por supuesto, lo que te comento es algo de lo que me he enterado en el trabajo, así que no sé nada

más. Es un código secreto fuera de lo común, podrías pasarte todo el día y no sacarías nada en claro.

McMurdo permaneció callado durante un rato con la carta colgando de sus manos. La niebla se había levantado un momento y aparecía un abismo ante él.

—¿Lo sabe alguien más? —preguntó.

—No se lo he contado a nadie más.

—Pero este hombre, su amigo, ¿conoce a alguna otra persona a la que le haya podido escribir sobre ello?

—Bueno, supongo que a un par más.

—¿De la logia?

—Es bastante probable.

—Se lo preguntaba porque es probable que les haya dado alguna descripción de ese tal Edwards el Pájaro... de ese modo podríamos seguirle el rastro.

—Bueno, es posible. Pero no creo que lo conozca. Lo único que hace es contarme las noticias que tiene gracias a su trabajo. ¿Cómo iba a conocer a ese hombre de la Pinkerton?

McMurdo dio un brusco respingo.

—¡Dios mío! —exclamó—. Ya lo tengo. Pero qué tonto he sido, mira que no adivinarlo. ¡Señor! Pero ¡estamos de suerte! Vamos a ajustarle las cuentas antes de que pueda hacernos ningún daño. Oiga, Morris, ¿va a dejar este asunto en mis manos?

—Claro, siempre que me lo quite de las mías.

—Eso voy a hacer. Vuélvase tranquilo a casa y deje que me encargue. Ni siquiera hace falta que mencione su nombre. Me haré cargo de todo como si me hubieran enviado la carta a mí. ¿Le basta con eso?

—Eso es precisamente lo que iba a pedirle.

—Entonces quedamos en eso y punto en boca. Ahora me iré a la logia y pronto haremos que ese buen hombre de Pinkerton se lamente de haber venido.

—No irá a matar a ese hombre.

—Cuanto menos sepa, amigo Morris, más tranquila tendrá la conciencia y mejor dormirá. No haga preguntas y deje que las cosas vuelvan a su cauce. Ahora es asunto mío.

Morris iba negando con la cabeza tristemente cuando se marchaba.

—Me siento como si me hubiera manchado las manos con su sangre —suspiró.

—En cualquier caso, la defensa propia no es asesinato —dijo McMurdo con una sonrisa forzada—. O él o nosotros. Supongo que este hombre acabaría machacándonos a todos si le dejáramos más tiempo en el valle. Vaya, hermano Morris, todavía tendremos que elegirle Gran Maestro, sin duda ha salvado usted la logia.

A pesar de su tono, era evidente, por su manera de actuar, que ese nuevo obstáculo le parecía más serio de lo que reflejaban sus palabras. Quizá fuera porque

le remordiese la conciencia; quizá por la reputación de la organización Pinkerton; quizá por haberse enterado de que esas empresas grandes y ricas se habían impuesto la tarea de quitar de en medio a los Merodeadores; pero, fuera cual fuese el motivo, actuaba como si se preparase para lo peor. Destruyó todos los documentos que lo incriminaran antes de salir de la casa. Cuando terminó, dejó escapar un largo suspiro de alivio; tenía la sensación de que ahora se encontraba a salvo. Sin embargo, debía de seguir sintiendo algún peligro, porque, de camino a la logia, se detuvo en la casa del viejo Shafter. Le habían prohibido entrar en la casa, pero llamó a la ventana y Ettie salió a verlo. Los ojos de su novio habían perdido toda su picardía irlandesa. Vio por su rostro que corría peligro.

—¡Algo ha pasado! —exclamó—. Ay, Jack, ¡estás en peligro!

—Puede, pero no es tan grave, cariño. Sin embargo, será mejor que nos marchemos antes de que vaya a peor.

—¿Marcharnos?

—Una vez te prometí que algún día nos iríamos. Creo que ha llegado el momento. Me han dado ciertas noticias esta noche, malas, y presiento que se avecinan problemas.

—¿La policía?

—Bueno, un Pinkerton. Pero, claro, seguramente no sepas qué es eso, *acushla*, ni lo que significa para tipos como yo. Estoy muy metido en esta historia, y puede que tenga que irme en breve. Dijiste que te vendrías conmigo si me iba.

—Ay, Jack, ¡eso sería tu salvación!

—Para algunas cosas, soy un hombre de fiar, Ettie. No tocaría ni un pelo de tu linda cabecita ni por todo el oro del mundo, ni te bajaría ni una pizca del trono dorado en el que te tengo desde siempre por encima de las nubes. ¿Confiarás en mí?

Ettie puso la mano en la suya sin decir nada.

—Bueno, pues entonces, escucha lo que te voy a decir, y haz lo que te ordene, porque, de verdad, es la única forma de hacerlo. Van a pasar cosas en este valle. Lo noto en los huesos. Puede que muchos de nosotros tengamos que arreglárnoslas solos. En cualquier caso, yo soy uno de los que tendrán que hacerlo. Si me voy, ya sea de día o de noche, deberás venir conmigo.

—Iré a buscarte, Jack.

—No, no, vendrás conmigo. Si se me cierran las puertas de este valle y no puedo volver nunca más, ¿cómo voy a dejarte atrás si tengo que esconderme de la policía y no puedo mandarte ni un mensaje? Debes venirte conmigo. Allí de donde vengo, conozco a una buena mujer y te dejaría con ella hasta que podamos casarnos. ¿Vendrás?

—Sí, Jack, iré.

—¡Dios te bendiga por confiar así en mí! Sería peor que un demonio si abusara de ello. Bueno, Ettie, ahora presta atención: no te llegará más que una palabra, y, cuando la recibas, tendrás que dejarlo todo e ir directamente al vestíbulo de la estación y te

quedarás allí hasta que vaya por ti.

—De día o de noche, iré en cuanto me digas, Jack.

Algo más tranquilo ahora que había comenzado con los preparativos de su huida, McMurdo siguió su camino hacia la logia. Ya se encontraban reunidos, y solo tras una complicada serie de señas y contraseñas el guarda exterior y el guarda interior, que volvió a bajar la teja que le servía de mirilla, lo dejaron entrar. Al verlo, fue recibido con un murmullo de satisfacción y de bienvenida. La alargada habitación estaba repleta, y, a través de la neblina del humo del tabaco, reconoció la melena negra y revuelta del Gran Maestro, el rostro cruel y antipático de Baldwin, la cara de buitre de Harraway, el secretario, y a una docena más de los dignatarios de la logia. Se puso de buen humor al ver que estaban todos allí para compartir sus noticias.

—La verdad, nos alegramos de verle, hermano —exclamó el que presidía la asamblea—. Tenemos entre manos un asunto que requiere de un juicio salomónico que lo encarrile.

—Se trata de Lander y de Egan —le explicó el de al lado al sentarse—. Ambos reclaman la prima que daba la logia por eliminar al viejo Crabbe en Stylestown, pero ¿quién sabe quién disparó la bala?

McMurdo se puso en pie y levantó la mano. La expresión de su rostro acaparó la atención de los asistentes. Se hizo un silencio sepulcral de expectación.

—Respetable Gran Maestro —dijo con solemnidad—, reclamo su atención con carácter urgente.

—El hermano McMurdo reclama nuestra atención con carácter urgente —repitió McGinty—. Según las normas de la logia, esa reclamación es prioritaria. Bien, hermano, le estamos esperando.

McMurdo sacó la carta de su bolsillo.

—Respetable Gran Maestro y hermanos —dijo—, hoy traigo hasta vosotros malas noticias, pero mejor es que las conozcáis y las discutamos en lugar de sufrir un ataque sin previo aviso que acabaría con todos nosotros. Me han informado de que las organizaciones más poderosas y acaudaladas de este estado se han aliado para destruirnos y que, ahora mismo, hay un detective de la agencia Pinkerton, un tal Edwards el Pájaro, que trabaja en el valle reuniendo pruebas que quizá pongan una soga alrededor del cuello de muchos de nosotros, y que enviarían a todos los hombres de esta sala a una celda. Esa es la situación que hay que discutir y por la que he reclamado intervenir con carácter urgente.

Había un silencio absoluto en la sala. Lo rompió el presidente de la asamblea.

—¿Qué pruebas tiene de ello, hermano McMurdo? —preguntó.

—Se encuentran en esta carta que me han hecho llegar —respondió McMurdo y leyó el fragmento en voz alta—. Por una cuestión de honor, no puedo proporcionarles más detalles acerca de la carta, ni dejarla en sus manos, pero les aseguro que no hay

nada más en ella que atañe a los intereses de la logia. Les he expuesto el caso como me lo han dado a conocer.

—Permítame decir, señor presidente —intervino uno de los hermanos de edad más avanzada—, que he oído hablar de Edwards el Pájaro, y que tiene reputación de ser el mejor hombre de la agencia Pinkerton.

—¿Alguien lo conoce de vista? —preguntó McGinty.

—Sí —dijo McMurdo—, yo.

Un murmullo de estupefacción recorrió la sala.

—Creo que lo tenemos al alcance de la mano —prosiguió con una sonrisa exultante en la cara—. Si actuamos con rapidez y discreción, podemos atajar esto de raíz. Con su confianza y su ayuda, no debemos temernos gran cosa.

—De todas maneras, ¿qué miedo puede haber? ¿Qué puede saber él de nuestros negocios?

—Eso podría afirmarlo si todos fueran tan íntegros como usted, concejal. Pero este hombre tiene el apoyo de todo el dineral de los capitalistas. ¿Cree que en nuestras logias no hay un hermano más débil que usted que no pueda ser comprado? Se enterará de todos nuestros secretos, puede que ya se haya enterado. Solo nos queda un remedio eficaz.

—Que no salga nunca del valle —intervino Baldwin.

McMurdo asintió.

—Bien dicho, hermano Baldwin —prosiguió—. Usted y yo hemos tenido nuestras diferencias, pero esta noche ha acertado de lleno.

—Y, entonces, ¿dónde está? ¿Cómo lo reconoceremos?

—Respetable Gran Maestre —dijo McMurdo con semblante grave—, le sugeriría que es un asunto demasiado trascendental para discutirlo en una sesión pública de la logia. Dios me guarde de poner en duda a nadie de los que nos encontramos aquí, pero como llegue el más mínimo rumor a oídos de ese hombre, perderemos toda posibilidad de atraparlo. Le pediría a la logia que escoja de entre los hermanos a una comisión digna de confianza, señor presidente: a usted, y al hermano Baldwin, y a otros cinco. Luego podré hablar libremente de lo que sé y qué aconsejaría yo.

Se aceptó aquella propuesta de inmediato y se eligió al comité. Además del presidente y de Baldwin, estaría en él Harraway, el secretario con cara de buitre; Cormac el Tigre, el joven y despiadado asesino; Carter, el tesorero; y los hermanos Willaby, hombres sin miedo y decididos que estaban dispuestos a todo.

La juerga de la logia fue más corta y aburrida que de costumbre. El ánimo de aquellos hombres se había ensombrecido y muchos de ellos empezaban a atisbar por primera vez cómo la nube de una ley justiciera cubría el cielo bajo el que habían vivido durante tanto tiempo. Los horrores que les habían infligido a otros formaban parte de tal manera de sus vidas que pensar en pagar por ello les resultaba una posibilidad remota. Por eso, les parecía sorprendente en grado sumo que se cerniese tan cerca de ellos. Se separaron a una hora temprana y dejaron a sus líderes en su

conciliábulo.

—¡Ahora, McMurdo! —dijo McGinty cuando se encontraron a solas.

Los siete hombres se quedaron sentados sin mover ni un músculo.

—Como he dicho conozco a Edwards el Pájaro —les explicó McMurdo—. No hace falta añadir que aquí no utiliza ese nombre. Es un tipo valiente, pero no es ningún loco. Se hace llamar Steve Wilson, y se aloja en Hobson's Patch.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque resulta que estuve hablando con él. En ese momento, no me paré mucho a pensarlo, ni siquiera más adelante, hasta que no recibí la carta. Pero ahora estoy convencido de que es ese hombre. Lo conocí en el tren el miércoles cuando me dirigía... a un asunto de los más difíciles. Me dijo que era periodista. Entonces le creí. Quería averiguar todo lo posible sobre los Merodeadores y lo que él llamó sus «atropellos» para publicarlo en un periódico neoyorquino. Me hizo todo tipo de preguntas con el fin de obtener alguna información. Se imaginarán que no le revelé nada. «Pagaría por ello y pagaría bien —me dijo—, si pudiera conseguir algo que deje contento a mi editor». Le dije lo que creía que le interesaría más y me tendió un billete de veinte dólares por la información. «Tengo doscientos más para usted —me aseguró—, si me cuenta lo que necesito saber».

—Y entonces, ¿qué le dijo usted?

—Pues todo lo que me iba inventando.

—¿Cómo supo que no era periodista?

—Ahora se lo digo. Se bajó en Hobson's Patch, así que yo hice lo mismo. Entré por casualidad en la oficina de telégrafos cuando él salía.

»“Vea esto —dijo el telegrafista cuando se había ido—, debería cobrarle el doble”. “Yo diría que sí”, le respondí. Había rellenado el impreso con algo que parecía chino de lo poco que se entendía. “Nos suelta una hoja de estas al día”, me comentó el empleado. “Claro, son exclusivas para su periódico y tendrá miedo de que se las quiten”, afirmé yo. Eso pensábamos el telegrafista y yo en aquel momento, pero ahora lo veo todo de manera diferente.

—¡Pues claro! Creo que tiene razón —dijo McGinty—. Pero ¿qué deberíamos hacer al respecto según vosotros?

—¿Por qué no vamos ahora mismo y nos lo cargamos? —sugirió alguien.

—Sí, cuanto antes mejor.

—Saldría en menos de un minuto a buscarlo si supiera dónde está —dijo McMurdo—. Sé que se aloja en Hobson's Patch, pero no sé en qué casa. Sin embargo, se me ha ocurrido un plan que puede que les parezca bien.

—Bueno, ¿y cuál es?

—Iré mañana por la mañana a Hobson's Patch. Daré con él con la ayuda del telegrafista. Supongo que puede localizarlo. Bueno, luego le contaré que soy un Hombre Libre. Le ofreceré todos los secretos de la logia a cambio de una buena suma. Y les aseguro que picará. Le diré que tengo las pruebas en mi casa, y que me



juego la vida dejando que me acompañe pues cualquiera podría vernos. Le parecerá de sentido común. Lo citaré a las diez de la noche para que pueda verlo todo. Seguro que lo convenceré para que vaya.

—¿Y entonces?

—El resto del plan lo dejo a su elección. La casa de la viuda MacNamara es solitaria. Es mujer de confianza y sorda como una tapia. En la casa solo estamos Scanlan y yo. Si el tipo decide ir, se lo haré saber a usted enseguida. Me gustaría que fueran los siete a mi casa a las nueve en punto. Lo atraparemos allí. Y si por casualidad sale con vida... bueno, podrá hablar de la suerte de Edwards el Pájaro el resto de su vida.

—O mucho me equivoco o va a haber una vacante en la agencia Pinkerton. Con eso nos vale, McMurdo. Mañana a las nueve en su casa. Cierre la puerta cuando pase y deje el resto en nuestras manos.

## LA TRAMPA DE EDWARDS EL PÁJARO

Como había dicho McMurdo, la casa en la que vivía era solitaria y muy apropiada para un crimen como el que habían tramado. Se encontraba al borde del término de la ciudad y lo bastante alejada de la carretera. En cualquier otro caso, los conspiradores, simplemente, habrían citado a su víctima, como habían hecho muchas veces con anterioridad, y habrían vaciado sus cargadores en su cuerpo, pero, en esta ocasión, era necesario averiguar cuánto sabía, cómo lo sabía y qué les había comunicado a sus jefes.

Cabía la posibilidad de que llegaran ya demasiado tarde y que ya hubiese llevado a cabo el trabajo. Si resultaba que era así, por lo menos podrían vengarse del hombre que los había delatado. Pero tenían la esperanza de que todavía no hubiese llegado a oídos del detective nada de gran importancia, pues de lo contrario, sostenían, no se habría molestado en tomar nota y enviar una información tan intrascendente como la que McMurdo afirmaba haberle dado. Sin embargo, de todo ello se enterarían por su propia boca. Una vez se encontrara en su poder, hallarían la manera de hacer que hablara. No era la primera vez que habían tenido que vérselas con un testigo poco entusiasta.

McMurdo fue a Hobson's Patch como habían acordado. La policía parecía haberse interesado de manera especial en él esa mañana y, de hecho, el capitán Marvin —aquel que había asegurado que era un viejo conocido suyo de Chicago— trató de cruzar unas palabras con él cuando estaba esperando en la estación. McMurdo se había marchado dando media vuelta y se había negado a hablar con él. Estaba de regreso de su misión por la tarde y vio a McGinty en la sede del sindicato.

—Ha aceptado venir —le dijo.

—¡Perfecto! —respondió McGinty.

El gigante estaba en mangas de camisa; cruzando su amplio chaleco brillaban las cadenas y las joyas, y un diamante centelleaba hacia el borde de su encrespada barba. El alcohol y la política habían hecho del jefe un hombre tan rico como poderoso. Por tanto, la perspectiva de la prisión o de la horca que se había presentado ante él la noche anterior le parecía más terrible aún.

—¿Cree que habrá conseguido mucha información? —preguntó con nerviosismo.

McMurdo asintió con la cabeza de manera sombría.

—Lleva aquí algún tiempo... por lo menos seis semanas. Me imagino que no habrá venido a disfrutar de las vistas. Si ha estado infiltrado entre nosotros todo ese tiempo con el apoyo del dinero del ferrocarril, supongo que habrá obtenido resultados y que los habrá transmitido a sus jefes.

—¡En la logia no hay ningún soplón! —exclamó McGinty—. Todos sus miembros son tan fiables como el acero. Aunque, Dios mío, tenemos a ese miserable de Morris. ¿Qué pasa con él? Si hay algún soplón, sería él. Me están entrando ganas de enviarle a un par de nuestros muchachos antes de esta tarde para que le den una buena paliza y que vean qué pueden sacarle.

—Bueno, no seré yo quien me oponga —respondió McMurdo—. No negaré que le tengo aprecio a Morris y que lamentaría que le hiciesen daño. He estado hablando un par de veces acerca de temas de la logia y, aunque él no comparta la opinión de usted o la mía sobre algunos asuntos, nunca me ha parecido de los que se van de la lengua. Pero, en fin, yo no me voy a interponer entre ambos.

—¡Le ajustaré las cuentas a ese viejo! —juró McGinty—. No le quito ojo desde el año pasado.

—Bueno, nadie lo sabe mejor que usted —respondió McMurdo—. Pero haga lo que haga tendrá que hacerlo mañana, porque tenemos que pasar desapercibidos hasta que hayamos arreglado el tema del Pinkerton. No podemos permitirnos poner en alerta a la policía, hoy menos que nunca.

—Ahí tiene razón —convino McGinty—. Y sabremos por el propio Edwards el Pájaro quién le ha informado de todo aunque tengamos que arrancarle el corazón para ello. ¿Le pareció que se olía la trampa?

McMurdo se echó a reír.

—Creo que he dado con su punto débil —afirmó—. Por una buena pista de los Merodeadores, está dispuesto a ir al infierno si hace falta. Me ha pagado —McMurdo sonrió con sarcasmo sacando un fajo de dólares—, y me dará mucho más cuando haya visto todos mis documentos.

—¿Qué documentos?

—Bueno, no hay papel alguno. Pero le he llenado la cabeza de reglamentos y libros de normas y solicitudes de admisión. Espera llegar al fondo de todo antes de irse.

—En eso tiene razón, palabra —dijo McGinty en tono sombrío—. ¿No le ha preguntado por qué no le había llevado los documentos?

—Como si llevara esas cosas conmigo, encima yo, un sospechoso, y después de que el capitán Marvin se haya puesto a hablar conmigo hoy mismo en la estación.

—Ya, algo he oído —aseveró McGinty—. Supongo que la mayor parte de este asunto recaerá sobre sus hombros. Podemos tirarlo a un pozo abandonado cuando hayamos acabado con él, pero, por mucho que hagamos, no podremos ocultar el hecho de que el hombre vivía en Hobson's Patch ni de que usted estuvo allí hoy.

McMurdo se encogió de hombros.

—Si lo manejamos bien, nunca podrán demostrar su muerte —dijo—. Cuando oscurezca, nadie lo verá entrar en la casa, y apostaré a que nadie lo ve salir. Y ahora, concejal, atienda, le explicaré mi plan y le pediré que ponga al corriente a los demás. Llegarán todos a su debido momento. Muy bien. Él llega a las diez. Tiene que dar tres

golpes en la puerta, entonces iré a abrirle. Luego me pongo detrás y cierro. En ese momento ya es nuestro.

—Hasta ahí todo muy fácil.

—Sí, pero el siguiente paso requiere un poco de reflexión. No es un ningún blando. Está armado hasta los dientes. Lo tengo engañado del todo, pero es probable que se mantenga alerta. Si lo hago pasar directamente a una habitación con siete hombres dentro cuando se esperaba reunirse conmigo a solas, habrá un tiroteo, y alguien podría salir herido.

—Así es.

—Y con el jaleo se nos echaría encima toda la maldita poli del pueblo.

—Supongo que tiene razón.

—Así es como lo haría yo. Se quedan todos en la habitación grande, en la que vio usted cuando fue a visitarme. Le abriré la puerta, le haré pasar al recibidor que hay junto a ella, y lo dejaré allí mientras voy por los documentos. Eso me permitirá contarles cómo están las cosas. Luego volveré con él y, cuando esté leyendo los documentos falsos, me abalanzo sobre él y le quito la pistola. Les daré una voz y entrarán corriendo. Cuanto más rápido, mejor, porque es un tipo tan fuerte como yo y tal vez sea más de lo que pueda manejar. Pero me figuro que podré sujetarlo hasta que aparezcan ustedes.

—Es un buen plan —convino McGinty—. La logia quedará en deuda con usted por esto. Me parece a mí que, cuando me retire del puesto, tengo el nombre del tipo que me sucederá.

—Pero, concejal, si soy poco más que un novato —dijo McMurdo, pero su rostro mostraba lo que pensaba del cumplido del gran hombre.

Cuando regresó a casa, realizó los preparativos necesarios para la siniestra tarde que tenía por delante. Primero limpió, engrasó y cargó su Smith and Wesson. Luego revisó la habitación donde pensaban atrapar al detective. Era un cuarto grande, con una gran mesa de madera en el centro y una estufa grande a un lado. En las otras dos paredes, a cada lado, había ventanas. No tenían contraventanas, solo unas cortinas finas que se podían correr. McMurdo las examinó con atención. Seguramente, al detective le sorprendería que un encuentro tan secreto se realizara en una habitación así de expuesta. Pero la distancia desde la carretera disminuía los riesgos. Por último, puso al corriente del asunto a su compañero de pensión. Scanlan, aunque Merodeador, era un hombrecillo inofensivo, demasiado apocado para rebatir las opiniones de sus camaradas, pero, en secreto, aterrado por los crímenes de sangre que se había visto en ocasiones obligado a presenciar. McMurdo le contó en pocas palabras lo que se habían propuesto hacer.

—Y, si yo fuera tú, Mike Scanlan, pasaría la noche fuera y evitaría acercarme a la casa. Allí va a correr la sangre antes de que llegue el día.

—Bueno, Mac, el hecho es que no me falta voluntad, pero me fallan los nervios —respondió Scanlan—. Cuando vi al director Dunn desplomarse en el suelo de

aquella mina, fue demasiado para mí. No estoy hecho para esto como usted o McGinty. Si por ello no se me juzga mal en la logia, haré como me aconseja y les dejaré solos esta noche.

Los hombres llegaron a su debido momento, a la hora convenida. En apariencia, eran ciudadanos respetables, bien vestidos y aseados, pero un buen fisionomista le habría dado pocas posibilidades a Edwards el Pájaro al ver esas bocas tensas y esos ojos sin piedad. No había hombre en la habitación que antes no se hubiera manchado las manos de sangre una docena de veces. Eran tan duros con los humanos como el matarife con el cordero.

El primero, por supuesto, tanto en apariencia como en culpabilidad, era el gigantesco jefe. Harraway, el secretario, era un tipo enteco y amargado con un cuello alargado y flacucho, y temblores y espasmos en sus miembros, un hombre de una fidelidad inquebrantable en lo referente a las finanzas de la orden, y sin noción de justicia u honestidad alguna para todo lo ajeno a ella. El tesorero, Carter, era un hombre de mediana edad, con un rostro impasible, más bien malhumorado, y una apergaminada piel amarilla. Organizador eficaz, los detalles concretos de prácticamente todas las atrocidades se habían originado en su retorcida mente. Los dos Willaby eran hombres de acción, muchachos altos, fuertes, jóvenes, cuya determinación se veía en sus rostros, mientras que a Cormac el Tigre, un joven moreno y corpulento, le tenían miedo hasta sus propios compañeros por la saña con la que actuaba. Así eran los hombres que se habían congregado bajo el techo de McMurdo para matar al detective de la Pinkerton.

Su anfitrión había sacado whisky encima de la mesa, y ellos habían corrido a ponerse a tono para el trabajo que tenían por delante. Baldwin y Cormac iban ya medio bebidos, y el alcohol había sacado a la luz toda su crueldad. Cormac puso las manos encima de la estufa un momento; había estado encendida, pues las noches seguían siendo frías.

—Eso bastará —dijo, soltando un insulto.

—Seguro. Si lo atamos a eso, le sacaremos toda la verdad —añadió Baldwin, que había comprendido lo que quería decir.

—Por eso no temáis, que le sacaremos toda la verdad —dijo McMurdo.

Aquel hombre tenía los nervios de acero; a pesar de llevar todo el peso del asunto, seguía comportándose de manera tan fría y despreocupada como siempre. Los demás lo notaron y le aplaudieron.

—Eres el tipo idóneo para tratar con él —dijo el jefe como elogio—. No se dará cuenta de nada hasta que no lo esté estrangulando. Es una pena que no haya contraventanas.

McMurdo se acercó a las ventanas y corrió las cortinas para ocultar el interior.

—Quédese tranquilo, que ya nadie puede espiarnos. Se acerca la hora.

—Puede que no venga. Puede que se haya olido el peligro —dijo el secretario.

—Vendrá, pierda cuidado —contestó McMurdo—. Está tan ansioso por venir como usted por verlo. ¡Atención!

Se quedaron todos quietos como figuras de cera, algunos con los vasos de camino a los labios. En la puerta, habían sonado tres golpetazos.

—¡Silencio!

McMurdo levantó la mano como advertencia. Una mirada exultante apareció en el rostro de todos ellos y las manos se fueron hacia las armas ocultas.

—Ni un ruido, ¡por lo que más quieran! —susurró McMurdo al salir de la habitación cerrando con mucho cuidado la puerta.

Los asesinos esperaron aguzando el oído. Contaron los pasos de su camarada al avanzar por el pasillo. Entonces oyeron cómo abría la puerta al exterior. Escucharon unas pocas palabras como de saludo. Luego percibieron unos andares extraños dentro de la casa y una voz desconocida. Poco después, llegó el portazo y la llave girando en la cerradura. Su presa había caído en la trampa. Tiger Cormac rió de manera abominable, y el jefe McGinty le cerró la boca con su gigantesca mano.

—¡Cállate, idiota! —susurró—. ¡Todavía nos llevarás a la perdición!

Les llegó el murmullo de una conversación de la habitación contigua. Parecía interminable. Entonces se abrió la puerta y apareció McMurdo con el índice sobre los labios.

Llegó al final de la mesa y miró a aquellos que lo rodeaban. Había experimentado un cambio sutil. Su manera de actuar era la de alguien con un trabajo trascendental por hacer. Su rostro se había vuelto duro como el granito. Sus ojos brillaban con un feroz entusiasmo tras las gafas. Se había convertido en un líder manifiesto. Lo miraron con impaciencia, pero no decía nada. Con la misma extraña mirada todavía, los miró a uno tras otro.

—¡Vamos! —exclamó el jefe McGinty, por fin—. ¿Ha llegado? ¿Ha llegado Edwards el Pájaro?

—Sí —contestó McMurdo muy despacio—, Edwards el Pájaro ha llegado. ¡Yo soy Edwards el Pájaro!

Pasaron diez segundos de un pesado silencio tras esas breves palabras, durante los cuales se habría dicho que la habitación se encontraba vacía. Encima de la estufa, comenzó a oírse el siseo, cada vez más agudo y estridente, de una tetera. Siete rostros que habían empalidecido, con la mirada puesta en aquel hombre que los abarcaba con la vista, se quedaron petrificados de terror. Entonces, se oyó de repente un estrépito de cristales haciéndose añicos, las ventanas se erizaron de rifles de cañones centelleantes, y arrancaron las cortinas de sus cenefas.

Al verlo, el jefe McGinty bramó como un oso herido y se precipitó hacia la puerta entreabierta. Allí se topó con un revólver que lo apuntaba con los ojos duros y azules del capitán Marvin de la policía minera brillando tras la mira. El jefe retrocedió y se cayó de vuelta en su asiento.

—Estarás más seguro aquí dentro, concejal —dijo el hombre al que conocían hasta ese momento como McMurdo—. Y tú, Baldwin, si no apartas la mano de la pistola, no llegarás a ver al verdugo. Quitla la mano de ahí o como hay Dios que... eso, así bastará. Hay cuarenta hombres armados alrededor de la casa, y ya os podéis figurar las probabilidades que tenéis de escapar. ¡Sus pistolas, Marvin!

Ante la amenaza de aquellos rifles, no cabía resistencia posible. Desarmaron a los hombres. De mal humor, acobardados y atónitos, seguían sentados alrededor de la mesa.

—Me gustaría deciros unas palabras antes de que nos separemos —dijo el hombre que los había atrapado—. Supongo que no volveremos a encontrarnos hasta que no me veáis testificando en el tribunal. Os voy a decir algo para que lo meditéis hasta entonces. Ya sabéis quién soy. Al final, he puesto mis cartas encima de la mesa. Soy Edwards el Pájaro, de la agencia Pinkerton. Me encomendaron acabar con vuestra banda. Me ha tocado jugar a un juego difícil y arriesgado. Ni un alma, nadie en absoluto, ni las personas más íntimas ni más queridas, sabían de esto. Solo estaban al tanto el capitán Marvin aquí presente y mis superiores. Pero, gracias a Dios, ha terminado ¡y he ganado!

Los siete rostros pálidos y crispados alzaron su mirada hacia él. Había un odio inextinguible en sus ojos. Vio en ellos una amenaza implacable.

—Tal vez creáis que la partida no ha terminado todavía. Bueno, apuesto a que sí. De todas maneras, a algunos de vosotros no os repartirán más cartas, y esta noche veré a otros sesenta de los vuestros en el calabozo. Os voy a decir una cosa: cuando me encargaron este trabajo, ni por un momento creía que existiese una organización como la vuestra. Yo pensaba que era otro cuento de los periódicos y que podría demostrarlo. Me comentaron que tenía algo que ver con los Hombres Libres, así que me fui para Chicago y me convertí en uno de ellos. En ese momento, me convencí más que nunca de que no era más que una patraña de los periodistas, porque no vi que aquella organización hiciese nada malo, sino mucho bien.

»Pero, a pesar de todo, tenía que terminar mi trabajo, y me vine a los valles del carbón. Cuando llegué a este lugar, me di cuenta de que estaba equivocado y que, después de todo, no era cosa de una novela barata. Así que me quedé para investigarlo. Nunca he matado a un hombre en Chicago. No he falsificado un dólar en mi vida. Los que os di eran tan buenos como cualquiera, pero nunca me he gastado mejor el dinero. Sabía cómo ganarme vuestra simpatía, por eso fingí que me andaba buscando la policía. Todo funcionó como yo pensaba.

»Así me uní a vuestra maldita logia y entré a formar parte de vuestros consejos. Quizá se diga que yo me comportaba tan mal como vosotros. Pueden decir lo que quieran, ya os he atrapado. Pero ¿qué hay en eso de verdad? La noche que me incorporé a vuestras filas le disteis una paliza al viejo Stanger. No pude advertirle, no había tiempo, pero detuve tu mano, Baldwin, cuando ibas a matarlo. Cada vez que yo proponía algo, con el fin de mantenerme dentro de la organización, eran cosas que

sabía que podía evitar. No pude salvar a Dunny ni a Menzies porque no sabía lo suficiente, pero veré a sus asesinos en la horca. Logré avisar a Chester Wilcox, de manera que, cuando volé su casa, su familia y él estaban ya escondidos. Ha habido muchos crímenes que no he podido detener, pero, si echáis la vista atrás y pensáis en todas las veces en que vuestra víctima volvía a casa por otro camino o se iba a la ciudad cuando ibais por él o se quedaba en casa cuando creíais que iba a salir, caeréis en la cuenta de cómo trabajaba.

—¡Eres un asqueroso traidor! —susurró entre dientes McGinty.

—Claro, John McGinty, puedes llamarme lo que quieras si eso te deja más tranquilo. La gente como tú habéis ofendido a Dios y a los hombres en este lugar. Hacía falta un hombre que se interpusiera entre tus garras y los pobres diablos a los que tenías sometidos. Solo había una manera de hacerlo, y lo hice. Llámame traidor, pero sospecho que hay miles de personas que dirán que he sido su libertador, que he bajado al infierno para salvarlos. Me ha llevado tres meses. No volvería a pasar tres meses así ni aunque me dieran vía libre para llevarme lo que quisiera del tesoro de Washington. Debía quedarme hasta tenerlo todo, cada hombre, cada secreto aquí, en estas manos. Habría esperado un poco más si no hubiese llegado a mis oídos que mi secreto iba a salir a la luz. Había llegado una carta a la ciudad que os habría informado de todo. Así pues, tenía que actuar y actué con rapidez.

»No tengo nada más que deciros, excepto que, cuando llegue mi hora, me moriré más tranquilo pensando en el trabajo que he realizado en este valle. Y ahora, Marvin, no les entretengo más. Arréstelos y acabemos de una vez.

Poco más queda por contar. A Scanlan le había dado una nota lacrada para que la dejara en la dirección de la señorita Ettie Shafter, una misión que había aceptado con un guiño y una sonrisa de complicidad. A primera hora de la mañana, una hermosa mujer y un hombre abrigado hasta las orejas se subieron a un tren especial que había enviado la compañía del ferrocarril y que realizó un viaje veloz y sin paradas lejos de aquella peligrosa tierra. Fue la última vez que Ettie y su novio pusieron un pie en el valle del miedo. Diez días después se casaban en Chicago con el viejo Jacob Shafter como testigo de boda.

El juicio de los Merodeadores se celebró lejos del valle, donde sus miembros habrían podido amedrentar a los guardianes de la ley. Se defendieron en vano. Se despilfarró el dinero de la logia —dinero obtenido mediante el chantaje en toda la región— en un intento de salvarlos; fue en vano. Ninguna de las artimañas de sus abogados logró refutar aquella declaración fría, clara, desapasionada de alguien que conocía cada detalle de sus vidas, de su organización y de sus crímenes. Por fin, después de tantos años, los habían doblegado y disuelto. El valle quedaba libre de aquella nube para siempre.

McGinty halló la muerte en la horca, lloriqueando de miedo cuando llegó su



última hora. Ocho de sus principales seguidores compartieron su destino. Cerca de cincuenta fueron condenados a diversas penas de prisión. Así culminó el trabajo de Edwards el Pájaro.

Sin embargo, la partida no había acabado como él había supuesto. Quedaba una mano por repartir, e incluso otra y otra más. Ted Baldwin, por ejemplo, se había librado de la horca, al igual que los Willaby, y varios más de los tipos más peligrosos de la banda. Se pasaron entre rejas diez años, pero llegó el día en que los dejaron libres de nuevo: un día que Edwards, que conocía a aquellos hombres, tenía claro que sería el fin de su apacible vida. Se habían jurado unos a otros que vengarían a sus camaradas con su sangre. ¡Y pusieron todo el empeño en cumplirlo!

Edwards tuvo que marcharse de Chicago, después de sufrir dos intentos de asesinato que estuvieron tan cerca de tener éxito que le quedó claro que al tercero acabarían con él. De Chicago se fue a California con una identidad falsa, y allí fue cuando perdió la alegría durante un tiempo al fallecer Ettie Edwards. A punto estuvieron de matarlo una vez más, y, de nuevo, con Douglas como apellido, trabajó en un cañón solitario, donde amasó una fortuna con un socio inglés llamado Barker. Pero, al final, le advirtieron de que aquellos perros de presa habían dado otra vez con su pista, y se embarcó —justo a tiempo— para Inglaterra. Y aquí llegó John Douglas, el cual se casó por segunda vez con una compañera respetable, y vivió cinco años en Sussex como un hacendado de la región, una vida que acabó con los extraños acontecimientos que hemos conocido.

## EPÍLOGO

La instrucción policial había acabado, por lo que el caso de John Douglas fue transferido a un tribunal superior. De modo que fue sometido a juicio en la sesión judicial del trimestre, en la cual lo absolvieron de los cargos al haber actuado en defensa propia.

«Sáquelo de Inglaterra cueste lo que cueste —le escribió Holmes a su mujer—. Aquí existen fuerzas que quizá sean más peligrosas que aquellas de las que ha huido. No hay lugar seguro para su esposo en Inglaterra».

Habían pasado dos meses, y en cierta medida nos habíamos olvidado del caso. Entonces, una mañana deslizaron furtivamente una misiva enigmática en nuestro buzón.

«Válgame el cielo, señor Holmes, ¡válgame el cielo!», decía la extraña carta. No tenía ninguna dirección ni firma. Yo me reí al leer aquel mensaje tan curioso, pero Holmes se mostró de una seriedad poco habitual.

—¡Algo perverso, Watson! —comentó y se quedó sentado durante largo rato con una mirada sombría.

Bien entrada la noche anterior, la señora Hudson, nuestra casera, nos subió un mensaje de un hombre que deseaba ver a Holmes acerca de un asunto de suma importancia. Cecil Barker llegó pisándole los talones a su propio mensaje, nuestro amigo de la casa solariega del foso. Tenía el rostro demacrado y ojeroso.

—He recibido malas noticias... espantosas, señor Holmes —le dijo.

—Ya me lo temía —fue la respuesta de Holmes.

—¿Le han mandado un telegrama?

—Me ha llegado una nota de alguien a quien sí.

—Es el pobre Douglas. Me dijeron que se llamaba Edwards, pero para mí siempre ha sido Jack Douglas de Benito Canyon. Ya le conté que se marcharon juntos a Sudáfrica en el *Palmyra* hará tres semanas.

—Eso me dijo.

—Pues el barco llegó a Ciudad el Cabo ayer por la noche. Me ha llegado este telegrama de la señora Douglas esta mañana:

Jack ha desaparecido al caer por la borda durante una tempestad frente a Santa Elena, nadie sabe cómo ha sucedido el accidente.

IVY DOUGLAS

—Ya. Ha sido así, ¿verdad? —dijo Holmes pensativamente—. Bueno, no cabe duda de que lo han preparado bien.

—¿Quiere decir que no cree que haya sido un accidente?

—Rotundamente no.

—¿Lo asesinaron?

—¡Desde luego que sí!

—Eso creo yo también. Esos Merodeadores del infierno, ese maldito hatajo de criminales vengativos...

—No, no, no se equivoque —dijo Holmes—. Detrás de esto hay una mano maestra. No es un caso de escopetas de cañones recortados y burdos revólveres con tambor de seis balas. Se puede distinguir a un maestro consagrado por el trazo de su pincel. Puedo reconocer un Moriarty en cuanto lo veo. Este crimen se ha planeado en Londres, no en América.

—Pero ¿por qué razón?

—Porque el hombre que lo ha cometido no puede permitirse un error, es alguien que detenta una posición única en el mundo, y para conservarla todo lo que lleve a cabo debe ser un éxito. Un gran cerebro y una inmensa organización se volcaron en la desaparición de un solo hombre. Han machacado una nuez con un martillo —un desperdicio absurdo de energía—, pero la nuez ha quedado machacada con eficacia igualmente.

—Y ¿cómo ha llegado este hombre a tener algo que ver con todo esto?

—Lo único que puedo decirle es que la primera noticia que nos llegó del caso procedía de uno de sus segundos. Estos americanos fueron unos tipos prudentes. Como se trataba de un trabajo en tierra inglesa, se asociaron, como haría cualquier criminal de fuera, con este gran asesor criminal. Desde ese mismo momento, su hombre estuvo condenado. Al principio, se conformaría con utilizar su maquinaria con el fin de encontrar a su víctima. Luego daría algunas indicaciones sobre cómo remediar el asunto. Por último, cuando se enteró por la prensa del fracaso de su esbirro, intervendría él mismo con una pincelada maestra. Ya me oyó advertirle a Douglas en la casa solariega de Birlstone que el peligro por venir sería mayor que el del pasado. ¿Acaso no estaba en lo cierto?

Barker se dio un puñetazo en la cabeza en un arrebato de impotencia y de rabia.

—¿Me está diciendo que tenemos que quedarnos sentados pese a saber todo esto? ¿Que no hay nadie que pueda plantarle cara a este rey del mal?

—No, no le estoy diciendo eso —respondió Holmes, y su mirada pareció perderse en un futuro lejano—. No digo que no pueda ser derrotado. Pero debe darme tiempo... ¡debe darme tiempo!

Nos quedamos todos sentados en silencio durante unos minutos, mientras esa mirada profética procuraba traspasar el velo del futuro.

# Notas

[\*] Expresión francesa que se refiere a la tortura inglesa por aplastamiento aplicada a los reos que se negaban a declarar. (*N. del T.*) <<

[\*] Del gaélico *a chuisle*, «cariño». (N. del T.) <<